

PETER BERLING

LA CORONA DEL MUNDO

LOS HIJOS DEL GRIAL 3



Lectulandia

La corona del mundo narra las peripecias de Roç y Yeza, los herederos de la legendaria estirpe del Grial, en el año 1251, en pleno corazón de Persia. Guerreros y chamanes, soberanos y prostitutas, negreros y piratas son algunos de los personajes que pueblan los grandiosos escenarios de esta epopeya, tercer volumen de la ambiciosa pentalogía histórica con que el autor ofrece una exhaustiva y apasionante recreación del mundo medieval.

Lectulandia

Peter Berling

La corona del mundo

Los hijos del Grial - 3

ePub r1.4

Titivillus 19.09.17

Título original: *Die Krone der Welt*
Peter Berling, 1995
Traducción: Helga Pawlowsky

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NEC SPE NEC METU,
Dedicado Franziska Limmer,
Michael Görden,
Susanne Aernecke,
Mario Muchnik

DRAMATIS PERSONAE

OCCIDENTE CRISTIANO

Roger-Ramon-Bertrand, llamado Roç, Trecncavel du Haut-Ségur
Yezabel-Constance-Ramona, llamada Yeza, Esclarmunde du Mont y Sion
William de Roebruk, cronista
Gavin Montbard de Béthune, preceptor de los templarios
Crean de Bourivan, alias *Mustafa ibn-Daumar*, «asesino» al servicio de la *Prieuré*
Elía de cortona, consejero imperial
Hamo l'Estrange, conde de Otranto
Shirat Bunduktari, condesa de Otranto
Alena Elaia, su hija
Hetum I, rey de Armenia
Sempad, su hermano, condestable de Armenia
Xenia, viuda armenia
Sergio el armenio, monje en Karakorum
Reinaldo di Jenna, arzobispo cardenal de Ostia
Andrés de Longjumeau, dominico, embajador papal
Cenni di Pepo, llamado *Cimbaue*, pintor florentino
Taxiarcos, «rey de los mendigos» de Constantinopla
Guillaume Buchier, maestro platero y orfebre de París
Gosset, sacerdote, embajador del rey de Francia
Bartolomeo de Cremona, legado al servicio de la Curia
Lorenzo de Orta, al servicio de la *Prieuré*
Ingolinda de Metz, alias *madame Pascha*, antigua ramera
Filipo, criado
Teodolo, secretario de William

EL MUNDO DEL ISLAM

Imam Muhammad III, gran maestro de los «asesinos»
Khurshah, su hijo y sucesor
Emir Hasan Mazandari, su favorito, comandante de Alamut
Mustafa ibn-Daumar, alias Crean de Bourivan
Pola, llamara *Al Mutjara*, hija de Crean, supervisora del harén
Kasda, hija de Crean, astróloga del observatorio de Alamut
Zev Ibrahim, ingeniero de Alamut
Maestro Herlin, escribano mayor y bibliotecario de Alamut
Omar Iskander, «asesino»

Amál, su hija
Aziza, su hermana
Padre de Omar, «asesino»
Shams, hijo de Khurshah
El-Mustasim, califa de Bagdad
Muwayad ed-Din, gran visir de Bagdad
Aybagh, llamado *El Dawatdar*, secretario mayor y canciller de Bagdad
Nasir el-Din Tusi, sabio y embajador árabe
Alí, su hijo
Maluf, mercader de Samarcanda
Abdal el Hafside, mercader de esclavos

EL IMPERIO DE LOS MONGOLES

Princesa Sorghaqtani, de origen keraíta, madre del clan de los Tuli
Mangu, el *khagan*, gran khan de los mongoles
Qubilay, su hermano, futuro emperador de China
Hulagu, su hermano, futuro il-khan de Persia
Ariqboga, su hermano menor
Kokoktai-Khatun, primera esposa del gran khan, cristiana nestoriana
Koka, segunda esposa del gran khan, idólatra
Dokuz-Khatun, esposa de Hulagu, cristiana
Ata el-Mulk Dshuveni, oficial ayudante de Hulagu, musulmán
General Kitbogha, jefe del ejército de Hulagu, cristiano
Kito, su hijo, jefe de centuria
Batu, primo del gran khan y soberano de la Horda de Oro
Sartaq, su hijo y sucesor
Oghul-Kaimish, viuda de guyuk, el último gran khan
Shiremon, primo de Guyuk
Bulgai, juez supremo de los mongoles y jefe de los servicios secretos
Arslan, el chamán
Jonás, archidiácono de los nestorianos
Orda, doncella de Yeza
Timdal, llamado *Homo Dei*, intérprete de William

PRÓLOGO

El *iwan*^[1] de Ctesifonte, palacio de verano del *amir al-mumin*^[2], «señor supremo de todos los creyentes», se hallaba al sur de Bagdad, en la orilla izquierda del Tigris. Allí se trasladó el califa con toda la corte y el harén para refugiarse en sus termas, lejos de las intrigas de los médicos. El-Mustasim^[3] padecía de gota, sufría dolores de espalda y sentía punzadas en las rodillas, y, por encima de todo, sus pies no estaban habituados a cargar con él.

Tenderse en el agua templada mientras delicadas manos lo rociaban con olorosas esencias, friccionaban su ajada piel o acariciaban sus miembros con uñas cuidadosamente afiladas, le proporcionaba un alivio mucho mayor que las irrigaciones administradas por los doctores judíos de Alejandría, las sangrías o las duchas frías aplicadas por los médicos que le enviara el emperador de Salerno, o los delicados punzamientos con agujas de cuyo empleo le convenciera cierto alumno de Ibn al-Baitar llegado de Pekín.

El-Mustasim alzó la vista hacia la sorprendente bóveda encañonada, semejante a un gigantesco huevo de avestruz depositado en la arenosa ribera del Tigris. El *iwan* se erguía solitario, expuesto a los cuatro vientos. Un flanco se abría hacia las palmeras datileras del oasis, el otro se asomaba al río, que avanzaba moroso. El califa amaba la ventilada estancia heredada de los tiempos del Profeta, su luminoso frescor y la ligereza de su construcción. En las piedras anidaban las golondrinas, y de cuando en cuando una lagartija esmeralda se perdía en la bañera donde él descansaba. En la orilla unas bayaderas con cascabeles prendidos en las muñecas y en los finos tobillos se contoneaban al ritmo de la flauta. Si no cantasen, pensó el menudo anciano, serían aún más bellas, pero en ese caso probablemente se pondrían a parlotear como las damas de mi harén, que, tras la cortina —el-Mustasim miró preocupado el mustio adorno de sus caderas, más allá del pecho hundido y el picudo vientre—, estarían soñando con otros hombres. Los pensamientos del califa se perdieron en pos de la mujer que le había enviado An-Nasir^[4], el sultán de Damasco. El soberano sirio la había alabado por sus dotes de narradora, subrayando su particular origen. Hija del emperador germano, inteligente y ducha en las maneras cortesanas de Occidente, no solamente sabía leer, sino también escribir, y era insuperable como narradora. Sin duda aquél debió considerarla demasiado vieja para su harén, pensó el-Mustasim. A fin de cuentas, la madura dádiva contaba ya veinticinco primaveras.

El califa consultó el reloj^[5] junto a la bañera, ¡un objeto repulsivo! Pero resultaba útil: señalaba las horas, y era un regalo del rey de los francos^[6]. Éste lo había encargado personalmente a un orfebre de París para ofrecérselo a él. La dorada pieza representaba a un guerrero cuya mano sostenía una rodela en cuyo centro se insertaba un eje sobre el que giraba una lanza a modo de manecilla. Las horas aparecían taraceadas en el borde de la rodela. Pero no era eso lo más importante, pues la otra

mano blandía una diminuta maza de combate, casi un palillo para el tambor de juguete de un niño, con la cual el guerrero daba las horas, golpeando el borde de la rodela, en la que llegaba a asestar hasta doce atronadores mazazos. Pero además —¡y eso era lo mejor!— el brazo se alzaba también para dar los cuartos y se golpeaba, ¡bang, bang!, en el yelmo. Por fortuna —Alá sea loado—, la visera permanecía cerrada, de modo que al califa no le resultaba difícil imaginar detrás el rostro de un infiel. Una vez más, el-Mustasim se sorprendió a sí mismo siguiendo entusiasmado el golpeteo. Le dio por aplaudir. Después ahuyentó a las cantarinas bayaderas^[7] tras las cortinas, permitiendo que los maestros bañistas lo envolvieran en toallas y lo trasladaran al camastro situado en un extremo de la estancia, justo frente a la tienda de lona en la que sus damas seguían cuchicheando.

Clarion de Salento^[8] se encontraba entre ellas; sabía que no tardaría en ser llamada a presencia del soberano. El eunuco mayor acababa de depilarle con sus propias manos los últimos rizados pelos de las axilas, y en ese momento la estaba friccionando con toda clase de pomadas y aceites. Ella conocía su proceder, que no dejaba sin tocar ni un solo punto de su cuerpo, y que para cada miembro echaba mano de un tarro distinto. El masaje le hacía cosquillas, y la mujer disfrutaba al oír el celoso murmullo de las demás. Era cierto que ya no estaba en la flor de la juventud; había traído al mundo una hija y su cuerpo era más bien opulento. Pero el califa era un hombrecillo enjuto, de los que suelen apreciar un trasero redondo y unos senos exuberantes.

Clarion no llevaba más que un tejido transparente de muselina que subrayaba sus blandas formas. Peinada, empolvada y rociada una vez más con esencias aromáticas, cruzó con la cabeza alta el *iwan* en dirección hacia donde reposaba el soberano.

El-Mustasim la esperaba sentado, contemplándola con agrado. Le señaló un lugar a sus pies, sobre un cojín forrado de terciopelo. Sentía curiosidad por saber con qué le deleitaría esta vez, y no lo disimulaba.

—¡Bella hurí^[9] del paraíso, cuéntame cosas de esas dos criaturas^[10] que, según dicen, nos envía Alá, y que conducirán a los francos por el recto camino!

Ajá, pensó Clarion, de ahí vienen los tiros. Miró pensativa hacia el Tigris, como si tuviera poderes adivinatorios.

—No sólo a los francos —dijo con una sonrisa—, sino a todo Occidente. El gran emperador romano...

—¿Querrás decir: el Papa? —la interrumpió el califa. Ella se indignó al oír tan disparatada idea.

—¡Ése no es más que el sumo sacerdote! Un estafador que se presenta como sucesor de Jesús de Nazaret y persigue con saña y odiosa envidia a los infantes, legítimos herederos de la sagrada sangre. El rey de los francos es su vasallo y su esbirro.

El califa miró el reloj, que estaba a punto de sonar.

—¿De modo que los niños descienden del profeta Jesús?

Clarion asintió.

En ese instante se oyó el martillo. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

—¿Cómo puede atreverse el rey de los francos a alzar la mano contra los hijos de un profeta? —Los francos son una gente insensata, pensó el califa, la prueba está en ese guerrero que golpea su propio yelmo.

—Os lo explicaré mejor —prosiguió Clarion, que no entendía por qué el anciano no dejaba de observar el curioso ingenio. ¿Acaso éste contenía un diminuto moro vivo, artífice de las extrañas contorsiones contempladas por el soberano?—. En el lugar más amable de Occidente descansa, cual hermosa hembra, la región de Occitania^[11]. Cuatro poderosos príncipes la rodean y la pretenden: el emperador germano, con su extenso reino, al este. El rey de Aragón al oeste, aunque separado de ella por una cordillera. Al sur, allende los mares, los reinos del soberano hafsidea^[12]. Y por el norte la amenaza el rey de los francos, que con indigna violencia...

—Fue él quien me regaló el «guerrero que marca las horas» —la interrumpió con suavidad el-Mustasim—. Su reloj no da fe precisamente de un gusto exquisito, pero funciona.

La observación hizo efecto en Clarion, que decidió dejar Francia a un lado.

—Allá se encuentra, pues, la magnífica tierra de Occitania, la amante de Occidente, la flor más hermosa de la cultura de los trovadores y de los modos cortesanos. —No tenía la sensación de que el-Mustasim comprendiera de qué le estaba hablando—. Allí, no muy lejos de al-Andalus, de la Córdoba sarracena con sus oropeles, de la espléndida Sevilla y la poderosa Granada de la que sois soberano... allí es donde maduran los más espléndidos frutos de la ciencia y del saber. Judíos, musulmanes y cristianos viven en pacífica...

—¡Qué más quisiéramos! —clamó irritado el califa—. ¡Claro que así debería ser! Pero en lugar de disfrutar de la suerte que Alá les concede generosamente, esos obtusos perros cristianos nos combaten...

—¡La culpa la tiene el Papa católico, quien, en su intolerancia, no deja prevalecer más que su propia doctrina, y no la de Jesucristo!

—Jesús, el profeta —dijo el califa retomando de nuevo el hilo—, no reveló nada que permitiera a los francos combatirnos. Al contrario: vuestro profeta predica la tolerancia, la fraternidad, la misericordia... —Sopesó la utilidad de semejante comportamiento, y añadió—: ¡Incluso las exagera! ¿Acaso no ordena: «Si alguien te golpea en la mejilla, ofrécele la otra»?

Clarion se echó a reír.

—Yo no soy cristiana. Pero ¡si no fuera cuestión más que de bofetadas! Es a fuego y a espada como se lanza la impía alianza del rey franco y del Papa romano sobre Occitania. Uno, deseoso de ganar más tierras, saqueando donde puede; el otro, inmisericorde y sanguinario.

El reloj anunció con estrépito la hora, dando ocho golpes. Las vetas azuladas del cielo se inclinaron hacia el río, a la espera del atardecer. El califa mandó traer fruta y

agua fría de rosas, y refrescó a Clarion con sus propias manos.

—Querías hablarme de los niños. ¿Qué tienen ellos que ver con ese extraño rey y con ese Papa tan malo, si Alá os los ha enviado a vosotros por conducto de su profeta Jesús?

—Los envió directamente a esa rosaleda que es Occitania, lugar de fusión de la cábala judía^[13], la sabiduría del Islam y los ancestrales cultos celtas. Los cruzados que regresaban de Oriente trajeron, cual semillas de flores exóticas, costumbres y modales refinados. En la feliz Occitania, donde reinaban los poetas, donde los caballeros eran trovadores y los sabios sacerdotes, nació la doctrina de los «puros», de los que no temían el mal y dirigían sus miradas hacia el paraíso: una religión de la fe en el verdadero mensaje de Jesús de Nazaret, ¡sin falsas interpretaciones ni intermediarios! Su virtud, que no precisa de penitencia ni de purgatorio, se convirtió en paja en el ojo del Papa y en viga para el rey de los francos, quien ansiaba apoderarse de aquella fértil tierra. Se extendía ante él, desprotegida, con sus densos y oscuros bosques, sus plateados ríos y sus recónditas grutas de paredes cubiertas de oro y piedras preciosas. Yo jamás llegué a verla —se lamentó Clarion con los ojos brillantes—, pero Crean me hablaba de ella.

—¿Quién es? —El viejo califa era un oyente atento, aunque diera a veces la impresión de estar amodorrado.

—El arrojado caballero que salvó a los niños de la sitiada fortaleza de Montségur...

—Cuéntame desde el principio lo que ocurrió —exigió el-Mustasim a su particular narradora. Y Clarion se propuso firmemente hacerlo.

—Llegó el día en que todo estuvo dispuesto: el rey y el Papa habían reclutado un ejército ingente que se aprestaría a iniciar la cruzada contra...

—¿Cómo?! ¿Una cruzada dirigida contra otros cristianos en el propio corazón de Occidente?

—Sí, así fue como se atrevieron a llamarla en su falsedad y osadía, prometiendo jugosos botines. Y así fue como cayeron sobre aquellas tierras las huestes de soldados, arrasando ciudades y fortalezas y persiguiendo a sus habitantes. «Quemadlos vivos», ordenó el legado del Papa, «¡Dios sabrá distinguir a los suyos el día del juicio final!».

—¿Qué manera de involucrar a Alá! —El califa se estremeció.

—¡Sí, pero aún hubo cosas peores! Una vez quemadas todas las ciudades junto con sus habitantes, que se habían refugiado en los santuarios, se vieron frente a una fortaleza emplazada sobre una enorme roca cónica, el Montségur. Había resistido durante treinta y tres largos años, pero para entonces los guardianes del Grial habían decidido rendirse y poner fin a su vida terrenal...

El-Mustasim estaba impresionado.

—¿Grial? ¿Se trata del padre de los «hijos del Grial»?

—Nadie sabe con exactitud quién o qué es el Grial. —Clarion no se esforzaba por

parecer más inteligente de lo que era. En lugar de ello alisó la muselina de modo que sus oscuros pezones destacaran, hermosísimos—. Crean de Bourivan^[14], noble defensor de los niños, afirmó en cierta ocasión: «El Grial^[15] es el saber oculto.»

—¿Qué clase de saber? —insistió el califa.

—El que trata de la procedencia de la sangre sagrada, la sangre de los reyes, la sangre de la casa real de David...

—Ah —suspiró el señor de todos los creyentes—, ¿la del profeta Jesús?

El reloj volvió a sonar.

—Seguramente —respondió Clarion, y se descubrió mirando también ella al hombre del yelmo—. Sea como fuere, en la noche anterior a la rendición se dispuso que descendieran las criaturas, un muchacho y una niña, por las rocas de la fortaleza. La lejana responsable de su rescate quizá fuera la *Prieuré*^[16], jefatura suprema de Sión. Se trata de una Orden secreta, a la que también pertenece y sirve fielmente Crean de Bourivan.

Esperó a que se acallara el estruendo del repiqueteo y el resonar de la rodela.

¡Bang!

—Una poderosa alianza de fuerzas que maniobran ocultas —añadió Clarion con un aleteo arrebatador de pestañas, deseosa de que sus bellos ojos hicieran creer al califa en la absoluta ignorancia que ella tenía de más detalles acerca de la *Prieuré*.

Pero el califa preguntó:

—¿En favor de quién? —Aunque ya no miraba el reloj. Su mirada se había enredado en el tul de muselina de Clarion, le acarició los muslos y se hundió en el oscuro triángulo de su regazo—. ¿En favor de quién? —repitió.

Clarion había observado la mirada; se desperezó como un gato satisfecho para confirmar después al ratón, mediante una súbita inmovilidad, que podía seguir deleitándose con la vista.

—Sólo puedo decirlo contra quién. Contra la Iglesia de los papas de Roma y contra la estirpe de los reyes de Francia, cuyos mercenarios atacaron el Montségur. No encontraron el Grial que buscaban. Los defensores de la fortaleza se arrojaron voluntariamente a la pira, negándose a reconocer al Papa. Las tierras que les pertenecían, los castillos y las ciudades, cayeron en manos del rey de Francia, que duplicó así sus posesiones y que, a partir de ese momento, quedó convencido de ser tan poderoso y tan digno de respeto como el propio emperador.

—Conozco el caso —musitó el califa, cuyos pensamientos seguían vagando por debajo del tul—. Siempre hay príncipes que opinan que el poder y la riqueza les proporcionan a la vez honor y dignidad... pero, dime: ¿qué fue de los niños?

Dos golpes de lo más agudo anunciaron que pronto habría transcurrido una hora. Hacía tiempo que había anochecido en el exterior, y aún no había llegado al objeto de sus deseos.

Clarion vio que el ratón se le escapaba y se incorporó.

—Acosado por los francos, Crean de Bourivan los trasladó por mar hasta Roma,

cruzando en secreto la cueva de la bestia. Lo consiguió con ayuda de un monje, el franciscano William.

—William de Roebuk^[17], ¿el famoso legado que hace cuatro o cinco años fue a ver al gran Khan de los mongoles? —El-Mustasim renunció a ser ratón y se convirtió en gato; estaba perfectamente despierto.

Clarion estalló en risas.

—No sé si William, ese pícaro flamenco, llegó a ver a los mongoles de Karakorum. En aquellos momentos tan delicados los niños estaban ya a salvo con nosotros en el castillo de Otranto, donde me crié también yo. Cada día, yo misma...

—¿Háblame de ellos! ¿Cómo son? ¿Cómo se llaman en realidad?

—Se llaman Roç y Yeza —le reveló Clarion, henchida de orgullo—. Sus verdaderos nombres son mucho más largos, dado que pertenecen a la nobleza más encumbrada, pero han de permanecer en secreto, pues sus perseguidores no rehuyen el asesinato.

—¿Qué aspecto tienen? —La voz del califa delataba impaciencia.

—A estas alturas Roç se habrá convertido en un joven caballero. Era un hermoso niño de ojos castaños, cabello oscuro y piel morena. Un joven godo. Impetuoso y lleno de fantasía... ¡Imposible no quererlo!

El califa sonrió ante el entusiasmo de la mujer, aunque aquella descripción de una floreciente juventud y virilidad incólume le sentó como una puñalada.

—¿Y Yeza? —preguntó, tratando de olvidar su decrepitud y su edad.

—Yeza habría preferido venir al mundo siendo muchacho. Por sus venas corre la sangre bravía de los normandos. Era esbelta como una caña, en sus pupilas brillaban estrellas verdes y grises, y sus abundantes rizos rubios enmarcaban un delicado perfil. Sólo los labios revelaban la sensualidad que dormía en su cuerpo, que ya habrá florecido. Rebosaba de ansias de saber, y poseía un sabio olfato por todo lo que es poder.

—Difícil imaginarla en un harén como el mío —murmuró el califa, decepcionado—. ¡Nos acarrearía sangre y muerte! —De nuevo se permitió clavar en la narradora una mirada propia de quien se sabe propietario—. Dicen que eres hija del emperador.

—¡Ciertamente lo soy! —exclamó la interpelada con tal indignación que le temblaron los senos, y se incorporó—. El emperador fue quien regaló a mi madre el castillo de Otranto, en el extremo meridional del reino, en Apulia, una tierra que amaba tanto que solía elegirla para pasar allí muchos de sus días. Allí fue donde alcanzó la muerte al gran soberano de la estirpe de los Hohenstaufen. A mí me concedió el título de condesa de Salento.

—¿Llegaste a ver alguna vez al emperador Federico?

—No. Jamás volvió a visitar a mi madre. Yo me crié en Otranto, con mi hermano Hamo l'Estrange^[18], que el año pasado tomó por esposa a la hermana menor del emir Baibar...^[19]

—Ah, «el arquero».

Clarion se revolvía inquieta sobre el cojín, de forma que la tela que cubría sus muslos se tensó, a punto de estallar.

El califa era todo ojos.

—Así es —reflexionó en voz alta—. Si los mamelucos^[20] no hubieran asesinado al último gobernante ayubí^[21] de Egipto, An-Nasir no se habría convertido en sultán de Damasco, y posiblemente tú no estarías aquí para deleitar mi corazón...

Clarion percibió que había ido demasiado lejos, pues no sentía el menor deseo de deleitar el corazón ni cualquier otro miembro cansado de aquel ajado cuerpo. Se zafó con un audaz salto mental, que la llevó de nuevo a Apulia.

—Vivíamos felices y en paz en nuestra fortaleza junto al mar. El Papa había perdido por entonces el rastro de los niños, a los que odiaba a muerte. Pero el torpe de William puso a los enemigos de nuevo sobre su pista. Tuvimos que abandonar a toda prisa Otranto en la trirreme, el fabuloso navío de guerra que el emperador regalara a mi madre, y los esbirros no tardaron en presentarse ante nuestras puertas.

—¿En territorio imperial? —Aquello le resultaba incomprendible al califa. El reloj anunció la hora y sintió hambre, pero mayor aún era el deseo que tenía de escuchar el final de aquella historia tan emocionante. ¿O acaso era el cuerpo de la narradora lo que se le antojaba cada vez más apetecible?

—Entre tanto el emperador había destituido al Papa, despojándolo de todo poder y honores —prosiguió Clarion a toda prisa. Los nueve golpes también la azuzaban a ella, sabedora de que a aquella hora los soberanos acostumbran a sentarse a la mesa a menos que los retenga un bocado más sabroso.

—Menos mal —dijo el califa— que en mi persona se unen emperador y Papa. ¡Sólo me faltaba tener que soportar a algún arrogante *mullah*^[22] como ése! —Apartó tan ingrato pensamiento de su mente—. ¿Y qué ocurrió entonces? ¿Adónde huyeron Roç y Yeza?

—¡Cruzaron el mar y se dirigieron a Constantinopla! Pero incluso allá los siguieron los esbirros. Tras varios rodeos los infantes llegaron a Egipto.

El-Mustasim lo recordaba:

—¿No es cierto que el sultán de El Cairo incluso acariciaba la idea (ya era viejo, le fallaba la cabeza, y su hijo no servía para mucho) de dejar su trono a los infantes?

No debió haber aludido a la edad, pues la idea se volvió en su contra, y se disgustó. Pero Clarion le dedicó una hábil sonrisa que, por falsa que fuera, desmentía sus temores.

Dobló las piernas con irritante lentitud.

—El sultán Ayub murió antes de alcanzar la victoria sobre el rey Luis. Su hijo no deseaba nada con tanto ardor como poder renunciar al poder mundano y confiar el sultanato a Roç y a Yeza, los infantes reales. Tras derrotar al rey de los francos y apresarlo, el hijo de Ayub acabó asesinado en una revuelta palaciega de Baibar. Pero incluso este hombre cruel, conocido por su sobrenombre de «el arquero», sucumbió al encanto de los niños. En un arranque de generosidad sacó al rey Luis del calabozo

para que los invistiera con el título de «reyes de Jerusalén»^[23].

—¡Jerusalén! —suspiró el califa, ensimismado. Hacía rato que el reloj había vuelto a sonar. Pero el-Mustasim ni siquiera lo había mirado. Sus ojos pendían de los labios de Clarion. Se percató de que su huésped apenas había probado el agua de rosas; dio unas palmadas y ordenó que trajeran vino. El califa llenó una sola copa, tomó un trago y se la acercó a la mujer. Los labios de ésta brillaban, y el-Mustasim observó con deleite cómo la rosada lengua los humedecía. Pensó que conviene arrimar escalas a los muros de la fortaleza que está por conquistar, y se apresuró a tenderle de nuevo el valioso recipiente.

—Fascinado por su carisma y su gracia, el pío Luis superó el horror que le inspiraran en su día los «niños herejes», a los que había hecho perseguir desde el Montségur hasta Constantinopla. Estaba dispuesto a concederles la corona de Jerusalén. Pero no supo vencer la resistencia de su corte y de los barones de Tierra Santa. Entre tanto, Roç y Yeza iban adquiriendo personalidad propia, como lo prueba su arriesgado proyecto de liberarme a mí y a Shirat^[24] del harén de An-Nasir. En aquel entonces yo esperaba un hijo del Toro, y no tenía la menor intención de abandonarlo.

El califa casi se atragantó al oír el nombre del Toro y acudir a su mente la imagen de los testículos que ese hombre debía tener, mientras Clarion proseguía, imperturbable:

—Fue Crean de Bourivan quien, a la cabeza de una tropa de «asesinos»^[25], liberó a los infantes de la penosa situación en la que ellos mismos se habían metido.

—Ah —musitó el-Mustasim con aire soñador; mientras, había aprovechado la entusiasta parrafada para asediar el cuerpo de la narradora como si de una fortaleza se tratara—. Ah —repitió—, ¿y así fue como entraron en el juego los ismaelitas^[26]?

Una vez apurado el profundo trago que merece todo conquistador victorioso, sintió un leve mareo.

—Estaban en él desde un principio. Su canciller ya nos había presentado sus respetos en Otranto. La *Prieuré* no confiaba únicamente en los templarios...^[27]

Esta vez fue Clarion quien, sintiéndose esclava por propia voluntad, llenó la copa del soberano, por lo que el delicioso caldo agradó a éste doblemente.

—¿No es extraño que ésa, cómo dices que se llama, esa misteriosa Orden secreta de Sión confiara precisamente en los blasfemos templarios y en los «asesinos», una banda criminal al servicio de «el Anciano de la montaña»^[28]?

Para ocultar su excitación sorbió más vino, paladeándolo intensamente.

La condesa de Salento hundió con placer los brazos en el cojín y arqueó el cuerpo, ignorando por completo al sitiador. Paseó la mirada por la cúpula del *iwán*. Al reclinar la cabeza se le cayó un prendedor al suelo, y la espesa cabellera envolvió con una caricia seductora los hombros de la mujer.

—Las dos son como aguas oscuras y profundas cuyo fondo se os oculta —replicó con voz susurrante al califa, que le tendía la copa incitándola a beber—. Pero se

alimentan de un mismo manantial claro. La guardiana de ese misterio es la *Prieuré*. Los templarios y los «asesinos», órdenes ambas de monjes guerreros, fueron los elegidos porque son capaces de guardar el secreto del origen, del principio de todas las cosas. Están dispuestos a obedecer ciegamente cualquier mandato y a imponer la voluntad de quien vela por la realización del «gran proyecto»^[29] en este mundo.

El-Mustasim había vaciado la copa y volvió a llenarla con mano temblorosa, por lo que derramó una cantidad considerable, extendiéndose una mancha roja sobre la muselina que hizo transparentarse los muslos de Clarion. Pero él ni siquiera se dio cuenta.

—¿Se trata de la suerte de los niños, bella hurí?

Clarion descubrió asustada que, pese a interesarse por la historia de los infantes, el califa no había olvidado en ningún momento a la mujer que tenía a sus pies. El anciano removi6 inquieto los ropajes que lo envolvían. Ella sonrió dulcemente, le tendió insistente la copa con el fuerte vino, y se refugió en la continuación de la historia.

—Se trata tan sólo del futuro de los niños; el «gran proyecto» es para los infantes destino y vocación a un tiempo. Se cumplirá, aunque haya quien trate de impedirlo. Así tuvieron que admitirlo todos, incluso William de Roebruk, que les cobró aprecio, y que se cruzó una y otra vez en ese difícil camino hacia el reino de la paz. Crean de Bourivan acompañó a los infantes al lejano Oriente, hasta llegar a Alamut, sede del gran maestro de los «asesinos». Pero dudo de que allí, junto al *imam* de todos los ismaelitas, encuentren su destino definitivo, ¡la...

La copa del califa cayó con un agudo tintineo metálico al suelo de piedra.

—...*corona mundi!* —se apresuró a añadir Clarion, antes de clavar su mirada en el anciano.

Se había quedado dormido.

LIBRO I

I

EL CALIFA CANSADO

—¡La consigna es *bis'mil amir al-mumin*^[30]! —advirtió el tesorero mayor del califa a su leal guardia de palacio en la antesala del salón de audiencias—. Yo gritaré «¡En nombre del señor de todos los fieles!», y entonces os abalanzáis sobre ellos y los apresáis. ¡Abatiréis de inmediato al que se resista! —Tales fueron las instrucciones que en voz baja dio Maka al-Malawi^[31] a sus hombres cuando el último miembro de la embajada hubo traspasado la enorme puerta que conducía al suntuoso salón donde esperaba el califa el-Mustasim—. Respetad únicamente al venerable el-Din Tusi^[32]; los demás irán todos al calabozo, donde los espera ya el verdugo. —Y, como si se le acabase de ocurrir algo particularmente molesto, añadió irritado—: ¡Pero antes sacad a esos niños! ¡Los quiero vivos!

Dirigió las mismas palabras al hombre menudo que se mantenía en silencio en un rincón, y cuya penetrante mirada revelaba que no se le había escapado nada. Al alejarse arrastraba un pie.

El capitán de la guardia asintió con gesto fiero, y el tesorero se deslizó por la puerta hacia el salón de audiencias.

Las fangosas aguas del Tigris fluían lentamente, separando la medina de Bagdad y el viejo palacio califal de la parte oriental de la ciudad situada al otro lado del río. El-Mustasim, señor de todos los creyentes, descendiente de la misma dinastía abbasí^[33] reinante en los últimos cinco siglos, había hecho levantar en la parte nueva de la ciudad, partiendo de la nada e invirtiendo mucho dinero, un barrio administrativo cuajado de suntuosos palacios, protegido por un muro doble y ante todo por los cuarteles de su caballería, que contaba ciento veinte mil hombres. Sin embargo, hacía algún tiempo que el califa no se sentía seguro ni siquiera allí. De ahí que decidiera recluirse personalmente en la estrechez del viejo palacio, encomendándole al visir mayor el gobierno de la orilla oriental.

El-Mustasim era un anciano de pequeña estatura. Parecía frágil bajo su turbante, demasiado grande para él. Su mirada se deslizó inquieta sobre las turbias aguas por las que trasegaban gabarras y balsas, entre las que avanzaban impetuosas sus propias galeras.

El *amir al-mumin*^[34] carecía del empuje de que hiciera gala en los primeros años de su gobierno. No había logrado provocar la caída del reino de los jorezmos^[35], sus enemigos más enconados, pero sí fue su testigo. Se había esforzado por establecer la concordia entre los mamelucos de El Cairo y los últimos ayubíes de Damasco, incluso con los francos —*Alah yasihum!*^[36]— del «Reino de Jerusalén». Esos perros cristianos debían la paz a su buen rey Luis, un hombre pío, a quien no podía

reprochársele el deseo de que cesaran las hostilidades. El-Mustasim suspiró, su mirada retornó al salón de audiencias a sus pies, y percibió vagamente que la presencia de la embajada tocaba a su fin. Mejor así. No le había interesado demasiado.

La embajada del Gran Da'i^[37] de los «asesinos» de Alamut^[38] venía encabezada por el impasible el-Din Tusi, hombre de mediana edad, cuyos rasgos campesinos no permitían sospechar que pertenecían a uno de los más famosos sabios del mundo musulmán. El califa rememoró con nostalgia que —como hiciera también él, débil señor de todos los fieles— aquél sabio siempre se había esforzado, en el breve lapso de su vida terrenal, por reconciliar a los fanáticos ismaelitas con el califato sunnita. El bueno de Tusi jamás lo lograría, pero al menos en esta ocasión los «asesinos» de ese megalómano *imam*, como se autodenominaba el gran maestro de la secta, no habían proferido amenazas de muerte. Tampoco habían exigido tributos insensatos ni la cesión del trono del califa a algún adepto de la chía^[39], esgrimiendo el descabellado argumento de que el soberano máximo de todos los fieles debía descender en línea directa y personal del Profeta.

Los cansados ojos del califa se enredaron en lo alto del artesonado del salón, donde las piezas talladas en maderas nobles habían ido tiznándose a lo largo de los años. El-Mustasim hacía el número treinta y siete de los califas de la dinastía abbasí. ¡Y esos «asesinos», en cambio, no existían desde hacía más de cien años! *Alahu akbar!*^[40] Los habían registrado en busca de armas antes de que pisaran el salón de audiencias, y, conociendo a Maka al-Malawi, su tesorero mayor —que odiaba más a los «asesinos» que a los escorpiones—, seguramente se habría deleitado quitándoles hasta la camisa para auscultar el último orificio de sus cuerpos que pudiera albergar un puñal y llevarlo así, sin que nadie se percatara, hasta el mismísimo trono. La verdad era que esos «asesinos» de Alamut eran capaces de cualquier estratagema. Alzaban las manos y ya tenían una daga entre los dedos; de ahí que ordenara a su guardia personal que formase en tres hileras sobre la escalinata que quedaba a sus pies.

De hecho, el sabio el-Din Tusi debía haberse percatado hacía ya tiempo de que sus esfuerzos no serían recompensados. Su propósito de unificar el Islam contra el peligro mongol, que aún acechaba a cierta distancia, equivalía a intentar mover a un tiempo al perro y al gato, al halcón y a la serpiente, a que buscaran juntos refugio ante una tormenta de la que ni siquiera se sabía bien cómo y cuándo descargaría sus rayos y truenos. Antes de que tal imagen de unidad fuese ni siquiera imaginable, esos bandidos de las montañas del Jorasan, que gustaban de considerarse águilas — ¡aunque más bien parecían serpientes!—, debían avenirse a dejar de asestar sus mordeduras y demostrar cuánto apreciaban realmente la unidad del Islam. De no conseguirlo, siendo él califa y por ello el principal objetivo de semejante banda de

asesinos, dejarlos acercarse a su persona equivalía a cobijar a una víbora en su pecho.

El inteligente el-Din Tusi, cuya sabiduría valoraba el califa tanto como menospreciaba su ingenuidad en asuntos políticos, pareció adivinar los pensamientos del soberano. Por encima de las cabezas del tesorero, del secretario mayor también presente, y de la guardia personal, el jefe de la embajada se dirigió a el-Mustasim:

—Excelso soberano de todos los fieles, vuestra mirada se posa, llena de orgullo y complacencia, sobre la nueva *madrassa*^[41], que lleva en honor vuestro el nombre de Mustamsiriya. Habéis abierto ese centro de sabiduría a las cuatro tendencias de la sunna^[42], cediendo cátedras a Shafi'i y a Hanafi, e incluso habéis concedido la gracia de nombrar profesores a Hanbalis y Malakis^[43], que no son más que unos vulgares sectarios. ¿Y vais a dejar de lado la doctrina de la chía?

La pregunta —si es que no se trataba de un reproche— no permaneció flotando en la sala sin merecer respuesta. Maka al-Malawi saltó como picado por una tarántula.

—¡Sólo faltaba eso! —replicó furioso el tesorero—. Durante las diez generaciones que los califas vienen ocupando este trono han sido molestados por los ismaelitas, que los han amenazado, asesinando a sus fieles emires, y en agradecimiento ahora exigís una cátedra para vuestra insensata doctrina. ¡Someteos primero, insolente hatajo de herejes! Y si el supremo soberano de todos los fieles acepta, en su infinita bondad, vuestros respetos y el tributo que le debéis... —jadeó de rabia, sofocado, lo que aprovechó el canciller, el *dawatdar* Aybagh^[44], para hacerse con la palabra:

—Si teméis, quiero decir, si Alamut teme a los mongoles, estimado el-Din Tusi, ello no es razón para que nosotros enviemos a nuestra preciada caballería a miles de kilómetros de aquí, para defender vuestras áridas montañas.

El regordete *dawatdar* pensaba siempre primero en su propia seguridad.

—Los «asesinos» no conocen el temor —replicó el-Din Tusi volviéndose de nuevo hacia el califa que, a pesar del creciente bullicio, estaba echando otra cabezada—. Permitid que os lo diga alguien que no milita en sus filas, pero que los conoce y los estima. Sin embargo, debo decir que de ningún modo han perdido la noción de los peligros que les acechan, ni la capacidad de formular las necesarias consideraciones estratégicas: al enemigo hay que paralizarlo a tiempo. Una vez que las hordas de jinetes mongoles se diseminan por la llanura, acabarán con la caballería de que os jactáis, abatiéndola a pares, como la manada de lobos acaba con las ovejas.

—No nos importa esperar a que eso ocurra aquí, resguardados por el río y la doble muralla. —El talante del *dawatdar* era idéntico al de su señor, aunque exteriormente (pesaba tres veces lo que aquél) se diferenciara claramente de él—. El Cairo y Damasco nos...

—No enviarán un solo hombre para ayudaros —replicó el-Din Tusi al secretario— ¡Recordad lo que os digo, Aybagh! Vos creéis que la tormenta descargará en las montañas o que pasará de largo, y yo os digo que Siria no prescindirá de sus

hombres, y mucho menos teniendo la amenaza de los mamelucos de El Cairo a sus espaldas. Os lo advierto —y se volvió de nuevo hacia el califa—: Si vosotros, la única autoridad espiritual del Islam, no lográis establecer la paz santa entre todos los pueblos y soberanos seguidores de la verdadera fe y crear un frente común, la tormenta que llegará de Oriente os barrerá a todos, uno tras otro. Sólo la espesa floresta del oasis podrá hacer frente al mal tiempo. ¡La palmera solitaria del desierto se partirá o se verá arrancada de cuajo, con raíces y todo!

Hacia un rato que el califa contemplaba de nuevo las cúpulas y los patios de su Mustamsiriya. Desde el cercano minarete del Yami'al-Qasr, la mezquita de palacio, el muecín^[45] convocaba a la oración del mediodía.

La ciudad yacía rosada y somnolienta, envuelta en un vapor ardiente, extendiéndose más allá del alcance del ojo de su soberano.

Disgustado, el-Mustasim reparó en su estómago vacío, pero había algo que deseaba saber antes de enviar a la embajada de regreso al lugar del que procedía: ¿qué había sido de los infantes? Había advertido expresamente a el-Din Tusi que le trajera a los niños; de otro modo podía haberse ahorrado la visita de esos «asesinos» cuya presencia le sentaba como un golpe en el estómago.

—¿Dónde están los niños? —preguntó, dirigiéndose por primera vez al emir Hasan Mazandari^[46], dignatario de mayor rango de la embajada de Alamut, a quien sabía muy próximo al *imam*.

Hasan había seguido la discusión con mirada sombría, en su mente experimentaba la consiguiente irritación. Era un hombre bien parecido, esbelto y de aspecto cuidado. Al reír dejaba al descubierto unos dientes que hacían pensar en la dentadura de un animal de presa. Su nariz aguileña le confería los rasgos de un ave de rapiña, y poseía una mirada penetrante como la de una serpiente. Tusi tal vez fuese un mediador bien recibido entre los enfrentados adeptos de ambas doctrinas del Islam, pero era evidente que no era la persona más indicada para transmitir con la debida contundencia las exigencias de los «asesinos». ¿A santo de qué debía escuchar él, el emir, las insolencias de ese tesorero, si Bagdad no estaba dispuesta a brindarles protección frente a los mongoles, y ni siquiera lo consideraba necesario? Por esa misma razón no había querido él satisfacer el deseo —transmitido por Tusi— del califa. Ciertamente antes de partir le había presentado al jefe de la embajada a ambas criaturas, pero después llevó consigo únicamente a Roç, dejando a la indignada Yeza al cuidado de las mujeres. ¿Para qué poner en peligro a ambos niños? O, para expresarlo con más precisión: como real pareja los infantes despertaban la codicia de cualquier potencia del mundo y volvían impredecibles las reacciones de cualquier soberano. En este sentido, de poco valía incluso la supuesta intangibilidad de una embajada. Un solo infante, en cambio, valía poco más que un único peón o un alfil en la lucha por el poder.

Hasan se tomó tiempo antes de responder, llegando a rozar la impertinencia.

—Excelso *amir al-mumin* —dijo después en voz baja invocando el título que

recordaría al califa sus derechos y deberes como «caudillo militar de todos los fieles»—, no debéis dudar de que estamos dispuestos a luchar bajo el estandarte del Profeta en primera línea, según los deseos de Alá cuando nos nombró avanzadilla del Islam contra los bárbaros del pagano Oriente...

—¡Hereje! —gruñó el tesorero—. ¡Habéis sido expulsados de la comunidad de los fieles por apóstatas, tanto en la guerra como en la paz! Alá os aniquilará y...

El califa alzó la mano, y Hasan prosiguió sin dignarse responder con una sola mirada al odioso Maka al-Malawi.

—Los mongoles no distinguen entre chi'at'Ali, los adeptos de la línea de la sangre, y los que se adhieren a la sunna, que creen conocer la doctrina pura. Provocarán la desgracia de todo aquel que no se someta a ellos. A todos los doblegarán... barriendo hasta el último rincón del mundo, pues se sienten llamados a gobernarlo.

—¡¿Los niños?! —le apremió el califa, obstinado.

Hasan sonreía.

—¡Entregad los regalos! —ordenó a sus criados, que depositaron unos grandes arcones delante de los escalones del trono.

Ante un gesto de Hasan abrieron algunas de las arcas y los cofrecillos. El agradable aroma de la mirra y el ámbar inundó el ambiente sofocante del salón de audiencias, aunque nadie reparó en ello, por lo llamativa que resultaba la caída de las piezas de seda en cuanto se abrieron las tapas de las cajas. Los criados desplegaron brocados y telas adamascadas, la delicada muselina flotó hacia el suelo posándose a los pies del califa. De lo más hondo de los arcones llegó el fulgor de dorados cuencos, copas y platillos. De los cofres más pequeños brotaron cadenas de perlas y valiosísimas alhajas profusamente adornadas con piedras. También ante el *dawatdar* y el tesorero colocaron los criados grandes arcas y pequeños cofres. Hasan se volvió con una sonrisa taimada a este último.

—Confío, estimado Maka al-Malawi —le dijo zalamero—, que vuestro amo no os envidie estos tesoros, pues con ellos deseo ganarme vuestro corazón.

El tesorero flaqueó. Al comprobar con una rápida mirada que hasta el regordete Aybagh, canciller y primer secretario del califato, renunciaba a contemplar el contenido de las cajas, ordenó a sus sirvientes que trasladaran ambos arcones y los cofres a su palacio, sin abrirlos. No era tanto por codicia —de cualquier modo tendría que enviar su parte al califa—; el tesorero deseaba más bien perder de vista las generosas dádivas de sus enemigos, pues aún debía ajustar cuentas con esos altivos ismaelitas. ¡A fin de cuentas, él, Maka al-Malawi, no se dejaba sobornar tan fácilmente como el seboso *dawatdar*!

El tesorero se aprestaba a atacar de nuevo cuando de pronto habló el califa, ya sin reprimirse:

—No os solicitamos regalos, sino los niños. ¿Los habéis traído? —Su mirada voló provocadora sobre la cabeza inclinada del el-Din Tusi y el sombrío Hasan, y se

clavó por primera vez en el séquito de la legación, compuesto principalmente de viejos *rafiq*^[47].

Como de costumbre, tras el emir se encontraba un *fi da'i*^[48] casi un niño todavía, que sostenía en vertical una vara envuelta. Todos los presentes sabían que, bajo el paño, ésta se componía de dagas incrustadas, cada mango hincado en la hoja de otra. Un gesto simbólico que habla una lengua clara, pensó el califa, y meditó si no sería aún más adecuado darles una respuesta igualmente clara, dando cumplimiento al impulso de su implacable tesorero.

Tras el muchacho de las dagas había otro aún más joven, de delicados rasgos, en la medida en que podían adivinarse bajo la capucha que le cubría ampliamente la frente. La impresión que producía aún era más atemorizadora, pues llevaba un lienzo sobre el brazo, y el-Mustasim sabía cuál sería la respuesta en caso de que inquiriera su significado:

—Éste será vuestro sudario, excelso soberano de todos los fieles, si así le place a mi señor, el *imam* Muhammad III.

Tal era la suerte del poderoso califa: ¡el cabecilla de una secta de las montañas de Persia era capaz de hacerlo temblar!

Entonces el joven *fi da'i* entregó su vara de dagas al muchacho que permanecía tras él y se inclinó ante el califa, sin arrojarse al suelo. Con regio ademán posó su diestra sobre el pecho y miró al anciano a los ojos.

—Queríais vernos, excelso soberano de todos los fieles, ¡y aquí nos tienes! A los hijos del Grial les complace conoceros y buscar vuestra amistad.

El califa se aprestó a dejar el trono para abrazar al valiente muchacho que, sin mostrar temor alguno, se abría paso entre la guardia.

—¡Dejad que se acerque! —les gritó el soberano a sus hombres, que intentaban cerrarle el paso con las cimitarras—. Así pues, tú eres Roç —se cercioró el-Mustasim—. ¿Y dónde está la princesa? —dijo, volviéndose desconfiado hacia el emir.

El muchacho sonrió, y Hasan se apresuró a explicarle que no cabía imponer a Yeza, la infanta, tan penoso viaje.

—¡Eso no es cierto! —gritó al instante una voz clara, y el delicado *fi da'i* que portaba el lienzo se despojó de la capucha con un gesto tan vehemente de la cabeza que dejó al descubierto su rubia cabellera—. Nosotros, los infantes, somos inseparables, y no hay penalidad que yo no pueda soportar.

Con estas palabras Yeza avanzó hasta situarse junto a Roç, y le dirigió al califa un encendido parlamento:

—¡Te saludamos, *amir al-mumin* ¡Y cuenta con nuestra ayuda cuando se trate de unir a los pueblos que creen en el único dios para luchar contra los infieles tártaros^[49] de la estepa!

—¡Habla como la muchacha Tawaddud^[50]! —exclamó el soberano volviéndose entusiasmado hacia el-Din Tusi, en el mismo instante en que un hombre menudo de penetrante mirada se acercaba al *dawatdar*, el canciller, para susurrarle algo al oído.

El califa sabía que el cojo, al que no podía soportar, era hombre de confianza y esbirro de su canciller.

—¿Qué opinan mis consejeros al respecto? —interrumpió el anciano califa los secreteos.

Pero Yeza se inmiscuyó, indignada:

—No soy una esclava que cuente cuentos, y la época inocente de las mil y una noches hace tiempo que acabó para Bagdad.

—¡Ahí lo tenéis! —saltó el califa, entusiasmado. Maka al-Malawi, el tesorero, parecía disgustado.

—No caigáis en las redes de sus embustes, excelso señor —jadeó alterado—. ¡Son unos niños herejes, renegados, como toda la carnada de Ismael! —Buscó con la mirada la aprobación del grueso *dawatdar*, al que, como sunnita, se sabía unido por el odio hacia los disidentes chiítas, pero éste miraba hacia otro lado—. ¡Arrojaremos a toda la pandilla al calabozo, decapitaremos a los insolentes emisarios de Alamut, y enviaremos sus cabezas al gran khan, junto con estos dos hijos del *sheitan*^[51]! —aulló el tesorero con fiereza. Después se dominó, tratando de dosificar el veneno—. Los mongoles no sienten enemistad contra Bagdad; sus iras se dirigen hacia esos taimados montañeses refugiados en los nidos colgantes de las Rocas de Jorasán, que lanzan sus avispas a los cuatro vientos. Seguid mi consejo; éste vale más que cualquier insensato acuerdo con gentes que siempre han buscado vuestra muerte, excelso soberano.

El califa alzó la mano para calmar los ánimos. Su mirada recayó en Yeza, quien con un gesto imperceptible había extraído de su rubia cabellera una daga, que sostenía en el puño.

—¿Quieres matarme? —murmuró conmovido en medio de un consternado silencio, agravado por las cimitarras^[52] que alzaba la escolta, dispuesta a golpear.

Yeza permaneció inmóvil; sostenía la hoja en vertical ante su rostro, de modo que los ojos grises se reflejaban en ella.

—Jamás —replicó tranquila—. Pero cuando silba la víbora, es preciso mantenerse al acecho.

—*Bis'mil a...* —gimió Maka al-Malawi, decidido a pronunciar la contraseña convenida. Pero el *dawatdar* lo interrumpió.

—*Bis'mil Alá!*^[53] —se apresuró a gritar. Eso le gustó también a Yeza.

—¡En el nombre de Alá! —exclamó también ella, y guardó de nuevo la daga entre sus cabellos, como si no hubiera ocurrido nada, volviéndose hacia Roç, quien se inclinó ante el califa y dijo:

—Ahora ya nos habéis visto, y os hemos advertido. *Inch'Alá!* ¡Hágase la voluntad del Señor! —Con esto, la embajada de «asesinos» abandonó el salón de audiencias sin ser molestada. Ninguno de los dignatarios presentes los acompañó, como prescribían el decoro y la costumbre.

Como si pretendiera ocultar los ismaelitas a la vista del pueblo, Jaiman^[54], el

hombre de la mirada penetrante, los acompañó arrastrando los pies por los sucios patios traseros del viejo palacio, hasta llegar a un portón junto a las cocinas.

Roç y Yeza disfrutaron del paseo por las estrechas callejuelas del *soukh*, aunque no merecieron comentario alguno del cojo guía, que tampoco respondió a ninguna de sus preguntas.

—Una rata inválida —murmuró Yeza con una mueca—, ¡y encima sordomuda!

—Las ratas no me caen tan mal —murmuró Roç, muy serio.

Los dos niños no alcanzaban a ver el cielo, pues o bien las casas se alzaban altísimas con sus miradores delicadamente adornados de tallas, aunque carcomidos por el tiempo, junto al camino enlosado, o la comitiva se movía entre enrevesados soportales y desvencijadas arcadas cuajadas de antiguos azulejos. En ese barrio vivían quienes ejercían los oficios más bajos, y así olía, en efecto. Los carniceros colgaban los carneros despellejados y en canal delante de las tiendas, exponiendo también las cabezas como señuelo. Dos callejas más allá desempeñaban los desolladores su penosa tarea. Cocían los huesos y recogían el sebo, que después dejaban enfriar en grasientas cajas de madera. El lugar estaba infestado de ratas.

—Estos roedores son maestros en el aprovechamiento del último bocado —comentó Roç.

—Aquí hay demasiados —replicó Yeza—. Imagínate que caen en las sopas que preparan los pobres con toda clase de restos.

—Son demasiado listas para eso... mira, allí, donde los curtidores remojan los cueros y los tintoreros remueven las cubas, ¡allí no se ve ninguna rata!

Conducidos por el silencioso tullido, los «asesinos» llegaron por el camino más corto a la *madrasa* más antigua de Bagdad. Allí los había alojado a su llegada el tesorero, que no les tenía aprecio. Su acompañante en el recorrido por los *soukhs* desapareció sin pronunciar una sola palabra.

—La *nizamiya* es un albergue tradicional —les explicó el-Din Tusi a los niños. Pero también había que tranquilizar al alterado emir Hasan, que consideraba, ¡y con razón!, una afrenta el hecho de haber sido alojados en aquel barrio—. Las caravanas arriban aquí desde hace cientos de años, procedentes de los desiertos del Magreb^[55] y de los nevados bosques del norte, donde la gente come pescado crudo. Aquí desembocaba la ruta de la seda del país de Cathai^[56]; hasta aquí transportaban los camellos las alfombras de Bujara y Tabriz; aquí tocaban tierra los marineros con las especias, aromas y esencias traídos de la India, y con los esclavos negros procedentes de África; aquí se congregaban las masas de peregrinos para dirigirse en grupo hacia La Meca y Medina. La *nizamiya* es el ombligo del mundo, el vientre...

—Sabio Tusi, si queréis alabar el intestino —se burló el emir— pensad también en su final y conclusión, pues hoy la *nizamiya* no es más que eso: un apeadero para la canalla más apestosa, para los más andrajosos mendigos y santos venidos a menos que sorben su propia orina.

Recordando su papel de jefe de la embajada, Hasan Mazandari interrumpió sus

exabruptos.

—Habremos de agradecer a Alá si al volver encontramos nuestro equipaje intacto —gruñó tapándose la mano con la boca, pues habían llegado a la puerta de su alojamiento y era probable que al portero no le agradase escuchar aquello. De modo que se limitó a añadir en alta voz—: Bueno, nada mejor que recoger los bártulos. Abandonaremos con el corazón compungido este remanso de las mil fragancias.

Roç sujetó a Yeza del brazo y esperó a que sus compañeros de viaje traspasaran el umbral.

—He descubierto a un orfebre al doblar esa esquina —la informó sin más preámbulo—. Ven y echemos un vistazo a lo que tiene en su ahumada cueva, ¡quizá podamos descubrir algún tesoro valioso! —Y la arrastró consigo sin soltar la mano de la muchacha.

—¿Qué significa «valioso»? Ni siquiera podemos permitirnos comprar una jarra de cobre agujereada —le reprendió riendo. Pero se dejó llevar, aunque sólo fuera por curiosidad y por no arruinarle el placer de curiosear, que por otra parte compartía con él.

El orfebre, un hombrecillo encorvado con un mandil raído, afilaba casi con la nariz, por miope, una pulsera sujeta a su banco. Estaba sentado junto a la entrada del taller, y a su espalda se apilaban en estantes cazos y sartenes, torcidos candelabros de latón, oxidados tenedores, espejos rayados y candiles averiados.

—¡Un chamarilero! —susurró Yeza para no ofender al hombre, pero lo bastante alto como para transmitir a Roç su desencanto.

El hombrecillo había reconocido a Roç, y su rostro se iluminó por un instante.

—Están terminados —anunció en voz alta, se levantó, se limpió las manos en el mandil y las hundió en un arcón que había escondido detrás de su asiento como para ocultarlo a los ladrones. Extrajo un saquito de tela, y lleno de orgullo vertió el contenido en la mano abierta de Roç. Dos anillos salieron rodando.

—¡Ay! —exclamó Yeza—, ¡bribón, canalla, embustero!

Pero Roç hizo caso omiso de su tono burlón. Tomó la mano de la muchacha con ademán muy serio y le puso uno de los anillos antes de colocarse él mismo el otro. Ambos encajaban perfectamente. No eran de oro. El aro era de latón, la base de cobre, y el adorno parecía simple hierro. Y, sin embargo, Yeza contemplaba el regalo con creciente alegría, pues reconoció en el grabado el lirio de la *Prieuré* y en el noble relieve la cruz tolosana^[57]. Sin pronunciar palabra se echó en brazos de Roç y lo besó detrás de la oreja.

—Enséñame el tuyo —dijo a continuación. Comprobó que era casi idéntico al suyo, aunque el símbolo de la *Prieuré* aparecía en relieve mientras que el escudo de Occitania había sido grabado.

—No sólo son iguales —le explicó Roç, con la voz ronca por la emoción—, sino que forman una unidad. —Mientras lo decía acercó su mano al dedo anular de Yeza, y con un leve chasquido ambos anillos se juntaron sin desprenderse uno del otro.

—¡Un imán! —exclamó ella, y Roç no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Uno —replicó—, ¡el tuyo, desde luego! —Sacó el dedo del anillo y le enseñó cómo despegarlos—. El mío es de hierro corriente.

—¡Me has hecho el mejor regalo que podías hacerme, Roç! —susurró Yeza. Se sentía feliz.

—Es para los dos —dijo Roç con aire solemne—, porque te amo.

—¡Pues yo te odio! —gritó Yeza—. Ven, ¡volvamos ahora mismo a la *nizamiya*, o Hasan empezará a dar vueltas como un derviche enloquecido!

Se cogieron de la mano y emprendieron el regreso. El viejo orfebre se quedó mirándolos, meditabundo, hasta que doblaron la esquina.

Roç y Yeza no dejaban de volverse para contemplar la medina de aquella «ciudad de ciudades», cuya silueta no era, sin embargo, ni la mitad de fascinante que la de Constantinopla con sus altos torreones y sus inmensas cúpulas. Tampoco había pirámides como en El Cairo, y, sin embargo, el-Din Tusi les había dicho que aquella era la «cuna de la humanidad».

—Me alegra haber visto lo que llaman las «riberas de Babilonia» —dijo Roç en tono respetuoso—, y que podamos vivir juntos esta aventura.

Yeza no parecía tan impresionada.

—Esas riberas apestan —replicó con expresión seca—, ¡y no veo rastro alguno de la famosa torre de Babel!

La comitiva regresaba al sector oriental de la ciudad por el largo puente doble que, trazando un delicado arco, cruzaba el río. De las fangosas corrientes del Tigris ascendía el dulzón y acre olor del pescado y la podredumbre, al que no tardaron en sobreponerse las emanaciones de miles de caballos que se hacinaban en cientos de cuadras abovedadas.

—¡Uuiii! —relinchó Yeza entusiasmada—, ¡estoy deseando ver a esos miles de caballos reunidos!

—Hasan tiene toda la razón —dijo Roç, que cabalgaba a su lado; y señaló a su espalda con el pulgar—: ¡en el palacio del califa había un hedor espantoso!

—Llegaba del *soukh*^[58] al-Ghazi, el mercadillo de al lado.

—No —replicó Roç—: la peste procedía de la vieja *madrassa*, ese nido de ratas en el que nos alojábamos.

—Te equivocas. Es el hedor de la nueva, de la que el califa se enorgullece tanto, y donde ha fundado una escuela coránica ultraconservadora cuyos sabios escribanos no se lavan nunca. —Yeza reía aún cuando Hasan Mazandari agarró las bridas de su caballo y acercó a los infantes al suyo, cosa que no había podido hacer antes dada la estrechez de las callejuelas.

—No tenías necesidad de sacar a relucir tu temible arma mortal —regañó el emir en son de burla a Yeza, sin tratar ni siquiera de adoptar un aire de maestro y pedagogo

responsable—. ¡Poco ha faltado para que nos hicieran picadillo con las cimitarras! Tu encantadora horquilla nos puso al borde de la muerte, a ti y a todos nosotros.

—Peligro que corremos todos los días que nos concede Alá —respondió Roç—. Eso servirá para que te acostumbres a no pretender la separación de la pareja real de infantes.

—Y eso demuestra también que siempre es mejor enseñar los dientes —añadió Yeza—. Como decía el famoso *iskander ibn Qluwi: Bil jattar uaddiq, yuaddi at-tariq al uassat illal maut.*^[59]

Con gritos y a golpe de palos se abrió camino el palanquín del *dawatdar*, que no tardó en darles alcance.

—¡Mi amo, señor supremo de todos los creyentes! —exclamó, e hizo una pausa, de modo que Roç y Yeza pudieron responder al unísono.

—*Alá yâtii al oumr at-tawil!* ¡Que Alá le conceda una larga vida! —Tras lo cual se echaron a reír, lo que confundió levemente al canciller.

—Mi señor me envía para que lleguéis sanos y salvos a la otra orilla, donde os aguarda el excelso gran visir: *Alah yiyasi al kufar!*^[60] —Interrumpió su discurso jadeante al reparar quizá en que al menos uno de los presentes, Hasan, sería adepto de la chía, con lo que quizá lo habría ofendido. Pero éste hizo caso omiso del saludo procedente de la sunnita Bagdad, de modo que el *dawatdar* pudo proseguir—. También me ruega mi amo, señor supremo...

—*Amir al-mumin!* —exclamaron los niños, a quienes se había dirigido.

—...que aceptéis estos regalos que os ofrece. —Se revolvió entre los cojines de su palanquín y extrajo una alhaja de increíble suntuosidad.

«Debe de ser muy antigua, quizá incluso de la época babilónica», pensó Roç al ver al grueso canciller alzarse resoplando de su palanquín para colgar el aderezo del cuello de Yeza. Era éste de finísimo hilo dorado y mostraba una piedra tallada en forma de cabeza de toro entre cuyos cuernos de marfil asomaba una cabeza de águila.

—¡Un minotauro! —exclamó Roç, impresionado.

—¡Un pájaro grifo! —gritó Yeza, conmovida—. ¡Ni en sueños imaginé nada tan fabuloso! Dadle las gracias al califa.

Roç recibió una copa de cuarzo pulido de color rosa. Estaba hecha de una sola pieza y se alzaba sobre un pedestal dorado que, al igual que el pie de la copa, mostraba profusión de adornos incrustados de rubíes y lapislázuli. Al elevarla hacia el sol las piedras refulgían, y el costoso recipiente resplandecía como una clara piel transparente. Un acolchado estuche de piel protegía la delicada pieza.

El *dawatdar* volvió a guardarla en el estuche antes de entregársela a Roç.

—Harun al-Rashid^[61] bebió de esta copa —explicó con énfasis—. El-Mustasim, mi señor, desea que penséis en su persona cada vez que hagáis uso de ella.

Roç le dedicó una profunda reverencia y permaneció mudo.

En la orilla oriental, la embajada fue recibida por la escolta del gran visir Muwayad ed-Din^[62] y conducida al palacio que el califa había puesto generosamente a su disposición. Las amplias dependencias, pabellones, arcadas y salas abiertas, así como los jardines y los sombríos patios interiores cuajados de flores, fuentes y pajareras, se perdían en un inmenso parque imposible de abarcar únicamente con la vista. Pero aquel alarde de soberbia riqueza no lograba impresionar demasiado, sobre todo por la total ausencia de seres humanos.

—Siendo adepto de la chía, Muwayad debería conformarse con una perrera. Nuestro bondadoso amo, en cambio, permite que el gran visir se aloje en un palacio.

Las palabras de Aybagh, más bien murmuradas, traslucían la poca o nula simpatía que el gordo debía sentir por Muwayad ed-Din, a la vez que expresaban desaprobación del lujo en que se recreaba su amo.

La verdad era que el gran visir mantenía en reserva aquellos aposentos más que residir en ellos. Él prefería habitar en un extremo del recinto palaciego, en uno de los cuarteles que en realidad estaban destinados a la guardia, no lejos del hipódromo^[63] de los oficiales. El olor de las cuadras, del estiércol y el cuero era allí tan penetrante que resultaba casi intolerable.

El gran visir, un hombre enjuto de fuerte constitución, recibió a la embajada en un atrio cubierto con un enorme toldo destinado a procurar un mayor frescor. Su escolta personal, compuesta de nubios fuertes como robles y armados con brillantes alfanjes, formaba a su alrededor un círculo protector de hombres que se mantenían erguidos, con las piernas separadas, mientras a los pies del gran visir se congregaba parte del cuerpo de oficiales, entre ellos muchos jóvenes *halcas*^[64], hijos de la nobleza que le servían de pajes. Estaban bebiendo té de hierbabuena y contemplaban juntos un combate de esgrima que dos maestros ofrecían, con el torso desnudo, intercambiando sus golpes con adiestrada lentitud.

Muwayad ed-Din no prestó atención al *dawatdar*, pero saludó con mucha cordialidad a el-Din Tusi.

—Bien, mi estimado amigo de las sabias palabras —preguntó—, ¿habéis encontrado en el emir al-Mumin un oído abierto a vuestras cuitas?

—Sabéis perfectamente, excelente Muwayad ed-Din Ibn al-Alqami —le replicó Hasan en su lugar—, que el olfato del califa no alcanza más allá del Tigris, y que el vuelo de paloma de sus pensamientos desde luego no llega hasta la lejana Alamut, ¡aunque sólo sea por el miedo a que un águila pudiese aparecer en lo alto del cielo!

—La prudente valoración de que hace gala mi excelso señor el-Mustasim no me parece en este caso fuera de lugar —repuso el gran visir—. En vuestras montañas se está expuesto a las inclemencias de una naturaleza adversa y a la hospitalidad de unos aliados como vos, los «asesinos». Por no mencionar a las hordas de mongoles que vagan de un lugar a otro. Aquí estamos seguros, rodeados por esa muralla doble y

protegidos por nuestro imponente y sacrificado ejército. —Con gesto hospitalario rogó a sus invitados que tomaran asiento cerca de él—. Tengo más confianza en mis guardias que en mí mismo —bromeó el gran visir, y mandó que les sirvieran bebida.

—Vuestra seguridad, estimado Muwayad ed-Din, es engañosa. Si lo ordenara mi gran maestro, el venerable *imam* Muhammad III, el águila se abalanzaría sobre cualquier presa, ¡incluso aquí y ahora!

—¡Imposible! —El gran visir se echó a reír, y los emires y oficiales que lo rodeaban lo imitaron, serviles.

Los ojos de Hasan brillaron llenos de ira; se incorporó de un salto y sacó de su bolsa un pañuelo blanco.

—¿Veis este paño, Muwayad ed-Din? ¡Antes de que toque el suelo cambiaréis de idea! —Y lo dejó caer.

De inmediato saltaron dos de los oficiales y extrajeron sendas dagas, a pesar de que todos habían tenido que dejar sus armas en la antesala. Otro de los jóvenes se unió a ellos, esgrimiendo un puñal.

—Una palabra mía —exclamó Hasan exultante— y os...

—¡Aún tengo a mi escolta! —le espetó triunfal el gran visir, que se había parapetado rápidamente detrás de los nubios. En ese momento dos de los negros dirigieron con parsimonia sus afiladas armas contra él; los extremos de las hojas apuntaban al corazón y la garganta del alto funcionario.

Muwayad preguntó, consternado:

—¿Pero... seríais capaces de matarme a mí, vuestro bondadoso amo?

—Así es, señor —replicó uno de los hombres—. Si nos llegara la orden, lo haríamos.

El gran visir cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Qué tiene que reprocharme el venerable *imam* como para no querer verme entre los vivos? —gimió.

El emir de los «asesinos» alzó al arrodillado cogiéndolo por los brazos.

—¡Indolencia! —le contesto con sequedad, ordenando con un gesto imperioso a los *fida'i*, que habían roto filas, que se retiraran de nuevo—. No quiero asistir al espectáculo de ver que vos, el mismísimo Muwayad ed-Din, os tengáis que arrodillar un día ante un general mongol, y es seguro que deberéis hacerlo si no os avenís a cerrar un pacto de defensa. ¡Id a Damasco, a Acre y a El Cairo, y suplicad al rey y al sultán! Pensad siempre en la imagen que os he mostrado, hermano mío en la fe: sobre vuestra persona pende el hacha, vuestra cabeza ya se ha inclinado... ¡y el mongol no conoce la compasión! —A continuación, Hasan se volvió y dio a su séquito la orden de partir—. A vos, Aybagh, que no sois amigo nuestro, os digo lo mismo —le espetó arrogante al amedrentado canciller—. No necesitamos que nos acompañéis; regresad junto al califa y comunicadle nuestra última advertencia. —Mientras el emir montaba de un salto en su caballo, añadió—: No somos nosotros, los «asesinos», los que ponemos en peligro vuestras vidas, sino vuestra propia indecisión, parecida al

comportamiento de un cebú que mete la cabeza en la arena creyendo que así el enemigo dejará de verlo.

El-Din Tusi, auténtico jefe de la embajada, había asistido en silencio a la escena y aceptado que el emir se erigiera en portavoz. Sabía que Hasan era el favorito del *imam*, y por ello refrenaba su lengua. Pero obsequió generosamente con regalos al gran visir, como si deseara compensarle así por la ofensa que le había sido infligida. Y Hasan lo dejó hacer.

La embajada abandonó la ciudad del califa por la ancha carretera que conducía hacia el norte, para adentrarse luego en la cordillera, hacia Kermanshah^[65]. Roç y Yeza cabalgaban juntos. Llevaban largo tiempo sin hablar. Yeza se inclinó hacia el muchacho amado, buscó su mano, y acercó su anillo al de él hasta que la piedra mágica los unió con un chasquido.

—Debéis saber, mi caballero —sonrió con picardía—, que vuestra prenda de amor es para mí mucho más valiosa que el regalo del califa.

Roç la miró a los ojos.

—¡Lo mismo me sucede a mí con vuestro amor, mi *damna*^[66]!

El emir Hasan se unió a ellos, y Yeza cambió de tema.

—¡Lástima! —dijo—, ¡me habría gustado tanto ver los caballos!

Roç le lanzó una mirada casi reprobadora (las cosas que se les ocurren a las mujeres) y no pudo refrenarse.

—No debiste hacerlo —le reprochó al emir—: ¡Has sacrificado la vida de cinco de nuestros hermanos para satisfacer tu vanidad!

—Peor aún —intervino también Yeza—. Ya no disponemos del arma secreta que ellos representaban, ¡y seguramente perecerán en la hoguera!

Hasan Mazandari los miró desdeñoso, pero recapacitó y dejó que una sonrisa cruzara sus bellos rasgos.

—Lo que consideráis vanidad incontrolada no fue más que áspera amenaza, la última y, sin duda, necesaria, contra la camarilla de Bagdad. —Esperó a que sus palabras hicieran efecto, pero Roç y Yeza escucharon la explicación sin mostrar signos de aprobarla—. Y, por lo que respecta a los cinco *fida'i*: son soldados en pie de guerra, siempre dispuestos a dar su vida.

—¡Pero no inútilmente! En este caso ¡sólo para ganar una apuesta! —se indignó Roç—. Has jugado con el destino de unos seres humanos.

—Yo no soy un jugador —lo reconvino el emir—, pero tengo el mando. Los soldados no deben discutir las órdenes. Y, si los queman, tienen asegurado el paraíso.

—Al contrario que tú, Hasan Mazandari —replicó Yeza para concluir, y Roç no se sintió con ánimos de añadir nada.

El emir trató de ocultar su turbación con una risa burlona, y se alejó al galope para ponerse a la cabeza de la comitiva.

Maka al-Malawi, el tesorero mayor, seguía comentando lo ocurrido con el califa. Mientras abrumaba con reproches a su soberano regresó el canciller Aybagh, y les informó del infame incidente protagonizado por la escolta del gran visir.

—¿Os dais cuenta? —exclamó furioso Maka al-Malawi volviéndose hacia el canciller—. ¡Al menos el gran visir habrá mandado descuartizar al instante a los indignos traidores!

—De ningún modo —repuso el gordo ateniéndose a la verdad—. Lamenta que quebrantaran el juramento de fidelidad, ha expulsado a los cinco malhechores, y acaricia la idea de enviarlos tras los pasos de sus hermanos para que el gran maestro reconozca el noble carácter de Muwayad ed-Din ibn al-Alqami! —se burló el *dawatdar*.

—¡Vuestro gran visir! —se mofó Maka al-Malawi—. Al menos me permitiréis advertirle de la conveniencia de ajusticiar enseguida a esos individuos. Lo mejor sería quemarlos vivos.

El califa callaba.

—También podríamos enviárselos a los mongoles —argumentó Aybagh con expresión grave—, desde luego tras sacarles los ojos y rebanarles narices y orejas. Con un mensaje para el gran khan avisándole de que habían salido de Alamut con la orden de asesinarlo.

La propuesta gustó al tesorero.

—En ese caso sería mejor cortarles la lengua y perdonarles la vista, para que se deleiten con el paisaje y los caballos salvajes que los despedazarán.

—De cualquier modo, convendría que los mongoles desahogasen su cólera con Alamut y en cambio vieran en nosotros a una potencia amiga —constató el canciller.

—Lo consultaré con la almohada —dijo el califa dando por concluida la sesión.

El grueso Aybagh, *dawatdar* del califa, subió al palanquín sin despedirse. Estaba más que descontento de la jornada.

También el tesorero se hizo conducir a su palacio. A pesar de que ya era tarde ordenó que subieran los baúles a sus dependencias y despidió a todos los miembros de su séquito, deseoso de disfrutar de la vista de los regalos, aunque sin testigos molestos que pudieran informar al califa. Para empezar abrió uno de los estuches, y se asombró del valor y la suntuosidad de las alhajas. En particular le agradaron los diferentes animales, hábilmente confeccionados, dorados y adornados con pedrería de mil colores. Encontró un fuelle de tafilete con mangos de madera de ébano, decorado con una serpiente compuesta de esmeraldas verdes que se enroscaba cubriendo casi toda la superficie, mientras que en un extremo de la madera aparecía un pajarillo con el pecho de coral y el pico abierto. Según el volumen de aire que se hiciese salir del cuero, cantaba el pajarillo o silbaba la serpiente. A Maka al-Malawi le vinieron a la mente las palabras del emir: «Confío en ganarme con ellos vuestro corazón.»

El tesorero sentía debilidad por toda clase de juguetes mecánicos. Estaba tan ensimismado ensayando su funcionamiento que no oyó el crujido con que se abrieron las tapas de los dos grandes arcones a su espalda. Dos «asesinos» salieron de ellos con el sigilo de los guepardos e introdujeron sus dagas en el cuerpo de Maka al-Malawi, una justo debajo del omóplato, en el corazón, y la otra en la nuca. Ni siquiera llegó a soltar un estertor. Únicamente el golpe sordo con que cayó del taburete puso en guardia a la escolta que vigilaba su puerta. Cuando lo encontraron bañado en sangre, hacía tiempo que los asesinos habían huido.

II CUATRO PRÍNCIPES

El águila llevaba algún tiempo sobrevolando la estepa donde se desarrollaban los preparativos. Tenía dificultades en marcar sus dominios; los vientos que soplaban de los altos riscos donde comenzaba la cordillera la desviaban hacia los estratos de aire enrarecido sobre el Altai^[67]. La gran ave de presa reaparecía una y otra vez para cerciorarse del avance de los acontecimientos y para que no se le adelantase otra. Esperaba paciente a que cayera su presa.

Los hombres y animales que formaban el pequeño grupo habían surgido primero en forma de puntos minúsculos en el horizonte, antes de cruzar la llanura y detenerse al pie de la montaña. Siempre era lo mismo. Pero esta vez no se apresuraron, y alargaron con exagerada solemnidad el juramento.

Se habían congregado allí altos dignatarios mongoles, seguramente miembros de alguna de las estirpes de la nobleza gengiskhanida^[68]. Habían traído consigo a sus sacerdotes, y celebraban el tradicional sacrificio del caballo de acuerdo con un severo ritual.

El animal había sido despojado de la silla y las bridas. Los soldados lo rodearon con picas, que clavaron en la tierra, y prepararon las lanzas. La noble familia, una madre y sus cuatro hijos, había ocupado su lugar frente al caballo, sin perderlo de vista.

El sacerdote se acercó al cuello del animal sujetado por dos guerreros. El cuchillo ritual refulgió, un chorro rojo saltó de la arteria carótida seccionada. El caballo se encabritó —el corte fue rápidamente ampliado—, le temblaron las patas hasta fallarle después, y las picas le fueron hincadas desde abajo en el vientre para impedir que se desplomara. La sangre manaba ahora lentamente; el flujo se hizo luego más lento. Los ojos de la víctima se quebraron y perdieron brillo. Entonces le clavaron las lanzas en dirección oblicua, atravesando la piel de la grupa y el cuello, hasta que reaparecieron los hierros alzándose cruzados hacia el cielo, prestando así apoyo al cadáver. Allí quedaba lo máspreciado que puede existir para un mongol —a excepción de su propia persona y de ciertos miembros de su familia—, sacrificado a su señor celestial, *tengri*^[69].

El águila observó la abrupta partida del grupo mientras trazaba círculos majestuosos, cada vez más pequeños. No tenía intención de descender mientras no perdiera de vista a los mongoles. Hacía tiempo que ellos habían registrado su presencia con satisfacción, pero no les agradaba ver cómo el emisario de *tengri* acogía el sacrificio. Y eso que, sin duda alguna, eran diestros con el arco.

Tan sólo cuando vio a la comitiva avanzar como una serpiente y acometer la subida a la montaña, el rey de las alturas inició con potente aleteo el descenso y enfiló lo que constituiría su banquete.

Arropadas por las oscuras sombras de las gargantas y con las afiladas cumbres cubiertas de un blanco capaz de cegar a quien las avistara, se alzan las cimas del Altai contra el metálico cielo azul.

Los guerreros mongoles avanzaban penosamente por la pedregosa rocalla y la profunda escarcha que cubría la falda de la montaña, cruzando escarpadas pendientes, saltando sobre las grietas abiertas en el hielo de los glaciares, y venciendo abismos abiertos por el agua que fluía en las torrenteras.

En algún lugar de aquellas alturas debía de estar la cueva de Arslan^[70]. El pequeño grupo de mongoles tenía más el aspecto de una procesión que de una hueste que se dirigiera a la guerra. Banderines y pendones sujetos en lo alto de las larguísimas lanzas ondeaban sobre un palanquín rodeado por los guerreros, que hacía tiempo habían descabalgado para conducir a sus caballos tirando de las riendas. Los hombres se abrían paso a través de altos ventisqueros o cruzando lisas llanuras heladas. El sol caía inmisericorde sobre los caminantes, envueltos de la cabeza a los pies en gruesas prendas de fieltro multicolor, y que, para proteger los ojos, llevaban el rostro casi enteramente cubierto con caperuzas festoneadas de piel. Resultaba difícil avanzar en la atmósfera enrarecida; se sucedían las bocanadas abruptas que hacían surgir de los cuellos subidos y los morros envueltos de los animales unas nubecillas de vaho que el viento enseguida dispersaba.

Cuatro hombres enteramente vestidos de negro avanzaban junto al palanquín. El que iba en cabeza, con las piernas torcidas, era un hombre menudo y de complexión atlética. Su rostro, redondo y de expresión astuta, habría podido ser el de un pastor a pesar de la barba de chivo que pendía de la puntiaguda barbilla, pero los ojillos entreabiertos revelaban astucia, si no hipocresía. Mangu^[71] se abría camino con la seguridad de quien está convencido de que los demás lo siguen. Era el primogénito, y ya superaba los cuarenta. El único a quien prestaba atención, volviéndose de cuando en cuando hacia él, era Ariqboga^[72], su hermano menor, que —a excepción de un leve aire de semejanza en el rostro— no se le parecía en nada: era un individuo alto, un tanto deslavazado, con la mirada abierta, casi alegre, pero que fácilmente se tornaba soñadora, incluso reflexiva. Ariqboga conservaba un aspecto juvenil, sin traza alguna de madurez, pero que a la vez revelaba una bondad extrema.

El tercero se mantenía a cierta distancia. Qubilay^[73] era más alto que sus hermanos, incluso más que el menor. Era un gigante de anchos hombros que confiaba en su fortaleza física, aunque también poseía la cabeza de un sabio, de frente despejada y unos ojos tan claros como el agua, capaz de albergar ideas y, en caso necesario, de imponerlas por la fuerza. Qubilay irradiaba la tranquilidad de un hombre que no depende de nadie y que sigue su camino no por ser fuerte, sino porque sabe esperar.

Le seguía Hulagu^[74]. A éste le costaba trabajo caminar por la nieve, y daba rienda

suelta a su mal humor. Con el pecho caído y la barriga incipiente semejaba un mono envejecido, a pesar de vestir ropas más costosas que sus hermanos. Se arrastraba detrás con el cuerpo encogido, su mirada los seguía llena de reproche y de desconfianza en la empresa. Su rostro no mostraba un cutis saludable, más bien amarilleaba un tanto: le gustaba beber, aunque su naturaleza lo toleraba mal. En sus rasgos ajados se reflejaban alternativamente la autocompasión y una crueldad implacable. Hulagu se sintió tentado de gritarles a los demás que tuvieran consideración y lo esperaran. Pero renunció a hacerlo: sabía que la respuesta de Mangu habría consistido en un silencio despectivo.

Los príncipes caminaban en silencio; hablar les habría cansado en exceso. Sólo de cuando en cuando alzaban la vista hacia donde debía encontrarse la meta, y dedicaban a la mujer del palanquín unas miradas cargadas de desazón.

La princesa Sorghaqtani ^[75] conservaba una actitud altiva, incluso cuando iba sentada. Sus nobles rasgos revelaban una gran confianza. A la muerte de su esposo Tuli ^[76], la hermosa mujer se había negado rotundamente a casarse con el sobrino de aquél, Guyuk ^[77], cuando éste fue elegido gran khan ^[78]. Aun siendo una viuda joven, se entregó en cuerpo y alma a sus hijos, convencida de que un día ocuparían los puestos más encumbrados. Ese día no estaba lejano, y ahora había decidido pedir consejo a Arslan, el chamán ^[79]. En realidad, no buscaba más que la confirmación del sueño de su vida.

Amaba a sus cuatro hijos, pero estaba decidida a romper definitivamente con la tradición por la cual siempre era el más joven el preferido. Siguiendo los dictados de su razón, que siempre fue ley suprema para la princesa Sorghaqtani, deseaba transmitir el mando a su primogénito Mangu. Lo veía como soberano, pero deseaba que sus hermanos escuchasen esa misma apreciación en los labios del chamán. Lo más grato a su corazón habría sido que allí, en la montaña sagrada, Mangu recibiese de ellos promesa de fidelidad y obediencia. La mirada de la princesa, que no había dejado de soñar despierta, se deslizó llena de orgullo sobre sus hijos: Qubilay, el silencioso y, seguramente, el más listo de todos; Hulagu, el eterno indeciso, y su arrojado benjamín, Ariqboga.

Pero Mangu los superaba en algo que lo predestinaba a ocupar el cargo de khan de todos los khanes: era tan capaz de atizar el fuego en el corazón de los mongoles como de apagarlo; su fuerza le permitiría retener entre sus manos un poder universal.

—¡Veo a Arslan! —gritó Ariqboga, y señaló hacia la montaña, donde se abría, grande y oscura, una cueva en medio de una pared rocosa. Todos miraron hacia arriba, pero nadie supo descubrir al chamán.

—¡Os digo que estaba allí! —se defendió Ariqboga furioso, pues no dejó de reparar en las risitas medio disimuladas de sus hermanos—. ¡Le pediré que vuelva a salir! —exclamó, preparándose para correr hacia la cueva. Se habían acercado a ella lo bastante como para vislumbrar una pequeña hoguera.

—¡Alto, Ariqboga! —exclamó la princesa—. ¡Podría tratarse de una advertencia!

¡Nunca traspases el umbral de una casa sin que te inviten a hacerlo!

—¡Dejadme echar un vistazo! —Ariqboga no consentía que lo detuviesen.

—¡Ariqboga! —lo amenazó con severidad la voz de Mangu—. ¡Si no haces caso del ruego de tu madre, obedece al menos mi orden!

En ese momento se detuvo el benjamín, y todos percibieron un rumor. Una tormenta de viento helado y escarcha estuvo a punto de barrer a toda la comitiva y acabó por arrojar al suelo a Ariqboga. Delante de ellos se precipitó un alud hacia el valle, y la entrada de la cueva quedó cubierta de blancos montones de nieve en polvo. Ariqboga se levantó, rehuendo la mirada de sus hermanos. Sus ojos buscaron, como solicitando perdón, los de su madre, pero ésta se limitó a señalar en silencio hacia la ladera del valle. Comenzaron a descender en silencio. La escolta abrió unos peldaños en el hielo para facilitar el equilibrio de los porteadores.

Los cuatro príncipes no se apartaban del palanquín, una especie de armazón cubierto. Lo sujetaban y hacían lo posible por impedir su caída. A causa de las piedras que se desprendían y de lo resbaladizo del hielo, el descenso fue aún más penoso. El grupo rodeó un peñasco y miró hacia el valle, en el que asomaba un lago verde oscuro en cuyas aguas se reflejaban los blancos picos de las cimas de la montaña, así como el risco en el que se hallaba —o se les había aparecido— Arslan. Los príncipes ya no lo veían, y no estaban seguros de cuál era la roca donde lo habían vislumbrado.

—En cualquier caso, debemos cruzar hacia ese lado —dijo Mangu.

—No lo veo tan claro —repuso Hulagu—, si ya no vemos al hombre santo quizá sea mejor esperar a que salga. Su desaparición podría ser otra advertencia.

—¡También podría ser —se mofó Mangu— que te asuste el agua!

Descendieron por sinuosos senderos entre las rocas hacia el lago, y de pronto descubrieron una barcaza, una robusta nave fabricada de gruesos maderos. La adornaban ricas tallas multicolores y sus bancos tenían capacidad para al menos veinte remeros. Una cabeza dorada de dragón se alzaba en la proa. La barcaza estaba atada a la orilla, y los cabos que la sujetaban se ocultaban bajo maderos y tablones de toda clase, arrastrados hasta allí por la corriente, como si hubiera que protegerlos de los rayos del sol o de las miradas de los curiosos. Junto a la embarcación vieron a un gigantesco barquero embutido en un largo abrigo de fieltro. Llevaba la cabeza al descubierto y el crespo y canoso cabello muy largo, al igual que la barba, que le alcanzaba hasta la mitad del pecho.

El jefe de la escolta agitó una bolsa y le puso al barquero, que no había exigido nada, varias monedas de oro en la mano. El viejo las lanzó con gesto indiferente a la barcaza. Entonces vieron que el fondo estaba cubierto de monedas de oro.

Una vez que los porteadores hubieron trasladado el palanquín a bordo de la embarcación y los cuatro príncipes ocuparon sus puestos, los guerreros mongoles condujeron a sus caballos uno tras otro a cubierta, sirviéndose de una tabla. Esperaron a que subiera el barquero, pero éste se limitó a negar con un gesto de la cabeza y

desató los cabos. En cuanto soltó el último, la barcaza despegó de la orilla.

El lago, que desde arriba parecía liso como un espejo, era surcado por una poderosa corriente. Los miembros de la escolta cogieron los remos, pero aunque pusieron todo su empeño en impedirlo, la barcaza se dirigía inexorable hacia las rocas que rodeaban el lago y un ominoso y atronador rugido parecía anunciar que se acercaban a una cascada. Los remeros estaban aterrados; los porteadores acudieron en su ayuda, pero por mucho que se empeñasen en evitar que la barcaza se hundiera en el abismo, ésta se aproximaba con creciente rapidez a lo que significaría su definitivo desastre.

Entonces Mangu arrebató el timón al jefe de la escolta e impartió órdenes, imponiendo a fuerza de voces un ritmo unificado a los aturridos remeros. Hasta los hermanos tuvieron que ocupar su puesto en los bancos. Bajo su dirección, la nave pareció quedar inmóvil sobre las aguas; después empezó a dibujar con lentitud una curva que la trasladó felizmente a la otra orilla.

Hulagu fue el último en desembarcar, y anudó el cabo a una rama que salía del agua. Alzó la vista para ver a los demás, que ya habían iniciado el ascenso. Buscó el risco donde se les había aparecido el chamán. Su mirada se posó de nuevo sobre el espejo del lago. Allí vislumbró el reflejo de ese mismo risco, pero en él jugaban ahora dos criaturas, un niño y una niña. Vestían como príncipes mongoles, aunque eran extranjeros. El rubio cabello de la princesa lo revelaba, y también los rasgos del muchacho diferían mucho de los habituales entre los pueblos de la estepa. Hulagu corrió para unirse a los suyos y comunicarles su descubrimiento. Tropezó por la pendiente, sin dejar de volverse una y otra vez para contemplar la extraña visión. Por fin alcanzó a Mangu, le tiró de la manga, y señaló hacia abajo. Fue entonces cuando el primogénito vio el risco: estaba debajo de ellos. Habían subido demasiado. Pero sobre la roca no avistó más que al chamán, con la cabeza levantada hacia ellos, sonriéndoles. De pronto todos escucharon unos golpes. ¡Un desprendimiento! Vieron saltar las rocas y quisieron advertir a Arslan, pero éste se limitó a sonreír mientras las piedras rodaban a su lado, precipitándose hacia el lago. Una piedra cayó sobre la rama junto a la barcaza, rompiéndola, y la embarcación, liberada de toda sujeción, flotó a la deriva como conducida por mano invisible, trazando serpentinas sobre el lago en dirección al extremo opuesto. Una última piedra saltó tras las anteriores y dibujó un arco por encima de la figura del anciano, hasta caer en el espejo del agua. Las ondas hicieron temblar la imagen reflejada del chamán, difuminándola. Cuando las aguas se calmaron, el risco estaba otra vez vacío. También la barcaza había desaparecido, como si jamás hubiera existido.

—¡Es culpa tuya! —dijo Mangu con sequedad—. ¡Tendrías que haber afianzado mejor el cabo!

—¿No deberíamos...? —repuso turbado Hulagu, pero su hermano mayor lo interrumpió furioso.

—¡No te atrevas a pronunciar la palabra! —le advirtió—. O dejaré de

considerarte un mongol.

Qubilai se interpuso en silencio entre los dos gallos de pelea.

—¡No hemos venido para esto! —les gritó la princesa a sus hijos—. ¡Debéis estar unidos! No volveremos por donde hemos venido; seguiremos adelante hasta alcanzar nuestra meta —añadió con mucho aplomo. Continuaron ascendiendo por la roca, rodearon un repecho, y ante ellos, sentado sobre una piedra, apareció el barquero.

—Arslan —saludó la princesa al chamán—, te saludo y te agradezco todas las advertencias que has tenido a bien hacernos.

—Ya veo —repuso el hombre y la miró a los ojos— que la madre ha comprendido.

—No del todo —respondió Sorghaqtani y descendió del palanquín. Ordenó a sus hijos que se sentasen en círculo alrededor de Arslan y mandó alejarse al séquito—. Explicadle a una mujer sencilla lo que desea saber.

Tomó asiento entre los príncipes, frente al chamán. Pero éste rogó a los cuatro hombres que lo dejaran a solas con la princesa.

—Es más fácil hablar de alguien cuando éste no clava en ti su mirada; peor aún cuando son cuatro los pares de ojos, que además se acechan entre sí, los que te observan.

Mangu se levantó disgustado, pero se dominó.

—Os hemos buscado por deseo de nuestra madre. ¡Hágase vuestra voluntad! —dijo, y los cuatro hermanos se alejaron, tal como se les había indicado.

—Ariqboga, vuestro benjamín, aún debe aprender que no existe ningún fuego que al instante no pueda estar extinguido. Hasta entonces habrá de obedecer a su hermano mayor.

La princesa no fue capaz de refrenar su impaciencia:

—Decidme si Mangu será el próximo gran khan.

—Ha demostrado ser el más capacitado de todos. Pero las aguas corren raudas. Ha de apoderarse del timón en el momento preciso, y no deberá soltarlo. Era él el responsable del barco, no Hulagu.

—Pero no podía saber que la piedra caería justamente sobre la rama que sujetaba el cabo —quiso justificar la madre a su hijo predilecto.

—Si tienes un solo punto vulnerable, la flecha del destino te alcanzará justo allí.

—¿No me decís nada de Qubilay?

—¿Acaso él tiene algo que decir? —inquirió a su vez el chamán—. Qubilay puede esperar. Algún día gobernará sobre un reino que aún florecerá cuando el de los mongoles pertenezca ya al pasado.

—¿Convivirán mis hijos pacíficamente? —inquirió la princesa, preocupada.

—Sí, lo harán —repuso Arslan resuelto—, pues hoy han comprendido que deben permanecer unidos. Pero hay otra cosa que debo comunicarles a ellos...

—Una última pregunta, Arslan —quiso retenerlo la princesa—. Hulagu me acaba de confesar que hace un momento vio en el lugar donde antes estabais vos a dos

niños, a dos príncipes vestidos como mongoles, pero extranjeros. ¿Constituyen alguna amenaza para mis hijos?

El chamán se echó a reír y respondió:

—A Hulagu no le faltan motivos para esa visión. Le afecta mucho más que a sus hermanos, pues el destino del mundo le pedirá responsabilidades, lo quiera él o no. Se trata de algo más que de un cabo mal atado, de que la barca pueda...

Arslan se interrumpió, como si ya hubiese hablado demasiado, y se volvió de nuevo, como de pasada, hacia la princesa.

—De esos infantes es de lo que quería hablarles a vuestros hijos. ¡Decidles ahora que regresen!

El chamán se cubrió el rostro con las manos y pareció sumirse en honda meditación. Los príncipes mongoles tomaron asiento junto a su madre y esperaron a que Arslan les dirigiera la palabra.

—El reino de los mongoles —dijo el chamán en voz baja, pero contundente— sólo pervivirá si se mantiene constantemente en movimiento desde su centro y se extiende hacia los cuatro puntos cardinales. Cada detención atraerá, pasado cierto tiempo, la podredumbre, que también constituye un proceso, pero que sólo conduce a la decadencia. Si no me equivoco... —alzó la vista y paseó la mirada por los cuatro príncipes antes de fijarla en Mangu— se os transferirá el poder en el próximo *kuriltay*^[80]. Aparte de conservarlo, no os empeñéis en retenerlo sólo para vos, sino compartidlo con vuestros hermanos, que habréis de enviar a todos los confines del mundo.

El chamán clavó entonces sus ojos en Hulagu, un detalle que sólo percibió la princesa.

—El «resto del mundo», como os gusta llamarlo con tanto desdén, desempeñará en todo ello un papel decisivo, pues si no os lo ganáis para vuestra causa, los mongoles jamás dominarán la Tierra, y ese «resto del mundo» os impondrá un día su voluntad sin tener que enviar ni siquiera a un ejército para combatirlos.

—¿Cómo es posible que ocurra algo semejante?! —exclamó Hulagu, indignado, a pesar de que el chamán les había prohibido dirigirse a él—. El Papa y el rey nos ruegan que les ayudemos, y vos decís...

—He dicho lo que he dicho. Pero existe la posibilidad de que los mongoles escapen a ese destino. Se les aparecerá en forma de unos infantes, dos jóvenes soberanos sin reino. A ellos les ha sido prometido ese «resto del mundo». Acogedlos, educadlos según los preceptos del reino mongol, y elevadlos al trono. Si lo conseguís, el mundo será vuestro. Pero si no lo hacéis, o si cometéis algún error, será el principio de vuestro fin. ¡Así que cuidado de los infantes como si se tratase de vuestro bien máspreciado! —El chamán calló y volvió a ocultar su rostro bajo la capucha.

—¡Dejadme conquistar ese «resto del mundo»! —le espetó Ariqboga con voz vehemente a su hermano mayor. Pero Mangu lo apartó con delicadeza, se adelantó hacia el chamán, y le preguntó:

—¿Y dónde encontraré a esos jóvenes reyes?

Arslan no parecía oírlo ya, o no quería responder.

En ese instante Qubilay rompió el silencio por primera vez y dijo:

—Será tarea nuestra encontrarlos.

Mangu asintió y dio la orden de partida. Ahora estaba seguro de ser nombrado gran khan, y sabía muy bien lo que debía hacer.

En un primer momento la princesa Sorghaqtani quiso compensar al chamán con generosidad, pero después recordó el oro que había visto brillar en el fondo de la barcaza y no volvió a molestar a Arslan. Ante ellos se abrió de pronto un camino de herradura que condujo a la comitiva, sana y salva, en su descenso del Altai hacia la llanura. Y desde allí regresaron cabalgando a Karakorum^[81].

III

FRAGANCIA FLORAL Y HEDOR A PODREDUMBRE

A través de las ventanas que en forma de embudo habían sido abiertas en la cueva, los niños no podían vislumbrar otra cosa que un oscuro banco de nubes, flanqueado a izquierda y derecha por cimas y picos que se alzaban entre la neblina. Roç y Yeza sabían —era la misma visión que tuvieron durante su primera visita— que detrás, en algún lugar, debía de encontrarse Alamut. Hasan Mazandari, que les había permitido bajar con él a la plataforma tallada en la piedra de la cueva, les dejó tiempo para mirar. Pero incluso cuando algún rayo de sol lograba abrirse paso resultaba imposible descubrir la fortaleza. Cualquier cosa que recordase la forma de un grueso capullo volvía siempre a disolverse en el rojizo fulgor del crepúsculo, desapareciendo enseguida. Percibieron la sorna del emir a sus espaldas, y sospecharon que había una posibilidad de poner fin al engaño.

La mirada de Roç cayó entonces sobre la lisa placa de piedra que estaba bajo sus pies y descubrió en ella una mancha clara. Empujó a Yeza a un lado y la hizo mirar hacia la bóveda. Un rayo de sol cayó sobre ella a través de una diminuta abertura. Roç se volvió hacia Hasan, que ahora sonreía, como animándolo. El muchacho deslizó la placa de piedra hacia un lado, lo que le resultó bastante fácil. Debajo apareció una reluciente bandeja de plata. El haz de luz se concentró sobre ella y fue devuelto a través de una de las ventanas hacia las vaporosas nubes. Hasan interceptó el rayo con una mano y se aprestó a enviar un mensaje luminoso.

Yeza observaba sus movimientos, sus pausas e insistencias, sin que aquél reparara en su atención. Después dijo fríamente:

—Hazle creer, si quieres, al gran maestro^[82], que tu misión, y la de Tusi, ha sido un éxito, pero no sé si has pensado en cómo justificarás tu comportamiento ante Crean.

Hasan estaba perplejo.

—¿Dónde has aprendido a leer los signos secretos? —preguntó, disgustado.

—Los conocemos desde pequeños —dijo Roç orgulloso—. En Otranto, en la torre de la condesa...

Hasan comprendió que debía tener cuidado con Roç y Yeza; el informe que dieran sobre su viaje a Bagdad podría perjudicarlo.

—¿Quién sacó de pronto la daga en presencia del califa?! —le espetó a Yeza tratando de amedrentarla—. ¿Quieres que se lo cuente a Crean?

Yeza lo miró con desdén.

—Al hacerlo puse en peligro mi vida, pero sólo la mía, no la de otros.

Se había situado otra vez junto a Roç, pronunciando la última parte de la frase casi por encima del hombro. Sus ojos miraban inquisitivos en dirección a la niebla

rosácea.

—¿Y quién habría tenido que responder de ello con su cabeza? ¡Todos nosotros! —siseó el emir—. Creo que lo mejor será... —trató de mostrarse amable, pero sólo alcanzó a dar un tono zalamero a su voz— que los tres encomendemos el informe sobre el resultado de las negociaciones a nuestro venerable el-Din Tusi. —Aguardó el asentimiento de los niños, pero éstos ya tenían puesta toda su atención en los destellos que les llegaban, a intervalos irregulares, del centro mismo de las nubes.

—¡Crean vendrá a recogerlos! —exclamó Yeza, pletórica, y adelantándose como siempre en descifrar los signos.

Roç le cedió gustoso el triunfo y se limitó a mirar, fascinado, por la ventana. Como si las señales de luz hubieran debilitado y disuelto la niebla, la fortaleza de acero emergía ante ellos como una flor del agua oscura. Ahí estaba: la Rosa. Sus pétalos alabeados parecían respirar, espléndidos, bajo el sol del crepúsculo. De su punta más alta —el esbelto torreón del minarete que se alzaba como un largo pistilo de los curvos y picudos bordes de los pétalos— les llegaban ahora los postreros rayos estremecidos; refulgieron como estrellas al acariciar los últimos jirones de las nubes. Allí estaba el observatorio con el inmenso disco plateado que seguía la órbita de la luna. Pero los niños nunca habían podido subir hasta allí. Pedírsele en ese instante a Hasan habría sido contraproducente, de modo que dejaron que el emir descendiese de nuevo hasta la base de la cueva, donde esperaban los demás.

Roç y Yeza se pusieron a la cola de la comitiva, pues temían la indignación de Crean, que había prohibido a Yeza sumarse a la empresa.

La muchacha había ocupado en secreto el puesto de Alí^[83], un joven *fida'i*, contando con la anuencia de éste.

—Deberíamos escribir a nuestro querido William y contarle todo —dijo Roç pensativo y no muy convencido, pero Yeza acogió enseguida y con entusiasmo la idea.

—¡Oh, sí —exclamó, aunque sin alzar la voz—, para su crónica secreta!



Querido William, soy Yeza.

La paliza que ciertamente merecía yo por viajar a escondidas a Bagdad, se la ha llevado Alí. Al principio Crean se enfadó mucho, y después se Mostró casi triste, porque a fin de cuentas se siente responsable y lo hemos engañado. Tuvimos que prometerle muy en serio obedecer en lo sucesivo si queremos que vuelva a confiar en nosotros. Nos advirtió que él sólo es un servidor más del «gran proyecto», que éste tiene mucho que ver con nosotros, y que debemos aprender de una vez por todas a someternos a las exigencias del mismo.

Alí es el hijo de el-Din Tusi, un hombre particularmente inteligente —casi estoy tentada de afirmar que es un sabio— y de una paciencia infinita. Alí tiene casi la misma edad y la misma estatura que Roç, aunque es más infantil, y posee unos

hermosos rizos negros.

Cuando por fin cesó el tumulto de la recepción bajamos al sótano, a las criptas de Alamut, o más bien al reino de nuestro queridísimo amigo «Zev sobre ruedas». En realidad se llama Zev Ibrahim^[84], pues es judío. Es el ingeniero responsable de todas las maravillas de Alamut, pero no quiero robarle a Roç el placer de describirte toda la instalación, pues él entiende más del asunto, o al menos eso dice. Sea como fuere, ya me duelen los dedos. Ahora entiendo lo que sufrirías entonces, en Constantinopla — ¡pobre- cilio!—, cuando tuviste que escribir para Pian del Carpine^[85] el informe sobre el viaje al país de los mongoles. Ese pueblo posee al parecer una cantidad fabulosa de caballos, varios cientos de miles. Resulta difícil de creer. Ya en Bagdad, donde lamentablemente no llegué a ver ninguno, me impresionaron las gigantescas caballerizas, millas y millas de cuadras. Se oían los relinchos de los animales, y su olor aún se percibía cuando dejamos atrás las murallas al abandonar la ciudad. Pero ahora he de dejarte. Roç y yo nos turnamos. No dudes de que tendrás noticias de: tu obediente Yeza, O.C.M: Yeza, de la Orden de los Cronistas Menores.

L.S.^[86]



De Roç para William de Roebrok, Ordo Fratrum Minorum, a la sazón en San Juan de Acre, en la residencia del rey Luis IX de Francia. Alamut, segunda década de junio, 1251 d.C.

¡Mi querido William, te echamos mucho de menos! ¿Dónde estarás ahora? Ya conoces a Yeza, ni se le ha pasado por la cabeza pensar en lo difícil que será hacerte llegar nuestros escritos. Es posible que ni siquiera estés ya en Tierra Santa, sino de vuelta en casa, en Flandes. Pero tal vez la Orden conozca tu paradero, o Elía de Cortona^[87], tu superior en la Orden franciscana, tu ministro general. O el Papa en Roma, que debe de conocerte, ¿verdad? Tal vez hayas desposado a Ingolinda de Metz y a estas alturas estés arando las fértiles tierras que te habrá cedido entre sus posesiones el conde de Joinville^[88].

Entregaremos nuestros informes secretos a Crean, a quien el gran maestre tiene pensado enviar a Europa para solicitar apoyo en su lucha contra los mongoles. No soy capaz de imaginar que haya alguien dispuesto a recorrer un camino tan largo para acudir aquí, pero si los mongoles fueron capaces de llegar a Hungría, también podrían aparecer en Alamut. Ya sabes que está en las montañas, al sudeste del mar Caspio, pero no muy lejos. La vía más fácil es por Armenia.

De todos modos, aunque nadie acuda en nuestra ayuda, Alamut puede confiar en sus propias fuerzas. Mi amigo Zev Ibrahim ya se ha ocupado de ello. Ha perdido las piernas. Se las aplastó la roca que se desplomó mientras abría uno de los muchos canales subterráneos que son el principal secreto de Alamut. Te lo puedo decir tranquilamente, puesto que, aparte de Zev, nadie conoce su recorrido y su

funcionamiento. Sea como fuere, abajo, en el sótano, el agua brama con una fuerza y un estruendo increíbles, haciendo girar un varillaje del mismo modo que giran las ruedas de un molino.

Pero eso no es todo: también hay unos tubos, y por ellos fluye un líquido negro y pegajoso. Huele muy mal y flota en el agua, sobre la que incluso arde. En torno al vientre de la fortaleza, que has de imaginarte como un ventrudo caldero, parece como si hubiera un lago desecado, pero no es más que un engaño, pues el profundo foso que nos rodea es capaz de llenarse de agua tan rápidamente que los atacantes mueren ahogados del modo más lastimoso. Cuando los enemigos aguzan el ingenio y tratan de cruzarlo con sus barcas, comienza a brotar de unos tubos invisibles el *damm al ard*^[89], la «sangre de la tierra», que se queda flotando sobre el agua. «Bueno, ¿y qué?», pensarás ahora, pero he aquí lo que tiene de horrible: ¡con un único hachón se hace arder el negro óleo! Una vez puesto en fuga el enemigo, o cuando se han quemado todos, el agua se retira de nuevo, y la «sangre de la tierra» es engullida por los tubos. ¡¿No es fabuloso?!

Pero eso tampoco es todo. Otro milagro son los «pétalos floridos» de la Rosa, como los llama Zev. Imagínate por otra parte que el caldero central o capullo se compone de un material que parece piedra, aunque es duro como el hierro, y cuando lo golpeas suena como una gran campana. Pues bien, ese caldero está rodeado de hojas o pétalos. Éstos son de una madera muy dura, recubierta de hierro, y se adaptan a la curva del vientre y el cuello del caldero ocultando puertas y ventanas. Los pétalos pueden abrirse de pronto, y entonces las catapultas escupen su carga por los portillos, que después se cierran de nuevo a la velocidad del rayo. O bien —lo que tiene consecuencias aún más pavorosas para los enemigos apostados al otro lado del foso— los pétalos caen como puentes levadizos por encima del agua, golpeando con espinas de acero a los asaltantes, que perecen destrozados. Al mismo tiempo se abren arriba, en el vientre del caldero, las poternas, ¡y la caballería de los «asesinos» se abalanza sobre los enemigos, apareciendo en su mismo centro! Al terminar, los pétalos vuelven a elevarse, y ya puede el enemigo disparar con catapultas sobre ellos, que neutralizarán cualquier disparo mientras los «asesinos» se ríen de sus enemigos. Sólo un loco es capaz de ponerse a tiro de la «Rosa de piedra y hierro», afirma mi amigo Zev.

Otro milagro es el interior del caldero. Su confección tuvo que constituir una tarea increíblemente ardua, incluso para un genio de la ingeniería. Imagínate que allí arriba, en el reborde del caldero —aún no lo he visto, pues esa zona nos está vedada—, hay suspendido un nido de avispas. No es un edificio corriente, sino el suntuoso palacio del *imam* Muhammad III. Desde allí al gran maestro no sólo le es dado contemplar el cielo, y el «paraíso»^[90] por añadidura, sino que puede ver lo que hay más abajo, y observar las celdillas del panal a los lados, donde los *fida'i* cumplen sus órdenes recorriendo todo un entramado de escaleras y plataformas. El palacio parece flotar sobre todo el conjunto cual corona ingrávida, sólo que sus puntas visibles,

profusamente adornadas, señalan hacia abajo. Pero aún más preciosas deben de ser las puntas superiores, que sólo pueden verse desde afuera. En alguna parte se encuentra el «paraíso».

En estos momentos me llaman para que acuda al palacio colgante del *imam*. Todavía tengo que contarte muchas cosas. Te echo mucho de menos, mi querido y viejo amigo William. Tu fiel Roç.

L.S.



Para William, preciada joya de su Orden, de Yeza, O.C.M

Roç ha sido castigado por haber llegado en la última cesta a la comida que tomamos en común, una costumbre impuesta por el *imam*. Y es que cuando se comparte mesa con el *imam* lo alzan a uno en una cesta, pues no hay otro modo de entrar en el palacio. No pienses que éste es pequeño, nada de eso: posee grandes salas y estancias, pero todas son curvas y tienen ventanas que se extienden oblicuas hacia abajo, de forma que hay que estar siempre atento para no caerse por ellas, lo que supondría la muerte inmediata. Por eso las aberturas o escotillas que hay en las salas están rodeadas de barandillas, y los balcones de balaustradas. No es raro que a una le entre vértigo estando allí. Se siente una como en un barco, un barco que navega por los aires.

Sin duda te preguntarás dónde escribo esto. Estoy sentada en un *marahid*^[91], del que sale un tubo que desciende hasta lo más hondo. Una vez has hecho acto de presencia en la mesa y no has llegado tarde, puedes retirarte al *marahid*, y ahora siempre llevo conmigo un pergamino y una pluma, y también un frasquito con tinta. Si miro por la diminuta ventana, que seguramente no está ahí más que para ventilar este «lugar excusado», distingo claramente una especie de varillaje: las venas, los músculos e intestinos de Alamut. Una serie de tubos y barras que giran chirriando levemente, o bien que se elevan y descienden de nuevo, emitiendo crujidos. Ese mecanismo cruza el palacio entero, que se adapta a él como un anillo. Pero sólo desde aquí es posible percibir el esfuerzo que realiza el varillaje. La verdad es que no entiendo en absoluto cómo es impulsado desde el sótano por medio de agua y óleo, pero me muero de curiosidad por saber cuál es el elemento propulsor de lo que ocurre más arriba, donde deben de estar el cielo y el sol. Siempre me imaginé el paraíso como un oasis de paz y sosiego. ¿No se mecerán allí los tallos de las flores y se balancearán los frutales? Tengo que volver a la mesa, ¡si no, creerán que me he caído por el tubo! El gran maestre es tremendamente amable con nosotros, los infantiles, y tiene un gran sentido del humor; siempre que puede, se divierte a costa de sus servidores. A nosotros sólo nos toma el pelo, en particular a mí, mientras que a los demás los tiene aterrorizados.

Hasta pronto, tu Y., O.C.M.



Para William, con prisas, de Yeza

Hoy el emisario de Dios, *imam* de todos los ismaelitas, Muhammad III, Gran Da'i de los «asesinos», ha exagerado un poco la nota. Las comidas con él no tienen nada del rígido ceremonial que impera en la corte del rey Luis. El propio gran maestro no suele comer con nosotros; supongo que repondrá fuerzas antes, en el «paraíso», al que sólo él tiene acceso. Se sienta en el trono, desde donde domina toda la estancia, y no deja de inventar nuevas «distracciones».

Hasan Mazandari, que goza del favor del *imam* y a quien éste concede mucho crédito, ha echado la culpa del fracaso de nuestra misión en Bagdad a el-Din Tusi. Yo esperaba que el *imam* castigaría a su favorito, Hasan, por haber sacrificado a los cinco *fida'i*. Pero el Gran Da'i consideró que su muerte era natural: «Como mártires tienen asegurado el paraíso.» Aunque me pregunto qué ganan con ello, si llegan al más allá convertidos en ceniza. El emir Hasan posee la facultad de mirar a un hombre a los ojos de tal modo que éste se duerme al instante, incluso si está de pie, y hace todo lo que Hasan le pide. Tusi quiso responder a sus inculpaciones, pero entonces Hasan lo miró de esa forma tan extraña, y Tusi cerró los ojos y se quedó tan rígido como un palo. Acto seguido el gran maestro exigió que lo colocasen sobre una de las escotillas del suelo del comedor, que es lo bastante grande para que Tusi llegue con la nuca a un extremo del pretil y con los talones al otro. Después Roç —eso fue idea de Hasan— tuvo que caminar sobre el cuerpo estirado como sobre un puente colgante. Yo quise disuadirlo, pero Roç no me escuchó y caminó con los ojos cerrados pisando las piernas y el vientre de Tusi, hasta que llegó a la altura de sus hombros. Allí lo recibió Hasan, agitó la mano ante su cara, y Roç lo miró atónito al ver que se encontraba de pronto en los brazos del odiado emir. Más tarde mi caballero afirmó incluso no saber nada de aquel paseo suyo sobre una pasarela humana. Pero cuando vio cómo levantaban de nuevo al venerable el-Din Tusi y lo despertaban a la vida se echó a llorar de rabia; también Alí rompió en lágrimas, pues había tenido que contemplar lo que hacían con su padre. Roç le rogó encarecidamente a Alí que lo disculpase ante el noble el-Din Tusi; era cierto que no recordaba nada: de haber sido consciente de sus actos, nunca habría hecho nada semejante. Después le llegó el turno a Khurshah^[92], el hijo del *imam*, ya tiene dieciséis años, y da pena. A pesar de que, como príncipe heredero, se le considera el futuro *imam*, su padre lo trata como a un idiota. Yo creo que recibe una paliza diaria; en cualquier caso, siempre se le ve deslizándose como un furtivo por la fortaleza. Esta vez tuvo que ser Zev Ibrahim quien proporcionara el instrumento de tortura: un grueso cabo negro, que no puede estar hecho de cáñamo, pues al tirar de él tres hombres por cada extremo se alarga cada vez más. Roç me ha explicado que se trata de un invento secreto a base de óleo.

Seguramente cree que soy tan estúpida como Khurshah. Esa cuerda mágica será aplicada, una vez realizadas ciertas pruebas, a los trabuquetes^[93]. Así se obtendrá una catapulta completamente novedosa y de gran precisión, que resulta de vital importancia dada la estrechez de la fortaleza. Para ensayarla ataron uno de los extremos al cuerpo de Khurshah, pasándola por debajo de los brazos, y el otro extremo del cabo, del grosor de un brazo, fue atado al techo, para lo cual tuvieron que hacer descender una de las lámparas, que pende exactamente encima de la escotilla de mayor tamaño, situada justo delante del trono, para que el gran maestro pueda ver en todo momento lo que ocurre allá abajo, en el interior del caldero. «Yo soy la tapa», suele decir, «y tengo que asegurarme de que el guiso no se desborde.» Y eso que es él quien atiza el fuego y prepara las salsas; ésa es mi opinión, y también la de Roç.

Resulta que Khurshah debía lanzarse al vacío. Temblaba de miedo. Ibrahim le aseguró que su *chorda laxans*^[94] lo impulsaría de nuevo, sano y salvo, a lo más alto del pretil del que debía arrojarse.

Pero Khurshah no estaba dispuesto a saltar. Miraba suplicante a su padre, pero éste se limitó a reír y dio a sus hombres la orden de lanzar a su hijo al vacío. «Cuando vuelvas a subir será mejor que te agarres al pretil», le gritó aún Ibrahim mientras veíamos a Khurshah dejándose caer por el agujero sin hacer el menor ruido.

Todos se habían acercado al pretil, yo también; el único que se mantuvo alejado fue Roç. El cuerpo de Khurshah pareció estrellarse en lo más profundo del caldero. Muchos se taparon los ojos con las manos; entonces la cuerda se tensó, lanzando a Khurshah de nuevo hacia arriba, y de pronto surgió con cara de alucinado por encima del borde del pretil, justo a la altura de nuestras caras curiosas y desencajadas. Sonreía, pero olvidó aferrarse y volvió a caer en lo más hondo. La vez siguiente sólo llegó al borde inferior de la escotilla, y sus manos ya no encontraron asidero. Volvió a caer y estuvo dando tumbos, hasta que por fin quedó colgando allá abajo, en el caldero, muy cerca del fondo, donde estuvo bamboleándose hasta que unos cuantos *fida'i* acudieron con una escalera y lo desataron. Querían meterlo en un cesto y subirlo hasta donde nos encontrábamos nosotros, pero él ya no quería. Los aplausos que estallaron arriba, en la sala, no iban dedicados a él, sino a Zev Ibrahim, al que subieron en su silla de ruedas a presencia del gran maestro. Éste lo obsequió, generoso, con una cadena de oro y un anillo de su propio dedo.

—La cadena premia tu ingenio —dijo sonriendo el *imam*—, el anillo es por tu valor. Pues si mi hijo hubiese sufrido algún daño, habrías seguido sus pasos.

Es lo que sucedió, querido William; se me olvidaba consignar que el incidente me hizo vomitar. Tu Yeza, O.C.M.

P.D.: ¿No crees que el *imam* está dando muestras de locura?

L.S.

Habían convencido a el-Din Tusi, que no era «asesino» y había aceptado su papel

de mediador únicamente por su deseo de lograr la paz y la reconciliación entre las dos corrientes dogmáticas enfrentadas —las guerras de religión se oponían a su imagen filosófica del mundo—, para que encabezara una nueva embajada, que en esta ocasión visitaría a los mongoles. Al gran maestro le resultó fácil presionar al sabio, pues su hijo Alí aún se encontraba en Alamut y podía considerársele un rehén. Fue Hasan Mazandari quien se arrogó el derecho de expresarlo abiertamente y en tono insidioso, cuando supo que el-Din Tusi había insistido ante el *imam* para que no lo acompañara él, «el imprevisible emir, tan impetuoso como ladino».

—Como si yo hubiese manifestado el deseo de hacerlo —se mofó Hasan mientras el gran maestro comentaba con el primer escribano de la corte, Herlin^[95], el texto del escrito que iría dirigido al gran khan. Herlin, un hombrecillo delgado como un huso y de cabello blanquísimo, también era quien cuidaba y vigilaba la biblioteca, el máspreciado tesoro de Alamut.

—El-Din Tusi está tan imbuido de la idea de no violencia, que de su persona emana cual inocua radiación de luz solar una amable debilidad, con lo cual no hace sino provocar el empleo de medios violentos por parte de su interlocutor —añadió el emir.

—¡Te equivocas si crees que el sol es pacífico, Hasan! Es tan letal como la herida incisiva abierta por el puñal en pleno combate de dos hombres que luchan cuerpo a cuerpo, y además no hay coraza que proteja de sus armas —lo amonestó el *imam*.

—Por eso vos dais prioridad a la asesina y pálida media luna.

—Refrena tu lengua, Hasan Mazandari, o la enviaré a los mongoles como regalo adelantado; y el resto de tu cuerpo detrás. Debemos pensar en qué podemos ofrecer a los mongoles si no deseamos esperar a que nuestra sumisión tenga que ser total.

—Si vuestro espíritu guerrero, gran *imam*, está tan decaído, ¿por qué no enviáis directamente a Roç y a Yeza con el emisario? Los infantes tienen fama, tanto en Occidente como en Oriente, de ser los auténticos reyes de la paz. Sin duda su renombre habrá llegado a oídos de los tártaros.

—Antes de sacarme ese triunfo de la manga quiero saber qué valor les atribuyen los mongoles, y eso es lo que deberá averiguar el-Din Tusi.

—¿Y cuál será el pretexto oficial de la misión, si puede saberse? ¿Queréis cederle al gran khan algún castillo, ofrecerle tributos, o acaso os humillaréis vos mismo peregrinando hasta Karakorum?

Llegado a este punto Hasan decidió dejar a un lado la ironía y propuso, en tono de amigo leal y preocupado:

—Nada de ello nos serviría. Por lo que sé, la respuesta de los mongoles sería: ¿Dónde están las llaves de las fortalezas? ¿Dónde los baúles de oro que aporta vuestro *imam* para ofrecérselos con toda humildad al soberano del mundo, rogando a cambio su clemencia?

El gran maestro calló, compungido. El viejo bibliotecario carraspeó. Los estallidos de cólera de Muhammad III ya no lo asustaban. Sólo Herlin conocía los

vericuetos del laberinto que contenía la torre de la biblioteca; sin él se habrían perdido los tesoros apócrifos^[96] que allí se guardaban.

—Habla, sabio Herlin —exigió el *imam* con impaciencia.

—El mundo sufrirá nuevas divisiones y conocerá amos nuevos —repuso aquél en voz baja—. Nosotros, los «asesinos», debemos mantenernos al margen de las luchas por el poder que se libran en esta Tierra; de todos modos, no estamos ya en condiciones de ganarlas. Debemos guardar nuestras dagas y cambiar nuestras prendas de combate por el sencillo hábito del pío ermitaño, de hombres santos que consagran su vida a Alá y a la difusión de su palabra. También así podemos presentarnos ante el gran khan. No hace falta ir en representación del gran maestro y soberano, sino del *imam*, el predicador de la verdadera doctrina. —El anciano calló, agotado por la claridad de su visión y por el esfuerzo que le había supuesto expresarla con palabras que llegaran al corazón de Muhammad III.

Era evidente que el gran maestro se esforzaba por guardar la compostura.

—Demasiado tarde para eso —murmuró—. El orbe entero nos odia, debido al pavor que infundimos. —Miró en torno suyo con fiereza, como si se viese ya rodeado de enemigos—. ¡Y además, no quiero! —aulló, y la voz se le quebraba—. ¡No quiero renunciar a nada! ¿Acaso debo doblegarme ante los bárbaros por miedo a esa horda de pastores salvajes? ¡Jamás! —Con un gesto imperioso de la mano expulsó, de la estancia a Hasan y al viejo Herlin y subió precipitadamente la escalera de caracol que conducía al «paraíso». Herlin lo siguió en silencio. La escalera albergaba también un acceso secreto a la biblioteca.

Hasan miró el caldero a sus pies, en cuyas profundidades se afanaban los «asesinos» como laboriosas abejas corriendo de un lado para otro, atendiendo el mecanismo de aquella Rosa particular, máquina guerrera y refugio a un tiempo, que daba sentido a sus vidas. ¿Estaría girando todo allí en torno a una megalómana abeja reina? Quizá —pensó el emir— Herlin no estuviera tan equivocado con sus suposiciones como en realidad cabía esperar de una vieja rata de biblioteca, ajena a los avatares del mundo. Pero sería imposible llevar a Muhammad a una situación de enroque en cuestiones de espiritualidad.

Crean de Bourivan se mantenía en lo posible al margen de las discusiones e intrigas de palacio. El gran maestro le había ofrecido alojamiento, Crean era su huésped y, para evitar ofenderlo, vivía recluido, adoptando la postura del sencillo *fida'i* para quien no debía haber excepciones y mucho menos lujos. Además, el tráfigo que observaba en aquel avispero le repugnaba, pues no tenía nada que ver con la vocación que un día sintiera y cuyo mandato había seguido, dado su talante consecuente, adhiriéndose unos años antes en Siria a la Orden de los «asesinos».

Aquel hombre enjuto, de rostro afligido, cuyas cicatrices impedían adivinar su edad, pasaba la mayor parte del tiempo deambulando por las tierras que circundaban

la fortaleza y meditando sobre su situación. Su mayor preocupación la constituían los infantes, esas criaturas que siete años antes introdujera la *Prieuré* por mediación de su propio padre en la órbita de su vida. Así fue cómo, sin quererlo, había pasado a formar parte de una sociedad secreta, convirtiéndose en servidor del «gran proyecto». Desde entonces, el destino de Roç y de Yeza determinaba su existencia. Crean permanecía muchas horas sentado en su modesta celda, pegada en lo más alto de la pared interior del caldero. Dicha celda ofrecía la ventaja de poseer una diminuta abertura por la cual podía contemplar el paisaje, sin tener que ver al mismo tiempo el palacio que colgaba, a la misma altura, hacia el interior de la Rosa. Como todas las celdillas, también ésta se abría hacia adentro. Se accedía a la aireada estancia por un conjunto de empinadas escaleras, frágiles pasarelas y estrechos puentes colgantes, que, cual telas de araña, cruzaban todo el caldero.

Crean imaginó que los infantes lo visitarían allí a menudo, pero tenía la impresión de que más bien lo evitaban. No tuvo más remedio que sonreír.

Roç y Yeza habían alcanzado la edad en la que —hacía ya tiempo que habían descubierto sus cuerpos— debían enfrentarse con los sentimientos que los unían. Para ellos el amor no era cuestión de un «sí», sino más bien de un «cómo» o «en qué medida», y tendrían que lidiar con esos nuevos problemas. A ello se añadía que cada uno de ellos estaba expuesto también a la concupiscencia, si no al deseo, de otros.

A sabiendas de que él, Crean, estricto sustituto paterno, abandonaría Alamut en breve, los infantes le habían entregado unas cartas para William, creyendo, en su ingenuidad, que se toparía con el franciscano a la vuelta de la esquina. Por razones de seguridad se permitió la licencia de leer las misivas, y le resultó interesante descubrir que en ellas no se mencionaba el amor ni las inquietudes, deseos y pasiones que por fuerza los debían de atenazar. Seguramente no deseaban confiárselos ni siquiera a William.

A Crean le preocupaban los infantes, una preocupación que ya se había convertido en costumbre. Hacía tiempo que aquel lugar había dejado de parecerle el escondite ideal para Roç y Yeza, por no hablar de una residencia ideal, pero no se le ocurría otro lugar mejor. La *Prieuré* callaba desde hacía tiempo, como si hubiese olvidado a los infantes desde que los «asesinos» se erigieran en sus defensores. Aunque, a poco que alguien diera un paso en falso, la *Prieuré* intervendría: era una experiencia de sobras conocida.

Crean no les había hablado a los infantes de la presencia de sus propias hijas en la fortaleza, bajo aquel mismo techo. El padre de Crean había entregado en su día a sus nietas, aún jovencitas, a la Orden de los «asesinos», cuando cayó sobre Blanchefort^[97] el infortunio que acabó con la vida de la madre de aquellas jóvenes, la esposa de Crean.

En aquel tiempo le había parecido la única vía para salvarlas de la Inquisición,

aunque todos los involucrados sabían que en la Orden de Alamut las mujeres no podían ser otra cosa que huríes del «paraíso». Es decir: que acabarían en el harén del gran maestro.

Kasda^[98], la mayor y más inteligente, no tardó en alzarse por encima del jardín de las delicias hacia esferas más elevadas, gracias a haber depurado sus dotes de visionaria mediante el estudio intensivo de la astrología. Herlin fue su maestro, tal vez incluso algo más. En cualquier caso, el *imam* permitió a Kasda trasladarse al observatorio situado en la plataforma más alta del minarete, que desde entonces constituía su morada. Cuando era necesario afinar los mecanismos de sus instrumentos solicitaba la ayuda de Zev Ibrahim. Crean nunca había subido hasta allí, y durante toda su estancia no había visto a Kasda, que debía de tener ya casi treinta años. El viejo Herlin le hacía llegar a Crean, de vez en cuando, sus saludos.

Tampoco Pola^[99], un año menor, había hablado aún con Crean, seguramente porque no lo deseaba. ¡Se lo tenía bien merecido, por ser un padre desnaturalizado! Pola había sido durante muchos años la favorita declarada del *imam*, y cuando sus sentimientos por la muchacha se enfriaron la había nombrado supervisora del «paraíso». Crean lo sabía por Zev Ibrahim. El tullido era el único hombre que, aparte del *imam*, tenía acceso a aquel lugar siempre que fuera necesario, para realizar alguna reparación. El pensamiento de Crean recaló de nuevo en los infantes. Las dos mujeres tal vez podrían, dada su experiencia, erigirse en útiles consejeras de los niños, especialmente de Yeza.

Hasan Mazandari apareció junto al umbral de la celda de Crean, solicitando permiso para entrar. Crean no sentía el menor aprecio por el emir. Hasan le recordaba a una serpiente o a cualquier otro reptil insidioso.

—Hemos decidido —comenzó Hasan en el tono arrogante que le era tan propio— enviaros a vos, Crean de Bourivan, como embajador a Europa.

—¿Acaso están hartos de mí los infantes? —ironizó Crean, sin dejar por ello de sentir una punzada en el corazón.

—No —replicó sonriente el emir—, pero nosotros sí lo estamos. —Tomó asiento sin que el otro lo invitase a hacerlo—. El-Din Tusi ha sido enviado a visitar a los mongoles, un viaje totalmente absurdo. Considero que su misión ni siquiera servirá para hacernos ganar tiempo, sino que más bien acelerará acontecimientos nada deseables. En estos momentos no contamos con la preparación necesaria y estamos con las manos vacías. Todo este asunto me hace pensar en el insensato desencadenamiento de un alud —le confió a Crean, sin despertar por ello la confianza del interpelado.

—¿Y yo puedo brindaros protección?

—Sí, o al menos eso cree nuestro eximio *imam* Muhammad III, soberano de todos los ismaelitas. Está convencido de que el Papa, el rey y los príncipes de Occidente

dejarán todos sus asuntos para seguir vuestra llamada. Llevaréis espléndidos obsequios en vuestro viaje.

—¿Y por qué vos, Hasan Mazandari, queréis libraros de mí? ¿Acaso os estorbo?

—A mí me estorban todos —replicó el emir riendo—, ¡sobre todo yo mismo!



De Roç para William de Roebrok, a la dirección consabida. Alamut, en la tercera década de junio de 1251

Mi querido William, ¿has llegado a entender cabalmente cómo respira la Rosa, cómo se alimenta y florece cada día sin desfallecer jamás? Son las fuerzas de cuatro elementos: el agua, el aire, la luz del sol y —éste es el gran secreto— la sangre de la Tierra, el negro óleo que ésta empuja a través de sus venas. Así me lo ha explicado Zev Ibrahim, y cuando Yeza preguntó si la Tierra conseguía así la vida eterna, él lo negó con un gesto de la cabeza. Me apenó mucho oírle decir «¡No, al revés, así degenera!» No lo quiero creer, y me propongo averiguar si es cierto o no. Quizá sólo lo diga porque él mismo envejece en su silla de ruedas, y no desea que su obra lo sobreviva.

Tenemos otro amigo, del que se ha apropiado Yeza. Ésta no acaba de entender lo que ocurre allá abajo, en el sótano de Zev. De ahí que aspire a pensamientos más «elevados», a un conocimiento de lo eterno, y por eso adora al custodio de la biblioteca, Herlin. Supongo que debió de ser francés en el pasado, y cristiano como nosotros, pues sabe todo sobre nuestras vidas, sobre nuestro origen como «hijos del Grial»^[100], y sobre nuestros antepasados, desde el rey Arturo hasta Trencavel y Esclarmonde. Además, se empeña en seguir llamándonos «niños», aunque desde luego ya no lo somos. Pero me gusta. Es un hombrecillo agradable, siempre dulce y amable, y muy valiente. Tal vez sea aquí el único que no teme al terrible *imam*. Nos ha prometido enseñarnos en secreto la biblioteca. Siento una enorme curiosidad por verla, pues tengo mi propia teoría secreta sobre cómo es posible que la pesada torre, con todos esos libros y rollos de pergaminos, pueda erguirse por encima de la Rosa, flotando sobre la abertura del capullo. Y es que no flota precisamente, sino que se asienta sobre unas largas costillas ancladas en el caldero. Si observas detenidamente sus muros se perciben unos engrosamientos que parecen arterias hinchadas, pero, ¿hacia adonde conducen? El palacio colgante de madera impide la visión de la verdadera estructura. Ya lo averiguaré. Si estuvieras aquí, a nuestro lado, me sentiría mejor, querido William. Tu leal amigo, Roç.

L.S.

Querido William, te escribe Yeza.

Hoy hemos echado un vistazo al «paraíso». Pero te lo contaré paso a paso. Mi



venerable maestro, que se llama Herlin —aunque sin duda se trata de un *nom de guerre*^[101]—, nos condujo, cuando el *imam* se retiró a descansar tras la comida, por una escalera secreta hasta la biblioteca. Ésta ocupa una torre que tiene debajo una sala en la que se alzan unas columnas inclinadas. Roç se emocionó mucho, porque eso confirma su *ratio atque usus*^[102]. El suelo de la sala es de madera, y representa a la vez el techo del palacio. Por eso tuvimos que caminar con sigilo, para que el *imam* no pudiera oírnos. En el centro se alza, por supuesto, el varillaje que llega hasta la parte superior de la torre, y mediante el cual funciona todo el observatorio. Las paredes están cubiertas de estanterías llenas de gruesos infolios: «Tratados sobre observación de la naturaleza, conocimientos de la vida común», dijo mi maestro.

Desde esta sala parten varias escaleras hacia lo alto. Sólo se nos permitió subir por una, por la que llegamos a la «cúpula de la Compensación, de las Doctrinas y de sus Refutaciones», como nos explicó Herlin, «con los libros de los filósofos, todos ellos encuadrados en costoso pergamino. Es la bóveda flotante más grande del mundo». Yo quise saber lo que había encima, porque vi allí otras tres escaleras.

—Por esos peldaños llegas a la *magharat at-tanabuat al mashuk biha*, la «cueva de las Profecías apócrifas».

—¿Y después? —preguntó Roç.

—Si tomas el camino adecuado, que es estrecho y empinado, o alcanzas la *magharat al ouahi*, la «gruta de las Revelaciones», o te precipitas hacia el interior del caldero.

—¿Y luego, qué viene después?

—¡El cielo! —repuso mi maestro.

De modo que nos quedamos con los filósofos, y permanecemos en la cúpula de las Doctrinas, todas ellas escritas sobre la piel de corderitos nonatos y adornadas con dibujos multicolores. Lo mismo sucede con las Refutaciones. Me gustaría leer a Aristóteles. Roç ha descubierto las ventanas, unas aberturas en forma de largos tubos practicados en los muros, que deben de ser tremendamente gruesos. Algunos discurren oblicuos en dirección al cielo, permitiendo el paso de la luz; otros se abren hacia abajo, ¡y te permiten ver el «paraíso»! ¡William, qué sorpresa! Lo avistamos en lo más hondo, pero parecíamos tenerlo al alcance de nuestra mano. Vi corolas y arbustos en flor; hay otras plantas y pequeños árboles tan cargados de deliciosos frutos que sus ramas se comban bajo el peso. Dulces fragancias ascendieron hasta mí, y sentí el frescor de las fuentes, donde caracolean pececillos de un color rojo dorado. Oí risas y cantos y el sonido de instrumentos, pero no avisté a nadie. ROÇ sólo tenía ojos para el grosor de los muros —se lanzó a tomar medidas— y para el grado de inclinación de las ventanas que dan al «paraíso».

Le dijo a Herlin:

—La base de la torre de la biblioteca está rodeada, como si de un manto se tratase, por las habitaciones del harén que se abren hacia el «paraíso». Por eso no se

nos permite subir más, hasta la *magharat al ouahi*, porque desde allí se vislumbran sin traba alguna esos jardines que llaman el «paraíso», ¡y las huríes no son otra cosa que las damas del harén del *imam*

—Eres un chico listo —opinó Herlin—. Ese acceso le está vedado a todo el que haya probado el fruto del árbol de la sabiduría. ¡Pero cuídate de hablarle a nadie de tus descubrimientos! La Rosa tiene sus leyes, y sus espinas son capaces de abrir en canal el cuerpo de los más avisados.

Así habló mi maestro y yo temblé por Roç, de modo que le hice prometer no tratar de llegar allá sin mí, pero sé que no descansará hasta hacerlo. También quise apartarlo de la ventana, pero era demasiado tarde. Allá abajo pasaba en ese instante el gran maestro, que alzó la vista hasta donde nos encontrábamos. No sé si nos llegó a ver: su rostro terrorífico, enmarcado en una barba, no pareció alterarse. Los «asesinos» afirman que todo lo ve, lo oye y lo sabe.

Estoy deseando abandonar este lugar prohibido. Tengo miedo, y eso que se respira aquí una gran paz en medio de tantos libros.

Tu Yeza, O.C.M.

L.S.



De Roç para William de Roebrok, a la dirección consabida. Alamut, en la primera década de julio de 1251

Mi querido William, el *imam* nos espetó durante la última comida que habíamos estado en la biblioteca. Yo me dije que mentir no serviría de nada, pero para proteger a Herlin y a Yeza sostuve que había descubierto yo solo una escalera secreta, y que de pronto me vi en la biblioteca.

Soltó una carcajada tremenda, le dio un coscorrón a su hijo Khurshah, y dijo:

—¡Ja! ¡Aprende de ése! ¡Tú, que no eres capaz de encontrar solo el camino hacia el «lugar excusado»!

Me pregunto si le pegará para conseguir que Khurshah acabe todavía más atontado. Ahora ya parece un joven ternero. Hasan lo hace coincidir con Yeza, que siempre lo recibe con una palabra amable. Hace poco llegó a preguntarle si podría imaginarse ser su esposa cuando él sea lo bastante mayor para desposarla.

Yeza le respondió demandando si había hablado ya con su padre. Entonces el ternero se echó a llorar como un crío. ¡Como si el *imam* pudiese decidir esa cuestión! Antes tendrán que preguntarme a mí.

En la comida participaban todos, incluso Crean, Zev y Herlin. Habían invitado a tres *suffies* ^[103]: unos tipos salvajes, barbudos. Cuando sirvieron la comida, uno cogió una daga y clavó con ella su brazo a la mesa, de tal modo que la sangre empezó a chorrear. A continuación su vecino echó mano de dos largos pinchos de plata, los lamió aplicadamente, y se atravesó la mejilla con uno hasta que le salió por el otro

lado de la cara. Mientras lo hacía puso los ojos en blanco y sacó la lengua. Él trataba de retenerla, pero no se dejaba cazar. Entonces cogió el otro pincho e intentó atraparla como si fuera una trucha, pinchándola por el centro. Al *imam* le pareció tan divertido que no podía contener la risa. Entonces el tercer sufí le pidió a uno de los guardias la cimitarra, se descubrió el vientre y se hincó el arma hasta el mango. Cuando se volvió, le salía la punta por la espalda.

—¡Eso es magia! —exclamó Yeza, indignada. El *imam* dejó de reír y proclamó:

—Para empezar, va contra la disciplina. —Y le hizo una señal al guardia que había entregado el arma. Éste hizo una reverencia y saltó por encima del pretil de una de las escotillas. Le oímos estrellarse en el fondo de la caldera.

—Eso lo hace cualquiera que sepa hacerlo —replicó después el *imam* a la observación de Yeza, y rompió a reír de nuevo—. Así como cualquiera de quien yo exija que sepa. —Y al decirlo me señalaba a mí.

Yo ni siquiera me di cuenta, pues estaba observando cómo los sufíes se sacaban las dagas de las heridas y cómo éstas dejaban de sangrar, cerrándose al instante y formando finas cicatrices blancas. ¡Ante mis propios ojos, William! Todos se me quedaron mirando, y el gran maestro dijo:

—Debes ser castigado, lo sabes muy bien, Roç. —De pronto se mostró muy amable—. Pon tu mano en la mesa, con la palma hacia arriba, y ahora coge el cuchillo e híncale hasta que notes la resistencia de la madera. —Y yo cogí el cuchillo. No pude evitarlo. Una fuerza invisible guiaba mi brazo.

—¡Yo soy la culpable! —gritó entonces Yeza—. ¡Yo estaba presente, lo incité a la desobediencia! —Y ya tenía su daga en la diestra y la mano izquierda sobre la mesa.

El *imam* replicó sonriente:

—No deseo estropear tu mano con una cicatriz. —Y lanzó una mirada aterradora a los comensales—. Si alguien se ofrece para ser castigado en su lugar...

Crean alargó el brazo y se subió la manga. Estaba lleno de cicatrices, pero el gran maestro lo rechazó irritado con un gesto de la mano.

—¡No me refería a ti!

Entonces se levantó el maestro Herlin, le extrajo al sufí el pincho de plata de la lengua y el otro de la mejilla, sostuvo ambos por un instante sobre las llamas de la parrilla, escupió sobre ellos, y se introdujo la punta de uno por la comisura del ojo.

No fui capaz de mirar, pero Yeza me susurró que le había salido justo debajo, en medio del cuello, y que el maestro se disponía a repetirlo con el segundo pincho.

—Os doy las gracias, Herlin —dijo entonces el *imam*—. Disculpadme, había olvidado que sabéis lo que sabéis.

—Soy yo quien os pide excusas —replicó aquél, y yo volví a mirarlo—. Había olvidado que no siempre se debe hacer lo que se sabe —y a continuación extrajo el pincho de la comisura. Sólo apareció una diminuta gota de sangre, que se secó como si de una lágrima se tratara.

En ese momento oímos el sordo bramido de los cuernos desde las montañas, y el

gran *gong* resonó en el interior del caldero, retumbando en son de alarma. Un ataque por sorpresa...

L.S.

El enemigo, una horda de jorezmos de más de mil hombres, se encontró con un Alamut adormilado. Los pétalos de la Rosa, que durante el día solían abrirse y cerrarse un par de veces para facilitar la entrada y salida de los *fidai*, sirviendo a la vez de ejercicio de maniobra, estaban alzadas y temblaban expectantes, envolviendo la fortaleza cual inmensos escudos. Hasta las poleas que servían para hacer llegar las provisiones mostraban las cuerdas enrolladas y las cestas alzadas; un único pétalo recogía en ese momento a los campesinos y artesanos que no habían tenido tiempo de ocultarse en las cuevas de los alrededores. Junto con sus animales se refugiaron en una profunda mazmorra situada debajo del lago, cuyo nivel estaba subiendo en esos momentos. En caso de colarse algún enemigo disfrazado para conquistar la fortaleza desde dentro, nada podría hacer, pues ante la más leve sospecha de su presencia todos perecerían ahogados del modo más cruel.

Hasan se aprestó a ocupar el puesto de comandante. Zev Ibrahim regresó con la silla de ruedas a las profundidades del sótano. El *imam* se retiró a lo más alto, y el resto de los comensales se dirigió por una de las pasarelas dispuestas hacia el borde superior del caldero, desde donde resultaba fácil contemplar lo que sucedía, si bien muchos de los portillos eran utilizados para disparar las catapultas y los nuevos artilugios en los que Ibrahim empleaba su *chorda laxans*.

Era evidente que la horda de jorezmos no estaba al mando de un comandante único y decidido. Aquel fiero pueblo montañés acudía desde todos los frentes. Sin duda habían pensado en realizar un ataque por sorpresa, pues los hombres cargaban con balsas de madera que les servían de escudos mientras avanzaban cubriéndose con ellas las espaldas, hasta el lago que rodeaba la fortaleza. Encima de las balsas se veían cadenas de hierro provistas de ganchos de abordaje; asimismo, habían montado ya las escalas de asalto con sus garfios, con los que pretendían arrancar alguno de los pétalos para irrumpir así en el interior. Los «asesinos» se conformaron con lanzar sobre sus agresores una lluvia de proyectiles, lo que les permitió probar por primera vez la efectividad de la *chorda*. Ésta se tensaba por medio de una rueda de radios desmontables y posibilitaba una velocidad de disparo considerable, a la vez que lanzaba con gran precisión los afilados proyectiles, del grosor de un brazo humano. Cada flecha atravesaba al menos, sucesivamente, a tres enemigos, que quedaban clavados en el suelo cual insectos atrapados.

No obstante, las primeras balsas avanzaban ya sobre el lago formando una especie de plataforma flotante junto a la base de la fortaleza. Todos sus habitantes, tanto sus defensores como los observadores, esperaban el momento en que el negro óleo surgiera de las profundidades para cercar las balsas con una mancha oscura hasta que

sonase la orden de «¡fuego!» Pero la voz del *imam* retumbó por encima de sus cabezas: «¡Nada de fuego!» Y añadió con una horrible carcajada: «¡Quiero a esos chacales vivos!»

Su voz sonaba hueca, como amplificada por un tubo, y llegó hasta el sótano, hasta Zev Ibrahim, dueño del agua y el fuego.

Los jorezmos se habían congregado al pie de la escarpada roca al ver aparentemente premiados sus esfuerzos, pues a pesar de las muchas pérdidas que sufrieron, muchos habían logrado cruzar el lago por una plataforma formada con las balsas. Los atacantes se aferraron a los muros, sacaron las escalas; los garfios de hierro volaron por el aire y se engancharon... ya podía comenzar el asalto. Un salvaje aullido de alegría por el inesperado éxito surgió desde cientos de gargantas. De pronto se oyó un estruendo. Una ola se precipitó desde las esclusas abiertas en las rocas sobre los hombres que aguardaban junto al talud de la orilla y los lanzó por la pendiente, junto con sus caballos y los sacos que traían para llevarse como botín el tesoro de Alamut. Al mismo tiempo descendió el nivel de agua en el lago. Las escalas quedaron colgadas del ventrudo muro y las cadenas tiraron de las balsas hacia arriba, de modo que los atacantes cayeron al agua, que no era su elemento. Muchos se ahogaron, si es que no habían muerto ya golpeados por los tablones. El agua descendía sin cesar, y los supervivientes quedaron atrapados en el foso como ratones. La succión desencadenada, de una fuerza increíble, aplastó al grueso de los hombres contra las rocas. Sólo se salvaron unos pocos que lograron dar alcance a los aturdidos animales, y que emprendieron a toda prisa la retirada. No se preocuparon por los que seguían en el foso casi vacío, con el agua hasta la barbilla. El nivel dejó de descender. Zev Ibrahim había cerrado las esclusas, pues amenazaban con quedar taponadas por los enemigos que habían sido absorbidos hasta lo más hondo, justo cuando creían poder salvarse gracias a una viga flotante o una escala reventada. Los racimos humanos volvían a subir ahora a la superficie, incrementando el horror de los vivos. Tampoco se concedió respiro a los que huían del torrente o de la rocalla desprendida. A izquierda y derecha del fango que quedó al descubierto cayeron sendos pétalos, hincando sus espinas de hierro en suelo firme, y desde arriba, de los portones abiertos, se precipitó sobre ellos la caballería de los «asesinos» encabezada por el emir Hasan. Sus hombres descendieron por los arqueados puentes arremetiendo contra los que huían agrupados y les robaron los animales. Los jorezmos luchaban a la desesperada, pero a muchos de ellos la corriente les había arrancado las armas de las manos.

—¿Por qué no los deja marchar? —preguntó Yeza—. Ya no representan ningún peligro para nosotros.

Yeza se hallaba con Roç en la celda de Crean, y desde allí contemplaba el campo de batalla con creciente indignación.

—Los *fida'i* aún no han tenido oportunidad de ofrecer una sola víctima de sus filas —dijo Crean—. Y, por razones pedagógicas, el *imam* no puede prescindir de

conseguir mártires.

—Debería alegrarse —opinó Roç— de lo bien que ha ido todo, incluso sin tener que emplear el fuego. —Miró hacia abajo, hacia el foso, donde unas grúas recogían los escombros y pescaban con grandes redes a los jorezmos que seguían con vida, como si fueran peces. El agua no tardó en subir de nuevo. Pronto el lago volvió a circundar la Rosa como si nada hubiese ocurrido.

—La perfección de los equipos de defensa irrita tanto al jefe, que estaría encantado de poder arrojar a vuestro ingenioso Zev a las llamas, con silla y todo —se mofó Crean volviéndose hacia Roç.

—Supongo que también Zev estará disgustado por no haberle permitido encender la mecha esta vez.

—¡Ya vuelve Hasan! —exclamó Yeza.

—Lo que significa que los «asesinos» tienen bastantes muertos y el *imam* los prisioneros que necesita para alegrar su corazón —dijo Crean con aire sombrío.

Un criado se presentó para rogarles que se presentasen puntualmente a la cena con el gran maestro.

Al entrar en palacio, los infantes se percataron de que las lámparas del comedor no estaban encendidas. Se iluminaba con unas antorchas que, debido al peligro de incendio, no colgaban de las paredes, sino que eran sostenidas por los criados.

Cuando los comensales hubieron ocupado su sitio y empezaron a servirles la sopa, el gran maestro dio un par de palmadas ceremoniosas, y el verdugo hizo su entrada, con el torso desnudo.

—Con ese gigantesco cuchillo de trinchar parece un cocinero —murmuró Yeza.

Roç no le respondió. Miraba la enorme tarta que había sido colocada debajo de los escalones que conducían al trono del gran maestro. La masa contenía miel y nueces, y había sido adornada con flores y frutas, además de unas velas de sebo encendidas. Era tan grande que ocupaba el espacio entero de una escotilla, con la barandilla que la rodeaba. Unas manivelas asomaban del extraño dulce, y junto a éstas se situaron dos criados mientras el verdugo se colocaba detrás de ellos a fin de poder ver a su señor, que volvió a dar unas palmadas. A continuación, los criados movieron las manivelas para hacer girar el eje de una rueda oculta bajo la tarta. De una abertura practicada en la parte superior de la misma surgió la cabeza de uno de los jorezmos apresados. El hombre miró aturdido en torno suyo.

—El *imam* desea saber si eres el cabecilla—dijo Hasan, que se había sentado a los pies de su amo.

El jorezmo lo negó con la cabeza, y el verdugo, a quien no podía ver, le cortó la cabeza de un tajo, la cogió por el cabello, y la depositó sobre la tarta.

—¿Qué significa esto? —exclamó Roç, asustado, incapaz sin embargo de apartar la vista de la tarta, en medio de la cual aparecía ahora otra cabeza. La misma pregunta, la misma respuesta negativa, el mismo movimiento sordo de la afilada hoja del verdugo.

—Es la *ruota della fortuna* —les explicó Crean imperturbable—. ¡Felices aquellos que pasan por ella!

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? —se enfadó Yeza.

—Porque lo que sigue será peor —respondió Crean—. Será mejor que no lo veáis.

—No lo creo —replicó Yeza—. Sucederá de todos modos, aunque me tape los ojos.

Roç dijo:

—Debe de tratarse de una rueda cuyos radios están formados por hombres. Su eje está más abajo, pero es accionado por un piñón que transmite el impulso dado a las manivelas.

—Exacto —comentó Crean—, ¡y no es precisamente uno de los mejores inventos de tu amigo Zev!

Entretanto, una tercera, cuarta y quinta cabeza adornaban la tarta, de la que empezó a chorrear la sangre. El emir se esforzaba en dar un tono paciente a su pregunta, y tuvieron que caer aún tres cabezas para que perdiera la calma y le gritase a la novena:

—¡Admite que eres tú quien dirige a esa banda de salteadores de caminos!

El jorezmo, por cuyo rostro corría ya la sangre de sus compañeros decapitados, bramó entonces:

—Admito que quería matar a ese *sheitan*, a ese detractor de Alá y del Profeta, a ese falso *imam* —y escupió en dirección al gran maestro—, y que aún deseo hacerlo, y que lo haré...

No pudo pronunciar ni una palabra más, pues un criado le atravesó las mejillas con un puñal. El verdugo se dispuso a dar el tajo definitivo, pero el gran maestro, con expresión risueña, alzó la mano y les gritó a los criados:

—¡Podemos prescindir de su lengua, pero reservadme el resto para la hora de los postres!

El jorezmo desapareció en el interior de la tarta, que los criados sacaron de la sala oculta bajo un paño mientras se les servía a los comensales el plato principal. Roç y Yeza fueron los únicos que se vieron incapaces de probarlo; los demás degustaron con buen apetito la succulenta sopa de anguilas que los cocineros solían preparar cada vez que se vaciaba el lago. Al quedar libre la escotilla, vieron en la abertura únicamente la misma cuerda que se veía en las demás, de las cuales habitualmente colgaban las lámparas.

El *imam* volvió a dar unas palmadas, y Hasan gritó:

—*Falyu-sba'alu an-nur!*^[104] —Las cuerdas volvieron a moverse lentamente hacia arriba, y de cada una de ellas pendía un denso racimo de cuerpos humanos atrapados en una red de mallas anchas. Parecían peces brillantes extraídos del fango; el brillo era debido al negro óleo que los cubría. Cuando las redes llegaron a la altura a la que solían hallarse las lámparas, el *imam* volvió a dar una palmada. Acto seguido los

criados se acercaron con los hachones a cada uno de los racimos, y en un instante prendieron todos. Los gritos de dolor de las antorchas humanas eran difíciles de soportar. Gotas ardientes empezaron a caer a la profundidad del caldero, pero las redes seguían sin deshacerse, prolongando la agonía de los arracimados. Las llamas eran tan altas que los criados tuvieron que hacer descender las redes para que las vigas del palacio y el artesonado no se quemaran. Finalmente, la red se deshizo bajo las llamas, y los primeros cuerpos cayeron ardiendo al fondo, seguidos a velocidad creciente por otros que buscaban esa muerte para huir de aquella tortura infernal. Algunos, sin embargo, se quedaron atrapados en las redes y ardieron hasta que se consumió el óleo. A continuación los criados cortaron de un tajo las cuerdas carbonizadas, y lo que quedaba desapareció chisporroteando por la abertura. La mesa se quedó a oscuras hasta que las lámparas fueron repuestas en su lugar y encendidas. Yeza y Roç estaban abrazados, lívidos.

—Nuestro soberano —anunció Hasan— ha dispuesto que para acompañar el postre, que las damas de palacio degustarán con nosotros, nos sea ofrecida una exhibición de esa misma *chorda laxans* de tan probada eficacia.

Junto al trono del gran maestro se abrió una puerta, y una hilera de figuras embozadas se deslizó al interior de la sala situándose a la izquierda del *imam*. Éste tenía a su derecha a su hijo Khurshah, a Zev Ibrahim y al viejo Herlin.

El soberano volvió a dar una palmada, y de nuevo apareció la tarta. Sobre la misma estaba sentado, sujeto con ataduras, el jorezmo cuya vida había sido perdonada. Al igual que el resto de la tarta, festoneada de cabezas cortadas, lo habían embadurnado de pintura blanca. El verdugo apareció detrás. Su sable brillaba como su torso, desnudo y grasiento.

—¿Qué van a hacer? —le preguntó Yeza a Crean, quien se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo sé. ¡Seguramente se trata de una sorpresa preparada por vuestro amigo Zev! —La voz le temblaba de indignación.

Los criados le ataron al jorezmo los pies con la *chorda*, pero un criado prendió fuego a la víctima por descuido antes de tiempo. Se produjo un fuerte estallido, que desencadenó una nube blanca en la que brillaron chispas como si fueran estrellas. La *chorda* empezó a arder; las llamas ascendían cual serpientes por el grueso cabo. El hombre lanzó un grito informe, estremecedor —le habían cortado la lengua—, y se agitó de modo que uno de los extremos de la *chorda* incendiada cayó sobre las cabezas de los que se habían sentado a los pies del soberano y prendió fuego al paño adamascado que cubría la mesa.

El prisionero aprovechó la confusión y se lanzó de cabeza al abismo. El criado culpable se permitió un acto de protesta: arrojó la antorcha sobre el *imam* antes de saltar tras el prisionero. Las mujeres chillaron asustadas y los escoltas se aprestaron a apagar el fuego, para lo cual tiraron del mantel en llamas con la vajilla encima. Al verlo, el *imam* huyó por la escalera de caracol, y también las mujeres escaparon a toda prisa al «paraíso».

—Zev —recriminó Herlin al ingeniero, que contemplaba la escena compungido —, el que emplea su capacidad de domeñar los elementos para jugar con ellos, se verá finalmente dominado por las fuerzas de la naturaleza. ¡Acabarán con él!

—No creo en los espíritus —le replicó éste, furioso, y empezó a accionar su silla de ruedas—. Lo único que veo es que me he convertido en un instrumento despreciable de un ser perverso.

Había rodado hasta el borde de la escotilla. Herlin se incorporó de un salto y fue tras él.

—Zev —dijo—, así no huirás de los espíritus. Apacígalos negándote a aquello que tu conciencia, si es que aún la tienes, te revela como maligno. Nuestra vida está demasiado ligada a la de la Rosa como para que podamos dejarla en la estacada.

—Así es, Herlin —repuso el ingeniero, y dejó que los criados lo alzasen hasta la cesta que lo llevaría hacia abajo—. Estamos unidos a la Rosa para bien y para mal. Y yo estoy condenado a servirla hasta el final. —Con estas palabras desapareció en las honduras del caldero. Los infantes, que se habían acercado a Crean, las habían oído también.

—Ahora sé —dijo Yeza— que el infierno está justo debajo del «paraíso».

Herlin la miró largamente antes de responder:

—Hay que atravesar el infierno para alcanzar el paraíso. «*Deus omnipotens*»^[105] quiere decir que Dios está presente en todo, también en la maldad; incluso actúa a través de la maldad. Su omnipotencia no se limita al reino de la bondad.

—¿Y que ocurre entonces con el reino de la paz, que se supone estamos destinados a fundar? —inquirió Roç, abatido.

Crean dijo:

—Es un viejo sueño de la humanidad por el que merece la pena luchar. —Abrazó a Roç y a Yeza, y se despidió de ellos con las siguientes palabras—: Considerad todas vuestras experiencias como una prueba. El premio no es la meta, sino el camino para llegar a ella. ¡No os desaniméis!

IV

EL KURILTAY

Breve es el verano en la estepa mongola. Por eso se había convocado el *kuriltay*^[106], la gran asamblea a la que las tribus mongolas libres delegan a sus jefes, para el mes de julio del año 1251. Todos y cada uno de los que habían acudido tenían derecho a votar, para que así surgiera de su seno el nuevo gran khan, pero los únicos candidatos posibles eran los descendientes del gran Gengis-khan^[107] o de sus hermanos e hijos. Para quien no pudiera probar semejante parentesco, o si éste resultaba dudoso, no existía oportunidad alguna de conseguir el nombramiento y el poder que lleva asociado. El clan de los gengiskhanidas era demasiado poderoso y amplio.

La reunión se celebraría en el campamento, a cielo abierto, y no en la capital, Karakorum, incapaz de albergar a tan enorme número de asistentes. A su vez, tantos hombres armados suponían un poder excesivo, por lo que era preferible reservar la ocupación de la ciudad al gran khan electo. Además, cualquier mongol libre se siente más cómodo en la estepa abierta.

Hasta donde alcanzaba la vista se agolpaban las *yurtas*^[108], alineadas con las yuntas de bueyes y los carros de altas ruedas; tras las empalizadas caracoleaban los caballos. En las callejas del campamento bullían los clanes que habían acudido, a menudo desde muy lejos, para asistir al acontecimiento, fiesta y obligación a un tiempo. Y, no obstante, el visitante occidental podía apreciar allí un orden admirable, fundamentado en la ley *yasa*^[109] que nadie se atrevía a desobedecer, y que le había sido impuesta al pueblo por el fundador del poderoso imperio.

De ahí que el dominico Andrés de Longjumeau^[110] se sorprendiera cada vez que era enviado al país de los mongoles, como embajador del rey de Francia, o como legado del santo Padre. Se trataba ya del tercero de esos cansados y al parecer inacabables viajes, del tercer intento de arrancar a los groseros, arrogantes e impredecibles tártaros algún beneficio para la Cristiandad. Se les pedía que enviasen un ejército a Tierra Santa que ayudase a arrebatar definitivamente Jerusalén a los musulmanes y establecer allí para siempre el gobierno de Jesucristo. La idea de enviar un ejército a unas tierras que, desde su punto de vista, pertenecían al «resto del mundo», no desagradaba a los mongoles, aunque con ello ayudaran al Cristianismo a salir victorioso en su lucha contra otras religiones. En cambio, sí se preguntaban, sin tapujos, a quién iban a ayudar haciéndolo. Ni el Papa, como sumo sacerdote, ni el rey de Francia habían rendido pleitesía al gran khan. Al principio, semejante descortesía sólo asombró al soberano de los mongoles, pero cuando ese comportamiento se repitió y ya no era posible disculparlo con el argumento de la ignorancia, sino que revelaba a las claras la tozudez que regía las actuaciones de ese «resto del mundo», en Karakorum empezó a crecer el disgusto. En realidad, no podían dejar de admirar el

valor de los embajadores y legados cristianos, que una y otra vez se atrevían a llegar hasta ellos para plantear toda suerte de exigencias sin reparar en la necesidad de contraprestación alguna, por no hablar de traerla consigo en su equipaje.

En la corte del gran khan los monjes cristianos, casi siempre franciscanos o dominicos, gozaban por esta razón de una deferencia particular. Su osadía impresionaba a los mongoles, que desde siempre habían tenido tratos con pueblos cristianos de vocación misionera. Pero los que primero acudieron a sus *yurtas* fueron en su mayoría sacerdotes nestorianos^[111], y los mongoles se habían acostumbrado tanto a sus ritos como aquellos a los suyos, sobre todo en lo referente a la bebida. En cambio, los monjes que habían seguido a aquéllos eran distintos. Más curiosos, más difíciles, sí, ¡incluso molestos!

Andrés de Longjumeau adivinaba lo que pensarían de él sus anfitriones, y se esforzaba en no revelar la opinión que a él le merecían. El disgusto, el desdén y el asco se le subían a la garganta como alimentos mal digeridos; estaba hasta las narices, hasta la coronilla de todos ellos.

*A solis ortus cardine
et usque terrae limitem
Christus cantamus principem
natum Maria virgine.*^[112]

Andrés de Longjumeau estaba cantando misa en la *yurta* de lujo de la princesa Sorghaqtani. Respondiendo a sus deseos incluso se había declarado dispuesto a incluir un ruego en las oraciones. La princesa había admitido abiertamente que aspiraba a que su primogénito fuera elegido gran khan. Al dominico le importaba bien poco el resultado del *kuriltay*. Fuera quien fuera el elegido, el nuevo soberano lo trataría en cualquier caso con arbitrariedad y altanería, sin respeto alguno, aunque nunca debía excluirse la posibilidad de una excepción. Por eso había intercambiado ya unas palabras con el candidato que más posibilidades tenía —en realidad el que podía estar más seguro de salir elegido—: Shiremon^[113]. No es que hubiera trabado amistad con él, cosa que era impensable tratándose de unos seres tan falsos, pero el dominico había percibido en el príncipe, ya entrado en años, cierto interés que iba más allá del usual intercambio de fórmulas de respeto. Desde luego, no era una solicitud de ayuda militar o de obtener consejo en cuestiones de fe lo que Andrés adivinó en sus palabras. Shiremon se había limitado a confiarle que tenía muchos proyectos para embellecer la capital una vez fuese elegido gran khan. El mongol le había mostrado un amarillento dibujo en tinta de la catedral de Chartres, que conservaba como una reliquia en un saquito de cuero. Eso era lo que pretendía. Deseaba saber cuál había sido el material empleado, el nombre del maestro constructor, y también el valor del edificio, que esperaba obtener como regalo del rey

de Francia. Andrés descubrió aterrorizado que Shiremon estaba convencido de que la catedral sería desmontada cuidadosamente y trasladada en caravanas hasta Karakorum, donde se reconstruiría piedra a piedra. El monje se tragó el sapo y pensó después que la idea al menos demostraba una inclinación evidente hacia la práctica del catolicismo, lo que tal vez permitiría obviar la problemática cuestión del vasallaje. De ahí que intentara convencer, precavido, a Shiremon, de que sin duda sería mucho más rápido erigir la Casa de Dios de nuevo, realizando una copia de la catedral.

—En ese caso la haremos más grande —admitió el mongol, generoso, y añadió a continuación—: ¡Así podremos celebrar en su recinto la ceremonia de sumisión del rey y del Papa a nuestra egregia persona!

Así era Shiremon, candidato para el cargo de gran khan. En vista de la situación, a Andrés de Longjumeau, embajador real y legado del Papa, no le quedó más remedio que rezar a Dios para que fuese otro el elegido.

Por todo ello, y a pesar de su disgusto, al dominico no le resultó difícil dar un tono contundente a la petición que formuló en forma de cántico:

*Famulis tuis, quaesimus, Domine,
caelestis gratiae munus impertire.*^[114]

El dominico rozó levemente el lienzo del altar con los labios. Poco importaba que la princesa Sorghaqtani pensara que la oración beneficiaba únicamente a su hijo Mangu, a quien el legado jamás había visto, prueba de que el tal Mangu no asistía nunca a misa. Había mongoles que se tomaban en serio la fe cristiana aunque les hubiera sido transmitida por misioneros nestorianos y estuviese plagada de errores y absurdos. Entre ellos se contaba el general Kitbogha^[115], quien, junto con su benjamín, Kito^[116], de dieciséis años, asistía a aquella celebración, ¡como hacía con todas las misas! El viejo espadachín, cuyo imponente aspecto recordaba el de un oso, descendía al parecer de un clan entre cuyos ancestros figuraba uno de los tres Reyes Magos, lo que desde luego era posible, pues visto desde Belén, Oriente se encuentra en Asia. Una nuera de la princesa atendía también los oficios diarios. La maternal Dokuz-khatun^[117], esposa de Hulagu, era una princesa keraíta, es decir, cristiana. En sus misiones anteriores, en calidad de legado papal, Andrés había podido constatar, admirado, cuántas sectas y tendencias «cristianas» había en Oriente; todas ellas se reclamaban del Mesías o reivindicaban de alguna manera un sentimiento de adoración hacia Jesucristo nuestro Señor, aunque ninguna había dado pie a desvaríos tan perniciosos como la de los adeptos del tal Néstor.

El dominico, que en esos instantes repetía el ruego salmodiado, veía con desagrado cómo el general cogía una vez más el cáliz con el vino de misa y echaba un largo trago. A su hijo sólo le permitió probarlo; después se lo pasó a los demás, y

¡todos bebieron!

*Benedicta et venerabilis es,
Maria Virgo, quae sine tactu pudoris
inventata es mater Salvatoris.*^[118]

La princesa Sorghaqtani le envió una señal imperiosa para que pusiera fin a la misa. Andrés sabía que ardía en deseos de salir hacia el *kuriltay* para intrigar en favor de la elección de su primogénito.

«*Dominus vobiscum.*»^[119]

La princesa estaba ansiosa por acabar, y empezaba ya a recogerse el festivo atuendo.

«*Et cum spiritu tuo*»^[120], respondieron los nestorianos.

Andrés accedió con una sonrisa forzada a los deseos de la princesa y soltó a toda prisa el «*Ite missa est*»^[121]. Bendijo a la pequeña comunidad que ya empezaba a dispersarse, y se arrodilló para rezar en silencio una oración mediante la cual esperaba congraciarse con el Salvador, pues consideraba que tan apresurado final era imperdonable. Cerró los ojos, lo que le impidió ver que Batu^[122], el poderoso khan de Qipchaq^[123], entraba en la *yrta* y retenía a Sorghaqtani. Aunque sí pudo oír las palabras que el soberano de la Horda de Oro dirigió a la madre de Mangu. El grueso Batu se había retirado con ella tras el altar para decirle con firmeza:

—Si vos, princesa, os presentáis en la asamblea de los hombres y tomáis allí la palabra, la viuda de Guyuk no querrá renunciar al derecho de hacerse oír también ella. Oghul-kaimish^[124] puede esgrimir además el privilegio que le concede el hecho de que su marido fue el último gran khan, y sin duda sería justo y necesario conceder el cargo a alguno de sus hijos, posiblemente al más joven.

Batu habló con claridad, soltando un discurso que seguramente traería preparado, lo que despertó las sospechas de la princesa, que sin embargo dejó terminar al anciano.

—A ello se añade el hecho de que Oghul-kaimish ha ostentado la regencia en todos estos años, es decir, desde la muerte de Guyuk. Tiene a toda la corte de su parte, y a muchos otros también. Ya conocéis su manera de obrar y sus favoritismos. Sus voces se alzarán todas contra vos, si permitimos que...

—¿A quién os referís cuando decís «permitimos», querido Batu? —le replicó irónica la princesa Sorghaqtani, deseosa de ocultar su desconfianza—. ¿A Batu, el hijo de Doetchi^[125]? ¿Quién me garantiza que puedo confiar en vuestro voto? El título de soberano podría representar para vos la coronación de vuestra vida...

—Podría... —repuso Batu con la voz empañada, pues la princesa había tocado su punto flaco—, pero en tal caso alguien sacaría a colación las dudas que persisten sobre la legitimidad del nacimiento de mi padre. ¡Es posible que yo no sea un

gengiskhanida de pura cepa! —Y añadió con amargura—: Por eso he creado mi propio reino, en el que no he de presentarme a elección alguna. La Horda de Oro obedece mis órdenes. Ya no necesito el honor de ser nombrado khan de todos los khanes, pero el pueblo de los mongoles necesita urgentemente un soberano capaz de llevar con firmeza las riendas de sus asuntos. ¡De ahí mi decisión de votar a Mangu!

El dominico orante inclinó la cabeza y se tapó los oídos. No quería saber nada más.

—Estoy dispuesta a creerlo, Batu —replicó la princesa, más sosegada—, pero no quiero tener que reprocharme haber cedido el terreno a mi rival sin hacerle frente. A fin de cuentas, la madre de Shiremon puede aducir en su favor que Ogodai^[126] nombró sucesor a su hijo.

—Lo que legalmente carece de valor, aunque sí crea ciertas expectativas —admitió Batu—. Ése es precisamente el motivo por el cual deseo rogaros encarecidamente que no insistáis en comparecer en la asamblea. Esto permitirá a su presidente, el juez supremo Bulgai^[127], leal a nuestra causa, excluir a todas las mujeres y madres.

—¡Es lo que estáis deseando! —le escupió a la cara la indignada princesa, pero su nuera, Dokuz-khatun, mucho más joven que ella, y que hasta entonces había asistido en silencio a la conversación, puso apaciguadora la mano sobre su brazo.

—No os preocupéis por la influencia de las mujeres. Lo importante ahora es que nuestros hombres ocupen los puestos adecuados. ¡Confiad en Batu!

La princesa luchó largo rato consigo misma, y aceptó después en voz alta:

—Es asunto de hombres hablar en el *kuriltay* y presentarse a la elección. Nosotras, las mujeres, confiamos en que su juicio sea acertado, y esperaremos en nuestras *yurtas* a conocerlo.

El *kuriltay* dio comienzo, y los vigilantes del juez supremo Bulgai, reconocibles por los calzones verdes y los mandiles teñidos de naranja, velaban con estricto rigor para que las madres de los príncipes del clan de los gengiskhanidas, únicos posibles aspirantes al trono, se mantuvieran alejadas del lugar de la reunión. Por supuesto, esa actitud provocó irritación. La princesa Oghul-kaimish, que como regente había podido imponer hasta la fecha su voluntad y cuyas órdenes no parecía sabio desatender, protestó e intentó entrar por la fuerza, junto con la escolta de su familia, a la asamblea. Pero los hombres de Bulgai la encerraron en la antesala de la tienda de audiencias y decapitaron a los miembros de su guardia. A la vista de semejante resultado la madre de Shiremon no se atrevió a rebelarse, pero se solidarizó con la joven Oghul-kaimish, a la que a modo de vasallaje ofreció la escolta de su propia familia, que aún conservaba sus cabezas sobre los hombros. Los esbirros de Bulgai no perdían de vista a ambas mujeres, y los guardias respondían que nadie se acercase a ellas mientras no se hubiese consumado la elección.

Como cabía prever, la discusión se demoró largo rato en cuestiones de procedimiento: ¿había que aplicar la ley, quebrantada desde hacía tiempo, de la «ultimogenitura», la elección del más joven, o había que hacer prevalecer la de la «primogenitura», que elevaba al rango de soberano al mayor, y, con ello, al más experimentado?

Batu introdujo una sugerencia salomónica, cortada abiertamente a la medida de su favorito. El señor de la Horda de Oro, el más respetado y temido por todos, expuso:

—Tuli era el benjamín del padre de nuestra tribu, el gran Temudchin^[128], que unificó todas las tribus de mongoles gobernándolas con el nombre de Gengis-khan. Tuli fue postergado, sí, se sacrificó y dio la vida por su hermano. Por tanto es de justicia dar ahora prioridad a su familia. Contamos con cuatro hijos de esta rama, y tres de ellos se han declarado leales a su hermano mayor. No deberíamos irles a la zaga en cuanto a lealtad.

Fue un discurso hábil, pues arrojaba una luz desfavorable sobre los hijos de Guyuk y de Oghul-kaimish, que estaban peleados y en cuyas relaciones prevalecían la envidia y el rencor. La intercesión de Batu en favor de los hijos de Tuli y Sorghaqtani les ahorra además a los mongoles el temible apuro de tener que elegir al viejo khan, pues todos conocían el rumor de que, en su juventud, cuando aún no era khan de todos los khanes, al gran Gengis-khan le fue robada la esposa, y que, cuando finalmente logró recuperarla, ésta estaba embarazada. Dio a luz a un hijo, Doetchi, padre de Batu. Era más que probable que Gengis-khan no designara sucesor a Batu a causa del origen dudoso de Doetchi.

Bien estaba, por tanto, que ahora Batu intercediera por su sobrino en lugar de por su propio hijo. Y el buen ánimo que ello suscitó, y que no tardó en dominar a todos, hizo que le quedaran pocas esperanzas a Shiremon. No es que no fuera respetado. Más de un mongol consideró injusto que su propio clan pasara por alto los derechos del aspirante. Shiremon lo sobrellevó con dignidad, pues comprendió que las incesantes quejas de su madre lo habían perjudicado más que beneficiado. «Ay, el pobre», oyó cuchichear a sus espaldas, y Shiremon deseaba poner fin a aquello con viril dignidad. De modo que se incorporó, avanzó (para asombro de todos) hacia Batu, y lo abrazó.

Andrés de Longjumeau esperaba en la *yurta* de la princesa Sorghaqtani a que fuera elegido por fin el *khagan*, para poder transmitirle sin pérdida de tiempo las misivas del rey y del Papa y poder abandonar cuanto antes aquel país, ¡de una vez por todas!

La princesa también esperaba. Se habían unido a ella la esposa de Mangu, Kokoktai-khatun^[129], e Irina^[130], la esposa del general Kitbogha. Todas eran de sangre keraíta, y por tanto cristianas, devotas de la secta de los nestorianos. Pero estaban demasiado alteradas para rezar en aquella hora. La princesa le dijo al

embajador, más para calmar sus nervios que por curiosidad:

—Contadnos algo de la joven pareja de príncipes sin corona, de esos «hijos del rey Grial» a quienes tanto veneráis en el «resto del mundo», aunque no os gobiernen. ¿Ocurre como entre nosotros, donde es el *kuriltay* el que debe proclamar al soberano?

Andrés comprendió a la primera a quién se refería la princesa mongola. Estaba confundido. ¿Acaso debía negar sencillamente la existencia de Roç y Yeza? Eso sin duda le restaría credibilidad a los ojos de Sorghaqtani, que al parecer estaba bien informada. ¿Debía poner en evidencia la enemistad entre la *Ecclesia catolica*^[131] y el herético Grial? Eso lo llevaría demasiado lejos. Por tanto, respondió:

—El asunto no se somete, como en vuestro pueblo, a una sola norma. Hay una soberanía establecida por Dios, la del santo Padre, nuestro señor el Papa, y está el rey de Francia, que también goza de la aprobación de Dios... —La mente de Andrés se esforzaba por dar con las palabras adecuadas—. Y además está la elección del rey alemán, a quien el Papa, y sólo el Papa, puede ungir emperador.

—¿Y los «hijos del Grial»? —quiso saber la princesa.

—No pueden aducir prueba alguna de tener sangre real —dijo Andrés—, por eso nadie los quiere, y la Iglesia...

—Y el Papa, ¿es de sangre real? —insistió Sorghaqtani—. ¿Está casado con una cristiana?

—¡No, no, qué decís! —repuso el dominico, consternado—. El Papa es elegido, y es santo, no contrae matrimonio...

—¿Cómo puede descender entonces de la misma sagrada familia? ¿O es que cualquiera puede ser Papa, sin demostrar que lleva sangre real?

Andrés se mesó los escasos cabellos que rodeaban su tonsura.

—¡Cualquiera que haya decidido entregar su vida a Cristo!

—Es decir, también vos, Andrés —constató con amabilidad la princesa—. Pero ¿qué ocurre con los infantes? ¿A qué tantos rodeos, si no pertenecen a la realeza, no son santos ni hijos del Papa, ni proceden tampoco de la sagrada familia? Si no pueden aspirar a gobernar, ¿por qué no los matáis?

—Eso... sería difícil —balbució Andrés—, hay un poder que los protege; muchos creen que el Grial existe y que es poderoso. Yo, en cambio, afirmo: ¡nada de lo que dicen es verdad! ¡Esos niños son los peores enemigos de la Iglesia!

—Ah —repuso la princesa, sonriente—, ¿cómo es posible eso, si no poseen reino ni ejército?

—Aducen su soberanía sobre...

—¿Sobre el mundo entero? —preguntó la princesa, incrédula.

Andrés asintió.

—Una soberanía espiritual —dijo, a modo de explicación— que no corresponde más que al Papa.

—¡Uhhh! —se manifestó, irónica, la princesa—. ¿Al Papa? ¿Quién le ha otorgado tal derecho? —Su voz sonaba casi amenazadora—. Quizá la pretensión

corresponda más a los descendientes del Grial de lo que queréis admitir. Creo que ha llegado la hora de poner orden en vuestros asuntos, y sólo hay uno posible: la ley creada por Gengis-khan. También los jóvenes reyes se someterán a ella, si son inteligentes. ¡Que vengan a vernos! ¡Comunicádselo!

El embajador no osó contradecirla. ¿Quién le mandaba enredarse en disputa tan espinosa?

—Ahora debemos rezar —propuso con entereza, deseoso de reafirmar su posición y la de la Iglesia.

—No —opuso la princesa—, ¡bebamos!

Fuera se estaban oyendo unos gritos que sonaban a «*khagan! khagan!*». Pero después se hizo de nuevo el silencio. ¿Cuándo tocaría a su fin aquella elección?

—¡Y ahora dejadnos solas! —le ordenó la princesa, llamando a la guardia—. ¡El legado del Papa solicita audiencia ante el *khagan!* —dijo con fina ironía—. Quiere comentar el problema de quién gobernará el mundo.

Los guardias agarraron al dominico y lo condujeron afuera. Andrés temió por su vida, pero lo llevaron a la enorme tienda de audiencias, aún vacía, y le indicaron una estancia aladaña que no tenía salida al exterior. En la antesala se encontraban, sentadas, la madre de los hijos de Guyuk y la de Shiremon. Estaban solas. Los guardias vigilaban todas las salidas. Las mujeres miraban hacia afuera, hacia donde se celebraba la asamblea, deseosas de saber lo que allí estaría ocurriendo.

Tras estar seguro de que sería proclamado gran khan, Mangu había insistido en revelar a los congregados parte de su programa de gobierno. Habló alto y con claridad, y algunas frases llegaron hasta quienes protegían a la asamblea en el exterior.

—¡La herencia de mi abuelo —exclamó— no se limita al cómodo mandato de administrar las posesiones heredadas, sino que implica la misión de incrementarlas y extenderlas para someter al mundo entero! —Y a continuación transmitió sus proyectos a los mongoles, que lo escuchaban con atención: su hermano Qubilay sometería la China, Hulagu invadiría Persia y el «resto del mundo», y la conquista de Rusia se encomendaría a las hábiles manos de su primo Batu. Él mismo gobernaría con ayuda de Ariqbuga sobre los territorios propios de sus tribus, y doblegaría a los últimos pueblos de los bosques siberianos y a «los hombres de las montañas» del noroeste para que se sometieran al yugo de su ley. Para poder realizar esas campañas guerreras, cada tribu debía poner a su disposición la décima parte de sus tropas en el momento y lugar que él, Mangu, lo considerara necesario. Fue entonces cuando lo aclamaron todos y lo nombraron *khagan*. Mangu ya era khan de khanes. Y anunció que pensaba celebrar con grandes festejos esa misma tarde su elección. Todos se alegraron con la perspectiva de semejante ocasión para emborracharse, a excepción de las dos madres cuyos hijos habían salido de la asamblea con las manos vacías. La

astuta Oghul-kaimish y la alocada madre de Shiremon, siempre leal a la primera, estaban sedientas de venganza. Andrés también había oído en su estrecho encierro los gritos de júbilo y ensalzamiento de *khagan! khagan!* y exigió indignado a los guardias que le comunicaran quién había sido elegido gran khan, pues deseaba que lo recibiera, como era de rigor, en su calidad de legado del santo Padre y embajador del rey Luis de Francia. Se puso bastante impertinente. Los guardias sonreían con malicia y se divertieron dejándolo en la duda; le aseguraron que la elección aún no había llegado a su fin y que sólo tras la gran borrachera podrían informarle del resultado. Aquel que para entonces no hubiera caído rodando y permaneciese en pie, ¡ése sería el *khagan!* Se retorcían de risa y se regocijaron al oír sus acres juramentos tanto como ante la perspectiva de poder beber a sus anchas.

Al constatar que no obtendría nada de aquellas rudas gentes, Andrés se encerró en un repentino mutismo. Oyó las quedas voces de las mujeres en la antesala. Acercó su oído a la pared de la tienda y escuchó nítidamente los murmullos de Oghul-kaimish:

—Cuando estén todos borrachos, tus hombres entrarán en la tienda donde se celebre la fiesta, y... ¡sin excepción! ¡No debe salvarse ninguno! —Después se acalló el cuchicheo conspirativo.

Como la elección ya estaba hecha, no había razón alguna para que el juez supremo, Bulgai, retuviese a ambas damas con sus séquitos. Con la cabeza muy alta, la nariz pálida de rabia y el corazón negro de odio y sed de venganza, Oghul-kaimish salió de la tienda de audiencias exigiendo ver a sus hijos.

Al constatar que ni siquiera entonces era liberado, Andrés sufrió una crisis de ira. Chillaba como si lo estuviesen asando vivo, como si fueran a asesinarlo. Después se echó a llorar y lamentó su suerte. Sin embargo, se cuidó mucho de maldecir u ofender de cualquier otro modo a los mongoles, o al gran khan, por intensa que fuera su rabia. Esa estrategia dio sus frutos. El ayudante musulmán de Hulagu, Ata el-Mulk Dshuveni^[132], oyó los gritos que perturbaban el ambiente distendido. Informó a su señor del indigno proceder del embajador cristiano. Hulagu, a quien su esposa ya había advertido que debía tratar con más amabilidad al representante del santo Padre, se volvió hacia su hermano menor, Ariqboga:

—¿Acaso no es tu ferviente deseo, hermano de mi corazón, caer sobre el «resto del mundo»? Pues bien, a modo de prueba podrías asumir ahora la tarea de conceder una audiencia al señor legado, y curarle de una vez por todas de ese feo vicio que tiene de querer aleccionarnos.

—Hulagu, ¡me hablas como si fuera un cachorro deseoso de morderle la pantorrilla al legado del Papa! —Ariqboga se había ofendido al no poder convencer a su hermano mayor de que le encomendara la conquista de alguna parte del mundo. Y ahora Hulagu le arrojaba ese hueso. Aún gruñó—: ¡Después no te quejes si muerdo!

Corrió furibundo a la gran tienda de audiencias, perseguido por la risa atronadora del general Kitbogha. Ya podía reírse el viejo y combativo general. A él le habían encomendado la campaña militar más importante, cuya dirección tanto había ansiado

Ariqboga para sí. El príncipe corrió tan velozmente hacia la sala de audiencias que su escolta personal tuvo dificultades en seguirlo. Pero después titubeó al verse frente al trono elevado para el gran khan. Mejor sería no sentarse en él. De modo que se detuvo jadeante, colocó una mano, como jugueteando, sobre el respaldo, y ordenó que hiciesen entrar al legado.

Andrés de Longjumeau penetró en la parte noble de la tienda en la que había permanecido todo el día recluso como prisionero. Vio el largo camino flanqueado por los ceñudos soldados de la guardia, que debía recorrer hasta llegar al trono; también al joven príncipe que, rodeado de algunos dignatarios, conversaba animadamente con el oficial ayudante Dshuveni, a quien Hulagu había enviado tras los pasos de su hermano con el encargo de impedir un enfrentamiento abierto. La imagen insufló valor al dominico y desvaneció su rabia. Avanzó impetuoso y se inclinó ante el joven Ariqboga, a quien jamás había visto hasta entonces, pues ninguno de los hijos de Sorghaqtani solía asistir a las misas. Andrés carraspeó al percatarse de que, para su disgusto, nadie reparaba en su presencia, y empezó a cantar en voz alta:

«*Alleluia, Alleluia. Assumpta est María in coelum: gaudet exercitus angelorum. Alleluia.*»^[133]

Los mongoles se volvieron sorprendidos y divertidos hacia él, y el legado afirmó solemne:

—Os saludo, mi príncipe, y en vos a todo el digno pueblo de los mongoles.

El intérprete tradujo, Ariqboga sonrió, y Andrés prosiguió resuelto:

—El soberano de toda la Cristiandad, el santo Padre de Roma, *pontifex maximus* Inocencio IV^[134], y su primer paladín^[135], Luis, rey de Francia, os demandan, por mediación de mi persona...

En ese punto Ariqboga lo interrumpió con rudeza:

—¡No hay nada que demandar! —le ladró—. Ese padre y su hijo Paladín deberían acudir a rendir tributo al nuevo *khagan* de todos los mongoles, ¡si es que desean conservar sus coronas!

El ayudante intentó apaciguar al príncipe. Ya antes había tratado en vano de susurrarle el nombre y títulos exactos del *pontifex maximus* y de Luis. Pero Ariqboga rehusó su injerencia e hizo anunciar al intérprete:

—Si esos príncipes continúan vacilando, haciéndonos perder el tiempo con preguntas, ruegos y exigencias, asolaremos sus tierras y aniquilaremos a sus familias. —Miró extrañado a Andrés que se había arrodillado con la cabeza gacha, y añadió—: ¡Y después ya sólo aceptaremos el tributo de sus cabezas cortadas!

Desesperado, Andrés entonó la canción de María:

«*¡Omnipotens sempiterna Deus, qui in corde beatæ Mariæ Virginis dignum*

Spiritus Sancti habitaculum praeparasti!»^[136]

Ariqboga creyó que se mofaba de él y arrancó a uno de sus escoltas el sable de la vaina, pero esta, vez el ayudante hizo acopio de valor y retuvo su brazo.

—Es un legado acreditado —le reconvino en voz baja—. Darle muerte le está reservado únicamente al gran khan.

Cuando vio que Ariqboga no había entendido su intercesión en favor del insumiso extranjero, sino que lo tomaba como una ofensa, le susurró al oído:

—Si queréis matar a alguien, disponed de mi vida, ¡pero no permitáis que la sangre de ese necio cristiano empañe la honra del pueblo mongol!

Aquellas palabras fueron decisivas. Ariqboga lanzó el arma a su dueño y salió de la sala a toda prisa, pasando raudo junto al dominico que yacía de bruces en el suelo; su guardia lo siguió a paso ligero.

Andrés alzó la cabeza y preguntó a los presentes con mirada extraviada:

—¿Quién es entonces el gran khan? Quiero comparecer ante él y dar fe de mi Salvador.

A Ata el-Mulk Dshuveni le pareció extremadamente preocupante el estado en que se encontraba el legado, y se apresuró a avisar al juez supremo. Permaneció junto a Andrés hasta que llegaron los guardias de Bulgai y se llevaron al dominico, quien, en su confusión, no dejaba de repetir con voz quebrada:

«Alleluia, Alleluia. Salve Mater misericordiae, Mater spe et gratiae, o Maria. Alleluia.»^[137]

En la gran tienda de festejos, junto a la que se arracimaban otras más pequeñas cual pollitos buscando la cercanía de la clueca, se estaba sirviendo entre tanto la cena. En los pasadizos entre las tiendas giraban por doquier los asadores; bueyes y carneros de todos los tamaños, incluso tiernos corderillos, se doraban sobre las hogueras. Los criados aportaban jarras y botijos de aguamiel y *kumiz*, la bebida de leche fermentada de yegua, preferida por todos porque embriaga rápidamente. Todo el que estuviera autorizado a participar en el festín debía entregar antes las armas. El servicio de orden de Bulgai había tendido una cuerda a modo de anillo alrededor de las tiendas, y las dagas requisadas se amontonaban sobre las mesas. A pesar de esta medida general y estricta —una y otra vez se anunciaba a voces que sería reo de muerte todo aquel que portase un arma dentro del recinto—, el juez supremo había ordenado levantar en torno a la tienda principal, la del gran khan, su familia y sus amigos más cercanos, otros tres cordones de seguridad.

Bulgai jugaba un juego peligroso. Sabía por sus espías que los seguidores de la familia de la regente, y sin duda también la escolta de Shiremon, tramaban un golpe que se produciría de madrugada. Pero no estaba familiarizado con todos los rostros, y era de suponer que Oghul-kaimish no habría escatimado promesas para ganarse a un

número mayor de conjurados y asesinos a sueldo y sin escrúpulos. Sin duda, habría podido apresar de nuevo a las mujeres y aislarlas de sus séquitos, pero precisamente era lo que quería evitar, por lo que aleccionó a los vigilantes del círculo exterior para que no registrasen a nadie en busca de armas escondidas. Quien quisiera librarse de su arma podía depositarla en la mesa del primer cordón, pero quien lo traspasase sin hacer uso del depósito debía ser vigilado, para que lo apresaran cuando él lo ordenase ¡y no antes! De este modo, Bulgai confiaba en poder capturar al agresor con el arma en la mano. No tenía la menor intención de frustrar el asalto, sino que deseaba aniquilar de una vez por todas a la banda de Oghul-kaimish. El juez supremo había movilizado a todos sus hombres, bien como guardianes del orden claramente distinguibles, bien como espías camuflados. En la tienda desde la cual dirigía la operación se mantenían sobre aviso los más expertos verdugos.

Cuando Shiremon vio a uno afilar las hachas se le cayó el alma a los pies, pero aquello le confirmó al mismo tiempo que estaba actuando correctamente. Se había dirigido a la tienda de Bulgai en cuanto se enteró del pérfido plan de la regente, aunque, desde luego, no se lo habían confiado a él directamente. Pero notó que algo tramaban cuantos lo rodeaban, y expuso sus sospechas sin ambages ante el juez. Éste le replicó:

—Me alegra que hayáis venido, Shiremon, de otro modo os habría tenido por uno de los instigadores. Ahora regresad a la tienda y presentadle vuestros respetos a Mangu, ¡pues vuestra ausencia os delataría! Bebed con él, y confiad en mi celo.

Ya habían retirado los primeros platos del banquete. A todos les había aprovechado, como probaban los audibles eructos que soltaban, y a continuación lo importante era regar profusamente las grasientas y saladas viandas.

Hubo un espectáculo de comediantes, tragafuegos persas venidos de Ispahan, magos armenios, luchadores de sable georgianos y faquires del Ganges que maltrataban sus menudos cuerpos de un modo terrorífico sin que ello les ocasionase heridas visibles. Otros hacían bailar a las cobras al son de sus flautas, y unas cherkasianas de anchas caderas meneaban el apretado trasero, en pugna con las mujeres del lejano Magreb que hacían rodar el vientre y no se resistían a acompañar los sonos del tambor con poses desvergonzadas.

En torno a Mangu se sentaban sus hermanos y casi todos los primos, tíos y el resto de los parientes que habían apoyado su elección o que al menos lo habían fingido. Todos bebieron a su salud cuando apareció Shiremon, quien tuvo que vaciar de golpe tres cántaros como castigo por su retraso. A cambio, Hulagu refirió una vez más la magnífica historia de «Cómo recibió Ariqboga al legado». Al príncipe le resultaba muy incómodo rememorar aquel primer lance político, pero el ayudante Dshuveni dio muestras de su sentido del tacto y de un talento paródico nada desdeñable. Representaba la «audiencia» alternando los papeles. Los números musicales con los que imitaba al pobre Andrés eran los que suscitaban mayores aplausos. Todos, el general Kitbogha el primero, se golpearon los muslos de risa

cuando Dshuveni, que pasaba por ser un hombre taciturno y malhumorado y que a lo sumo era capaz de acalorarse con ciertas cuestiones de la ortodoxia islámica, entonó el «Ave María» con la voz atiplada de un eunuco. Las voces y las risas concluyeron cuando Dokuz-khatun, que se había sentado detrás de los hombres junto a la esposa de Mangu y las demás mujeres, recriminó a su esposo Hulagu pidiéndole más respeto por la fe cristiana. Entonces el arisco Kitbogha le atizó al ayudante una palmada en el hombro, de forma que el trino se le atascó a éste en la garganta y estuvo a punto de rodar por las escaleras del estrado.

En ese momento entró Batu, seguido de su hijo Sartaq^[138]. Traía consigo a un príncipe extranjero: un hombre alto, de mirada intrépida, que hacía gala de un talante altivo.

—Es Alejandro Nevski^[139] —le gritó a su sobrino Mangu—. Acaba de llegar para presentaros mañana a primera hora sus respetos, *khagan*.

El príncipe de Kiev hizo una genuflexión y saludó a los presentes.

—Se me ha ocurrido —afirmó Batu sin dejar de reír, pues había bebido bastante antes de que lo fueran a buscar a su tienda— que debía traéroslo enseguida, para que pueda expresaros su respeto y beber con nosotros.

La mirada de Mangu se posó con .grado en aquel príncipe que no había rehuído el largo viaje, y que a primera vista parecía ser un hombre inteligente y valiente.

—¿Queréis someteros a mí y luchar a mi lado como vasallo mío?

Alejandro Nevski clavó la vista en los ojos del gran khan.

—Para eso he venido —dijo con firmeza, e hizo ademán de arrojarse ante el trono, pero Mangu se apresuró a impedirselo.

—Me basta con vuestra palabra —dijo en voz alta—. Sé que pagáis vuestro tributo y cumplís con vuestras obligaciones como vasallo de mi venerado tío Batu, y eso me basta para ver en vos a un amigo.

Y con las palabras «¡Bebed con nosotros!» arrastró a Nevski a su lado. Todos bebieron, bebieron sin freno.

Pasada la medianoche, los conjurados pasaron sigilosos —como les había ordenado Oghul-kaimish— de las tiendas aledañas a la principal. Fingieron estar borrachos, estado que ningún mongol despreciaría jamás. Trataron de llegar hasta el estrado, abriéndose paso entre la aglomeración de contertulios para acercarse al gran khan y a sus amigos. Allí querían sacar todos a una sus dagas y atacar al soberano desde varios flancos. Alguno alcanzaría su objetivo, el corazón de Mangu, pues los guardias parecían estar más que embriagados y no tenían tantos brazos. Los conjurados toleraron que los borrachos los sujetaran, eructasen en su cara, se agarraran a ellos y los arrastraran riendo y bromeando con aire festivo. Pero cuando quisieron quitarse de encima a los alegres compinches, las manos de éstos se convirtieron de pronto en garras de acero; les retorcieron bruscamente los brazos, se los sujetaron a la espalda y los sacaron con palabras amables y tranquilizadoras fuera de la tienda principal, para conducirlos hasta la mesa donde habían sido depositadas

las armas. Allí los entregaron entre bromas, sin soltarlos ni un instante, a los vigilantes de Bulgai, quienes les ataron las manos a la espalda y los registraron en busca de armas ocultas. En cuanto descubrían una daga, llevaban a su portador a la zona en penumbra delante de las tiendas. Allí se encontraban los verdugos dispuestos por el juez supremo. Sólo la débil luz de los hachones portados por sus ayudantes iluminaba la escena. Un golpe en la corva y ya se alzaba el sable, cayendo de inmediato; la cabeza rodaba por la arena, el tronco era apartado. El procedimiento arrojó resultados contundentes, atestiguados por el creciente número de cabezas. Nadie protestó, y ni un solo hombre de la guardia de Oghul-kaimish logró acercarse al estrado donde se divertían Mangu y sus amigos. La escolta del *khagan* lo lamentó profundamente, pues no habían bebido nada, ni una gota, y habían confiado en que al menos alguno de los conspiradores se abriese paso hasta allí, para poder desfogarse también ellos un poco a modo de compensación.

Cuando el juez supremo creyó haber eliminado todo peligro, ordenó que sacasen a la regente y a la madre de Shiremon con sus séquitos de las *yurtas* y los condujesen a todos hasta el lugar de la ejecución.

—¡Comprobad, Oghul-kaimish —insistió Bulgai, obligándola a mirar las cabezas —, que no falta nadie!

A continuación ordenó que las apresaran, junto a cuantos las acompañaban. Como Oghul-kaimish no se dignara responder, el juez supremo mandó añadir unas cuantas cabezas más de quienes la rodeaban, aunque se guardaron de tocar a sus hijos. Tuvo que contemplar horrorizada cómo perdían la vida sus allegados.

Finalmente, la regente se armó de valor y dijo:

—No echo en falta a nadie.

El juez supremo quedó satisfecho con la labor realizada. Se dirigió a la tienda de audiencias y estuvo cuchicheando largo rato con el gran khan antes de alejarse con el mismo sigilo con el que había venido.

Mangu no se levantó; se limitó a comunicar lo ocurrido a sus vecinos más próximos, a sus hermanos y al khan de la Horda de Oro. La aquiescencia de Batu era para él sin duda el aspecto fundamental de ese primer, aunque poco feliz, acto de su mandato. Pero antes despidió a las mujeres, dándoles las buenas noches.

Cuando hubieron salido dijo Mangu con mucha serenidad, como si se tratara tan sólo de explicarle lo ocurrido a su huésped, el príncipe ruso:

—Malos perdedores han intentado detener la rueda de la historia. Han despreciado la voluntad del pueblo mongol, expresada en el *kuriltay*, que resolvió elegirme su gran khan. Han querido entrar en esta tienda para matarme.

Hizo una pausa para que la revelación produjera su efecto, —aunque nadie se mostró particularmente alarmado—, y prosiguió:

—Todos los que se prestaron a ello han sido condenados. Las sentencias ya se han cumplido.

Shiremon, único que se había percatado del tráfago durante el banquete,

palideció.

—Las instigadoras de este crimen, mujeres casadas con miembros de la estirpe de los gengiskhanidas, ya han confesado. No tardaremos en juzgarlas. Hasta entonces nos aseguraremos de que se mantienen calladas.

Shiremon se sobresaltó. De modo que su alocada madre aún permanecía en el mundo de los vivos. No estaba seguro de que fuese para él motivo de alegría.

—Los hijos de Guyuk se iban a beneficiar de la conspiración, lo supieran o no, tanto si fueron instigadores como si lo toleraron simplemente. Pero son descendientes de Gengis-khan y nadie les pondrá la mano encima. Aunque deseo que se marchen inmediatamente de nuestras tierras. Ningún clan mongol debe acogerlos jamás.

—Sabia sentencia —dijo Batu en medio del silencio—, y buen ejemplo de las tareas que son propias de un soberano. Bebamos a la salud de tu gobierno, Mangu, pues te amo como si fueras mi propio hijo. ¡A tu salud y por que sea largo tu reinado!

Bebieron, y a continuación Alejandro Nevski alzó la copa y dijo:

—Quiero añadir otro brindis para deseáros felicidad, pues es algo que no se conquista. ¡Es Dios quien nos la regala!

Y bebieron, bebieron mucho.

Tras la «audiencia», Andrés de Longjumeau había sido confinado por los hombres de Bulgai en el mismo habitáculo que ocupara con anterioridad. Esta vez se durmió enseguida, debido al cansancio y al hambre. No se despertó hasta que, a altas horas de la noche, volvieron a encerrar a las mujeres en la antesala. A través de la puerta abierta reconoció por su vestimenta a la regente Oghul-kaimish y a la madre de Shiremon, junto con las damas de su séquito que las habían acompañado por la mañana. Pudo oír sus gemidos y sollozos reprimidos, aunque no lo conmovieron excesivamente. Deseaba saber de una vez quién había sido elegido gran khan. Comprobó que los guardias vigilaban la entrada a la tienda de audiencias de espaldas al interior, por lo que hizo acopio de valor y se deslizó en la cámara aledaña.

De pronto oyó un sonido extraño, como una ventosidad —Andrés se avergonzó de la comparación—, y se quedó helado de espanto cuando vio de dónde procedía. Bajo las capuchas se volvieron hacia él unas máscaras sonrientes. Allí donde antes había labios se veía ahora una raya sanguinolenta de carne reventada: a aquellas mujeres les habían cosido la boca con toscas puntadas de crin de caballo, introduciendo en su centro un pedazo de caña, parecido a la embocadura de una flauta, por el que emitían siniestros sonidos como si el propio Belcebú intentara escapar por aquel tubo. El dominico se echó atrás, presa del pánico, se persignó tres veces y regresó trastabillando hasta su celda, donde cayó de rodillas y se entregó a la oración.

No sabía cuánto tiempo había permanecido así. Unas toscas manazas lo agarraron y lo alzaron del suelo.

—¿Aún merodeas por aquí, espía? —despotricaron. Y los vigilantes del orden lo arrastraron como a un saco mojado (aterrado, se le soltó el vientre) hacia afuera, pasando por delante de los guardias que se tapaban las narices mientras comentaban que no podían hacer comparecer así al legado ante su amo, el juez supremo. Le trajeron un cubo de agua, y ante la mirada de aquellos hombres tuvo que desnudarse para lavar sus propios excrementos. Afortunadamente, no eran tantos los ojos, ya que muchos mongoles se habían dormido, completamente borrachos. Al considerar lo que le había sucedido, Andrés recordó haber oído decir que ese percance les ocurría a la mayoría de los condenados cuando eran conducidos a la ejecución. Daba por seguro que era esto lo que le aguardaba, dado lo temprano de la hora y las muchas cabezas cortadas que, apiladas delante de la tienda de Bulgai, parecían dirigir hacia él su mirada quebrada. Se recompuso e inició en alta voz una oración:

«Miserere mei, Domine, quia in angustiis sum, maerore tabescit oculus meus, anima mea, et corpus meum». ^[140]

Bulgai, agotado por los esfuerzos de la noche, recibió al legado sin alzar la vista y con fría amabilidad; en ese momento estaba firmando, como remate, las últimas sentencias que habían traído consigo los acontecimientos de las últimas horas.

—¡Los últimos rezagados! —bromeó—. Pero obtendrán lo que se merecen. —Y al decirlo pensaba con rencor en las cabezas que aún conservaban sobre sus hombros los parientes de la familia de Oghul-kaimish, la regente. En vida de su marido, el gran khan Guyuk, ésta lo había acusado a él, al insobornable juez supremo, de fraude y malversación de caudales públicos, por no haber querido seguirle el juego cuando intentó acusar de alta traición a su temida rival, la intachable princesa Sorghaqtani. A causa de ello el juez supremo había caído en desgracia, y sólo cuando Batu salió en su defensa y lo avaló, fue repuesto de nuevo en su cargo, por lo que Oghul-kaimish, ya viuda y elegida regente, incluso esperaba de él cierta gratitud. Pero Bulgai no era corrupto, y aguardaba con paciencia el día del desquite. Por fin había llegado.

—Aquí tenéis vuestra acreditación como embajador oficial ante el gran khan —dijo el atareado juez supremo al entregar a Andrés un rollo de pergamino sellado.

—Eso significa que por fin podré... —Andrés no cabía en sí de gozo— ¡ser recibido por el gran khan! —exclamó jubiloso.

—No —repuso Bulgai en tono cortante—. Significa que estáis bajo la protección directa del gran khan, y que podéis iniciar el camino de regreso.

—Pero... pero, él, quiero decir, el gran khan, el soberano más poderoso de los mongoles, él... ¡aún no me ha recibido! —balbució Andrés.

—Ni falta que hace —le replicó el juez supremo, retomando tareas menos molestas—. Ya sabemos lo que pretendéis de nosotros, y sin duda conocéis nuestra respuesta, ¿no es cierto?

—¡Sí, sí! —se apresuró a confirmar Andrés de Longjumeau, y se dispuso a

abandonar la tienda.

—¡Haced el favor de no pisar el umbral! —le advirtió Bulgai, y Andrés se detuvo, asustado.

—La próxima vez que acudáis —dijo el mongol— traed con vos a esa joven pareja de reyes. —Y añadió displicente—: Los hijos del Grial, o como se llamen.

—¡Roç y Yeza! —dijo el dominico, sin pensarlo. ¡Más le habría valido morderse la lengua! Y disponiéndose a partir sin despedirse, añadió con obstinada amargura—: ¡No habrá próxima vez para mí!

—Daremos la bienvenida a todo aquel que respete nuestros deseos. Pero si alguno de los vuestros vuelve a presentarse aquí sin traer a Roç y a Yeza consigo, no será tratado como un embajador, sino como un espía —advirtió Bulgai a modo de despedida.

Andrés quiso replicarle —a fin de cuentas la Iglesia nada tenía que ver con esos niños herejes—, pero cambió de idea.

—Os deseo un feliz viaje —dijo Bulgai para terminar, y Andrés fue conducido al carro de bueyes que habían dispuesto para su partida. Cuando el carro, traqueteando sobre sus altos ejes, dejó atrás el campamento, el sol empezaba a despuntar por el oeste. Andrés entonó una canción de agradecimiento a la Madre de Dios:

Ave Maria, nos pia sana.

Ave tu Virga, expurga vana.

Ave formosa rosa de spina.

Ave annosa glosa divina.

Ave tu scutum virtutum Regina. ^[141]

V

MAPPA TERRAE MONGALORUM^[142]



De la crónica de William de Roebrok, Castel d'Ostia, en la festividad de san Francisco de Asís^[143], 1251 d.C.

Hace ya tres meses que resido en calidad de «huésped» en esta fortaleza junto al mar que, más que vigilar el puerto de Roma, parece guardar un montón de piedras de una de las muchas ruinas romanas que circundan los muros de la Ciudad Eterna, incluyendo un teatro abandonado en el que pastan las ovejas. Eso mismo soy yo, aunque no puedo vanagloriarme de ser un humilde cordero cualquiera de Dios, sino el borrego más estúpido que pueda haber sobre la Tierra. ¿Acaso no me figuré que me recibirían aquí con los brazos abiertos, al ver que tantas manos se movieron para meterme en el primer barco que cruzara el Mediterráneo rumbo a Italia? Incluso los dos Órdenes de caballeros cristianos se pusieron por una vez de acuerdo en conseguir que yo no volviera a pisar Tierra Santa.

Pero mi Orden de hermanos menores de san Francisco se empeñó en desentenderse de mí fuese a donde fuese, y cuando —ignorante de los últimos avatares políticos ocurridos en Occidente— pretendí aludir a mis buenas relaciones con Elía de Cortona, que a fin de cuentas fue en su día ministro general de los franciscanos, los soldados pontificios^[144] me apresaron en el barco y me encerraron en esta fortaleza portuaria. Pertenece al patrimonio episcopal de la Curia romana y está bajo el mando de Reinaldo di Jenna^[145], arzobispo cardenal de Ostia y miembro de la estirpe de los condes de Segni^[147], que tantos papas ha dado. Dos semanas enteras permanecí pudriéndome, yo, el desconocido hermano Willem de Flandes, en una de las mazmorras que hay en la parte interior de la fortaleza, seguramente por debajo del nivel del mar, antes de que el bondadoso señor arzobispo cardenal reparase en la personalidad de quien había sido capturado. La verdad es que, después, no he tenido motivos para quejarme de falta de atenciones.

—Su eminencia se tiene por un profundo conocedor del mundo espiritual de Oriente, aunque de ningún modo apunta con esta expresión al Oriente clásico de las mil y una noches, sino a las inexploradas llanuras del país de los tártaros. —Quien se confiaba a mí con tanta locuacidad era el hermano Tomás^[148], minorita como yo, que anota los nombres de los visitantes en la antesala del ilustrísimo señor. Antes de indagar los pormenores de mi persona, con la que parece familiarizado, añadió—: Su eminencia se siente impulsado a considerar la cuestión de los mongoles desde un punto de vista absolutamente novedoso. —Al parecer, el hermano Tomás no se siente obligado a profesar una particular lealtad hacia su amo por el hecho de mantenerlo en el puesto de secretario—. Lo hace en medio de una Curia que, cual rocín dotado de orejas, se empeña en enfilear la pedregosa vía de la aniquilación de la dinastía

imperial de los Hohenstaufen y pretende acabar con esa mala ralea pisoteándola bajo sus cascos.

¿El hermano Tomás un gibelino^[149] disfrazado? No, Tomás de Celano está donde está porque desea escribir un libro sobre el fundador de nuestra Orden, san Francisco de Asís. Y por eso me conoce: William, ejemplo indigno de un minorita.

—William, ¿cómo has podido mencionar precisamente ante las puertas de esta casa a Elía de Cortona, el traidor proscrito y dos veces excomulgado que se ha pasado a las filas del emperador, a quien asesora en asuntos eclesiásticos?

—Creí —repliqué sin malicia, aunque quizá con excesiva ingenuidad— que, después de todos estos años, esa historia y mis errores habrían caído en el olvido. A fin de cuentas, el emperador ha muerto. Pensé que, dada su penosa experiencia, el *bombarone*^[150] podría aconsejarme sobre qué hacer para ser acogido de nuevo en la Orden.

—No sabes lo que dices —repuso Tomás—. Tú jamás has sido expulsado de nuestras filas, simplemente te has situado fuera de la *regula*^[151].

Al oírlo se me cayó un peso del alma y pregunté, aliviado:

— ¿Y por qué me han detenido entonces, como si fuera un ladrón?

—¡Para que no puedas escapar de nuestras manos, William de Roebruk!

Tomás de Celano sonrió con picardía.

—El señor de la casa, tu anfitrión, ha creado un *officium studii mongalorum*^[152], cuya dirección ha confiado a uno de nuestros hermanos. El señor arzobispo cardenal debe de creer que todos los franciscanos son exploradores natos. —Sonrió—. Lo que sucede es que el pobre hombre, que es oriundo de Cremona, no ha hecho otra incursión en Oriente que no sea el trayecto entre Asís y Jesi, en la Marca, pero su eminencia confía sin duda, por razones que se me escapan, en la laboriosidad de su leal Bartolomeo de Cremona^[153].

Sentí que me temblaban las piernas, tras haber acusado el susto primero en el vientre. El pasado volvía a atraparme entre sus redes. Ese mismo Barto, un esbirro de la Curia, fue quien me robó en su día, cuando comenzó mi alocado periplo, la copia del «gran proyecto». Dios mío, ¡de eso hace ya siete años! Es muy posible que el avieso cremonés no haya llegado mucho más allá que a la costa adriática, pero debe de sentirse a sus anchas en el servicio secreto papal. Se oyó una campanilla.

—Nos llaman —advirtió Tomás—. ¿Cuándo has nacido, William? —No había dejado de escribir mientras duró nuestra conversación.

—Hace treinta años.

Lo apuntó, recogió los papeles, y me condujo por un estrecho pasadizo y una escalera quejumbrosa hasta una pesada puerta de roble vigilada por dos guardias. Éstos examinaron los documentos antes de franquearme la entrada a una estancia luminosa con ventanas al mar. Reinaldo di Jenna estaba sentado ante la mesa escritorio en una imponente silla con orejeras; el hermano Barto permanecía en un rincón, detrás de una mesilla.

—Ahí lo tenéis —le dijo a su amo en cuanto hube entrado.

—Tomad asiento, William —dijo el señor de la casa con aire condescendiente—. Si hubiese sabido a quién albergaba bajo mi techo hace tiempo que os habría recibido aquí.

Ajá, pensé, mi señor hermano ha querido que primero me pudiera un poco, es decir, me ablandara, en el calabozo.

—Habría preferido el tejado al sótano, eminencia —repuse—, pero estoy habituado a las penalidades.

—Me lo supongo —respondió con amabilidad—. Quien ha soportado tan largo viaje como el que realizasteis en su día con Pian del Carpine, por fuerza ha de tener mucho aguante.

Lo dijo con cierto retintín, en tono casi interrogador, de modo que no tuve más remedio que aludir a aquel desagradable asunto.

—Sí —respondí con modestia—, un largo viaje lleno de contratiempos y peligros ora desencadenados por la naturaleza, ora ideados por seres humanos cuya comportamiento y modo de ser, ajenos a los nuestros, ha de desentrañar siempre el viajero antes de poder enfrentarse a ellos.

—Bien dicho —me alabó mi anfitrión—. Veo que sois el hombre cuya experiencia falta en mi *ufficium studii mongalorum* —y al decirlo señaló sin mostrar una particular deferencia a Bartolomeo— y cuya asistencia supondrá un enorme enriquecimiento.

Aquello sonaba a un trabajo mal pagado, o incluso no pagado, y a una estancia prolongada.

—¿Sabéis dibujar, William? Quiero decir, si sabéis representar algo gráficamente, sin que yo espere de vos el genio artístico de un pintor de frescos.

Asentí, aunque sólo fuera porque siempre he confiado en mis talentos y nunca he salido mal parado.

—Desearía que mis dotes se hubieran visto mejor apoyadas por los estudios —dije—, pero con mucho gusto os serviré en lo que deseéis.

—Sois un huésped bienvenido, William —me confirmó. La trampa se había cerrado—. He pensado —prosiguió Reinaldo di Jenna— que cualquier consideración ulterior de la cuestión mongola exige necesariamente poder hacernos una idea de su reino y del camino que a él conduce. Montañas y ríos, lagos y desiertos, ciudades —su entusiasmo por el tema era evidente—. Deseamos ver plasmadas las distancias y las dimensiones en un mapa, antes de pasar a cualquier consideración estratégica o a tomar medidas políticas. Haré cubrir toda esta estancia con lienzos. —Señaló el muro más largo, que medía al menos quince pies—. ¡Y bajo vuestra batuta, William, surgirá la ilustración topográfica que necesito!

¡Virgen santísima! Buena la había hecho. Ni mi afición de diletante a la confección de mapas cartográficos podrá ocultar que nada sé de aquellas tierras y aquellas gentes. Pero el arzobispo cardenal lo ignora, y si no lo ignora poco le

importa. Está obsesionado con la idea.

—Mandaré confeccionar un andamio para vos, haré traer pinturas y materiales, y contaréis con toda la ayuda que preciséis.

Dadme a alguien, pensé, que me susurre al oído cómo están dispuestas cordilleras y llanuras, que guíe mi mano para que pueda dibujar los contornos aproximados de ese gigantesco imperio. No obstante, repuse:

—Os agradezco tan honroso encargo. Nada deseo tanto como comenzar la tarea cuanto antes.

Mi anfitrión hizo sonar la campanilla, y salí de allí guiado por el hermano Tomás.

En los días siguientes nos ocupamos de los preparativos, de los que es responsable el hermano Bartolomeo de Cremona. Yo los supervisé en mi calidad de «comisionado especial», y debo decir que siempre les encontraba algún reparo. Ora criticaba el andamiaje, demasiado alto o demasiado frágil o rígido en exceso, ora el lienzo me parecía excesivamente basto o los pinceles demasiado finos. El andamio ha sido montado sobre ruedas, y el lienzo más fino que hay disponible tensado sobre unos marcos de madera que permiten trasladar cada una de las piezas en caso de alguna equivocación mía al calcular las proporciones. De este modo puedo consolarme con la idea de que siempre cabe corregir este o aquel detalle, una vez diseñado a grandes rasgos el boceto.

Mi anfitrión irradia una alegre confianza y una gran serenidad, y yo me esfuerzo por seguir su ejemplo y apropiarme las mismas cualidades.

No quiero confiar mis cuitas al hermano Tomás; mi única esperanza está en la *Ystoria Mongalorum*^[154] de Pian del Carpine. Pero es muy propio de este centro de estudios del lejano Oriente regentado por Bartolomeo de Cremona que semejante obra, así como el resto de los informes de los legados papales que han conseguido visitar al gran khan, no formen parte de la biblioteca disponible en el *ufficiū studii*. Se trata de un libro de viajes que recuerdo muy bien, pues en su tiempo tuve ocasión de copiar varios capítulos sobre pergamino, y sé que allí encontraría casi todo lo que ignoro o se ha evaporado de mi memoria.

Cada vez estaba más próximo el día en que tendría que trepar al andamio y plantarme ante el lienzo vacío. En mis sueños el andamiaje se convertía ora en horca, ora en cadalso, y el blanco palo se me aparecía manchado de sangre, mi sangre.

Por fin llegó el día. Aún pude ganar la mañana, pues una terrible tormenta oscureció el cielo, lo que me indujo a aducir que las condiciones de luz eran pésimas, pero nadie me hizo caso. Había llegado una delegación importante, me hizo saber Bartolomeo con arrogancia; la guardia ocupaba sus puestos, y se me prohibía abandonar la fortaleza tanto como mirar hacia afuera, al menos desde el flanco que ocupaba mi sala de trabajo, cuyas ventanas habían sido tapadas.

—¿Sin luz natural?! —me indigné—. ¿Cómo voy a pintar el *mappa terrae mongalorum*...? ¡Imposible!

Pero su respuesta cortó de un tajo mis lamentaciones.

—Pues tendrás que esperar a que vuelva a brillar el sol si no se te ocurre algún otro remedio —se insolentó.

Incluso mi presencia durante las comidas, a las que me habían invitado con motivo del comienzo de los trabajos, dejó de repente de estar bien vista. Furioso, comí en la cocina con los criados, y no tardé en descubrir a qué venía tanto alboroto. Había llegado una embajada del emperador germano, entre cuyos componentes figuraba el reo Elía de Cortona, anciano, frágil y enfermo, que acudía a solicitar que se le levantara la excomunión para poder morir en paz en su ciudad natal. El arzobispo cardenal había invitado al resto de los miembros de la embajada a la fortaleza, incluso a su mesa; sólo el pobre Elía tuvo que quedarse fuera, expuesto a los efectos de la tormenta. Algunos afirman incluso que el que fuera ministro general sigue postrado allí en el fango, a pesar de la incesante lluvia, y que no ha renunciado al cilicio.

Mientras reflexionaba si se trata en realidad de mantenerme alejado a mí de Elía, o a Elía de mí, una mano se me posó en el hombro. Alcé la vista y vi el pícaro rostro de mi amigo Lorenzo de Orta^[155]. Este hombrecillo enjuto y animoso, con el ralo cabello dispuesto como una corona, forma parte de la embajada, a la que acompaña oficialmente en calidad de confesor del *bombarone*, aunque en realidad viene «en misión secreta», según le sugerí, quitándole las palabras de la boca, pues esto es lo que nos hemos venido asegurando recíprocamente cada vez que nos encontramos. Lo arrastré hasta la sala, que estaba completamente a oscuras a causa de los paños negros, y a la luz de las antorchas le mostré el andamio y los vacíos paneles que esperaban en lo alto. También le confesé mi apuro, informándole de que debía pintar el mapa de un país que jamás había visto.

Lorenzo no sería mi viejo Lorenzo si no se hubiera recreado en mi desgracia, sin duda merecida, pero después dijo:

—El libro que necesitas está bajo custodia en la biblioteca secreta y vigiladísima del Castel Sant'Angelo. Aparte del hecho de que ninguno de los hombres del cardenal Jenna se atrevería a poner el pie allí, puesto que el pueblo ha vuelto a tomar el poder en la urbe^[156], es preciso contar con un permiso escrito del «cardenal gris»^[157] para entrar en la biblioteca.

—¡Ay de mí! —me lamenté—. En ese caso descubrirán que soy un farsante. ¿Cómo saber quién es ahora el cardenal? Y, aunque lo supiéramos, ¿qué razones tendría él...?

—Ah —me replicó Lorenzo riéndose—, ¡veo que aún no has comprendido en manos de quién estás! Tu cultísimo anfitrión, el jovial y probo Reinaldo di Jenna, es quien ocupa ahora ese cargo. Él es el actual «cardenal gris» de la Curia, desde que el temible Capoccio^[158] dejó este mundo. La dificultad estriba, por tanto, no en el cómo saber, sino en el con qué razones... Déjame que lo piense, y te recomiendo que hagas otro tanto, querido William. Recuerda el dicho que reza: «Hoy por ti, mañana por mí.» Tienes que hallar un escondite a ser posible en esta misma sala, que propondré

para realizar las negociaciones secretas, un escondite desde el cual puedas escuchar todo y tomar nota.

—Nada más fácil —dije con entusiasmo—. Detrás de ese lienzo hay una antigua chimenea que sube hasta el tejado. Es tan ancha que hasta puedo sentarme dentro, y desde arriba cae bastante luz.

—¿Estás seguro de que ya no se utiliza el tiro? —se mofó Lorenzo—. ¡Un William convertido en salchicha ahumada haría las delicias de más de uno!

—La nueva chimenea se encuentra en el otro extremo de la sala —respondí mientras me encaramaba con agilidad al andamio. Retiré el panel y abrí la portezuela de hierro oculta detrás. Una bandada de murciélagos salió revoloteando. Me encerré y exclamé—: ¡Hagamos la prueba!

Lorenzo no respondió. Agucé el oído; de pronto percibí varias voces.

—Vuestra elección, querido Lorenzo —dijo mi anfitrión con entonación ampulosa—, afligirá a nuestro probo William de Roebrok. Está deseando iniciar el mapa del reino mongol.

—Podría ayudarme a mí —intervino Tomás de Celano—, tiene una hermosa caligrafía.

¡Desgraciado!, pensé, ¡sólo me faltaba tener que prestar mi mano para su biografía de san Francisco! Mi agudo *praefectus officii*^[159] no tardó en inmiscuirse:

—El hermano William os ayudará sin duda con la descripción de los numerosos viajes que ha realizado en compañía de Francisco —siseó Bartolomeo en tono mordaz, pero mi fiel Lorenzo le devolvió la pulla.

—Si estás insinuando, Barto —dijo en voz alta—, que William no contaba más que cuatro años a la muerte de nuestro querido hermano Francisco, tu observación está de más. William podría serle, en efecto, de gran ayuda a Tomás, pues fue él quien me dijo en qué lugar del Castel de Sant'Angelo se encuentra la regla de la Orden, supuestamente perdida: la famosa *sine glossa*^[160], que podría serte de utilidad, Tomás, puesto que contiene la última y auténtica voluntad del hermano Francisco.

Se hizo un penoso silencio, que fue roto por el arzobispo cardenal:

—Podríamos enviar al hermano Bartolomeo...

—Será mejor no hacerlo —interrumpió Lorenzo—, a no ser que queráis prescindir en el futuro de sus servicios, eminencia. Barto sería apresado por los esbirros de Brancaleone^[161] en cuanto cruzara el Tíber. El de Cremona es un espía quemado, y en esta ocasión ciertamente no se salvaría de perecer en la hoguera.

De nuevo un silencio cargado de presagios, en el que casi me parecía oír bullir los malos pensamientos en aquellas mentes altaneras.

—Lorenzo de Orta, ¿me haríais el favor de sacar de allí ese valioso escrito y traerlo aquí? Será preciso honrar como es debido la memoria verdadera del santo de Asís, lo que revertirá también en favor de la Iglesia.

—Es mejor que abandonéis la idea de servir a esa verdad —replicó mi querido

Lorenzo—. Aquí me necesitan.

—Dado que hasta William sabe de su existencia y dónde se guarda, creo que ese testamento tan particular no está nada seguro; os prestaré mi nave más veloz.

Lorenzo debió de asentir, resignado, pues los murmullos no tardaron en alejarse. Esperé algún tiempo y salí de mi escondrijo. Justo a tiempo, pues casi enseguida fueron retiradas las cortinas negras. Me acerqué a las ventanas, pero no descubrí a Elía. Después oí decir en la cocina que el señor arzobispo cardenal ha antepuesto la misericordia a la justicia y ha hecho trasladar al *bombarone* al calabozo. Sin duda ha sido Lorenzo quien ha impuesto esa condición, pues yo ya no confío en el buen corazón de Reinaldo di Jenna, desde que sé lo que se oculta tras la alegre máscara y la jovial flema del grueso caballero. Aparte de todo, estoy seguro de que mi hermano Tomás jamás verá la *regula sine glossa*, ni mucho menos podrá incorporarla a su libro. Yo tampoco visto nunca, pero sé de buena tinta que en ella se expresa mente que Francisco no deseaba que la Iglesia redujera su hermandad en Cristo» a los estrechos límites de una Orden. Pero esto es algo que Tomás nunca podrá entender, por lo que se atrevió a tacharme, medio en broma, de hereje.

—Francisco tampoco habría permitido —le respondí— que se escribiera un libro sobre él; como mucho, admitiría la difusión verbal de sus palabras. —Y me callé lo demás, pues en ese momento entraba en la sala Bartolomeo de Cremona, arrastrando de la mano a un muchacho pelirrojo que nos miraba airado.

—Nadie te impide ya, estimado William —dijo Barto—, iniciar tu tarea. De momento, el hermano Tomás y yo te asistiremos. Pero hasta que el desarrollo del mapa requiera ulterior ayuda, nuestro joven amigo Cenni di Pepo^[162] mezclará los colores y te alcanzará los pinceles. —Le dio al chico un coscorrón para animarlo, lo que hizo que nos mirara con rencor aún más acentuado, y nos dejó solos.

—Está claro que él mismo no tiene la menor intención de mancharse las manos —soltó Tomás indignado, y yo me eché a reír.

—No conoces bien el alma humana. A nuestro querido hermano Barto le faltan horas para poner en práctica cuantas trastadas se le ocurren.

Se oyó un carraspeo junto a la puerta; el arzobispo cardenal, al parecer, no quería perderse el festivo instante de la primera y decisiva pincelada. En cuanto subí al andamio me sosegué. Así debe de sucederle a todo el que va a ser ajusticiado. Me dirigí al extremo derecho, aproximadamente allí donde el lienzo oculta el hueco que conduce a la chimenea.

—Amigos —me dirigí desde lo alto a su eminencia—, nosotros, «el resto del mundo», somos foráneos, y no podremos comprender la esencia del mongol si no profundizamos en sus ideas: ellos se consideran el centro del universo. —Tomé el pincel que me alcanzó el muchacho, que me había seguido, y lo mojé en la pintura roja—. La sede del gran khan es la ciudad de Karakorum. —Marqué con gesto ampuloso un enorme punto rojo en el lienzo—. Aquí —y eché mano del pincel negro— celebran sus asambleas, que ellos denominan *kuriltay*. —Me esforcé por pintar un

círculo más o menos redondo en torno al punto, del que la pintura ya goteaba cual sangriento presagio hacia la parte inferior del lienzo.

—Veo, William, que hablas con la seguridad del experto —dijo el arzobispo cardenal mientras miraba hacia arriba—. ¡Benditas sean tu mano y la obra! —Se persignó, y yo me arrodillé sobre la tabla. Para poder unir las manos me metí el pincel en la boca, y, devoto, cerré los ojos. Cuando los abrí, Jenna se había marchado sin un ruido.

En cambio tenía frente a mí al muchacho, plantado en jarras, que me miraba con aire provocador.

—¿Es eso todo lo que se os ocurre a propósito de la ciudad del gran khan de todos los mongoles?! —opinó insolente.

—Escucha bien, Cenni di Pepo —intervino, airado, el hermano Tomás. Pero yo lo interrumpí a mi vez y pregunté en tono amable:

—¿Cuántos años tienes?

—Diez, once, doce —repuso el muchacho, obstinado—. ¿Quién sabe? Mi madre me abandonó, y mis amigos me llaman «Cimabue».

—Ja, ja —se burló Tomás—: eso debe de significar «el que le corta los cuernos al buey».

—Eso tal vez fuera aplicable a vos —le reconvino el muchacho—. ¡Yo soy de los que cogen al toro por los cuernos! —añadió con altivez—. ¡Y ahora pasadme ese pincel —eso iba por mí— y habladme de los mongoles!

Con rápidos y certeros trazos, sin que cayera ni una sola gota, pintó sobre mi lamentable círculo a un soberano sentado en su trono. Después creó alrededor unas murallas almenadas y torres coronadas de cúpulas bulbiformes. Ante mis ojos surgió una magnífica imagen, a pesar de que el muchacho no había hecho sino esbozar los contornos con pintura negra.

—Levantán sus casas, llamadas *yurtas*, en forma de grandes y firmes tiendas, sobre carros tirados por bueyes provistos de ruedas altas como hombres —inicié mi relato mientras Cimabue rellenaba torres y tejados con diferentes colores.

—¡Necesito oro! —le espetó al hermano Tomás—. ¿No querréis escatimar el color propio del soberano?

—Mañana —le aseguró éste, compungido, al artista—. La verdad es que no habíamos reparado en ello.

Entretanto ya rodaban carros de enormes ruedas y tiendas de agudas puntas, que salían y entraban en Karakorum cubriendo el lienzo con un vaivén ondular. Los bueyes eran auténticas obras de arte, y también las mujeres que conducían los carros. Después le hablé de las inmensas hordas de jinetes que caracterizan a los mongoles, y en un instante los vi cabalgando en todas direcciones: hombres montados a caballo y lanzando sus flechas en plena galopada, esgrimiendo los curvos sables.

—¡Ahora sí parece ser el centro del mundo! —Alabé al chico de todo corazón—. Desde allí envía a sus conquistadores...

—¿Me conseguiréis el oro para mañana? —me interrumpió—. Y hasta entonces manteneos alejado del lienzo. —Con estas palabras pasó a lavar los pinceles y cerró los tarros de pintura—. ¡También necesito una paleta!

Tomás y yo debimos de poner cara de tontos, pues nuestro artista se disgustó.

—¡Está bien, ya la encontraré yo mismo! —En un dos por tres bajó del andamio, lanzó una breve mirada a la obra y frunció el ceño. Pero no permaneció allí mucho tiempo, sino que salió corriendo de la sala como un niño que por fin puede irse a jugar.

In Festo Omnium Sanctorum 1251^[163]

Lorenzo de Orta ha tardado dos días en regresar de Roma. El custodio de la biblioteca insistió en hacer una copia.

«¡El original de la *regula* permanecerá donde está, en lugar seguro, aunque lo pida el propio Papa!»

De modo que Lorenzo tuvo tiempo de «echar un vistazo», y el resultado de ello fue poder sacar la perdida *Ystoria Mongalorum* de las profundidades de su jubón. Ha vuelto justo a tiempo.

Hemos cubierto ya la extensa llanura de montes y mares, en la medida en que pude confiar en mi memoria. El mar Negro aparece en la parte izquierda del cuadro, arriba se alza el Cáucaso, y a continuación viene el mar Caspio. Le hablé al muchacho de la Puerta de Hierro entre sus orillas, y en un santiamén la pintó armada con puntas de plata y cortando el paso hacia el norte.

—Ahí comienza el reino de la Horda de Oro —afirmé resuelto—, y más al norte tenemos las estribaciones de los montes Urales.

—¿Cómo de grande es ese lago? —me preguntó Cimabue desconfiado al pedir yo un tamaño mayor, aún mayor, para el *mare Caspium*^[164].

—Al menos como Italia, desde Lombardía hasta Apulia —repuse al buen tun tun, y él repartió gozoso el lapislázuli y metió dentro peces y barcas—. Hay otro lago continental, del tamaño de Sicilia, hacia el este, que se llama mar de Aral.

—¿Y qué más? —quiso saber mi pequeño artista—. ¿Dónde están esos interminables desiertos, los montes de nieves eternas tan altos que sus cimas se pierden en las nubes?

—Ya llegaremos —lo consolé. Había ido demasiado lejos—. ¡Largo es el camino para llegar hasta el khan de todos los khanes! —Y, en efecto, una enorme llanura blanca nos separaba aún de la lejana Karakorum, en el extremo superior derecho.

—¿Y el mar? —insistió Cimabue—. En algún lugar ha de...

—No —le respondí con decisión—. El reino de los mongoles no linda con el mar, ninguna ribera le pone límites.

Le hice reparar en las regiones meridionales: en ciudades misteriosas como la de

Bujara, donde tejen alfombras; en la rica e industriosa Samarcanda y en el gran mercado de Tashkent. El relato encendió, cumpliéndose mis deseos, la imaginación del muchacho, y surgieron las caravanas de camellos; mezquitas, minaretes y muecines rivalizaban con monasterios, inmensas puertas de entrada a las ciudades y monjes peregrinos.

Todo ello causó también gran placer a nuestro anfitrión, quien hizo caso omiso del pequeño y obstinado ángel pelirrojo con su carita de ratón y me alabó por haber sido tan rápido con los pinceles.

—Me recuerda la campaña de Alejandro Magno —dijo entusiasmado—, que partiendo de Macedonia sometió Asia Menor y Egipto, avanzando luego por Babilonia hasta Samarcanda. Esa ciudad formó el límite septentrional de su victoria sobre el mundo conocido en aquel entonces. Incluso llegó a cruzar el río Indo.

—Es el personaje que desearíais emular, Reinaldo di Jenna —oímos entonces una voz. Alcé la vista, más asustado incluso que el arzobispo cardenal.

Por el frontal de la sala había sido introducido un palanquín negro con tanto sigilo que, enfrascados en nuestro trabajo, no nos habíamos dado cuenta ni nosotros, ni el señor de la casa, que se deleitaba con la observación de las pinturas.

—Un nuevo Alejandro, que superaría a su modelo no sólo por alcanzar la silla de san Pedro, sino incluso como guerrero —insistió la voz, que parecía la de un hombre. Pero yo sabía que en el palanquín se ocultaba una mujer—. ¡Veo que ya habéis mandado dibujar el mapa, oh conquistador del universo!

La primera reacción del arzobispo cardenal fue hacernos salir de la sala a nosotros, incómodos testigos, tras lo cual las cortinas se cerraron de nuevo. Fuera me topé con Lorenzo, ya de regreso, que se apresuró a ponerme un hatillo en la mano y me susurró:

—¡Ocupa ese sitio que tú sabes!

Ya he descubierto el modo de introducirme desde el tejado, sin ser visto, en el hueco de la chimenea. No hay más que levantar una placa de piedra y avanzar por un pasadizo inclinado dotado de una escalera de ladrillos, para llegar a la puerta de hierro que se abre en la pared. Me llevé la *Ystoria*, pues aquél es un lugar perfecto para consultarla rápidamente, a la espera de poder retomar nuestro trabajo.

Al introducirme por el hueco, y cuando justamente me asomaba todavía la cabeza por arriba, mi mirada recayó en el patio del castillo. Vi llegar a unos señores, unos con séquito y otros solos. A muchos los conocía, como a Oliver de Termes^[165] y a Guillem de Gisors^[166]. Sólo faltaba mi encanecido maestro Gavin Montbard de Béthune^[167], preceptor del templo de Rennes-le-Château, para convencerme de que no se trataba tan sólo de una visita de la *grande maîtresse*^[168] a su contrincante, el «cardenal gris», sino, de todo un cónclave secreto de la *Prieuré*. Me interné a toda prisa en la chimenea y apreté la oreja contra la portezuela. A través de una rendija pude observar que las antorchas iluminaban el recinto, y me imaginé el efecto siniestro del negro palanquín apoyado en la pared, con las cortinas cerradas, para

impedir que nadie pudiese tener el menor atisbo de la gran maestre en funciones de la *Prieuré*. Como siempre rodearían el palanquín ocho templarios vestidos con largas túnicas blancas, marcadas en el hombro con una cruz roja cuyos extremos muestran forma de zarpa. Así vestirían también Gavin y Gisors. Se sentarían formando un semicírculo delante del palanquín, y ni siquiera la silla del arzobispo cardenal sobresaldría por encima del resto de los asientos.

Un triple golpe con el báculo señaló el comienzo de la reunión. Gavin fue el primero en tomar la palabra.

—Eminencia —dijo con su típico deje de arrogancia—, os habéis ocupado de que el hermano Elía tuviera que humillarse como en su día el emperador en Canossa; devolvedle la paz de una vez por todas.

Reinaldo di Jenna tuvo que sobreponerse antes de responder:

—Lo dejaré participar en esta reunión, pero no me pidáis que le levante la excomuni3n.

—En nombre de san Francisco, m3s pr3ximo al Se3or que todos nosotros, permitid que el *bombarone*, con o sin la bendici3n de la Iglesia, muera al menos en paz con su alma. —Lorenzo de Orta daba pruebas de valor—. Tambi3n la vuestra, eminencia, precisar3 de intercesi3n y de buenas obras.

—Es posible —repuso Jenna, impasible—, pero s3 que no se arrepiente. Es un defensor de los Hohenstaufen. ¡Que el diablo se lo lleve!

—Eso es asunto suyo —intervino la *grande maîtresse*—, pensad en que vuestra lista de pecados no le va en nada a la zaga a la del hermano Elía.

—Si 3l jura regresar de inmediato a Cortona y no abandonar el lugar hasta el fin de sus d3as —concedi3 el arzobispo cardenal y convirti3 su voz en susurro—, *lo absolverò*^[169]. Pero Conrado^[170], que sigue crey3ndose rey, y el bastardo Manfredo^[171], que campa por sus respetos en el feudo que Dios nos ha encomendado, en Sicilia...

—Alto —interrumpi3 una voz con acento alem3n—. Manfredo est3 dispuesto a someterse, a recibir el feudo de vuestras manos. Me ha encargado haceros llegar esta propuesta...

—Jam3s —lo interrumpi3 Jenna—, jam3s le daremos la tierra a alguien que lleve en sus venas una sola gota de la sangre del Anticristo, ¡del emperador Federico! ¡Ahorraos vuestras palabras, Bertoldo de Hohenburg^[172]!

El báculo volvi3 a sonar.

—¡No quiero oír de vos, Reinaldo di Jenna —formul3 la voz de la *grande maîtresse*—, esas palabras tan insensatas referidas al Anticristo! Sois demasiado inteligente para hablar as3, de otro modo no estar3ais entre nosotros. Y por eso os digo que jam3s toleraremos, en el caso de que est3is pensando en el de Anjou, que vuelvan a otorgarse honores reales a alguien que lleva la sangre de los Capetos^[173].

—Venerable gran maestre —dijo el «cardenal gris»—, dilapid3is vuestros favores con los perdedores.

—Llevamos haciéndolo desde hace más de mil años —fue la respuesta—, desde que el perdedor Jesús, el hijo de la casa real de David, sucumbió en la lucha por Jerusalén...

—¡Para ganar después, gracias a la Iglesia de Cristo, el combate por los corazones de los hombres!

—¡Qué prepotencia la de la Ecclesia catolica^[175]! Ésa es aún vuestra guerra, y os falta mucho para ganarla. Tanto la batalla de Cristo como la de sus herederos —replicó la *grande maîtresse*.

—Bien, ya vamos centrándonos —ironizó el arzobispo cardenal—. ¿Qué tal están los niños?

El báculo emitió tres golpes.

—El tono que empleáis nos hace pensar que en esta conversación no os guía más que el ánimo de ofendernos. Me retiraré hasta que hayáis recapacitado.

—Seréis un huésped grato a mis ojos.

—Espero serlo.

Los ruidos me indicaron que el palanquín abandonaba la sala, junto con su escolta. A esto le siguió un embarazoso silencio, después se abrió de nuevo una puerta, y Guillem de Gisors —sin duda había ocupado la presidencia— dijo:

—Saludemos al hermano Elía de Cortona.

Entonces pude oír la voz de Gavin:

—Los niños ya no son tales, pues se han convertido en jóvenes soberanos.

Guillem de Gisors tomó de nuevo la palabra.

—Quiero cerciorarme de que el pacto con los ismaelitas se considera anulado, aunque sólo sea porque los «asesinos» sirios, con quienes habíamos pactado, han entregado a los niños al Alamut oriental. Eso contraviene los deseos de Roç y Yeza y, dada la amenaza que los mongoles han lanzado contra Alamut, supone además un peligro para sus vidas. Os ruego que expreséis vuestra conformidad alzando la mano.

Nadie se opuso, y Gavin dijo:

—Si no procuramos a la joven pareja sede y poder, podría emprender una andadura propia que no respondiera a nuestros objetivos.

Oh, sí, pensé: Roç y Yeza tienen sus propias ideas. De momento lo que me alegra es saber de ellos, pues los echo mucho de menos.

—No deberíamos permitir que sigan en Alamut —prosiguió el preceptor de los templarios—. Ellos pertenecen, en el sentido más amplio de la palabra, a Occidente, a eso que los mongoles califican, despectivos, como el «resto del mundo», y que para nosotros en cambio conlleva la unificación de Oriente y Occidente en torno al *Mare Nostrum*^[176].

—¿Quién los ha arrojado en brazos de los «asesinos» sino vuestra Orden, mi querido Gavin Montbard de Béthune? —exclamó con sorna el arzobispo cardenal, provocando la acre respuesta del preceptor.

—Las intrigas, cardenal, de la *Ecclesia romana et catolica*, que aquí representáis

vos más que ningún otro, no nos dejaron otra elección. —Era evidente que Gavin disfrutaba de la disputa con Reinaldo—. Aunque siempre la consideramos una solución transitoria.

—¿Acaso queréis trasladarlos aquí, a Roma? ¡No entrarán en mi casa!

—No os preocupéis, eminencia —dijo Lorenzo de Orta—. No os lo vamos a poner tan fácil.

—¡Refrenad vuestra lengua! —le siseó el cardenal al menudo franciscano—. *Quod licet Jovi, non licet bovi!*^[177]

Aquí intervino Guillem de Gisors.

—No nos hemos congregado para ofendernos ni para amenazarnos unos a otros. La pregunta que os quiero plantear tiene una premisa muy clara: «Ni Manfredo ni Carlos de Anjou^[178].» La cuestión es: ¿podéis elevar a los hijos del Grial al trono de Palermo?

Por unos instantes se hizo el silencio ante tal propuesta.

—Difícilmente —respondió Reinaldo di Jenna tras meditar unos segundos—. En primer lugar, la premisa no es tal, pues ninguno de los otros dos renunciará de buen grado al trono. En segundo lugar, circula el rumor de que esos niños llevan sangre de los Hohenstaufen. Y en tercer lugar, formularé una contrapregunta: ¿están dispuestos los infantes a acatar al Papa? La Iglesia no podría prescindir de esta condición. Por otra parte: ¿qué os parece Constantinopla?

—Mal —se oyó la voz de Lorenzo de Orta—, ese trono ya se lo disputan tres emperadores griegos: el de Trebisonda, el déspota de Epiros, y el de Nicea, cuyo soberano sobre el Imperio latino, Balduino II, ni siquiera ha abdicado todavía.

—¡Jerusalén! —Por primera vez después de tanto tiempo volví a oír la voz de Elía. Sonaba frágil, pero llena de pasión. Alguien soltó una carcajada.

—¿Jerusalén? —repitió Gavin—. Si los infantes se presentaran hoy allí, en medio de ese montón de escombros, todos pensarán que nos los queremos quitar de encima. Además, tendríamos que pedir el visto bueno de los sultanes de El Cairo y de Damasco, por no decir que el título ya ha sido concedido *de jure*^[179]. Entronizar allí a la joven pareja supondría meter un dedo en el nido de avispas de Ultramar.

—¡Comprémoslo! —propuso el «cardenal gris»—. El título puede comprarse. ¡Abrid vuestras arcas!

—Con mucho gusto —replicó irritado el templario—, en cuanto deje de existir *de facto* el reino de Jerusalén.

—¡Para entonces habréis muerto todos! —gruñó Jenna.

Gavin no oyó esto último, o fingió no haberlo oído, pues prosiguió:

—En cualquier caso la potencia protectora, sin cuya asistencia el reinado de Roç y Yeza sería impensable, habría de mediar siempre entre Siria y los mamelucos, y para eso no bastan nuestras fuerzas. Jerusalén sigue siendo para nosotros un sueño inalcanzable.

El silencio que se estableció fue quebrado de pronto por la voz quebrada del viejo

Elía, que cantaba: «Un barquito en alta mar, su vela es el Amor, su mástil es el Grial, tan grande...», y alguien exclamó:

—¡Malta!

Seguro que Gavin lo aprueba, pensé, porque así puede quitar de en medio a los sanjuanistas, que le han echado el ojo a la isla, pero él dijo:

—Imposible, aunque sólo sea por el título. ¿Reyes de Malta?

—¡No es tan descabellado! —oí decir al arzobispo cardenal.

—Minimizaría a los portadores de esa corona —replicó Gavin con firmeza—. «Reyes de Malta» ¡suena ridículo!

—Gran maestro de... —aportó el señor Bertoldo su granito de arena.

—¿Gran maestro de una Orden?

—Con tal de que no aparezca el término «Grial»... —El «cardenal gris» se esforzaba por no mostrarse parcial y obstruccionista. Se organizó un guirigay de voces.

—«¿Orden soberana de los Caballeros de la Rosa?»

—¡Con una rosa roja sobre un fondo blanco como la nieve!

—¿Flor o capullo?

—Esa Orden sólo podría ser aceptada —dijo el señor Reinaldo, cortando de cuajo la discusión— si ingresa en ella un número suficiente de caballeros cristianos, y si se asienta sobre el firme reconocimiento de la Iglesia católica.

—¡Con el señor Gavin como protector! —propuso alguien.

—¿Y qué más? —se mofó el «cardenal gris».

—¿Con William de Roebruk como obispo o incluso investido con la púrpura cardenalicia?

—¡O como patriarca de Malta!

Del griterío se alzó la voz de Guillem de Gisors.

—¿Quién está a favor de Malta? Votemos a mano alzada.

—No he sido autorizado a hacerlo —afirmó el señor Bertoldo. El «cardenal gris» se echó a reír, burlándose de él.

—Si yo me declaro dispuesto a perdonar un cúmulo de pecados y errores, como sucede en el caso del *bombarone* exponiéndome con ello al disgusto del santo Padre, ¡bien podríais renunciar vos a ese pequeño islote rocoso!

—Perdonar no es lo mismo que renunciar —opuso el señor Bertoldo—, pero bien está.

—Y supongo que votarían entonces a favor de Malta.

—Deberíamos llamar ahora de nuevo a la gran maestre —propuso Lorenzo, pero el cardenal exclamó, afable:

—Ahora vayamos a comer. Tengo intención de compensar a la venerable Marie de Saint-Clair con un suculento festín. Vamos, Gisors; venid, señor Bertoldo. Hoy nadie acabará envenenado. —Y su carcajada resonó por toda la estancia—. Sólo excluiré al *bombarone*, pues no pienso levantarle la excomunión hasta después de la

comida. ¡Es indispensable que el arrepentido comparezca con el estómago vacío! — Soltó otra carcajada, aún más sonora que la anterior, y la sala que había a mis pies se vació. Únicamente Gavin y Lorenzo permanecieron un instante más a solas. La gloriosa y misteriosa *Prieuré*, pensé, ya no es lo que era. Se ha visto reducida a un hatajo de cabezas huecas que gustan de escucharse a sí mismos mientras su enemigo más encarnizado lleva la voz cantante en las reuniones. Y lo peor de todo, a mi entender: en el fondo, las palabras que formulan no dejan de ser sandeces.

—¿Cómo se les ha ocurrido Malta? —la pregunta fue formulada por Lorenzo—. ¿No fue Enrico, conde de Malta, padre de Hamo Tsstrange, que a su vez es hijo de la condesa de Otranto?

—Así está escrito —dijo Gavin en un tono que se prestaba a múltiples interpretaciones.

Yo estoy mejor enterado, pues la condesa me ha confiado su verdadera historia.

—Nuestro Hamo sigue tan ancho en Otranto, disfrutando de su joven esposa Shirat, y no tiene la menor intención de deshacerse de su próspero feudo de Malta — siguió Gavin, malhumorado—. Además, ha heredado el palacio de Calisto en Constantinopla, que le ha dejado su primo el obispo. Se ha vuelto tan perezoso que ni siquiera ha ido a tomar posesión de la hermosa herencia, dotada de ricas haciendas y latifundios. ¡Seguro que engordará tanto como William! —Como siempre, Gavin, espía enmascarado, me asestaba un golpe certero que me llegaba a lo más hondo.

—¡Ajá! —exclamó Lorenzo—. ¡Eso me da una idea!

Pero Gavin se complacía en su papel de *advocatus diaboli*^[180]:

—Mientras el joven conde de Otranto esté del lado de los Hohenstaufen, ni Manfredo ni Conrado tendrán motivos para despojarlo del feudo de Malta.

—Eso puede cambiar —insinuó Lorenzo—. La propiedad de Malta no es hereditaria, sino que está ligada al título de almirante de la flota imperial. Podríamos recordárselo al senescal del imperio, el señor Bertoldo.

—Quizá sea mejor no hacerlo —lo disuadió Gavin—. Sólo podremos obtener esa isla de manos de Hamo, que no muestra el menor interés por ella, a excepción de los tributos que le rinde.

—Acabará por cedernos Malta.

—Bien —dijo Gavin—. Os escucho.

—Alguien debería sembrar la inquietud en Hamo con respecto a sus derechos sobre Malta, seduciéndole en cambio a su linda esposa del modo más hábil, describiéndole los múltiples atractivos que ofrece Constantinopla, la ciudad entre dos mundos. Creedme, ¡no será difícil tentar a una mujer joven confinada en el desierto de Otranto! Al mismo tiempo hay que ir acorralando la fortaleza, los asaltos de los piratas se multiplican, intentan capturar la trirreme. Hamo está cada vez más sombrío, Shirat sueña con los magníficos parajes junto al Cuerno de Oro, se va entusiasmando, hasta que...

—Hasta que el «cardenal gris» decida nombrar a un nuevo obispo de Bizancio.

—¡Gavin! ¡Como abogado del diablo estáis exagerando la nota! ¡Esa sede lleva años vacante!

—Se la ha prometido a Andrés de Longjumeau.

—Bien, también se lo haré saber a Hamo. Los piratas se muestran cada vez más osados, y la mujer no lo deja tranquilo. Entonces llega la oferta: Hamo, queremos ayudarte. Nos ocuparemos de que puedas llevar una vida magnífica en Bizancio, en el palacio de tu propiedad, y a cambio cedés Otranto a la Orden del Temple, junto con Malta. Ése es el trato. Le daremos Otranto a Manfredo, que a cambio nos cederá Malta.

—¡Estupendo! —alabó Gavin—. Y ahora vamos a la mesa, ¡o su eminencia se disgustará!

Abandoné mi escondite, con los miembros tiesos y el ánimo abatido. El hambre me llevó hasta la cocina. Allí no se hablaba de otra cosa que de los huéspedes.

—¿Sabéis, William? Incluso Juan de Prócida^[181], el que fuera médico personal del malvado emperador, está con ellos.

—Hace poco curó al cardenal Orsini de un grave mal.

—¡Más le valdría atender al pobre Elía! —Por ahí iba la cháchara mientras yo degustaba mi humilde sopa de judías, tomaba un poco de puré de mijo y roía un hueso de pollo. No me habían dejado más que eso.

¡Así que los niños están en Alamut! No me encuentro yo tan a gusto aquí como para rehuir el viaje, si por ventura me dejaran marchar. Pero antes está el mappa. Gracias a las instrucciones que me proporciona el escrito de Pian —¿quién lo habría pensado?— creo que será posible concluir el trabajo sin mayores dilaciones.

Festividad de los Santos Inocentes^[182], 1251 d.C.

El *mappa terrae mongalorum* va cubriendo de un modo tan expresivo y coloreado el lienzo que tanto me llegó a asustar cuando estaba vacío, que casi no quedan espacios en blanco. Todo ello gracias a los «conocimientos» que he podido agenciarme en secreto dentro del tiro de la chimenea, y sobre todo a la fantasía con que nuestro pequeño maestro transforma la menor observación sobre la vida de esos pueblos esteparios en miniaturas bizarras y bien curiosas, de forma que a veces pienso que es Cimabue quien debe de haber realizado, como en una especie de sueño extraño, ese viaje a la corte del gran khan que un día me encomendara la *Prieuré*. O tal vez el chico haya estado en Karakorum en una vida anterior. Nos estamos aproximando al final del trabajo, del que me enorgullezco en mi calidad de *imitator spiritus*^[183].

El cónclave celebrado por la Orden Secreta con el «cardenal gris» no ha concluido a satisfacción de todas las partes, aunque sólo sea por el hecho de que la *grande maîtresse* no participó en modo alguno en el festín de reconciliación, pues

abandonó el lugar mucho antes y con tanto sigilo como había llegado.

Tampoco ha sido revocada la excomuni3n de Elía, ya que, mientras los demás comían, el *bombarone* padeció una terrible crisis febril, de modo que llegamos a pensar que le había llegado su última hora. Seguramente se había enfriado mientras trataba de obtener, arrodillado en el fango y bajo la lluvia, el perd3n de la Iglesia. Pero la *Ecclesia* demostró ser más dura que su frágil salud. El médico presente, Juan de Prócida, incondicional de los Hohenstaufen, se hizo cargo del enfermo y aún lo atiende, mientras los demás, a excepción de Gavin, han partido. El preceptor del Temple permanece aquí en calidad de huésped del arzobispo cardenal. No es que hayan trabado amistad, y rara vez conversan, pero se reúnen todas las tardes ante el tablero de ajedrez dispuesto aquí en la sala, junto la chimenea. Sus partidas se dilatan hasta altas horas de la noche. Los he estado observando en secreto. No les importa tanto ganar o perder, sino el poder: un poder que no encontraría en este mundo el modo ni la vía de expresarse, ni personas o lugares donde pudiera ejercerse. Eso lo saben ambos, y, a pesar de ello, luchan denodadamente.

Los trabajos de confección del *mappa*, en cambio, avanzan a pasos agigantados y poco falta para su glorioso final. Hemos dejado atrás la cordillera de Pamir al sur, y la de Kara-Kitai al norte; a nuestras espaldas, abajo, tenemos el desierto de Gobi con el Himalaya al fondo, una obra maestra del joven Cimabue, que incluye hasta los esqueletos de los que deben de haber perecido de sed en ese páramo y extraños animales antropomórficos atrapados en los hielos eternos de los azules glaciares. El Altai es el último escollo que atravesaremos, con los túmulos de los chamanes y solitarios pendones multicolores clavados en la nieve. Dentro de poco alcanzaremos el campamento del gran khan, lo acompañaremos en sus cacerías, nos sentaremos a su lado en los juicios y repartiremos el mundo: el noroeste se lo dejamos al tío Batu, que está creando allí, con la Horda Blanca y la Horda Azul, el reino de la Horda de Oro, en tierras de los rusos. El suroeste será para il-khan, con la India, Persia, y el «resto del mundo». Otro recibirá el sudeste, la tierra de Cathai.

Cimabue se empeñó en pintar la Gran Muralla. Yo estaba de acuerdo, siempre que, a cambio, me prometiera renunciar a demorarse en todo lo que se encuentra «detrás» —ya pienso como un mongol—. El problema fue que no nos pusimos de acuerdo en cuanto al trazado. Bartolomeo de Cremona, *praefectus studii mongalorum* que casi no había asomado la cabeza durante los trabajos, participó animoso en el final, aunque sólo fuera para quedar bien ante el «cardenal gris». Mientras se peleaba con Lorenzo le puse a Cimabue una moneda de oro en la mano para que, mientras nos ausentábamos para comer, dibujase la muralla como se le antojase.

—Piensa tan sólo —le susurré— en que es transitable, que tiene una torre de vigía cada tantos metros, y que avanza serpenteando por valles y laderas. —Se mostró de acuerdo, y yo aún tuve tiempo de añadir—: En ese espacio que ves vacío, allá abajo, en ese triángulo de la esquina inferior derecha...

—¡...está la tierra de Cathai!

—¡No! —le espeté muy firme—. ¡Ahí colocarás la inscripción «*mappa terrae mongalorum*» y una dedicatoria a su eminencia Reinaldo di Jenna, con todos sus títulos!

Cuando regresé aquello era naturalmente un hervidero de hombres de ojos rasgados y piel amarillenta, propios de las gentes de Cathai. Me lo había temido, pero lo peor fue el texto de la banda pintada que se encaramaba a una pagoda: «*Rinaldus affidavit frati ignoranti Cimabue pinxit.*»^[184] Al oír voces cada vez más próximas me escondí en el hueco de la chimenea, lleno de ira y de vergüenza. ¡Ya se enteraría ese pilluelo de lo que valen mis puños!

Eran Gavin y Lorenzo. Afortunadamente, no repararon en el glorioso punto final de la obra.

—Ciertos amigos del mar y de la libre navegación marítima han recibido un aviso de que en Otranto les espera un jugoso botín —dijo Gavin—. Podríais personaros allí y recomendarle a la dama el posible traslado de su residencia al Cuerno de Oro.

Lorenzo parecía asustado.

—¿Tan pronto? No era mi intención...

Me imaginé la irónica mirada que el templario debió de dedicarle al menudo minorita.

—Lorenzo de Orta —dijo—, lleváis suficiente tiempo actuando como eslabón de la cadena de la que también yo formo parte para saber que cualquier pensamiento nuestro se manifiesta en forma de dictum^[185], y que cualquier palabra que pronunciamos suele transformarse en hecho. No me digáis ahora que no erais consciente del alcance de vuestra propuesta.

—No me importaría, poderoso e infalible preceptor, quedar ante vos como un charlatán irresponsable, si con ello pudiese echarme atrás...

La risa de Gavin lo interrumpió.

—¿Cómo vais a hacer cambiar de opinión al esturión que ha olfateado la carpa? ¡Tendríais que pescarlo! De modo que no vaciléis más y corred a lanzar vuestro anzuelo, pues de no hacerlo, se echará a perder todo el plan. ¡Buena suerte!

—¡Me extraña tanta crueldad en vos, Gavin! —quiso resistirse Lorenzo—. Aunque supongo que mi idea, tan insensata como despiadada, quizá pueda llevarnos a buen puerto. Confío en que Hamo y su amada esposa lleguen a sentirse felices en Constantinopla, y a los infantes se les preparará en Malta un nido seguro. Pero ¿qué ocurre con vuestra parte? ¿Cómo sacaréis a Roç y a Yeza de Alamut? ¿No se os habrá ocurrido enviar a William de Roebrok en su busca?

¡Ah, bellaco, pensé, así es como hablas de mí! Pero Gavin se limitó a soltar una risita.

—Pues no es mala idea, Lorenzo, y de nuevo es vuestra. Pero, como sabéis, allí todos lo conocen como a un amigo de los infantes, y su presencia no haría sino poner trabas a su rescate.

—Pues tampoco penséis en mí —le advirtió Lorenzo—. Me basta con la tarea que

me habéis endilgado. Ese otro bocado es vuestro. Y confío en que os queméis los morros o que al menos os atragantéis con él. —Tras decir esto salió dando zancadas de la sala.

Así pues, esto es lo que ha aportado el cónclave: ¡un maldito enredo!

Cuando Gavin se hubo marchado —oí decir que había partido sin dilación— salí de mi escondrijo. A punto estaba de borrar la infame inscripción tapándola con pintura amarilla cuando apareció el señor arzobispo cardenal con un nuevo huésped. No me di la vuelta, y traté de ocultarla con mi cuerpo, pero ya habían descubierto la afrenta y se reían a mandíbula batiente. Sin duda lo consideraron una ingeniosidad especialmente lograda.

—Nuestro William, siempre tan modesto —me alabó el cardenal—, y, además, haciendo gala de tan acusado sentido del humor.

Tuve que volverme hacia ellos, lo quisiera o no, y mi ánimo se hundió del todo: el huésped era Andrés de Longjumeau, ese dominico tan tedioso como engréido que ya se me ha cruzado varias veces en el camino con consecuencias más que desagradables y que, contrariamente a mi persona, puede presumir de haber realizado tres misiones ante el gran khan. En ninguno de los casos podía hablarse de éxito. Fuera como fuese, en ese momento regresaba de la tercera.

—¿Qué os parece mi *mappa*? —preguntó orgulloso el cardenal—. Servirá para ilustrar y allanar el camino a futuras embajadas.

Andrés me miró desdeñoso y dijo, dirigiéndose al cardenal:

—Un hermoso cuadro, sin duda. Pero confío en que no lo apreciéis demasiado, pues no refleja ni el matiz aburrido, siempre verdeante, de aquellas tierras, ni la increíble y necia obstinación de sus gentes.

El señor Jenna me invitó con un gesto a responder.

—Un dominico sin duda habría descrito también el ambiente y la obra de san Francisco de Asís como algo aburrido y yermo, confundiendo la humildad con la necesidad.

El señor legado cayó en la trampa.

—No es mi cometido enjuiciar la capacidad espiritual de los minoritas, pero al menos viven con recato y dignidad, salvo ciertas deshonrosas excepciones. —Eso iba por mí—. Los mongoles conviven con sus mujeres al modo de los animales, y no son más que unos viles cuatreros.

—Asisto —respondí desde lo alto de mi andamio— a un milagro como sólo puede perpetrarlo el Señor en un dominico. Un sordo y un ciego, unidos en una persona, han recorrido el largo camino que conduce a Karakorum y han sabido regresar sin haber visto ni oído que los mongoles aman a sus mujeres, les son fieles y las tienen en alta estima, y que entre ellos el adulterio se castiga, al igual que el más pequeño hurto, con la pena de muerte

—Es posible —admitió Andrés, disgustado—, pero eso no revela nada sobre su moral y su fe. Adivino aquí —y señaló hacia mi Karakorum— el esplendor de unas

iglesias cristianas. Lo cierto es que allí se hacían en miserables chozas un par de sacerdotes nestorianos, que se dan a la bebida en lugar de invocar al Espíritu Santo mediante la celebración de la misa y la comunión. Los que mandan son los chamanes, que dicen ver espíritus y leen el futuro en unos huesos chamuscados, ¡miserables hechiceros! Incluso toleran a los musulmanes en la corte...

—Al menos —lo interrumpió el «cardenal gris»— hay allí una forma de Cristianismo, como habéis admitido, y eso ha bastado para que pudierais cumplir con vuestra misión. ¿Qué noticias nos traéis del gran khan?

—El... el gran... khan —empezó a tartamudear Andrés—, ¡en este momento no hay ninguno! —Después nos confesó—: Estaban celebrando precisamente el *kuriltay*, una especie de asamblea general, en la que debían elegir al soberano...

—¿Cómo? —exclamó Reinaldo di Jenna—. ¡¿Queréis decir que habéis partido sin esperar a conocer el resultado de la elección, y sin presentar vuestros respetos al nuevo gran khan?!

Andrés de Longjumeau lo confirmó, abatido.

—¡No podéis imaginaros, eminencia, cómo nos tratan allí! Uno se desplaza según ellos le indican, espera a ser recibido hasta encanecer, y en cuanto se cansan lo ponen a uno de patitas en el desierto.

—Eso dependerá de cómo actúe el legado —le censuré, insolente, desde arriba, y el «cardenal gris» me dirigió una sonrisa que revelaba aprobación.

—¿Quién tenía más posibilidades de salir elegido? —preguntó, con lo que se me antojó una gozosa expectación—. ¡Al menos os habréis enterado de eso, Andrés!

Al legado debió de resultarle embarazosa la pregunta, aunque sólo fuese porque jamás se había interesado por las rencillas internas de los mongoles. ¡Qué más daba qué tártaro obtuviera el mando! Meditó largo tiempo antes de dar una respuesta:

—Seguramente habrán elegido a Shiremon, a quien su abuelo Ogodai ya designó sucesor de su hijo Guyuk. Y Ogodai era hijo de Gengis-khan. La elección de Shiremon parecía cosa hecha. —Pero en el último momento debieron de asaltarle las dudas, pues admitió—: A no ser que el de mayor rango, el khan más poderoso, Batu, señor de la Horda de Oro, haya desbaratado el acuerdo e impuesto sus ideas.

El cardenal se volvió hacia mí.

—¿Cómo veis vos, William, famoso conocedor de la corte mongol, el resultado del *kuriltay*?

Medité a fondo y repasé todas las indicaciones de la *Ystoria*, que por cierto hace ahora cuatro años que fue escrita. Después opiné:

—Gengis-khan tuvo varios hijos, de los cuales Ogodai era el tercero. El cuarto y más joven era Tuli, y éste tiene a su vez cuatro hijos. En mi opinión, los mongoles son tan proclives a alternar el cambio de rama familiar como a inclinarse por el rejuvenecimiento. ¡Por eso supongo que habrán elegido gran khan al primogénito de Tuli!

—¡Jamás, de ninguna manera! —bramó Andrés, lleno de desdén por mi audaz

pronóstico, ¿o acaso quería confundirme?

El «cardenal gris» sonreía; mandó llamar a Bartolomeo de Cremona y lo presentó al legado:

—El director de mi centro de investigación para cuestiones mongolas. —Se volvió hacia su espía mayor—: Bien, estimado Barto, ¿quién es el nuevo gran khan?

—¡Mangu! —dijo éste haciendo una reverencia.

—¿No os lo había dicho? —exclamó cínicamente el señor Andrés.

El de Cremona y yo tuvimos que abandonar la sala. Como no podemos vernos, nos separamos enseguida. Yo subí al tejado, me metí en la chimenea y llegué justo a tiempo para oír lo que decía el cardenal:

—El minorita, al que habéis tratado con tanto desdén, al menos ha logrado que el gran khan Guyuk prometiese sumisión a los infantes. Testigo de ello es el venerable Pian del Carpine. Y vos no habéis hecho otra cosa que permitir que ese Ariqboga, tras salir con las manos vacías de la asamblea, os endilgue la penosa tarea de hacer saber a su santidad el Papa y al emperador —que de momento, y ¡a Dios gracias! no existe — que pueden acudir a Karakorum a ofrecerle sus respetos.

—¡Ese William de Roebrok no estuvo jamás en Mongolia! —Me imaginé a Longjumeau cubriéndose los ojos, cegado por el brillo de la lámpara que yo no había dejado de pulir y cargar con aceite nuevo todos los días.

—¿Y cómo es posible —insistió el «cardenal gris», convertido ahora en gran inquisidor— que la madre de Mangu, como vos mismo referís, os pregunte por los niños y que hasta el juez supremo quiera saber de ellos?

Andrés se enredaba más y más.

—¡Lo único que les he dicho es que los niños son los peores enemigos de la Iglesia!

—¡Peor me lo ponéis, pues con ello los habéis ensalzado más de lo que merecen! ¿Qué les importa a los mongoles nuestra relación con los hijos del Grial? Si hubierais callado, habríamos podido presentarlos como embajadores de la causa de Cristo. Ahora podrán utilizarlos contra nosotros. ¡No habéis hecho sino perjudicar a la *Ecclesia catolica*!

Debió de despedir al legado bruscamente, pues oí unos pasos que se alejaban a toda prisa, arrastrando los pies. No habían hablado del episcopado de Constantinopla, que el legado debía recibir como premio a sus méritos. Reinaldo di Jenna se quedaría contemplando el *mappa*, pues lo oí suspirar:

—¡Ay, Alejandro! —Después también él abandonó la sala.

Fui invitado a la cena, y el señor arzobispo cardenal me ofreció personalmente los mejores bocados. Sirvieron mejillones hervidos en vino blanco de Anagni, región de la que es oriundo Jenna, y palomas en hojaldre con muchas almendras y miel. A continuación higos frescos, presentados en *mousse* de melón frío y sazonados con

jengibre y pimienta.

Elía, algo recuperado, debía ser trasladado al día siguiente en palanquín a Cortona. La guardia que lo escoltaría, elegida por el médico Juan de Prócida, no pertenece a la milicia papal, pero nadie quiso reparar en ello. Antes de su partida, Elía se hizo trasladar a la sala donde Lorenzo y yo supervisábamos la retirada del andamio. No nos ha sido posible borrar la injuriosa inscripción final. El granuja de Cimabue tampoco ha vuelto a aparecer. La voz del *bombarone* sonaba débil; nos hizo una seña para que nos acercáramos a su camilla.

—En algún momento aparecerá por aquí Crean de Bourivan —susurró— en su insensata búsqueda de apoyo a los «asesinos». No pude verlo en el campamento de Manfredo, donde estaba anunciada su llegada, por no querer demorar más mi último viaje. Transmitidle de parte de un moribundo, que ahora ve muchas cosas con más claridad y mayor libertad que ese converso apremiado por tantas obligaciones, que no malgaste sus fuerzas oponiéndose a ciertos acontecimientos que deben seguir su curso.

Elía se interrumpió para respirar hondo, y me sonrió:

—Creo mejor que sea Lorenzo quien asuma esta tarea. A ti, William, no te escucha nadie, a pesar de que, al final, las cosas siempre te salen bien. —Dicho esto se volvió hacia Lorenzo de Orta, miembro de la *Prieuré*, cosa que yo no soy—: Es muy probable que Carlos de Anjou, disgustado por la falta de apoyo plasmado en una «cruzada oficial contra las crías de los Hohenstaufen», retire su petición al Papa: ¡una estrategia que de ningún modo significa una renuncia a sus ambiciosos planes! ¡Aunque Conrado o Manfredo llegaran a conquistar de nuevo Nápoles, no habrá modo de detener la caída del imperio germánico! —Elía estaba pálido de agotamiento, pero su mirada mostraba un brillo visionario—. ¡Nápoles se convertirá en símbolo del fracaso de la dinastía imperial! Y con ello, al haberse extinguido también la estirpe de los Trencavel, Roç y Yeza perderán toda base dinástica. De todos modos, les queda el poder espiritual del Grial, que nadie podrá arrebatárselos. ¡El Grial debe regresar a sus orígenes, a Tierra Santa, a Jerusalén!

Su voz era cada vez más débil. Incluso pensé que se nos moriría en los brazos.

—Haced de los mongoles el ejército del Grial —nos conminó, incorporándome de nuevo a sus visiones—. Ellos, que no se inclinan por ninguna de las religiones, están predestinados a servirle. ¡Entregad a los infantes a los mongoles, y habréis entregado los mongoles a los infantes! —Hizo nuevamente acopio de fuerzas—. Convertid a Roç y a Yeza en sus soberanos espirituales para que, a través de ellos, el Grial gobierne en el «resto del mundo», con tolerancia frente a la Cristiandad y al Islam, encarnando la idea del Imperio, cuyo brazo armado no puede ser más que el gran khan. Los infantes habrán de sometérsele, lo cual no supondrá demérito alguno, al contrario: le servirán obedientes, ejerciendo al tiempo su poder sobre él. Convertirán lo que nosotros tenemos por amenaza mongola en una bendición para el mundo entero.

El entusiasmo que despertaba en él ese profundo anhelo, hacía olvidar al *bombarone* el esfuerzo que requería formularlo con palabras, y le confería un ardor inusitado.

—¡Sólo una mano fuerte podrá instaurar la paz en las riberas del Mediterráneo! ¡Dejad que los niños sean el precioso anillo que adorna esa mano!

Se dejó caer, exhausto, y nos dio tiempo a desenredar la madeja de sus intempestivas ideas. A mí me pareció una fantasía abstrusa, pero Lorenzo asintió, mostrándose conforme. De ahí que el agonizante se agarrara a su manga e insistiera con ahínco:

—¡Tienes que convencer a Crean, ese terco fanático!

Lorenzo asintió, pero Elía no cejaba.

—¿Por qué animar entonces a los «asesinos», suscitar en ellos la esperanza de que Occidente emprenderá una nueva cruzada para defender su causa?

Elía tiraba de Lorenzo, hasta que éste se arrodilló junto a la camilla, y yo seguí su ejemplo.

—Someteos a los mongoles —graznó el anciano—, ¡para que no se disgusten y os castiguen! ¡Allanadles el camino a Jerusalén, trabajad para ellos, y no contra ellos! —El *bombarone* se sosegó; su voz sonaba ahora apagada, pero muy clara—: De cualquier modo, no cabe esperar ayuda alguna de Occidente; la era de las cruzadas ha concluido. Luis es su último héroe trágico, pero no tardará en regresar a su país sin haber conseguido nada. El mundo cristiano está más corrompido que nunca: necesita la escoba de hierro que procede de Oriente.

Un destello de lúcida demencia había vuelto a brillar en la mirada de Elía. Como si hubiera percibido mi resistencia, posó su temblorosa mano de anciano en mi ralo cabello.

—Mi buen William —susurró—, los papas han deformado las intenciones puras de san Francisco, su llamamiento a la hermandad y al servicio de Dios, y han creado una Orden dependiente de la Iglesia. Yo mismo les he ayudado hasta percatarme de mi error. Desde entonces he luchado para convertir a los franciscanos en hermanos libres dentro del Imperio, de modo que no tuvierais que rendir cuentas al Papa, sino sólo a vuestra conciencia cristiana. Debéis seguir la pura enseñanza de Jesús de Nazaret, y la de nadie más —insistió como si de una revelación divina se tratara—. He sido excomulgado, lo que me llena de orgullo. Soy un seguidor imperial sin emperador, y como tal abandono este mundo. —Estuvo meditando largamente, antes de añadir—: ¡Debéis impedir que los infantes sufran el mismo destino!

Oramos juntos. Lo acostaron en el palanquín, que no tardó en alejarse. Con él perdía yo a una parte de Occidente firmemente enraizada en mi ser y a la que amo tiernamente. Su legado, la inclinación en favor de los poderes del lejano Oriente, no me asustaba, pero tampoco me procuraba consuelo.

L.S.

VI EL POZO DE ISKANDAR



De Roç a William, Alamut, en la segunda década de enero de 1252

Querido William, ha transcurrido ya medio año desde que Crean partiera con los informes que deseamos aportar a tu crónica secreta, y aún no hemos recibido respuesta, ni siquiera sabemos si los has recibido ya. Como conozco a Crean, sé que sólo se apresura cuando se trata de llevar a cabo algún encargo de sus superiores, mientras que cumplir nuestro sencillo deseo de encontrarte cuanto antes seguramente carece de importancia a sus ojos. Yeza te envía saludos, está demasiado ocupada con sus «estudios» y no puede escribirte con asiduidad. Se pasa el día leyendo en la planta baja de la biblioteca, en la *qubbat al musawa*^[186]. Yeza y su maestro, al que venera, creen a pies juntillas que ese nombre se deriva del contenido de la sala, a la que también denominan «cúpula de las Doctrinas y sus Refutaciones». Yo, en cambio, estoy seguro de que el nombre tiene mucho que ver con la estructura secreta de la Rosa, pues en ese lugar se encuentran las estrías de piedra afiligranada que, surgiendo de los bordes del «caldero» —nosotros lo llamamos «capullo»—, forman un entramado y se elevan hacia lo alto para adentrarse, ya invisibles, en los muros del minarete, al que sostienen a pesar de su increíble peso, no sólo el de las piedras, sino sobre todo también del ingente número de libros. Por no hablar de los instrumentos de astronomía que se guardan en el observatorio, en el que, por desgracia, aún no he podido entrar.

Bien, ¿lo has entendido? Ésa es la mitad superior, que se arquea y convierte en bóveda por encima de la sala. Por debajo del entarimado pende la misma estructura, como una tela de araña hundida hacia abajo, de la que a su vez cuelga el palacio de madera del *imam*, al que llaman el «nido de avispas». Aún no he conseguido averiguar si los ramales que salen del borde dentado del caldero son de piedra tallada o de un material más duro, aunque maleable, como el acero forjado. En realidad, debería tratarse de esto último, pues las piedras, por muy buenas y bien ensambladas que estén, acabarían por desprenderse. Yo me imagino el conjunto como una serie de sables curvos entrecruzados cual los radios de una rueda, de modo que en el orificio formado en su centro se inserta el varillaje que cruza la Rosa entera y atraviesa el «nido de avispas» y la «bóveda de la Compensación» en la torre del minarete hasta el observatorio. ¿Me sigues, William? En algún punto la presión de la torre sobre el borde del capullo debe compensar la tracción de los «sables» que se tensan hacia abajo, pues aunque el palacio del *imam* es de madera, pesa lo suyo, y el «nido de avispas» tendría que desprenderse y caer dentro del caldero. O bien —si se sostiene, cosa que en efecto hace, como ya imaginas— deberían romperse los bordes del capullo, arrancando de cuajo la corona almenada de la Rosa. Cuando haya

desentrañado el enigma te lo explicaré mejor, pues todo esto es tan interesante y se mantiene tan en secreto que ni siquiera mi amigo «Zev sobre ruedas», el ingeniero Ibrahim, me quiere revelar el menor detalle. «*Stabilitas atque flexibilitas sunt causa ut rosam floreat; donant eam soliditatem et agunt ut bene rosam animam reciprocare possent*»^[187], me alecciona. Me paso el día rompiéndome la cabeza con este asunto. Yeza se ríe de mis cuitas. Ella lee las obras de los filósofos, que desconocen tales problemas. Ahora vuelve a estudiar el griego, para entender los textos en el original, y ya no tiene tiempo para acompañarme en mis incursiones. Ha cambiado mucho desde que se convirtió en «mujer», allá en Egipto, en la pirámide.

P.D.: Ahora sé lo que hace la traidora en la biblioteca: ha conseguido tener acceso desde allí, por la escalera que conduce a la «cueva de las Profecías apócrifas» situada un poco más arriba, al «paraíso». Ni siquiera su maestro, el sabio Herlin, lo sabe. Lo engaña, finge estar sedienta de conocimientos, y se escabulle hacia los jardines prohibidos de ese paraíso. Me lo ha confesado, sin duda porque no desea disgustarme. Alardea de una nueva «amiga»: se llama Pola, tiene el doble de años que Yeza, y —ahora viene lo mejor— ¡es la hija menor de nuestro Crean! Jamás nos dijo ni siquiera que haya estado casado, y desde luego tampoco que sus hijas se hayan criado en la Rosa. La otra se llama Kasda, y parece que es alguien muy singular aquí, porque vive en un extraño retiro. Día y noche vigila el curso de los astros utilizando para ello los aparatos del observatorio. ¡Le haré pagar a Yeza tanto misterio! No te escribo nada sobre el «paraíso» y sus huríes, pues no me interesan lo más mínimo. Pero te aseguro que, en lo que se refiere al camino que conduce al observatorio, lo encontraré.

Tu amantísimo Roç.

P.P.D.: Te echo de menos.

L.S.



A William de Roebruk, O.F.M.^[188], de Yeza, O.C.M.

¿A quién, a qué mujer estás haciendo desgraciada ahora, mi William, aunque a ti te parezca una bendición? Tengo algunas dificultades con Roç. No entiende que hay cosas que sólo pueden hablarse de mujer a mujer. ¡Mi pequeño caballero sólo piensa en el funcionamiento de las cosas, de la materia inerte! Seguramente se tiene por la reencarnación de Pitágoras y de Euclides a un tiempo, sube y baja en la cesta, mide y calcula, dibuja la Rosa como si estuviese cortada por el centro con un cuchillo afilado, en horizontal y en vertical. Hace poco subió a la *qubbat al musawa* y empezó a levantar el entarimado para ver lo que hay debajo. Naturalmente, hay piedras, ¿de dónde si no iban a colgar las enormes arañas que iluminan el comedor y la sala de audiencias del gran maestro Muhammad III? Quien,

por cierto, se encuentra inspeccionando las fortalezas vecinas de los «asesinos», de modo que estará ausente varias semanas. Es un alivio, pues cuando está presente se percibe cierta tensión, y hay que hacerle compañía al mediodía y por la noche en la mesa, lo que es terriblemente pesado debido a sus locas «diversiones» y a su obsesión por castigar continuamente a alguien. Casi siempre le toca a su hijo, que a causa de ello empieza a tener arranques de demencia, ¡aunque inocuas, por el momento! Y digo «arranques» porque se cree capaz de arrancar a volar, desde que estuvo saltando de un lado a otro como una rana, colgado de la *chorda laxans*. Le ha encargado a «Zev sobre ruedas» que le confeccione unas alas, para poder revolotear —por fortuna, atado a la *chorda*— como una abeja por el interior del capullo. Hace poco intentó hacerlo con un tejido tensado como un parasol entre unos palos de bambú, que debía amortiguar su caída. Pero la tela se plegó, las varillas se quebraron y de no haber estado atado, se habría precipitado al fondo. Naturalmente, a Roç le parece muy interesante. Me alegra que por fin se lleven bien. Antes siempre había roces, por mi culpa, ¡qué estupidez! Khurshah ya ha cumplido los diecisiete pero para mí sigue siendo un ternero grande, de modo que Roç no tiene por qué inquietarse. ¡Ah, si mi pequeño caballero creciera más deprisa! Creo que el hecho de que se pase tantas horas en el sótano con Zev le impide convertirse en hombre. Pola opina lo mismo. Es la superiora del harén, que aquí se llama «paraíso». Por cierto, si pudieras ver a las jóvenes huríes se te haría la boca agua, William. Ni comparación con las «damas» que tanto te gustaban en Egipto. ¡Dios mío, eran gordas como vacas, o secas como cabras! Las huríes que tenemos aquí son las hijas más bellas del país, jovencísimas, pero increíblemente expertas en el amor. De eso se encarga Pola, que elige personalmente a las muchachas, para lo cual viaja embozada en un palanquín cerrado, y se las compra a sus «agradecidos» padres. Pola siempre hace esos viajes cuando se ausenta el gran maestro, para que pueda regocijarse a su regreso con nueva fruta fresca. Parece que hubo un tiempo en que era insaciable. Ésa fue la mejor época para Pola. Entonces aún era la favorita, pero ahora ya ha cumplido los veintinueve, y el gran maestro ni se acuerda de que existe. Pola asegura que su virilidad ha menguado, pero yo creo que lo dice por vanidad herida. Sigue siendo muy bella y, sin duda, en sus años jóvenes era una pequeña fiera. A ti, William, te gustaría con toda seguridad; por lo que recuerdo, no desprecias en absoluto la fruta madura. ¿Qué hace, por cierto, Ingolinda, la ramera de Metz? ¡Te amaba más de lo que tú, impenitente calavera, te merecías!

Pola tiene sus aposentos en el piso más alto, que sin duda circunda la *magharat al ouahi*^[189] como un anillo, si he entendido bien los cálculos de Roç. Así puede ver todo el jardín del «paraíso». La mirada vaga allí hacia la lejanía, por encima de las copas de los árboles, jugosos frutos cuelgan de cada planta, los rosales florecen y trepan sobre los muros. Su aroma penetra en los aposentos llenos de divanes de terciopelo, almohadones adamascados e innumerables cojines de seda. Por todas partes hay extendidas blandas alfombras, de modo que es una delicia caminar

descalza. Lo que más me gusta es quedarme totalmente desnuda y adornarme sólo con collares de perlas y joyas de piedras preciosas hábilmente talladas. Pola admira mi esbeltez, pero se ríe de mis pechos. Me asegura que crecerán cuando me llegue el amor, pero ¿cuándo llega el amor? Pola opina que lo hace precisamente cuando uno ya no lo ansia con tanto ardor, tan furiosamente. Las huríes que viven con nosotras pasan las horas de espera entreteniéndose con necios juegos, como tratar de atrapar a alguien con los ojos vendados. Cantan y tocan música con instrumentos de cuerda, flautas y timbales. El resultado es bastante irregular, pero lo acompañan con unos bailes encantadores. Mecen las caderas con una gracia increíble, como si quisieran seducir a todos los hombres de la Rosa. Y eso que el único que acude es el gran maestro cuando visita a una de ellas, o a dos como mucho. No creas que permite que nadie, ni siquiera su hijo, se acerque a las muchachas. ¡Ni hablar! Y eso que a Khurshah le vendría de perlas, no sabe qué hacer con esa energía bovina que tiene.

Las huríes viven en la planta baja, en pequeñas habitaciones que dan todas al jardín. Yo aún no he estado allí. Pola dice que no conviene que vaya a verlas ni hable con ellas. Es posible que sean demasiado infantiles para mí, no cesan de reírse y de burlarse unas de otras. ¡Ninguna lee! Sólo cuando un joven *fida'i* es enviado a realizar alguna empresa que entraña un peligro mortal, es decir —y entre nosotros— cuando debe matar a alguien, se le permite pasar antes una noche en el «paraíso». Me gustaría estar presente una de esas noches, quiero decir, que los miraría desde arriba, escondida, claro; pero en ese punto Pola se muestra tan firme como el más feroz de los guardianes: ¡ni pensarlo!

Y en el caso de que Roç tenga que actuar en calidad de *fida'i*, ¿debo dejarlo en manos de las huríes? William, para ser sincera, antes prefiero convertirme en hurí que dejar que otra lo inicie en los deliciosos misterios de Afrodita, o que me traspase de pronto la flecha de Cupido y dirija mis deseos hacia otro que no sea mi queridísimo Roç. Es cierto que no puedo imaginar amar a un extraño, acariciar un cuerpo cuyas fibras no me sean tan familiares como son para mí las de Roç..., pero ansío que ocurra, ¡y pronto! ¡Para qué me habré convertido en mujer si no es para eso! Le diré a Roç que desde ahora escribiremos por separado nuestras aportaciones a tu crónica, William. No quiero que lea todo esto. Contigo es otra cosa: para mí eres un monje, y creo que represento el único amor casto que has tenido en toda tu vida de crápula empedernido.

Te saluda tu Yeza, O.C.M.

P.D.: Ahora me ocupo de la astrología, la doctrina de los movimientos y efectos de las estrellas, y ya he leído un libro de Al-Kindi^[190]; en estos momentos estudio la obra de Alcabitius^[191] sobre interpretación astral. Quiero estudiar también a Abu'l Wefa^[192]. Ahora sé al menos que *al fard*^[193] indica inmoralidad, *bellatrix*^[194] una boda por interés y poco honor, y *alnilam*^[195] una felicidad breve. Por el contrario, *sirrah* anuncia amor y riqueza. El ternero^[197] trae suerte, lo que me sorprende, pero

eso dicen las reglas. Así mi ignorancia no será tanta cuando me presente ante Kasda, si es que logro entrar en el observatorio.

P.P.D.: Sé que la mayor parte de lo que sale de mi charlatana pluma no merece entrar en tu crónica secreta. Picotea en lo que escribo como un pajarito, ¡toma lo que te plazca, querido hermano!



Roç a William, Alamut, en la primera década de febrero de 1252

Mi buen William, ¿por qué no vienes? Me gusta escribirte, pero preferiría que estuvieras con nosotros. Yeza insiste en mantener su correspondencia en secreto. Y eso que las cartas que te dirigimos supondrían al tiempo una oportunidad para nosotros de comunicarnos lo que pensamos y sentimos. Hay muchas cosas de las que no resulta fácil hablar, y tratar con Yeza se me hace cada día más difícil. De todos modos, te diré que he estado preparando una expedición a la que no pudo negarse. Y es que tengo un nuevo amigo. La verdad es que Alí es bueno conmigo, pero me resulta aburrido. Sólo le interesan las muchachas, siempre habla de ellas aunque aquí no hay ninguna. Ahora quiere convertirse en *fida'i* sólo para que lo dejen acercarse a las huríes. Le he dicho que antes tendrá que aprender a manejar perfectamente la daga. Practica todos los días, y en cuanto me ve se lanza sobre mí vociferando y me veo obligado a agacharme y doblarle el brazo, quitarle el arma de la mano, o pisársela y lanzarlo al suelo. Ya lo hago bastante bien. Tenemos para estos fines a un profesor de China que es capaz de romper con el canto de la mano diez tableros colocados uno encima del otro, o cinco ladrillos de un solo golpe. El hombre parece hecho de acero: ¡resistente y flexible a un tiempo! Tiene una barbita de chivo, y cuando habla suena como si lo fuese. Es incapaz de decir «Roç»; en su boca mi nombre se convierte en algo parecido a «Lodsh». Me cuesta entenderlo, aunque practica con nosotros cada «maniobra» con mucha paciencia. Pero sus esfuerzos son vanos en el caso de Alí, que no comprende que toda energía nace en la cabeza; que es ésta la que debe mandar sobre los músculos para que cedan o estén dispuestos cual resortes elásticos y conviertan el repentino ataque del enemigo en una derrota.

Fue durante esas clases cuando conocí a Omar^[198]. Ya tiene diecinueve años, es alto y fuerte, y un *fida'i* particularmente noble y valiente. Procede de un pueblo de montaña muy próximo a Alamut cuyo nombre es Iskandar, que debe de ser diminuto y sólo es conocido porque tiene un pozo, el famoso «pozo de Iskandar», del que se asegura bebió Alejandro Magno cuando pasó por allí, camino de la India. A mí me parece que se trata de una leyenda poco creíble, pues, por lo que yo sé, el famoso héroe jamás estuvo en estos parajes. Fuiste tú quien me enseñó: «*Tria, treis, treis, hae, en Issos nika!*»^[199]. Issos está al norte de Bagdad. Recuerdo que pasamos por allí cuando fuimos a presentarle nuestros respetos al califa.

Omar me ha invitado a casa de su padre. El único problema —el *imam* sigue de

viaje— es poder escapar a la vigilancia de Hasan Mazandari. Yeza sugirió escapar por separado de la Rosa. Se propuso convencer a su confidente Pola para que la llevara consigo en su primer viaje, que parecía inminente, pero las mujeres lo rodean todo con un halo de misterio, como si fuese una cosa sumamente importante. En cualquier caso, le describí con detalle el lugar y el camino que conduce a la casa de Omar. Allí nos encontraríamos.

Tuve que inventarme algo para que mi desaparición durante un par de días no llamara la atención; a su vez, Yeza consiguió que la pusieran oficialmente bajo la guarda de Pola, la superiora del harén, y ahora hasta duerme con ella. De modo que permanecí solo en la que fuera nuestra morada, que se encuentra adosada, o pegada, o colgada de la que habitaba Crean. Tiene la desventaja de que pueden mirar dentro desde el palacio; en cualquier caso sólo me verían de medio cuerpo para arriba, como he podido comprobar. Se me ocurrió fabricar un muñeco que tuviese el mismo aspecto que yo, pero si lo sentaba rígido en la cama o lo dejaba mirando por la ventana, pensarían que estoy enfermo y mandarían al médico a que me visitara. Omar tuvo la idea de confiarnos a Alí. Como es un rehén, le está prohibido salir, pero nadie se ocupa de él como de nosotros, pues todos dan por seguro que no se escapará, y que ni siquiera se le ocurriría. De modo que le dijimos que una hurí, la más bella, me había echado el ojo encima, y que una de estas noches descendería con una cuerda desde el «paraíso» y vendría a verme. Le dije que, como es mi mejor amigo y yo ya tengo una *damna* a la que adoro —lo que además es cierto—, le cedía mi lugar. Y que en las noches siguientes debía asomarse con mis ropas y mi llamativo turbante a la ventana, y también dormir en mi cama. Alí es todo pasión, no podía esperar a que le cediese mi alcoba. Omar colocó cada día sobre mi cabeza un enorme turbante de damasco y brocado, adornado con plumas de avestruz. Me paseé un par de veces por delante de Hasan tocado con ese monstruo para que se acostumbrara a tan ridícula visión —¡así me imagino yo a Alí Baba!— hasta que finalmente dejó de mirarme. Después llegó la madrugada para la cual Omar había pedido permiso a Hasan, como mandan las normas, con el fin de visitar unos días a su familia. Entre los dos disfrazamos a Alí que, con esa bola enorme de tela en la cabeza, tenía un aspecto aún más atontado que otras veces, porque, encima, se sentía orgulloso de la prenda, y me metieron en una cesta de las que usan para subir las mercancías de los campesinos, evitando así que el pueblo penetre en el interior del caldero, puesto que con los campesinos podrían entrar espías, o, peor aún, enemigos disfrazados. Las cestas se accionan mediante poleas desde el interior de la Rosa, y se bambolean colgadas de una gruesa sogas sobre el foso hasta llegar abajo, donde las llenan. Por desgracia también se sacan así las basuras de la fortaleza, pues apestarían si las tiraran sencillamente al foso. De modo que tuve que soportar que me lanzasen encima mondaduras de pepinos, vainas de judías y boñigas de caballo. Omar corrió después escaleras abajo, salió con el permiso de la guardia por un pequeño puente, y corrió al almacén de provisiones adonde llegan las cestas. Tiró tres veces de la sogas, que era la

señal convenida, y Alí me hizo descender.

—¡Ya me dirás cómo son sus besos! —le insistí. Estaba pictórico, e hizo girar la manilla con tanta brusquedad que la cesta empezó a bambolearse y pensé que iba a caerme al foso. Omar, que había alquilado unas muías, esperaba a orillas del lago. Cuando llegué a tierra y los esclavos me arrojaron sobre el montón de basuras, mi valeroso amigo ya estaba preparado. Me lanzó un albornoz negro encima y me ató al lomo de uno de los animales. Los campesinos y peones que nos rodeaban pensaron sin duda que había secuestrado a una hurí y empezaron a bromear sobre nuestra suerte, pues de todos es sabido que el *imam* castiga semejante delito con especial crueldad. Omar les dio unas monedas para asegurarse de que no hablarían, y se alejó conmigo.

Sólo cuando estuvimos seguros de que nadie nos perseguía (yo no temía a los esbirros de Hasan, pero Omar tendría que pagar por mí) me liberé del indigno embozo. Habíamos llegado a uno de los valles aledaños y nos encontrábamos ya muy lejos del campo de visión de la Rosa. El pedregoso sendero subía por escarpados vericuetos hacia lo alto de la montaña y en algunos puntos era tan estrecho que las muías debían avanzar en fila. A nuestros pies se abrían rocosas gargantas e hice lo posible por no mirar, pero cuando me volví, vi, de nuevo a la Rosa que resplandecía en lo más hondo en medio de las aguas, con sus oscuros pétalos alabeados. En su centro se erguía el pistilo de la flor, el minarete con la plataforma lunar giratoria en su punta. Brillaba roja como la sangre bajo el sol naciente, como enviándonos sus rayos. Asustado, volví a cubrirme la cara con el negro paño del albornoz. Omar se echó a reír, y yo volví a prometerme una vez más descubrir por fin el secreto del observatorio, en cuanto todo acabara en un regreso feliz. ¿Será cierto que desde allí se puede ver todo lo que sucede en este mundo, incluyendo lo que ocurrirá en un futuro? Eso creen al menos los *fida'i*. Algo debe de haber, pues de otro modo ¿de dónde proviene todo ese «saber secreto» del que Yeza afirma que entra en la «gruta de las Revelaciones» y se plasma en la «cueva de las Profecías apócrifas»? La fama de esta particularísima biblioteca, como yo ya sabía, depende mucho de la órbita de las estrellas. Allí se concentra la luz eterna como en ningún otro lugar del mundo. La Rosa obtiene su poder de los rayos de los astros, pero sólo puede actuar a través del esfuerzo del genio humano, que mi «Zev sobre ruedas» realiza allá abajo, en las oscuras entrañas del caldero. Su callada acción mantiene el planetario en movimiento, siguiendo unos cálculos muy precisos. Temblé ante mi descubrimiento, como si hubiese lanzado una mirada a los abismos de los que mi muía, con sus prudentes pasos, me mantenía a salvo.

—¡No tengas miedo! —gritó Omar, que cabalgaba delante de mí—. ¡Ya falta poco!

Ante nosotros, en un collado, se veía el poblado de Iskandar. Un puñado de casas en una hondonada del pequeño altiplano, unos cuantos cedros imponentes. Su sombrío verde proporciona al pedregoso yermo un matiz de frescor agradable y

acogedor. El pueblecito se presentaba a nuestra vista con un aspecto pacífico y recogido. No tardé en localizar el pozo: un sencillo brocal de piedras que, por cierto, producen un extraño efecto y están enteramente cubiertas de inscripciones grabadas a lo largo de los siglos, si no milenios, entre las cuales descubrí muchos signos que no fui capaz de descifrar. Busqué en vano el nombre de Alejandro Magno.

Nos detuvimos brevemente, y unas jóvenes que al parecer, por la forma en que bajaban los párpados con aire insinuante, conocían a Omar, nos ofrecieron un agua muy fría que sacaban con un cubo de lo más hondo del pozo. Omar les dio las gracias y entramos en la casa de su padre. La madre de Omar tuvo un disgusto, por lo imprevisto de nuestra llegada, y se avergonzó de no poder agasajarnos. En cuanto nos vio, se puso a gritar:

—¡Aziza, Aziza! ¡Corre a buscar a tu padre!

Una muchacha entró por la puerta saltando como una gacela, sonrió a su hermano, me lanzó una risa desenfadada y subió corriendo a un terraplén que hay detrás de la casa. Soltó un silbido estridente a través de dos dedos.

—Es mi hermana —me explicó Omar, aunque no hacía ninguna falta que lo dijera—. Tiene sus manías —añadió a modo de disculpa—. Se está criando como una salvaje porque se pasa el día en la montaña cuidando las cabras con mi padre, en lugar de ayudar a mi madre en casa. ¡Seguro que no encuentra marido!

Aziza debe de tener los años de Yeza. Si sale a su madre se convertirá en una mujer de espléndida belleza, y los hombres se chuparán los dedos al verla como si de un apetitoso bocado de cordero se tratara.

La madre de Omar nos llevó a través del zaguán hasta el patio, un jardincillo con un enorme árbol en el centro cuyas cargadas ramas arrojan sombra y frescor. Nos trajo a toda prisa queso fresco, que aquí llaman *yibn tasa*^[200]; una torta de pan recién sacada del horno, que denominan *jubs*^[201], e higos secos, *tin nashif*^[202], y nos invitó a una comida de bienvenida por cuya precariedad nos pidió que la disculpáramos. Poco después fue el padre quien hizo su entrada en el patio a través de un portón trasero. Llevaba en brazos un cabritillo que balaba y gemía lastimosamente. A mí se me encogió el alma cuando vi que se lo entregaba a la mujer, que se internó con el animal en la casa, donde no tardaron en acallarse los balidos. El padre de Omar es uno de esos hombres incapaces de no ofrecer a sus huéspedes un oloroso asado, aunque para ello tengan que sacrificar el último cordero. La menor protesta lo habría ofendido.

Por desgracia, Aziza también había desaparecido en la cocina con su madre, y tuve que conformarme con los higos secos. El queso fresco estaba delicioso, y se lo alabé a mi anfitrión con la boca llena. Es un hombre canoso, muy robusto y sin duda alguna dotado de una increíble fuerza física. La piel de su anguloso rostro está curtida por el viento y las inclemencias del tiempo, y tiene esa expresión de bondad y crueldad en torno a la boca que tan a menudo se ve en los pastores. Pidió *yibn mujammar*^[203], el único que tiene el sabor adecuado. Aziza lo trajo tan deprisa que ni

siquiera tuve tiempo de mirarla a los ojos. Sus pechos ya están desarrollados. Para consolarme eché mano de ese otro queso, que hay que masticar como si de la pantorrilla de una vieja cabra se tratara. Después la muchacha trajo agua fresca, y entonces me lanzó una sonrisa veloz que tuvo el efecto de sonrojarme. La muy picara no volvió a alejarse, sino que, con una mirada silenciosa, ablandó el corazón del viejo.

—Un amigo de mi hijo es parte de mi familia —proclamó éste a modo de exorcismo—. ¡No puede deshonrarme!

Aziza se encaramó al banco y se sentó a nuestro lado. El exorcismo se refería naturalmente a mis pensamientos impuros, y entonces pensé en ti, William, en cómo te comportarías tú en una situación tan embarazosa. Pensé con pavor en la noche. Pero seguramente Omar dormiría en la misma habitación que yo, y eso disuadiría a la impetuosa hermana de manchar la honra de su padre poniendo insensatamente a prueba mi capacidad de resistencia. La verdad sea dicha: la fidelidad que debo a Yeza ni se me pasó por la mente. De pronto se oyeron unas voces de mujer delante de la puerta, mezcladas con expresiones de temor y de alegría, y la madre entró en el patio, arrastró a la hija lejos de nuestra mesa y gritó:

—¡Escóndete en la recámara! ¡A la *habibat-al-oula-as-sabiqa*^[205] se le ha ocurrido en mala hora inspeccionar nuestro pobre pueblo!

Aziza obedeció titubeante. Al incorporarse me lanzó una mirada, y al inclinarse para salir del banco me dejó ver el nacimiento de sus senos como queriendo decir:

—Si no me salvas... —retirándose con irritante lentitud.

No hicieron falta más explicaciones. Comprendí que Pola acababa de llegar a Iskandar, ¡y con ella Yeza! Aún no había podido informar a mi anfitrión de que me había citado allí con mí *damna*. Tampoco había contado con que llegara tan pronto. Y, desde luego, me espantó comprobar el terror que difundía la presencia de la hija de Crean.

—También hay madres deseosas de mostrar sus hijas a la *al mujtara* ^[206] —me confió la madre de Omar, temerosa—. Cuando le gusta una muchacha, los padres no pueden oponerse a sus deseos. Se les obliga a entregar a la niña. Yo sólo tengo una... —Y miró a su marido y a Omar, como pidiéndoles perdón— ¡Sólo nos queda ésta!

—¡Tanto me honra que mi hijo sirva en la Rosa —añadió el padre— como me disgustaría ver a mi única hija en el «paraíso»!

—Sosegaos, buena gente —dije, sintiéndome impelido a explicar las normas que regían en la Rosa—. ¡El servicio del hijo excluye el ingreso de la hija! ¡Así es la ley!

—Ah —se lamentó amargamente la madre—. Si la mirada de esa ojeadora del *imam* cae sobre la hermana, son capaces de encomendar al muchacho «una misión», es decir, ¡enviarlo a una muerte segura!

—¡Calla, mujer! No hables de cosas que no entiendes —la increpó el marido—. Conservaremos a nuestra Aziza, de modo que...

En ese momento entró Yeza; su aparición acalló nuestras voces, sobre todo

porque se oían delante de la puerta las voces de las mujeres del pueblo, que no cesaban de gritar:

—¡Ahí llega, ahí llega, viene a visitar la casa de la madre de Aziza!

Omar y yo nos levantamos de un salto para saludar a Yeza. A través del zaguán vimos cómo se detenía el palanquín delante de la casa. Pola descendió; venía envuelta en una chilaba^[207] de seda rosa y se cubría la cara con un heyab^[208] que ocultaba incluso sus ojos, aunque mostraba unos orificios. Pero, al bajar, enseñó impúdica las piernas. Ordenó a la escolta que la esperara junto a la puerta, y entró en la casa en cuyo zaguán la madre le salió al paso con humilde ademán. Cuando me volví hacia el patio, el padre de Omar había desaparecido.

Yeza exclamó:

—¡Qué bien huele! ¡A cabrito asado! —Y cogió a Pola de la mano—. Mi caballero Roç y su amigo Omar —dijo, a pesar de que no lo conocía— nos han preparado este recibimiento.

La «antigua favorita» salió al patio, seguida de la madre, que estaba fuera de sí y que por ello olvidó ofrecerle un asiento, de modo que fue Omar quien lo hizo. Cosechó en agradecimiento una ardiente mirada lanzada desde las aberturas del velo, mientras Pola se sentaba en el banco. Yeza se abalanzó con gran apetito sobre el *yibn tasa*; la *al mujtara* se limitó a pedir un poco de agua. La madre hizo ademán de ir a buscarlo, pero Omar se ofreció a hacerlo en su lugar. Yo presenté a Yeza a la madre.

—La princesa del Grial —dije con aire rumboso—. Y yo soy su más preciado caballero.

Yeza se apresuró a corregirme:

—Somos los infantes y formamos una pareja real, de modo que cada cual vale muy poco sin el otro. El caballero puede ser infiel a su dama, la dama puede cambiar de caballero —le explicó a la alterada madre, que nada entendía, atenazada por el miedo de que acabaran preguntando por su hija—, pero estamos llamados a reinar juntos sobre un reino que no es de este mundo.

A mí me sonó como si hubiera querido decir: ¡estamos condenados! Como mi Yeza es demasiado lista para dirigir semejantes palabras a una campesina, no podía haber duda alguna de que iban destinadas a mí, pues con excepción de Omar y mi persona no había allí nadie más, aparte de su protectora Pola.

El padre de Omar regresó al patio con otros dos cabritillos en brazos, pero Pola se puso de pie.

—Apreciado señor —dijo mientras paseaba la mirada con regocijo entre el hijo y el fornido padre—, no puedo aceptar vuestra hospitalidad, pues hoy mismo he de seguir camino.

Y le tendió la mano a la madre, que la besó agradecida.

—Os encomiendo a mi protegida, a la que pasaré a recoger dentro de unos pocos días.

Se volvió hacia mí y dedicó otra mirada a Omar, con la que parecía sopesar al

muchacho.

—Ha sido un placer conocer al valiente caballero Roç y saber que os dejo a ambos en buenas manos. Lo que sin duda también tranquilizará a Hasan Mazandari, quien...

—¡Por todos los demonios! —se me escapó; la expresión no era muy cortés que digamos—. ¿Acaso el emir conoce nuestro paradero?

—Supongo que sí —respondió Pola. Y como no podía hacer otra cosa, yo también le besé las puntas de los dedos mientras recordaba su pierna desnuda, y la acompañé con Yeza hasta la puerta. Las mujeres del pueblo habían formado allí un semicírculo en torno al palanquín, y cuchicheaban excitadas. Pola no les prestó la menor atención. Abrazó a Yeza, y la despidió con estas palabras:

—¡Recupérate en este paraje tan saludable, princesa, rodeada de fuertes y jóvenes héroes!

Aquello sonaba casi a envidia, ¡como si le hubiera gustado cambiarse por Yeza! La verdad es que esta «antigua favorita» no es tan vieja. El palanquín se alzó y desapareció entre el griterío de niños y mujeres.

Iskandar comenzó entonces a prepararse para el festín en la casa de Omar, puesto que había recibido a huéspedes tan insignes, y porque la *al mujtara* no había reparado en las hijas del lugar. ¡La joven rubia era una princesa, y el amigo de Omar un príncipe! Eso prometía una animada conversación tras la comida, durante la cual habría la posibilidad de observar a la pareja real desde muy cerca. El padre tuvo que sacrificar los otros dos cabritos, pues nadie quería perderse el convite.

Los días felices en Iskandar pasaron volando como las golondrinas que pían bajo el alero de la casa de los padres de Omar. Allí arriba dormíamos los hombres en el heno; Yeza tenía su lecho junto a las mujeres, en la recámara de la cocina. El padre había regresado a los pastizales de la montaña y la madre no quiso prohibirle a Aziza llevar cada día su rebaño al lugar donde nos habíamos citado con ella. Recorrimos los bosques recogiendo bayas silvestres y madera seca, que traíamos de regreso por la noche para que la madre no hiciera preguntas. Ordeñamos las cabras y asamos toda clase de animales, casi siempre palomas, que abatíamos compitiendo en habilidad y puntería. Aziza no se mostró muy hábil con el arco y la flecha, pero en cambio sabe muy bien cómo limpiar el botín y convertirlo en un excelente asado. ¡Yeza, en cambio, es un desastre como cocinera! Pero la joven campesina admiró mucho más las cualidades cinegéticas de Yeza que las mías. Incluso Omar quedó impresionado ante el ojo certero y el pulso firme de mi princesa, aunque también lo inquieta que domine casi todas las técnicas que hacen del hombre un buen guerrero. Pero cuando se asustó de verdad fue cuando, en cierta ocasión, Yeza sacó a relucir la daga y la lanzó hacia el tronco de un árbol, rozándole casi el cuello.

—¡A ti todavía te falta matar a un hombre, Omar! —le azuzó riendo mientras

extraía la daga—. ¡A mí no!

Pero antes de que yo pudiera contarle a Omar la historia del cocinero y el perro, mi amigo repuso con acritud:

—En cambio, tú aún has de encontrar al hombre que te ame, querida Yeza. Yo ya he perdido a la mujer que amo.

No pude refrenarme, y le reprendí:

—Tu dolor no te da derecho a poner en duda mi amor por Yeza. Y ella sabe que es correspondido, hasta que la muerte nos separe.

Omar se sonrojó.

—Nada más lejos de mi intención que ofenderte; eres mi amigo, pero sé por propia experiencia que cualquier lazo de amor puede deshacerse en esta Tierra mucho antes de que la muerte haga su aparición. ¡El amor eterno y verdadero sólo existe en el paraíso!

—¿El de las huríes? —ironizó Yeza, poco menos que disgustada—. ¡Qué entenderás tú por amor!

—No me refiero a una noche, a un encuentro fugaz con una desconocida —la corrigió Omar, alterado—, sino a la felicidad duradera que se experimenta tras concluir nuestra vida terrenal.

—¿Y tú crees en eso? —pregunté.

—¡Con toda mi alma! —respondió Omar—. Es lo que me da fuerzas para afrontar cualquier misión que me encomiende el *imam*.

—Y que te valdrá la muerte —repuse yo.

Estas palabras hicieron llorar a Aziza, y Yeza me lanzó una mirada de reproche en la que atisbé asustado un deje desdeñoso, aunque quizá sólo fuera imaginación mía. Yeza consoló a Aziza y murmuró algo así como:

—¡Estos hombres!

Desde que lee los libros de los filósofos y, sobre todo, desde que tiene tratos con Pola, mi Yeza se ha transformado. Cada vez se me antoja más extraña, y debo poner mucho cuidado en lo que digo. ¿Qué puedo hacer, William? ¡Aconséjame! Trato de que no se me note, y me mantengo alerta frente a Aziza, que ni estando llorosa renuncia a lanzarme fogosas miradas. Me alegro de que su hermano duerma a mi lado y por eso ella no se atreva a acercármeme. En realidad, su juvenil inexperiencia no me atrae en exceso. Si cediera a sus ardientes deseos me causaría un montón de problemas. Con su infantil simpleza y, sin duda alguna, su tendencia a quererme todo para ella, carecería de la fortaleza con que una mujer experimentada encaja un encuentro fugaz con un desconocido. ¡Hasta me parece tenerla delante, llorando de rabia y desesperación! Además, hay que pensar en el honor de su familia. Omar quizá llegaría a perdonarme, o a retarme a un duelo de caballeros, a vida o muerte, lo que no temo. Pero sí temo a Yeza. Se limitaría a mirarme con frialdad, con una arruga de ira vertical en la frente, y ésa sería la última mirada que me habría dedicado en esta vida. Por eso prefiero divertirme con Omar, que me ha enseñado cómo cazar truchas

con la mano en las aguas claras del riachuelo, y a robar la miel del nido de las abejas sin que te piquen.

Yeza recogió hierbas bajo la dirección de Aziza, y aderezó y preparó para nosotros un pescado que, de verdad, se podía comer. Omar bromeó diciendo que aún llegaría a convertirse en la mujer de su vida, pero ella le replicó que antes preferiría ser mi hurí en el «paraíso». ¿Quizá no debería esperar más? El «paraíso» está lejos, ¡pero nuestro amor es sin duda la llave que nos franqueará el paso a la felicidad en esta Tierra! ¡Ah, William! Como llevo días escribiendo este informe para ti, sin ocuparme de nadie, Yeza ha protestado diciendo que le robo materia para su relato, y me ha anunciado el «violento final del cronista excesivamente aplicado». Eso no puede significar nada bueno, de modo que me despido a toda prisa,

tu desgraciado Roç.

L.S.



Para William de Roebuk, O.F.M., de Yeza, O.C.M.

¿Por qué no es más fácil la vida, querido William? Durante días hemos disfrutado del aire fresco en las montañas, del especiado aroma de las praderas, del fuerte olor de las cabras y de la incesante atención de mosquitos y tábanos. ¡Hasta me ha picado una avispa! ¿Dónde? ¡En el trasero! Omar nos llevó a un lago para que pudiera refrescar mis partes nobles. Me zambullí en el agua sin pérdida de tiempo; por cierto, estaba helada. Para no dejar de movernos jugamos a «puertas y buceos». Aziza ni siquiera sabe nadar. Pero se lanzó al lago y, con el agua llegándole hasta los abultados senos, abrió las piernas para que Roç pasara buceando entre ellas. Él lo hace muy bien; sólo espero que no se le haya ocurrido pellizcarle el jardincillo, como le gusta hacer conmigo. ¡Esa cabra loca chilló como una condenada! Su hermano se tiró delante de mí al agua transparente. Creo que era la primera vez que lo hacía. Sea como fuere, seguramente cerró los ojos al pasar junto a mí. Tuve que reírme cuando vi asomar su cara confundida, escupiendo agua, muy lejos. Le grité:

—¡Espera, quédate allí, yo te enseñaré! —Y bucéé, acercándome a él por la espalda. Creo que le di un buen susto al deslizarme entre sus velludos muslos. Su miembro acarició mi espalda, y él dio un brinco y cayó hacia atrás mientras yo daba la vuelta y volvía a salir, tranquilísima, justo donde me había sumergido. Le reprendí —: Omar, ¿no puedes estarte quieto ni un momento? —Y salté de nuevo hacia él. Pero esta vez lo tuve esperando en vano, porque mi intención era observar a Roç. Lo alcancé justo cuando toqueteaba con ambas manos las robustas piernas de Aziza. Desde atrás le di un pellizco tan fuerte en los huevos que saltó como un cangrejo asustado y derribó a Aziza. Ésta chilló como si la estuvieran matando, decía que se ahogaba, y eso que sólo había tragado un poco de agua. Les dije—: Ya está bien. Ahora os enseñaré a hacer el «pequeño portón». ¡El que quiera venir que venga!

Roç se puso en un instante a mi lado, rápido como una trucha. Noté su lengua deslizarse ágil por la parte interior de mis muslos, cubriendo mi jardincillo de besos; incluso la picadura recibió un dulce consuelo antes de que mi caballero surgiera completamente agotado del agua, por detrás de mí, rodeándome tiernamente con sus brazos.

¡William! ¡William! Tengo que confesártelo: durante todo ese tiempo estuve imaginándome que era el viril cuerpo de Omar el que me hacía todo eso, lo que me provocó temblores de excitación, aunque quizá se debiera a la frialdad del lago, a la que nos expusimos en exceso. La realidad es que Omar no aceptó mi invitación y salió con su hermana del agua.

Nos tumbamos todos boca abajo sobre la hierba poblada de industriosas hormigas, y estuvimos charlando. Roç contó historias, y yo pensé: ¿por qué no ofrecerá la vida siempre esta especie de agradable cosquilleo, como el de la mariquita que corre por mi mano, o la ligereza alegre con que la mariposa revolotea alrededor de la flor delante de mis narices? Sentía cómo me subía por el cuerpo el húmedo calor de la hierba; me descubrí apretando mi jardincito contra el suelo, y escuché los golpes de mi agitado corazón. Anhelaba... ¿qué puedo anhelar, si todo lo tengo? Estoy segura de ser capaz de suscitar ardientes miradas de hombres desconocidos, y también del amor de Roç. Mía es la familiar fragancia de su cabello, la ternura de sus cariñosos labios, la habilidad de sus dedos. Sé que el nervudo cuerpo de mi pequeño caballero se prepara para mí, aún reprimido e inseguro: es una imagen que me agrada. Y los otros, que huelen a peligro y a avidez, tampoco son inalcanzables, ¡un pensamiento que no me disgusta en absoluto! Lo único que me fastidia es que Yeza sea capaz de pensar en tales cosas, *mala femina*^[209]! William, he pecado de pensamiento. ¿Me das la absolución? ¿O ya estoy abocada a la hoguera? Si sus llamas han de quemar mi piel tanto como los rayos del sol de Iskandar, no arderé por mucho tiempo. Pero el diablo no se hizo esperar, y pronto aniquiló nuestra dicha terrenal.

Una buena mañana se presentó en la puerta, bajo la forma del querido cabezahueca Alí. Es el hijo de el-Din Tusi, ¿sabes? Mi amodorrado Roç se espabiló al instante del susto. Alí venía todo zarrapastroso yapestaba, por no hablar del hambre que traía. La madre de Omar no se extraña ya de nada y lo cebó amorosamente con *yibn tasa*. Le obligamos a contarnos todo.

—Cada día —se volvió hacia Roç, como disculpándose— me asomaba a la ventana con tu turbante, esperando a la hurí prometida. Pero no vino. Un día vi una sogabambolearse ante mis ojos, y me apresuré a escribir en un pergamino: «Dulce flor de mi corazón, cuyos latidos me agitan hasta la raíz a causa de mi alterada sangre, de mis ardientes labios: te espero cada noche para escuchar tu corazón bajo el pétalo de tu seno, para sumergirme en tus espumeantes jugos y para apagar el fuego de tu cáliz. Tuyo Roç.»

—¡Santo Dios! —dijo Roç—. ¿Eso te has atrevido a escribir en mi nombre, y

encima lo has firmado?

—¡Es el poema de amor más hermoso que he oído nunca! —dijo Aziza entusiasmada, y parecía querer engullir a Alí con sus redondos ojos muy abiertos. Él le regaló una mirada de poeta agradecido, lo que encendió aún más a la libidinosa cabrita.

—¿Con qué otro nombre podía firmar? —se defendió Alí, libre de toda duda sobre su vena poética—. ¡Tú me dijiste que lo hiciera!

—Ah, querías arrimarte a las huríes —me dirigí a Roç.

—No era eso —acudió Omar en ayuda de su amigo—. Alí sólo debía representar a Roç como figura, pero no sustituirlo como poeta.

Aquí se inmiscuyó la hermana.

—Alí ha permitido que hablara su corazón. Ya querría yo que otros supieran expresar con palabras tan dulces su deseo...

—¡Aziza! —la interrumpió Omar con firmeza, y la pequeña vampiresa bajó, sonrojada, la cabeza.

—¡Sigue! —ordené, y Roç miró al cielo y calló. Omar me lanzó una mirada de complicidad que, en realidad, yo no debería haber recogido.

—Até la carta a la cuerda, y alguien tiró de ella. Llegó la noche. Atranqué la puerta con todo lo que encontré, hasta con mi ropa, de modo que nadie pudiera espiar lo que ocurría en la habitación. Sólo llevaba encima el turbante, y esperé arropado por la oscuridad. La luz de la luna caía por la ventana.

—Sigue, Alí, sigue —lo animaba ahora también Roç y Aziza suspiró:

—¡Maravilloso!

—Me tumbé en la cama —susurró Alí, volviéndose hacia Roç—, y de pronto se oscureció el cielo, la diosa lunar se bamboleó delante de la ventana, su blanca carne...

En ese mismo momento entró la madre en el patio, y Omar gritó:

—Que Aziza te ayude en tus tareas.

Irritada, la hermana le dio por debajo de la mesa una patada en la espinilla, pero él no cejó:

—¡Ahora mismo te vas a la cocina!

Aziza se levantó y corrió furiosa a la casa.

—Carne blanca... —repitió Roç—. ¿Estaba desnuda?

Alí retomó el hilo.

—No, no —repuso—, pero su embozo era tan atractivo que...

—¿Qué?

—Sus exuberantes senos se enredaban en múltiples collares de perlas, en su ombligo brillaba un diamante, sus delicados pies calzaban pantuflas de seda, y su trasero casi no cabía por la ventana, redondo como la luna llena.

Omar volvió a pasarle a su huésped la fuente llena de queso, lo que distrajo a ambos.

—¡Imagínate! —le susurré a Roç—. ¡Habrás sido Laila la gorda!

—¿Cómo? —replicó desconfiado—. ¿Conoces a las huríes por sus nombres?

—Las observaba desde arriba —quise apaciguarlo—, desde la ventana de Pola, y sé...

—Aquella magnífica hurí colgaba de la cuerda, que le rodeaba las caderas.

—¿Pudiste desatarla? —preguntó Roç, inquisitivo.

—No —admitió Alí—. Conservó la cuerda y el diamante en el ombligo. Me obligó a echarme en el lecho y... me condujo a la cálida cueva del amor —balbució avergonzado.

—¿Y tú? —insistió Roç.

—Yo estaba debajo, callado y tieso...

—Eso espero... —repuso mi querido Roç, y yo pensé: «Vaya, vaya.»

—Así estuvimos amándonos toda la noche, a veces eran los muslos de la bella mujer, a veces mi...

—Basta —lo interrumpió Roç—, ¡ya sabemos cómo se hace!

Omar aprovechó la ocasión para mirarme de nuevo de esa manera que no estoy dispuesta a admitir. De modo que me sobrepuse y comenté, muy seca:

—La mera ejecución del acto no nos interesa, Alí. ¿Qué pasó después?

—Se llama Laila. —Le lancé a Roç una mirada de triunfo que Omar no supo interpretar, lo que me divirtió—. Me ama tiernamente —admitió Alí—, y yo también la quiero. Le propuse que huyéramos juntos a Iskandar, porque no se me ocurrió otro sitio, y Laila respondió, henchida de felicidad: «¡Allí nos veremos, amor mío!»

—¡Sigue, Alí! ¿Qué más pasó? —le rogué yo también, y Omar me apoyó—: ¿Cómo acaba la historia?

—¡Ni yo mismo lo sé! —repuso Alí, inseguro—. Yo, yo... —balbució— debí de dormirme en algún momento.

Entonces nos echamos a reír, aunque Alí no se dejó contagiar.

—Cuando desperté, Laila había desaparecido —nos dijo aún, muy apenado—. Pensé en la promesa que le había hecho, metí cuanto pude en tus ropas —dijo, admitiendo su necesidad— hasta formar un muñeco al que puse el turbante, y abandoné la Rosa por el mismo camino que tú tomaste, pues tenía que darme prisa para que Laila no pudiera llegar antes que yo y llevarse una desilusión...

Nuestras despiadadas carcajadas lo hicieron callar.

—¡No podrá venir! —le comunicó Roç al infeliz amante de la hurí más gorda que jamás viera el «paraíso»—. Pero gracias a tu caballeroso gesto has puesto fin a nuestra estancia en Iskandar. Regresaremos inmediatamente.

Pola había convenido conmigo en que pasaría a recogerme, pero yo no deseaba que Roç, Alí, y sobre todo Omar, se enfrentasen solos al castigo que nos esperaba en la Rosa, y que sin duda caería sobre nosotros a causa de nuestra fuga. Si me unía a ellos tal vez no sería dictada la pena máxima, que era lo que yo temía en el caso de Omar, pues nosotros somos los infantes y Alí el hijo de el-Din Tusi. Omar, en

cambio, es un *fida'i* y ha jurado obediencia hasta la muerte. Eso me asustaba, de modo que rogué a su madre que transmitiese mis humildes disculpas a la «antigua favorita» por no poderla esperar. Después partimos. Estábamos angustiados, porque todos sabíamos cuál podía ser el veredicto inapelable con que Omar tendría que pagar aquella excursión.

Llegamos por la tarde, y ninguno de nosotros tuvo ojos para la belleza de la Rosa, que resplandecía bajo los últimos rayos de sol, cambiando de color a cada paso que dábamos. No tenía sentido tratar de subir en las cestas de provisiones, de modo que nos encaminamos directamente a la puerta secreta principal. Uno de los pétalos bajó, traqueteando, hasta cubrir el foso del lago. El puente recogió a la tropa que regresaba al hogar, y nos permitió cruzar sobre el agua y llegar al gran portal en el que se abrió una puertecita. Hasan nos esperaba en el pasadizo y nos recibió impasible, aunque amortiguó el tono de su voz, lo que me hizo concebir cierta esperanza.

—¡*Alhamdulillah!*^[210] —dijo en voz baja—. ¡Alá sea loado, habéis vuelto! El *imam* acaba de regresar de su viaje y aún no ha reparado en vuestra ausencia.

Se volvió hacia Roç.

—No le revelaré vuestra escapada clandestina —nos ofreció taimado—. Confío en que tampoco vosotros diréis ni una palabra de vuestra excursión a Iskandar, que os perdono —añadió untuoso—. Aunque esto no es aplicable —y su voz se tornó de nuevo dura— a vuestro guía. Omar sabe cuál es su culpa y que...

Le corté la palabra.

—Si haces ajusticiar a Omar, convenceremos al *imam* de que esto fue una conjura tuya, y le diremos que fuiste tú quien nos convenciste para que realizáramos este intento de fuga, y que nos la facilitaste con toda clase de ayudas. Le diremos al *imam* que hemos regresado voluntariamente, contra tus deseos y tu voluntad, por afecto a él.

—Veo, princesa, que habéis comprendido el espíritu que impera en la Rosa, pero no puedo dejar de castigar a Omar...

—Sometedle a alguna prueba —propuso Roç—. Lo admitiremos, ya que a fin de cuentas es culpa nuestra...

—No, es sólo suya —cortó Hasan con frialdad—. Tal vez le hayáis brindado la ocasión; pero Omar conoce el precepto de la obediencia y la disciplina. Vosotros podéis infringirlos, porque no habéis prestado juramento como *fida'i*, ¡pero Omar sí! Ya encontraré una solución que sea conveniente para la Rosa. Y ahora id a vuestros aposentos, enseguida os convocarán a la mesa.

Omar se apartó. Allí desapareció cabizbajo en las profundidades del caldero, quizá avergonzado por lo que había provocado con su necedad. Pero lo más probable es que se haya tomado en serio la broma que le han gastado las huríes y siga esperando a su Laila. Cuando Roç me preguntó si quería dormir con él, lo miré de reojo.

—Será mejor que duermas solo, es posible que vaya a verte Laila. —A continuación me retiré a los aposentos de Pola.

Mi querido William, ya ves que Alamut me ha recuperado. Estoy cansada. Tu Yeza, O.C.M.

P.D.: ¿No te parece que hago progresos, como cronista aplicada, en el discurso y el estilo? ¡Alábame alguna vez!

L.S.

VII

EL UMBRAL DE BULGAI

—¿Esos barracones? ¡Ni siquiera hay una muralla! —El emir Belkasim Mazandari^[211] no se esforzó por ocultar su decepción. La delegación de «asesinos» encabezada por él se estaba aproximando al campamento del ejército mongol, instalado ante las puertas de Karakorum.

—¿Para qué querrían los mongoles una muralla? ¿Quién podría asaltarlos aquí? Las puertas de la ciudad no sirven más que como orientación, como control, ¡o, como mucho, para acoger con una recepción festiva a sus huéspedes! —opinó el-Din Tusi.

—No veo que nos hayan preparado recibimiento alguno —criticó el emir—. Deberíamos hacernos respetar mejor.

Belkasim encabezaba la escolta del prudente intermediario el-Din Tusi. Debía el nombramiento a su parentesco con Hasan Mazandari.

—¡Por Dios santo! —protestó el-Din Tusi—. ¡Nada más lejos de nosotros! Os ruego que, si en algo apreciáis nuestras vidas, demostréis respeto y consideración hacia ellos y sus costumbres, aunque no lo sintáis así.

—Como hombre de mundo habréis de admitir —insistió Belkasim— que el término «ciudad» resulta excesivo y ampuloso para definir esas filas de burdas tiendas alineadas.

—Esa noción les es del todo ajena —intentó explicarle, muy tranquilo, el-Din Tusi—, y sembraría confusión. Ellos lo llaman «lugar principal», y rara vez se congregan en él; cuando lo hacen, no suele ser de buen grado. Los mongoles aman vagar libremente por las llanuras de la estepa. Por eso están tan apegados a sus *yurtas* y a sus carros de bueyes que ni siquiera aquí se separan de ellos.

Desde un altozano, los «asesinos» divisaban Karakorum en toda su extensión. Unas pocas construcciones de madera erigidas sobre una base de piedra formaban el centro; el «palacio» del gran Khan se encontraba fuera, lejos de allí, y parecía estar rodeado por un muro. Una o dos torres de coronación bulbiforme, un par de tejados en forma de pagoda y un minarete revelaban la presencia, tolerada con indiferencia por los mongoles, de comunidades cristianas, budistas y musulmanas; pero lo más impresionante era la disposición de las calles del campamento, que dibujaban una línea absolutamente recta.

—¡Eso es elevar la estupidez borreguil a precepto! —gruñó el emir, insensible a cuanto veía—. Seguramente a ello se debe el éxito de este rudo pueblo de pastores. ¡Como Alá no les ha concedido fantasía ni talento para el arte, emplean toda su energía en librar guerras!

—El orden es para los mongoles más importante que aquello que nosotros entendemos por «justicia» —replicó el-Din Tusi, que desplegaba toda su paciencia en un intento de preparar al altivo Belkasim para el encuentro que le esperaba—. Supone

la obediencia absoluta a sus sencillas y diáfanas leyes. ¡Quien las infringe es reo de muerte!

—He ahí al digno pueblo de pastores que tanto alabáis, dándonos precisamente ahora un ingenioso ejemplo de su justicia —musitó Belkasim, irritado por la imagen que se les ofrecía.

El campamento de los mongoles lindaba con un pequeño lago. Se habían acercado lo suficiente como para percibir el menor detalle. Dos figuras femeninas eran arrastradas con las manos atadas a la espalda. Pero eso no era lo peor, sino sus caras. No tenían labios, tan sólo un trozo pequeño de caña salía de una rendija cuyos bordes parecían cosidos a puntadas de cicatrices donde antes debió de estar la boca. El detalle confería a sus cráneos el aspecto de viejos pajarracos, y el silbido que emitían a cada paso era sumamente penoso. Las habían atado con una cuerda a la cola de sendos caballos y las dos empezaron a caminar dando traspiés detrás de los animales, que fueron azuzados a gritos destemplados para que se adentraran en el agua. Las mujeres, maniatadas, piaban ruidosamente, aterrorizadas, y cayeron al suelo antes de llegar a los matorrales de la orilla. Los caballos las arrastraron al agua y nadaron hasta el otro lado, perdiendo en el camino a los dos cuerpos que permanecieron durante un tiempo flotando en la superficie, lanzando chorritos de agua y gorgoritos, hasta que se hundieron y unas últimas burbujas dieron fe del final de su agonía.

Del grupo de mongoles que había asistido a la ejecución se separó entonces Ata el Mulk Dshuveni, el ayudante musulmán de Hulagu, y avanzó lentamente hacia la delegación de «asesinos». Pasó de largo ante el emir Belkasim Mazandari y se dirigió directamente hacia el-Din Tusi.

—Había que ahogar a esas brujas. Han provocado la muerte de muchos valientes guerreros en su intento de alzar a todo un clan contra el soberano elegido. —Y, como si deseara ganarse la aprobación del sabio el-Din Tusi, añadió—: Eso sólo pudo ocurrir gracias a sus embrujos, ¡Alá es testigo! —Pero después recapacitó—. Vos, el-Din Tusi, luminaria de la ciencia, no habríais llegado a otro veredicto. —Y, sin dejarle tiempo para la réplica, prosiguió—: Pero me asombra ver a un hombre tan sabio como vos a la cabeza de una delegación que ni hemos convocado ni recibimos con agrado... ¡y que, además, no trae nada para ofrecernos!

Su tono era cada vez más duro, y al pronunciar la última frase se había vuelto hacia el emir para espetarle sin previo aviso ¿Dónde están los infantes? ¿Por qué no los habéis traído como os ordené?

—Porque nadie, ni las órdenes de nadie...

El-Din Tusi se apresuró a interrumpirlo y concluyó la frase en tono servicial:

—¡Porque nadie de nosotros conocía ese deseo vuestro de ver a los infantes! De otro modo, habríamos...

Esta vez se le adelantó la sorna de Belkasim:

—...¡renunciado a emprender este viaje!

—¿Habéis recibido nuestras órdenes, o no?

—¡No! —gritaron el-Din Tusi y Belkasim Mazandari al unísono, pese a la diferencia de sus pareceres.

—Es extraño... —murmuró el ayudante—. Y, a pesar de todo, he de creerlos, ¡pues de otro modo no habrías osado presentaros ante nosotros con las manos vacías!

—Venimos como embajadores de su majestad Muhammad III, *imam* de todos los ismaelitas, y... —Belkasim señaló con gesto arrogante los animales cargados con arcones y fardos— sabemos muy bien cuáles son nuestras obligaciones de cortesía. —Enardecido, añadió—: ¡Valiosísimos regalos para el gran Khan!

El ayudante no se dejó impresionar.

—Habéis hecho el viaje en vano —dijo volviéndose de nuevo hacia el-Din Tusi—. No os está permitido pisar Karakorum.

—Queremos transmitirle al gran Khan... —alegó el emir mientras el-Din Tusi trataba en vano de hacerlo callar—. Como embajada, tenemos derecho a...

—¡Será mejor que calléis! —lo interrumpió el ayudante, dispuesto ahora a ser más explícito—. ¿Acaso creéis que vamos a franquearle la entrada a los miembros de una conocida secta asesina? ¿Que les enseñemos el palacio del gran Khan? ¿Que les permitamos descubrir los caminos que conducen a sus aposentos?

No había alzado la voz, sino que la había bajado, y sonaba tan amenazadora que el emir declaró con indignación:

—¡No permitiré que me ofenda alguien como vos!

Ata el Mulk Dshuveni sonrió malicioso.

—Si queréis conservar vuestra cabeza, arrojad lejos de vuestro cerebro esa idea del honor que es moneda corriente en el «resto del mundo». Si mi palabra os parece poca cosa, os conduciré ante Bulgai. Pero refrenad vuestra lengua y respetad el umbral de su casa: ¡es el juez supremo de los mongoles!

Había dicho esto casi con mimo, como si de pronto se hubiera hecho amigo del emir, aún sin mirarlo a la cara. Dicho esto dio media vuelta y marchó abruptamente, por lo que la delegación tuvo que seguirlo de buen grado o no. El-Din Tusi se reunió enseguida con el ayudante. Los «asesinos» los seguían despacio, porque su guía, Belkasim Mazandari, se tomaba tiempo. Hervía de ira.

El ayudante llegó ante la *yurta* de Bulgai. El-Din Tusi hizo esperar a los demás afuera y entró solo, inclinándose en una profunda reverencia. El juez supremo estaba sentado detrás de su escritorio, desde donde divisaba la orilla del lago en el que los curiosos, tras contemplar cómo se ahogaban Oghul-kaimish y la madre de Shiremon, se habían unido a la cola de la delegación de los «asesinos».

—Sentaos, el-Din Tusi —dijo Bulgai, amable—. Hemos enviado una delegación a Alamut para solicitar que viniera la pareja real de infantes. Supongo que os habréis cruzado.

—La tierra de los mongoles es tan inconmensurablemente extensa —replicó Tusi— que bien puede ocurrir que se crucen sin verse dos delegaciones. ¡Si yo hubiera

conocido vuestro deseo, nos habríamos vuelto atrás para satisfacerlo!

—Me alegra oír vuestras palabras —dijo Bulgai. De pronto se organizó un alboroto junto a la entrada.

—¿Quién representa aquí al gran Khan de todos los mongoles? —exclamó provocador el emir Belkasim. Se había detenido, con las piernas muy abiertas, en medio del umbral, los brazos en jarras. El juez supremo alzó brevemente los párpados.

—Yo represento aquí la ley de los mongoles —aclaró al intruso con voz impasible—, ¡una ley que vos acabáis de infringir!

A un gesto suyo dos guardianes agarraron al emir por debajo de los brazos y se lo llevaron de allí.

—Apiadaos del ignorante —le rogó el-Din Tusi.

Bulgai se levantó.

—Ese hombre sabía exactamente lo que hacía. Pero quiero darle la oportunidad de librarse de la condena. —Cuchicheó con sus escoltas y los envió fuera. Se volvió hacia el-Din Tusi—: ¡Sed testigo de mi buena voluntad!

Se acercaron al umbral. Afuera había marcado con cal blanca un círculo cuyo diámetro era similar al de la *yurta*. El umbral de ésta cortaba el círculo como una tangente.

—Todo el que penetra en este círculo —anunció Bulgai— se somete a mi veredicto; quien lo abandona queda sometido a la ley que nos rige a todos.

En el centro del círculo acababan de ponerle un saco en la cabeza al emir, sujetándolo con cuerdas. Le dieron empellones, golpes y patadas hasta que cayó a tierra.

—Si el condenado encuentra el camino de regreso al umbral y lo cruza sin pisarlo, será perdonado.

Belkasim se arrastraba a gatas por el círculo en torno al cual se habían congregado tanto los «asesinos» como los mongoles, que acudieron en gran número. Sus propios hombres azuzaban al emir, tratando de indicarle con gritos el camino correcto. Pero los mongoles gritaban aún más fuerte, pues su intención era castigar al trasgresor. Belkasim estaba completamente desorientado.

—Me parece —dijo Bulgai a su huésped— que tendréis que emprender el viaje de regreso prescindiendo del jefe de vuestra tropa, puesto que ya no es capaz de encontrar el camino.

Entonces el-Din Tusi exclamó:

—¡Belkasim! ¡Belkasim! ¡Atended sólo a mi voz, y venid hacia mí!

El emir tuvo que oírlo.

—¡Aquí! —gritó el-Din Tusi sin reparar en su anfitrión. Pero los mongoles organizaron una algarabía tal que sus gritos pronto quedaron acallados.

Belkasim se levantó muy despacio y había comenzado a moverse en la dirección que lo salvaría, de modo que el-Din Tusi esbozó una sonrisa de satisfacción, pero

después el emir se volvió, tozudo, y cuando estaba ya a punto de alcanzar la entrada, dio un salto que lo llevó fuera del círculo. Los sables brillaron al lanzarse en su búsqueda, la cabeza embozada en el saco acabó siendo separada del cuerpo.

—Conservó intacto su orgullo —suspiró el-Din Tusi, conmovido—. Es un acto de gracia que no habíais considerado.

—Yo sólo podía ofrecerle una salida honrosa, en su mano estuvo elegirla —replicó el juez supremo con expresión impasible—. Tomadlo como un regalo de despedida. ¡Regresad a Alamut y traedme a los hijos del Grial!

—Transmitiré vuestra petición, pero debo deciros que ya no son unos niños, sino unos jóvenes soberanos que deciden por cuenta propia hacia adonde se dirigen. De nada os serviría amenazarles, pues no tienen poder alguno que podáis arrebatárselos, ¡ningún reino que podáis asaltar y arrasar!

—Sois un hombre valiente —repuso el juez supremo—. Eso os honra. Y como prefiero servir con inteligencia a mi señor, os haré acompañar por cien de mis mejores hombres, y por el oficial ayudante, quien los conducirá. —Sonriendo, se volvió hacia Ata el Mulk Dshuveni, que había permanecido todo el tiempo sentado en un rincón, sin interés por contemplar el espectáculo que se había desarrollado delante del umbral—. No regresaréis si no es con los infantes —fueron las instrucciones de Bulgai, que impartió con el tono frío que le era habitual—. Y nuestro amigo, el sabio el-Din Tusi, no pisará Alamut hasta que la pareja real no esté en vuestro poder, estimado Dshuveni.

Les sonrió, al despedirlos, desde el umbral de la *yurta*.

—Así de fáciles son las cosas —murmuró— cuando uno sabe lo que quiere. —Llamó a un joven mongol de los que allí se habían congregado—. Kito —dijo—, le he prometido a tu padre que irías en la primera expedición. Tratarás de entablar amistad con los jóvenes reyes y serás responsable, en calidad de escolta, de su integridad y bienestar. No vendrán como rehenes ni como prisioneros, sino como amigos.

El robusto hijo de Kitbogha asintió con alegría y corrió a ensillar su caballo. Se ocupó de que le asignaran otros dos animales más de buena raza y esa misma tarde se puso en marcha la comitiva. Los «asesinos» aún alcanzaron a ver, mientras partían del lugar, la llegada de Sempad^[212], hermano del rey de Armenia, que acudía con un distinguido séquito para presentar sus respetos al nuevo gran Khan. Las puertas de la ciudad habían sido engalanadas para tal ocasión.

Ariqboqa, el hermano menor de Mangu, cabalgó hasta el campamento para recibirlo. Abrazó al senescal del pequeño reino, cuyo soberano había comprendido antes que nadie en el «resto del mundo» cuál era el camino de la supervivencia.

—Así de fácil es, en efecto —murmuró el-Din Tusi mientras se alejaba sobre su montura. Se volvió una vez más. Karakorum ofrecía un aspecto impresionante bajo los últimos rayos del sol vespertino—. Suponiendo que uno sepa lo que se puede hacer y lo que es mejor ni siquiera intentar.

VIII

LA LUNA DE PLATA DE ALAMUT



De Roç para Wilhum. Alamut, en los idus del mes de marzo dee 1252 d. C.

Querido William, un nuevo mundo se ha abierto para mí, un mundo de increíble amplitud y belleza, de espléndida luz, o mejor: de espléndidas luces. Brillan y resplandecen rodeadas de una aterciopelada oscuridad que no me resulta ajena ni siniestra como la de las cuevas que hay bajo tierra, sino tan tentadora que creo oír unas voces dulcísimas que me aseguran:

—¡Roç, eres nuestro, y nosotras somos tuyas para siempre!

Supongo que habrás entendido qué me hace tan dichoso: ¡he visto el cielo! Pude lanzar una mirada al firmamento, y he entrevisto un retazo del universo; un halo del enigma de la Creación me ha rozado. Esto es mucho más de lo que Yeza podría descubrir en los gruesos tomos de los filósofos, y la magnífica mujer que me ha iniciado en los misterios del cosmos es Kasda, la inasequible sacerdotisa de las estrellas. Habrás comprendido que he estado en el planetario, lo más excelso que puede ofrecer Alamut, y hasta diría que el mundo de los humanos.

No fue fácil descubrir el camino. No parecía factible acceder a él a través de la biblioteca de Herlin, aunque no estoy muy seguro de que sea del todo imposible. En cualquier caso, el acceso al *magharat al ouahi* me estaba vedado, y aún lo está. Ni siquiera me dejan entrar en la *magharat at-tanabuat al mashkuk biha*. La clave de la entrada al observatorio debía estar, pues, en otro lugar. Recordarás, William, que estuve inspeccionando las extrañas costillas que se elevan cual arterias desde los pétalos de la Rosa, se entreveran y se cruzan hasta formar ese entramado capaz de sostener la torre de la biblioteca. Al hacerlo reparé en una estría más gruesa que las demás, y cuando la golpeé sonaba hueca. ¡Un tubo! Desaparecía en el muro del cáliz. Pero ¿adónde podría conducir, aparte de a las profundidades del caldero? Pensé que ningún mecanismo puede estar construido con tal perfección como para no necesitar de vez en cuando un ajuste, o al menos un engrase, e interrogué a mi amigo «Zev sobre ruedas» para saber si había subido alguna vez a la punta del pistilo donde gira su obra maestra, la plataforma de las fases lunares.

Lo negó con tal vehemencia que enseguida me pareció haber descubierto la pista adecuada. Escudriñé su reino y observé allí una bola lo bastante grande como para albergarlo a él, y comprendí que también yo, llegado el caso, podría alojarme en ella. Esa bola flota en uno de los canales subterráneos que circundan el tallo de la Rosa y mueven el varillaje del pistilo de la flor. La bola está sujeta por arriba y por abajo a una gruesa cadena, que se ajusta a una gran rueda dentada cuyos dientes son de acero. Con ayuda de una palanca la rueda puede hacerse engranar entre los radios de un conjunto complicadísimo de ruedas de molino que está siempre en movimiento,

gracias a la corriente de agua.

¿Me sigues, William? Eso espero. Zev se ha acostumbrado desde hace tiempo a que me pase horas y horas deambulando por los pozos, escaleras y huecos de su maquinaria, y sin duda habría olvidado mi pregunta acerca del observatorio. De modo que acerqué la bola al borde del canal. Fue fácil abrirla, y pude ver que en su interior está tapizada de suave cuero. En la tapa superior, un poco más pequeña que la inferior —que sirve para sentarse—, hay unos agujeros bastante grandes por los que se pueden sacar los brazos y hasta ver lo que sucede. De modo que la bola sobresale de la superficie del agua como un melón vacío al que le hubieran cortado un casquete para extraerle la pulpa. Me metí dentro, cerré la tapa y la aseguré bien, pues la cadena tiraría de ella durante mi viaje por el enorme tubo. Después desaté el cable de sujeción y la corriente me arrastró sin más hacia la palanca, que accioné sin pensármelo dos veces. Aquello empezó a moverse y a crepitar de un modo espantoso, pero yo ya flotaba fuera del agua y no podía ver nada, pues el tubo, que desemboca en un agujero que se abre en forma de embudo arriba en el techo, me había engullido. Lo único que me inquietaba era que Zev pudiera descubrir mi ascenso prohibido y separara la corona dentada de los radios. En tal caso me habría quedado colgado en la oscuridad sin poder moverme apenas, y gritar tampoco me habría servido de mucho. ¡Sería un justo castigo por mi desobediencia! Pero no ocurrió nada de eso. La cadena me impulsó con un movimiento acompasado a través del tubo; a veces oía voces, otras divisaba una luz que enseguida desaparecía hacia abajo. En un par de ocasiones vi el palacio colgante del *imam* a mi lado, después cada vez más lejano, más abajo, como si yo fuera una de las grandes lámparas suspendidas del techo con que lo iluminan. El aire estaba muy cargado y me mareé, pues el vehículo se inclinó, de lo que colegí que abandonábamos el tubo y que casi habíamos llegado al tramo horizontal sobre la *qubbat al musawa*. Esperaba poder ver algo a través de un agujero, quizá a Yeza enfrascada en sus gruesos librotos. Pero todo seguía a oscuras, y sentí un fuerte empellón que me lanzó de nuevo, enderezando la bola, hacia lo alto. ¡Qué no habría dado por ver algo de los pisos superiores de la biblioteca! Aunque semejante visión le estuvo vedada a tu Roç, que seguía ascendiendo. Me deslicé pasando al lado de las «Profecías» y las «Revelaciones», subiendo cada vez más, sin poder tener de ellas ni un ligero atisbo. Oí junto a mí una campana, tan estridente que me asusté, y me golpeé la cabeza contra la tapa. Sonó de nuevo, esta vez más fuerte. Entendí que la campana anunciaba la llegada de la bola. La cadena sufrió un parón, y me quedé flotando en el aire dentro del oscilante huevo. Aquello fue una bendición, pues durante todo el periplo había sentido junto a mi cabeza un roce, un tintineo que parecía más bien un traqueteo, y a veces también un chirrido particularmente lacerante para mis oídos. De pronto percibí un extraño silencio y noté cómo mi vehículo se posaba con una leve sacudida sobre una superficie suave. Me asomé y vi el azul de la bóveda celeste. Un par de nubecillas lo cruzaban. Bajé los ojos y a través de los agujeros inferiores descubrí un suelo de mármol con un extraño taraceado

hecho a base de hilos de cobre, plata y oro, que representan elipses y coordenadas entrecruzadas y los símbolos de los dioses planetarios que conozco, más los signos místicos del zodiaco. Sobre el blanco mármol se acercaban unos delicados pies enfundados en sandalias, esbeltos tobillos, unas piernas envueltas en la muselina más fina.

A toda prisa descerrajé la tapa de mi cascarón, pero me daba vergüenza levantarla. De ello se ocupó una enérgica mano de mujer, y vi el rostro de la sacerdotisa. En realidad debería haberse sorprendido de encontrarme a mí en lugar de la cara familiar de Zev, pero sus ojos, de un azul grisáceo, no parecen conocer tal sentimiento. Me miró como si mi llegada fuera lo más natural del mundo —al menos en Alamut—, y dijo con una alegría distante:

—¡Sed bienvenido, mi rey del Grial!

Entonces hice acopio de toda mi educación cortesana y le repliqué dulcemente:

—Os saludo, noble virgen Kasda, hija de Crean de Bourivan.

La sorpresa refulgió por un instante en su mirada, pero sonrió.

—Conocéis a mi padre mejor que yo, Roç. La última vez que lo vi era yo una criatura.

Salí de mi cascarón, que ahora yacía sobre una alfombra que ocultaba el sombrío agujero por el que había llegado. Por encima de mí vi todavía un trípode con una rueda transportadora de la cadena que desaparecía después por un pequeño orificio practicado en el suelo, y por donde sin duda prosigue su recorrido hacia abajo. También hay allí un par de cables que cruzan ese aparato, como una especie de polipasto, y comprendí que para el descenso precisaría de la ayuda de Kasda. Por medio de esos cables vuelven a unirse, muy abajo, en lo más hondo del caldero, los dientes de la rueda y los radios, que se habían separado, como supuse enseguida, cuando la campana sonó por segunda vez.

Pero yo no pensaba aún en el regreso. ¡Lo había conseguido, William! Me encontraba en la plataforma, y a mi alrededor veía, de pie o suspendidos, los instrumentos que tantas veces he entrevisto en mi fantasía sin poder imaginármelos del todo. No sé por dónde empezar: por los cilindros que se alzan hacia el cielo, grandes como catapultas y que, con un par de movimientos, pueden elevarse, inclinarse, o bascularse y ajustarse con un grado increíble de precisión. «Zev sobre ruedas» ha creado allí arriba, en un espacio reducidísimo, un maravilloso conjunto de pasos helicoidales ensamblados, coronas enlazantes, tornillos cónicos, cigüeñales y poleas. ¿O prefieres que te explique antes el *miraculum mobilis*^[213]? ¡El planetario! Imagínate: el mármol del suelo está cubierto de dibujos, líneas, elipses, curvas que sólo un dios o un genio de la geometría ha podido trazar. En medio hay unos orificios enmarcados con anillos de cobre; de cada uno sale a su vez un anillo de hierro, se mueve sin sujeción visible por la estancia y vuelve a insertarse en otro punto, en la oscuridad de un orificio alternativo abierto en la piedra. Todos los anillos circulan lentamente y se mueven temblorosos en torno a un altar, donde reposa una copa de

topacio transparente en cuyo fondo, de crisolita pulida, se concentra la luz procedente del sol, que entra desde arriba.

—¡Es el recipiente de Gea, madre de nuestra Tierra y centro del universo! — exclamé con entusiasmo, aunque un tanto atolondrado. Kasda me miró pensativa y, al parecer, decidió aceptarme como adepto de una verdad inconmensurable.

—¡Ése es el sol, Roç! —dijo, señalando el altar—. El fuego de su bola sólo puede aprehenderse simbólicamente, pues es la fuente de nuestra vida. ¡El centro del universo!

Vacilé de nuevo, pensando tal vez que yo carecía de rango particular para ser informado, pero debió de recordar mi aplomo y añadió, escueta:

—*Terra nostra*, nuestra Tierra, es tan sólo uno de sus planetas. —Señaló una esfera metálica que en ese instante salía, a cierta distancia de nosotros, de un orificio en el suelo—. El sol, astro central y divino, está rodeado de muchos paladines, dignos e indignos. Únicamente permite la proximidad de Mercurio, eterno niño asexuado, desvergonzado ladrón de amores y prometedor de riquezas terrenales. —Kasda señaló otra esfera más pequeña, en la que yo no había reparado; circundaba el altar del sol y brillaba con una luz ora plateada, ora dorada. Era una amatista. El anillo que vimos a continuación llevaba inserta una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma.

—Es Venus, a quien agrada aparentar más juventud de la que tiene. Es una bruja viejísima y una terrible seductora, y lamentablemente nuestra vecina más próxima. Nos creemos que todo gira en torno a nosotros. En realidad, somos nosotros los que giramos, como la *ruota della fortuna*^[214]. Sólo que no lo notamos, porque la obra divina es para nosotros, espíritus menores, demasiado grande, demasiado poderosa, impidiéndonos así el conocimiento...

—¿Pero vos lo tenéis? —pregunté con osadía y confundido a la vez, pues todo aquello me resultaba difícil de creer.

—Soy su servidora —me aleccionó Kasda—. He dedicado mi vida a su servicio y es seguro que moriré sin saber jamás si he sido digna de él.

—¿Y qué viene después?

Kasda sonrió.

—Otra vida, bajo otra forma.

—Quiero decir, después de la *Terra nostra*.

—¡Marte! Ahí lo tienes: ese diamante en bruto que, como hombre, se cree amo del mundo y de todas las hembras. El eterno guerrero está tan orgulloso de sí mismo y tan absorto en sus conquistas que no le queda tiempo para reflexionar. ¡Ésa es su suerte, sí, casi una gracia divina!

La sacerdotisa no ocultaba el desagrado que le producían los hombres, de modo que me sentí impulsado a romper una lanza en nuestro favor, William.

—Y, sin embargo, somos la pieza más notable de la historia de la Creación. La mujer salió de una costilla de Adán.

Kasda se rió de mí.

—¿Quién escribió el Antiguo y el Nuevo Testamento, la Biblia, y también el Corán? ¡Hombres! ¡Hombres viejos! Tú eres demasiado joven, Roç, y tienes una compañera encantadora, que ni procede de tu costilla ni es inferior a ti.

De modo que conocía a Yeza, o al menos conocía nuestra relación.

—No adoptéis los papeles que la propia Tierra obligó a representar a Marte y a Venus. Liberad al dios y a la diosa, creadlos de nuevo aquí, ¡en este planeta nuestro! Si los hombres pudieran comprender la magnífica armonía que envuelve a nuestra *Terra*, no sólo encontrarían la paz, sino que incluso serían capaces de realizar hazañas espirituales que no se agotan en la lucha entre estirpes reales o en vanos intentos de hacerse con el poder, y se extenderían más allá, hasta las profundidades del cosmos, que están por sondear.

—¿Cómo es eso? —me atreví a dudar—. Esas estrellitas están infinitamente lejos, y son minúsculas. —Señalé las órbitas más visibles del entramado férreo, las del zafírico Júpiter y el diamantino Saturno—. Más lejos incluso que la Luna.

—Las distancias tienen un papel secundario cuando hablamos del espacio y del tiempo, Roç. —Su delicada mano acarició tiernamente la Luna, que seguía su andadura muy cerca de la *Terra*—. Más adelante te hablaré de esa amiga nuestra del alma, cuando te hayas sosegado y te abras a los secretos. Ahora descansa.

Sus ojos de un gris azulado parecieron querer naufragar en los míos.

—Pasarás la noche conmigo, en el refugio de mi regazo, que te recibirá sin necesidad de penetrar en él.

Y la sacerdotisa me condujo hacia un lecho de bordes altos, en cuya estrechez sólo tenía cabida su delgado cuerpo. Parecía pobre, aunque estaba cubierto por una alfombra. Se tumbó encima con gracioso ademán. A través de la blanca muselina que la cubría vi los virginales senos que semejabán capullos de rosa en invierno, el perfil de sus muslos y la oscura sombra de su vello púbico. Sentí cómo crecía y bullía mi miembro, y me avergoncé de mi impaciencia a la vista de la serenidad y la dulzura de la mujer. Se acostó de lado y me atrajo hacia ella, hasta que mi cabeza descansó en su jardincillo y mi excitado miembro quedó apretado contra sus senos. Ella se limitaba a mantener abiertos sus ojos grises y noté una leve brisa por encima del oleaje que me mecía; unas nubecillas cruzaron mi necia cabeza, librándome de todo mal, y me dormí.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, estrechamente abrazados y perdidos el uno en el otro: ella, la virgen casta que ha renunciado voluntariamente al mundo de los hombres, y yo, encendido por un poderoso deseo de ser admitido por la mujer. Kasda debió de velar todo el tiempo mi sueño, pues cuando me despertó comprendí que ella no había podido dormir. Finos surcos de cansancio ahondaban las comisuras de sus labios, y observé que las arruguitas alrededor de sus ojos grises tampoco nacían sólo de la risa.

—Es la hora —susurró, como si no deseara molestar a los astros que brillaban

temblorosos en lo alto, inmersos en la profundidad celestial. Debía de ser noche cerrada. Salimos de la parte de la plataforma protegida por una bóveda hacia el lugar donde estaban los aparatos en forma de catapulta, con sus gigantescos cilindros perdiéndose en lo alto del cielo. La luna menguante estaba en su última fase; su hoz dorada se destacaba intensamente de la misteriosa oscuridad circundante.

—Lo que no se ve es a Hécate^[216] con sus perros, y ése es el negro embozo de la hembra Lilith^[217] —me explicó la sacerdotisa en voz muy baja—. No ha dilapidado sus fuerzas en la lucha por el poder que el glorioso Apolo libra diariamente, triunfante en nombre de su rey, el *Sol invictus*^[218]; se ha retirado a las profundidades de su conciencia, al tormentoso mar de nuestras almas, donde despliegan sus velas los afectos y la locura, o por donde reman desesperados sin encontrar un puerto que los acoja.

Kasda me condujo hasta el extremo de uno de aquellos cilindros. Acerqué un ojo a la abertura y vi la luna en toda su excitante belleza.

—Lilith le mete al león guerrero la mano entre las piernas, mas no para deleitarse con su miembro y su semilla, sino para emascularlo con la hoz; quiere verse empapada de su sangre.

Sentí el aliento de la sacerdotisa en la nuca, y de nuevo percibí tan intensamente su cuerpo tras la finísima túnica que me la imaginé desnuda del todo.

—Ése es el lado oscuro, el que intuimos sin verlo —dijo. Esperé a que me agarrara entre las piernas, y estaba dispuesto a dejarla hacer aunque blandiese un cuchillo. Ardía en deseos de sentir el tajo, y de pronto comprendí la actitud, hasta entonces ajena a mí, de las víctimas que no se defienden y ofrecen su pecho a quien se dispone a arrancarles el corazón. Sentí un cálido latido que me llegaba al cuello, y al tiempo la fría y solemne quietud que aquella espera provocaba en mi cintura.

Pero Kasda se limitó a ponerme la mano en la nuca, me alejó del mirador lunar y me obligó a girar la cabeza, aunque no hacia ella, sino de modo que fijara la vista en el disco plateado, del tamaño de dos hombres, que pendía sobre nuestras cabezas. ¡La «Luna de Alamut»! Y vi que también ésta mostraba ahora una forma de hoz, tal como la había visto a través del cilindro. Delante del disco moldeado a modo de plato había adosado un abanico fabricado con negras hojas de guadaña que dejaba entrever de la redondez lunar sólo aquella parte que el ojo humano vislumbra en cada momento del mes.

—Muy pronto la negrura, el oscuro poder de Lilith, cubrirá toda la superficie —me susurró Kasda al oído—. ¡Y entonces serás mío!

¿Lo había dicho de verdad, o me llegaba tan sólo la voz de mi propio deseo?

—Breve es su mandato, en el que únicamente los perros de la oscuridad ladran a la invisible Luna y los hombres son capaces de actos turbios, entregados a sus instintos. ¡Pronto volverá a brillar la eterna Istar^[219], y renacerá una vez más la esencia femenina, reconciliadora: el amor maternal que todo lo abarca!

Me empujó suavemente mientras yo seguía admirando, mudo y fascinado, el

mecanismo suspendido sobre nuestras cabezas, aquel enorme disco que giraba de forma casi imperceptible pero constante. A menudo había observado en la noche, desde el borde de la Rosa, cómo recorría a lo largo del día su órbita y seguía resplandeciente incluso en las noches carentes de luz lunar. Ahora sabía que era la llama encendida en el aceite que contenía el platillo delante del altar, cuyo reflejo concentrado ascendía hasta ella, devuelto por multitud de diminutos espejos.

—El amor no se revela en secreto —murmuró la sacerdotisa a mis espaldas—, sino bajo la luz brillante de la diosa.

Cogió un ánfora y sirvió un líquido rojo como el rubí.

—¡Istar! —exclamó—. Tu servidora se entrega en tu nombre. ¡Acepta nuestro sacrificio de amor!

Bebimos de la misma copa. ¿Cómo habría podido rechazarla? ¡Una bebida tan dulce! La sacerdotisa me empujó, a mí, muchacho inexperto que se resistía, hasta su lecho, cuya base abrió esta vez con una rápida maniobra, en la que intuí el genio de Zev. De pronto surgió un objeto con forma parecida a la de la plateada luna, una hamaca llena de colchas adamascadas y cojines de seda. ¡De modo que aquélla era la verdadera cama de la casta Kasda! Sus brazos me rodearon desde atrás, y, ¡te lo juro, esta vez estaba desnuda! Su mano se posó hábilmente en la hebilla de mi cinturón, bajo el cual mi miembro se erguía apretado contra el tejido. En aquel momento, yo ya no era dueño de mis actos.

Entonces sonó una campanilla, con suavidad al principio, pero después cada vez más fuerte. Era un mensaje. Por primera vez, y para mi asombro, oí a Kasda proferir una maldición, algo que sonaba a «¡Trismegistos!» ^[220]. Sus manos se relajaron sobre mis caderas. Me dio pena.

—Me llaman, Roç —dijo, apenada, prestando atención al tintineo—. ¡La sacerdotisa recibe la visita de un huésped excelso!

Me volví hacia ella; naturalmente, no estaba desnuda.

—¿El *imam*? —pregunté.

Asintió, aunque sin mostrar gran inquietud.

—¡No debe verte!

Lo entendí muy bien, pues yo tampoco tenía interés en que me viera, aunque no sentía miedo alguno. Miré hacia la bola que me había llevado hasta allí.

—¡El movimiento de la cadena te delataría!

—Pero debe haber una escalera que conduzca a la biblioteca —sugerí, más por curiosidad que por otra cosa, pues aún no la había descubierto.

—Es la que usa el soberano, no harías más que correr a su encuentro.

Tuve la sensación de que, en el fondo, deseaba retenerme a su lado. ¡Yo también lo deseaba!

—Túmbate en esa hamaca —dijo—. Volveré a cubrirla. ¡Nadie pensará que te escondes ahí!

Vacilé, y nos quedamos al acecho de los ruidos. Todavía no se oían pasos. La

campanilla había dejado de sonar.

—¿Quizá...? —dije, dando rienda suelta a mi esperanza, pero ella me rechazó imperiosa.

—¡Nos castigaría del modo más cruel!

La advertencia me convenció. Me hundí en acogedoras sábanas y almohadas, y Kasda me tapó. Aún pude ver sus senos asomados al escote de su vestido; me cubrió por completo, y quedé oculto en aquel oscuro y blando nido. Tapado también por la alfombra de su camastro, en el que ella acababa de tumbarse, como pude notar por el peso de su cuerpo. Pronto oí aproximarse con pasos arrastrados y audible jadeo al gran maestro:

—Huele a lujuria, Kasda. ¿Acaso el muchacho...?

La sacerdotisa se incorporó sobre mí, de forma que su trasero se apretó contra mi cara. Casi no me atrevía a respirar, me resultaba hartamente difícil.

—¿De qué me habláis, gran maestro?

Debió de descubrir la bola.

—¿Qué hace aquí este huevo del placer? ¿Acaso Zev Ibrahim ha compartido tu lecho lunar, sacerdotisa? ¿Estaría oxidada la portezuela y necesitada de lubricación? —El gran maestro reía su ocurrencia—. ¿Pensáis que me pasa inadvertido dónde introduce su vara el ingeniero (quien, aunque carente de piernas, está en posesión de sus huevos y del resto de su aparato genital) moviéndola con certera precisión?

Soltó una estrepitosa carcajada al oír replicar a Kasda:

—Ha hecho subir la bola para probar su funcionamiento. Podéis verlo vos mismo: ¡está vacía! ¡Tocadla! ¡Está fría!

—¡Devolvedla abajo! —ordenó el gran maestro, y Kasda se incorporó. Poco después oí cómo se ponía en marcha, crepitando, la cadena.

—La mitad masculina de la pareja real se ha esfumado —dijo entonces el *imam*, aún en tono festivo—. Vuestra hermana y las huríes juran y perjuran que no lo han visto.

—¿Y por eso creíais —Kasda había recuperado el aplomo— tener razones para sospechar de vuestra sacerdotisa?

—¿Acaso puedo confiar en alguien? —El gran maestro soltó un bufido, y yo empecé a tener extrañas sensaciones. En mi cerebro pasaron a circular manchas multicolores, un enredo de líneas y puntos, y en mi regazo penetró una fría inmovilidad que a continuación adormeció mis caderas y sumió mi viril adorno en una completa insensibilidad, sin que, no obstante, cediera en su rigidez. Deseaba con todas mis fuerzas ser liberado de mi sofocante prisión, caer en la indiferencia más obtusa, aunque fuese en un rigor mortal. Pero en mi cabeza bullían las impresiones de cuanto estaba ocurriendo, ¿tal vez fuese la imagen del tronco del lisiado Zev mientras era trasladado por Kasda a la hamaca, y las caderas de ella moviéndose a su encuentro, uniéndose a él como corona y diente? La sacerdotisa apretaba sus muslos contra mis caderas; su regazo se inclinó hacia el mío, me acogió en aquel bamboleo,

me instó a que la penetrase hasta lo más hondo, permitiendo que el miembro creciera hacia el interior de su cuerpo.

Kasda se irguió delante de mí, esbelta como una espiga, me atrajo hacia sus duros y puntiagudos senos y me zarandeó con ternura.

—Despierta Roç, debes dejarme. ¡Ya es de día!

Abrí los ojos y vi el rostro fatigado de la sacerdotisa. Estaba delante de la hamaca. De un brinco abandoné aquel lecho embrujado.

El sol se reflejaba en el disco lunar que pendía sobre mi cabeza. La llama en el plato ante el altar se había extinguido, tan sólo en el planetario giraban aún quedamente los anillos de hierro. Las piedras preciosas emitían algún que otro destello. Me sentí confundido y avergonzado, y más que nada deseoso de abandonar cuanto antes aquel lugar. Kasda pareció adivinar mis pensamientos. Desplazó el altar descubriendo un tubo que se abría hacia la llama de aceite.

—Ahora ya conoces los secretos últimos de la Rosa —dijo apenada—, y no has demostrado estar a la altura, aún no...

Me condujo hacia el orificio del tubo, en el que vi una barra que se perdía en lo más hondo.

—Es la salida de emergencia, por si se desencadena un incendio. Jamás la he utilizado. Zev dice que si se desliza uno por la barra, llega hasta donde se encuentra él. Salúdalo de mi parte, ¡y la próxima vez no acudas hasta que yo te llame!

Me despidió con un gélido beso en la frente. Eché mano de la barra, apreté mi cuerpo contra ella, y me deslicé como si de un árbol se tratara, aunque no era un agarradero muy robusto. El tubo exterior se inclinaba y revolvía sin cesar, siguiendo su camino entre el varillaje, y no tardó en lanzarme a una cámara en la que vi montones de hermosos ropajes. Me quedé quieto, atento a cualquier sonido. Gracias a la luz que caía por la rendija de la puerta entreabierta pude encontrar, entre arcones y armarios, el agujero por el que habría de proseguir el viaje, ese regreso mío tan poco decoroso. Pero la curiosidad me impulsó a dar también, por fin, el paso que me llevaría al «paraíso», pues, según mis cálculos, había aterrizado junto a él. Abrí la puerta con sigilo, y de pronto me vi ante la cama de Pola. Estaba desnuda, y te ruego que no lo pongas en duda, William, pues te habría encantado verla. Al contrario que su hermana Kasda, casi albina y de blanquísima piel, la superiora del harén tiene una tez cetrina. Su espeso cabello caracolea, negrísimo, enmarcándole el rostro y cubriéndole el pubis y las axilas. Se despertó al instante, calibró la situación y me tendió los brazos.

—¡Sabía que vendrías, mi príncipe!

Confundido, retrocedí un paso, lo que ella interpretó como una inhibición provocada por el recuerdo de Yeza.

—Estamos solos, Roç —quiso incitarme. De un brinco volví a la cámara, salté hacia la barra salvadora y me alejé a toda prisa. *Al mujtara*. ¡Sólo me faltaban sus favores en aquella odisea mía por las entrañas de la Rosa! Tras deslizarme

brevemente hasta lo que debía de ser un piso más abajo, me vi en una gruta oscura, exactamente en una cavidad entre los gruesos muros. Delante de mí había un armario. Su desvencijado fondo me permitió reconocer los gruesos infolios de la biblioteca. Tal vez Yeza se encontrara al otro lado, estudiando con las sienes enrojecidas, pues siempre se le ponen así cuando se empeña en algo con mucho ahínco. ¡Pero también era posible que estuviese preocupada por mí, dedicada a la búsqueda de su infiel amigo! En aquella cueva del saber secreto, y quién sabe si esotérico, no se ocultan pergaminos apócrifos. Lo que había en la pared que al parecer separaba la biblioteca del «paraíso», era un orificio oculto tras una pieza de cuero que se combaba en dirección al observador. No era lo bastante grande como para permitir el paso de una persona. A través de una ranura caía un rayo de luz sobre las piernas del por lo demás invisible visitante del lugar. Oí voces, risas—. —¡No te toca a ti otra vez, Laila! —La luz cesó, el cuero se tensó ¡y se combó hacia mí como el trasero de una mujer! Comprendí lo que ocurría, y mi mano comenzó a agitarse aún con más prisas que el miembro dentro de mis calzones. Mi dedo buscó paso a través de la rendija, una ardiente humedad lo envolvió, y no quise resistirme por más tiempo. La casta Kasda me había obligado a mirar sus ojos grises, y su voluptuosa hermana seguramente estaba deseosa de mostrarme lo más hondo de su infierno. Pero aquel trasero anónimo que se me ofrecía sólo pretendía una cosa: ¡ver sus ansias satisfechas! ¡Y yo deseaba exactamente lo mismo! Me disponía a desabrochar mis calzones cuando de pronto oí que el armario se movía, se abrió un madero y me vi frente al maestro Herlin, cuyo rostro me observaba con el ceño fruncido, aunque en seguida me dijo en tono amistoso: ¿Qué hay: carne joven? ¿Capullos en flor? —Meneó pensativo el anciano cráneo. Yo estaba demasiado desconcertado para responder a su gesto burlón—. ¿Vienes de ver a Pola, cada vez menos *mujairra*^[221]?

Asentí sin pensarlo, pero protesté enseguida:

—Maestro, no pensaréis que...

—Es tu error, infante —exclamó, criticando mi recato—. ¡Su entrega viene acompañada de una experiencia inestimable; no puede equipararse a la necia curiosidad de esas pequeñas huríes! —Se quedó meditando, sonriente—. Antes, cuando aún tenía fuerzas, solía trepar por la barra. —El recuerdo, excitante, le provocó una tos—. Hoy estamos abocados a este limitadísimo intercambio de ternuras; por desgracia, las huríes han descubierto nuestro secreto y tratan de confundirme y de seducirme, a mí, a este anciano. —Reparó en la situación en que me colocaba al haberme descubierto y, evitando toda falsa complicidad, añadió—: Si lo que deseas son los frutos verdes de la higuera, ¡sírrete! —Y con estas palabras quiso alejarse, dispuesto a no molestarme por más tiempo.

—No —aseguré con viril firmeza, y me pegué a sus talones—. Yo sabré apreciar la jugosa madurez del fruto... y, además, ¡soy fiel a mi prometida!

—¡Yeza está madura! —me advirtió Herlin—. De hombre a hombre: ¡más te vale no tardar demasiado en cosechar los frutos de su precioso huerto!

Juntos arrimamos el armario hasta dejarlo en su sitio.

—¡Te está buscando por todas partes!

Atravesé a toda prisa la «cúpula de la Compensación». Al dejar atrás la biblioteca tropecé con Hasan.

—¡El gran maestro quiere verte! —me avisó con expresión maliciosa.

—¿Dónde está Yeza? —pregunté, ansioso.

—¡Seguramente en el sótano, con Zev Ibrahim, buscándote!

Decidí que era preferible no agotar su paciencia, y me dirigí a través del puente más próximo hacia el palacio, siempre en compañía de Hasan, quien pensaba seguramente beneficiarse del privilegio de haber sido el primero en localizarme.

Encontré a los «asesinos» reunidos en el ambiente ceremonioso de la sala de audiencias. Su majestad Muhammad III, *imam* de todos los creyentes ismaelitas, esperaba, sentado con aire sombrío en el trono. Junto a él divisé a los dignatarios y heraldos de su poder sobre la vida y la muerte, a un *fidai* portador de las dagas insertadas una en otra a su derecha, y a otro con el lienzo doblado sobre el antebrazo a su izquierda. Acababa de llegar una delegación de mongoles. Sus componentes no eran personas de rango, todos eran jóvenes guerreros que servían de mensajeros al gran Khan. El *imam* solicitó de Herlin, que acudió a toda prisa, que le tradujera la misiva. «Nos, supremo soberano del mundo, te ordenamos...»

La frente del gran maestro estaba brumosa, pero a partir de ese momento un auténtico vendaval apartó las oscuras nubes para dejar al descubierto una arteria hinchada por la ira.

—¡No me aburráis con el babeo de un pastor patizambo que cuida su rebaño de cabras ciegas e impertinentes bueyes! ¿Qué pretenden esos cuatrerros?

Herlin leyó la misiva.

—Exigen la entrega inmediata de los infantes y la ofrenda de suntuosos regalos.

La ira del *imam* se desencadenó como una nube preñada de tormenta y sus rayos cayeron sobre los mongoles, que permanecían impasibles porque no alcanzaban a entender nada de lo que se les venía encima. Disciplinados y convencidos de ser intocables, sólo se dieron cuenta de que su mensaje no era recibido con agrado. Cuantos conocían al *imam* esperaban el trueno de su veredicto con el anuncio inmediato de la pena, pero entonces el soberano pareció recuperar una inesperada bondad:

—Deseo brindar al gran Khan un regalo que le gustará, pues se ajusta a su naturaleza. Pero lo invito a que acuda a Alamut para contemplarlo... ¡Tradúcelo, Herlin!

Lo hizo, compungido, y las caras de los mongoles se iluminaron como si el sol irrumpiese a través de las nubes cargadas de un temporal que pasa de largo, compadecido.

El *imam* prosiguió con viveza:

—Señalaré con mucho gusto el camino que trae hasta aquí. Haré levantar

mojones cada milla con un dedo que señalará la dirección de la Rosa, y ágiles pies sabrán indicar a vuestro señor cómo atravesar gargantas y collados... ¡traduce, maestro! —Y al decirlo azuzaba con alegre impaciencia a Herlin, que sospechaba una maldad y se esforzaba por no exteriorizar sus inquietudes. Los mongoles no estaban seguros de que su gran Khan se fuera a tomar la molestia de recoger el regalo personalmente, pero consideraron que la oferta implicaba un acuerdo. La cuestión del traslado de los infantes ya se arreglaría. No habían venido a negociar, sino a transmitir una exigencia muy clara. Si el *imam* mostraba intención de proporcionar al gran Khan una alegría adicional, era un asunto que habrían de convenir entre los dos. De modo que los delegados asintieron, y no repararon en que el *imam* le había hecho una seña a su fiel Hasan y que la estancia se había ido llenando de hombres armados, quienes no se agolparon en torno al grupo de los mongoles, sino que se mantuvieron retirados; sí, incluso algunos que se habían aproximado excesivamente a la delegación fueron llamados al orden y apartados por Hasan, empeñado en que se guardaran las distancias.

—¡Mi regalo saludará al gran Khan desde las almenas! Serán vuestras cabezas —dijo entonces el *imam*, dirigiéndose directamente a sus huéspedes, y su voz sonó como si los estuviera invitando a un festín—. Vuestros pies cercenados lo conducirán seguro hasta Alamut y vuestras manos le indicarán el camino hacia aquí.

Su mirada risueña invitaba imperiosa a Herlin a que transmitiera verbalmente a los mongoles la naturaleza del regalo. Éste no fue capaz de hacerlo con expresión festiva, sino que pronunció el veredicto con la cabeza gacha, sobre todo al observar que Zev Ibrahim entraba en la sala con su silla de ruedas y se apostaba a mi lado, junto a una de las columnas.

Los delegados escucharon la traducción primero incrédulos, después asustados, y finalmente encolerizados. Se agolparon, sin saber si una intervención pacífica podría salvar sus vidas o si debían iniciar un desesperado ataque con las manos vacías, hasta que el cabecilla impuso su criterio y aulló:

—No os atreveréis a cometer semejante crimen, pues la venganza... —En ese mismo instante Zev Ibrahim accionó una manivela oculta en la columna y el suelo se abrió con un crujido, dejando al descubierto una estrella precisamente en el lugar donde se encontraba la delegación. Todos se precipitaron hacia el abismo, arrastrando consigo a un par de «asesinos» excesivamente atrevidos, y se estrellaron contra el fondo del caldero.

—Descuartizad a esos borregos, tal y como he dicho —ordenó el *imam* a Hasan—. Antes de la comida quiero deleitarme con el adorno de mis almenas. La Rosa tendrá que tolerar durante unos días a esos pulgones en los bordes de sus pétalos.

Como ves, querido William, estamos bien, y Alamut no nos ofrece más que alegres horas de serenidad y disfrute. «La esencia de la Rosa está marcada por el fervor religioso, entregada en cuerpo y alma al servicio de Alá, al conocimiento de las grandes verdades de los astros y de los sagrados misterios, como el amor.»

Tu Roç, que no te echa de menos en absoluto.

L.S.



Para William de Roebrok, O.F.M., de Yeza, O.C.M.

¿Acaso se puede matar a los seres humanos como si de ganado se tratara? William, tú lo rechazarías con firmeza, aunque tu indignación no sería excesiva. Están colgados abajo, en el sótano de Zev, del techo de una cámara cavada en la roca, y parecen enjutos cerdos desventrados, sin cabeza, sin pies, y sin manos. En muchos días no podré probar la carne. Cuando bajé al sótano, a ver a Zev Ibrahim, abrí la puerta equivocada mientras buscaba a Roç.. NO era precisamente una visión edificante: tanto más cuanto que los matarifes les han rebanado lo que han podido a los mongoles, más allá de lo ordenado por el gran maestro. No encontré a mi amigo, creo que me rehuye.

El ingeniero estaba arreglando en ese momento el mecanismo de su silla de ruedas, y para poder hacerlo flotaba en una especie de cáscara de nuez, es decir, dentro de una de las numerosas bañeras que hay allí disponibles. El centro de gravedad de su cuerpo le sirve de ayuda en su incesante lucha por mantener el equilibrio. ¿Qué pensará «Zev sobre ruedas» del espectáculo de esos cuerpos masacrados? Se acercó remando con las manos al borde de la bañera, donde lo esperaba su vehículo rodante. Con un movimiento certero alzó el torso sobre el reborde, ágilmente y sin golpearse, hasta alcanzar la silla.

—Debes vigilar más a Roç —me confió mientras yo lo empujaba, cosa que consiente con agrado siempre que se obedezcan al pie de la letra sus órdenes—. El muchacho pasa por una etapa difícil, ya no es un niño, pero aún no ha sido admitido en el mundo de los hombres. ¡No me gustaría que diera ese paso en falso, empujado por la impaciencia!

—Seguramente por eso me evita —admití—. Pero sabe que nuestro destino es dar ese paso juntos. Yo estoy preparada —añadí con cierta insolencia.

—Puede que se lo demuestres con excesiva claridad, y tenga miedo de fracasar contigo —murmuró Zev Ibrahim mientras ascendíamos por las rampas del caldero.

—El mundo no es de los valientes, pero la mayor parte de las hembras sucumben ante el héroe. El que duda nada consigue —iba diciendo yo, prodigando lugares comunes, pues la conversación me desagradaba. A fin de cuentas, Roç y yo nos conocemos desde la infancia, y ¿para qué disfrutamos del don del habla, si no es para explicarnos?

Empujé la silla de Zev hasta las cestas que conducen al palacio. Allí tropezamos con Alí, quien nos dijo:

—No encuentro a Roç por ninguna parte. El gran maestro quiere que asistamos a la ceremonia y... —de pronto adoptó un tono misterioso— Omar se alegraría de verte

una vez más, antes de...

Lo interrumpí, irritada —aquella cháchara femenil me parecía indigna—, y respondí en voz alta:

—Si uno de mis amigos parte a la lucha, ¿seré gustosa la *damna* que despide a su caballero!

Yo sabía que Omar saldría con el próximo grupo para realizar una misión por orden del gran maestro, para «sembrar la muerte sin temer a la muerte». La muerte propia, por supuesto. Iba a ser castigado por habernos llevado a Roç y a mí a Iskandar. El estúpido de Alí había arruinado la empresa, tan perfectamente planificada por nosotros, y Hasan había conseguido que la pena de muerte que merecía el crimen fuera conmutada por esa «prueba» que tan pocas expectativas de supervivencia ofrece. Así que debía armarme de valor. Subí en la próxima cesta, no permití que Alí me acompañara, y me dirigí al palacio. ¿Se me daría una última oportunidad de hablar con Omar? Se lo merecía, pues habíamos sido nosotros quienes lo convencimos para que nos acompañara a Iskandar.

En la sala de audiencias reinaba un festivo silencio. Los catorce *mujtarrat fida'i*^[222] permanecían arrodillados, formando dos hileras a los pies de la escalera que conducía al trono, que aún estaba vacío. Descubrí a Omar en primera fila, e intenté hacerme notar enviándole señas, pero él no me miró. Los jóvenes oraban. A derecha e izquierda del trono se habían situado, como siempre, los dignatarios. Vi a mi maestro Herlin y también a Zev Ibrahim, único que tiene derecho a permanecer sentado. Miré a Omar. ¿Llevaría mi imagen en su recuerdo? Pensé en su cuerpo viril, en cómo habíamos buceado rozándonos las piernas en el lago de Iskandar. Ésta sería su última noche. ¿No debería yo yacer con él, pese a todo? Después oímos los tambores, primero a lo lejos, como un retumbar sordo; enseguida se unieron a ellos las dulzainas. Por la puerta que conduce a la biblioteca y al harén entró Hasan, seguido del *imam*, todo vestido de blanco. Su hijo Khurshah lo seguía con ropas del mismo color. Durante mucho tiempo, siguiendo órdenes de su padre, había estado realizando un largo periplo de visitas a las fortalezas «asesinas» vecinas para fortalecer su carácter. Yo no había echado de menos al ternero.

Su padre tomó asiento —todos se habían arrojado al suelo—, y después su santidad Muhammad III habló:

—El viento va adonde lo lleva el arbitrio, la semilla cae al suelo cuando llega el tiempo de la madurez. Yo, en cambio, soy el vendaval que sabe a donde va, y soy el sembrador que arroja la semilla en medio de la tormenta.

Se dirigió a los catorce *mujtarrat* arrodillados ante él y les indicó que se levantaran. La música sonó más fuerte, pronto se añadieron trombones y agudas flautas.

—Vosotros sois mi semilla de hierro y acero. Os envío cual tempestad para arrasarlo cuanto se oponga a vuestro paso por valles y laderas, hasta alcanzar la meta. Como una oscura nube avanzaréis por las inmensas llanuras de la estepa hasta

vislumbrar al hombre que debe ser abatido por mi rayo. Que os acerquéis sigilosos o con estrépito, que os ganéis su necia confianza disfrazados o lleguéis hasta él con el grito del suicida, eso lo determinará la madurez de la semilla que se inclina sobre la tierra y arraiga cuando siente que han llegado la hora y el lugar de unirse a ella. Y, al final, vuestras dagas se hundirán en el pecho del hombre elegido.

Las dulzainas y las flautas se acallaron. Khurshah, que me había descubierto, me lanzó un torpe guiño con sus ojos de ternero. Después calló también el trombón, sólo los tambores vibraban aún en un tenso *staccato*.

—Mangu, el gran Khan, es la tierra abonada que hará germinar la semilla. ¡Acabad con el soberano de los mongoles!

Un golpe de trombón, restallaron los cuernos hasta entonces mudos, las dulzainas aullaron de alegría, y las flautas alzaron jubilosas su canto. Los catorce *fida'i*, entre ellos mi estimado Omar, se abrazaron por parejas. De dos en dos acudirían también a la lucha, y, llegado el caso, se entregarían a los brazos de la muerte. Es inevitable. También era inevitable lo que ocurrió a continuación. Detrás del trono se abrió en la pared una puerta doble que el dibujo de la madera ni siquiera disimula, sino que, tentadora, está siempre a la vista. Se trata, como sé muy bien, de un acceso directo al «paraíso». La entrada apareció claramente iluminada y mi Pola se presentó en el umbral, acompañada de sus bellas huríes. Todas se habían engalanado al máximo, se habían adornado con joyas, y sus ropas de tul eran tan livianas que debajo aún resaltaba más la desnudez de sus cuerpos. Las huríes hacían señas a los *mujtarrat*, el gran Khan los animaba en medio de los acordes de una música incitante y de los excitados gritos de los espectadores.

—¡El «paraíso» les abre sus puertas! ¡El «paraíso» es suyo! ¡Las más bellas huríes aguardan a los afortunados!

La mayoría de los *fida'i* no se hicieron rogar. Khurshah quiso unirse a ellos, pero su padre lo agarró y lo retuvo, propinándole un leve golpe en la nuca. Mi Omar vacilaba; fue el último en marchar, ¡pero lo hizo! ¿Debía yo permitir que su cuerpo hermoso, cálido, velludo, se entregara a una hurí? ¿Debía ella descubrir bajo mil ardientes besos el tesoro que aquellas ropas ocultaban? Me levanté y corrí para dirigirme, por la escalera de mi maestro Herlin, hacia los aposentos de mi amiga. Desde allí conseguiría abrirme paso hasta las pequeñas estancias en las que las huríes suelen aguardar a los héroes. Agarraría a la más cercana por los cabellos, la encerraría en el primer sitio que encontrase y me mantendría al acecho en la oscuridad, ocupando su puesto. Con ese propósito, ciertamente loco —te veo reír, William—, crucé la biblioteca como una exhalación. ¡Mi Omar en brazos de la gorda Laila! Me parecía tenerla delante, haciendo bambolear sus gruesos senos y abriendo los poderosos muslos, y no fui capaz de imaginarme a Omar sumergiéndose en aquel voluptuoso abrazo. No lo veía por ningún lado. Él me buscaba, y yo no iba a defraudarlo.

Jadeando, llegué al dormitorio de Pola. Estaba vacío. ¡Esa insaciable!

¡Desvergonzada! De un brinco alcancé la puerta que da a la escalera de caracol, el único acceso a los jardines del «paraíso». ¡Estaba cerrada! La sacudí. Pola, ¡la serpiente traidora! ¿No le había hablado yo de Omar? ¿No le había echado ella el ojo ya en Iskandar? Sin duda había bajado, abiertos los brazos, como una hurí cualquiera, a ofrecer el ardiente regazo para recibir el poderoso impulso que ¡sólo a mí me pertenece! Pataleé y me lancé contra la puerta, la aporreé con los puños. De nada me valió. Bajo las ventanas se oían risas y cuchicheos, más insistentes que de costumbre. A esas risas se añadían ahora unas desacostumbradas voces masculinas, acres y excitadas. Traté de distinguir la de Omar, pero no lo conseguí. No quise oír más. ¡Ah, traidor! ¡No quería verlo nunca más! Me dejé caer sobre la cama de Pola, oculté mi cabeza bajo los almohadones y los mordí, pero no lloré. Naturalmente, habría podido descender por una de las ventanas, agarrada a las plantas trepadoras que cubren los muros y suben hasta las ramas de los árboles. Así habría aterrizado en el «paraíso», y las huríes se habrían reído de mí o me habrían desnudado violentamente. No, ¡era demasiado tarde! Allá abajo, lo oía muy bien, todos habían encontrado un regazo, y yo no quiero servir de segundo plato. Omar ya estaría entre los muslos de la insaciable Pola, o ella, la maestra, cabalgaría sobre él, triunfante poseedora de sus caderas, azuzando al potro. Mi mano se había deslizado hasta mi ardiente vientre, adentrándose en la puerta temblorosa, y no tardó en encontrar la llave del paraíso. Mis dedos se agitaban, pensé en Omar, el magnífico, y en Pola, la arpía. La llave fue creciendo en mi mano húmeda, rodé de un lado a otro, y la puerta del placer se me abrió. Entré, corrí, me precipité, jadeé, me detuve, suspiré, un temblor recorrió todo mi cuerpo. Me había dormido. Buenas noches, William.

Tu Yeza, inútil hasta para el amor, O.C.M.

L.S.

IX UN DIGNO MISIONERO



Crónica de William de Roebruk, Ostia, en la fiesta de los santos Cleto y Marcelino^[223], 1252 d.C.

Hube de esperar el invierno entero y la primavera antes de poder albergar esperanzas de sustraerme a la hospitalidad del arzobispo cardenal. Tras la conclusión del *mappa terrae mongalorum*, el señor Reinaldo nos solicitó a los minoritas una valoración escrita de la previsible política futura del gran Khan. Mis hermanos se eclipsaron. Lorenzo de Orta fingió estar aquejado de reuma en la espalda y de gota en los dedos, y Bartolomeo de Cremona adujo como pretexto tener importantes tareas que realizar en el archivo.

El informe se me asignó por tanto a mí, que había demostrado ser el especialista más insigne en la cuestión mongola al haber acertado en que sería Mangu el elegido por el *kuriltay*.

Pero esta vez no tuve a mi disposición a un Cimabue, tan sólo la *Ystoria* de mi hermano en la Orden, Pian del Carpine, a quien mi orgullo no me permite citar directamente. En cuanto puse manos a la obra recordé la debilidad de mi anfitrión por el fundador de reinos Alejandro Magno; alabé sus campañas y las comparé con la política conquistadora de los mongoles, dejando sentado *a priori* que los pueblos de la estepa no desarrollan tanto una ambición política como una estrategia guerrera. Me atreví a afirmar que todo les fue bien mientras avanzaron con su rápida caballería bajo el mando de Gengis-Khan, sometiendo a reinos enteros a tributación cuando no los destrozaban, y retirándose después a sus tierras esteparias sin olvidar jamás sus orígenes de pueblo nómada. En cambio si Mangu lleva a cabo los planes que ha proclamado tras ser elegido —si es que no los había expuesto ya antes, precisamente para que lo eligieran—, las conquistas encomendadas a sus hermanos darán lugar a ocupaciones permanentes, lo que, antes o después, conducirá a la fundación de otros reinos que desarrollarán su propia política y sin duda se opondrán al poder central del gran Khan. La fuerza del Khan de todos los khanes se verá así debilitada y el altisonante título de «soberano del mundo» acabará en mera palabrería. Por otro lado, los nuevos reinos no permitirán que se repita el fenómeno del poderío mongol. La vida en las urbes o en asentamientos fijos creará una estructura feudal de cuño oriental, marcada por jerarquías administrativas inamovibles y en absoluto desinteresadas. La ventaja de poder reunir con rapidez una fuerza de ataque concentrada y de incalculable número, sometida al mando exclusivo del gran Khan, se verá pues sustituida por la dependencia de vasallos, pactos, negociaciones y componendas. En términos generales, la ulterior extensión del reino mongol equivaldrá a su fin, como cuando se llena una vejiga de cerdo que es capaz de

conservar el vino en buen estado, pero que si se hincha demasiado se vuelve tan frágil que la aguja más fina sirve para reventarla, si no revienta antes por sí misma. Esta fue la conclusión a la que llegué, y he de decir que me enorgullezco de ella. Recordé también la desmembración del reino de Alejandro bajo sus sucesores.

El «cardenal gris» necesitó varios días para digerir mis tesis, pero después me llamó a su presencia.

—William —dijo sin ambages—, es posible que la elección de Mangu signifique el fin del imperio de los mongoles, pero también significa que aún tiene por delante su período de mayor expansión. En estos mismos momentos tenemos a sus ejércitos no lejos de nuestras fronteras. ¿Dónde habrían de adentrarse sino en nuestros países, situados en torno al *Mare nostrum*, desangrados por nuestra codicia, debilitados hasta la impotencia por nuestras rencillas? ¿Quién habría de impedirselo?

Reflexioné largo tiempo.

—¡Ellos mismos! —afirmé después con sencillez. Pero cuando comprobé que aquello le provocaba un gesto adusto, abordé el asunto desde otra perspectiva—. En primer lugar, sólo tendremos que enfrentarnos al futuro soberano sobre «el resto del mundo», a Hulagu, quien habrá de cruzar muchos países enemigos antes de llegar a nuestras playas. Y no tendrá que vérselas con simples pueblos esteparios, para los que «someterse» se reduce a una cuestión material, sino ante todo con el mundo del Islam, un poder espiritual que extrae fuerzas de su fe, y que posiblemente sea capaz de desarrollar incluso un ideal de unidad.

—¡Un extremo al que nosotros los cristianos, por suerte, jamás lo hemos llevado!

—Lo mismo ocurrirá cuando pasen a poner en peligro, de hecho y con insistencia, a Occidente. —Mi afirmación encerraba mucha osadía, y yo era perfectamente consciente de ella.

—Pero: ¿lo saben los mongoles? —inquirió burlón Reinaldo di Jenna—. ¡De poco nos valdrá que el señor Hulagu se bata en retirada si antes incendia Roma y se lleva a cuestas los tesoros de la Iglesia!

—Es preciso aclararles a tiempo que jamás dominarán el «resto del mundo», si no... —De pronto me vino a la mente, como una visión, el destino de la pareja real de infantes. Con Roç y Yeza gobernándolos, tal vez podrían... Traté de imaginármelos como *oc-khanes*, como «soberanos de Occidente», tal y como yo los presenté en su día en Constantinopla, con sus ropajes mongoles.

—William —dijo el «cardenal gris»—, ¿te refieres a los niños?!

No era exactamente una pregunta. Asentí. Él calló durante largo tiempo.

—¡Los tártaros no los tienen, y jamás los tendrán!

Sonaba como una amenaza. De modo que me apresuré a replicar:

—Nada saben del destino...

—¡Sandeces! —me corrigió—. Esos niños son criaturas de Satanás, bastardos de la estirpe de los Hohenstaufen, una carnada de herejes que no tendrá jamás destino alguno, a menos que caigan en manos de los mongoles y alguien como tú les

suministre además la receta para su empleo.

El ilustre señor se había ido encandilando a medida que hablaba. A mi imaginación acudió la figura del inquisidor anunciando la pena de muerte tanto para mí como para Yeza y Roç.

—No podréis acabar con el saber oculto del «gran proyecto» poniendo fin a la vida de un insignificante minorita. —En aquellos momentos, el ataque era mi mejor defensa—. Debería preocuparos más bien que los infantes no caigan en manos inadecuadas.

—Si hemos llegado al punto, William, en que eres tú quien me da consejos —de nuevo había adoptado el tono habitual de fría ironía—, entonces expónme ese «gran proyecto», con el que pretendes modificar mi simple deducción de que sólo la muerte de los infantes nos protegerá del abuso de su imagen. ¡Se me ocurre pensar que tal vez Vito de Viterbo^[224] tuviera razón!

¡Sólo me faltaba eso! Medité con insistencia y me eché a reír, para que no se me notara.

—¿Queréis impedir que los mongoles asen sus corderos delante de San Pedro^[225]? En tal caso, debéis hacerles saber que no se les permitirá tal placer si no acuden acompañados de los infantes. De modo que alguien, alguien como yo, por ejemplo, tendrá que ofrecerles esa receta como único medio que les garantiza el gobierno sobre el «resto del mundo», incluida Roma, ¡y endilgársela de una manera convincente, a traición! Al mismo tiempo tendremos que ocuparnos de la seguridad de los infantes. Sólo así se podrá disuadir a los mongoles de desear instalar sus caballerizas en San Juan de Letrán^[226]. Que por cierto, considerando su tamaño, les serviría muy bien.

Me permití esa broma puesto que, en cierto modo, estaba luchando por mi vida.

—Si los infantes mueren, en nada se distinguirá el Patrimonio de San Pedro, incluso Occidente entero, del resto de los países que suelen conquistar, que someten, saquean y arrasan. ¡En vuestras manos está, eminencia!

El señor Reinaldo no me miraba precisamente con entusiasmo, pero se mostró conciliador.

—Puedes irte tranquilo a comer, William de Roebruk, que no te envenenaré. Pensaré en algo muy especial para ti.

Sonrió. Yo repuse:

—Eminencia, os agradezco de antemano las viandas y las bebidas.

Pasaron varios días en que me vi incapaz de disfrutar de la comida y en que dormí muy mal. Aún recordaba a Bartolomeo de Cremona en su figura de Barto, envenenador al servicio del último «cardenal gris». Su objetivo, esta vez, no sería yo, sino los infantes, sobre todo si persistía el peligro de que cayesen en manos de los mongoles. En tal caso, los esbirros disfrazados de misioneros, de peregrinos o de legados incluso, acudirían en bandadas a Karakorum con la mortal ponzoña y no escatimarían medios hasta cumplir con su cristiano cometido. *Pax et bonum*^[227].

Amén.

Vislumbré un rayo de esperanza cuando supe que había llegado Crean de Bourivan. Como al «asesino» converso le era imposible, por entonces, viajar por Occidente con su séquito y presentarse abiertamente como una delegación del *imam* de los ismaelitas, y mucho menos utilizar su propio apellido, que lo delataría como descendiente de una familia de herejes, llegó disfrazado de mercader de Trípoli. Crean había cambiado de táctica tras los últimos fracasos. Ni se daba a conocer como «asesino» ante sus interlocutores, ni solicitaba ayuda para la amenazada Alamut. Más bien ofrecía sus servicios como mediador, mostrando unas credenciales extendidas por Muhammad III. En sus primeras y vanas entrevistas previas en Antioquía, San Juan de Acre y también en Foggia, ante el rey Manfredo, había constatado que nada endurece más los corazones de los cristianos como exponer ante ellos la propia impotencia y necesidad. Hay que ofrecer una contrapartida, y Alamut tiene a los infantes.

Me enteré del progreso de las negociaciones por mediación de Lorenzo, curado repentinamente de todos sus males. El arzobispo cardenal sabía muy bien con quién se las había. Barto no quiso renunciar a demostrarme lo bien que funcionaba su servicio de información.

—El hijo de John Turnbull podrá disfrazarse de metropolitano de Novgorod, si le apetece; ¡el hedor de su traición a la fe le precede como si de un pedo del mismísimo diablo se tratara!

No es mala idea, pensé, pues es cierto que los rasgos de Crean recuerdan los de un asceta. Le recomendaría camuflarse de sacerdote, en el caso de que finalmente llegara a encontrarme con él a solas.

Pero el señor Reinaldo y su ayudante se ocuparon de que no lo consiguiera. Marearon al ismaelita con la idea de una cruzada encabezada por Carlos de Anjou, que partiría del mar Negro y contaría con la ayuda de los reyes de Armenia y Georgia, hermanos en la fe, a quienes también había que ayudar a sacudirse el yugo tártaro. Aunque antes, el señor Carlos tenía que acabar en su tierra con la satánica descendencia de los Hohenstaufen. Y una vez que lo consiguiera en Sicilia, la futura expansión de la *Ecclesia catolica* por suelo griego no podía ser sino deseable, pues descargaría en parte a la oprimida *Terra Sancta*^[228]. Nada impediría entonces imaginar a Alamut como fortaleza avanzada de Occidente, pero de lo que no cabe duda es de que no constituye el lugar más adecuado para alojar a los infantes, que correrían allí un gran peligro.

—El señor Reinaldo hablaba de «nuestros queridísimos niñitos» y su boca era todo mieles —me comentó Lorenzo, sonriente—. Y el zorro de Barto se hizo eco de inmediato: «Nada puede desear más la santa Iglesia que la seguridad de los benditos infantes.» ¡A Crean debieron de dolerle los oídos ante tamaña hipocresía!

—¡Ojalá! —dije yo—. No hay que permitir que Barto se acerque a Roç y a Yeza. ¡Es como una de esas serpientes que son capaces de disparar su veneno a una

distancia que parece segura!

—El arzobispo cardenal llegó incluso a proponer que los «asesinos» entregasen ya a los infantes a la Santa Sede, y que a cambio la Iglesia se comprometería a realizar antes de fin de año esa campaña disuasoria, la expedición al Cáucaso cristiano.

—¡Crean no será capaz...!

—Pues sí —dijo Lorenzo—. Crean respondió que si Carlos estaba dispuesto a recoger personalmente con un ejército cristiano a los infantes en Alamut, antes de que concluya el año, le serían entregados de mil amores. Pero hasta entonces habría que dar largas a los mongoles, que ya han expresado un gran interés por llevárselos a su corte.

—¿El señor Reinaldo palideció? —me aventuré a preguntar, y Lorenzo me lo confirmó.

—Está dispuesto a cualquier cosa con tal de acelerar el éxito del de Anjou en Sicilia, según prometió. Ver a los infantes en manos de los mongoles sería una catástrofe que supondría la pronta ruina de Alamut, y un duro y lamentable golpe para Occidente, aunque, por supuesto, no significaría el final.

—¿Y cómo reaccionó Crean?

—Dijo que los «asesinos» están acostumbrados a mirar cara a cara a la muerte. Que aun en su agonía son capaces de pensar con aprecio en aquellos que los envían a morir. Si Alamut cayera, ello supondría que miles de dagas aguardarían no sólo a los vencedores, sino a todos los soberanos de este mundo que hubiesen negado su apoyo a los ismaelitas, de modo que ninguno se salvaría. Si el *imam* entraba en el paraíso, muchos reyes de Occidente, y tal vez incluso el Papa o su representante, acabarían por arrodillarse a su paso.

—Al «cardenal gris» no le agrada esa clase de amenazas —dije, y no me faltaba razón.

—Pero bastó para disuadirlo de encerrar a Crean en el calabozo o de increparlo. Éste propuso entonces, en tono muy conciliador, que el señor arzobispo cardenal debía entregarle, o enviarle, al franciscano William de Roebuk, para que velase en nombre de la Iglesia por el bienestar de los infantes durante todo aquel año de espera.

—¿Y? —pregunté, todo expectación.

—El señor Reinaldo opinó que no podía ser. «¡Ese versado minorita, a quien tanto apreciamos, ha sido elegido por el rey Luis IX, junto con el hermano Bartolomeo, para encabezar una nueva misión en tierras mongolas!»

¡Era un duro golpe! Tuve que sentarme.

¿No estarás bromeando, Lorenzo?

—Si no me crees, ¡consúltaselo a Gavin! —Lorenzo se hizo el ofendido—. ¡Acaba de llegar y ya lo sabía!

En ese momento me llamó Barto para que acudiera a la sala de audiencias. Allí estaba el señor Reinaldo, rodeado esta vez, con toda solemnidad, por sus diáconos y

varios *camarlenghi* y *capitani* del ejército papal, convocados con toda urgencia. También estaba presente Gavin con un destacamento de templarios, como correspondía a su rango de preceptor de la Orden. Vestidos con sus largas túnicas blancas y con la cruz roja de extremos en forma de zarpa, la impresión que causaban era excesivamente fastuosa, aunque, a Dios gracias, se veía atenuada por el colorido grupo que rodeaba a Crean. Un coro infantil cantaba:

*Virga Jesse virgo est Dei mater,
flos filius eius est cuius pater. O!
Huic flori preter morem edito
canunt chori sanctorum ex debito.
Laus, laus, laus et iubilatio,
potestas cum imperio
et sine termino
caelorum Domino.* ^[229]

Sentí un extraño vacío en el estómago.

—Se te ha distinguido con un gran honor, hermano Guilelmus de Roebruk — anunció el arzobispo cardenal con su agradable voz de barítono—. El poderoso rey de Francia, el bienamado soberano Luis, te ha elegido para que transmitas un mensaje suyo al gran khan, en la lejana Karakorum.

Hizo una pausa y me miró con tanta unción que sentí vértigo.

—Para garantizar el éxito de la misión le hemos aconsejado que no te presentes ante el soberano de los mongoles en calidad de legado, sino proclamando la palabra de Dios en el sentido literal de la palabra, es decir, como simple misionero. Así se ha decretado —añadió, esperando que me postrase humildemente en señal de aceptación. Pero yo no tenía la menor intención de cargar con aquel muerto.

—No soy digno —dije, en un arrebato de cabal apreciación de mi propia persona—. Ya tuve ocasión de realizar ese maravilloso viaje y he conocido aquellas amables tierras y a sus magníficas gentes, y pude disfrutar de la extraordinaria hospitalidad del gran khan, que me colmó de honores. ¿Y cómo se lo he agradecido a la Iglesia? ¡He demostrado ser indigno de ella! De modo que por esta vez deseo retirarme con toda modestia y ceder a otros... —señalé a Bartolomeo, que me miraba traspuesto, y a Lorenzo, que sacudía asustado la cabeza— la oportunidad de alcanzar la gloria eterna y hacerse merecedores del agradecimiento de la Iglesia.

Con estas palabras me incliné y me retiré unos pasos.

—William —dijo el señor Reinaldo adoptando un tono marcadamente paternal—, te doy permiso para dejar Ostia y emprender ese honroso y, como tú mismo has dicho, «maravilloso» viaje. ¡Que la Madre de Dios te acompañe!

A mi entender, el hermano Barto no se parecía en nada a la Madre de Dios, ni a cualquier otra menos casta que hubiese sido más de mi gusto, de modo que repuse,

mostrándome terco:

—¡Pues yo prefiero quedarme en Ostia!

Se hizo un silencio embarazoso. Entonces saltó Crean y anunció que sabía el modo de hacerme cambiar de parecer. Me llevó a un rincón y me entregó, para mi alegría, unas cartas de los infantes. Las abrí y empecé a leerlas. El señor Reinaldo se impacientó y anunció:

—Señores, ¡a la mesa! ¡En verdad, ese minorita se muestra poco digno!

Dos guardias apostados a la entrada de la sala se ocuparon de que pudiera dedicarme en exclusiva a la lectura de las cartas, mientras mis tripas protestaban. Me sentía débil. Crean, el único que había permanecido a mi lado, me susurró al oído:

—¡Los niños te necesitan!

Medité. Si aceptaba la misión me libraba de aquel encierro. Si me perdía por el camino o me quedaba atrás, herido de muerte, podría volver a reunirme con mi Roç y con mi Yeza, y Barto podría transmitir él solo el mensaje del rey Luis. Lo insinué entre dientes:

—¡Tendrás que ocuparte de que me «pierda» por el camino y llegue hasta Alamut!

Crean asintió y se retiró.

No pude seguir leyendo, porque Gavin me honró con su visita. Su voz delataba el esfuerzo que hacía por mantener a raya al templario truculento y conspirador que habita en él.

—No creas, frailecillo —me aleccionó con ese tono altivo suyo que me es tan familiar—, que podrás refocilarte y disfrutar con los infantes en Alamut durante los próximos años. ¡No pueden permanecer allí! Tendrás que ocuparte sin pérdida de tiempo de que escapen de los «asesinos» y regresen a Occidente. Tienes plenos poderes, te doy mi palabra. ¡Naturalmente, Crean no debe saber nada de todo esto! —añadió, cosa que no hacía falta, y salió de la estancia con un tintineo de espuelas.

Quise terminar mi lectura, que había enternecido mi corazón desde las primeras palabras de encabezamiento. ¡Mis pequeños «cronistas»! Entonces oí gritar a los guardias, que me llamaban por mi nombre. Temeroso, oculté los preciosos escritos en mi pecho. Me condujeron al despacho del «cardenal gris». Allí se encontraba ya el señor Reinaldo, esperándome con impaciencia.

—William —dijo escuetamente—, la Iglesia te debe mucho por los malos momentos que has padecido. Te agradecerá esta nueva misión. Hay pocos franciscanos con tu experiencia y tus méritos. Dentro de poco quedará vacante el puesto de ministro general de tu Orden. —Lo dijo con tal firmeza que creí ver al actual ministro general tomándose despreocupado una sopa y cayendo, de pronto, muerto al suelo—. Ese alto cargo será para ti si olvidas las consignas que te han susurrado, si sacas a los niños de Alamut, los entregas a Bartolomeo, y, como si no hubiera sucedido nada, prosigues y llevas a término la misión. Nada les ocurrirá a los infantes. Bartolomeo nos los entregará sanos y salvos.

Acto seguido tuve una visión de Roç y Yeza tomándose la sopita, como buenos infantes, llevándose la mano al pecho y cayendo fulminados de la silla. A mí me esperaba probablemente la misma suerte a mi regreso, y sin duda antes de que pudiera confiar mis sospechas a alguien. Podría encontrarme a Barto disfrazado de mendigo al borde de la carretera, un mendigo que me permitiría probar de su platillo. Me apresuré a responder:

—Sí, eminencia, ¡me tomaré la sopa, como ordenáis!

El señor Reinaldo me miró extrañado, pero asintió satisfecho. ¡Podía retirarme! Me llevaron un plato de judías con tocino a la sala de audiencias y escribí a toda prisa unas líneas para los infantes. «Queridos míos, pronto estaré con vosotros para liberaros. No hagáis preguntas, haced caso sólo de lo que yo os diga. Os abraza, de todo corazón, vuestro William, O.F.M.»

No quise confiar esta carta a Crean, pues sabía por Lorenzo que aquél había seleccionado entre los hombres de su delegación a un correo que debía regresar para entregarle al *imam* un informe provisional. Crean le comunicaba a su gran maestro que hasta la fecha no había topado más que con oídos sordos, corazones embrutecidos y, sobre todo, con espíritus apocados, pero que estaba dispuesto a cumplir la tarea que le había encomendado su superior y a seguir viajando de corte en corte. Si su misión fracasaba, no volvería a aparecer ante sus ojos. Sabía cómo debe morir un *fida'i*.

Pobre Crean, pensé, ¡puedes darte por muerto! Yo no me enredaría en tales promesas. Pero Crean ya había escrito su misiva y el correo tenía los caballos ensillados. Me acerqué a él antes de que los demás volvieran de la comida. Insistí en que les entregara mi carta a los infantes personalmente. Partió.

Esta misma tarde abandonaremos todos el Castel d'Ostia. Mi humilde persona, en compañía del vigilante Bartolomeo de Cremona, en misión oficial al país de los mongoles; Lorenzo de Orta, de camino hacia Otranto, para ocuparse de la intendencia; y Crean de Bourivan, con su séquito, en dirección a Nápoles, confiado en que podrá hablar en el campamento del ejército asediador con el rey alemán Conrado, cuya llegada es esperada allí. Su hermano bastardo Manfredo, que gobierna en calidad de regente el sur de Italia con una autonomía considerable, ya había echado con cajas destempladas a los «asesinos» en una ocasión anterior. Gavin Montbard de Béthune ha organizado nuestro viaje al sur, que realizaremos a bordo de una nave aragonesa.

L.S.

X

EL TEMPORAL ARRECIA

En la cordillera de Jorasán llovía a cántaros. Procedentes de la tundra siberiana y del mar Caspio se sucedían las nubes que cruzaban la estepa para vaciarse luego sobre las accidentadas rocas. La delegación de «asesinos» encabezada por el-Din Tusi alcanzó en su camino de regreso el pozo de Iskandar. Los mongoles dirigidos por Ata el-Mulk, más vigilantes que acompañantes, exigieron detenerse allí para descansar.

El ayudante de Hulagu era consciente de que su avance tranquilo por el interior de tierras ismaelitas se debía no tanto a los veinte arqueros, o a la media docena de «guerreros secretos» que Bulgai le había otorgado como escolta, como a la protección invisible y más eficaz que Alamut brindaba a el-Din Tusi. Cuanto más se acercaban los mongoles al «nido del águila», más peligrosa se tornaba la misión. Para darse cuenta de ello no hacía falta reparar en las señales de advertencia que iban multiplicándose: los pies cortados asomando de grandes montones de piedras, sobre desfiladeros azotados por el viento y ante los vados que cruzaban las impetuosas corrientes de los ríos. En árboles y estacas aparecían adheridas como arañas repelentes numerosas manos, y todas señalaban hacia Alamut. El ayudante aún podía considerar a Tusi como una especie de rehén, o, mejor aún, como un amuleto, pero en aquel lugar, a menos de medio día de caballo de la tenebrosa fortaleza, no valía mucho más que la *jamsa* que llevaba colgada del cuello. ¿Lo protegería del *âin al hasud*^[230] de Alamut?

Llamó a su presencia a Kito, el hijo del general Kitbogha, y le dijo:

—Adelántate y dime si avistas algún grupo importante en las cercanías. Aposta a la mitad de los arqueros sobre los tejados de las casas aledañas y encomienda a la escolta que vigile todos los flancos del pueblo.

Kito se sintió honrado de poder cumplir sus órdenes, y, sobre todo, de que le encomendaran la avanzadilla. Se disponía a salir al galope cuando Dshuveni, consciente de su responsabilidad frente al padre, aconsejó al impetuoso joven:

—¡Pero evita cualquier escaramuza!

Sin soltar las riendas, Kito dio las órdenes precisas y supervisó su cumplimiento antes de partir para su misión de vigía.

Uno de los habitantes de mayor edad salió al encuentro de Ata el-Mulk y lo saludó:

—*Assalamu aleikum. Alá yahmik! Ahlan ua sahan*^[231]. ¿Por qué ofendes nuestra hospitalidad recelando de este pueblo y sus pacíficos moradores?

El ayudante respondió al saludo del hombre con una mirada severa:

—Junto al río que tuvimos que cruzar hemos encontrado un montón de piedras entre las que sobresalían huesos de pies humanos.

El hombre, padre de Omar, agradeció íntimamente a Alá haberle dado a entender

que era mejor no hacer ostentación de ciertas botas. Los extranjeros que estaban entrando en Iskandar con aires tan hostiles llevaban todos el mismo calzado de cuero blando, bordado y acolchado. A él las botas le quedaban demasiado pequeñas y se las había regalado a su hija Aziza. De modo que replicó, muy sereno:

—Esos pies los perdió uno que había ido demasiado lejos, apartándose del buen camino. Un aluvión acabó con él. *Inch'alá! Hadha ahdhar!*^{[232][233]}

La noticia del regreso de la delegación de «asesinos» y sus acompañantes, guerreros extranjeros, había saltado de cima en cima hasta alcanzar la plataforma lunar de Alamut, donde la sacerdotisa se apresuró a enviar, por medio de la bola, aviso a Zev Ibrahim.

Éste adivinó enseguida que se trataba de una escolta mongola y llevó la misiva procedente de Iskandar personalmente a palacio. El gran maestre se encontraba de viaje por tierras deudoras de tributos, y en tales casos era obligado informar al emir Hasan Mazandari. A él, no a su hijo Khurshah, que a la sazón contaba diecisiete años, había encomendado el *imam* el gobierno supremo de la Rosa.

Cuando el ingeniero, una vez arriba y abandonada la cesta, trataba de avanzar con su silla de ruedas, tropezó con el favorito, que iba acompañado del príncipe heredero.

—¡El-Din Tusi ha llegado ya al pozo de Iskandar! —les gritó Zev.

—En tal caso mañana estará aquí —replicó Hasan con frialdad, arrebatándole el mensaje sin echarle ni un vistazo—. No debías haberte molestado.

—Es que nuestro embajador no regresa solo —comentó Zev con retintín—. Lo acompaña una delegación mongola, encabezada por una insigne personalidad...

El emir acusó el golpe. Hasan palideció y arremetió contra Khurshah, como si éste fuese el culpable de las atrocidades cometidas por su padre:

—¡Haz que quiten enseguida esas malditas cabezas de las almenas! Cabalgaré a su encuentro y trataré de retenerlos.

Pero Khurshah se encrespó. Se tragó un «hazlo tú mismo» que tenía en la punta de la lengua, y gruñó:

—¡Ordénalo tú, a mí no me obedece nadie!

Bajaron en la cesta. Hasan hizo sonar el *gong*. Los *fida'i* acudieron a toda prisa desde el fondo del caldero y Hasan les ordenó retirar no sólo los cráneos con las gorras mongolas de las almenas, sino también cualquier vestigio que pudiese de alguna manera recordar a la delegación masacrada, y entregarlo todo abajo, en el sótano de Zev Ibrahim. Ocupado con estas diligencias, Hasan no reparó en que Khurshah se escabulló del recinto nada más llegar. El hijo del *imam* no entendía por qué debía ser el favorito quien tuviera el honor de saludar a los huéspedes extranjeros. Ese derecho le correspondía a él, y tenía la intención de alegrar a su terrible padre con semejante decisión. ¡Recibir a toda una embajada! «El *imam* podrá hacer después lo que le plazca con las cabezas y los miembros», pensó el muchacho.

De modo que Khurshah reclutó a una pequeña tropa entre la guardia del turno de día, mandó preparar a su mejor caballo e hizo bajar uno de los puentes levadizos. Cuatro jinetes cruzaron el foso, dirigiéndose sin rodeos hacia la cordillera.

Kito informó de que no había avistado a nadie en todo el valle, Y Dshuveni decidió enviar desde Iskandar a uno de los «asesinos» a Alamut. Su misión era anunciar la llegada de los demás y lograr que se iniciaran los preparativos para la entrega de los infantes. Pero el padre de Omar se presentó corriendo y dijo:

—El emir Hasan Mazandari os saluda en nombre del *imam* Muhammad III, *at-tarhib*^[234], y os ruega que lo esperéis aquí. ¡Ya está en camino para recibirnos como merecéis!

—Parece que te enteras de cuanto ocurre en el aire, sobre la tierra y debajo del agua —se mosqueó el ayudante.

Pero el hombre replicó con alegre sencillez:

—¡La Rosa lo sabe todo y nos hace saber a nosotros, humildes servidores suyos, lo que hemos de decir y lo que no!

—¿Y por eso sin duda ocultas —insistió Dshuveni con acritud— cuál es el significado de la mano clavada en el palo del pozo?

—La perdió alguien que la alargó en el bosque en pos de madera que no era suya. Un árbol se precipitó al suelo y se la arrancó. *Inch'alá! Hadha ahdhar!*

En aquel momento llegaba, procedente del pueblo, una muchacha. Tenía el aspecto de una gata salvaje; el negro cabello le caía revuelto, casi descuidado, sobre los hombros, y sus oscuros ojos revelaban un fuego pasional irrefrenable. Pero lo más llamativo eran sus botas, que mostraba con infantil orgullo, aunque en nada dulcificaban sus movimientos. Se trataba de delicadas piezas de procedencia mongola. Aziza hizo caso omiso de las miradas irritadas primero, amenazadoras después, con las que su padre pretendía alejarla de allí, hasta que éste agarró una piedra. La hermosa niña se marchó a toda prisa.

Dshuveni había observado el incidente. Llamó a Kito y dijo en voz alta, y no precisamente en la lengua de los mongoles:

—¡Tráeme esas botas! —Y, mirando al padre, añadió—: ¡Si la chica se resiste; tráemelas con los pies dentro!

Kito vaciló, pero el ayudante explicó secamente:

—Esas botas son demasiado caras para una pueblerina.

Entonces Kito comprendió, y desenvainó la espada antes de lanzarse en pos de Aziza. El padre titubeó. No se arrojó a los pies del mongol, pero se mostró dispuesto a dar una explicación:

—Mi hija no ha hecho nada malo. Salvó a un extranjero que se vio en apuros en la montaña. Y él le regaló las botas... ¡en agradecimiento!

Dshuveni sabía que el anciano mentía. El lugar apestaba tanto como los pies que

habían llevado aquellas botas.

El ayudante aprovechó la inquietud que embargaba al padre.

—Tráeme a los hombres del pueblo —ordenó—. Todo el que posea unas botas similares habrá de entregarlas. ¡Si encontramos después más calzado extranjero en alguna casa, el propietario será decapitado!

El padre de Omar se apresuró a cumplir las órdenes.

Aziza era consciente del efecto que causaba en los hombres. Se detuvo, provocativa, varias veces durante la carrera, para asegurarse de que Kito no había perdido su rastro. Como éste, en cuanto dejó de ver a Dshuveni, había vuelto a envainar la espada, no se le ocurrió pensar que el joven guerrero extranjero la perseguía a causa de las botas. Corrió hacia el portón abierto de su casa y se volvió una vez más al llegar al arco de la entrada. Quería indicarle dónde debía esperarla, arropado por la oscuridad. Pero entonces la mano de su madre la agarró por los cabellos y la arrastró hacia el interior de la casa. Sin decir palabra arrojó a Aziza a la recámara, de modo que la chica cayó de espaldas sobre la cama. La madre le quitó una bota de un tirón y la escondió bajo su falda, después le arrancó la otra y salió corriendo al patio.

Kito había visto la mano de la madre y se detuvo. Más valía no enfrentarse a esa clase de mujeres. Además, su misión consistía estrictamente en regresar con las botas. Mientras permanecía allí, vacilante, la madre de Aziza se presentó en el umbral de la casa y le lanzó una mirada sombría, que lo castigaba de antemano por su atrevimiento si osara traspasar la puerta que ella se disponía ya a cerrar a cal y canto.

Kito hizo acopio de valor, se acercó a ella y dijo:

—Tengo que llevarme las botas que llevaba puestas vuestra hija.

—¡Mi hija no tiene botas! —lo despachó, y se volvió, dispuesta a internarse en la casa.

Kito meditó si debía retenerla por la fuerza y obligarla a entregarle el calzado. Entonces su mirada cayó sobre la fila de hombres que, encabezados por el padre de Omar, avanzaba por la ladera hacia el pozo y que, al verlo, se detuvieron a observarlo con hostilidad. Dejó en paz a la mujer y se apartó. Los hombres prosiguieron la marcha, Kito esperó hasta que hubieron desaparecido y se acercó de nuevo a la casa. Detrás de las rejas de la ventana de la recámara apareció el rostro de Aziza, haciéndole señas de que se acercara. Kito le gritó:

—¡Por favor, quítate las botas y alcánzamelas; así no te ocurrirá ningún mal y a mí tampoco!

Por toda respuesta, Aziza alzó la pierna y asomó los pies descalzos a través de la reja, uno detrás de otro.

—Mi madre me las ha quitado —se lamentó—. Seguramente las habrá quemado, lo que me entristece mucho.

A Kito le dio pena y quiso arreglarlo.

—¿No puedes ir a buscarlas? Con sólo un trozo me...

Ella se echó a llorar.

—¡Si no me hubieras perseguido por su causa! ¡Eran todo mi orgullo, y tan calientes! —Aziza lloraba de rabia—. ¡Sólo piensas en ti y en las órdenes que te han dado! ¡Olvídalas de una vez, olvídate de mis botas!

Kito se acercó a la reja y le cogió el pie con tierno ademán. Aziza lo dejó hacer.

—Te deseo —susurró el muchacho con voz enardecida—. No hago más que pensar en ti y en ese pie encantador que debería cortarte para no regresar con las manos vacías. —Acarició el pie, sin soltarlo, hasta que Aziza quiso retirarlo, asustada—. ¿No puedes descubrir si quedan restos de las botas en el hogar? —trató él de convencerla.

—Pero si estoy encerrada, estoy prisionera —dijo la muchacha con voz zalamera cuando vio que el muchacho no echaba mano del puñal—. Pero lo haré con mucho gusto esta noche, cuando regresen los demás.

—¿Quieres que te libere? —ofreció Kito, pero ella negó con la cabeza y susurró —: Nos observan cientos de ojos. Si cruzas el umbral, todo el pueblo se levantará en armas. ¡Ya es bastante grave que te detengas tanto tiempo delante de mi ventana!

—Lo hago por ti —dijo Kito, y soltó el pie, dispuesto a marcharse de allí.

Entonces Aziza le preguntó en voz baja:

—¿Cómo te llamas?

Y él replicó:

—Kito.

—Yo me llamo Aziza. Vuelve esta noche. Si encuentro algo, te lo daré, y quizá...

Formuló aquel vago ofrecimiento, y él respondió:

—Te estaré esperando...

Ella callaba. Kito añadió:

—...toda la noche, pues mañana a primera hora partimos...

Aziza bajó la voz.

—¡Kito, no vayas a Alamut! —Y, como si ya hubiese hablado demasiado, se volvió bruscamente y se retiró a la penumbra de su cuarto. Kito comprendió que aquella advertencia iba más allá de una simple prueba de amor, y dio media vuelta. No había nadie en las puertas de las casas vecinas, pero sentía que cien pares de ojos lo miraban, y se alejó de allí arrastrando los pies.

Hasan había abandonado Alamut una hora más tarde de que lo hiciera Khurshah, aunque con las prisas no había reparado en su escapada. El emir hubo de detenerse una vez más delante de la Rosa, pues advirtió la llegada de un correo que traía dos cartas selladas, una para el gran maestro y otra para Yeza y Roç. El mensajero pretendía entregar esta última —una misiva de William de Roebruk, O.F.M.—

personalmente a los infantes, pero Hasan se apoderó de ella. Como no se atrevía a leer una carta dirigida al *imam*, rompió el sello del Patrimonium Petri que cerraba la otra, leyó la breve nota y soltó una risa sarcástica. Había oído hablar de ese fraile, pero jamás habría imaginado que fuese tan necio como para formular en palabras perfectamente legibles una propuesta tan osada como traicionera. Esos franciscanos eran unos simples, ¡sus cerebros eran como los de los gorriones! Hasan volvió a asegurarse de que todas las cabezas habían desaparecido de las almenas y envió al mensajero a la fortaleza, encomendándole no decirles ni una palabra a los niños. Cabalgó brioso hasta llegar al pie de la montaña, donde lo aguardaba un grupo de arrieros con un buen número de muías. Cambió de montura e iniciaron el recorrido por el valle. La lluvia había remitido, y el sol de mediodía se abría paso entre las nubes.

En Iskandar el padre de Omar había convocado a los lugareños y se dirigió con ellos hacia el pozo, junto al que se habían instalado los mongoles que retenían a la delegación de «asesinos» como rehenes. Dshuveni, el oficial ayudante, se encargó de que los hombres del pueblo no se mezclaran con los miembros de la delegación, y los llevó a un corral cercano. Allí debían entregar las armas que llevaran encima. Los hombres protestaban y refunfuñaban. El padre de Omar se cuadró ante el ayudante y dijo:

—¡Va contra nuestras costumbres!

Dshuveni no respondió, sino que obligó al viejo a alzar la vista hacia donde estaban apostados los arqueros mongoles, que habían ocupado los tejados y dirigían sus flechas hacia ellos.

El padre de Omar le dijo a el-Din Tusi, que presenciaba la escena en silencio:

—Puede desencadenar un baño de sangre, si es eso lo que busca, pero ninguno de esos extranjeros podrá sacar después agua del pozo de Iskandar para lavar sus heridas.

—Entregad vuestras armas —replicó el-Din Tusi—. Ata-el- Mulk Dshuveni no desea verter sangre. Abandonará este lugar en breve, ¡pero antes quiere asegurarse de que no se produce ningún suceso desagradable!

—¡Me iré cuando haya cumplido con mi cometido! —rezongó el ayudante—. ¡No necesito intermediario, el-Din Tusi, entre mi persona, embajador del gran khan, y un puñado de pastores que no quieren entrar en vereda!

Los hombres se agolpaban delante del corral amurallado y expresaban su indignación, aunque no con improperios, sino murmurando en voz baja y lanzando al tiempo miradas hostiles a los mongoles.

Dshuveni notó que la tensión crecía. Sumándolos a la delegación de «asesinos», los pastores superaban en número a sus mongoles, y, además, conocían la región. Si no cortaba de raíz aquella revuelta, habría perdido la partida.

Kito se acercó con pasos atemperados, como si todo estuviera en orden y no se hubiese percatado del peligro.

—¿Y las botas? —inquirió el ayudante.

—Esta tarde las tendré... creo —le informó Kito, muy tranquilo.

—¡Para entonces podemos estar todos muertos! —protestó Dshuveni, furioso—. ¿Dónde está ese anciano impertinente, el padre de la muchacha? —dijo, arremetiendo contra el-Din Tusi, que era ajeno a la disputa y se encogió de hombros. El padre de Omar había desaparecido.

—¿Quién es el más viejo del pueblo? —aulló el ayudante. Le señalaron a un anciano que había sido el primero en entrar en el corral y permanecía allí sentado, sereno y expectante.

—Coge a los hombres de Bulgai —dijo Dshuveni, volviéndose de pronto hacia Kito y adoptando un tono amenazador—. ¡Y córtale la cabeza al viejo! —le ordenó fríamente.

—¿Yo? —preguntó Kito.

—¡Sí, tú! No desobedecerás mis órdenes por segunda vez, aunque seas hijo de Kitbogha.

—Haces bien en recordarlo —repuso Kito, apretando los labios.

Los hombres de Bulgai se abrieron paso entre los pastores, y Kito entró en el cercado, se acercó al sorprendido anciano, le cortó la cabeza y la lanzó hacia la multitud que se agolpaba junto al muro y que, al verlo, se retiró asustada.

—*Inch'alá!* —exclamó Ata el-Mulk Dshuveni—. ¡Estáis avisados!

El mensajero mongol apostado en el valle anunció que se acercaba un grupo de cuatro jinetes. Poco después se presentó a la entrada del pueblo un joven con su escolta, que se dirigió directamente hacia el pozo donde la delegación de el-Din Tusi permanecía agolpada como un rebaño de ovejas rodeado de perros pastores mongoles.

Ata el-Mulk Dshuveni se dio cuenta de que debía de tratarse de un ismaelita de alto rango, aunque sus acompañantes no portasen ninguna insignia. Pensó que sería el emir Hasan, que había anunciado su llegada, y se tomó tiempo para saludarlo. Observó que los «asesinos» se incorporaban primero y se arrojaban después al suelo para saludar al recién llegado, y que también el-Din Tusi se inclinaba. El ayudante había oído hablar de la privilegiada posición del favorito, y le molestó el servilismo con que era recibido semejante arribista.

—El gran maestro de los «asesinos» no parece otorgar mucha importancia a nuestra visita —le lanzó a la cara al joven, sin saludarlo ni dar otras muestras de respeto—, puesto que nos ofrece tan pobre recibimiento.

Khurshah se quedó perplejo, pues se había imaginado que la aparición de su persona compensaría con creces la falta de protocolo y halagaría la vanidad de los

visitantes. Pero no estaba dispuesto a mostrarse ofendido.

—¿Qué mejor recibimiento podría ofrecer el excelso *imam*, su santidad Muhammad III, soberano de todos los ismaelitas, a vosotros, extranjeros, más que enviándome a mí, su único hijo y heredero, para saludaros? ¡Soy Khurshah!

En la cara de Dshuveni se dibujó el asombro más incrédulo, y luego una astucia perversa. Hizo una profunda reverencia y dijo:

—Si así es, alteza, me siento honrado y mucho más cerca del cumplimiento del cometido que me ha encomendado mi amo Mangu, gran khan de todos los mongoles.

Paseó una mirada desdeñosa por la tosca figura del príncipe y observó su rostro. No descubrió en él más que una infinita estulticia. Quizá fuera ésa la trampa que se le tendía. ¡Era difícil que existiese alguien de aspecto más estúpido que Khurshah!

El ayudante se mantuvo en guardia.

—Príncipe Khurshah, sabio caballero, guardián de la Rosa ante la cual no prevalece ningún secreto —lo aduló—, sin duda sabéis que hemos sido enviados para que nos entreguéis a los «hijos del Grial», y para conducirlos sanos y salvos ante el trono del soberano del mundo.

Khurshah volvió a mirarlo con una expresión tan boba que la respuesta que dio, inspirada por su perplejidad, bien podía pasar por un astuto ardid. La vanidad le hinchó el rostro y exclamó:

—Sea cual fuere vuestro deseo, mi señor embajador, quiero invitaros cordialmente a Alamut, donde seréis agasajados y tendréis ocasión de exponer a mi excelso señor padre lo que deseáis. Así que seguidme sin dilación ¡para que podáis respirar el aroma de la Rosa antes de que la envuelva la noche!

Estas palabras hicieron recelar aún más a Dshuveni, sobre todo después de que Kito se le acercara para susurrarle:

—¡No vayáis a Alamut! Es lo único que pude sonsacarle a la hermosa muchacha. Las botas que queríais, Dshuveni, se las ha arrebatado su madre.

—¡Para desaparecer con ellas! —gruñó el ayudante—. Te he acusado injustamente de desobediencia, Kito —añadió, más sosegado.

—Le ha cortado la cabeza a ese anciano, y a mí me ha proporcionado una cita con la chica —lo interrumpió Kito—. En cuanto caiga la noche.

—De modo que tendrás una aventura amorosa. ¡Pero no ves que no me interesa cómo cortas esa flor, sino de quién es la mano clavada en el palo y los pies que usaron las botas antes de que adornasen los delicados tobillos de tu bella pastora!

Khurshah se mostró inquieto al observar la amena prolijidad con que se distraía Dshuveni, en lugar de darle una respuesta concreta. Quiso decir algo al respecto, pero en ese momento el-Din Tusi le hizo un gesto y señaló a los arqueros que mantenían ocupados los tejados y que apuntaban hacia los «asesinos», incluyendo al príncipe y su pequeño séquito. Khurshah lamentó no haber permitido que le precediese Hasan, y confió en que éste llegaría cuanto antes. O bien acudía solo, y entonces el ladino emir caería en la misma trampa —idea que llenó al príncipe de gozo—, o bien vendría

acompañado de un buen número de guerreros. Cuanto más lo meditaba, más lo aterrorizaba esa segunda posibilidad. Si caían sobre los mongoles, éstos no le perdonarían la vida, sabiendo que era el príncipe heredero.

Khurshah rogó a el-Din Tusi que intentara parlamentar con el jefe de los mongoles. El anciano regresó con el mensaje de que era demasiado tarde para partir. Los extranjeros aceptaban encantados su hospitalidad, pero aquella noche la pasarían todavía en el pueblo.

A primera hora de la tarde avistó Hasan el pacífico pueblo de Iskandar. De pronto cayó un guijarro a su lado. El emir alzó la vista y descubrió a un viejo pastor que, desde lo alto de una roca, le rogaba con un gesto que se detuviera. El viejo bajó, ágil como una cabra.

—¡Soy el padre de Omar! —exclamó—. Mi hijo sirve al *imam* como *fida'i*. Y vos sois Hasan Mazandari, el emir de su confianza —añadió, alegrándose al ver que su interlocutor asentía sorprendido—. ¡No sé por qué habéis dejado que se os adelante Khurshah! ¡El joven ha caído en la trampa!

La noticia asustó al emir, pues echaba por tierra todos los planes que había estado urdiendo mientras cabalgaba hacia Iskandar.

El padre de Omar tenía algo más que decir y lo soltó con picara alegría:

—¿Sin duda sabéis lo que pretenden de vos los mongoles?

Hasan lo intuía, pero no quería reconocerlo.

—¿Podemos liberar a Khurshah?

El viejo negó con la cabeza.

—Como mucho conseguiréis su cadáver, atravesado por las flechas y sin manos ni pies.

—¡Debo hablar con los mongoles! —le contestó Hasan entre dientes.

—Me lo imaginaba —replicó el padre de Omar—. Tenéis mi casa a vuestra disposición. Os conduciré hasta allí sin que os vean.

El-Din Tusi se presentó ante Ata el-Mulk y le comunicó que el emir Hasan Mazandari había llegado al pueblo y deseaba hablar con él a solas. El ayudante maldijo el descuido de sus guardias y ordenó a los hombres de Bulgai que desenvainaran los sables y rodearan a Khurshah. Siguió al mediador con la única compañía de Kito, quien, reconociendo el caserío, le susurró:

—¡Aquí es donde vive la muchacha de las botas! —Se hizo a un lado, junto con el-Din Tusi, mientras Dshuveni cruzaba solo el umbral.

No acudió nadie a saludarlo. El emir Hasan estaba sentado en un banco, en el patio. Le hizo una seña para que se acercara. En una sencilla mesa de madera había una jarra de vino, una fuente llena de queso de cabra fresco y una cesta con tortas. El

hambriento ayudante se sentó y se sirvió. También Hasan comió con fruición, después se limpió la boca y dijo:

—Queréis a Yeza y a Roç. No puedo entregároslos; no son ni nuestros prisioneros ni nuestros rehenes. Sólo puedo transmitirles vuestro deseo y rogarles que vengan a vuestro encuentro.

Dshuveni tragó, para no hablar con la boca llena.

—Mientras no estén en nuestro poder, y vivos, no habré cumplido mi misión. Ocupaos de que pueda abandonar este lugar con ellos, para conducirlos ante el gran khan, que los espera.

—Me esforzaré por conseguirlo —replicó Hasan—. Pero vos no privaréis al gran maestre de su hijo...

—¡Contadles lo que queráis a los infantes, pero traédmelos! —cortó Dshuveni bruscamente. Chasqueó la lengua, pues aún tenía queso en la boca—. Si lo conseguís, soltaremos a Khurshah. Te doy un plazo de un día y una noche, después nos retiraremos con nuestros rehenes y consideraremos que nos habéis tratado de forma poco amistosa.

Hasan llenó ambos vasos, y bebieron.

—Saldré a primera hora de la mañana. Sólo a partir de entonces debéis contar las horas. Y no aconsejaré a los infantes que crucen la cordillera de noche.

—Será mejor que partáis ahora mismo —repuso Dshuveni—. Mi palabra vale desde el momento en que la pronuncio. Si os apresuráis, podréis cruzar el valle antes de que anochezca. Después os iluminará la Rosa. Sin duda para entonces allí ya estarán al tanto de lo que hemos convenido.

Hasan esbozó una sonrisa ante la finura con que el mongol encomiaba la celeridad con que entre ellos se transmitían las noticias, tan alejada del desdén con que los mongoles solían tratar a otros pueblos. Se incorporó y ordenó al padre de Omar que le facilitase un guía experimentado para el descenso, ya que debía trasladarlo al valle por la vía más corta y antes de que oscureciese. Salieron enseguida, con animales frescos y guías nativos.

En Alamut, nada revelaba una agitación fuera de lo habitual. La mayoría de los «asesinos» no se había dado cuenta de que Hasan y Khurshah habían abandonado la fortaleza sin elegir a un sustituto en el mando. Únicamente Zev Ibrahim estaba inquieto, pues sabía lo que los había movido a partir a toda prisa hacia Iskandar. El gran maestre podía regresar en cualquier momento, y sería él quien tendría que rendirle cuentas. Zev conocía muy bien los arrebatos de ira del *imam* —comparables a los ataques de un demente— y acudió a Herlin en busca de consejo.

Roç supo por Alí que había llegado un mensajero de Crean. Al parecer, había querido entregarle a ellos, Roç y Yeza, una carta, pero Hasan se la había arrebatado. Roç preguntó por el autor de la carta, pero Alí sólo supo decirle que llevaba el sello

del Papa, pues aquello lo había impresionado mucho. De modo que Roç exigió a Alí que le trajese al mensajero, pero éste había desaparecido como tragado por la tierra. Entonces decidió buscar a Yeza, a la que suponía en compañía de su amiga Pola. Subió con la cesta hasta el palacio y siguió, sin que lo viese nadie, por la escalera de caracol oculta detrás del trono.

Ante la prolongada ausencia del temido gran maestro se había relajado el celo de su guardia, que estaba acostumbrada a ver vagar a Roç y a Yeza por el palacio vacío. Roç alcanzó la *quaât al musawa*^[235] y se extrañó al no encontrar allí ni siquiera al bibliotecario. Descubrió al fin en un nicho al maestro Herlin, junto a la silla de ruedas de Zev Ibrahim. Los dos ancianos conversaban animadamente en voz baja, de modo que Roç se acercó con sigilo, desoyendo los crujidos del entarimado, hasta donde suponía que se encontraba la entrada a la «cueva de las Profecías apócrifas» y que también debía conducir a las habitaciones de Pola. Así se lo había referido Yeza, cuya voz oyó por encima de él al subir los primeros peldaños:

—¡Quiero saber de una vez quién es esa persona que ha llegado a Iskandar, tan importante que tanto el ternero como la serpiente no hayan tenido nada mejor que hacer que cabalgar hasta allí! Si no me lo quieres decir, preguntaré a mi estimado Herlin. —Se cerró ruidosamente una puerta, y los pasos de Yeza resonaron por la escalera de caracol adosada al muro.

—¡Una carta! —le gritó Roç saliéndole al encuentro, tras desechar la atractiva idea de asustarla, agazapado en la oscuridad—. ¡Ha llegado una carta para nosotros...!

—¡De William! —repuso Yeza, acelerando el paso—. ¡Una carta de William! —dijo, aún sin resuello—. ¡Y ese maldito Hasan ha roto el sello, a pesar de que el mensajero insistía en que debía entregárnosla en persona! —Buscó en la oscuridad el cuerpo de su compañero y lo abrazó excitada—: Pola ha llamado a su presencia al mensajero y lo hemos interrogado, sin sacarle nada en limpio. El otro escrito se lo envía Crean al *imam*.

Bajaron juntos los últimos escalones y entraron en la sala. Herlin y Zev separaron las cabezas en cuanto vieron aparecer a los jóvenes.

—¿Qué pasa en Iskandar, Zev? —preguntó Roç desde lejos—. ¡No debes callártelo! Sé que Hasan...

—El propio Hasan os lo contará, pronto estará aquí. ¡Debéis esperarlo en el palacio! —dijo Herlin—. No sabemos más que vosotros.

Y para que fuese creíble semejante respuesta tan poco verosímil, Zev se apresuró a hacer rodar su silla hacia la cesta, como si no hubiese nada más que hablar, y se escabulló. Como también Herlin se mostrara reticente, Roç y Yeza bajaron compungidos al palacio y se sentaron en la sala de audiencias, cerca del trono vacío. No sabían qué decir y, distraídos, se situaron frente al tablero de ajedrez, donde les entraron ganas de terminar una partida que el *imam* había comenzado antes de su marcha. Al soberano le gustaba jugar, después de cenar y hasta altas horas de la

noche, con Zev; pero cuando creía que iba a perder, solía aplazar la partida. Malas lenguas afirmaban que la amañaba para poder rematarla al día siguiente como ganador. Yeza movía las figuras con tal descuido que Roç le advirtió:

—¡Hasta el ternero te derrotaría! —Y se levantó.

Yeza se apresuró a comerse aún la dama contraria y lo siguió por uno de los puentes colgantes que conducían a las almenas. Desde allí contemplaron el llameante espectáculo del crepúsculo antes de que unas oscuras nubes cubrieran el cielo y comenzase a llover de nuevo. Pero no experimentaron ningún deseo de renunciar a tan aireado lugar, sino que buscaron refugio en una de las garitas. A sus pies podían observar el cáliz de la Rosa, el bullicio reinante en el caldero, donde ahora se encendían los hachones ante la llegada de la noche. Contemplaron las escaleras y escalas, los pasadizos y puentes hacia las celdillas que representaban las habitaciones, vieron brillar el oscuro palacio, y el «nido de avispas», por el que cruzaban a intervalos regulares las antorchas de los vigilantes. Siguieron el cambio de guardia en las poternas y en los puentes levadizos, en lo más hondo. Y también arriba, en la corona almenada, se procedía al relevo. Las siluetas de los guardianes se destacaban contra el cielo de la noche. En el laberinto que formaba el interior de la Rosa bullía la vida como en un nido de hormigas silvestres, una diligente laboriosidad, una familiar inquietud que no se cansaban de contemplar.

—¿Quién crees —preguntó Roç— que ha construido la fortaleza, quién habrá ideado todo esto?

Yeza le lanzó de refilón una mirada divertida.

—¿Es un examen? —Pero cuando notó que escrutaba, serio y preocupado, el interior del caldero, quiso animarlo—. Por lo que sé, «Zev sobre ruedas» fue el genial ingeniero.

Dejó la frase sin terminar, pues no estaba convencida de haber acertado.

—De él procede la mecánica, el varillaje, la luna que gira, pero la Rosa estaba antes.

—No puede ser obra de un solo hombre. Piensa en la riqueza de conocimientos, los tesoros espirituales que reúne —le hizo notar Yeza—. Ni siquiera la mente de Herlin sería capaz de abarcar tanta maravilla.

—Quizá sea más antigua que la humanidad. —Roç confiaba en que así fuera, sólo pensarlo le provocaba un estremecimiento. Yeza, en cambio, albergaba sentimientos difusos y se esforzaba por mantener la cabeza fría.

—Es posible que en la antigüedad ya fuera un lugar de culto, ¡pero, en cualquier caso, lo que vemos es una obra humana! Antes de Zev ha habido también osados constructores, piensa en la gran pirámide...

—Tanta maravilla —repuso Roç con expresión reverente— sólo puede proceder de Dios. Si no fuera así, ¿por qué no está la biblioteca, cuyo contenido recoge desde el simple saber hasta la profecía, e incluso hasta la revelación, emplazada en cualquier parte de la Rosa, sino que es más bien un lugar mágico que parece flotar

por encima de ella?

—¿No creerás que ha caído del cielo? —Yeza fue incapaz de reprimirse.

—Eso mismo —dijo Roç— es lo que yo creo. Es un regalo de Alá.

Yeza calló largo rato; alargó el brazo hacia su compañero, lo atrajo hacia sí y dijo:

—Es hermosa, es el cáliz de nuestro amor.

Roç enlazó las manos por detrás del cuello de su compañera, y sus labios buscaron los de ella.

—Yeza —jadeó—, es tan hermosa y tan terrible como nuestro amor. A veces temo que su fuego pueda consumirnos.

Ella le cerró los labios con un beso, sus lenguas se encontraron apasionadas y hábiles, como sólo le es dado a los amantes.

—Un regalo de Alá —suspiró Yeza cuando se separaron.

Era una despedida, pero no lo sabrían hasta haber abandonado aquel cálido edificio lleno de milagros astrales, de fe y de sabiduría, de belleza y de terror, de placer y de muerte. Los cascos temerarios de un caballo los alejarían de aquel lugar, sede de doctrinas y refutaciones, de profecías y de revelaciones secretas, del saber supremo y de las huríes del «paraíso». Se encontrarían después en un mundo nuevo, extraño y frío... sin magia, sin misticismo, sin Dios. Ahora sólo lamentaban no tener en sus manos la misiva tan ansiada de William y maldecían la malevolencia de Hasan, que no sólo la había leído, sino que además se la había escamoteado a ellos, sus destinatarios.

Cuando Alí dio con su escondite —lo que consideraron un incordio— lo mandaron a la cocina para que se ocupara de que les subieran una cena. Ésta consistió en tres platos diferentes, todos aderezados con muchas especias, de *fatirit laham mafrum*^[236]: de faisán, de ciervo y de jabalí, además de *thamar*^[237] marinado con jengibre y pimienta, calabaza, higos y bayas de un rojo oscurísimo, así como alforfón y *rus binni*^[238] con cebolla y frito en aceite. Se bebieron, en compañía de Alí, cuatro jarras enteras de limonada fría. Hacia medianoche, cuando su disgusto ya se había desvanecido, percibieron una extraña actividad allá abajo, en el caldero. Hasan había regresado. Alí, que se apresuró a bajar movido por la curiosidad, volvió y exclamó:

—¡Os llaman inmediatamente a presencia del emir, arriba, en el palacio!

Hasan los esperaba en la sala de audiencias, sudado y cubierto de polvo por la cabalgada. Les hizo tomar asiento junto a la mesa del ajedrez, de modo que en un primer momento pensaron que los regañaría por haber movido las piezas, pero el emir no dejaba de caminar de un lado a otro con las manos a la espalda, como un tigre enjaulado. Era evidente que le daba vueltas a algún problema, y de pronto les soltó una pregunta muy directa:

—¿Queréis ir a Iskandar? —Aquel ofrecimiento no impresionó ni a Roç ni a Yeza, ni les pareció especialmente atractivo, aunque por razones diferentes. Yeza no sentía el menor deseo de volver a ver a la rolliza Aziza ronroneando en torno a Roç como una gata salvaje, sobre todo porque esta vez no tendría el consuelo de Omar, y

para Roç la propuesta carecía de encanto sin la compañía de su amigo. De modo que ambos protestaron al unísono:

—¡Con este tiempo! ¡Pero si llueve a cántaros!

Hasan jugó una de sus bazas:

—¡Vuestro amigo William acaba de llegar allá!

—¡Por fin! —exclamó Roç, entusiasmado.

—¡Esperamos impacientes tenerlo aquí, con nosotros! —añadió Yeza, ilusionada.

El plan del emir parecía a punto de fracasar, por lo que sacó el escrito de William de su bolsa y lo agitó:

—Aquí tenéis una misiva del fraile. ¡Viene a recogeros! ¡A liberaros!

—¡Fantástico! —soltó Roç—. ¡Estamos dispuestos!

Pero Yeza dijo:

—¿Adónde iremos? ¡Nos lo tendrá que decir en cuanto llegue!

Hasan adoptó entonces un aire de conspirador y dijo:

—¡Ya sabéis lo que hace el gran maestro, que puede regresar en cualquier momento con los que albergan semejantes ideas! ¡Fuera manos, fuera pies! ¡William no podrá cruzar este umbral! —Le había entregado la carta a Yeza, quien le echó un vistazo y se la pasó a Roç, que se apresuró a mirar el sello.

—¡Papista! —dijo, desdeñoso— ¿Quién sabe si no lo han torturado hasta...?

—¡No tenía ese aspecto! —quiso desbaratar Hasan sus recelos—. ¡Insistió en acompañarme! Me costó mucho disuadirlo de que viniera.

—¡Nosotros iremos a su encuentro! —decidió Roç.

Y Yeza añadió, diplomática:

—Si nos lo permites.

El emir esbozó una sonrisa:

—No puedo permitirlo, pero sí hacer la vista gorda si cogéis los mejores caballos de la cuadra del *imam*...

Roç y Yeza dieron un brinco y salieron corriendo como chiquillos.

—¡No os olvidéis de llevar mulas! —les gritó Hasan—. Y daos prisa. ¡El gran maestro puede llegar en cualquier momento!

Cuando llegó la noche a Iskandar, Ata el-Mulk Dshuveni, en su calidad de jefe responsable de los mongoles, decidió que el hijo del *imam* debía pasarla vigilado en una casa sólida, para garantizar su seguridad. Que eligiera para ello la casa del padre de Omar y de Aziza se debía a que consideraba al anciano —con toda la razón— el cabecilla de los «asesinos» del lugar, y, ya que no había podido cortarle la cabeza, pensó que lo más razonable sería ocupar al menos su casa. Comunicó la decisión a Kito, sin reparar en el hecho de que era allí donde éste esperaba vivir una aventura amorosa. Seis «guerreros secretos» de Bulgai acompañaron a Khurshah al caserío, situado en lo más alto del pueblo, y lo alojaron en la planta baja, en la recámara de

Aziza, que poseía una reja y una puerta con cerrojo. La muchacha fue liberada y enviada con su madre al dormitorio del matrimonio, pues el amo de la casa, precavido, aún no había vuelto a aparecer.

La madre consideró un gran honor poder albergar bajo su techo al futuro *imam*, y mandó a Aziza que le llevara queso fresco, tortas de pan recién horneadas, fruta, y también una jarra de vino.

Roç y Yeza partieron aquella misma noche para Iskandar. Incapaces de quitarse de encima a Alí, lo llevaron consigo. El muchacho quería reunirse a toda costa con su padre, una idea que a Roç le parecía comprensible, aunque Yeza supuso que aquel torpe añoraba a Aziza, la cabra loca.

Alí se había encontrado con ellos, «casualmente» y sin montura, cuando ya habían alcanzado la otra orilla del lago, que acabaron de cruzar a medianoche, por lo que tuvieron que subirlo por turnos a lomos de una de las dos nobles yeguas que habían sacado del establo del *imam*.

Yeza recordaba con perversa satisfacción haberle recomendado a Pola, como de pasada, que acogiera a la estúpida pastora de Iskandar en el «paraíso», ahora que su hermano Omar ya no tendría ocasión de encontrarla transformada en hurí. ¡Había puesto las cosas en su sitio! Al volver la vista, Yeza intuyó que tardaría en volver a ver la Rosa, que en ese instante desaparecía entre jirones de nubes. Para Roç, la inesperada partida no suponía otra cosa que poner fin a sus monótonas expediciones entre el observatorio y el sótano, el tubo transportador de la bola, las cestas y el varillaje en perpetuo movimiento. Pero le llamó la atención la dolorosa vehemencia con que su viejo amigo «Zev sobre ruedas» lo había abrazado cuando se despidió de él. El inventor se había vuelto enseguida hacia sus arcones para rebuscar allí, entre piñones y coronas dentadas, hasta extraer finalmente una pieza de hierro labrado, del tamaño de una mano infantil, cuya utilidad le demostró allí mismo. Si se apretaba un extremo, salía una hoja de cuchillo afilada por ambos lados; si se apretaba el otro extremo, salía un aro que se podía abrir y cerrar; y si tiraba con cuidado, empleando la uña, de una muesca en uno de los lados, aparecía una pequeña sierra, mientras que el otro escondía una lima.

—Con esto podrás salir de cualquier calabozo o entrar en la habitación de cualquier muchacha —le comentó Zev, sonriente—. Era de mi padre. —Le palmeó el hombro al muchacho, que tenía prisa por acudir a las caballerizas, y salió corriendo.

Al volverse para gritarle: «¡Gracias, Zev!», Roç se dio cuenta de que el viejo ingeniero lloraba.

Al llegar al pie de la cordillera, los jóvenes tuvieron que cambiar los caballos por muías. Unos arrieros surgieron como ladrones de la oscuridad. De nuevo empezó a

llover. Los animales avanzaban penosamente en aquella penumbra, rodeados de rocalla. Los hachones de sus acompañantes se apagaban una y otra vez, y pronto no pudieron volver a encenderlos. En cambio los iluminaban los rayos, y se oían truenos cuyo eco era repetido por las paredes de la roca hasta dos y tres veces. El aguacero molestaba a los jóvenes, pues les empapaba las ropas a pesar de las capas, y traía preocupados a los arrieros. Ya habían escapado milagrosamente a un desprendimiento de piedras que se precipitó tras ellos hacia el valle, formando un tremendo alud. Las piedras asustaron a los animales, y los arrieros les pidieron a los infantes que desmontasen, obligándolos después a refugiarse bajo un saliente rocoso para que no fueran arrastrados al abismo. Más tarde siguieron ascendiendo por la senda, casi irreconocible. Roç, Yeza y Alí iban en el centro de la comitiva. Llegaron a un puente que se alzaba sobre un caudaloso río que, según recordaba Roç, no era más que un simple riachuelo cuando hicieron su primer viaje a Iskandar. Tuvieron que seguir su curso y abandonar la senda que serpenteaba entre las rocas. De pronto oyeron gritos entre el bramido de las aguas: alguien pedía auxilio. Al poco tiempo se extinguieron las voces.

Roç sujetó las riendas de la montura de Yeza y trató de alcanzar a los arrieros. Pero, aunque se apresuró, no vio a nadie, hasta que se topó con una muía suelta. En ese momento, la roca que tenían a su espalda se precipitó hacia el río. Notaron una fuerte corriente de aire y se vieron separados del resto de la comitiva, si es que no habían muerto todos a causa del alud. Con cuidado, tratando de asegurarse de cada paso, siguieron avanzando en la oscuridad.

Kito esperó hasta que todo el pueblo quedó en calma. Los hombres encerrados en el corral habían pedido mantas a las mujeres y dormían allí, sobre el heno; los «asesinos» se habían acostado en el suelo, delante del cercado, y arriba, encima de los tejados, seguían agachados y vigilantes los guardias mongoles sin poder pegar ojo, pues cada dos por tres se presentaba el oficial ayudante o Kito para asegurarse de que velaban.

Dshuveni se había acostado junto a el-Din Tusi, al lado del pozo. El bondadoso mediador era el único junto al cual podría dar de tanto en tanto una cabezada, sin el temor de despertar al día siguiente en el paraíso, con el cuello rebanado.

Kito se deslizó por la ladera hacia la casa de Aziza. No era precisamente una noche apacible y romántica, pues no cesaban de caer chaparrones, y allá arriba, en la montaña, se oían truenos. La guardia de Bulgai estaba en su puesto: dos vigilaban la casa sin perder de vista la puerta y la ventana, otros dos estaban apostados delante de la salida al patio, y dos más se encontraban en el rellano, delante de la puerta de la recámara, con el oído apretado contra la madera. Sus sonrisas permitían deducir que el ilustre prisionero se lo estaba pasando en grande. Pero Kito no podía intuir la clase de placer que experimentaba Khurshah, de modo que no tuvo reparos en aceptar la

invitación de los guardianes a prestar también su oído a lo que ocurría al otro lado de la puerta. Lo que oyó le sentó como una patada en el estómago: ¡llegaría demasiado tarde! Otro estaba a punto de apagar el fuego en el regazo de Aziza...

—¿Qué hacéis, mi príncipe? —la oyó suspirar, encantada—. ¡Oh, Khurshah, amado mío!

Se le nubló la vista; apartó a los guardias de la puerta, corrió el cerrojo y entró en la estancia, que permanecía en penumbra. Delante de la cama de Aziza vio a Khurshah con las piernas abiertas y los pantalones bajados. Mantenía sujetas las piernas desnudas de la muchacha, quien, lujuriosa y ávida, agarraba ilusionada la promesa regia de un futuro mejor que el príncipe llevaba entre los muslos. Asustado, Khurshah dejó caer las piernas de la chica, lo que dejó al descubierto su sexo erecto. La patada que le asestó Kito lo hizo aullar, pero un instante después un puñetazo entre la nariz y el labio acalló hasta ese grito de dolor. Khurshah se dejó caer como un saco mojado, al tiempo que Aziza saltaba como una gata furiosa sobre quien pretendía robarle una fugaz felicidad, dispuesta a arañarle la cara. Kito notó cómo le clavaba las uñas en la mejilla, y la apartó.

—¡Las botas! —dijo, apretando los dientes—. ¿Dónde están las botas?

Aziza rodó por la cama hasta topar con la espalda de su infeliz amante, y se quedó, con los ojos brillándole de furia, acurrucada detrás de éste, que parecía un saco.

—¿Ah, las botitas? —repuso en tono insolente— ¡Ya no necesito esos zapatones; mi amante me regalará otro calzado más fino en cuanto se lo pida!

Al oírla, Kito la agarró del cabello, la obligó a levantarse y la hizo pasar por encima del cuerpo de Khurshah hasta que la tuvo delante.

—¡Sácamelo! —ordenó, y se asombró de la frialdad con que lo dijo, pues el miembro le latía encendido.

Aziza comprendió enseguida que no se trataba de un juego, y con mano temblorosa le abrió los calzones, de los que surgió el pene erecto. No le quedó tiempo para asombrarse de su tamaño, pues en ese instante el joven la cogió de nuevo por el pelo, la tiró sobre la cama y le aplastó la cara contra el culo del inmóvil Khurshah. Ella sintió cómo el mongol le abría los húmedos muslos con la rodilla y la penetraba.

Los infantes avanzaban, empapados y a trompicones, bajo la tormenta, cruzando entre la rocalla resbaladiza y las aristas cortantes que sólo atinaban a ver cuando las alumbraba un rayo. El agua seguía cayendo a riadas sobre el valle, arrastrando con su gorgoteo cuantas piedras encontraba en su camino.

Por fin comenzaron a espaciarse los truenos y se alejaron los rayos. La lluvia azotaba las caras de los agotados jóvenes. Allí tropezó con un saliente rocoso y unos pedruscos sueltos hirieron a Yeza en un tobillo. Los dolores la obligaron a detenerse; subir a la montura habría sido demasiado peligroso.

—¡Roç querido, estoy dispuesta a morir contigo —gritó contra la incesante lluvia —, pero ya que parece inevitable, quiero morir mirándote a los ojos! ¡Esperemos aquí hasta que llegue el día! —Se arrastraron hasta el siguiente repecho que, si aguantaba, les brindaría protección contra aludes y desprendimientos, y se agacharon entre los animales para darse calor. Fue entonces cuando Alí se dio cuenta de que las alforjas de la mula, que pertenecía a la desaparecida cabeza de la comitiva, estaban llenas de hachones. La lluvia remitió, y también el viento.

—¡Enviaremos a un mensajero con un hachón —propuso Alí— para que avise de que estamos en aprietos!

—¡No eres tan tonto como pareces! —comentó Yeza entre gemidos. Se le había hinchado el tobillo.

Roç rajó la silla del animal en dos sitios, metió dos antorchas en los cortes, y las sujetó con ayuda del instrumento que le había regalado Zev. Alí consiguió prenderles fuego. La mula, al notar las teas encendidas detrás de sus orejas, salió espantada, presa del pánico, y desapareció con un rebuzno por el recodo cercano. Alí, lleno de orgullo, cloqueaba como una gallina, y Roç comentó:

—Esa estúpida risa tuya acabará por guiarlos hacia acá.

—Encenderemos más hachones —propuso entonces Alí, contento de sí mismo.

Pero se dieron cuenta de que habían ahuyentado al animal con toda su carga. De nuevo Alí no pudo refrenar la risa. Yeza lloriqueaba, apremiada por el dolor. Roç descendió con cuidado hasta el río para meter su camisa en el agua helada, con la intención de aplicarla después al pie de la muchacha. Desde el río avistó en lo alto una luz que chispeaba encima de una roca, pero que enseguida desapareció. Roç subió temblando de frío y con la prenda mojada hasta donde se encontraban Yeza y Alí.

—¡Nos están buscando! —dijo—. He visto una luz. ¡Ríete, Alí, ríete!

Alí saltó y exclamó «¡Jo jo, ja, ja!» frente a la oscuridad; algunas piedras cayeron rodando, y después descubrió a un robusto joven que, iluminándose con una antorcha, bajaba paso a paso la ladera. Roç, que en ese momento vendaba el tobillo de Yeza, alzó la vista y sonrió al extraño que acababa de dar un salto y aterrizar entre los animales.

—Soy Kito —dijo el joven—, y vosotros sois la pareja real. —No se inclinó, pero había cierta solemnidad en su tono cuando les expuso lo que sabía de ellos—. Sois Roç y Yeza, los hijos del Grial.

—¿No habrás traído contigo un palanquín? —bromeó Alí—. La princesa no puede caminar.

—La llevaremos nosotros —dijo Kito, impasible—. Con tres ramas y tu capa confeccionaremos unas parihuelas. En cuanto salga el sol, buscarás las ramas junto al río. Ya puedes ir quitándote la capa, pues la princesa tiene frío.

Alí se apresuró a obedecer las órdenes del extranjero y le alcanzó la prenda a la aterida Yeza. Se le habían quitado las ganas de reír. Se arrimó a Roç y a Kito, y

esperaron en silencio la llegada del día.

En cuanto se vislumbró alguna claridad entre las montañas de Jorasán, el ayudante Dshuveni, que no había pegado ojo en toda la noche, ordenó que sacaran a Khurshah de una cama que había llegado a envidiarle de todo corazón. Al inspeccionar el cambio de guardia echó en falta a Kito, pero recordó que el joven había prometido ocuparse de la botas o, al menos, de los pies que las habían utilizado por última vez. Maldiciendo los instintos de la juventud, aunque en su fuero interno los entendiera, Dshuveni tuvo que sustituir a Kito en su turno. Pero el joven seguía sin aparecer, y el ayudante acabó por ponerse nervioso.

—Si algo le llega a ocurrir al hijo de Kitbogha —le dijo al amodorrado el-Din Tusi—, el *imam* buscará en vano el lugar donde se encontraba cierto pueblo llamado Iskandar. Un montón de piedras y debajo un par de cráneos será todo lo que encontrará. El pozo estará envenenado por los cadáveres infantiles.

Se detuvo, pues llegaban los guardias arrastrando al padre de Aziza.

—¡Si no me devolvéis enseguida a Kito —le gritó al anciano—, os mandaré decapitar a todos antes de abandonar este lugar, con Khurshah como rehén.

Les hizo una seña a los guardias, quienes obligaron al viejo a arrodillarse:

—Empezaré por ti...

En ese momento vio que Khurshah se acercaba al pozo. Traía la cara hinchada, los labios reventados y le sangraba la nariz.

—Os he preparado un desayuno, gran hijo del excelso *imam* —lo recibió el ayudante, sarcástico—: ¡la cabeza de vuestro anfitrión, para empezar!

Khurshah no respondió, sino que siguió en dirección al pozo. Pero el ayudante estaba dispuesto a arruinarle el aseo matutino a conciencia.

—Mientras el hijo de vuestro gran maestro mantenga la cabeza sumergida en el agua helada del pozo —le gritó al padre de Omar y Aziza—, ¡podréis conservar la vuestra! A no ser que Kito...

—Ahí vuelve Kito —repuso el viejo, muy sereno. Desde donde se encontraba, podía ver lo que ocurría en el valle, a espaldas del ayudante. También fue el primero en avistar a los dos infantes.

—¡Roç y Yeza, la joven pareja real del Grial! —exclamó Kito al llegar, señalando feliz y orgulloso a quienes lo seguían.

Dshuveni los miró primero incrédulo, pues aquellas figuras que ascendían penosamente no parecían precisamente regias. Pero abrazó a Kito:

—Tienes buen olfato —lo alabó, aliviado—. Veo que estas aves del paraíso han adoptado un disfraz poco llamativo, ¡cuando son lo más valioso, lo más excelso que puedo ofrecerle al gran Khan!

Kito sonrió ante su inesperado éxito. Se dio cuenta de que le había quitado un peso de encima al ayudante.

—Os ruego que no los recibáis como si fuerais a coméroslos —bromeó—, será mejor que les prestéis la atención que se merecen. La princesa está herida.

—¡Agua fría y paños! —les ordenó Dshuveni a sus hombres.

Cuando Roç y Yeza llegaron, exhaustos y sucios, al pozo, ya habían perdido las esperanzas de encontrar allí a William, pues a sus insistentes preguntas, y a pesar de haberle descrito con mucha elocuencia al fraile, Kito no supo darles ninguna noticia de semejante personaje. Sí vieron a Khurshah, bastante maltrecho, que se refrescaba con el agua fría el hinchado rostro, rodeado de varios guerreros mongoles que blandían los sables desenvainados. Sobre los tejados de las casas vecinas, el joven veía a los arqueros apuntándole. El hijo del *imam* no temblaba a causa del agua fría, sino de miedo. Pero cuando vio a los infantes, una sonrisa cruzó por su cara de ternero y gritó:

—¡Venís a relevarme! —Como Roç lo mirara perplejo, pero con un asomo de desdén, añadió en tono sarcástico—: ¡Hasan os ha engañado!

Yeza se sobrepuso enseguida. Agarró la mano de Kito y le dijo a Dshuveni, que acababa de unirse a ellos:

—Esta noche nos habéis salvado, no sólo de la tormenta, sino también de seguir viviendo en compañía de estúpidos terneros y engañosas serpientes.

El ayudante sonrió; la muchacha le gustaba. Yeza apoyó el brazo en Kito, que se sentía pletórico y contento de que nadie volviera a preguntarle por las botas.

Roç había conducido a Alí a los brazos de su padre, el-Din Tusi, y los invitó a acompañarlo hasta el pozo.

—La Rosa no merece que tales brutos la gobiernen —dijo a Dshuveni, señalando con el dedo el trasero de Khurshah, quien, avergonzado y temeroso, seguía refrescándose—. Podéis soltar al ternero. Os acompañaremos de buen grado para presentarnos ante el gran Khan. —A continuación se volvió hacia el-Din Tusi—. A vos os aconsejo que sujetéis a vuestro hijo, que deis un amplio rodeo en torno a Alamut, ¡y que no sigáis dilapidando vuestra sabiduría preocupándoos por la suerte de unos seres indignos! —Y le indicó con una reverencia que podía marcharse. El ayudante no vio razones para oponerse; además, el gesto regio y las palabras de Roç le habían impresionado.

—Al ternero, mi querido rey —replicó Dshuveni, riéndose—, nos lo llevaremos atado con una soga hasta que hayamos salido de las montañas de los «asesinos», hasta alcanzar nuestras amplias estepas, donde impera la *pax mongolica*^[239]. Su piel y su prieta carne habrán de protegernos entre tanto de cualquier intento de asalto, puesto que su padre es un matarife sediento de sangre, y, como vos mismo habéis dicho, su favorito una serpiente peligrosa. El resto podrá regresar a Alamut y anunciar allí esta decisión, si es que la Rosa no está ya informada —añadió sonriendo.

—Partiremos en cuanto encontremos un transporte adecuado para la princesa —
repuso Kito.

—¡Es mi reina! —exclamó Roç, y, volviéndose hacia Dshuveni—: ¡Y Kito
nuestro primer caballero! —Se despidieron de Alí y de su padre y les rogaron que, si
se cruzaban con William de Roebruk en su recorrido, le hicieran saber que Roç y
Yeza iban camino de Karakorum, ¡y que tuviera la amabilidad de seguirlos!

XI

LA TORRE DE PRÓCIDA



Crónica de William de Roebruk, isla de Prócida, golfo de Nápoles, en el día de san Agustín^[240] de 1252 d.C.

Una barca de remos nos trasladó desde Ostia al velero aragonés. No porque fuéramos a embarcar en secreto, sino porque el capitán prefería no entrar en el puerto del Papa y había echado el ancla fuera del embarcadero.

Al decir «nosotros» me refiero a quienes, bajo la guía o más bien la vigilancia de Gavin, preceptor de los templarios, viajábamos con él: Crean de Bourivan, fracasado embajador de los «asesinos», y tres frailes de la Orden de san Francisco: Lorenzo de Orta, Bartolomeo de Cremona y mi humilde persona. Aparte del hábito marrón, los hermanos no tenemos nada en común. Lorenzo se considera un minorita *sui generis* y la *Prieuré* lo tiene por un tipo brillante, aunque inconformista. Viene con nosotros únicamente porque coincidimos en su camino hacia Otranto, donde pretende realizar una misión ideada por él mismo. Quiere inducir —asustándolo— al joven conde Hamo Pestrange a que abandone su fortaleza junto al mar. Pero éste no es sino el primer paso en el extravagante proyecto de Lorenzo de convencer a Hamo, hijo de la condesa de Otranto, de que renuncie a Malta, donde la *Prieuré* desea «instalar» a Roç y a Yeza. A mí todo esto se me antoja una empresa bastante absurda, en la que es evidente que están haciendo las cuentas no sólo sin contar con el dueño de la casa, sino incluso sin el proveedor, es decir, sin aquéllos en cuyo poder se hallan ahora mismo los niños. Estos ilusos, seguidores de una potencia misteriosa que con sus divagaciones espirituales pretende influir en el destino de Roç y Yeza, harían mejor en mantenerse al margen. Ese caballero de la mesa redonda que se imagina que basta con concebir, en un arrebatado de delirio, un plan, para que el «gran proyecto» se realice como por ensalmo, como si un hada madrina hubiese tocado y convencido a todos los poderes de este mundo con su varita mágica, conoce muy mal a la pareja real de infantes, o al menos no tan bien como los conozco yo.

Bartolomeo lleva el hábito de minorita sólo como tapadera de sus maniobras conspirativas al servicio del «cardenal gris». Como sé por propia experiencia, Barto no rehuye ni el robo ni el empleo de veneno, y no tiene otra obsesión que asesinar a Roç y a Yeza a la primera oportunidad que se le brinde. Nos han emparejado, sin consultarnos, para llevar a cabo una misión del rey Luis ante los mongoles. Reinaldo di Jenna, esa eminencia gris de la *Ecclesia catolica* disfrazado de arzobispo cardenal de Ostia, ha hecho de alcahueta. El rey Luis de Francia me eligió a mí para tan honrosa tarea porque me tiene en gran estima y no conoce en absoluto al de Cremona. Pero si alguien cree que Barto y yo hacemos buenas migas, se equivoca; la verdad es que no podemos vernos. Él me odia, y yo lo desprecio. Sólo tenemos en común la

íntima convicción —aunque cada cual la guarda para sí— de que no tenemos la menor intención de ir a ver al gran Khan de Karakorum; nuestro objetivo es Alamut. Una vez allí —según el encargo de Gavin, del que Crean no debe enterarse—, mi tarea es llevarme a los niños para que sean trasladados a un lugar seguro en Occidente, según me ha confiado el cardenal, sólo que su noción de la «seguridad» difiere de la mía. De esa segunda parte se encargaría supuestamente el pérfido cremonés.

En cuanto avistemos Nápoles, nosotros, los hermanos, embarcaremos en una nave que nos conducirá a Constantinopla, para encontrarnos allí con el tercer elemento de tan amistosa partida: un sacerdote llamado Gosset, al que no conocemos. Es francés y acudirá directamente de San Juan de Acre, de la corte del rey Luis, de donde nos traerá las credenciales y, sobre todo, los fondos necesarios, la bolsa de viaje. El viejo principio del fundador de nuestra Orden de que ningún hermano minorita lleve una sola moneda en sus bolsillos —tan sólo el pedazo de pan que mendigaré cada día— es ya imposible de sostener. ¡Los mongoles se quedarían pasmados si vieran a unos señores embajadores lanzarse de pronto a la esquina más próxima para pedir un humilde donativo al primero que pasara!

El velero aragonés, una impresionante nave de guerra, tiene un gigantesco espolón y varias pasarelas de abordaje dispuestas en la proa; también una catapulta móvil en la cubierta alta, que se alza por encima de los remos y protege al timonel. Gavin y Crean habían ocupado dos camarotes en el imponente castillo y no salían de allí. Yo me encontré con el capitán en la cubierta superior, protegida por una resistente barandilla.

—Al embarcar he visto el nombre de vuestro velero —le dije, para iniciar la conversación—. *Nuestra Señora de Quéribus*^[241]. ¿No será el viejo «león» el propietario de esta fortaleza flotante?

El capitán se echó a reír.

—¿Al parecer conocéis a mi señor, Xacbert de Barberá^[242]?

—¡Fui su huésped hace años, ocho para ser más exactos! —repliqué, contento por haber acertado—. Pero la referencia a la Virgen me ha dejado perplejo. ¿No lo recordaba yo muy católico!

—Lo que parece una broma, más bien pretende ser una espina clavada en la conciencia de ese cátaro convencido —me confesó el capitán—, y esa espina se la debe a nuestro rey, don Jaime el Conquistador^[243], que, cuando regaló al viejo *lion de combat* esta orgullosa nave, tras habérsela arrebatado al *rashid* de Marrakech, le dijo: «Te equivocas si crees que te la regalo en agradecimiento por la parte que te corresponde en la conquista de Mallorca. Esa colaboración sólo puedo pagártela con mi amistad, ¡pues sin tu ayuda jamás habría conquistado las Baleares! Lo que pretendo es que esta nave te compense por la pérdida de tu querida fortaleza de

Quéribus, y que sea tu hogar cuando el señor Luis te eche definitivamente de allí.» «¡Quéribus no caerá jamás, don Jaime!», exclamó entonces mi señor. «¡Hace ya cuarenta años, casi una vida, que se resiste a los franceses!» «¡Ninguna fortaleza es inexpugnable, Xacbert, en cambio sí es difícil capturar un barco sólido, aparte de que, sin duda alguna, es mucho más idóneo para un viejo hereje como tú! —le respondió el rey—. Y para que navegues seguro, he encomendado esta fortaleza marina a la protección de la Virgen. ¡Encomiéndate también tú a su misericordia!» —El capitán concluyó su relato con una carcajada—. Mi señor Xacbert jamás ha pisado la cubierta de esta nave. Cree que si lo hiciera, traicionaría a su fortaleza de Quéribus y la perdería. De modo que nos permite, a mí y a la tripulación, servir en ella al pendón de Aragón... en todas las empresas dirigidas contra Francia.

—¿De modo que ahora vais a ver a Manfredo? —me atreví a preguntar—. Puesto que el de Anjou es un Capeto.

—A nosotros lo que nos preocupa es que el señor Carlos intente cerrar el libre paso por el Mediterráneo, trazando una barrera desde Marsella hasta Palermo, y con ello hasta Túnez. Si lo consiguiera, excluiría a Barcelona, Tarragona y Valencia del comercio con Oriente.

—Sí, es verdad que los puertos son en nuestros días más importantes que las fortalezas —dije, mostrándome comprensivo. Y el capitán se alegró de haber encontrado a un interlocutor tan asequible a sus razonamientos.

—Aragón debe estar dispuesto —me confió— a luchar por que los Hohenstaufen conserven Sicilia, manteniéndose a su lado o, si fuese inevitable, ¡para ocuparla en su lugar! El emperador Federico pudo resistirse al poder aunado de los papas y el de Anjou porque era el emperador, aunque oficialmente lo hubiesen destituido. Pero ahora sólo hay dos reyes, por mucho que el señor Conrado y el señor Manfredo juren y perjuren mantenerse un amor eterno y guardarse absoluta fidelidad.

—Lo cierto es que la *unio regni ad imperium*^[244] ya no es tal —asentí para tirarle de la lengua, y él lo corroboró con amarga expresión—. ¡Por separado, será fácil que acaben vencidos!

—¿Por qué no interviene Aragón? —se me escapó la pregunta.

—Estamos esperando a que alguien nos llame... ¡aunque sea la propia diosa de la Historia!

Hacía tiempo que habíamos rodeado Ponza; pasamos a una distancia prudente por delante de Gaeta y nos acercamos desde el oeste a la ciudad del Vesubio. La bahía con sus islas bullía repleta de barcos, pero era difícil distinguir si se trataba de amigos o enemigos.

—Los sitiadores, en este caso los Hohenstaufen, podrían ocupar las islas e instalar en todas ellas una guarnición —le comentó Gavin a Crean. Acababan de presentarse en la popa, pero no para disfrutar del bellísimo panorama que se ofrecía a sus ojos, con el volcán al fondo, sino para poder calibrar mejor la situación militar—. Ahora mismo no pueden evitar que los pescadores suministren con sus embarcaciones

provisiones a la ciudad, perfectamente sitiada por tierra. Incluso se atreven a transportar pertrechos y soldados, y lo hacen a plena luz del día.

—Eso mientras el señor Manfredo no consiga ponerlos de su parte —replicó Crean—. Si lo hiciera, se acabaría bien pronto la comedia. ¡La ciudad no estaría dispuesta a pasar hambre ni un solo día para proteger a los franceses!

—Supongo que esperan la llegada del rey Conrado para entregarse. ¡Les ha prometido ser más tolerante que el bastardo!

—¡No se os ocurra hablar así cuando hayáis desembarcado! —le advirtió Crean—. ¡Hay espías de todos por todas partes!

—No pretenderéis decirme que a los napolitanos les importan las leyes —se inmiscuyó el capitán—. Para esa gente el amor pasa por el estómago, y ahora que el señor Conrado, por fin, ha tenido la alegría de ser padre, los sitiados lo esperan ansiosos, mientras que su hermanastro Manfredo no muestra precisamente entusiasmo por encontrarse con él.

—¡Ah! ¿Le ha nacido un varón? ¿Cómo se llamará? —pregunté, pues ya en Ostia había oído hablar del embarazo, no precisamente deseado por la Iglesia, de Isabel de Baviera.

—Se llama Conrado, como la mayoría de los Hohenstaufen que no se llaman Federico —bromeó Gavin—. El orgulloso padre quiere obsequiar al pequeño Conradino ofreciéndole la ciudad como regalo de nacimiento.

—Pues no creo que la disfrute —dijo Crean—. ¡Parténope es la más caprichosa de las novias!

—¡Una banda de ladrones perezosos, hatajo de asesinos! —maldijo el aragonés.

Gavin y Crean intercambiaron una mirada divertida, pero no añadieron nada más. Nos acercábamos al puerto de la isla de Prócida, adelantada a la ciudad, y echamos el ancla en la bahía «para que esos timadores y engañabobos, expertos en el hurto y la truculencia, no puedan trepar fácilmente a bordo». Así explicó el capitán su prudencia. Nos hizo llevar en barca de remos a tierra firme. Primero a Gavin y a Crean, después a mí y a mis hermanos. Lorenzo quiso saber enseguida qué posibilidades había de proseguir viaje hacia Otranto. Bartolomeo no quería desembarcar, pero tuvo que abandonar el barco, pues el *Nuestra Señora de Quéribus* iba a ser empleado para establecer un cordón de bloqueo a la ciudad.

Curiosamente, Gavin y Crean me estaban esperando en el muelle. La razón era, sin duda, que no deseaban perderme de vista, aunque no me habría costado trabajo deshacerme de ellos entre el bullicio y el trasiego del puerto. Bartolomeo recibió el encargo de hacerse con información acerca del barco que debía llevarnos a Constantinopla. Y yo seguí, dando traspiés, al preceptor de los templarios y al embajador de Alamut, que no tenían la menor intención de acercarse a la ciudadela de la isla, sino que se dirigieron a una imponente torre que se alzaba solitaria en un risco, en un extremo del poblado de pescadores.

El lugar parecía deshabitado. Frambuesos y zarzamoras silvestres conformaban

un muro de protección natural, interrumpido aquí y allá por higueras de frutos aún no maduros. Gavin se coló entre dos troncos y nos hizo una seña para que lo siguiéramos. Nos vimos justo al borde del acantilado; a nuestros pies bramaba el mar y sus olas se estrellaban contra las rocas. Avistamos otro árbol más abajo, brotado con retorcido atrevimiento entre las piedras. Gavin lo utilizó como agarradero para descender hacia el abismo donde hervía el mar, y su cabeza desapareció tras un repecho. Lo seguí, dando muestras de gallardía, y aterricé unos cuantos palmos más abajo, sobre una plataforma de tablas de roble encajada entre las piedras. Cuando Crean nos alcanzó, nos situamos los tres en el mismo lado, y bajo nuestro peso, la entrada oculta cedió y nos dio paso a un estrecho corredor. La pesada puerta se cerró a nuestra espalda con un gemido.

—En su día éste era el último escape —bromeó Crean—, salvarse con un salto al mar. Ahora, según parece, es el único acceso al saber secreto de vuestra Orden.

Gavin no estaba para bromas.

—Ésta no es una fortaleza templaría, sino la puerta que conduce al lugar donde se guardan ciertas noticias secretas. Deberíais saberlo, Crean. Si fuera fácil recibirlas, estarían a disposición de cualquiera.

Al final del pasadizo avistamos la luz del día; una escalera cubierta de musgo ascendía al patio interior de la fortaleza, que desde el exterior parecía una ruina. Vimos muchos escombros, muros derruidos y vigas podridas, todo cubierto de frambuesos cuajados de flores. Pero el donjon^[245] adosado a una esquina se conservaba bien, tal vez hubiese sido restaurado. Su única entrada se encontraba por encima de nuestras cabezas, y parecía cerrada. De repente se abrió esa puerta con un crujido, y alguien lanzó una escala que fue bajando poco a poco. Descendió por ella una figura que me era familiar: se trataba de Juan, el médico que había atendido en Ostia a Elía, hasta que el anciano pudo regresar a Cortona. El hombre llegó a pie ligero hasta donde lo esperábamos. No se demoró en fórmulas de salutación o preámbulos.

—No hay buenas noticias para vosotros, ni para nadie... —dijo.

—¿No habrá muerto Elía? —lo interrumpí con interés, pues de ser así me habría apenado. Pero Gavin no tuvo para mi preocupación más que un gesto de disgusto y se me puso delante, haciéndome sentir excluido.

—Los infantes —dijo Juan—. ¡Roç y Yeza han caído en manos de los mongoles!

—¡Imposible! —exclamó Crean—. ¡La Rosa es inexpugnable!

—Ya están camino de Karakorum.

—¿Cómo? ¿Y nadie ha sido capaz de retenerlos? —se indignó Crean, por lo común tan frío y reservado—. Algo ha debido de ocurrir en Alamut, ¡el *imam* jamás lo habría permitido! —añadió, perplejo y, a la vez, inseguro.

—Las noticias que he recibido —repuso Juan de Prócida, impasible— no se hacen eco de los pormenores, y mucho menos de las dificultades internas que puedan tener los ismaelitas, sino únicamente de los hechos que nos conciernen —y con esto

se volvió hacia el preceptor— a nosotros. —Y, como si tuviera que justificarse ante un superior jerárquico, añadió—: Recibí la noticia ayer, pero ya habíais salido de Ponza. De modo que he esperado a que me anunciaran desde Torre Gaveta la llegada del *Nuestra Señora* de nuestro amigo Xacbert.

—Parece que no hay razón para poner en duda la veracidad de la noticia —dijo Gavin a su abatido compañero—. Debemos adaptarnos a la nueva situación. —De pronto me pasó el brazo por los hombros—. ¡William de Roebrok! —dijo, adoptando un aire solemne—, ahora sí deberás viajar literalmente e in personam a la sede del gran khan, y, además, sin dilación. ¡Roç y Yeza han de ser liberados de las garras de los tártaros y devueltos a Occidente!

Yo pensé para mí: ¡ahora sí os preocupa la suerte de los infantes! Antes de esto la *Prieuré* los tuvo enterrados en Alamut, almacenados como la ardilla guarda sus nueces, sin ni siquiera preguntar a mis pequeños reyes su parecer.

Crean lo apoyó.

—Suceda lo que suceda —dijo, muy envarado—, ni a los «asesinos», ni al mundo occidental en su conjunto, nos beneficia que la joven pareja de soberanos, en la que basamos todas nuestras esperanzas de paz y reconciliación, se encuentren en manos de quienes nos amenazan. ¡Roç y Yeza no pueden convertirse en moneda de cambio de un poder que no tolera la libre coexistencia de poderes, sino que desea someterlos y aniquilarnos a todos!

—Los discursos —dijo con sarcasmo Gavin— nos sirven ahora tan poco como las lamentaciones. Alamut ha fracasado, y la *Prieuré* debe reprocharse no haberlo previsto o impedido. —Juan de Prócida me pareció ser el único que, entre nosotros, poseía un don natural para la conspiración. Permaneció impasible ante aquel intercambio inútil de opiniones; después comentó—: Bien, los niños no han muerto. Viven, y, conozco a los mongoles, disfrutaban de todos los honores imaginables. Una muralla de cuerpos humanos los protege ahora de todo mal.

Crean, sin embargo, parecía aterrorizado.

—¡Nuestro William tendrá que liberarlos de esa prisión!

—Como misionero, podría tener acceso a ellos —consideró el templario—, pero la forma de raptarlos y hacerlos cruzar sanos y salvos a través de miles de millas de tierras mongolas, ¡eso queda encomendado a su ingenio!

¡Ah, qué curioso, cuánto esperan ahora de mí, del torpe flamenco!

—La primera medida —dije envanecido—, consistirá en neutralizar a Bartolomeo de Cremona. No sólo incordia, sino que es capaz de hacer peligrar la empresa. —No mencioné que el de Cremona viajaba con el encargo de asesinarlos, pues no podía probarlo. Me bastaba con que no causara problemas.

El médico intervino de nuevo.

—Con vosotros viaja Lorenzo de Orta. ¿No podría ser él quien ocupara el puesto del segundo misionero? A los mongoles les da lo mismo uno que otro. ¡No conocen a ninguno!

—No es mala idea —admitió Gavin—. A partir de Constantinopla, poco importa quién te acompañe —dijo el templario, volviéndose hacia mí—. No tendrás que preocuparte del intercambio. Para eso estamos Crean y yo.

—¿Y Lorenzo? —me atreví a preguntar—. Lorenzo de Orta está atado por su juramento. Obediencia es lo mínimo que se le puede exigir. En realidad, hace tiempo que yo mismo habría podido solicitar la admisión en vuestra asociación secreta —añadí con picardía—, teniendo en cuenta los servicios que me venís pidiendo desde hace años.

—Si regresas de esa misión con la cabeza alta y, sobre todo, vivo —dijo Gavin, y me puso las manos en los hombros—, ¡yo mismo propondré que te admitan, William de Roebрук!

—Gracias —respondí, impasible—. La segunda condición es que informéis exhaustivamente a Lorenzo de Orta de su nueva misión secreta, antes de que embarque, como es su intención, cuanto antes para dirigirse a Otranto... —No quería renunciar a asestar ese golpe, que iba dirigido al templario. Gavin tomó nota de mi indigno comportamiento frunciendo el ceño, mientras yo proseguía—: ...y tengamos que sufrir las consecuencias.

—Yo me encargo de eso —aseguró el preceptor, recogiendo mi propuesta—. Lo encontraré aunque se haya puesto ya en camino, y además, no tenemos necesidad de él antes de llegar a Constantinopla. Os garantizo que se presentará puntualmente en calidad de «misionero Bartolomeo de Cremona, nombrado por el rey de Francia».

—¿Qué es eso tan importante que ha de resolver en Otranto? —quiso saber entonces Crean, haciéndose eco de cuestión tan espinosa—. ¿Supongo que sólo tiene ganas de visitar al querido Hamo y su bella esposa, y de hacerse mimar por las mozas?

Me picó la mosca y me adelanté a la respuesta de Gavin:

—Se comerá la cocina entera, y la bodega, le contará a la joven condesa lo excitante y dulce que es la vida en el Cuerno de Oro...

—¡Tonterías! —me interrumpió un Gavin enfurecido—. ¡Dejad en paz a Lorenzo! Yo no avalo al extravagante minorita en todo lo que hace, pero sí respondo de que viajará contigo, William, a la corte del gran Khan.

—Bien, ¡es hora de irnos! —propuso Juan de Prócida—. Tengo ganas de salir de este encierro, y además tengo hambre.

Salimos de la torre por el mismo camino fatigoso por el que habíamos venido, y descendimos hacia el puerto. Gavin se quedó atrás conmigo, mientras Crean y el médico se nos adelantaban a paso ligero.

—William, si lo que pretendes es demostrar —me regañó malhumorado— que has estado espionando en Ostia, lo has conseguido. Hace tiempo que sabes por qué debe ser sustituido Barto, y te aseguro que Lorenzo...

—Ése me preocupa menos —dije, fingiendo cierta desazón, porque deseaba verlo preocupado por la posibilidad de que fuese a alzar el tono de mi voz— que vuestra

persona, Gavin. Habéis prestado oídos a ese absurdo plan de Malta, le habéis insuflado vida hasta convertirlo en el propio siroco, que hincha con su ardiente aliento la vela de los piratas y los lleva con aviesa intención hasta Otranto.

—Demasiado poético para un dramaturgo, William —me respondió, tratando de ponerme en mi sitio—. ¡Y demasiado dramático para un poeta! Si quieres ser miembro de la *Prieuré*, tendrás que acostumbrarte a no pedir disculpas. Cualquier acción, por muy errónea que sea, debe ser respaldada por todos. Y si no puede ser anulada, habrá que neutralizarla con una medida que la contrarreste.

—¡Bonito juego a costa de los inocentes que se ven afectados!

—¿Y dónde ves tú inocentes? —me espetó el templario por encima del hombro, y se unió a Crean y Juan.

Al llegar al muelle nos encontramos con Bartolomeo. Estaba muy excitado. Había descubierto un barco que haría la travesía a Constantinopla, pero el joven conde que lo tenía alquilado no estaba dispuesto a esperar por más tiempo a dos minoritas, pues pretendía hacerse a la mar ese mismo día.

—¿De quién se trata? —pregunté con justificado interés, dado que íbamos a viajar juntos.

—¡Del conde Hamo l'Estrange! —Me comunicó Barto con visible orgullo—. Ha devuelto su feudo de Otranto y de Malta al bastardo Manfredo para, a instancias de su esposa que acaba de dar a luz a una hija, hacerse cargo de las posesiones heredadas en Constantinopla. Ella lo seguirá con todas sus pertenencias en cuanto él encuentre un alojamiento adecuado. ¡Incluso nos ha invitado a su casa en Constantinopla! —añadió entusiasmado—. ¡Ahí lo tenéis! —dijo volviéndose con aire triunfal hacia Gavin—. ¡Los últimos partidarios de la causa de los Hohenstaufen abandonan cual ratas el barco que se hunde!

El preceptor se limitó a mirarme con aire reflexivo. Yo le ahorré la visión de mi sonrisa, pensando en lo que le había oído decir en Ostia: que cualquier pensamiento es capaz de materializarse en un proyecto, cualquier proyecto en una acción.

—¿Dónde está Lorenzo de Orta? —preguntó por fin el templario.

—Ha partido ya para Otranto... ¡qué mala suerte! ¡Habríamos podido llevarlo y dejarlo allí, pues el conde aún quiere saludar a su amada esposa antes de seguir rumbo al Cuerno de Oro!

—¡Qué mala suerte, en efecto! —dijo Gavin, como riéndose de sí mismo, y me llamó aparte—. Apresúrate, para que Hamo no parta sin ti. —Por tercera vez puso sus manazas sobre mis hombros y me miró a los ojos—. Aún eres joven, y te creces con las misiones que se te encomiendan, William. Yo, en cambio, me siento cada día más frágil y quebradizo, como el hierro viejo: he tenido que asestar y recibir demasiados golpes en aras del «gran proyecto». Pero te lo aseguro: ¡Lorenzo se reunirá con vosotros a su debido tiempo! —Me dio una palmada de ánimo—. ¡Ahora, corre!

También Bartolomeo estaba metiendo prisas, y nos pusimos ambos en marcha. Comprendí que el templario no deseaba ver a Hamo, pero yo confiaba aún en que nos

seguiría para advertir de algún modo a su amigo del peligro que representaban los piratas encargados de asaltar la trirreme. De no hacerlo, tendría que decírselo yo.

Nos abrimos paso a través de una muchedumbre que seguía pasmada y boquiabierta el trajín de los porteadores que trasegaban afanosos con mercancías y pertrechos de guerra, que apilaban en el malecón, y de soldados que buscaban sus unidades. De pronto nos salió al encuentro el banderín del servicio de orden del puerto: unos alemanes que apenas farfullaban el italiano. Nos apuntaron con sus lanzas.

—*Que spiate qvi tutto chorno per naves? ¿Sois acaso espías, spie dell'Anshú?*

Yo respondí:

—¡No, somos embajadores del rey, que nos envía a la corte del gran khan!

—¡Y yo soy el sultán de Babilonia! —se mofó el capitán—. ¡Vamos, al calabozo! Allí veremos si la sogá con que adornaremos ese delicado cuello es capaz de aguantar semejante barrigón.

Se refería a mí, pues Barto es más bien enjuto. Pero también él encogió, asustado, el cuello cuando nos ataron las manos a la espalda, primero a él y después a mí. Luego nos fueron empujando con los extremos romos de sus lanzas en dirección a un destino que se nos presenta muy poco halagüeño.

L.S.

LIBRO II

I

EL MERCADER DE SAMARCANDA^[246]

—Los he visto en Bujara^[247] —susurró el hombre de mirada penetrante que permanecía de pie delante del escritorio, en la trastienda del próspero Maluf, el mercader más poderoso de Samarcanda. El comerciante, de barba rala, no hacía gala de sus riquezas; vestía ropas raídas y llenas de lamparones de aceite. Únicamente el grueso anillo que adornaba el meñique de su mano derecha podía suscitar envidia y admiración.

Maluf miró fijamente al hombre procedente de Bagdad.

—Si estáis seguros, Jaiman^[248], de que eran mongoles quienes acompañaban a la pareja real de infantes —dijo, como si pensara en voz alta—, entonces su camino hacia la sede del gran khan los llevará inevitablemente a pasar por Samarcanda.

—Pues claro que sí —repuso diligente su interlocutor—, y estoy seguro de que mi señor, el *dawatdar* Aybagh, no actuaría de otra manera. De modo que no se trata de una inspiración espontánea de mi insignificante persona, sino del cumplimiento de un veredicto secreto, ¡y en vuestro caso, Maluf^[249], eso equivale a un *amir*^[250]! —Se acercó a la ventana, arrastrando una pierna, y se quedó allí contemplando la oscuridad. Afuera, en el gran patio del caravasar, aún resplandecían las llamas de las hogueras, pero la mayoría de los huéspedes del mercader se habían retirado ya a descansar. Los caballos y las mulas se agolpaban, atados, junto a la verja, y los camellos se habían echado juntos, sin dejar de rumiar. Hasta la oración de la mañana, el *salat al fair*, aún se efectuaría un relevo de la guardia—. Habrá que acabar con ellos mañana por la noche, a ser posible mientras duermen —meditó el hombre de confianza del canciller de la corte del califa, el *dawatdar*.

Maluf se había enriquecido gracias a los favores del califa. Temía la pérdida de sus privilegios, y ello lo obligaba a obedecer.

—Tiene que parecer una agresión de los «asesinos» —insistió el mercader.

—Así será —lo tranquilizó Jaiman, en la medida en que su perversa mirada era capaz de impartir sosiego.

—No estaría de más dejar escapar a un par de mongoles, para que la noticia de tan inesperado suceso pueda llegar a Karakorum. —Maluf sentía resquemor al escuchar sus propias palabras. En realidad, no había necesidad de que escaparan esos mensajeros a los que se refería. El gobernador mongol de la ciudad se encargaría de pasar el aviso, pero antes sería sometido a juicio el mercader en cuya casa se hubiera perpetrado tan terrible asesinato. Maluf se estremeció, a pesar de las ascuas encendidas en el brasero que le calentaba los pies.

—El *dawatdar* —resumió Jaiman, impasible— desea que se atice la hostilidad de los mongoles contra Alamut, de modo que desfoguen sus ansias de conquista lejos de Bagdad^[251].

—Lo entiendo —dijo Maluf, mostrándose comprensivo. Pero en su fuero interno pensaba que el precio exigido era demasiado alto—. Recibamos, pues, a nuestros huéspedes con todos los honores, y veamos lo que ocurre —murmuró con cierta ambigüedad.

—¡Dejemos que caigan en la trampa! —Era evidente que el cojo se decantaba por las palabras claras.



Querido William, te escribe Yeza.

Bien, insigne liberador nuestro, incluso como escribiente de misivas tropiezas siempre con alguien que hace un mal uso de tu talento para estar en el momento preciso en el lugar equivocado, ¡o ni siquiera eso! Ya sé que tus intenciones eran rectas, pero Hasan, la serpiente, había envenenado la manzana. Hemos sido expulsados del paraíso, pero no por un ángel de espada flamígera, sino por un ternero llamado Khurshah. Los «asesinos» se han empeñado en ponerse zancadillas unos a otros, y gracias a su previsor ayuda ya somos libres, incluso mi tobillo ha sanado. Tengo ahora a mi servicio a un nuevo caballero, de nombre Kito. Su padre es un importante general mongol, y ambos son cristianos. Lo más importante de todo es que nos ha regalado, a Roç y a mí, dos espléndidos caballos de la cuadra del gran khan, lo que me consuela de la pérdida del semental que sacamos de las caballerizas del *imam* y que tuvimos que abandonar al pie de la cordillera. Los mongoles son excelentes jinetes, infatigables y hasta ingeniosos, pues no dejan de hacer cabriolas sobre sus caballos, que son de poca alzada. Se sientan y se levantan a galope tendido, o se dejan caer junto al cuerpo de sus animales hasta rozar casi el suelo, para esquivar las flechas, que son capaces de lanzar con gran precisión mientras cabalgan a toda velocidad. Tan pronto como me lo permitió el tobillo, les demostré que soy capaz de cabalgar apoyada en un solo pie y de disparar y acertar el tiro mientras lo hago. Cuando el avinagrado jefe de la escolta que nos acompaña hasta la sede del gran khan, Ata el-Mulk Dshuveni, vio con cuánta destreza manejamos Roç y yo el arco mongol, mandó que nos proporcionaran esas armas tan pronto llegamos a los dominios del khanato de la Horda de Oro. Y Roç practica ahora cada día con Kito, que ya ha cumplido los veinte y ha matado a muchos enemigos. Mi real amado no quiere que lo aventaje en el uso de las armas.

Por cierto, he oído decir que a las mujeres mongolas se les permite abandonar a sus maridos, lo que me alegra mucho. A Khurshah lo dejamos marchar en cuanto abandonamos territorio «asesino», cuando estuvimos seguros de no ser asaltados. Dshuveni lo entregó a una caravana que regresaba de China, para que se lo devolvieran a su padre, en la Rosa, a cambio de una sustanciosa recompensa. Cuando Roç, que siempre se ha compadecido del ternero, objetó que los mercaderes podrían vender al futuro *imam* en el mercado de esclavos más cercano, el *amin al jisana*^[252] —pues tal es el título de Dshuveni— soltó una carcajada, algo nada frecuente en él, y

respondió:

—¡Aunque vendieran su carne al peso, jamás cobrarían tanto por el ternero como les dará el carnicero de Alamut!

—¿Y por qué no lo lleváis como rehén a la corte del gran khan? —propuse yo entonces con una malicia que no tengo empacho en reconocer, y el ayudante se quedó mirándome muy sorprendido.

—En primer lugar, porque con vosotros ya he realizado un buen trueque; y además, porque también hay que demostrar buen gusto en la elección de rehenes. Mi señor, il-khan Hulagu, *hakim al gharb*^[253], podría tomarse a mal semejante regalito.

—Y en tercer lugar —se inmiscuyó entonces Kito—, ¡no siento el menor deseo de aguantar durante todo el viaje a esa calamidad cebada!

—Os entiendo, Kito —le dije yo entonces—, sobre todo teniendo en cuenta que ya le habéis demostrado cómo hay que hacer las cosas bien hechas. —Entonces él se sonrojó y yo me eché a reír, porque algo había barruntado de la historia de la muchacha de las botas, y había deducido que debía de tratarse de Aziza; en cambio, mi querido Roç todavía no ha entendido la relación que existe entre uno y otro asunto. Pero así es mejor, porque de otro modo el percance podría empañar su incipiente amistad con Kito. Así que, cuando Roç no pudo oírnos, le susurré—: ¡Esa cabra loca se lo tenía merecido! —Con lo cual lo dejaba en la duda de si me refería a sus méritos como chivo o a mi desdén por la cabra.

Roç se siente incómodo cuando no me comporto con corrección. Incluso mis cabriolas a lomos de caballo le parecen poco convenientes, sobre todo porque enseño bastante pierna. Y no me permite sacar la daga, porque los guerreros mongoles podrían sentirse conturbados, ya que, sin duda, no saben lanzar un puñal con tanta destreza como yo, sin desviarme ni dos dedos. ¡Incluso sé clavarlo entre dos dedos! ¡Así que, mucho cuidado, William, la próxima vez que nos veamos y pretendas, como el incorregible franciscano que eres, meter mano a mi lindo cuerpo! Mi trasero bien merecería tales desvaríos, pero mis senos aún necesitan algún tiempo, aunque de ningún modo aspiro a lucir unos odres de cabra como los que tiene Aziza. Pequeños y redondos como granadas han de ser, con dos puntas como avellanas. Aunque esto sólo te lo confío a ti, frailecillo, pues mi rey me quiere más blanda y dulce, «más femenina», según sus propias palabras. Me llama amazona, pues asegura que, tratándose de mí, nadie notaría la falta de un pecho... ¡lo importante, dice, es que puedas lanzar flechas envenenadas! ¡Pobres hombres!

Kito se limita a mirarme de reojo cuando le doy a entender con tanto desparpajo que estoy al tanto de todo lo que ocurrió a espaldas de Khurshah, y hasta del segundo repaso que le practicaron los «guerreros secretos» a Aziza, una vez que él abandonara la casa de Omar para salvarnos. ¿Qué se han creído en realidad los hombres, William? Responde a esta humilde pregunta mía cuando nos veamos. Hemos dejado atrás la yerma estepa y nos acercamos a las montañas del Turquestán. ¡Samarcanda está a la vista!

Te abraza tu Yeza, O.C.M.

P.D.: ¡Esta ciudad es única, sublime por sus colores! En primer lugar está la luz que, libre de todo rastro de niebla, es más nítida y deslumbrante que en ningún otro lugar. ¡Y la colorida diversidad de ropas, telas y alfombras! Aquí se reúne todo lo que llega desde la India y la China hasta Occidente; aquí las caravanas de los árabes, portadores de esclavos —el «ébano negro», como lo llaman—, se juntan con las caravanas de los especieros procedentes de lejanas islas. Cambian y regatean, ávidos y derrochadores; se engañan y reparten limosnas y vuelven a encontrarse siempre de nuevo en este bazar, el mayor del mundo. Un constante trajín que no cesa de día ni de noche.

Nos alojamos en la casa del comerciante Maluf, lo que requiere una puntualización, pues en primer lugar el tal Maluf es un señor mercader, seguramente uno de los hombres más ricos de esta ciudad; y, en segundo lugar, su casa podría definirse más bien como un palacio, con un caravasar aledaño, que es también suyo. En el patio arden al menos diez hogueras, sobre las que se asan carneros. En los porches que lo rodean se realizan más negocios que en todo El Cairo o en Bagdad, ¡o en ambas ciudades juntas! En los dormitorios adosados a las arcadas pueden pernoctar nueve veces noventa viajeros; en cada uno de ellos duermen más de cien, pues siempre están llenos a rebosar. En medio se oye el chapoteo de las fuentes, en las que uno puede bañarse, y para hacer las necesidades hay un *marahid* [254]. Los animales permanecen en el patio, y allí les dan el forraje. Los camellos beben cantidades ingentes de agua, pero son capaces de soportar cinco veces la carga de un caballo y son mucho más pacíficos: se nota en que les gusta tumbarse. Te lo cuento sólo por si necesitas detalles para tu crónica.

Llegamos de noche y nos adjudicaron unas camas en una de las salas. El señor *amin al jisana* de Hulagu fue recibido con gran respeto, y también nuestros nombres, *al malik ual malika* [255], les sonaban; oí que los criados de Maluf se los susurraban al oído con admiración y respeto. Sea como fuere, nos recibieron haciendo gala de la mayor hospitalidad, nos brindaron como saludo de bienvenida una bebida refrescante de frutas recién exprimidas y nos proporcionaron mantas y almohadones. Las camas son de madera, siempre tres superpuestas, a la última se sube con una escalera. Pedí una de esas, por supuesto. La de en medio es de Roç, que vigilará mi casto sueño, y la de abajo del todo es la de Kito, fiador de nuestra seguridad. Por encima de donde dormimos hay una galería de madera, y debajo del tejado se almacenan sin duda mercancías, igual que en el sótano, donde guardan vino, aceite y arenques adobados. De modo que los olores que despiden doscientas botas se mezclan con los del azafrán y el bacalao, la mantequilla rancia y la cecina. Voy a acostarme enseguida, o sea, que te dejo ahora.

Vale.

L.S.

El muecín convocaba a la *salat ad-dhuhur*^[256], y el patio del caravasar de Maluf reposaba en paz bajo el sol de mayo, cuando el tullido de la mirada penetrante se hizo anunciar al mercader. Maluf se había inclinado repetidamente, mirando hacia La Meca, en la umbría balconada de su casa —era un musulmán creyente— y se disponía a enrollar la alfombra.

A Maluf no le agradaba hablar de negocios fuera de las cuatro paredes de su trastienda:

—He pensado que cuando hayamos completado y embalado la mercancía, tal vez convenga enviar a Karakorum a algunos de los criados que fueron encargados de la faena por Bagdad, para que reciban allí la paga que les corresponde.

Las palabras gustaron a Jaiman, que comprendió el sentido oculto de las mismas, y sus ojos brillaron como los de una serpiente que acaba de descubrir un nido entero de pajaritos.

—En este caso, sería conveniente reclutar a esos criados en nombre del *imam*, para que sepan desde un principio para quién trabajan. ¿Podréis prescindir del número suficiente de hombres?

El mercader alzó las manos, escandalizado.

—¡No habréis pensado en mi propia gente! ¡Eso haría recaer las sospechas sobre mí!

—Pues tendréis que buscarlos en el mercado: cargadores que trabajen por horas, rateros hambrientos.

—¡Imposible! A mí me conoce todo el mundo. No me importa desembolsar la paga, pero vos mismo habréis de contratarlos, Jaiman. —Maluf se enfrentó con una sonrisa a la penetrante mirada del otro—. Habréis de elegirlos bien, pues el trabajo que les espera precisa de manos expertas. Nos las tenemos que ver con una mercancía que no puede despachar cualquiera.

—¿Ésa es toda la ayuda que me prestáis, Maluf? —Uno de los ojos de Jaiman tembló y se posó después en el cuello del mercader, que lo sintió como una punzada—. ¿Acaso creéis que vuestro dinero os permitirá manteneros al margen?

—Os daré algunos nombres de gente fiable, cuyo precio conozco —rezongó el mercader—. He puesto mi casa a vuestra disposición, os facilito el acceso, el directo y el secreto, al lugar donde guardamos nuestra carga... más no puedo hacer. Yo vivo aquí, en Samarcanda, mientras que vos, Jaiman, partiréis en cuanto hayamos embalado la mercancía.

—¡Antes! —repuso el hombre de Bagdad—. Contrataré a esos hombres y haré que no quede rastro de mí.

—¡Y yo me llevaré la peor parte! —se lamentó el mercader—. Tiene que parecer un golpe dirigido también contra mí, ¡si no, estoy perdido!

—Así será, quedaos tranquilo, Maluf —dijo Jaiman—. Ahora enseñadme las dependencias, puesto que nuestros alados amigos han volado para picotear en el

bazar. Podemos inspeccionar tranquilamente los agujeros del palomar por los que esta noche se deslizarán nuestros hurones. ¡Pero entregadme ahora el dinero! —Y, sin volverse a mirar al señor de la casa, salió arrastrando un pie.



De Roç para nuestro querido William, Samarcanda, en la tercera década del mes de mayo de 1252 d.C.

Hemos pasado toda la tarde en el bazar. No puedes imaginar lo grande que es, pues delante de cada uno de los caravasares que lo rodean ha acabado por crearse un mercado propio. Tampoco está dividido según los oficios de los artesanos, como ocurre en Bagdad o en San Juan de Acre^[257], donde cada gremio posee su propia calleja, sino que los distintos patios de mercaderes rivalizan entre ellos, y el de nuestro anfitrión, Maluf, parece que es el mayor. Nos había asignado un guía, quizá para asegurarse de que lo compráramos todo en su patio, pero yo le dije a Kito que también queríamos ver el resto de los puestos, de modo que nos pusimos a deambular por nuestra cuenta.

Eso nos ha deparado algunas sorpresas, que no estoy seguro de si se deben al azar o al destino. El primero que se nos cruzó, y a quien al parecer disgustó que lo reconociéramos, fue ese cojo de la mirada penetrante que nos condujo en Bagdad de vuelta hacia aquel apestoso barrio, tras la fracasada audiencia ante el califa. Ese hombre tiene el *âin al hasud*^[258], lleva consigo la desgracia a donde quiera que vaya —a no ser que la provoque él mismo—, y la difunde como las ratas la pestilencia, según suele decirse. Quiso esconderse, y un instante después había desaparecido. No le dije nada a Kito, pero intercambié una mirada con Yeza, que me demostró que también ella lo había visto y que sentía lo mismo que yo. Creo que se llama Jaiman, o algo así, y es un esbirro del gordo *dawatdar*. El encuentro se produjo en el mercado persa.

Después nos acercamos al mercado armenio. Una caravana portadora de tributos, enviada por el rey Hetum, acababa de detenerse allí. Transportaba principalmente esclavas, destinadas al gran Khan y a su corte, encerradas en jaulas. Los guardias no dejaban acercarse a nadie. Eran cherkesas de senos en forma de pera, georgianas de anchas caderas, búlgaras culonas, dos polacas rubias, e incluso una pelirroja de piel blanquísima y cuajada de pecas, de las tierras de Irlanda. Apenas pudimos verlas, tan sólo llegamos a oír los comentarios de la gente que se agolpaba delante de nosotros. Pero Yeza profirió un leve grito y me dio un codazo.

—¡Shirat! ¡Te lo juro, he visto a Shirat!

Yo le dije:

—Estás loca, ¿cómo va a estar la mujer de Hamo, ahora condesa de Otranto, en una caravana de esclavas?!

Yeza me obligó a cruzar entre la muchedumbre y me arrastró hacia adelante.

—Era ella, ¿no creerás que estoy loca, o ciega?

Los guardias nos cerraron el paso con sus largas varas, y el palanquín enrejado que señalaba Yeza fue alzado de nuevo y se hurtó, bamboleándose, a nuestras miradas, de modo que apenas pudimos entrever una figura embozada de la que Yeza afirmaba convencida que era su vieja amiga Shirat. Por su estatura bien podría serlo. Las mujeres se hacinaban en la jaula, cuatro en total, y ella era la única que permanecía de pie. Se agarraba con las manos a las barras de la reja, pero no pudimos ver su cara. No parece muy probable que se trate de Shirat, ¿no crees, William? Por si acaso, cuando veas a Hamo pregúntale cómo se encuentra su menuda esposa. ¡Si no nos enteramos, Yeza no dejará de incordiar!

Seguimos hasta el mercado de los indios, sin duda el más colorido y excitante, ¡pero también el más sucio!

—Nadie sabe confeccionar *saris* tan bellos como ellos, o estampar la seda cruda, y hasta el más simple algodón —dijo Yeza, que compró montones de echarpes, chales y *shirual*^[259], como si ella misma fuese a abrir un bazar. Ya nos seguían dos porteadores, pues tampoco antes había podido resistirse: cadenas para los tobillos, collares, pulseras, abanicos, amuletos, prendedores, llaveros, peines, pomos llenos de oleosos ungüentos y esencias aromáticas, frascos con polvos de delicados tonos, pomadas grasas hechas de cochinilla roja para los labios, polvo de carbón para las pestañas y cejas, polvitos azulados y plateados para los párpados... ¿te basta ya, William? ¡Pues a mi noble *damna* no!

De pronto avistamos entre la muchedumbre a Omar. Me apresuré a indicarle por medio de una seña que no nos hablase, pues nos acompañaba Kito, el mongol. También Yeza se había quedado, *alhamdulillah*^[260], tan perpleja que no fue capaz de pronunciar una palabra que hubiese podido delatar al joven «asesino». De modo que pasó de largo, pero yo había comprendido que quería decirme algo. Arrojé a Yeza y a Kito en brazos del joyero más cercano y le susurré a ella:

—¡Distráelo! —Yeza se dedicó a adornarse la frente y las orejas con alhajas, y Kito se vio obligado a emitir el juicio que le merecía aquel decorado de tan arrebatador efecto. Yo regresé sobre mis pasos, pues vi que Omar me hacía señas desde el otro extremo de la calleja formada por los puestos de venta. En Iskandar nos habíamos divertido inventando una serie de signos secretos, y yo aún me veo capaz de descifrarlos: «*Jiana*, traición», deletreé, «*intuma ua murafikun bi jattar*, tú y tus acompañantes estáis en peligro..., *al leila*, esta noche..., *yahrus*, cuidado.» Un instante después Omar había desaparecido, sin dedicarme a mí o a Yeza ni una mirada más. Tuve la impresión de que nuestro encuentro lo ha sorprendido tanto como a nosotros, y que no lo ha buscado. ¿Por qué sigue en Samarcanda? Los catorce *fida'i* partieron a mediados de mayo, es decir, hace ya más de dos lunas, para asesinar al gran Khan de los mongoles en Karakorum, y, por lo que sé de las normas de la Rosa, las órdenes del *imam* se obedecen y se cumplen sin pérdida de tiempo. ¿No habrá desertado? Pero no me cabe duda de que debemos tomarnos en serio su

advertencia, y que había que poner al corriente a Kito. No hacerlo habría sido una temeridad.

De modo que le aconsejé a Yeza, sin más preámbulo:

—Más vale que te compres una coraza o una cota de mallas. ¡Alguien tiene previsto asesinaros esta noche! —Kito me lanzó una mirada de reproche, creyendo que les gastaba una broma pesada.

Me vi forzado a añadir:

—Por favor, no se te ocurra ni pestañear, y no te vuelvas. ¡Nos observan!

Kito se convirtió de inmediato en el «guerrero secreto» que era, pues hizo gala de todo su talento, sin demostrar tensión alguna. Siguió sonriéndole a Yeza, que lo había oído todo, pero que continuaba probándose joyas. ¡Es tan inteligente esta mujer! Les conté sucintamente la advertencia que había recibido de un *sadiq al ladhi yudahiin bi nafsihi min ailina*^[261], un amigo dispuesto a todo cuando se trata de salvarnos.

—¡Esta noche estará allí para protegernos a mí y a Yeza! —Lo afirmé sin más, a pesar de que Omar no ha insinuado ni un gesto que pueda hacerme pensar en tal posibilidad. Ni siquiera sé quiénes serán los asesinos dispuestos a perpetrar la alevosa agresión, ni quién puede ser su instigador. Por el momento no me importa saberlo, pero sí estoy completamente convencido de que Omar luchará a nuestro lado. Lo mismo piensa Yeza. Kito quiso informar enseguida a Dshuveni, pero Yeza opinó que no era necesario; que sólo serviría para montar un gran revuelo y propalar la noticia del atentado; ella no desea espantar a los sicarios, sino prepararles el recibimiento que se merecen. Yo agregué—: ¡Quiero mirarles a los ojos y reconocerlos antes de acabar con ellos! —Con el fin de aminorar el efecto de mi grandilocuencia, añadí—: Para darles su merecido y para que no lo olviden en lo que les queda de vida, nos basta con los seis «guerreros secretos».

Kito se echó a reír.

—¿Crees que podríamos vencerlos a pesar de la diferencia de número? ¡Sólo si el enemigo se atreve a acercarse mucho, a luchar cuerpo a cuerpo!

—Es lo que no sabemos —dijo Yeza—, por lo que será mejor contar también con los arqueros.

Abandonamos el bazar seguidos por tres porteadores que cargaban con unas cestas inmensas. Todo el que nos viera pensaría: ¡qué viajeros tan despreocupados!

Te envío un saludo mientras me preparo para lo que pueda venir; te lo contaré todo para tu crónica, a no ser que esta noche pierda mi joven vida. En tal caso te encomiendo a mi viudita. A juzgar por el ajuar que acaba de comprarse, creo que es un buen partido.

Tu Roç.

L.S.

La taberna Babushka se hallaba en el sector ruso del mercado de Samarcanda, un

barrio famoso por las melopeas, las riñas y las confraternizaciones que allí se producían entre cánticos desahogados y seguidos del trasiego de más y más bebidas fuertes. Éste era el motivo por el cual Omar y sus amigos prefirieron seguir en la ciudad y habían elegido la *jamará*^[262] como escuela de la vida. En Samarcanda se encontraban ya en tierras de dominio mongol y habían aprendido a moverse en él como peces en el agua. Trabajaban por parejas, alquilándose como jornaleros en distintos barrios. Se habían procurado una nueva identidad. Y sólo muy poco a poco les había permitido Omar a sus compañeros tener algún que otro encuentro con él, de modo que ningún espía pudiese sospechar que se trataba de un grupo organizado. Traían consigo a otros amigos, jamás hablaban de Alamut ni utilizaban el árabe, se habían adjudicado otros nombres y parecían un grupo reunido por el azar. Omar era el jefe de la partida, aunque cada pareja de *fida'i* tuviese derecho a elegir su propio camino. Su plan de aclimatarse primero en el extranjero fue aceptado por todos, aunque sin duda también tuvo importancia para su decisión el hecho de poder permanecer de momento al amparo del grupo, en lugar de exponerse solos a los peligros que les esperaban en la lejana Karakorum, cuando tuvieran que enfrentarse con la guardia del gran Khan.

Si había que comunicarse algo en secreto, bebían de a dos, de a tres, de a cuatro, reñían y se reconciliaban, y se fundían en un abrazo que les permitía intercambiar las palabras que tuvieran que decirse antes de que interviniera la tabernera moscovita o alguna de sus incontables hijas, quienes solían hacerlo sobre todo cuando alguien se excedía con el vino o los abrazos, y así, entre todos, animaban y daban vida al negocio. Lo mismo habían hecho aquel día, y Omar, que tenía ya un ojo morado y la nariz llena de sangre, y que babeaba de tanto besuqueo, pudo hacerse la siguiente composición de lugar: un hombre extraño, un *âarai mâal âin al hasud*^[263], se había acercado a varios de ellos, proponiéndoles un trato para asaltar el caravasar de Maluf. La misión era enviar al más allá a un par de viajeros indeseables, pero ante todo había que torcerles el pescuezo a una pareja de príncipes celosamente vigilada. A cambio obtendrían una generosa recompensa.

Omar comprendió enseguida que se trataba de Roç, Yeza y de la escolta mongol. Se limitó primero a escuchar el resto de los informes, que coincidían con sus propias lucubraciones. Lo curioso de aquel hombre era que a veces se hacía pasar por «asesino» de Masyaf^[264], en Siria, y otras dejaba entrever que actuaba a las órdenes del *imam* de Alamut, pero no reaccionaba a las señas secretas de reconocimiento de la hermandad. O bien no era un «asesino» aunque lo fingiera, tal vez porque le interesaba establecer alguna relación entre «asesinos» y matones contratados, sin reparar en quién tenía delante, o era un espía que sospechaba de ellos y trataba de sonsacarles algo. En cualquier caso debían mantenerse alerta. El tipo ya había alistado a otros: vagabundos, criados despedidos por perezosos, conocidos salteadores de caminos y rateros. Eso permitía sospechar que lo del asalto iba en serio.

—Bien —sentenció Omar entre una serie de puñetazos y codazos, abrazos y besos—, lo dejo a vuestra libre decisión. Yo, por mi parte, pues también a mí se me ha acercado, participaré esta noche en el asalto.

—¡Yo también, yo también! —gritaron los demás en medio de una alegre algarabía que daba la impresión de ser del todo inofensiva.

—En realidad, al principio pensé que sería una ocasión muy buena —prosiguió un Omar jadeante— para enfrentarnos a los mongoles. Así podríamos aprender; pero ahora estaremos del otro lado. Me batiré en favor de la pareja real. No puedo creer que la Rosa haya decretado su muerte. ¡De modo que lucharé hombro con hombro con los mongoles!

—¡Yo también, yo también! —exclamaron los demás componentes del revoltoso grupo—. ¡Volveremos las tornas! ¡Cobraremos la recompensa y les romperemos la crisma a los hombres del cojo!

Omar estaba agotado y parecía beodo. Para concluir se lanzó hacia sus compañeros, al parecer sin orden ni concierto, abrazándolos a uno tras otro.

—¡Nos vemos esta noche donde nos ha convocado el cojo, en El Coloso de Rodas, la taberna del griego!

—El lugar idóneo para semejante encuentro —susurró Karim, el compañero de Omar, que ahora se hacía llamar Aliosha—. Alrededor de ese barrigón no pululan más que felones, verdugos, espadachines y maestros de la puñalada, raras veces un pobre soldado licenciado que se tenga en estima.

—Eso está bien —musitó Omar, una vez que hubieron desfilado todos, riendo, maldiciendo, tambaleándose—. Así les podremos tomar la medida a nuestros rivales. —Se apoyó en Karim, el más joven de los catorce *fida'i* que habían partido para matar al *khagan*—. ¡Quédate cerca de mí esta noche! Nuestra misión será proteger a Roç y a Yeza con nuestros cuerpos y no manchar nuestras dagas con la sangre de esos perdidos ni presumir de héroes.

—Me refrenaré —exclamó Karim con los ojos encendidos de ardor combativo—. ¡Pero el cojo no se me escapará!

—¡Ten cuidado, Aliosha, *dhal âin hasud*^[265]! —Y, apoyándose el uno en el otro, abandonaron la taberna Babushka!



¡Atención, hermano de san Francisco, te habla Yeza, tu cronista!

¡Esta noche habrá fiesta! Tengo una extraña sensación en el estómago, pues «la guerra ez peligrosa», como solía decir de niña, si es que lo recuerdas. Para empezar, fuimos invitados a cenar con nuestro anfitrión, el más famoso mercader de Samarcanda. Para asegurarse, Kito les ordenó a sus guerreros no tocar la bebida en absoluto, sobre todo el vino. Nunca se puede saber hasta dónde es capaz de llegar el enemigo, ¡es posible que se haya infiltrado en la cocina o en la bodega! Los exhortó a comportarse como tártaros y, si no aguantaban la sed, beberse

el agua de las escudillas para lavarse los dedos; era de suponer que no estaría envenenada. Yo temía más bien que nos administraran un somnífero para que nos quedáramos amodorrados e inertes en nuestros lechos. El único que no sabía nada era Dshuveni, quien, al ignorarlo todo, ha sido nuestro conejo de Indias. Si el ayudante, que no es un gran bebedor, acababa debajo de la mesa, era señal de que algo iba mal.

Nos sentamos a la mesa. La cena se ha celebrado en el palacio, cuyo suelo está cubierto por tres capas de alfombras (de Herat, Bujara, y Tashkent), de modo que tuvimos la impresión de caminar sobre guata china. De las paredes cuelgan tapices de Gante; del techo, arañas de cristal de Venecia. Los cubiertos, de plata, son de Londres; los paños para secarnos la boca y las manos proceden de Flandes... ¡como tú, mi querido William!

Nuestro anfitrión nos recibió con esos bombachos, *bantalon fadfad*, que cuelgan por detrás como si estuviesen llenos, y, la verdad sea dicha, yo misma estaba como para hacerme algo encima. El señor Maluf es un hombre corpulento, imponente. Nos sonrió imperturbable, como si no tuviese otra intención que la de vendernos una alfombra. Su carnosa mano me condujo hasta una mesa baja. Me llamó *principessa*^[266] y tuve que sentarme a su lado, sobre unos cojines. Kito protegía mi otro flanco; Roç tomó asiento frente a mí, al lado de Dshuveni. Maluf palmeó, y nos sirvieron la cena.

¿Qué puedo decirte? William, comimos de todo lo que se puede tener en la despensa de una casa, sin mucho refinamiento, pero sí en grandes cantidades. De aperitivo, un extraño batiburrillo: aceitunas deshuesadas de Palmira rellenas de almendras del Nilo, rebozadas con sémola de mijo de Medina y fritas en aceite; bolas de arroz condimentadas con manzanas de Siria y pasas de Jerusalén; *kebab* de garbanzos especiados con cilantro; pechuga de pato y de codorniz rebozada con yema de huevo, sin que pueda recordar la procedencia de las aves. Todo ello regado con vino blanco resinoso del Peloponeso. No me gusta, pero cuando vi que Maluf lo trasegaba sin cesar, despreocupado, permití que me sirvieran un vaso. Su sabor es tal y como lo recuerdo de Chipre (como pies dormidos), pero estaba claro que no contenía ningún somnífero. Roç me dirigió una mirada de reproche, y yo proclamé:

—En realidad, el Grial no nos permite a la pareja real deleitarnos con caldos embriagadores. ¡Pero en esta ocasión me permitiré hacer una excepción —y alcé mi copa— para brindar a vuestra salud, Maluf! —Había tomado la iniciativa y pude rehusar fácilmente y hasta fingiendo indignación cualquier otro ofrecimiento, sobre todo porque a continuación también Roç se volvió hacia los mongoles y exclamó:

—¡La princesa nos permite este gesto único en honor de nuestro anfitrión!

Acto seguido se levantaron todos, bebieron un trago, sonrieron a Maluf y volvieron a sentarse cual fieros guerreros en capilla, en vísperas de la batalla. El único que no entendía lo que sucedía con su tropa, por lo general tan dada a los excesos, era el ayudante Dshuveni. Estuvo a punto de disculparse con el anfitrión y no dejaba de tender el vaso vacío para que se lo llenaran, en señal de buena voluntad.

El plato principal consistió en una selección de palomas de todas las partes del mundo: agridulces de China, marinadas en pimienta y vino tinto de Tolosa, fritas con enebro y romero de la Romaña, y marroquíes asadas con canela. Venían acompañadas de vinos tintos de Georgia y Trebisonda, que nosotros, sin embargo, rechazamos con buenas palabras. Dshuveni mantenía el tipo, como queriendo compensar nuestro indigno comportamiento, y esto tuvo por efecto que se animara enseguida, lo que no es su estilo.

—¿Por qué —se volvió riendo a carcajadas hacia Maluf— habéis despedido a la caravana tributaria de nuestro amigo Hetum, el rey de Armenia^[267]? Sin duda habrían deseado acompañarnos en el peligroso viaje hacia Karakorum.

—Mi humilde morada —repuso el mercader, sonriendo con malicia— no puede albergar a dos delegaciones al mismo tiempo. Os tengo más aprecio a vos, querido Dshuveni, que a ese rebaño de huríes destinadas a la paradisíaca *yurta* del gran Khan.

Sorprendentemente, el ayudante dio por buena la respuesta y vació su vaso de un trago.

—¡Que Alá le conceda larga vida, virilidad y tiempo para gozarlas!

—¿Cómo es posible —dije, aprovechando la ocasión— que haya reconocido a la esposa de un buen amigo al pasar esa caravana de huríes procedentes de diferentes países del mundo?

—La princesa —dijo Roç, suavizando mi impetuoso tono— cree haber visto a una mameluca conocida entre las esclavas.

—¡Era Shirat, la hermana de Baibar! —salté yo, indignada—. ¡Tan cierto como que esta tarde visitamos el mercado de Samarcanda!

—¡Oh! —bramó Maluf, y sus ojos brillaron—. ¿De Baibar? ¿El temido «arquero»? ¿El amo secreto de la corte de El Cairo?

—¡Exactamente! —exclamé—. ¡Y no creo que le agrade enterarse de que habéis dejado sin castigo semejante ofensa para él!

—¡No lo sabía, *principessa*! —se lamentó nuestro anfitrión—. ¡Os juro que lo ignoraba! De otro modo, habría... —Sin duda reparó en que difícilmente podía admitir delante del ayudante mongol lo que habría sido capaz de hacer por apoderarse de semejante trofeo. Es probable que considerara la posibilidad de enviar a unos cuantos hombres a caballo tras la caravana. Yo me reproché haber aireado la identidad de Shirat, si es que se trata efectivamente de ella. La noticia se divulgaría y el pobre Hamo tendría cada vez menos posibilidades de recuperar a su mujercita. Debería haberme ocupado sin más de que detuvieran a la caravana y la inspeccionaran; de que Shirat fuese liberada por la fuerza o a cambio de dinero. Pero ya era demasiado tarde. Ni siquiera el poderoso Maluf podría hacer nada. Hace tiempo que la caravana avanza por la calzada militar mongol donde prevalece la férrea ley de la *pax mongolica*. En Samarcanda, en cambio, dominan las normas de los territorios fronterizos: es decir, aquí reinan el derecho de la fuerza y la inmoralidad. ¡Pobre Shirat!

Los huesos de los pajaritos (palomas envueltas en hojaldre, bañadas en leche de almendras, rellenas de nueces y pistachos o con guarnición de despojos y huevo) fueron retirados de la mesa. Y Maluf, que había hecho en demasía honor al vino, se burló de Kito.

—He tenido a muchos embajadores del gran Khan sentados a mi mesa, pero jamás a un mongol que despreciase mis vinos. ¿Acaso preferiríais tomar *kumiz*^[268], o...?

—Gracias —dijo Kito—. Pero tened en cuenta que nunca antes habéis podido agasajar a una pareja real. ¡Consideraos honrado y no os lamentéis!

El reprendido volvió a batir palmas con sus robustas manos y enseguida sirvieron los dulces, *ashbisa*, pedacitos de carne en gelatina de granada, albaricoque y limón, pastelitos de mijo fritos en grasa de cola de carnero, y *hai's*, bolas de dátiles y avellanas cubiertas de azúcar fundido, además de *laban*, la excelente leche fermentada de Persia. Dshuveni empezó a deslizarse lentamente por el borde de la mesa, lo que no cabía achacar a ningún somnífero, sino más bien a la curda que había agarrado. Nosotros, en cambio, aprovechamos la ocasión, y le guiñé un ojo a Kito para que agradeciese la hospitalidad de que habíamos disfrutado. Antes de despedirnos le aseguramos a Maluf que nos habría gustado pasar la noche bebiendo con él, pero que, lamentablemente, ni los mandamientos del Grial ni nuestra partida, prevista para cuando despunte el día, nos lo permitían.

Maluf me besó la mano, sonriente.

—Dulces sueños, *principessa* —dijo, como si éstos figuraran entre sus mercancías. Yo le devolví la sonrisa y me colgué del brazo de Roç. Kito se echó a Dshuveni a la espalda y nos retiramos a nuestros aposentos. Buenas noches, William. Mientras tú duermes tranquilo, ¡nosotros tendremos que velar!

Tu Yeza, O.C.M.

P.D.: Vela tú también y protege con tus oraciones sobre todo a mi Roç.

L.S.



De Roç a William, Samarcanda, en la tercera década del mes de mayo de 1252 d.C.

Querido William, lo que hicimos fue confeccionar unos muñecos con mantas, almohadones y cuerdas, del tamaño de Yeza y del mío, les pusimos nuestras ropas, los echamos en las camas y los tapamos como si estuviésemos dormidos. Kito insistió en que nos arrastrásemos hasta quedar ocultos debajo de la litera inferior, y que esperáramos allí escondidos, pues el desconocido enemigo no tendría la intención de abalanzarse tan pronto sobre nosotros. Los mongoles se encontraban ya en sus puestos y se hacían los dormidos, aunque con las armas preparadas bajo las mantas.

Los arqueros no se apostaron arriba, donde los habrían descubierto enseguida, sino abajo, en el nivel intermedio de las literas. El dormitorio está dividido en tres bloques. Nosotros nos habíamos acurrucado en un rincón, apartados de los demás. Por orden de Kito, los mongoles se arracimaron en torno a nosotros, a excepción de los arqueros, con los «guerreros secretos» en el cerco más próximo. Habían traído también cubos de agua y trapos húmedos, pues nadie sabía si la perfidia del enemigo no lo llevaría a atacarnos con fuego para que muriésemos del modo más cruel dentro del dormitorio. En tal caso se había dispuesto que una tropa de choque se abría paso hasta la puerta, antes de que Yeza y yo saliésemos de nuestro rincón. Pero, como ya he dicho, por el momento no ocurrió nada y yo permanecí tendido, pegado al cuerpo de Yeza, lo que hacía tiempo no ocurría. Y debo decirte, William, que ella me excita más que cualquier otra mujer. Mi miembro tardó en ponerse rígido menos que su mano en deslizarse dentro de mis calzones. Agarrándolo con firmeza, me susurró:

—Si sacas esta arma secreta para asediar a otra dama, ¡te la cortaré de un mordisco! —Y para subrayar su temible amenaza, me mordió en el cuello. Estaba seguro (todo ocurría en la oscuridad) de que sangraba, pues Yeza empezó a lamerme la herida, y si bien su lengua es áspera, lo hizo con tanta ternura que deseé yacer con ella en la postura del cangrejo del zodiaco, lo que desde luego no era posible, pues los mongoles nos habían ordenado que nos tumbáramos cabeza con cabeza. No había forma, por tanto, de darse la vuelta, pues por encima de nosotros quedaba muy cerca la depresión del jergón de paja donde yacía Kito. De modo que sólo pudimos movernos con mesura, lo que Yeza aprovechó (en eso es una maestra) para deslizarme mi miembro por su mano hueca, como si de un varillaje de Zev Ibrahim se tratara. Pero esta vez estaba más inquieta, más excitada que en otras ocasiones, y me besó en la boca como jamás ha hecho antes. Su lengua se adentró en mí para indicarme lo que deseaba. Yo deslicé mi mano entre sus muslos (lo que hasta entonces, indignada, siempre me ha impedido hacer) y encontré su jardincillo empapado. Esta vez no se retiró, al contrario, me empujó hacia su puertecita... ¡oh, William, entramos en el mismísimo Paraíso! Nos movíamos acompañados, cada vez menos inhibidos y más desbocados. Durante una fracción de segundo, en medio de aquel ardor, agradecí los consejos de Madulain. Nunca llegué a decírtelo, pero fue ella quien me inició en los secretos de la excitación del clítoris; y ahora podía obsequiar a Yeza con mis habilidades, aunque con cierto temor a demostrar excesiva pericia. Pero le procuraba tal placer que me mordió de pura concupiscencia. En un alarde de destreza conseguí hacer estallar en ella el «fuego griego» en el mismo instante en que mi mazo empezaba a escupir, bajo su mano, una lava tan ardiente como la del Vesubio de Nápoles del que me has hablado. Y nos ocurrió como a las gentes de Pompeya: fueron cubiertas de cenizas ardientes, sus movimientos cesaron bajo el calor, se debilitaron y se amodorraron. Besé a Yeza en los ojos y en las aletas de la nariz, y por fin hallé el sosiego en sus suaves labios.

¡Ah, William! ¿Por qué la amo tanto? Quiero morir de felicidad por tenerla en

mis brazos... moriría si alguien me la arrebatase. Yeza y yo tenemos que yacer por fin juntos como hombre y mujer; ella lo desea, yo lo deseo. Y quiero que sea como una boda, no en un jergón que nos oculta en la penumbra, apremiados por la presencia de Kito y rodeados de enemigos que buscan nuestra perdición. Pero dime, amigo mío: ¿acaso una unión libre y feliz, plena de ternura y confianza, comprensión y conocimiento del otro, es garantía de amor eterno? Yo no podría soportar el dolor de perderla. El amor me da miedo, ¿conoces ese sentimiento, William? Aconséjame, ¿qué debo hacer? Estoy sentado junto a un río, mis piernas se bambolean y no hago más que chapotear en sus aguas con los pies, pues, aunque sé nadar, temo las corrientes inciertas que podrían arrastrarme, hundirme en sus reciales, ahogarme en profundidades insondables. Si no salto, me libraré de sus peligros, pero jamás sabré lo que es bogar por sus olas. El miedo, un sentimiento que hasta entonces desconocía, me atenazaba la garganta, aunque no temía a los enemigos. Ya debía de ser pasada la medianoche, Yeza dormía como un animalito acurrucada en mi brazo. La amo, la amo, la amo.

—¿Roç? —me preguntó Kito con voz queda, desde arriba—. ¿Crees que aún vendrán?

Yo le susurré:

—De no ser así, mi amigo no me habría advertido...

En ese momento crujió el maderamen sobre nuestras cabezas y destacándose contra la claridad del cielo nocturno, vi en una de las ventanas altas la silueta de una escala que iba emergiendo, mientras que por el otro extremo de la sala, donde corre una galería bajo los arcos menores, es decir, sobre el tejado de los porches, entraban sigilosas unas figuras dispuestas a saltar sobre el pretil.

—¡Escondeos! —siseó Kito, y yo agaché la cabeza, pero no lo bastante como para no percibir el silbo de las primeras flechas y el restallar de los arcos que las lanzaban. Oí un grito ahogado, y un cuerpo se desplomó, golpeando el suelo en algún lugar. Entonces aparecieron más asaltantes; entraban por las ventanas altas y oí sus pasos arriba, en la galería. Los mongoles disparaban en silencio, y tampoco los asaltantes se permitieron el menor grito de guerra. Eran mucho más numerosos de lo que habíamos imaginado. En algunos puntos se luchaba ya enconadamente, cuerpo a cuerpo. La siguiente oleada ni siquiera intentó cogernos por sorpresa. Para distinguir a los amigos de los enemigos, los hombres portaban antorchas, ofreciendo así un blanco seguro a los arqueros; esas antorchas caían chisporroteando al suelo cuando era alcanzado alguno de los que asomaban por la balaustrada. La luz difundida nos permitió darnos cuenta de que estábamos en minoría, pues calculé que los atacantes eran al menos sesenta, o setenta. Sus armas asesinas refulgían por doquier, cada vez más cerca.

Hacía tiempo que Yeza había despertado, yo sentía su aliento en mi cara. Sobre mí, Kito se batía como un héroe, sin abandonar su puesto. Dshuveni luchaba a su lado (lo que nadie había esperado), disparando el arco y abatiendo con certera precisión a

cualquiera que intentara acercarse provisto de una antorcha. Pero ellos arremetían con creciente furia y nuestros hombres iban cayendo.

Yeza me dio un empujón y me hizo una seña para que siguiera su mirada: cerca de nosotros se había abierto una trampilla en el suelo, y bajo la vacilante luz de pez ardiente descubrimos el rostro, grande como una calabaza y cubierto de tatuajes, de un asiático calvo que trataba penosamente de salir del agujero. Era un gigante corpulento y desnudo que sostenía en sus garras una pequeña maza de hierro, casi ridícula en comparación con su tamaño. Detrás de él apareció un tipo picado de viruela, un ser enjuto, portador de un hacha cuyo acero brillaba tan temible bajo la luz de las antorchas como su ardiente mirada. Tampoco éste nos descubrió, a pesar de que estábamos a la misma altura. El tercero era un negro tuerto. Le brillaban los músculos, untados con grasa. Sostenía un terrible artilugio en la mano, una hoz, y su único ojo nos avistó. Palmeó, sonriente, a sus compañeros. Los tres se tomaron su tiempo; seguramente tenían órdenes de ocuparse exclusivamente de nosotros... o bien querían ganarse una recompensa atrapándonos vivos. Yeza y yo nos arrastramos sobre el vientre hacia atrás para salir de aquel escondrijo, pues preveíamos que allí no tardarían en machacarnos el cráneo o en rebanárnoslo con el hacha o la hoz. Se acercaban. Habíamos conseguido poner el jergón entre ellos y nosotros, y lo alzamos. Kito los había visto llegar, pero Dshuveni no. Un golpe del gigante le rozó la parte posterior del cráneo: una patada había desviado la maza en el último instante. Entonces alcé la vista y me llevé un susto de muerte, pues unas figuras descendían por medio de cuerdas atadas al artesonado de la sala, directamente sobre nosotros. También llevaban antorchas y, entre ellos, descubrí a Omar.

El negro había saltado sobre Kito y le acercaba su hoz mortal al cuello. Omar soltó la cuerda y, mientras caía, metió la daga en el ojo del negro. Ambos rodaron por el suelo, y el enemigo quedó inmóvil. Mi amigo y salvador se levantó. Me dirigió una sonrisa animosa.

—¡Cuidado, mira atrás, Omar! —le advertí, pues algo terrible amenazaba por allí.

La maza del gigante golpeó a Omar en el hombro y me pareció oír un crujido de huesos; en cualquier caso, mi protector perdió el sentido. Omar se desplomó con medio cuerpo sobre la litera, ya fuera del alcance del calvo. Mi prevenida compañera quiso acudir en su auxilio, pero el otro, el carniseco, blandía ya el hacha frente a ella y frente a mí. Ambos retrocedimos, saltando sobre la litera donde yacía Kito, y la hoja reventó la madera de un montante. Kito le asestó una patada en los huevos al picado de viruela, que cayó con un gemido. El gigante sacó una flecha de su brazo tatuado y se arrojó sobre Kito, aunque sólo porque había tropezado con Omar, pues en realidad quería acabar con Dshuveni. Sentí el desagradable roce de su cabeza empapada en sudor contra mi pierna. Noté su aliento y le di una patada, Yeza me arrastró hacia donde estaba ella. El calvo se había acercado tanto que habría podido darnos un mordisco, pero recapacitó y levantó con su enorme fuerza el camastro que, más que de parapeto, nos había servido de refugio para acurrucarnos detrás. Nos

deslizamos hacia el otro extremo; parecíamos escarabajos impotentes y el flaco se dio cuenta de ello, pero no pudo llegar a tiempo, pues Dshuveni le disparó, acertándole en un muslo. A partir de ese momento tuvimos que vérnoslas con el gigante, que no quería abandonar su presa.

Un joven «asesino» bajó, deslizándose por la cuerda. Era Karim, aún recuerdo su nombre. Quería ayudarnos, pero una flecha se le clavó entre los omóplatos y cayó sin vida sobre la nuca del gigante, que soltó la maza del susto. El coloso se tambaleó por unos instantes y se interpuso en el camino del enjuto, que blandía de nuevo el hacha contra nosotros, por lo que reventó otro madero. Omar se había rehecho, aunque recibió muy pronto un puñetazo en la cara, pero yo conseguí hacerme con la maza de hierro. Cuando el gigante se abalanzó sobre Yeza, le di en la sien. Se desplomó sobre la cama y vino a caer justo en la daga de Yeza.

Dshuveni disparó desde muy cerca una flecha en el vientre del picado por la viruela, y Kito lo decapitó, fuera de sí, y también le cortó la cabeza al gigante tan pronto Yeza hubo extraído la daga de su garganta. Los últimos agresores arrojaron las antorchas y huyeron por la galería, las ventanas y las trampillas por las que habían entrado. Algunos trataron de salir por las puertas, pero estaban atrancadas por fuera. Pudimos acabar con todos.

Los mongoles contaron sus pérdidas. No eran tan grandes como habíamos supuesto, pero de los *fida'i* que nos habían salvado, no quedaba ninguno con vida. Aunque tal vez habían preferido escabullirse con el mismo sigilo con que acudieron en nuestra ayuda.

Omar se arrodilló junto al joven Karim, que no daba señales de vida. La flecha le había atravesado el corazón.

Le dije a Kito:

—Éste es mi amigo Omar. Quiero que también sea amigo tuyo, y que se una a quienes, a partir de ahora, formarán la escolta que defenderá nuestras vidas.

—Supongo que se lo debemos —le dijo Kito a Dshuveni, quien asintió, aunque sólo fuera porque la flecha que había matado al amigo de nuestro inesperado salvador procedía de su arco.

—Este asalto —reflexionó Dshuveni en voz alta— no sólo ha sido perpetrado con perfecto conocimiento del lugar, sino también con la aprobación, si no bajo la instigación, de nuestro anfitrión. ¡Tráemelo, Kito!

Los mongoles habían amortajado a sus muertos en las camas, y se ocupaban de los heridos. No se oía ni un gemido. Esos hombres permitían que les curasen las heridas con los dientes tan apretados como los tuvieron durante la lucha. Después ayudaron a Omar a buscar a sus amigos entre los atacantes, cuyos cadáveres yacían por doquier. Eran siete los *fida'i* muertos que encontraron, y los amortajaron en las camas, como a los mongoles caídos. A los demás enemigos, algunos de los cuales yacían escondidos, gimiendo y llorando bajo las literas, les cortaron las cabezas y las clavaron en los extremos de los montantes.

Kito apareció en el umbral de la puerta descerrajada y traía, arrastrándolo, a Maluf, que vestía camisa de dormir y se resistía con grandes lamentaciones. Se echó a temblar cuando vio el espectáculo que se le ofrecía. En la cabecera de cada cama, una antorcha iluminaba al muerto que llorábamos, y, sobre los montantes, tres o cuatro cabezas cortadas acusaban al mercader.

Dshuveni no dijo ni una palabra. Probablemente tenía previsto matar a Maluf en ese mismo instante, pero se contuvo, envainó la espada y ordenó con voz ahogada:

—Quien ha alzado la mano contra una delegación del gran Khan, deberá llevarla personalmente hasta Karakorum. Allí recibirá el castigo que merece.

Ataron a Maluf y lo envolvieron en mantas, dejando al descubierto únicamente la cabeza. Lo llevaron a empellones hasta un palanquín que habían preparado, y nos dispusimos a partir.

Ya clareaba. Afuera, en el patio, nos esperaban los huéspedes y criados del gran mercader de Samarcanda, pues hacía tiempo que se habían levantado, pero nadie se atrevió a cortarnos el paso. Cuando el último de nosotros hubo abandonado el dormitorio, Kito se paseó entre las camas y derribó las antorchas encendidas, que enseguida prendieron fuego a los jergones.

Yeza y yo cabalgábamos en el centro de la comitiva que Dshuveni conducía con expresión impasible. Omar iba a nuestro lado. Delante de nosotros se bamboleaba el palanquín que transportaba a Maluf. Al llegar a las puertas de la ciudad, los guardias preguntaron inquietos: «¿Todo en orden, Maluf?» Y la cabeza del gordo, que asomaba como la de un gusano a punto de encerrarse en el capullo, asintió sudorosa, porque una cuerda tiraba de sus cabellos y le habían metido una gran cebolla entre las fauces. A nuestras espaldas las llamas salían ya por las ventanas del caravasar, y una densa nube de humo se elevaba hacia el cielo. *Alá iughfur anfusuhum, lil salehin ual malehin*^[269], que Alá se apiade de sus almas, ¡de las buenas y de las malas! Así abandonamos Samarcanda.

L.S.

II

MENDIGOS EN PALACIO



Crónica, de William de Roebruk, Constantinopla, en la fiesta de San José^[270] 1253 d.C.

Tuvieron que transcurrir siete meses y trece días, sin contar sus noches, hasta que se abrieron para nosotros las puertas de la prisión. Durante ese tiempo, el rey Conrado^[271] pudo acudir desde Alemania y reconquistar Nápoles, ante lo cual Carlos de Anjou —para gran disgusto del Papa— renunció rápidamente a aceptar el feudo del «Reino de las dos Sicilias». Nuestro viejo Elía había fallecido en Cortona, no sin haberse reconciliado antes con la Iglesia. No había vuelto a ver a Bartolomeo. Gracias a Dios, no nos habían encerrado en la misma celda.

Con la misma arbitrariedad con la que aquellos ignorantes suabos nos arrojaron al calabozo, nos liberaron un buen día. Alguien nos lanzó un grito: «¡Se ha concedido una amnistía para celebrar el cumpleaños del heredero del trono, Conradino de Hohenstaufen!» y fuimos expulsados de la fortaleza. Lo recuerdo muy bien, era el veinticinco de marzo. Tampoco a Barto le habían tomado declaración, ni siquiera le habían preguntado su nombre. Y, así, no sólo perdieron de vista a mi intrigante pero en el fondo inocua persona, sino también al mal afamado Bartolomeo de Cremona, que sin duda tiene en su haber, además de mucha otra mierda, algún resto de sangre de los Hohenstaufen, enemigos de la Iglesia.

Como nos avergonzaba haber tenido que posponer casi un año la misión que nos encomendara el rey, hicimos como si nada hubiese ocurrido y aprovechamos la primera ocasión de viajar hacia Oriente. En Mesina y en Creta tuvimos que buscar otra nave, antes de llegar, por fin, ya muy andrajosos y con lo puesto a Constantinopla; en realidad, parecíamos dos hermanos pobres de san Francisco, un papel que hacía tiempo no habíamos interpretado y en el que no nos apetecía tampoco seguir. De modo que ni se nos ocurrió mendigar por las calles. Más bien nos dirigimos sin más al palacio de Calisto, donde nos aguardaba una vida principesca, o mejor dicho, arzobispal.

Yo recordaba aún el camino que conduce al palacio y mientras lo recorríamos, expliqué a Barto cómo debe comportarse un hombre de mundo en semejante lugar. Le describí el refinado lujo de la residencia episcopal, de la servidumbre y ante todo de la rica mesa, pues hacía días que no probábamos más que pan mohoso y agua estancada.

No acudió nadie a recibirnos cuando nos vimos ante el portón de hierro forjado; ningún guardia nos preguntó qué deseábamos. La reja estaba abierta, y en la

escalinata crecía la hierba.

—¿Es aquí? —preguntó Barto, inquieto, y yo le respondí, altivo:

—¡Tan cierto como que fue aquí donde me alojé a mi regreso de la primera embajada al país de los mongoles! —Pero, como también a mí se me antojaba extraña la situación, añadí—: El antiguo propietario, el obispo Nicola della Porta^[272], era un caballero excéntrico. Es posible que —*respiciendum finem*^[273]— descuidara un tanto el jardín.

Y, así, avanzamos por un camino de grava entre matorrales salvajes de la altura de un hombre y estatuas de angelotes caídos. Era evidente que hacía tiempo no había sido utilizada la escalinata de mármol que conduce al vestíbulo, y empecé a dudar de que Hamo hubiera llegado. Tal vez había desechado su proyecto de aceptar tan arruinada herencia. Exclamé:

—¡En el nombre del rey de Francia, aquí está William de Roebruk!

Pero no recibí respuesta alguna; la puerta de la entrada se movía, batida por el viento.

—No me gusta este lugar —susurró Barto, y algo debía de flotar en el aire si él lo decía—. Es posible que aún deambule por aquí el fantasma de Vito de Viterbo... —Tal vez recordara que el tan tristemente célebre esbirro de la Curia había sobrevivido a un atentado, y que aún transcurrieron unos años hasta que los «asesinos» acabaron con él. Después se acordó de mi infeliz hermano Benedicto de Polonia^[274], que, efectivamente, había expirado en el gran salón del piso superior, alcanzado por dagas envenenadas.

Le repliqué:

—¡Si no hay nada para comer, no creo que haya fantasmas! —Y abrí la puerta de una patada. Unas hojas secas cubrían el suelo; un par de palomas salieron volando y desaparecieron por las ventanas abiertas. Se nos ofrecía una imagen de completo abandono. El palacio había sido saqueado hasta el último mueble, faltaban las cortinas y las alfombras, estaban vacíos los nichos y los pedestales que antes brindaran excelsa morada a ninfas y dioses griegos. Por fin, me atreví a subir al salón revestido de mármol blanquinegro, con el estrado en el que antaño representamos mi «feliz regreso del viaje al reino del gran khan» con los hijos del Grial, y donde finalmente me alcanzó mi supuesta muerte y Roç y Yeza disfrutaron de su primer gran triunfo al rescatar mi cadáver.

Ah, mis pequeños reyes, ¡ojalá estuviéseris aquí, conmigo! En lugar de eso tengo que aguantar a este quejumbroso Bartolomeo, que sin duda también desea dar con los niños, aunque de momento se conformaría con encontrar algo que llevarse a la boca, y no me extraña. Le dije:

—Podemos mirar en la cocina. —Y arrastré a mi reacio acompañante hasta el sótano.

Estaba bastante oscuro.

—No —musitó Barto—, prefiero morir de hambre... ¡he visto temblar una luz!

—¡Tonterías! —exclamé—. Si hay alguien en la cocina, será... —Pero entonces también yo avisté la luz. Se acercaba, y me detuve. ¿Por qué razón iba a ser yo más valiente que Barto?

Poco después apareció a nuestro lado, en un pasillo, una figura encorvada que portaba un farol. Me vi frente al rostro, mortalmente pálido y rodeado de greñas, de Hamo.

—Ah, William —dijo con infinita tristeza—, ¡aquí faltabas tú!

Tras esto hizo ademán de alejarse, pero yo le grité:

—¡Hamo, hemos venido a ayudarte!

—Nadie puede ayudarme, y mucho menos tú, William de Roebruk —oí su voz retumbar en el oscuro pasillo, al que se había retirado como un animal herido de muerte—. Si hasta ahora he podido albergar alguna esperanza de que atracase la trirreme con Shirat y mi hija, ahora sé que le debe de haber sobrevenido alguna desgracia, ¡pues de otro modo no estarías aquí! Hace meses que mi nave debería haber llegado. Seguramente ha sucumbido en una tormenta o ha sido asaltada por los piratas.

Le pregunté:

—¿Cuándo has sabido por última vez de la trirreme?

Hamo salió de la oscuridad y se acercó a la escalinata.

—Fue —relató con voz entrecortada— cuando estaba a punto de embarcar en la nave que alquilé en Prócida, y vosotros no llegabais. Entonces apareció Lorenzo de Orta, y yo le pregunté adónde iba. Me respondió: «¡A Otranto, a admirar a vuestra hija!» Tuve una ocurrencia que maldigo desde entonces: lo animé a que realizara ese viaje para ayudar a mi querida esposa Shirat a embalar los enseres de la casa, y a que la acompañara después en la trirreme hasta Constantinopla. De ese modo podría yo dirigirme sin rodeos a Constantinopla con la nave que había alquilado, y prepararlo todo para su llegada.

Recordé el desdichado, mejor, el absurdo plan de Lorenzo relacionado con Malta, y la infausta sentencia de Gavin de la «palabra que se hace realidad». Pero dije, intentando quitarle hierro al asunto:

—¡Pues, a juzgar por lo que veo, no parece que hayas realizado grandes preparativos!

—Es cierto —dijo Hamo y se acercó a nosotros—. En cuanto llegué me asaltaron unas dudas terribles, las pesadillas me torturaban cada noche, paralizándome durante el día, ¡fui incapaz de hacer nada!

—Ahora estoy yo aquí —lo consolé—. ¡William, el pájaro de buen agüero! Debes sobreponerte y tomar de nuevo las riendas de tu destino, Hamo l'Estrange.

—Pero ¿qué puedo hacer, William, para que mi esposa y mi niña...?

—¡Disponer los preparativos prometidos! —exclamé, con la intención de darle ánimos—. Si Shirat alcanza a ver esta pocilga, seguramente preferirá seguir de crucero por el Egeo durante todo el verano a venirse a vivir en semejante basurero.

Hamo se quedó mirándome bajo sus encrespados rizos.

—Está bien —gruñó—, pero me prometes que...

—Te prometo que te ayudaré a buscarla en cuanto regrese de mi misión en el reino del gran khan...

—Ningún amante esposo y padre puede esperar tanto, ¡pero qué sabrás tú de eso, fraile!

Y con estas palabras se volvió y exclamó:

—¡Filipo!^[275] —para informarnos a continuación—: ¡Mi criado!

Por el otro extremo del pasadizo que conducía al laberinto llegó corriendo un muchacho. Es bello como un ángel, pensé, pero también aprecié en él una como perversa inocencia.

Hamo dijo:

—¡Tenemos invitados! Recoge unas hojas secas para que puedan dormir sobre ellas y atrapa alguna rata o unas cucarachas para la cena. Son franciscanos, es decir, estómagos mimados, de modo que pon agua fresca en la mesa. Quizá encuentres en el jardín algún fruto del último otoño. —Añadió a modo de explicación—: Sucede que, para rematar nuestra mala fortuna, al poco de llegar fuimos asaltados por unos ladrones que se han instalado aquí, y que se alegraron no poco de poder engrosar su botín con nuestras pertenencias.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Barto, muy interesado.

—Durante el día roban en el puerto o por las calles y, si llegada la noche no se gastan lo recaudado en algún burdel —nos informó Hamo, impasible—, regresan de muy mal humor para echarse a dormir arriba, en los dormitorios principales.

—Hermosa perspectiva —dijo mi compañero—. En realidad, debíamos encontrarnos con el sacerdote Gosset, que nos aportaría las cartas credenciales del rey Luis y, lo más importante, la bolsa de viaje. ¿Ha pasado por aquí?

Hamo respondió:

—¡Oh, sí! Hace meses que preguntó por vosotros.

—¿Y dónde se encuentra?

—No ha vuelto a presentarse —dijo Hamo.

—Acaso los ladrones lo habrán...

—No, no traía nada encima, pero, como era un clérigo, se lo llevaron al prostíbulo. Desde entonces no sé nada de él, ¿no es cierto, Filipo?

El ángel inclinó la cabeza, radiante.

—Creo —se dirigió Barto a mí— que deberíamos visitar ese prostíbulo. —Me tiró con insistencia de la manga—. No tenemos nada que perder, ¡y tal vez quede algún resto para estos dos pobres franciscanos!

—¡Filipo —ordenó Hamo—, lleva a los señores a la casa de putas! ¡Di que lo anoten todo en la cuenta del conde de Otranto!

Abandonamos el palacio episcopal.

—¡Ese Hamo tuyo —opinó Barto— parece un poco trastornado por la pérdida de

su señora Trirreme!

Asentí dándole toda la razón, aunque habría preferido menear la cabeza, o meterme los pulgares en las orejas, sacar la lengua y poner los ojos en blanco.

Dirigidos por Filippo, descendimos las escaleras que llevan por el camino más corto desde el cementerio de los Angeloi^[276], situado en lo alto, hasta la ciudad vieja, junto al puerto. En cuanto nos sumergimos en las estrechas callejas nos rodeó el familiar trasiego de las tabernas abiertas, los puestos de los buhoneros y los animados patios. Niños mendicantes nos tendían sus manos; los borrachos nos empujaban, si es que no se trataba de rateros disfrazados que nos palpaban las ropas en medio de aquel revuelo. No llevábamos nada, y por eso, como dijo con mucho tino Barto, tampoco teníamos nada que perder, a no ser nuestra vida. Aquí los puñales brillan por doquier y nadie duda en emplearlos cuando se presenta la ocasión. Así lo corroboró un hombre sentado delante de una puerta, que cayó al suelo justo en el momento en que cruzamos por delante. Entre sus omóplatos vimos un mango partido. Filippo se detuvo, pero sólo para indicarnos el edificio que asomaba detrás de un arco, en la acera de enfrente. Debe de haber pertenecido a todo un conjunto señorial. La casa principal, de construcción baja y situada en uno de sus extremos, exhibe aún la impronta de su pasado lujoso. Las antiguas cuadras, que se distinguen por sus puertas de madera de media altura, se agrupan en torno al patio. En su centro ardía una hoguera, rodeada exclusivamente por hombres, que bien podían ser cincuenta. Estaban esperando.

—¿En esta pocilga es donde aguardan anhelantes las baratas servidoras del amor venal? —Bartolomeo trataba de ocultar su creciente impaciencia tras aquella pregunta tan retórica, y el lacónico Filippo asintió amablemente.

—¿Cuánto tiempo habremos de aguardar? —insistió mi hermano en la Orden—. ¿No será posible que todos estos...?

Filippo negó con la cabeza y nos indicó que lo esperásemos allí, de pie. Entendí lo que quería decir, y se lo expliqué al renuente Barto.

—Si nos sentamos, nos sometemos a sus reglas.

Nuestro criado fue admitido en el edificio señorial y regresó acompañado por un hombre magro de carnes, que mostraba cierta prisa por saludarnos. Parecía muy contento, lo que me extrañó aún más que su immaculado hábito de sacerdote. Era Gosset.

—Por fin tengo el honor de poder saludar a los famosos hermanos en el espíritu de Cristo que, por orden de mi rey, me acompañarán en la importante embajada al gran khan de todos los mongoles. ¡Entrad y alegrad mis sentidos con las cordiales bendiciones de nuestro santo Padre, de las que tan necesitados estamos! —exclamó en un cultísimo francés, como si acabáramos de llegar con cierto retraso a un concilio de la Iglesia.

A mí me dio mala espina ver que nos invitaba con tanta zalamería a pisar el interior de la casa. Se abrió una segunda puerta y, detrás de un pesado cortinaje, nos vimos en medio de una cueva de receptación de mercancías robadas.

Al primer golpe de vista descubrí una especie de capilla palaciega, lo que se debía a que predominaban los bienes eclesiásticos: tres altares completos con sus cofrecillos dorados y valiosas custodias, iconos y toda clase de objetos cuajados de joyas, relicarios y crucifijos junto a innumerables pilas bautismales, candelabros, incensarios y cálices. Entre ellos apenas quedaba espacio para los ajados divanes, tapados con manteles de altar y estolas de encaje que apenas lograban ocultar el relleno que salía por numerosas roturas. Estábamos solos, bajo la luz de algunas gruesas velas votivas.

—*Asseyez-vous, mes frères*^[277] —trinó aquel desleal servidor de la Iglesia, y sólo mi patente disgusto por posar el trasero entre los paños destinados a cubrir el cuerpo del Señor lo movieron a retirar con indolente ademán algunas de las telas bendecidas. Barto tenía menos escrúpulos, pero a la vez se mostró menos inclinado a una charla distendida.

—¿Dónde están las credenciales? ¿Y el dinero? —gruñó.

—¿Qué dinero? —fue la respuesta de Gosset, una respuesta que no me cogió de sorpresa—. ¿Acaso no os ha entregado el Papa...?

Los dos negamos con un gesto de cabeza, y ambos pensábamos lo mismo.

—Sabemos —dijo Barto, tratando de dominar la ira— que el rey Luis, a cuya iniciativa se debe esta misión, y que la tiene en mucha estima, os ha confiado una bolsa...

—...que debéis entregarnos a nosotros —concluí yo, por mor de la máxima claridad— precisamente aquí, poniéndoos a nuestra disposición, puesto que somos los encargados de llevar a buen fin esta embajada.

Monseigneur Gosset no parecía sentirse ni siquiera abrumado, tan sólo un tanto melancólico.

—Debido a la lamentable inconveniencia de vuestra tardanza, me he visto impelido a gastar esas magras dietas para poder sobrevivir de acuerdo con mi rango —replicó sin el menor asomo de arrepentimiento—. La vida es cara en esta Babel pecaminosa —añadió incluso, a modo de explicación, ya que no de disculpa—. Eso que vos, queridos hermanos, llamáis «bolsa de viaje», no habría bastado para alimentar a tres personas más allá de Crimea. Hace tiempo que lo he gastado todo, y desde entonces vivo de créditos, confiando en los fondos papales que debían entregaros en Roma.

Yo me quedé atónito ante tanta desfachatez, mas no así Barto.

—Desgraciado clérigo —ladró furioso—, ¿de verdad crees que veníamos a librarte de las deudas que has contraído en este putiferio? ¡Lo que faltaba! ¡Si has sido capaz de poner en peligro con tanta ligereza el éxito de nuestra misión, por mí puedes pudrirte en el infierno hasta el día del Juicio final!

—No veo que, a los ojos de Dios, haya sido tan desgraciada mi actuación en este lugar —le replicó Gosset, imperturbable—. Hace tiempo que honro a estas damas con mi bendición, en compensación por la satisfacción que proporcionan a mis modestas

necesidades corporales, y si no me liberáis de esta situación, proseguiré viviendo en tan aceptable simbiosis. Tampoco es un infierno —constató, perfectamente en paz consigo mismo—. Incluso sirvo a la Curia romana, pues facilito a buen precio la recuperación de los tesoros eclesiásticos robados.

—¡Haces de encubridor de mercancías robadas! —Barto estaba a punto de escupirle a Gosset en la cara.

—Nada de eso —repuso—, yo actúo como experto.

En ese mismo instante se abrieron la puerta y la cortina, y entraron dos ladrones. En realidad venían tres, pues arrastraban consigo a un san Miguel de tamaño natural. Lo levantaron, gimiendo por el esfuerzo, delante de Gosset. Tenían que sujetar con firmeza la figura, que no se erguía sola, pues había sido tallada para hacer de jinete.

—Hermosa talla —la alabó *monseigneur* Gosset—, pero ¿qué hay del dragón?

—Os lo traeremos —dijo uno de los bandidos, cabizbajo—. Pero hemos de esperar a que caiga la noche, de otro modo la gente se asustaría.

El clérigo dio entonces dos palmadas, y en la escalera que llevaba al piso de arriba aparecieron cuatro damas. Iban vestidas de monjas, si bien sus faldones abiertos dejaban al descubierto gran parte de la pierna. Se quedaron en la penumbra, cosa que Barto y yo lamentamos, pero de cualquier forma ya no podíamos confiar en gozar de sus servicios —y mucho menos sin poder ofrecerles una remuneración— después del enfrentamiento de mi hermano en san Francisco con *monseigneur* Gosset. Los dos ladrones subieron con las damas al piso superior. En el rellano de la escalera volvió uno de ellos la cabeza hacia atrás.

—¡Filipo! —gritó—. Dile al conde Hamo que prepare la cubertería de plata y ponga agua a hervir. Esta noche llevaremos un saco de langostas de Sinope y tres ánforas de exquisito vino de Nicea. ¡Organizaremos un festín espléndido! —Y, dicho esto, desapareció con las novias de Cristo.

Filipo esbozó una reverencia y esa irresistible sonrisa suya, lo cual no era de extrañar ante el anuncio de semejante banquete. A mí se me estaba haciendo la boca agua, y recordé la advertencia de Hamo.

—¡Filipo! ¿Qué te ha encomendado el conde Hamo? —le pregunté, por tanto.

—Ah, sí —dijo nuestro angelical criado sonrojándose—, que los gastos de los señores minoritas sean cargados en su cuenta.

—¿Por qué no lo habéis dicho desde un principio? —repuso *monseigneur* Gosset, sonriente—. ¡Pues... tan amigos! —Se aprestaba a dar otra palmada, pero yo le sujeté el brazo.

—Será mejor que nos deis la jaculatoria en efectivo —le dije, sin consultar con Barto—. De otro modo, y con el hambre que llevamos, no sobreviviremos a esta noche.

Entonces *monseigneur* Gosset abrió un relicario dorado y me puso un par de monedas en la mano antes de sacar de allí mismo dos rollos de pergamino que venían lacrados.

—Vuestras credenciales y una carta del rey para el gran khan Mangu... en el caso de que aún vayáis a visitarlo.

—¡Claro que iremos! —bramó Bartolomeo—. Y, desde luego, sin vos, bribón, ¡que vivís en continuo pecado!

—El mayor pecado —replicó Gosset, a quien le resbalaba la peor ofensa como la gota de agua a una aceituna— es engañarse a sí mismo simulando piedad. Todo lo demás es, en comparación con ello, venial.

Inspeccioné los sellos: eran los del rey de Francia, impresos en San Juan de Acre, en Tierra Santa.

—Saludad de mi parte al conde Hamo —nos encargó con mucha educación el *monseigneur*—. El «rey de los mendigos» Taxiarcos^[278] y mi humilde persona le honraremos esta noche con nuestra visita, para asistir al banquete de langostas.

Me guardé los rollos de pergamino y partimos de allí. Filipo nos llevó a la taberna más próxima, donde engullimos quince tortillas recién hechas, una docena de huevos en salmuera^[279], dos fuentes de sardinas en escabeche y pulpo bien sazonado^[280], un manojo de cebollas crudas, varias salchichas, cecina y embutidos varios y tres panes, todo ello regado con cuatro grandes jarras de vino de la tierra.

Cuando regresamos al palacio de Calisto lo encontramos muy cambiado. Una hilera de luces compuesta de lamparitas de aceite bordeaba los escalones que parten del portón hasta la robusta escalinata que conduce al salón de mármol del primer piso, llamado también el «centro del mundo»^[281]. Allí jugaban antaño al ajedrez cortesanos y príncipes de la casa imperial bizantina, sobre un enorme tablero insertado en el suelo en el que ellos mismos representaban, debidamente disfrazados, las correspondientes piezas.

Las masas terrestres de Europa también figuran allí, en relieve, de modo que pueden ser llenados de agua, hasta la altura del tobillo, el Mediterráneo, el Egeo y el Bósforo, lo que naturalmente constituye un gran aliciente. Allí mismo fue donde arremetieron unas contra otras, por instigación mía o más bien de los infantes, las tropas pagadas por los templarios y las de la Iglesia, las de Otranto y las francesas, allí habían bailado los sufíes y habían asestado sus golpes los «asesinos». Ahora eran los *lestai*^[282], los bandidos y ladrones, quienes comían en la imperial tribuna. Habían traído consigo a sus mujeres, seguramente damas del prostíbulo del puerto, y el jefe de la banda ejercía de anfitrión, flanqueado por nuestro desleal clérigo, *monseigneur* Gosset. Hamo se sentaba solo, frente a todos los demás, en la galería de las damas, tras encomendar a Filipo que le abriera la langosta que le fue adjudicada. Se dedicó a mordisquear únicamente las pinzas y despreció los magníficos pedazos restantes de tiernísima carne blanca, de lo que tomé nota a pesar de que había comido tanto que cualquiera habría asegurado que sería incapaz de probar un bocado más.

Barto y yo nos habíamos quedado rezagados en la taberna mientras Filipo se adelantaba. Una vez de regreso en el palacio, Gosset nos presentó al jefe de la banda, Taxiarcos, el «rey de los mendigos». Este personaje no tenía aspecto de dirigir una

banda de rateros, sino que parecía más bien un soldado ascético por su cabeza angulosa, el cabello gris muy corto, y una sencilla toga de seda gris sin adorno alguno. Nos pareció ver que comía con conocimiento de causa y unos modales exquisitos, por lo que desentonaba entre aquella pandilla. Sólo Gosset congeniaba con él, hasta el punto de que parecían hermanos gemelos.

—He sido informado —me interpeló el «rey de los mendigos»—, de que vuestra misión atraviesa ciertas dificultades.

Apacigüé a Barto, que estaba a punto de soltar una impertinencia. No creí que fuera lo más adecuado erigirme en acusador de quien nos recibía sentado en el tribunal, codo con codo junto al juez.

—Así es, señor Taxiarcos —admití—, y aparte de las posibles consecuencias políticas, o, peor aún, de la posibilidad de que fracase nuestra misión, habremos de sufrir la incomodidad de una investigación eclesiástica a causa de la pérdida...

—¡Desfalco! —me interrumpió Barto, y el «rey» esbozó una sonrisa.

—Por muy despreciable que sea utilizar el contenido de una bolsa de viaje para pagar a unas ramerías, cuestión que será debidamente juzgada el día del Juicio final, poco cuenta una acción tan arbitraria si la comparamos con el objetivo de vuestra misión. El rey os envía a ver a los mongoles para inducirlos a que asalten Siria, Tierra Santa, y a ser posible también Egipto, para que asolen y sometan esas tierras. ¿Y para qué? No para que esos países tan cultos se conviertan al Cristianismo, ¡no! Lo único que le preocupa es asegurar el monopolio comercial europeo y garantizar la supremacía de Occidente, ¡nada más!

—¡Es otra forma de robo! —No pude reprimir una pequeña broma, pero el «rey» no se permitió ninguna distracción y continuó empeñado en su discurso sobre la justicia equitativa.

—Mirándolo desde esa perspectiva, *monseigneur* Gosset ha realizado una buena obra —concluyó su elocuente soflama—. Y ahora, señores misioneros, ¡a la mesa! ¡El gran khan no podría ofreceros langosta, ni caldos tan nobles!

Y nos remitió con ademán complaciente hacia donde se encontraba Hamo, que seguía picoteando inapetente su crustáceo. Nos sentamos a su lado (no nos saludó) y nos lanzamos sobre el montón de carne que Filipo nos sirvió, y que cubrió de cebollas doradas en mantequilla. Al otro lado del salón Gosset batió palmas. Los miembros de la banda se levantaron, obedientes como escolares, y se dirigieron, masticando y eructando y acompañados de las damas, al tablero.

—¿Acaso van a bailar? —preguntó Bartolomeo, atónito.

—No —dijo Hamo—. El «rey de los mendigos» y *monseigneur* van a jugar una partida de ajedrez. ¡Puede durar toda la noche!

Vimos a la desastrada pandilla dividirse en dos bandos, y los dos jefes respectivos eligieron a su *basileus* y a su *basileia*^[283]; los tipos más robustos, con cuerpos de luchador y rostro de matón, ocupaban su sitio en las torres; los caballos eran mendigos con patas de palo o muñones por brazos, y los alfiles unos tipos con aire

entre descuidero y tímido. Cada cual podía conservar a su lado a su ramera, de modo que ocuparon por parejas los recuadros de mármol asignados, casi todos cubiertos de agua. Si tenían mala suerte, como la mayoría de los peones, se encontraban en medio del *Mare Nostrum*^[284], en el mar Jónico o el Egeo, pues el imperio occidental y el bizantino constituían los puntos de partida, y de cualquier modo todos acabarían mojándose en aquella disputa.

—Vámonos —dijo Hamo— o acabaremos empapados, pues ése es el único fin del juego.

Y, en efecto, en cuanto nos levantamos se oyeron las primeras órdenes y un enjuto jinete cayó de su fondona yegua, salpicando a todos de agua. Acompañó nuestra retirada una risa desaforada, pero que no se refería a nosotros. En mi fuero interno, yo había esperado que el «rey» se mostraría generoso y procedería a compensarnos por los perjuicios que nos había causado *monseigneur*, dotándonos convenientemente para que pudiéramos proseguir nuestro viaje. Pero no había sucedido así. En realidad envidiaba a los *lestai*, y me habría gustado quedarme con ellos en lugar de romperme la cabeza, en compañía de Hamo y Barto, calculando el modo de salir de aquella penosa y maldita situación.

Nos retiramos al sótano para no oír el griterío de las mujeres. A Hamo le importaban un comino nuestras cuitas. No dejaba de suspirar y lamentarse por la pérdida de su trirreme, de Shirat y de su hijita. Tuve una idea, pero para confiársela a Hamo debía libramme antes de Barto; mi cofrade seguía pegado a mí como una lapa. Recordé entonces que el fallecido obispo, el primo de Hamo, Nicola, poseía una importante cámara de tesoros, cuyo acceso queda tan oculto entre los muros del palacio y es tan difícil de localizar que dudaba de que Hamo o cualquier otro la hubiese descubierto ya. Tampoco yo tenía la menor idea de cómo encontrarla. Seguramente podría accederse a ella a través de alguno de los muchos corredores que cruzan bajo el palacio de Calisto y lo unen al puerto. Esas reflexiones me llevaron a recordar el «embudo», aquel tubo cónico de embocadura cada vez más estrecha que antaño remataría mi calabozo. Si conseguía llevar a Bartolomeo hasta allí, podríamos librarnos de él, como era deseable. De modo que les hablé sin ambages del fabuloso tesoro del obispo y del embudo, y les expliqué que bastaba dar con éste para llegar hasta aquél. Callé que es posible entrar pero no salir de aquella trampa, a causa de las hojas de cuchillo ocultas detrás de las piezas de cuero que hacen imposible el escape, por no hablar de que el tal embudo no lleva a la cámara del tesoro, sino a una oscura mazmorra. Hamo ni siquiera reaccionó, pero sí (como yo esperaba) lo hizo mi querido Barto.

Le dije:

—Ahora nos separaremos y cada uno inspeccionará, por su cuenta, una parte del sótano. Así no perderemos tiempo.

Hamo se negó, haciéndonos saber que nada le importaban ya los tesoros de este mundo, y que prefería irse a dormir. Filippo lo acompañó.

Yo dirigí a Bartolomeo por el camino más corto hacia el embudo. Su codicia le haría entrar, de eso no me cabía la menor duda. Le describí su emplazamiento con tanta exactitud que no podía equivocarse. Así fue como nos separamos. Se alejó trotando alegremente, y yo me deslicé de nuevo en el salón, donde se desarrollaba con gran alboroto la partida de ajedrez, pues entre los peones había descubierto antes a una pequeña ramera que me agradaba. *Monseigneur* Gosset reparó en mí de inmediato.

—William de Roebрук, ¿deseáis servir al «rey», o lucharéis por mi pendón? —me gritó.

—¡En mi campo hay una torre vacante, el jugador está borracho! —me invitó Taxiarcos.

Eché un vistazo para descubrir a quién servía la putita... pero ya estaba fuera del juego. Entonces le respondí con insolencia al «rey», señalándola:

—¡Si me cedéis esa mujercita, os serviré gustoso desde la torre!

Llamó con un gesto a la hermosa niña, ella me tendió la mano y corrimos hacia la construcción hecha de tablones, en la que a duras penas pudimos entrar. Yo tenía ambos pies en el agua, pero mi tercera extremidad inferior buscó de inmediato refugio, y tuvimos que cuidarnos de que la torre no cayera derribada en la refriega. La madera temblaba a causa de las sacudidas, pero nadie reparó en ello. Por encima de las almenas sólo asomaban nuestras cabezas que se daban gozosas el pico, sin reparar en que *monseigneur* había colocado un caballo triunfante a nuestro lado, de modo que de pronto, apretujados como estábamos en el interior de aquella nuestra morada, nos vimos derribados en medio del charco. Filipino me sacó, agarrándome por los hombros.

—¡El hermano Bartolomeo ha caído por un agujero y ha desaparecido!

Besé a la pequeña, le agradecí la suerte que me había dado y corrí con el criado hacia el sótano.

Hamo ya estaba junto a la trampilla.

—Este paso conduce a la cisterna menor —dijo, y parecía furioso—. Mientras no llueva, un hombre puede permanecer de pie en ella sin ahogarse.

—Incluso podremos alimentar al pez —añadió Filipino, en un extraño arrebató de locuacidad—. En el jardín hay un pozo de ventilación clausurado con una reja, demasiado estrecho para escapar por él, pero lo bastante ancho como para poder bajar una cesta con comida.

—Aún sobra algo de langosta —dije, y cogí a Hamo del brazo—. Creo que ya sé cómo se llega a la cámara del tesoro —susurré, presa de la mayor excitación—. Está claro, se accede desde abajo; la entrada ha de ser por algún lugar de la cisterna mayor.

—Mañana veremos —me rechazó Hamo—. No tengo prisa, y de momento ya nos hemos librado de Barto. Era lo que querías, ¿no, William?

Estuve de acuerdo, pues me alegra la idea de vivir los próximos días y semanas como uno más de los «mendigos del palacio episcopal», pasándolo en grande en compañía de putas y ladrones. Con un tesoro como triunfo guardado en la manga, no

cabe duda alguna de que la perspectiva parece aún mejor.

L.S.

III

LA CAPA DEL CHAMÁN



Para mi lejano William, tan próximo como las estrellas que lucen de noche en la bóveda celestial, de parte de una mota de polvo celeste llamada Yeza, surgida de la nada, y que pronto se fundirá en la nada, aunque también podría ser como un meteoro cuya caída incendiará bosques enteros con todos sus habitantes y abrirá cráteres en la tierra. ¿Me echarías de menos, William? ¿Te arrodillarás y rezarás por mí cuando mi pobre alma regrese a las estrellas? En la infinita soledad de las montañas del Altai he perdido el temor a morir, pues mi existencia está tan alejada de la vida que tú llevas, y que yo llevé, que ni siquiera sé si no he abandonado hace tiempo el mundo de los vivos.

Estoy sola. Arslan, el chamán, sube una vez al día a mi cueva y me trae algo de comer. No tengo ni idea de qué es, pues he perdido el gusto; tampoco quiero saberlo. Tengo que beber mucho, aunque puedo coger el agua yo sola si no estoy demasiado débil. El buen hombre enciende un fuego y disuelve la comida en una sopa que me da a beber. Luego baila para mí, para alejar a los malos espíritus. Si consigo curarme, quiero ser chamana. Tengo muchos *ongoods*^[285] en las paredes de mi cueva, que han de ayudarme. Son unos muñequitos hechos de una materia muy particular, sobre todo su relleno. Alejan los malos *ada*^[286], que flotan en el aire y que sólo esperan a que renuncie a seguir luchando.

No puedo describirte los dolores que padezco, William. Siento que mi interior se rompe y que sus jirones sirven de alimento a los espíritus. Arslan dice, sin embargo, que no son los *ada* los que me roen y parecen cebarse en mis entrañas, sino demonios buenos, que me ponen a prueba y se consagrarán a mi servicio si supero este trance; incluso los temblores y calambres, una agitación incesante que me hace incapaz de sostener ni siquiera la pluma, como verás por estas letras temblorosas, los siento tan sólo para demostrarme que los buenos espíritus de los *ongoods* han entrado en mí y libran en mi interior un duro combate. A veces grito de dolor; entonces Arslan canta para mí y yo canto con él. Pero dice que debo superar esta lucha con mis propias fuerzas, y por eso suele dejarme, de pronto, sola de nuevo.

Cuando no llueve a raudales o nieva el chamán me saca, con todo el jergón de pieles, al exterior de la cueva, y entonces duermo bajo el cielo. La fiebre, e incluso los escalofríos, son más soportables al aire libre —aunque haga fresco— que dentro de la cueva, donde me atenazan las pesadillas de las que despierto siempre bañada en sudor. Bajo *tengri*, ese cielo azul que Arslan venera como al dios supremo, a veces no sé si sueño o si mi alma ha abandonado ya el cuerpo para emprender un viaje, del que regresa trayéndome imágenes de un vistoso colorido y llenas de grandeza. Floto por el tiempo y el espacio, de vuelta al oscuro vientre de mi hermosa madre vestida de blanco; traspaso el fuego del que ella no regresó cuando Roç y yo abandonamos

contigo el Montségur; cruzo las caudalosas aguas del *balaneion*^[287], en Constantinopla, antes de que te recogiéramos a ti, William, nuestro héroe «muerto», en la trirreme; atravieso la oscura noche en la gran pirámide, donde me convertí en mujer; abandono la Rosa en plena tormenta y cabalgo con Roç y nuestros dos jinetes, Kito y Omar, por desiertos y estepas, hasta llegar al pie del Altai. Dshuveni, el ayudante, no quería perder tiempo, pero una y otra vez nos tropezamos con extraños ancianos y misteriosas mujeres embozadas que insistían en que tomásemos cierto camino, que sería el correcto. Hoy sé que todo aquello no eran sino espejismos creados por el chamán. Cuando Dshuveni no se avenía, o se encabritaba su caballo o un árbol inmenso caía bloqueándole el camino que él pretendía tomar, los torrentes que bajaban por la montaña crecían de pronto, llevándose ante nuestros ojos el puente al abismo, de modo que nos veíamos obligados a subir hacia las montañas, lo que el terco ayudante había querido evitar.

De noche veíamos extrañas luces sobre las cimas, lo que inquietaba terriblemente a los mongoles. Temerosos, susurraban que se trataba de «luces de los espíritus», y también encontrábamos montículos de piedras en el camino y ramas adornadas con hermosos trapos de colores que ondeaban al viento cual banderas. Esos montículos fueron creciendo, hasta componerse de enormes rocas que ningún ser humano sería capaz de mover. Nos indicaban el camino, cada vez más hacia arriba, hasta que vimos la cueva que se abría en una desnuda pared rocosa. Pero en medio había una garganta tan profunda que ni siquiera escuchábamos el rumor del agua en lo más hondo, y tan ancha que ningún caballo habría podido salvarla de un salto. Un tronco, del que nadie podía explicarse cómo había llegado hasta allí, surgió suspendido entre dos rocas y formaba una estrecha senda que conducía al otro lado.

Entonces apareció el chamán delante de la cueva, indicándole a Omar que retrocediera, pues ya se aprestaba a cruzar el precipicio sin temor. También Kito estuvo a punto de caer, al moverse de pronto el leño. Comprendió a tiempo que el puente no era para él.

—¡No nos detengáis, Arslan! ¡El gran Khan espera a la pareja real! —gritó Dshuveni.

El chamán replicó:

—¡Sin este alto en el camino, el *khagan* esperaría en vano! —Y nos indicó por señas a Roç y a mí que cruzáramos por el tronco para reunimos con él.

—¿Cuándo podrá ver el soberano a la pareja real? —le gritó Dshuveni disgustado, pues era consciente de que no estaba en su poder retenernos.

—Se lo haré saber al *khagan* —le respondió Arslan—, ¡lo comprenderá, puesto que es el soberano!

Ya estábamos sobre el tronco. Roç iba delante de mí, y recuerdo que miré sin temor hacia el abismo, sabiendo que no habríamos de tropezar y que tampoco nos marearíamos. Los mongoles nos contemplaban conteniendo la respiración y se asustaron mucho cuando, nada más dar el último paso y retirar el pie, el árbol cayó a

la sima sin un ruido. Entonces se retiraron en silencio.

El chamán no habló mucho con nosotros. Nos dejó hacer lo que quisiéramos, después de enseñarnos nuestra cueva. Está encima de la suya, pero es mucho más pequeña y, sobre todo, posee una entrada resguardada. Como supimos pronto, es fresca durante el breve verano, cuando el sol cae en vertical sobre las rocas, y mantiene el calor del fuego, imprescindible en las demás estaciones. Cuando llegamos aún hacía frío, pues había nieve por todas partes. Podemos lavarnos en un manantial que brota, casi helado, de una roca.

Cuando el sol se puso de forma espectacular, primero rodeado de llamas rojizas y amarillas, después inundándolo todo de color rosa, y finalmente entre manchas azules y violetas, descendimos a la cueva del chamán y nos sentamos en silencio frente a Arslan. Es decir: yo callaba y trataba de ordenar mis pensamientos y sosegarme. Pero Roç estaba muy excitado y asaeteó al anciano con preguntas.

El chamán dijo que convenía que Roç meditase bien cada una de sus demandas, para estar seguro de si era necesaria o si, tomándose su tiempo y cavilando, no podría responderla él mismo. Después se puso una capa muy pesada.

Es tan pesada porque toda su superficie está decorada con los objetos más curiosos. Para colgarla de la pared necesita varios ganchos, y debe ponérsela con el mayor cuidado. El chamán lleva esa capa de pieles y colgaduras abierta por delante. La adornan espejos de plata, planchas de metal, pequeños arcos con flechas y puntas de bronce, y alas de pájaro enteras, garras de ave y huesos de animales muy similares a los de los humanos. Dos grandes serpientes multicolores, de tela, se enroscan encima; sus cabezas están formadas por conchas de cauri, con una lengua roja que les sale de las fauces. Yo me tomé en serio la advertencia de Arslan y reflexioné sobre el sentido de esos atributos. Sin duda conjuran el poder sobre los animales y los seres humanos. Parece que el chamán precisa para ello de la ayuda de los *ongoods*, como lo prueban los muñequitos cosidos a la parte superior, sobre los hombros. Por allí asoman como pequeños seres rodeados de campanillas que, sin duda, convocan a los buenos espíritus y ahuyentan a los malos. Pero ¿y los espejos? ¿Para qué sirven, William? No presumiré de ser tan lista como para haberlo adivinado. Arslan me lo explicó más tarde, de un modo sucinto. Sirven para ahuyentar a los *ada*, espíritus que, aunque son invisibles, se ven reflejados en los espejos, se reconocen y se asustan de su propia fealdad.

También conozco el significado de las serpientes: le indican al chamán el camino hacia el Averno, pues son capaces de desaparecer en el suelo o deslizarse por el agua, lo que es muy importante porque se refiere a la muerte y, sabiéndolo, se puede recuperar alguna vez un alma o, en caso contrario, acompañarla al menos en su camino. Muchos de estos detalles podría haberlos imaginado mi querido Roç, pero eso contraviene su costumbre de satisfacer enseguida la sed de saber que posee.

Prefiere indagarlo todo sin perder tiempo.

Arslan se había puesto una gorra: la llama «corona», otro artefacto pesadísimo. Lleva insertada una cornamenta, y encima un conjunto de plumas de pájaro, de águila y búho, lo que es necesario en la oscuridad, cuando los demonios gustan de deambular por ahí. Cogió el tambor (su «montura», como lo llama, pues los mangos son como cabezas de caballo talladas y los palos le sirven de fusta), y con lentos movimientos contenidos comenzó a bailar alrededor del fuego de la cueva.

No tengo palabras para describírtelo, William, deberías verlo tú mismo. Comenzó un viaje del alma al más allá, es decir, también al inconsciente. Pero de eso no se debe hablar.

El chamán cantaba. Al principio llegué a entender algunas palabras, pero las frases eran cada vez más inconexas. Sin duda se trataba de nosotros, de Roç y de mí, de nuestro destino. A juzgar por la creciente vehemencia de sus movimientos, no somos un caso fácil para el bueno de Arslan. Luchó contra enemigos invisibles, batiendo los brazos como un pájaro a punto de echar a volar, y al hacerlo las cintas y plumas que revoloteaban alrededor de él suscitaban realmente la sensación de que podría elevarse por los aires; daba unos saltos tan fabulosos con aquella pesada capa como ningún otro ser humano podría hacerlo. Seguramente le crecían las fuerzas que necesita para defendernos de los malos espíritus. Saltó por encima del fuego, y las brasas no lo quemaron. No dejaba de tocar el tambor, a veces sordamente en la piel, y después con más furia —¡ping, ping, ping, ping!— en la caja, y cada vez se mostraba más excitado. Se puso frenético, saltaba; la lucha por nosotros llegó a su punto álgido, y luego, lentamente, fue sosegándose. Sus movimientos se hicieron más lentos, más tranquilos y armoniosos, hasta que finalmente se desplomó y se cubrió con la capa, de la que únicamente sobresalía la corona. Así permaneció durante mucho tiempo, y hasta Roç se mantuvo en silencio. Por fin nos miró con insistencia, y nos hizo salir de su cueva con un gesto casi brusco.

Nos echamos a dormir sin dirigirnos la palabra, pero la mano de Roç buscó la mía; yo la tomé, y así nos dormimos.

Ahora hace ya casi dos lunas que Roç se ha ido, y yo sigo conjurando en mi recuerdo las imágenes de los primeros días. A la mañana siguiente Arslan no dijo nada, e incluso Roç se guardó mucho de preguntarle. Yo tampoco quería saber qué había descubierto el chamán. Nuestro destino como pareja real no puede ser fácil ni sencillo, y si no queremos rehuirlo y refugiarnos en el anonimato de una vida vulgar, sólo nos resta seguir preparándonos, fortalecernos para estar a la altura de las exigencias que se derivan de nuestra suerte, y superar las duras pruebas que sin duda alguna traerá consigo. ¡No podemos hacer otra cosa, William! No sé, he estado sopesando si Roç no sería más dichoso como ingeniero, y yo quedándome en casa, esposa diligente que se ocupa de él y de sus hijos. Jamás se ha expresado en tal

sentido, puesto que se toma muy en serio su vocación y la realización del «gran proyecto», pero a veces creo que no tendría inconveniente en que lo enviaran, el día de mañana, a la universidad de Alejandría, para estudiar álgebra y geometría; o a aprender a construir catedrales o todos esos artilugios de su amigo «Zev sobre ruedas», al que tanto admira. Seguramente sería feliz. Pero yo no. Sé por qué estamos aquí, con Arslan. No se trata de una casualidad o de un capricho del chamán. Este tiempo con él forma parte de nuestro futuro, y es un trecho del camino que quiero recorrer.

Arslan nos ha enseñado, con amabilidad y paciencia, la técnica de la meditación. No se trata de alcanzar una mayor concentración o de hacer un esfuerzo, sino de conseguir el vaciado de la mente, arrojar de ella todo lastre. Estoy completamente convencida de que no hay nada más importante para Roç y para mí que buscar energía y clarividencia mediante el afloramiento de cuanto hay de divino en nosotros mismos. Pero Roç no parece ver ese camino, ni siquiera intenta entrar en él. Me dijo:

—Ya que tenemos que permanecer en este desierto, al menos curtiré mi cuerpo y me pondré a prueba en circunstancias excepcionales hasta dominar las habilidades marciales mejor que nadie. Si no lo hago, me sentiré inútil y mi vida carecerá por completo de sentido.

Yo le respondí:

—Querido, ¿qué sabes tú del sentido de la vida? ¿Por qué no intentas conocerlo primero, antes de lanzarte a ser más rápido que las cabras monteses y sus chivos?

—Tú eres una mujer, Yeza —repuso él—. Cierto que eres ágil y rápida, pero tu orgullo y tu ambición no te hacen querer ser la más rápida de todos. En eso somos distintos.

—En eso y en muchas otras cosas —le repliqué, disgustada, y Roç empezó a trepar por la escarpada pared sin ayudarse con soga alguna y ni siquiera con la daga. Ascendía por la lisa roca agarrándose con las manos y los pies desnudos a las piedras que sobresalen. Metía las yemas de los dedos en las grietas más pequeñas, buscaba y encontraba apoyo en salientes casi imperceptibles. Por la noche regresaba magullado y lleno de arañazos, caía sobre el jergón, y se dormía enseguida. Su cuerpo era cada vez más hermoso, tostado por el sol y nervudo. Yo le lamía el salado sudor de la piel y la sangre seca de las innumerables heridas, y le daba gracias a Dios por habérmelo devuelto vivo.

Roç empezó también a practicar de nuevo con el arco. Kito le había regalado uno. Durante horas tiraba flecha tras flecha al acantilado, en el que aún se divisaba el tronco que nos había permitido cruzar el abismo. Roç sabía que perdería todas las flechas que no atinara a clavar en él, y eso lo impulsaba a mejorar la puntería. Cuando se le vaciaba el carcaj, bajaba por la garganta a recoger las flechas del tronco. Para mí eran momentos en los que contenía la respiración, y me mantenía alerta, pues

sabía que no lanzaría ni un grito si caía al abismo, y que el bramido de las aguas lo acallarían de todos modos, si pedía auxilio.

Con el tiempo aumentaron sus heridas. Sangraba de profundos cortes, iba sucio, y su piel adquirió un olor extraño. Yo se las lavaba en silencio. Arslan me dio una pasta hecha de hierbas y minerales que había calentado sobre el fuego, y yo subía a nuestra cueva y la aplastaba sobre los bordes de las llagas y cubría el cuerpo de mi amado con paños. Un día me confesó que había vencido por fin al oso con el que venía luchando desde hacía semanas, y que le había dado muerte. Como si se tratara de una alhaja particularmente preciada, me ató una zarpa de oso con una cinta de cuero alrededor de las caderas, y yo lo abracé con fuerza, porque deseaba a mi cazador con la vehemencia de una osa. Pero él soltó un gemido, porque le había rozado una de las heridas provocadas por las patas del oso. Entonces me aparté de él.

Arslan nos observaba, expectante. Creo que tampoco debía de estar satisfecho conmigo cuando me veía permanecer durante días enteros inmóvil sobre algún saliente de roca, ensayando el «ensimismamiento», sin probar casi los alimentos y debilitando mi cuerpo hasta tal punto que la enfermedad podía fácilmente hacer presa en mí. Después he descubierto que mi camino, el de la espiritualidad tal como yo la entendía, era también erróneo, por la sencilla razón de que lo consideraba correcto y me creía a mí misma en posesión de la verdad.

A veces, Roç se sentaba frente a mí en un hueco de la roca y me miraba como un animal herido, triste y desconsolado. Podía oír el lamento íntimo de su alma anhelante, ansiosa de amor. Pero yo era una sacerdotisa estricta. No cedía, no me acercaba a él, y no lo dejaba acercarse a mí, sino que insistía en mis «viajes al más allá» y, ante todo, en adentrarme en los arcanos de mi propia individualidad. Me sentía orgullosa de mi capacidad de prescindir de todo lo material, tanto que negué las necesidades de mi cuerpo y lo desprecié. Te aseguro, William, que se vengó amargamente.

Pero, de momento, lo que ocurrió fue que mi comportamiento arrastró a Roç a achacarle la culpa de todo a Arslan. Le exigió que reconociese el valor de las pruebas a las que se sometía; yo apenas le prestaba oído y el chamán se limitaba a esbozar una sonrisa condescendiente. Ante semejante indiferencia, Roç empezó a provocarlo. Cuando quiso mostrarle su pericia con el arco, Arslan siguió sonriendo.

—¡Apunta a mi corazón! —le ordenó, y Roç se asustó muchísimo—. Si estás seguro de dar en el blanco, tienes que estar dispuesto a disparar.

—Pero... no puedo... —balbució Roç—, ¡tú no me has hecho nada!

Arslan siguió incitando a Roç hasta conseguir que sacara una flecha y la disparara. No llegué a saber si había apuntado bien, pues Arslan atrapó el proyectil al vuelo, sin dejar de sonreír. Entonces Roç lanzó el arco y se abalanzó sobre el chamán para obligarlo a luchar con él, pero éste no hizo más que oponerle la palma de la

mano en señal de advertencia, y en ese mismo instante Roç cayó al suelo, sin haber conseguido ni siquiera rozarlo.

Se levantó jadeando.

—He olvidado que no eres un caballero —exclamó despectivo— y que te sirves de la magia. Pero hay algo en lo que de nada te servirán tus artimañas. —Señaló una roca cónica completamente lisa que se alza sobre la garganta, como una mano con el índice levantado—. ¡No serías capaz de escalarla! —Y, sin volverse ni siquiera una vez hacia nosotros, caminó hasta allá y empezó a trepar. A mí se me cortó la respiración, como siempre, sobre todo porque sabía que Roç jamás había superado aquella roca, y que, cada vez que lo había intentado, había acabado resbalando como mucho a media altura, pues es una piedra pulida como un espejo y, además, estaba húmeda. Observé absorta cómo ascendía palmo a palmo, con el pecho desnudo pegado a ella para conseguir así un mejor apoyo, y cómo sus dedos buscaban el menor resquicio donde agarrarse. Su espalda brillaba de sudor y a causa de la finísima niebla que ascendía desde el abismo. Roç consiguió subir a la plataforma del risco... por encima de él no quedaba más que el índice de piedra. Allí, sobre la roca plana, se irguió mi amado y me saludó henchido de orgullo. Entonces vi a Arslan acurrucado en la punta del índice rocoso. El chamán descendió y abrazó a Roç. Me pareció que mi caballero lloraba, y yo me avergoncé de no seguir su ejemplo.

Poco después llegaron Kito y Omar. Acompañaban a Ariqboga, el hermano menor del gran khan, que no es mucho mayor que ellos. El chamán recibió al joven gengiskhanida en la cueva, pero no hablaron mucho. Los tres traían consigo un caballo y armas, y le preguntaron a Roç si deseaba acompañarlos.

Mi caballero no me miró, pero buscó sonriente la aprobación de Arslan, quien asintió. Roç me dio un abrazo apresurado, como para engañarme, y musitó:

—Volveré pronto a buscarte. —Los tres partieron sin más dilación.

Poco después se declaró con toda virulencia la enfermedad de la que ya te he hablado, William. Pero ahora sé que la superaré, porque sé vencerme a mí misma.

Ayer tarde Arslan me trajo una bebida ardiente, tan amarga y biliosa que me costó tragarla. Después echó mano de su capa de chamán y me tapó con ella. Atizó el fuego y bailó en torno a mi lecho, agitando sus brazos como alas de pájaro a la luz de las llamas que arrojaban fieras sombras sobre los muros y el techo de la cueva.

Caí en una especie de sopor, en el que me vi bailando y moviéndome en una hoguera; los montículos de piedras que nos habían guiado hasta allí refulgían como hierros candentes; las chispas saltaban por doquier, unos haces de leña menuda ardían con fuego vivo, las llamas me engulleron; grité de dolor y de espanto. Pisé las brasas con los pies desnudos y poco a poco los dolores cedieron y me abandonaron, y de pronto sentí las lenguas de las llamas como un agradable calor que me envolvía. Los montículos ardientes fueron apagándose, se tiznaron de negro, adquirieron un tono

grisáceo hasta alcanzar el blanco de los riscos del Altai. Después fueron menguando de tamaño, hasta hacerse tan pequeños que llegué a pensar que eran una sola piedra entre las muchas otras de los alrededores. Tuve la sensación de flotar acariciada por una agradable brisa, y me desperté muy ligera.

Mi primer gesto fue tocarme la frente: por primera vez en mucho tiempo la sentí templada y seca. Tenía sed y comprendí que había sanado. Me sentía demasiado feliz como para levantarme, y permanecí tumbada bajo la pesada capa hasta que llegó Arslan. Me trajo una bebida para desayunar; hacía mucho tiempo que no probaba un alimento de sabor afrutado tan intenso.

El chamán me había confeccionado una capa de cálida lana y la había adornado como la suya: con arcos y flechas, plumas de halcón y de autillo, y con retazos de piel de ciervo y de zorro, de marmota y de nutria. También le había cosido dos campanillas y varias chapitas de plata. Me lavé en el manantial y me puse la abrigo. Era mucho más ligera de lo que pensaba, y no me impedía caminar.

—Has regresado a la vida —dijo el chamán— para vivirla tal como exige tu destino.

Y me condujo hasta el otro lado de la montaña, donde desciende en suave pendiente; desde allí me mostró el mundo. Oscuros valles y, detrás, la ancha llanura de la estepa, rodeada de picudas cimas nevadas. Y, cubriéndolo todo, *tengri*, el enorme cielo azul. Contemplé las nubes agolpadas que lo surcaban bajo una luz cambiante, observé cómo se disolvían y afluían después fundiéndose con otras, y sentí que Roç regresaba junto a mí. Mi maestro lo divisó mucho antes que yo. No era más que un diminuto punto que se destacaba en el lejano horizonte. Hube de esperarlo todo un día.

Sabía cuántos ríos, caudalosos torrentes y espesos bosques llenos de zarzas tendría que cruzar antes de alcanzar el pie de la montaña.

Mi Roç se presentó arañado y exhausto por la cabalgada, como cuando había medido sus fuerzas con el oso. En cuanto lo tuve de nuevo a mi lado lo lavé, traté su piel desnuda con ungüentos, y lo obligué a echarse en mi jergón para que descansara. Pero Roç se irguió, extendió los brazos, y entonces yo dejé caer la capa y me senté encima de su vientre. Él entró en mi cuerpo, y yo lo acogí. Había esperado sentir un dolor agudo cuando se rompiera el himen, pero después de tantos sufrimientos como había padecido, esa leve punzada me pareció irrisoria, y tuve más bien un ligero escalofrío. Roç permaneció inmóvil, y ambos sentimos cómo nuestra unión se completaba lentamente. Atentos al latido de nuestros corazones, pues estábamos con el cuerpo del uno pegado al del otro, nos miramos a los ojos y continuamos abrazados, experimentando un gran sosiego. Nos entregamos mutuamente, en lugar de tomarnos. Lo importante era pertenecemos el uno al otro, éramos uno, un espíritu, una carne. Del mismo modo que Roç evitaba todo movimiento, yo también relajé mis

músculos menores. No fue una renuncia, aunque sí nos exigió un esfuerzo. Era más bien la prueba de nuestra capacidad de amar, y me hizo sentirme tan agradecida que la felicidad me inundó como una dulce corriente sin fin. Por la mirada de mi amado comprendí que él sentía igual que yo. Así permanecemos juntos, como una sola vela ardiendo, sujetándonos con fuerza.

Ni siquiera cuando caímos, vencidos por el frescor de la noche, y nos cubrimos con la manta, pronunciamos una palabra. Roç se durmió primero y pude besarle en la boca, lo que había evitado hacer antes, pues sé lo mucho que lo excita. Aún nos aguardan muchas pruebas, pero hay algo de lo cual podemos estar seguros: la fortaleza de nuestro amor.

Hacia el mediodía apareció un pequeño grupo de hombres al otro lado de la garganta. Llevaban banderas y los gallardetes atados a las puntas de sus lanzas ondeaban al viento. El chamán nos guió por una senda entre las rocas que nunca habíamos visto antes, y nos acercamos a las caudalosas aguas donde dos riscos se inclinan frente a frente, de modo que resulta fácil saltar al otro lado. El chamán nos abrazó y dijo:

—Quiero despedirme de vosotros ahora y no cuando se produzca la entrega ante el general Kitbogha, que os honra con el largo y penoso viaje que ha debido soportar por vuestra causa.

Arslan no daba señal de que lo apenara despedirse, y prosiguió con una sonrisa en los labios:

—He aceptado como un inmerecido regalo de *tengri* que pudierais permanecer y aprender a mi lado hasta encontrar el camino de vuestro amor. También el amor es un regalo. ¡Prestadle atención y tratadlo en conciencia!

Arslan saltó primero, y yo lo seguí con paso alado, al igual que Roç. Descendimos por el lado opuesto de la garganta, así que de pronto aparecimos detrás de los mongoles, turbándolos mucho, pues habían preparado una ceremonia de bienvenida. Y el general, un caballero muy digno de barba blanca, empezó a rezongar y quiso amenazar a Arslan con el dedo, pero el chamán ya había desaparecido. Los soldados que acompañaban al general se quedaron perplejos, entre ellos Kito y Omar, a quienes hasta ese momento yo no había reconocido, pues miraban hacia el acantilado, donde el agua retumbaba cada vez más fuerte, interponiendo una cortina entre nosotros y la montaña que guardaba la cueva de Arslan. De repente vimos salir de esa cueva una figura armada de pies a cabeza.

—¡Gengis-Khan! ¡Gran Timuyin!^[288] —exclamaron algunos hombres, aterrados—. *Er-e boyada!* —Todos se arrodillaron conmovidos. Le lancé una mirada a Roç y por el guiño que me devolvió pude comprender que pensaba lo mismo que yo, pero por mucho que nos esforzábamos en reconocerlo tras su disfraz, aquel hombre no mostraba ningún parecido con Arslan. Incluso su voz parecía otra. No entendí lo que gritaba, pero todos se arrojaron al suelo; incluso el general de la blanca barba se arrodilló, tras vacilar unos instantes. Roç y yo doblamos una rodilla e inclinamos la

cabeza. La niebla se dispersó y el fantasma desapareció tan deprisa como había llegado. La cueva mostraba ya sólo sus negras fauces abiertas.

—¡Bienvenidos, jóvenes soberanos! —Con estas palabras, la voz de barítono del general nos arrancó de nuestras cavilaciones—. Como acabamos de ver, los espíritus de nuestros antepasados se preocupan de nuestro bienestar. —Sus ojos brillaban con una chispa de malicia bajo las espesas cejas, sin que sus hombres pudiesen darse cuenta de ello—. De modo que no los inquietemos más, y afrontemos el futuro de nuestro Reino. Ese futuro lo encarnáis vosotros, mi rey y mi reina.

El viejo espadachín tenía sentido del humor. A mí me gustó. Pero Roç advirtió, alzando la voz:

—El futuro es de quienes saben reconocer sus límites a tiempo. Hemos venido para servir a este Reino.

Eso agradó al anciano. Nos trajeron nuestros caballos, y partimos hacia el incierto futuro. *Alá yakun bi'annina!*^[289] Un saludo y un beso para ti, William.

Tu reina Yeza.

L.S.

IV

LA CÁMARA DE TESOROS DEL OBISPO



Crónica de William de Roebruk, Constantinopla, en la fiesta de San Isidoro^[290], 1253 d. C.

Han transcurrido dos semanas o más, durante las cuales he escudriñado los muros del palacio de Calisto, tanto por fuera como por dentro, buscando la capilla privada del obispo Nicola, que —según recordaba vagamente— era la que albergaba sus preciados tesoros. Hamo me acompañaba en mis expediciones, aunque con expresión displicente. No tuve apoyo alguno de su parte, sólo ironías. Contrasté el número de escalones en la caja de escaleras con el grado de su inclinación, para descubrir dónde podría ocultarse algún falso techo. La construcción es muy compleja, pues las plantas tienen alturas diferentes. Hay un sinfín de corredores que se ocultan tras muros y paneles falsos, y las columnas más gruesas albergan escaleras de caracol en su interior. La caja de escaleras es un auténtico laberinto. Simulando la más noble simetría, se desarrolla en forma de tres círculos entrelazados por todo el palacio, para desaparecer detrás de unas arcadas o acabar en un mirador y volver a aparecer en los lugares más insospechados, pues su altura nunca es la misma. No obstante, intuí que se trata en realidad de dos escaleras diferentes que deben de comunicarse en algunos puntos, aunque después me pareció que representan dos sistemas completamente separados, y que todo está dispuesto para que no se descubra. Tuve alguna que otra visión que me señalaba el recorrido de los curvos peldaños y de la robusta barandilla columnada, pero entonces comprendí que había sucumbido a un *trompe-l'oeil*^[292]. A menudo debía subir para llegar abajo, y más de una vez aterrizaba justo en el lugar del que había partido. ¡Era para desesperarse! Yo estaba dispuesto a bajar, no sin temor, hasta el laberinto subterráneo, pero como Bartolomeo nos aguarda allí, precipitado por una trampilla que tampoco yo he visto, no me atreví a hacerlo, pues no quería correr la misma suerte. Dos veces al día asoma su rostro, lívido como el de una salamanquesa de las cuevas, surgiendo en lo más hondo del pozo enrejado a través del cual Filipo le hace llegar una cestilla con alimentos. Poco a poco parece sucumbir a la demencia; unas veces muestra una calavera sonriente, otras se apodera de las viandas sacando la mano de un esqueleto. Por las noches aúlla como un lobo o asusta a los mendigos que duermen en la cocina con sus gritos desgarrados.

La verdad es que, aparte de los *lestai* que ocupan el piso superior, Hamo también tiene huéspedes en el subsuelo. Se trata de unos holgazanes que no se toman la molestia de bajar cada día al puerto, sobre todo a la vista de las empinadas escaleras que habrían de subir para regresar. De ahí que se conformen con los restos que el «rey de los mendigos» devuelve a la cocina. Durante el día, y si el tiempo es bueno, se sientan fuera, delante de los muros del palacio de Calisto, pordioseando a los

transeúntes, casi siempre parroquianos de San Georgio o gentes que suben a visitar el cementerio de los Angeloi. A diferencia de los ladrones y bandoleros, no conceden la menor importancia a su aspecto; se dejan crecer la barba y apestan.

El bondadoso Filipo le ha hecho llegar a Barto, que sigue encerrado en la cisterna, papel y pluma, para que al menos pueda pedir los domingos algo especial de comer. La consecuencia es que nos ha inundado a Hamo y a mí con un torrente de amenazas, espantosas maldiciones y extraños anuncios de suicidio, por este orden. Los panfletos culminaron con la pavorosa noticia de que va a dejarse morir por inanición, ya que en la cisterna no hay bastante agua para ahogarse. El veneno que se desprendería de su cadáver nos alcanzaría con las próximas lluvias.

—Se le han olvidado las ratas —comenté, despiadado, a lo cual Hamo objetó que no podíamos dejarlo allí para siempre—. Pero si ahora es más peligroso que antes —medité en voz alta—. La serpiente ha tenido tiempo para llenar el colmillo de veneno, y ahora sabe a quién morder. ¡Yo me cuidaría muy mucho de soltarlo!

—No tenía intención de hacerlo —me tranquilizó Hamo—. Estoy pensando en trasladarlo a un terrario, donde podamos tenerlo convenientemente vigilado.

—¿El «pabellón de los desvaríos humanos»? —le solté. Conocía el edificio del jardín, pues allí habían estado encerrados los niños, que a pesar de ello se las habían arreglado para venir a verme cada día al sótano—. ¡No es un lugar seguro!

Filipo llegó corriendo.

—¡La trirreme! —exclamó—. Conde Hamo, ¡vuestra trirreme está en el puerto!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hamo, desconcertado—. ¡Si no la conoces!

—¡Pero el señor Taxiarcos sí! «Ahí llega la trirreme de la abadesa», nos dijo, «la que fue la pirata más temida del Egeo. ¡Después se convirtió en condesa de Otranto y en madre de nuestro Hamo, o al revés!»

—¿El «rey» conoce la historia? —pregunté, pensativo. Filipo asintió radiante, dispuesto a proseguir, pero Hamo ya había quedado convencido y quería salir a toda prisa para poder abrazar a su esposa y, ante todo, a su hijita, a la que no conocía. Filipo tuvo justo el tiempo de añadir:

—¡El «rey de los mendigos» ha visto enseguida que la trirreme está en poder de unos piratas!

—¡¿Cómo?! —exclamó Hamo—. ¿Mi trirreme? ¿Y dónde están Shirat, mi esposa, y...?

—Lo descubriremos si indagamos con prudencia —propuse yo—. Vamos a parlamentar tranquilamente con el señor Taxiarcos, pues no parece conveniente que subamos solos a bordo y asaeteemos a los piratas con necias preguntas.

—¿Prudencia? —exclamó Hamo—. ¿Tranquilidad? ¡Mi querido William! ¡No me siento así en absoluto, y desde luego, tengo la intención de formular esa necia pregunta y no esperaré ni un minuto más!

—En ese caso debes ir acompañado de un séquito que te proporcione cierto empaque —lo conminé—. Espera a esta tarde, entonces «el rey» y sus hombres sin

duda se pondrán a tu disposición.

—¡Ni hablar! —bramó Hamo y corrió al sótano, sacudió a los gordos mendigos y a los barbudos ladrones y les ordenó que lo acompañaran. Escoltado por semejante pandilla de andrajosos se dirigió por el camino más corto hacia el puerto.

Yo envié de inmediato a Filipo a ver a Gosset y a Taxiarcos para comunicarles que debían reunirse conmigo en la taberna, desde donde se divisaba el fondeadero de la trirreme. Filipo se alejó corriendo, y yo también bajé la escalera tan deprisa como pude. Mi instinto me decía que esta vez no me convenía estar en primera fila.

Cuando llegué a la taberna, aún no habían llegado ni Gosset ni «el rey». Una vez comprobado esto, busqué con la mirada la trirreme. Sin duda Hamo ya había formulado la necia pregunta, pues en ese mismo instante era ahuyentado a patadas, junto con sus harapientos compañeros, y algunos de sus hombres ya chapoteaban en las fangosas aguas del puerto. Al parecer los piratas se estaban divirtiendo de lo lindo con la respuesta. Le arrojaban restos de pescado a Hamo, que bajaba por la rampa a trompicones, como un perrillo apaleado. El capitán de los piratas le lanzaba miradas sombrías, pues tal vez acababa de llegar a la conclusión de que sería mejor cerrar la boca para siempre a quien se atreviera a formular preguntas tan incómodas. Con un rápido movimiento sacó del cinto el cuchillo de abordaje y alzó la mano para arrojárselo al rezagado a los riñones, pero se le quedó paralizada: una flecha la había fijado al mástil. El cuchillo cayó, y el capitán levantó, estupefacto, la vista hacia el proyectil que la sujetaba. Tuvo que torcer mucho el cuerpo para poder arrancar de la mano la punta de hierro sin abrir aún más la herida.

El «rey de los mendigos» portaba una ballesta cuando se presentó sin Gosset ante mi mesa. Poco después llegó también Hamo, que nada sabía del incidente ocurrido a sus espaldas.

—Debéis ayudarme, Taxiarcos —jadeó, antes incluso de sentarse.

—Con mucho gusto —respondió éste—. Todo puede hacerse, si hay dinero. Aunque la inversión no guarda proporción en este caso con el beneficio esperado. Un asalto directo costaría varias vidas, y un asalto encubierto muchas monedas. Y ¿qué ganaríamos con ello?

Hamo lo miró, descorazonado.

—Creí que erais mi amigo —dijo, decepcionado.

—Es posible que lo sea, conde, pero ahora no se trata de eso. ¡Nada de sandeces! ¡No soy un imbécil!

—Ven, William —gruñó Hamo, disgustado—, veo que tendremos que apechugar solos con el problema. —Arrojó una moneda sobre la mesa y yo lo seguí. Me habría gustado quedarme con Taxiarcos para comentar la situación. Pero, a fin de cuentas, Hamo era mi anfitrión.

—¿Qué te dijo el pirata? —quise saber en cuanto iniciamos el ascenso a la ciudad vieja.

—Nada —admitió Hamo—. ¡Que me esfumara de allí y no ensuciara la recién

fregada cubierta de su barco con mis sucias botas!

—¿No hay rastro de Shirat?

—No me dio ocasión de buscarla —repuso, indignado—. Ni siquiera reparó en mis derechos sobre la nave, ni me reveló las circunstancias bajo las cuales ha tomado posesión de la trirreme, ¡mi trirreme! ¡Lo voy a...!

—¡Ya ves que sí nos es indispensable —lo interrumpí— encontrar la cámara del tesoro!

Hamo se detuvo y me miró, de pronto, con fijeza.

—¡Eres un buen amigo, Wiliam! Sé que puedo confiar en ti. Allá —dijo, y dirigió sin llamar la atención mi mirada hacia un edificio ruinoso al otro lado de la calle—, en aquel patio, hay una entrada secreta a las cloacas de la ciudad. Desde allí se puede llegar a la cisterna de Justiniano, por la que, en su día, cuando tú estabas «muerto», William, trasladé a los niños a la trirreme.

Me reí al recordarlo. En aquel tiempo mi ánimo era otro, y también el de Hamo. No le revelé que aquél era el camino por donde había subido yo con Roç y Yeza al palacio de Calisto la primera vez que lo pisé. De pronto me pareció que me llegaba una ráfaga de aquel hedor, pero seguí riendo. Hamo no se contagió de mi alegría.

—Bien, esta vez lo intentaremos al revés —propuse, tratando de animarlo un poco—. Llegaremos a la cámara del tesoro desde la gran cisterna. La encontraremos, ¡vaya si la encontraremos!

Hamo enfiló sus pasos hacia el antiguo almacén, sustentado por unos pilares muy deteriorados. Para encontrar bajo los escombros, que se apilaban hasta una altura considerable, la trampilla que conducía hacia las galerías subterráneas, nos bastó con seguir a las ratas que huían por el desagüe. Hamo entró primero; no parecieron importarle ni el olor ni la suciedad. Llegamos a un charco enfangado que nos cubría los pies. La cloaca corría borboteando a nuestro lado, en busca del Bosforo. La escasa luz que caía sobre nosotros, cada vez menos perceptible, nos ahorraba, caritativa, los detalles del cenagoso suelo que pisábamos, aunque tuvimos que avanzar tapándonos las narices. Al fin, Hamo entró en un ramal con agua clara, que muy pronto se bifurcó de nuevo.

—Si nos mantenemos siempre a la izquierda —dije, para sorpresa de Hamo—, llegaremos al *balaneion*.

—¡No me lo recuerdes! —murmuró Hamo—. Me pongo malo con sólo pensarlo.

—Bien, pues torzamos a la derecha, así encontraremos el acueducto.

Siguió mi indicación. La galería ascendía en leve pendiente, y no sólo estaba seca, sino que en cada recoveco la iluminaba un fino rayo de luz que caía por un hueco muy distante. El corredor se abría sobre una gruta a la que se subía por una amplia escalinata que desembocaba en su cara frontal. También vimos sobresalir del muro, sobre nuestras cabezas, un artefacto en forma de grúa, lo bastante robusto como para transportar varias toneladas de material. Hasta nosotros llegó el murmullo de una corriente de agua.

—Ya estamos cerca del fabuloso ingenio del emperador Justiniano —musité, emocionado—. Ese artefacto sirve para el mantenimiento del bosque de columnas.

No añadí lo que en aquel instante se me vino a la mente: las dificultades de acarreo que presentarían unos pesados arcones cargados con el tesoro. Al llegar arriba nos vimos delante de una especie de ensenada portuaria en la que flotaba una robusta balsa, lo bastante grande como para transportar parte de una columna. El agua del canal aledaño se movía a una velocidad considerable, lo que nos hizo pensar en un declive perfectamente calculado.

—Aquí comienza el viaje a lo incierto —quise animar a Hamo— o terminamos en la parte baja del palacio, o en las cañerías públicas.

—O en la cisterna, ¡de la que no saldríamos jamás!

De nuevo, el valor de Hamo parecía haberse agotado.

—Saldremos de cualquier modo —lo conforté. Y, en efecto, fue él el primero en subir a la balsa, que nos esperaba casi inmóvil, y que pudimos empujar con ayuda de unas barras hasta la corriente del canal. No tardamos en deslizarnos a cierta velocidad, aunque agachados (pues la galería es allí muy baja) sobre nuestra embarcación. Al final del túnel vimos una luz y de pronto nos encontramos bogando por encima del bosque de columnas de la cisterna. Aquello nos produjo una impresión intensísima, pues la visión que se nos ofrecía es, aun para alguien que posee una fantasía desbocada, totalmente sorprendente e inimaginable. Las pilastras se hundían en el agua, aminorando su grosor, a la vez que se proyectan en ella y nos permitían ver, desde nuestra altura, el fondo de la cisterna, lo que el reflejo hace imposible desde cualquier otro ángulo. Avanzando de columna en columna contemplamos el espectáculo de las ochocientas pilastras que parecen moverse a la luz de una ventana que en cada capitel se abre hacia el canal, de modo que, para el no iniciado que mirara desde abajo, la corriente permanecía oculta.

—Bien —dije, sintiéndome satisfecho—, está claro que no caeremos en la cisterna, pues nos encontramos en el canal de derrame del acueducto, del que la cisterna es colector.

—Pero debemos desembarcar a tiempo —gruñó Hamo—, o habremos hecho el viaje en balde.

El problema se solventó por sí solo, pues el canal desemboca en una gruta que forma puerto, y nuestra balsa se detuvo. Saltamos «a tierra» y miramos a nuestro alrededor. Aquella gruta tenía una única salida, cerrada con una reja. A través de los barrotes avistamos en lo hondo una bañera, de la que manaba agua a borbotones. De modo que era allí donde terminaba el desagüe.

—Llegaremos buceando —propuso Hamo, con aire indiferente, mientras a mí se me paraba el corazón y el estómago se me subía a la garganta. Volví a echar un vistazo. El sol anegaba con un resplandor incitante la bullente bañera, difundiendo una luz alegre y amable. Hamo dijo—: Será una especie de tubo, de modo que nos conviene estirar los brazos.

Y con estas palabras saltó al agua. Yo miré fijamente las oscuras aguas a las que debía arrojar mi vida.

—¡Vamos, William! —sonó la voz de Hamo desde abajo, y yo junté las manos como para rezar, pues si así había de ser, quería reconciliarme con Dios antes de morir, para que me acogiera en su seno. Después me dejé caer. Una corriente inesperada me agarró y me empujó hacia abajo, hacia un agujero. Me encontré en un tubo por el que descendía, y ya veía brillar la luz del sol. Entonces me sentí presa del pánico, pues supuse que la desembocadura podría resultar demasiado estrecha para mi oronda panza. Y me imaginaba pataleando, con la cabeza cubierta por el agua efervescente y luminosa. Gatear hacia atrás, a contracorriente, no parecía factible. De modo que, sintiéndome como una gruesa carpa en busca de aire (¡un par de burbujitas más, Santa María, apiádate de mí!), entregué mi alma y me lancé como un tapón hacia la espumeante bañera tallada en la piedra. Miré al sol. ¡No estaba muerto!

Hamo me ayudó a salir. Alcé la vista. Nos encontrábamos en una gruta formada por las rocas, en la que, sin embargo, había intervenido la mano humana. Sobre nuestras cabezas emergía una especie de galería abierta en la piedra, que después desaparecía en ella y formaba parte de la escalera del palacio, lo que deduje enseguida por la forma de la barandilla, pues bastantes veces he tenido que subir y bajar por sus escalones, aunque jamás me habían llevado hasta ese lugar.

—¿Estamos debajo del palacio? —pregunté, aterrorizado.

—No creo que estemos lejos —repuso Hamo—. Lo que no significa que nos hayamos aproximado a nuestro objetivo.

No tardamos en dar con una abertura casi invisible en la roca, y ascendimos con la certeza, yo al menos, de encontrarnos ya en una de las cajas de escalera del palacio. Pero las perspectivas que se abrían eran cada vez más curiosas. A veces divisábamos la escalera a tiro de piedra, y también a Filipo, que bajaba detrás de la barandilla, pero la abertura de nuestra mirilla era demasiado estrecha como para dejar paso a un hombre; después veíamos allá abajo una mazmorra abierta. Mientras contábamos todavía seis arcadas bajas, del tamaño de la boca de un horno, que veíamos allí, asomó por uno de esos agujeros la cabeza de Bartolomeo, que miró con precaución a su alrededor y salió a gatas del hueco llevando una brazada de joyas. Cadenas de oro, prendedores y las piedras preciosas de un cáliz refulgieron bajo la luz. Nosotros retrocedimos hacia la penumbra, para que no nos descubriera. Se deslizó como un ratón por la redonda estancia, se arrodilló, y desapareció gateando por otro agujero.

—¡Fíjate bien! —le susurré a Hamo, y nos escabullimos de puntillas hacia el otro extremo de la escalera, para ver si volvía a aparecer. Pero no nos dio el gusto. Descendimos con mucho cuidado los peldaños; la escalera dibuja allí una aguda curva, formando casi un círculo. De pronto nos encontramos justo encima de la mazmorra redonda y vimos unas cadenas que colgaban de la pared circular y desaparecían de nuevo. ¡Seis cadenas!

—¡Una para cada ratonera! —dijo Hamo, pensando en voz alta—. ¡Ese tipo

acabará por vaciar toda la cámara!

—Espera —siseé—, ¡ahí viene otra vez! —Barto regresaba, esta vez con las manos vacías; volvió a meterse por un agujero. Hamo quiso soltar la cadena que había encima, pero yo lo disuadí—. ¡No lo encierres dentro, sino fuera!

Esperamos... largo rato. Volvió a aparecer, y esta vez traía levantado el faldón del hábito, que llevaba lleno de monedas de plata. En esta ocasión no se nos escapó. Estábamos a punto de soltar la cadena correspondiente cuando, de pronto, lo vimos al otro lado, en una sala triangular en cuyo centro había un pozo construido con piedras. Bartolomeo arrojó dentro el botín y volvió sobre sus pasos. Hamo acabó de soltar la cadena del gancho, y ésta se precipitó con estrépito hacia lo hondo, aunque sólo estaba a tres pies de distancia.

—Espero que no le haya caído la reja encima —dije.

—Por mí, esa rata se puede... —Calló de pronto, pues vimos a Bartolomeo que aparecía por un agujero arrastrándose sobre la espalda, después sacudió la cabeza, corrió hacia el pozo, se subió al borde del murete, se tapó la nariz y de un salto se arrojó dentro.

No volvió a aparecer.

—¡Se habrá ahogado! —se lamentó Hamo.

—¡No caerá esa breva —repuse yo, mientras descendíamos por la amplia escalinata. Al llegar ante un muro con dos entradas, la escalera se bifurcaba: uno de los ramales parecía bajar, mientras que el otro subía. Supe de inmediato que debíamos tomar el ramal ascendente y, efectivamente, tras subir unos veinte peldaños empinados vimos una rampa lisa de mármol que se abría hacia abajo. Nos sentamos como unos chiquillos juguetones sobre el trasero, y aterrizamos justo en el calabozo de los seis agujeros.

—¿Te has fijado en la salida que ha utilizado? —le pregunté compungido a Hamo—. Es posible que detrás de las otras no nos esperen más que sorpresas desagradables.

—¡Ésa de allí! —Hamo parecía muy seguro, y ya se arrastraba por la abertura. El corredor era estrecho y avanzaba en un desordenado zigzag; en cada recodo repentino aparecía otra galería, que desembocaba allí como si se tratara de una madriguera. Pero Hamo no se dejó confundir, y justo cuando empezaban a dolerme las rodillas por el desacostumbrado esfuerzo, llegamos de nuevo a un espacio más amplio. Primero pensé que nos encontrábamos en la misma sala en la que Barto había saltado al pozo, pero en ésta eran tres los pozos que vimos. Me incorporé con dificultad. Hamo ya se había sentado en el borde de uno de ellos y miraba el espejo sereno del agua. Me sonrió, y, antes de que pudiese recomendarle que tuviese cuidado, se dejó caer. Me quedé horrorizado ante tanta inconsciencia. No podíamos ya preguntar a Barto, que al parecer había encontrado el pozo adecuado. Pero tampoco hizo falta, pues en ese momento apareció la cabeza de Hamo en la boca del segundo pozo. Mi compañero se aferraba al brocal mientras escupía agua. Corrí hacia donde se

encontraba.

—Hamo —dije, muy inquieto—, no se te ocurra salir ahora al tercero, pues está tan a mano que sólo puede tratarse de una trampa.

—Debajo del agua hay un laberinto parecido —respondió, jadeando— al que hemos visto aquí arriba. Si no me dejas salir al tercer pozo, sólo me queda investigarlo...

—Quizá —dije, pensando en voz alta—, alcancemos nuestro objetivo haciendo el camino al revés.

Hamo se disponía a zambullirse.

—Si no vuelvo, tendrás que decidir si me sigues o si saltas al tercer pozo, ¡o bien si intentas salir de aquí como sea!

Nada más decirlo sumergió la cabeza y nadó hacia lo más hondo. Apenas tuve tiempo de ver sus piernas antes de que las engulleran las oscuras aguas. No regresó.

En los tres pozos se quedó el agua inmóvil y me devolvió el reflejo de mi asustada cara. Cuanto más esperaba, más me acobardaba... era posible que Hamo no se hubiera ahogado, sino que hubiese descubierto por fin el acceso a la cámara del tesoro y quisiera apartarme del descubrimiento. Debí haberlo seguido sin vacilar. Ahora tendría que discurrir cómo salía de allí por mis propias fuerzas. No tenía sentido esperar más. Aunque no viera por ahí ningún esqueleto, no podía confiar en que alguien diera conmigo, ¡si es que me buscaban! Destrozado por el cansancio — en el sentido más literal de la palabra— decidí por fin emprender el camino de regreso, lo que significaba arrastrarme de nuevo. Desatendí mi propia experiencia de que el mismo camino ya no es el mismo si se transita en dirección opuesta. Me metí a gatas en el agujero sin hacer caso de las bifurcaciones. *Nec spe nec metu*^[293] «ni esperanza ni temor», sería la mejor descripción de mi estado de ánimo. Seguí avanzando entre indiferente y triste por el corredor, con las manos extendidas hacia adelante. Una losa de piedra del suelo cedió bajo mis pies. Caí de cabeza en un agujero, y perdí el conocimiento... Cuando desperté, me vi delante de la cocina.

—Ha llegado un rico mercader de Beirut —decían los labios de una carita de ángel que se inclinaba sobre mí. ¡Es decir, no estaba en el cielo!—. Hace tiempo que os buscamos, hermano William.

Ante todo quería ordenar mis ideas.

—Y Hamo, el conde, ¿ha regresado ya?

—Hace tiempo —confirmó Filipino mis sospechas—. Ya hemos servido la cena, el mercader invita. —Con estas palabras deseaba anticiparse el criado a cualquier pregunta admirativa ante tan inesperada riqueza—. Los señores tomarán la cena en la terraza.

La ropa prácticamente se me había secado y, desde luego, no estaba yo mucho más sucio que de costumbre, por lo que enderecé los miembros agotados y seguí a Filipino hacia la terraza.

El rico mercader de Beirut que encontré allí me sorprendió especialmente, porque

hasta entonces siempre había visto a esa misma persona vistiendo el sencillo hábito de los adeptos de la secta de los «asesinos». Con aquel disfraz de mercader levantino, con su caftán de seda, los gruesos anillos y —sobre el huesudo cráneo— un turbante cruzado por collares de perlas, Crean de Bourivan parecía un ser extraño. Sólo su mirada seguía perdida y melancólica, como siembre. Sus criados, seguramente todos ellos «asesinos», servían la mesa con las viandas presentadas en cestas y bandejas de plata. Incluso había «cubiertos»: unos tenedores bifurcados con los que había que bregar para poder ensartar cuidadosamente las codornices asadas, las chochas, los patitos y pollitos de perdiz... para terminar comiéndonos todo con los dedos. También nos ofrecieron uvas, manzanas y frutos cítricos que los criados pelaban y cortaban en trozos manejables. Atrapar esos trozos con el tenedor me pareció toda una hazaña. Al menos el pan amasado con almendras y las bolitas de dátiles, pasas y arroz, podía llevárselos uno a la boca prescindiendo del temible instrumento. Bebimos sólo agua, pues en eso el férreo ismaelita se mostró inflexible, aunque le añadieron unas gotas de esencia de rosas.

—William —dijo Crean—, he venido para emprender viaje contigo a Mongolia. ¿Estás dispuesto?

Tuve que tragar el bocado que estaba masticando para poder pasar a reflexionar acerca de la situación económica en que nos había dejado Gosset. Pero no quise desvelar aquel fracaso, de modo que respondí:

—Tengo mis credenciales y la carta que el rey dirige al gran khan, y hemos dejado vacante el lugar que ocuparás tú, como nuevo Bartolomeo de Cremona. El auténtico está en el sótano, volviéndose loco. Pero falta Lorenzo de Orta, que sigue sin aparecer.

—Basta con nosotros dos —replicó Crean—. No quiero perder más tiempo; tenemos que liberar cuanto antes a Roç y a Yeza de las garras de los tártaros. Saldremos cuanto antes.

—Os ruego —lo interrumpió entonces Hamo—, os suplico como amante esposo y padre, que tengáis compasión de mí y me ayudéis antes a recuperar mi trirreme, que ya habréis visto en el puerto. No es sólo por el barco, sino por averiguar por fin el paradero de Shirat y de mi hijita.

Hamo estaba a punto de llorar, o lo fingía muy bien.

El duro Crean, que había perdido también a su esposa e hijas, pareció ablandarse, y entonces Hamo soltó la liebre:

—En tu calidad de próspero mercader que acaba de adquirir gran cantidad de mercancías, podrías mostrarte interesado en regresar a Beirut y alquilarles la nave para el viaje. Los piratas estarán deseosos de deshacerse de ti y quedarse con tus bienes cuando estéis en alta mar.

—¡Bonita perspectiva! —se mofó Crean, pero Hamo prosiguió afanoso:

—Mañana por la noche podrías subir a bordo las cajas y arcones que ellos mirarán codiciosos...

—Entiendo —interrumpió Crean la explicación del otro—, y estoy dispuesto a hacerlo; pero a partir de pasado mañana cruzaremos directamente el mar Negro hasta la desembocadura de un río... creo que lo llaman «Don».

Hamo quiso negociar, lo que me sorprendió.

—¡Os llevaré a Crimea, hasta Kerch!

—No —repuso Crean, ya en tono seco—. Nos acompañarás río arriba hasta el reino de los Qipchaq, mientras lo permita el calado de la trirreme, y allí desembarcaremos.

—Los tártaros confiscarán mi barco —objetó Hamo.

—William viaja en cumplimiento de una misión —repuso Crean, imperturbable.

—De acuerdo, amigo —dijo entonces Hamo, sin dejar entrever su amargura—. Mañana alquilarás el barco.

—Tú aportarás los hombres que han de ir dentro de las cajas —dispuso Crean—, y que también deben saber algo de navegación. Yo necesito a mis hombres para proporcionar empaque a mi séquito y para que representen dignamente la numerosa servidumbre de un rico mercader. ¡Además, como marineros son un desastre!

—Pero un asalto de los «asesinos»... —opuso Hamo.

—...los quiero a mi disposición, como reserva, por si tus hombres no son capaces de acabar con los piratas.

—Bien —repuso Hamo—, déjalo de mi cuenta. Sólo tienes que hacerme una señal cuando el barco esté en tu poder... ¡y pasado mañana navegaremos adonde quieras!

—Remaremos —lo corrigió Crean—. Ahora estoy cansado, y mañana debo estar en forma. —Dijo esto, y se levantó. Los criados le habían preparado una tienda en el jardín—. Parece que ésta será la última noche que pase entre sábanas de lino y almohadones adamascados.

—Más tarde —retomé yo el hilo de la queja— el pobre misionero tendrá que dormir en lecho de paja, cuando no sobre la fría y desnuda tierra. ¡Buenas noches!

Me había quedado solo con Hamo. Los criados de Crean fueron limpiando la mesa baja y recogieron también los cojines en que nos habíamos sentado.

—Ven a tomar un último trago, William —me ofreció Hamo indicándole a Filippo que nos trajera dos grandes copas.

Me tendió una y bebió de la otra.

—Gracias a tu buena intuición encontré el tesoro —me confió, y yo, sintiéndome honrado, elevé la copa—. Lo que me permitirá alquilar a los hombres del «rey de los mendigos» para llenar con ellos las cajas y los arcones.

Me pregunté si tenía algún sentido sustituir a piratas por ladrones, pero Hamo parecía convencido de la bondad de su proyecto.

—Mañana te llevaré a la cámara del obispo —me prometió Hamo, mostrándose sumamente amable—. Allí podrás coger lo que deseas, en señal de agradecimiento.

Bostecé, imaginándome engalanado con un manto de púrpura, un cetro y un

anillo de oro, y... no llegué mucho más allá. Una extraña somnolencia se apoderó de mí, caí en brazos de Filipo y me dormí.

L.S.

V

CUENTO PARA UN CAMPAMENTO DE VERANO



De Roç para William, en algún lugar de Mongolia exterior, segunda década del mes de abril de 1253

Mi querido William, tendrías que verme, creo que estarías orgulloso de mí. Los mongoles, que siempre creen ser los más fuertes, los más rápidos, y mucho mejores que cualquier extranjero, al que desprecian *per se*, por lo que siempre se empeñan en querer enseñarle alguna de sus habilidades, están totalmente perplejos con Yeza y conmigo. Me atenderé a la promesa de que cada uno de nosotros hable por sí mismo, de modo que Yeza te escribirá lo que piensa ella de la vida entre los mongoles.

A mí me parece fantástico pasarme el día entero a lomos de un caballo salvaje, a galope tendido, disparando al mismo tiempo con el arco sobre un objeto móvil o asaeteándolo con la lanza... pero ya estoy cansado de todo eso. ¡Correr, nadar, saltar, luchar, lanzar piedras o flechas, competir con sable y escudo o con la daga, lo mismo todos los días! Mi único —y secreto— consuelo es que mis compañeros me admiran mucho.

Vivo con el clan del general Kitbogha, y su hijo Kito es, como jefe de mi centuria, en realidad mi superior, y también el de Omar, pues Omar me acompaña siempre. Kito ha ordenado que así sea, para que tenga en todo momento escolta. También Yeza, a la que veo en contadas ocasiones porque vive con las mujeres, disfruta de protección, lo que me tranquiliza sobre todo teniendo en cuenta que no nos vemos en todo el día, ni tampoco durante las noches. Lo peor es que Kito no parece tener otra cosa en la cabeza que caballos, armas, y más caballos. A ello se añade, también con necia regularidad, la bebida, o más bien la ingestión indiscriminada de bebidas embriagadoras; y después, casi siempre estando ya del todo ebrio, la búsqueda de hembras para una fornicación desabrida, generalmente con esclavas de Cathai, que suelen soportarlo con una amable sonrisita, o un infantil magreo con las muchachas del clan, que le hacen ascos a la *as-sina*^[294].

Kito, que es para mí al mismo tiempo ejemplo y rival, no se ha medido hasta ahora conmigo: sus razones tendrá. Prefiere dejar que compita primero con el resto de la centuria, uno tras otro. Si bien no monto con más destreza que él, en cambio salto más alto y disparo mucho mejor... al menos en tierra y con el arco largo. Además corro mucho más velozmente, aunque sólo sea porque mis piernas son más largas, y también soy más rápido nadando, pues he desarrollado una técnica que aún debo perfeccionar: mantengo la cabeza bajo el agua durante tres brazadas. Los mongoles no saben bucear; alguien como Hamo, que es capaz de nadar durante varios minutos bajo el agua, les causaría pavor. Los supero también en otros ámbitos en los que su orgullo resulta más herido, como en la lucha cuerpo a cuerpo, con o sin daga, porque

he aprendido con un maestro asiático el arte de vencer al oponente valiéndome de su propia fuerza, si él la usa con torpeza. En una palabra, como extranjero me comporto de un modo completamente desacostumbrado para ellos. Como no pueden ponerse a mi altura en ninguna modalidad de lucha, tratan de superarme en la bebida y me retan incesantemente a ver quién bebe más, ya se trate de *terracina*, un brebaje preparado con arroz, *bal*, un refresco basado en aguamiel, o también *kumiz*, que es leche de yegua fermentada. A mí todo esto me resulta terriblemente penoso, porque no quieren entender que prefiero el agua clara de manantial a cualquier otro líquido, y les gusta burlarse de mí, en la medida en que Kito lo permite. Me doy cuenta de que preferiría que me uniera a sus francachelas. Hasta ahora he podido evitarlo, insistiendo en mi preferencia por el vino, que también conocen, aunque en este aspecto sus recursos son muy escasos. De modo que les pido vinos que sé que no pueden proporcionarme, y me río de ellos. Hace poco pedí un «Cru de Joinville», y los puse en un buen aprieto.

En cuanto a las historias de mujeres, me es más fácil sustraerme a sus diversiones, pues siempre puedo escabullirme con la excusa de Yeza, a quien he prometido fidelidad... lo que es cierto. Y ante la propuesta de fornicar con una esclava, lo que no cuenta como infidelidad, les dije que, si acaso, sólo me atraería una negra del reino de Saba: negra con un poco de leche añadida, es decir, un color difícil de describir. Les aseguro que esas mujeres tienen pechos erguidos de pezones puntiagudos, un talle muy esbelto, un trasero redondo y prominente aunque no demasiado prieto, y piernas larguísimas. Confío en que tan exhaustiva descripción me proteja el día en que se les ocurra traerme a una esclava negra. Aunque, si esto llegara a oídos de Yeza, me vería en un apuro. La verdad es que al imaginar a esa mujer ideal, me basé en el futuro desarrollo del cuerpo de mi compañera, tal como yo lo deseo. O sea, ¡una Yeza negra! Gracias a semejante argucia he podido respirar un tiempo y olvidarme de sus insinuaciones, a pesar de que —te lo confieso, William, pero que no salga de nosotros— no me importaría que una fémina semejante, negra, morena o rubia, me visitara alguna noche en la *yurta* sin que nadie nos viera. ¡A ser posible, con el cabello teñido de henna y un cuerpo blanco como el mármol!

Las burlas que me dirigían por mi resistencia a asistir a sus bacanales —entonces aún no conocían a Yeza— fue uno de los motivos de nuestra primera disputa. El puñado de «guerreros secretos» enviados por Bulgai y la decena de arqueros que nos habían acompañado desde el pozo de Iskandar al Altai, bastaron para que el nombre de Yeza, su belleza y su valor, estuvieran en boca de todos. Aunque esos mismos hombres me criticaban también por haber dejado a Yeza sola con Arslan. Al parecer, los chamanes son amantes particularmente dotados, «tan resistentes como Gengis-khan», me comentaron entre risas. Los magos saben alargar el miembro hasta convertirlo en serpiente, con escamas y todo —lo que, según ellos, agrada a las hembras— y lo engrosan hasta hacerlo parecer el de un caballo semental.

Los mongoles sienten una gran admiración por Gengis-khan, incluso como

amante, y eso que todos conocen el hecho de que el primogénito de su joven esposa Bórke ya estaba en el vientre de ésta cuando pudo, por fin, liberarla. Las chanzas que me dirigían los mongoles a propósito de mi abstinencia me hicieron volverles la espalda a mis compañeros —aunque también hay otros motivos— y escaparme a la cordillera del Altai. La verdad es que pueden mostrarse terriblemente celosos, envidiosos y perversos, que forman un hatajo despreciable de borrachines lujuriosos e infantiloides y, además, siempre los encuentras dispuestos a cantar. Aúllan como lobos cuando están del todo ebrios, se alegran con las más necias bromas y se ríen de cualquier sandez menos de sí mismos y de su pobreza de espíritu.

Yo abandoné en su día la cueva del chamán porque creí que allí jamás podría convertirme en caballero. Cuando participé, en el campamento de verano, en los ejercicios de la centuria de Kito, me percaté enseguida de que tampoco aprendería gran cosa de ellos, a excepción del manejo de la cimitarra desde el lomo del caballo y a pleno galope, o a asaetear con mi lanza algún objeto móvil o un muñeco, por ejemplo. De modo que me aparté con Omar y comencé a mejorar mis habilidades a mi propio arbitrio. Unas veces era el combate con espada larga, en cuyo manejo un caballero nunca debe cansarse, y en otras ocasiones realizábamos una práctica de mi invención: el salto, por ejemplo, para alcanzar lo alto de un muro con ayuda de una larga caña de bambú. Debes imaginarte una vara tan larga como una lanza de torneo: corres, apuntando con ella hacia adelante, la hincas en plena carrera en la tierra, y la fuerza del impacto te eleva hacia lo alto, hasta que la vara alcanza la vertical. En ese preciso instante la dejas caer y entonces ya te encuentras arriba, sobre la muralla, desde donde puedes abalanzarte sobre el enemigo apostado detrás y cogerlo así por sorpresa. Pero como en la estepa no hay ciudades ni fortalezas, ni, por tanto, murallas que merezcan ese nombre, practico con Omar en el campo siempre que encontramos un árbol adecuado. Omar tiene que trepar sobre la primera rama que ofrezca cierta resistencia, y defenderla de mi ataque. El problema que se plantea es que el atacante debe sujetar la vara con ambas manos, es decir, que llega arriba completamente desarmado, pero yo lo solventé aplicando sobre uno de esos escudos redondos que usan los mongoles una serie de cuchillas en forma de rueda. Sujetándome al brazo esta terrible arma, vuelo por los aires con un sable atado a la espalda de modo que me asome por encima del hombro, y con un solo gesto pueda yo sacarlo y tenerlo listo para golpear. Así consigo poner en aprietos a Omar, pues el factor sorpresa siempre juega a favor del atacante. Los mongoles nos miraban primero meneando la cabeza; después se irritaron, porque, según dicen, sólo los monos se suben a los árboles. No comprendían que se trataba de simular un muro, y, cuando por fin conseguí explicárselo, dijeron que los muros de nada les pueden valer a sus enemigos, porque ellos los masacran antes, en pleno campo. ¡Su cerrazón es desesperante! Yo proseguí mis ejercicios, pero una mañana me encontré la vara de bambú rota y el escudo redondo pisoteado. No quise quejarme ante Kito, porque ni siquiera estoy seguro de que él no esté al tanto, o que incluso lo apruebe. Mencionar el incidente a Kitbogha

no me pareció conveniente, sobre todo porque sé que gozo de sus simpatías y sin duda habría castigado con excesiva dureza a los responsables. De modo que opté por darles una señal que evidenciara tanto mi disgusto como mi autonomía, y me marché sin despedirme.

Cuando, más adelante, el propio general vino a buscarnos a mí y a Yeza, supe que, por orden de Kito, los culpables han sido azotados con los restos de la caña de bambú.

Esto me devuelve a la memoria la suerte corrida por Maluf, el traicionero mercader de Samarcanda. Dshuveni lo entregó al juez supremo. Éste, muy tranquilo, se limitó a tomarle declaración, pero no le dieron de comer ni de beber. Si Maluf gritaba, le cortaban un trozo de su carne; creo que empezaron por un brazo. Para detener la hemorragia metían la herida en aceite hirviendo, en el que freían también el trozo rebanado, y se lo servían a continuación. Le daban a beber su propia orina. De modo que no tardó en revelar que era Bagdad la que estaba detrás del asalto al caravasar, y no los «asesinos», como se pretendió hacernos creer en un principio. Muy por el contrario, la hazaña de Omar probaría que fueron los ismaelitas quienes, poniendo en juego su propia vida, nos habían salvado. Todo esto impresionó sobremanera al juez supremo, de modo que ordenó suspender la tortura a que era sometido Maluf, al que para entonces ya le faltaban un brazo y una pierna, con la idea de que el gran khan pudiese disponer personalmente de sus restos. Junto con los huesos roídos el juez envió al khan un informe sobre el sorprendente comportamiento de los hombres del *imam*, para que lo considerase con benevolencia, pues no encaja en absoluto con la imagen hostil que la corte mongola tiene formada de los guerreros de Alamut.

Yo me enteré de todo esto por Dshuveni, que de vez en cuando tiene la deferencia de instruirme en cuestiones de política mongol. El hombre parece particularmente interesado —a instancia mía ha incluido a Yeza en las conversaciones— en que nos familiaricemos con los asuntos del imperio mongol, y nos sintamos implicados en su gobierno, lo que me permite ver de cuando en cuando a mi amada dama y reina, y el ayudante se muestra encantado de que escuchemos sus —por lo demás, aburridísimos— discursos sobre las diversas modalidades de sojuzgamiento tributario, administración y saqueo. Está completamente obsesionado con la idea de presentarnos cuanto antes al gran khan: ¡el domador y sus dos monos amaestrados!

Ante semejante perspectiva casi prefiero la salvaje jauría de Kito: caballos, caballos y más caballos, y lancear, pelear, disparar y beber, beber, y no dejar de beber. Ayer accedí a hacerlo con ellos porque aportaron, orgullosos, un barril de vino tinto, del que afirmaban que procedía de Crimea. La verdad es que no puedo imaginarme cómo los habitantes de la tierra que rodea el mar Negro son capaces de sobrevivir a la degustación de semejante brebaje rojizo, que parece preparado más bien con acedera; a mí me encogió el gástrico y me desolló la garganta. Además, mi estómago se resintió, y aún ahora tengo tal dolor de cabeza que parece como si un herrero la

hubiese utilizado como yunque. Pero mi centuria me vitoreó, incansable, e incluso me regaló una nueva vara con muchas cintas de colores, y un escudo de cuero bellamente trabajado con apliques de latón cincelado. No sólo está provisto de una corona de cuchillas, sino que incluso ostenta en su centro una semibola llena de puntas; o sea, un regalo verdaderamente fabuloso. Cantaron tonadas evocadoras de un héroe capaz de asaltar las torres más altas y de tumbar por decenas a sus enemigos con la espada hasta que consigue liberar, en lo alto del torreón, a su princesa Yeza, con la que se aleja montados en su larga y gruesa lanza. La canción estaba cargada de alusiones soeces, pero la intención era buena, de modo que bebí a la salud de todos ellos y les agradecí mucho el detalle.

¡Salud, William! Tu Roç.

L.S.



Para William de Roebrok, O.F.M. Informa la princesa Yeza, tu cronista secreta:

Hace ya más de un año que estamos en poder de los «soberanos del mundo», si contamos también el tiempo que pasamos con Arslan, el chamán. Pero desde que partimos de Samarcanda no hemos vuelto a ver ninguna ciudad merecedora de ese nombre, sólo de vez en cuando unos miserables caseríos o chozas agrupadas. Cuando pienso en que, en el tan denostado «resto del mundo» del que procedemos, cualquier conde o emir vive con más lujo que aquí un jefe de diez o hasta de cien centurias, deduzco que, sin duda, todo ello obedece a algún propósito. Aquí nadie puede independizarse y hacer su vida, cada uno debe estar siempre y permanentemente a disposición del gran khan y vive por obra y gracia de su benevolencia. Todos habitan también en *yurtas* prácticamente idénticas. Como mucho, alguna que otra destaca entre las demás por sus accesorios, pero ni siquiera eso es ventajoso, aunque sólo sea por el incesante proceso de desmantelamiento y nuevo montaje de esas viviendas, que surgen del suelo de la estepa cual madrigueras de topos en cuanto acampamos en algún lugar. Las *yurtas* se diferencian exteriormente tan poco unas de otras como los rostros planos de estos seres de nariz achatada. Vivir en ellas, sin embargo, resulta muy práctico, todo hay que decirlo, e incluso pueden parecer confortables a quien sepa identificarse con el caracol, que también lleva siempre la casa a cuestas. Aunque a estos hijos de la estepa se les puede comparar, sin duda alguna, con cualquier cosa menos con los caracoles, pues casi todos cabalgan a una velocidad impresionante.

Lo mismo rige para las mujeres, al menos las que se lo proponen, pues en eso hay grandes diferencias de unas a otras.

El buen general Kitbogha me ha alojado con el séquito de Dokuz-khatun, la esposa cristiana del il-khan Hulagu. El hermano mayor Mangu, el gran khan, le ha encomendado a Hulagu los dominios situados al oeste, por lo que yo formo parte de

su lote. Me respetan como representante de ese «resto del mundo» que les queda aún por conquistar, pero del que no dudan les pertenecerá cualquier día de éstos. No quiero ser injusta con la maternal Dokuz, que evidentemente se esfuerza mucho por procurarme un cierto bienestar y me trata con una dulzura comprensiva. Pero estoy convencida de que mi ser le es tan extraño como lo sería el de cualquier franciscano pelirrojo y barrigudo —¿no quedaría mejor decir: «barrigordo»?— oriundo de Flandes. Sospecha que yo, la «hija del Grial», una princesa sin territorio conocido, puedo ser la dueña secreta de algún reino lejano situado entre Babilonia y la Atlántida, en el otro extremo del «resto del mundo», o incluso en medio del gran Océano. Sea como fuere, a menudo me pregunta si en ese lugar se rinde culto al Mesías y a su Madre. Yo le cuento entonces la historia de la Mesa Redonda del rey Arturo, y la mezclo —aunque sé que en realidad no fue así— con la del noble Parsifal, a quien describo como mi abuelo. Me cuido mucho de mencionar que fue la Iglesia cristiana quien lo mató, precisamente porque se negaba a adorar a la virgen María, y le echo las culpas de todo lo sucedido a la codicia del rey de Francia, ávido de más y más tierras. Al fin y al cabo, y por mucho que lo aprecie, fue ese mismo rey Luis quien ordenó el asalto del Montségur, aunque el verdadero responsable de la hoguera en la que ardió viva mi madre fuese el Papa. A estas mujeres se les antojan increíbles tales historias, sobre todo las que hacen referencia a la lucha por la verdadera fe, cosa que los mongoles no entienden en absoluto. Piensa que aquí se tolera que los nestorianos, que sin duda serían capaces de acusar de hereje y quemar al propio Papa, celebren sus oficios en sus iglesias, los musulmanes hagan lo propio en sus mezquitas y los idólatras en sus templos, siempre que todos ellos obedezcan al gran khan y paguen puntualmente los impuestos. En cualquier caso, eso es lo que dicen, aunque todavía no he llegado a ver ni un solo edificio erigido en honor de Dios. Para llegar a eso tendré que esperar seguramente a que llegemos a Karakorum, la capital, donde nos instalaremos, como muy tarde, a finales del otoño.

Dokuz-khatun, como auténtica princesa queraíta, es adepta de los nestorianos: atiende diariamente el servicio divino que se celebra en una *yurta* que acompaña siempre al campamento de verano. Al principio, Dokuz se preocupaba de hacerse acompañar por mí, pero como yo no daba muestras de apreciar el vino que allí se consume, que es el principal motivo de su asistencia asidua a misa, me he podido tomar la libertad de prescindir de esa costumbre. ¡William, créeme, estas mujeres cogen en misa unas auténticas cogorzas!

Como corresponde a mi rango, me han asignado una dama de compañía, una *alhamdulillah*^[295], que no es, ni mucho menos, una vieja solterona, sino una hermosa muchacha que ya ha cumplido diecisiete años. Yo no trato a Orda^[296] como a una criada, sino como a una amiga, sobre todo porque también ella es de sangre noble. Los mongoles ajusticiaron a sus padres y la secuestraron cuando era todavía una niña. Nuestros destinos son, por tanto, parecidos, sólo que a ella no la espera un gran futuro. Algún día la desposarán con un jefe de centuria, o, si tiene suerte, con un jefe

de diez centurias, ¡y ahí se habrá acabado su historia! La verdad es que no le será fácil encontrar un hombre que la quiera, pues es una mujer robusta, que sobrepasa en una cabeza como mínimo la talla de cualquiera de los mongoles. También es una amazona apasionada, y, dicho entre nosotros, ¡es un poco caballuna! Todos los días nos pasamos horas galopando. Incluso tiene buena puntería, aunque no con los ojos cerrados. Todavía he de enseñarle a lanzar la daga y dar con ella en el blanco. En cambio, ella me adiestra en el manejo de la lanza y, sobre todo, del sable. Cada vez que nos alejamos algo del campamento de verano, luchamos como dos leonas.

Nunca permito que se me acerque demasiado, pues es fuerte como una osa, y no quiero hacer uso de mis conocimientos secretos en el arte de la autodefensa. No he olvidado lo que me dijo mi maestro: «Una vez el enemigo sabe de lo que eres capaz, has perdido la mitad de tu ventaja: ¡cogerlo por sorpresa!»

Por eso dejo que me gane en la lucha cuerpo a cuerpo. En realidad preferiría cabalgar, junto a Roç, con la fiera centuria de Kito, pero no me está permitido.

Orda está enamorada de Kito, y Omar le hace ojitos, el muy traidor. Aunque Omar, como hombre, ya no me interesa nada, puesto que Roç está cambiando a pasos agigantados. Yo le aconsejo a Orda que se decida por Kito. Como hijo de un general tiene el futuro asegurado, y si algún día emprendemos el camino hacia Occidente —no dejan de correr rumores—, podría acompañarnos y seguiríamos juntas. La verdad es que no tengo más amiga que ella. Pero en este peregrinar por la interminable estepa —hierba, y nada más que hierba, muy de tarde en tarde una colina o un río—, he tropezado, con gran regocijo por mi parte, con un viejo conocido: ¡*maître* Guillaume Buchier^[297], el platero de París! Si te acuerdas, fue él quien construyó dos muñecos mecánicos a nuestra imagen y semejanza para burlar a Yves «el Bretón»^[298] en Antioquía, facilitando así nuestra huida. El *maître* viaja a la corte del gran khan, para quien debe construir un «árbol de bebidas», por lo que su intención es llegar, cargado con una *yurta* de forjador, a Karakorum. Roç te describirá con todo detalle la maravillosa obra que ese hombre pretende realizar, pues en cuanto le informé de mi «descubrimiento», mi príncipe acudió enseguida, y eso que en otras ocasiones no se separa ni un instante de la tropa, ni siquiera para verme a mí. Ahora puedo por lo menos ponerle de vez en cuando la mano encima, y besarlo y palparlo para ver si todo sigue en su sitio. ¡La oscura y tiznada *yurta* de *maître* Buchier, iluminada por el trémulo fuego de la forja, es el lugar ideal para una cita secreta entre dos amantes! Pero nuestros encuentros son siempre demasiado breves, aunque apasionados, pues parte del tiempo me lo roba su curiosidad por el trabajo del platero y el resto nos lo roban nuestros vigilantes, que nos tienen prohibido pasar tanto tiempo juntos, con la excusa de que, en opinión del insigne general, somos «¡demasiado jóvenes!» Y que «debemos aprender a dominar nuestros impulsos», según el maternal consejo de Dokuz-khatun, ¡esa piadosa borrachina!

Tengo la sensación de que Orda ha estado husmeando en mi crónica, pues un día me preguntó, poniendo cara de tonta: «¿Quién es en realidad el tal William?» De

modo que comprendí que había leído tu nombre. En la primera ocasión que tuvimos de luchar la tiré violentamente de espaldas, y se quedó mirándome absolutamente perpleja, pero un instante después sintió mi daga junto al cuello, y yo le pregunté:

—¿Por qué traicionas nuestra amistad, Orda?

Entonces me confesó que pertenecía al «servicio secreto» del juez supremo, el mismo que la ha nombrado para mi escolta personal.

—¡Menuda escolta! —me burlé, pero ella objetó que, a fin de cuentas, era perfectamente posible que yo fuese una espía de Occidente y estuviese informando a ese William. La verdad es que sufrí un ataque de risa y le hablé de ti, y se avergonzó de haberme traicionado obedeciendo órdenes ajenas.

A raíz de este incidente me he propuesto, y así se lo he comunicado a Roç, escribir ciertas cosas en clave, pues si son capaces de hacerme espiar por una pobre huérfana, ¿quién sabe qué otras personas del séquito de Dokuz-khatun pueden pertenecer también al servicio secreto?

Te abrazo y rezaré por ti, pues hoy he de acudir de nuevo a la iglesia.

Tu Yeza, O.C.M.

L.S.



De Roc para William, en el campamento de verano de los mongoles, en la última década del mes de abril de 1253

Querido William, ¿cómo nos llamamos, en realidad? El ayudante de il-khan Hulagu, el señor Ata el-Mulk Dshuveni, me llamó la atención hace poco, muy preocupado, sobre tamaña ignorancia, que le ocasionará dificultades, si no embarazo, cuando tenga que presentarnos al gran khan. Intenté tomármelo a broma:

—¡Pero si él tampoco tiene más nombre que Mangu!

Dshuveni me reprendió. Dijo que, aunque yo fuera lo que fuera, desde luego no soy un gengiskhanida. Y que sólo los descendientes de Gengis-khan tienen el privilegio de pasearse por el mundo con un único nombre, y está claro, porque el mundo les pertenece, y por encima de ellos sólo existe *tengri*, la bóveda celeste eternamente azul. Yo, en cambio, puedo enorgullecerme de tener hasta tres nombres, Roçer-Ramon-Bertrand, y lo mismo le sucede a Yeza: Isabelle-Constance-Ramona. En mi caso es evidente a quién debo agradecerseles, al menos los dos primeros: Parsifal se llamaba así, y Bertrand fue un capricho de mi madre, según me ha dicho Gavin, aunque no me explicara nada más. En el caso de Yeza todo es más complicado, como de costumbre. Ramona tal vez sea un indicio de que desciende de la estirpe de los Trencavel, aunque ello no signifique que seamos hermanos, ni siquiera medio hermanos. Yo no desearía la ausencia de este aspecto fraternal en nuestra relación; es posible que nuestra recíproca pasión carnal tenga algo que ver con el hecho de que, en el fondo, no deberíamos caer en ella. Es una unión que tal vez

me valga algún día el nacimiento de un primogénito, pero, desde luego, tampoco querrá decir por fuerza que pertenezco a una dinastía notable.

En cualquier caso, nuestros apellidos deberían hacer mención del nombre «Trencavel», aunque sólo sea para que no se extinga la familia de los defensores del Grial. Además, también se afirma que llevamos sangre de los Hohenstaufen, aunque no me gustaría llamarme «von Hohenstaufen»: antes preferiría apellidarme «d'Hauteville», como Constanza, la madre normanda de Federico. Pero también desearía hacer honor al Montségur. ¿Qué te parecería «du Trencavel du Haut Ségur»? Si va precedido del título de «príncipe», podría hacerme llamar, mientras sea joven, sólo «príncipe», y más adelante «señor». El año que viene alcanzaré la mayoría de edad, si mis cálculos son correctos. ¿Quién me nombrará caballero? ¿Y la «princesa Yeza»? Ella sería la princesa Trencavel. Por otra parte: ¿por qué no eternizar también a la *Prieuré* en nuestros nombres? Podríamos añadirle «du Mont» al apellido de Yeza, de modo que, a pesar del parecido, exprese cierta diferencia respecto del mío. El viejo Turnbull se llamaba así; él tampoco sabía a ciencia cierta de dónde procedía. Si esto no le gustara a mi *damna* —cosa siempre posible—, podríamos intercambiar los apellidos. ¡Hazme saber tu parecer! En cualquier caso, a partir de ahora te llegarán noticias de parte de R.T., lo que significa: Roç Trencavel.

La primera de estas noticias es que han puesto en escabeche a Maluf; lo han metido en un tonel para que al menos se mantenga fresco si, debido a su autoconsumo, no aguanta el viaje hasta Karakorum para ser entregado al gran khan. La segunda noticia es que nos hemos encontrado con el *maître* Buchier. Le han encargado la construcción de un árbol surtidor, del que deberán manar cuatro bebidas diferentes durante los banquetes del gran khan, quien, al parecer, siempre se lamenta de que las cubas y botas de las que sus criados llenan las jarras queden tan a la vista. Al estar cerca, se encharca la entrada a la tienda donde se celebra el banquete, y si, para evitarlo, instalan las cubas demasiado lejos, a los criados les lleva demasiado tiempo traer la bebida que él desea; y si corren se les derrama la mitad por el camino. La tarea que el propio Mangu ha encomendado al maestro consiste en instalar un sistema de tubos que confluyan en un punto, trasportando por una parte el vino, por otra la leche de yegua fermentada, en tercer lugar el aguamiel, y en cuarto el vino de arroz, todo ello en cantidad suficiente cada vez que le apetezca alguna de esas bebidas, de modo que sólo haya que sostener la jarra y esperar a que se llene. El *maître* Buchier ha diseñado un árbol con unos tubos de aporte que entran por las raíces, suben por el interior del tronco y en seguida se abren, formando cuatro brazos de plata pura. De modo que el árbol tiene cuatro ramas que se extienden a los cuatro puntos cardinales y que, al final, se bifurcan de nuevo, de modo que sean doce los criados que puedan llenar las jarras al mismo tiempo. Unas hojas de plata adosadas a los extremos de las ramitas sirven de espitas, y si se derrama algo es recogido en unas escudillas de plata que también tienen forma de hojas. Cuatro serpientes de oro se enroscan en el árbol y sirven de apoyo a los ramales suspendidos. A través de sus

cuerpos, los caldos recogidos en las escudillas regresan al tronco, donde confluyen en unos recipientes de los que pueden beber los criados y el pueblo llano. Estos recipientes tienen forma de leones tumbados al pie del árbol, en el centro de cuya copa se alza un ángel con una trompeta de oro. Y aprovechando la parte trasera de los leones, el maestro ha previsto entre las raíces un hueco lo suficientemente amplio como para que pueda sentarse allí un hombre acurrucado. Desde ese hueco asciende un varillaje a lo alto y acciona el brazo del ángel, para que se lleve la trompeta a la boca. Otro tubo más fino comunica, a través del árbol y del cuerpo del ángel, el hueco que hay en las raíces con los abultados labios de éste. Si el hombre oculto en el hueco sopla con fuerza por el tubo, arriba sonará la trompeta, y ésa será la señal para que los criados introduzcan más líquido en el sistema tubular.

—Habrà un sonido diferente para cada bebida. En un principio —me confiò el maestro Buchier— quise construir un ingenio mecánico a base de fuelles, pero no producían un soplo lo bastante intenso.

—¿A lo mejor se debilitaba a medida que ascendía? —comenté, haciendo gala de mis conocimientos.

—Es muy posible —dijo el maestro, confirmando mi acierto—. Ahora bien, me gustaría crear para cada mensaje del senescal un tono distinto.

No quise parecer petulante, por lo que disfracé mi sugerencia de pregunta:

—¿Quizá esto pueda lograrse incorporando al sistema el otro brazo del ángel y dotando al instrumento de varios orificios, que se cubrirían de forma diversa conforme se deslizara el fluido por su mano?

—*Magnifique*^[299] —me alabó el maestro—. ¡De este modo incluso podría tocar melodías! —Me abrazó—. *Prince Roç, mon cher Trencavel*^[300], es una pena que el destino os tenga reservadas tareas más excelsas. ¡Me encantaría poder trabajar con un *esprit comme le vôtre!*^[301]

—Si pudierais solucionar el problema de los sonidos de la trompeta con un solo brazo —yo estaba embalado—, es decir, mediante un codo articulado y variando los ángulos de la posición del instrumento en relación al cuerpo, entonces la otra mano quedaría libre para tocar unas campanillas, con las que el ángel podría anunciar la llegada de las diferentes bebidas.

—¡¿Y por qué no hacerlo bailar sobre una pierna?! —se divertía el maestro—. *Mon Prince*^[302] y ¡olvidáis que allá abajo no se sienta vuestra alteza, sino un simple mongol! No cabe duda de que se emborracharía de pura desesperación y lo liaría todo.

—Es una pena —opiné— que la necesaria sensatez siempre acabe perjudicando las grandes obras. ¿Tal vez podríais ampliar ese hueco para que puedan alternarse allí dos mongoles menudos en el soplo de la trompeta, es decir, para que puedan soplar y tocar las campanillas?

—Dejadlo de mi cuenta, maestro —me despidió *monsieur* Buchier con una sonrisa—. Ahí llega vuestra *damna*, y no creo que esté dispuesta a compartiros con

un ángel.

Yeza no entró en la renegrida *yurta* del platero, sino que envió a su «caballo» Orda para comunicarme que el señor Dshuveni nos aguardaba con impaciencia.

La aparición de aquel centauro femenino provocó las delicias de mi sombra, Omar, que permanecía apostado delante de la *yurta*, siempre pendiente de mis andanzas. El muchacho se incorporó con diligencia, pero ella no se privó de entrar por sí misma en la oscura cueva y hacerme llegar el mensaje personalmente. Es casi seguro que también querría echar un vistazo al taller, al árbol de plata y al famoso maestro. Se demoró en su contemplación, quizá para torturar al pobre Omar, que la esperaba anhelante en el exterior de la tienda, pues tan sólo cuando Yeza y yo vamos juntos a algún lugar tiene él ocasión de poder trabar conversación con Orda. Están obligados a seguirnos a todas partes, siempre a tres pasos de distancia.

Dshuveni nos confió que el general Kitbogha había accedido a aceptarnos, a mí y a mi amigo y protector Omar, en el séquito personal del gran khan, dados nuestros extraordinarios méritos. Ha sido el jefe de nuestra centuria, Kito, quien lo ha propuesto. Yo no me alegré, pues significaría trasladarnos en breve a Karakorum, la capital, y tendría que separarme una vez más de Yeza. Seguramente Kito lo ha maquinado así para quitar de en medio a Omar, su rival en la pugna por los favores de Orda.

Tampoco Yeza lo aceptó:

—Apreciado señor oficial ayudante —le opuso con voz irritada, pero firme—, no creo que el poderoso soberano de todos los mongoles, el khan de todos los khanes, haya ordenado rescatarnos a nosotros, la pareja real, de Alamut, donde residíamos bajo la protección del *imam*, ¡para disponer después que el príncipe Roçer-Ramon-Bertrand Trencavel du Haut-Ségur forme parte de su séquito personal! Si vamos a Karakorum, aceptaremos hacerlo como vasallos suyos, para rendirle homenaje y para disfrutar de su hospitalidad en la corte. Por supuesto, lo haremos juntos, pues nada somos el uno sin el otro. Y deben acompañarnos Orda y Omar, a quienes amamos y apreciamos.

Mi *damna* se había encendido con el discurso; en el fragor de la emoción a mí se me habría ocurrido algo muy diferente al hablar de la Rosa y del *imam*. Pero Dshuveni no parecía dispuesto a renunciar tan fácilmente a su proyecto, aunque se mostró comprensivo y resaltó que servir en el séquito del gran khan constituye un honor, que yo tendría el cargo de oficial y que sin duda Yeza sería admitida en la corte con su doncella, del mismo modo que yo con mi escudero. Y, al ver que Yeza no quería ceder, dejó caer enseguida la máscara benévola y le preguntó en tono hiriente:

—¿En representación de qué país queréis honrarle, dónde están vuestros tributos, dónde los regalos? —No pretendía mofarse, pero sus palabras eran ofensivas.

Yo pensé en mi fuero interno que jamás pondría el Grial a los pies del gran khan, pero fue Yeza quien le devolvió el golpe:

—El regalo somos nosotros. —Con estas palabras abandonó furiosa la *yurta* de Dshuveni, seguida de Orda. A mí no me quedó entonces más remedio que decir:

—Aunque vuestro ofrecimiento me honre, no puedo aceptarlo. Nuestro destino no puede limitarse a servir en el séquito del gran khan, por mucho que me gustaría proteger su vida con la mía. De modo que desechad vuestra idea ¡y dejad que el propio señor Mangu decida nuestra suerte!

Le hice una seña a Omar y partimos de allí. Pero yo seguía convencido de que Dshuveni no se daría por vencido, porque su orgullo se lo impide. Está empeñado en conducirnos ante el máximo soberano para vernos postrados a sus pies como un botín recién conquistado, o al menos como unos bárbaros victoriosamente sometidos. Pero lo que me aterrorizó fue el repentino recuerdo del juramento de la Rosa.

Mi querido William, como no estoy seguro de que nadie lea en secreto estas cartas, quiero contarte un cuento del que espero captes el sentido.

En un lejano jardín lleno de rosas reinaba el rey Dragón, quien odiaba y temía al emperador del cielo eterno por haberse llevado como rehén a su hija Dragane, cuando aún era una niña, y por haber invitado después al desamparado rey Grial de Occitania y a su esposa, la reina Grailinda, a que huyeran de la rosalada y se refugiaran con él, el poderoso soberano del cielo. De ahí que el rey Dragón hiciera jurar a catorce de sus caballeros más insignes que irían al cielo y matarían a aquel emperador. Si no cumplían su misión, no podrían volver jamás junto a él, su rey Dragón.

El rey Grial y su esposa, Grailinda, vagaban en su huida por aquellas extensas tierras. Escalaron una montaña y encontraron en una cueva un precioso tesoro que Alí Babá y sus cuarenta ladrones habían escondido allí. Cuando los malvados ladrones encontraron al pobre Grial y a su reina Grailinda en la cueva, quisieron asesinar a ambos. Un caballero solitario acudió en su ayuda: era Tundri, hijo del emperador, a quien éste había enviado para recibirlos. Pero una sola espada de poco sirve frente a tantos ladrones. De repente, y en el momento de mayor peligro, aparecieron catorce caballeros ocultos bajo sus capas y lucharon fieramente contra Alí Babá y sus cuarenta hombres. Todos los bandidos murieron, y de los catorce valientes sólo uno quedó con vida: Drake, hijo del rey Dragón, cuyo nombre sin embargo sólo conocían el rey Grial y su esposa, la bella Grailinda, a quienes también Tundri había revelado su propia identidad. Los hijos de los padres enfrentados, Drake y Tundri, no se conocían, y el rey Grial tampoco los presentó, lo que no impidió a los tres caballeros que allí se vieron reunidos y salvados cerrar un pacto de sangre. El rey Grial, el príncipe Drake y el príncipe Tundri juraron servir a la hermosa *damna* Grailinda, y cabalgaron juntos hacia el imperio del cielo eterno.

Pero el emperador seguía reteniendo a la hija de Dragón, Dragane, hermana de Drake, como rehén en su corte. Se había convertido en una belleza, y estaba

prometida a Tundri.

El emperador del cielo eterno, regocijado por la llegada de la pareja real Grial y Grailinda, envió a su encuentro unos mensajeros, quienes les comunicaron que el emperador se felicitaba por poder ver pronto a sus amigos a su lado. Quería recibir a Grial como a su propio hijo, y a la reina Grailinda como a una hija. Entonces el rey Grial se asustó terriblemente, pues recordó que los catorce caballeros de la rosaleta habían jurado acabar con el emperador. El príncipe Drake, a quien nadie conocía en el cielo, era uno de ellos. Seguramente, pensó Grial, sólo me ha salvado de las garras de Alí Babá para poder acudir conmigo ante el emperador, al que hasta ahora no hemos visto. Sentado entre el soberano y yo, le resultará fácil sacar la espada y clavársela en el corazón. Aunque después los ángeles lo descuarticen, habrá logrado su cometido. A mí y a mi esposa Grailinda nos amargarán la existencia, pues todos me reprocharán que el emperador hubiera aceptado a esa víbora en su seno solo para agradarme.

El rey Grial pensaba estremecido en lo que son capaces de hacer los ángeles, y en particular los arcángeles, y ya se veía en la boca del infierno, en el purgatorio, un destino que sería inevitable si entraba en la corte acompañado de Drake. No serviría de nada pedirle explicaciones. Aunque le prometiese a Grial no alzar jamás la mano contra el emperador, Grial no podría estar seguro de que no fuese una mentira. Tampoco podía entregar al príncipe Drake a los ángeles, por el pacto que habían cerrado los tres.

Una noche, cuando la conciencia remordía con especial crueldad al rey Grial, entró en su tienda el príncipe Drake y le dijo:

—Querido hermano Grial, el emperador de este país, a quien no deseo ningún mal, tiene prisionera a mi hermana Dragane. Ayúdame a liberarla, y regresaré con ella a la rosaleta para devolvérsela a mi padre, el rey Dragón. Así mi viaje se habrá visto coronado por el éxito.

El rey Grial meditó largamente, pues no creía que hubiese cambiado de parecer y seguía convencido de que Drake sólo quería aprovecharse de él para entrar en palacio. Finalmente, respondió:

—Sólo podremos hacerlo, hermano, si adoptas el vestido de los arcángeles, muy similar al de los templarios. Ponte una larga túnica blanca con una cruz roja, y colócate el yelmo; entonces podrás estar seguro de no tropezar con resistencia alguna. Así podrás raptar a tu hermana, y ella te seguirá gustosa.

—Así pues, llévame a palacio —le pidió Drake, pero Grial le explicó que debía esperar en una tienda, ante las puertas, hasta que la reina Grailinda lograra sacar en secreto de allí a Dragane. El príncipe Drake se dio por satisfecho y le agradeció con palabras expresivas su buena disposición.

El rey Grial aceptó la invitación del emperador, y cabalgó con Grailinda y Tundri hasta su palacio, disculpando la ausencia del amigo y salvador. Afirmó que el príncipe Drake no se encontraba bien, y que los seguiría transcurridos unos días para

ocupar gustoso un puesto de honor junto al emperador.

—Te diré en confianza —le susurró el rey Grial a Tundri— que padece del vientre, y su aliento apesta de un modo que lo avergüenza abrazar y besar al emperador como corresponde.

Al príncipe Tundri aquello le importó bien poco.

—En confianza te digo —repuso— que mi padre, el emperador, tiene a una rehén en palacio. Se llama Dragane, y yo deseo estrecharla cuanto antes en mis brazos, sin esperar a que mi padre disponga una boda fastuosa. ¿No podrías hacerle saber, tú o tu querida esposa Grailinda, que la espero una de estas noches, si es posible mañana mismo?

El rey Grial hizo como si tuviera que meditarlo, y después respondió:

—Te ayudaré con mucho gusto, hermano, pero para evitar confusiones u otras desgracias en la oscuridad, deberías acordar una señal con Dragane. ¿Qué te parece si le envías las mismas ropas que lleves tú? Lo mejor será que te pongas una larga túnica blanca con una cruz roja bordada, como la llevan los templarios. También deberías ponerte un yelmo, para que no te reconozcan los hombres de tu padre, pero tu amada deberá saber de inmediato a quién tiene delante. Una vez juntos podrás quitarte el yelmo, pues comprendo que molesta a la hora de cortejar.

—Tu idea me agrada mucho —respondió el príncipe Tundri—. También podría tocar el laúd, y no tengo mala voz. Dile que...

—No estoy seguro de que debas hacerlo —lo interrumpió el rey Grial—, pues podrías despertar a los ángeles. ¡Mejor será que le cantes quedo al oído cuando estéis a solas!

—Eres un buen amigo —dijo Tundri—. Voy corriendo a entregar la túnica para Dragane, y le enviaré un mensaje aclaratorio. ¡Ah, el corazón me estalla!

El rey Grial estaba avergonzado, pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Quería proteger al buen emperador —que lo amaba como a un hijo— de todo mal, y quería salvar la vida de su hermano de sangre Drake, que de otro modo habría estado perdido. También debía preservar de la desgracia a su persona y a su amada esposa, lo que nadie tendría derecho a reprocharle. Pero con ello destrozaría el lazo de amor entre su hermano Tundri y la encantadora Dragane. Querido William, sabrás cómo termina la historia cuando haya tocado a su fin.

Tu Roç.

P.D.: ¡Yo tampoco lo sé aún!

L.S.

VI

TRAFICANTES DE ESCLAVOS Y PIRATAS

Una soñolienta paz reinaba ese día de verano en el antiguo palacio episcopal de Constantinopla. Su último morador, el caprichoso Nicola della Porta, había fallecido hacía años, y el palacio de Calisto permaneció vacío hasta que un pariente suyo, Hamo l'Estrange, decidió tomar posesión de su heredad e instalar allí su residencia. Ya había pasado el mediodía, pero aún dormían casi todos en el amplio edificio situado sobre la colina que corona la ciudad junto al Cuerno de Oro.

El conde Hamo había pasado toda la noche con su criado Filipo en la cámara secreta del tesoro. Habían transportado los grandes arcones, aprovechando una rampa de mármol parecida a una ancha barandilla, hacia un almacén que podía cerrarse. Para terminar, al clarear el día había envuelto en un saco viejo una arqueta llena de monedas de oro; la cargó a lomos de un asno y salió al trote hacia la ciudad vieja. Al llegar al burdel que tan mala fama tenía, despertó a *monseigneur* Gosset y le entregó la arqueta, para que se la encomendara a su vez al «rey de los mendigos». Después fue a la taberna y observó con preocupación el puerto. Constató con satisfacción que la trirreme seguía anclada allí. A su regreso a palacio se echó a dormir, pues no quedaba nada que hacer hasta el atardecer, al menos para él.

Crean de Bourivan se había dirigido al puerto a última hora de la mañana, calculando que por entonces los piratas habrían tenido tiempo de despertar. Se hacía pasar por Mustafá ibn-Daumar^[303], mercader de Beirut, y le seguía un numeroso séquito. Estuvo inspeccionando detenidamente los barcos anclados e intercambió con algunos hombres unas palabras que hacían referencia a su «viaje de regreso con una preciosa carga», hasta que llegó a la trirreme.

La noticia de su presencia, que precedía al mercader como una nube que se expande irremediablemente, había sacado de la cama al capitán de los piratas. Envuelto en una bata demasiado suntuosa aguardaba al renombrado mercader en cubierta, dispuesto a no dejar escapar a un pez tan gordo. Éste aceptó la invitación y subió a bordo con sus hombres, sin prestar la menor atención al aspecto fiero de los individuos que por allí merodeaban. En cambio inspeccionó con ademán de experto el velamen y el estado de los remos. Pidió que le mostraran el camarote de popa, donde tenía previsto alojarse durante el viaje. Allí mismo había dormido hasta una hora antes el pirata, que se disculpó mil veces por el desorden. El señor Mustafá sonrió a la vista de algunas mujeres ligeras de ropa a las que el capitán, con gesto desabrido, hizo abandonar la revuelta cama. No tardaron en ponerse de acuerdo en el precio, habida cuenta de que el señor Mustafá insistía en comprar personalmente el vino y las provisiones necesarias. Afirmó tener un gusto refinado, y que le gustaba

asegurarse de que todos sus compañeros de viaje tuvieran también ocasión de comer y beber en abundancia durante la travesía. Eso alegró sobremanera al capitán, según afirmó una y otra vez, y resolvieron que la mercancía sería cargada aquella misma tarde. El señor Mustafá subrayó que tenía la intención de descansar antes de emprender viaje a primera hora de la mañana. Al partir le entregó al capitán un saquito de monedas como anticipo, y expresó el deseo de encontrar a su llegada a la tripulación al completo, para poder hacerles un obsequio. También eso agradó al capitán, aunque afirmó, un tanto avergonzado, que no era necesaria tanta generosidad. De modo que se separaron muy satisfechos, y Crean se aseguró de que nadie lo seguía mientras regresaba, dando vueltas y recorriendo vericuetos, al palacio de Calisto. Se echó a dormir en la tienda instalada en el jardín y recomendó a sus hombres que hicieran lo mismo. Pero puso dos guardias delante de la puerta del almacén donde se guardaban los grandes arcones.

Los perezosos mendigos durmieron al pie de los muros, al sol, y los ladrones en el salón grande.

El «rey de los mendigos» descansaba bajo el baldaquín de la lujosa cama del obispo, sin sospechar que tenía debajo una de las entradas a la capilla privada. Por razones de jerarquía había requisado para él la mejor habitación y estaba tan orgulloso del magnífico lecho, que jamás se le habría ocurrido mirar debajo. Si alguien le hubiera dicho que llevaba años repantigándose sobre tantos tesoros ocultos, tal vez le habría dado un ataque de apoplejía. De momento sólo experimentó un susto cuando acudió Gosset a despertarlo, comunicándole que Hamo había ido a verlo a primera hora —al parecer, procedente de la ciudad— y le había entregado una arqueta llena de monedas, para que aquella misma tarde veinte hombres elegidos por Taxiarcos, incluido él mismo, subieran a bordo de la trirreme escondidos en grandes arcones, con la orden de salir de ellos en cuanto escucharan una señal que estaba por convenir. El objetivo era asaltar a los piratas y hacerse con la nave.

—¿Que yo me meta en...?

—Así es —confirmó el sacerdote, sin poder reprimir cierta malicia en la sonrisa—. Hamo desea que dirijáis personalmente la empresa.

—¿Cuánto oro hay? —preguntó el «rey», todavía algo amodorrado.

—Tanto —afirmó Gosset— que seríais capaz de pasar, a cambio, una semana entera encerrado en uno de esos arcones.

Taxiarcos se despertó de inmediato. ¿De dónde habría sacado aquel muerto de hambre tanta riqueza?

El único que durmió toda la mañana y se perdió la comida, que no solía dejar escapar, fue William de Roebuk. El gordo franciscano seguía roncando, mediada la tarde, en el rincón de la cocina donde los criados de Crean lo habían depositado sobre un montón de sacos, entre mendigos y vagabundos. Eso era precisamente lo que

había pretendido Hamo cuando le administró el potente somnífero. El joven conde, para entonces ya convertido en un hombre rico, temía que William pudiera revelar la existencia del tesoro por una indiscreción. De ahí que procurara mantener cerrada la boca de su compinche hasta haber llevado a término con éxito su propósito. ¡Que, por supuesto, era muy distinto del que tramaban Crean y William! Sabe Dios que ya era bastante penoso tener que servirse del Taxiarcos y su pandilla de ladrones, ocultándoles cuánto había cambiado la situación. Por amistosos que se mostraran, sería muy propio de los *lestai* convertirse de la noche a la mañana en codiciosos lobos: en cuanto sospecharan el valor de los tesoros del todo desprotegidos que estaban al alcance de sus manos. De ahí que la idea de los arcones le pareciera doblemente genial. Ayudado por Filipino, había colocado viejas colchas y ropas usadas encima del oro, dotando a los arcones, por así decirlo, de un doble fondo. Si se introducía en cada uno un hombre armado del «rey», el sobrepeso no se notaría, y al mismo tiempo él conseguía que los ladrones trasladaran a bordo cuanto había querido llevarse de la cámara del tesoro. ¡El resto podían quedárselo Crean y William! El conde Hamo no dudaba de que el minorita, en cuanto tuviese oportunidad de hacerlo, trataría de encontrar el hilo perdido que conducía a la capilla episcopal. ¿Y por qué no? Aún le quedaba allí una buena propina al fraile.

William a su vez, sumido en sueños, había emprendido ya la búsqueda del ansiado tesoro. Las imágenes se fundieron de pronto, despejando todas sus dudas, y la solución se le figuró sencillísima. El palacio de Calisto no era otra cosa que una gigantesca alberca donde se almacenaba el agua para la ciudad situada junto al Bósforo. Así había sido concebido por Vitrubio. La capilla constituía el recipiente de compresión del sistema: un revolucionario, aunque fallido invento del ingeniero bizantino Nikonomenos, uno de los maestros del famoso Villard de Honnecourt^[304]. Tras la conquista de Constantinopla, el constructor emigró a la corte de santa Isabel de Hungría^[305], y la cámara, ya vacía de agua, fue decorada para convertirla en capilla. Una vez que William hubo constatado todos estos detalles —pues también en sueños cabe lamentarse de ciertos fallos y descuidos—, le fue muy fácil llegar al lugar de sus deseos. Saltó al tercer pozo —¿por qué no había descubierto antes la solución?— y emergió en un lago, en cuyo centro se alzaba un minarete con cuatro columnas de mármol que se entrelazaban antes de desaparecer en la techumbre de la gruta. Avanzó chapoteando por el agua, que le llegaba hasta las caderas, y llegó al zócalo de la torre; zócalo que cubría como una campana el desagüe redondo hacia el que confluía el agua. De la torre pendía un inmenso tonel, atado a una cuerda, que conducía hacia la escalera de caracol de mármol, donde colgaba una segunda cuerda unida al fondo del tonel. William lo hizo descender —al tiempo que su mano sentía cómo el otro extremo de la cuerda tiraba hacia arriba— hasta que el agua que bajaba borboteando empezó a llenar el recipiente. Tuvo que agarrarse con fuerza, pues en cuanto el tonel empezó a pesar más que él, su cuerpo salió despedido hacia lo alto. Voló por un agujero y aterrizó de un salto en medio de la cámara del tesoro del

obispo. ¡Estaba vacía! Hamo ya había arramblado con todo. Tamaña decepción habría podido incitarlo a despertar. Pero el somnífero actuaba aún con fuerza en sus venas, de modo que decidió considerar aquella cámara carente de ventanas y adornada hasta el techo con mosaicos dorados como un objetivo erróneo, y volvió a recorrer el camino, aunque esta vez correctamente. A fin de cuentas, Hamo se había lanzado al segundo pozo y había conseguido su objetivo. Entonces la mirada de William recayó en el suelo de mármol de la capilla y descubrió, en un delicado dibujo taraceado, la reproducción de la planta del palacio, con todos los accesos y corredores secretos, trazados allí con la mayor precisión. ¡Qué estúpido había sido! ¡No podía ser más fácil! Y se apresuró a caer de nuevo en un sueño profundo.

Por la tarde, a la hora convenida, se reunieron los ladrones con Gosset en el gran salón del palacio de Calisto. El «rey de los mendigos» seleccionó cuidadosamente a aquéllos en quienes se unía la habilidad con la falta de escrúpulos a la hora de vencer al instante a un enemigo e incluso de dejarlo seco al primer golpe. También debían caber en los arcones de Hamo. Los demás pasaron a engrosar el grupo de porteadores. Gosset los condujo uno a uno al sótano, donde Hamo y Filipo los metieron en los arcones y les explicaron, antes de encerrarlos, cómo abrirlos desde dentro. Cuando los tuvieron a todos colocados, entraron en acción los porteadores. Cogieron las pesadas cajas y las trasladaron al portal donde aguardaba Crean con sus criados, que cargaron el equipaje sobre las muías, ya dispuestas.

El «rey» volvió a alzar la tapa del arcón en que se cobijaba y advirtió al falso mercader:

—Cuidad, estimado señor, de que nuestros amigos los piratas se echen pronto a dormir, ¡pues no aguantaré mucho tiempo aquí dentro!

—Haré lo posible para que así sea —le aseguró Crean, y bajó la tapa.

La comitiva se puso en marcha. Hamo y Gosset se habían adelantado para esperar en la taberna la señal convenida. Tanto Taxiarcos como Crean le habían insistido al sacerdote para que evitara que Hamo, en su comprensible impaciencia, echara a perder el plan en el último minuto, poniendo en peligro las vidas de todos. Filipo seguía al mercader en calidad de criado; se le había encomendado una tarea muy especial. Llevaba dos barrilitos de exquisito falerno^[306], que Crean confiaba fuese del agrado del capitán y su tripulación, aunque no carecía de aditivos. El efecto rápido y seguro de ciertos insípidos polvos había sido contrastado ya el día anterior por el criado —confabulado para este fin con Hamo— a costa de William, pero esta vez añadió a uno de los toneles una cantidad menor de la dosis probada. A fin de cuentas, tampoco se trataba de que la gente durmiera durante toda la noche y el día siguiente. Para mayor seguridad, Filipo había añadido un antídoto estimulante al segundo tonelillo.

La caravana del mercader Mustafá ibn-Daumar, procedente de Beirut, avanzó dejando atrás la iglesia de San Jorge y el cementerio de los Angeloi, para descender hacia la ciudad vieja y llegar hasta el puerto.

William seguía soñando con el pozo, del que escapaba el agua hacia arriba a través de unas trampillas en el techo que se abrían y cerraban como las mandíbulas batientes de un cráneo. Se veía en una mazmorra inundada y sentía las huesudas manos de Barto atenazándole el cuello; la lívida e hinchada cara del ahogado soltaba una risa de chivo que lo hizo despertar de pronto con un sobresalto. Reparó en una de las rejas en la pared de las bodegas, a través de la cual Bartolomeo le alcanzaba, desesperado, unas cadenas de oro: «¡Te lo daré todo, hermano, pero sálvame!»

William volvió a cerrar los ojos y se dio la vuelta, con el deseo de ahuyentar a Barto de sus sueños. Una terrible blasfemia sacó al fraile definitivamente de la duermevela. Se encontró acostado sobre un montón de sacos viejos, y detrás se abría en la pared un negro agujero tapado con una reja. ¿Dónde estaba? Inmerso en un silencio festivo, su mirada vagó por la cocina, que le pareció familiar. Le retumbaba la cabeza. Poco a poco fue tornando a la realidad. ¿Acaso había estado durmiendo todo el día? Ah, ¡ese bellaco de Hamo!

Cuando William hubo abandonado, dando bandazos, la cocina y el sótano, se encontró con el palacio vacío. Hasta los perezosos mendigos habían volado.

El fraile, sosteniendo una farola de mano, subió corriendo al dormitorio, hasta la cama del obispo. Arrancó del lecho sábanas, colchas, plumones y mantas, apartó la paja del colchón y encontró en el fondo de la cama una palanca que abría la trampilla. La accionó, y avistó una escalera de madera, por la que descendió a toda prisa. A la luz de la farola descubrió enseguida que Hamo había hecho un buen trabajo. Pero había dejado algunas cosas: vestiduras de obispo, cálices, crucifijos y varios relicarios que, aunque vacíos, no carecían de valor. William regresó corriendo a la cocina y arrastró consigo los sacos sobre los que había dormido. Los llenó a reventar, cuidando de envolver las piezas más preciosas en estolas y túnicas, para evitar que se oyera el golpeteo entre metales y no se notasen demasiado los salientes puntiagudos. Así llenó un saco tras otro. Incluso cayeron en sus manos algunas alhajas que Hamo había pasado por alto y bolsas llenas de besantes de oro, escondidas bajo incensarios, pilas de agua bendita y custodias.

Después reparó en un anillo que le llamó la atención. Un gran camafeo rojo mostraba, artísticamente cincelado, el sello episcopal. El fraile, conmovido, deslizó el símbolo del mayor rango eclesiástico imaginable en el dedo anular de su mano izquierda. Consideró que le sentaba bien.

Como no le bastó con los sacos de la cocina, abrió las fundas de los plumones del lecho del obispo y acabó por anudar incluso algunas sábanas en forma de hatillos. Buscó la rampa que conducía al sótano y trabajó con denuedo para volver a trasladarlo todo abajo.

—*Assalamu aleikum!*^[307] —exclamó complaciente el capitán de los piratas cuando el esperado mercader subió a bordo—. ¡Sed bienvenido, noble señor, y considerad esta nave como si fuera vuestra, y a mí vuestro humilde servidor!

El largo saludo le permitió lanzar una rápida y codiciosa mirada a los arcones, que, cada uno a cargo de dos hombres, eran subidos uno tras otro a cubierta. Los hombres los depositaban con tal cuidado que al observador desprevenido debía de parecerle incalculable el valor del delicado contenido. ¡Veinte enormes cajas! ¡Por no hablar de los pequeños baúles, además de bolsas y sacos que seguramente contendrían los efectos personales del acaudalado caballero!

Mustafá ibn-Daumar chasqueó los dedos y su criado abrió una de las bolsas para remunerar a portadores y a muleros.

—Os mostraré lo que será vuestra morada durante el trayecto —le anunció orgulloso el capitán—. No la reconoceréis. —Con estas palabras pretendía acompañar a su huésped hasta la popa.

—Gracias —repuso el señor Mustafá—. Ya habrá tiempo para eso. Ahora deseo entregaros a vos y a vuestra tripulación un pequeño obsequio. —Y de nuevo fue Filipo quien se encargó de dar a cada uno un gran besante de plata. El capitán recibió una moneda de oro puro.

—¿Acaso hemos merecido tanta bondad? —exclamó, y es posible que por un instante fuera sincero—. ¡Vuestros deseos serán órdenes...! —Le pareció ésta la mejor forma de dar las gracias.

—¡También habrá tiempo para eso! —exclamó el señor Mustafá, generoso—. Ahora quiero invitaros a tomar un trago de bienvenida, tan excelente que estoy seguro de que el Profeta hará la vista gorda por una vez, ¡para que también yo pueda deleitar con él mi paladar!

Con un gesto le indicó a Filipo que se ocupara de abrir la espita del primer tonelillo. El rojo vino goteó del grifo; Filipo puso con gesto pícaro el dedo debajo y se lo chupó, bizqueando de placer. Sin duda, el capitán lo vio. Otros criados alcanzaron sus cuencos y lujosas copas para el mercader y el capitán.

Cuando todos estuvieron servidos, Mustafá ibn-Daumar alzó la copa y exclamó:

—¡Que los vientos propicios nos acompañen en la travesía! —Y tomó un largo trago. Nadie quiso irle a la zaga. El capitán replicó:

—¡Lejos de nosotros la tormenta, el calor y la enfermedad! —Y de nuevo bebieron todos. Entretanto, Filipo había colocado hábilmente la espita en el segundo tonelito. Rellenó las copas. El contenido del primero empezaba a surtir efecto, los hombres iniciaron una serie de bostezos, de modo que Filipo se apresuró. El mercader volvió a alzar la copa—. ¡Que Dios nos libre de templarios y piratas!

—¡Ah! —exclamó el capitán, y todos apuraron la segunda copa. De pronto, el capitán cayó encima del mercader, que se desplomó. Los piratas que habían

participado en el brindis empezaron a dar traspies y cayeron como fichas de dominó mal colocadas. Los pocos que habían rechazado el vino, o que se habían presentado más tarde, lo pagaron caro: los criados del mercader los apuñalaron sin piedad. Los arcones se abrieron, y Taxiarcos y sus hombres saltaron a cubierta e inspeccionaron la trirreme. No había rastro de Shirat, ni de ninguna otra mujer. Los piratas que dormían bajo cubierta fueron agrupados, pero no mataron a ninguno más, pues al señor Taxiarcos no le agradaba derramar sangre inútilmente. Encadenaron a la tripulación y la encerraron bajo la proa, aunque «el rey de los mendigos» apartó al capitán. Acostaron a Crean en el camarote, y Filipo corrió a avisar a Hamo y a Gosset. Después, el cabecilla de los ladrones se dirigió de puntillas al camarote de Crean.

—Si he entendido bien al caballero que se hace llamar Mustafá ibn-Daumar, pero cuyos criados son tan duchos con las dagas como los «asesinos» del «anciano de la montaña» —musitó con un susurro primero, pero alzando luego la voz tras cerciorarse de que el desmayo no era fingido—, la necedad merece ser castigada. —Mientras lo decía, acariciaba los anillos de Crean—. La malicia, en cambio, tiene su premio. Nuestro amigo el joven Hamo no tardará en ponerlos en un aprieto —añadió pensativo, dándole al dormido una palmadita en la mejilla, mientras alargaba la otra mano hacia el broche que adornaba el turbante de Crean—. Será mejor, mi señor, que sigáis dormido.

Taxiarcos echó un vistazo al camarote y descubrió lo que buscaba: un sencillo ajedrez de barco^[308], compuesto de un tapete con cuadros rojos y verdes y figuras provistas de una punta metálica en la parte inferior, para que ni el mar más encrespado pudiera volcarlas. Se lo guardó todo y se volvió una vez más hacia el dormido Crean.

—Me habría gustado serviros, señor —susurró—, pero el que paga, manda, y esta vez es el joven conde. —Se inclinó y salió del camarote. Una vez en cubierta, se dirigió a sus hombres—: ¡Traedme al capitán! —Lo arrastraron hasta allí como a un saco mojado, lo arrojaron boca abajo sobre la tapa del arcón más grande, y le ataron las manos y los pies a unas argollas clavadas en los maderos de cubierta. Las extremidades del pirata señalaban hacia cuatro direcciones diferentes y su cuerpo había quedado tan tenso que le era imposible moverse. Le arrancaron la camisa y descubrieron su espalda, pero si alguno creía que iban a azotar al capitán estaba equivocado. Le echaron agua fría por la cabeza, aunque no les hizo el favor de despertarse.

Hamo subió a toda prisa a cubierta, seguido por el ágil Filipo y el lento *monseigneur* Gosset.

Con la pregunta: «¿Dónde está mi esposa?» se abalanzó el conde sobre el capitán atado, pero éste no se movió.

—¡Quiero que lo despertéis —bramó, fuera de sí—, o lo despertaré yo por última vez en su vida, a golpes!

—El somnífero es más fuerte que él, habrá que esperar —le explicó «el rey de los

mendigos».

—¡Pues yo no estoy dispuesto a esperar más! —aulló Hamo ensañándose con la nuca del pirata, quien gimió sin recuperar la conciencia—. ¿Dónde está Shirat?! ¿Dónde está mi hija? —jadeó Hamo mientras arrojaban al capitán otro cubo de agua fría en la cara—. Te mataré...

—¡En ese caso, no os enteraríais de nada! —le hizo ver Taxiarcos, y lo empujó suavemente a un lado—. Dejádnoslo a mí y a Gosset, y ocupaos de que vuestro amigo, el rico mercader Mustafá ibn-Daumar, también despierte, pues de no ser así, el noble ismaelita amanecerá mañana aquí.

Filipo se ocupó de conducir a su amo a popa.

—¡Llamadme en cuanto ese criminal abra la boca! —le gritó Hamo a Taxiarcos antes de desplomarse en una silla del camarote y esconder el rostro entre las manos.

«El rey de los mendigos» mandó traer dos banquetas e invitó con un gentil ademán a su «asesor», *monseigneur* Gosset, a tomar asiento frente a él.

—Queda un asunto por dilucidar —dijo, haciendo alarde de una gran tranquilidad y extendiendo el paño con los escaques de ajedrez sobre la desnuda espalda del pirata atado.

—Adelante —repuso Gosset—, siempre he sabido daros una respuesta.

—No —replicó Taxiarcos, y empezó a clavar las figuras del juego en la espalda cubierta por el paño del capitán, que yacía entre ellos sujeto sobre el arcón. El pirata se encogía cada vez que penetraban las agudas puntas de las figuras en su carne, pero no dio muestras de experimentar conscientemente ningún dolor—. ¡Juguemos!

Terminó de colocar las piezas y Gosset lo miró con aire inquisitivo.

—Decidme antes quién vencerá: ¿el ganador o el perdedor?

«El rey de los mendigos» avanzó dos casillas su peón de rey.

—Nos hemos hecho tan amigos, *monseigneur* —afirmó mientras realizaba la jugada— que nada nos impide intercambiar nuestras opiniones.

Gosset replicó a ese primer movimiento con un salto de su caballo de dama. Su contrincante asintió.

—Lo que sólo tiene sentido, estimado Taxiarcos, si la opinión más acertada se traduce después en hechos —opinó Gosset, queriendo tantear el terreno.

—Cierto —repuso «el rey de los mendigos», a la vez que hacía avanzar cuatro casillas al alfil de rey—. Por tanto, debemos admitir que no hay sitio para los dos aquí, en el Cuerno de Oro, a la cabeza de esta banda.

—¿Me queréis tomar el pelo? —inquirió *monseigneur* Gosset con una sonrisa forzada—. Sabéis que a esa apertura la llaman el «mate del pastor» y que conduce a un rápido final.

—Jaque mate en cuatro movimientos —corroboró Taxiarcos—. Uno de nosotros dos debe, o largarse al infierno, o hacerse con el mando de esta trirreme.

—¡Decid vos lo que preferís! —rogó Gosset, irritado, a su compañero—. ¡Yo os seguiré el juego! —Con estas palabras hizo avanzar una casilla a su peón de dama.

—¡De eso se trata, precisamente! —exclamó «el rey de los mendigos»—. De una vez por todas, quiero volver a jugar yo solo, cometer mis propios errores...

—Ya habéis cometido uno —dijo Gosset acentuando la dulzura de su tono, y Taxiarcos echó bruscamente mano de su dama— cuando aceptasteis capitanear este barco a las órdenes de un joven tan exaltado.

Taxiarcos llevó su dama tres casillas más allá. Gosset renunció a la defensa y colocó su peón de rey de manera que no molestara, dos míseros pasos adelante. Complacida, la reina roja se comió al peón verde del alfil de rey.

—¡Jaque mate! —exclamó «el rey de los mendigos»—. Sirva yo a quien sirva, él ha tropezado ya con su maestro.

—Yo carezco de semejantes ambiciones, Taxiarcos —repuso *monseigneur* Gosset, casi con tristeza—. Administraré lo mejor que pueda vuestra heredad, pero os echaré de menos.

Taxiarcos cogió su reina, se comió al rey verde e introdujo tan profundamente la punta de la pieza en la carne del pirata, que le hizo soltar un grito.

—¡Ajá! —rió—. ¡Avisad al conde! Mi antecesor quiere aliviar su conciencia.

Después pidió que le trajeran una antorcha, sostuvo su puñal sobre la llama, esperó a que apareciera Hamo, y le introdujo al capitán lentamente la hoja afilada y ardiente a través del pantalón en el trasero, hasta que gritó de dolor.

—¿Dónde está la dama que encontrasteis al mando de este barco, con una criatura de pecho?

El pirata apretó los dientes y gruñó:

—¡Id al diablo!

Hamo le tiró del pelo.

—¿Qué habéis hecho con Shirat? ¿Vive? —preguntó—. ¡Responded! —Alzó la cabeza del pirata para mirarle a la cara, pero éste le escupió.

—Ya me ocuparé yo de que hable —dijo «el rey de los mendigos». Y volvió a introducirle el cuchillo ardiente en el trasero, aunque esta vez más cerca del centro. La tela humeaba, apestaba, y a todos les pareció oír el chisporroteo de la carne abrasada.

—En cuanto se llega a los huevos, todos cantan —consoló Gosset al pirata, quien, aullando, chilló:

—Como si me perforáis el culo, ¡lo único que soltaré es un pedo!

Taxiarcos volvía a calentar el cuchillo en la llama cuando se le acercó uno de sus hombres.

—Uno de los prisioneros es tan insolente que ha habido que encadenarlo a una bola de hierro. ¡Y tiene el desparpajo de decir que no es pirata, sino franciscano!

—¡Lorenzo de Orta! —exclamó Hamo—. ¡Traédmelo aquí enseguida!

Los hombres del «rey de los mendigos» acudieron bajo proa, donde los

prisioneros se arracimaban como sardinas en lata, y sacaron al pequeño minorita. Como no había conseguido probar el vino, estaba despierto, aunque pálido y consumido. Dos hombres tuvieron que arrastrar la bola de hierro junto con la cadena que le habían sujetado al tobillo, mientras uno llevaba al débil Lorenzo en brazos. Gosset le cedió sin más su asiento y Hamo se abalanzó sobre el fraile.

—¡Decidme lo que ha sucedido! ¿Dónde está Shirat?

—Vive —repuso Lorenzo—. ¡Pero dadme primero un trago de vino!

Filipo se apresuró a servirle un vaso del «tonel estimulante». Lorenzo lo apuró de un trago y estiró la pierna para que los hombres de Taxiarcos, provistos de cincel y martillo, pudieran liberarlo del hierro que lo atenazaba.

—Nos asaltaron de noche, en cuanto salimos del puerto, entre las brumas de la costa. —Lorenzo miró lleno de odio al capitán, a quien «el rey de los mendigos» seguía asediando con el puñal ardiente. El torturado cabeceaba como un poseso.

—Aún estáis en condiciones de sernos útil, hijo mío —lo consoló Gosset—. ¡Después no valdréis más que el cuesco prometido!

—Nos cogieron prisioneros —prosiguió Lorenzo a quien se le atropellaba la voz—. Yo me salvé gracias a mi tonsura y porque me encontraron cuando ya había terminado la escabechina, después de la cabezada que echaron para descansar de aquella orgía de sangre.

—¿Qué pasó con Shirat? —insistió Hamo.

—Volví a verla una sola vez —susurró Lorenzo, como si se avergonzara de su testimonio—. Fue cuando abandonaba el camarote del capitán, después de navegar muchos días por delante de la costa de Asia Menor, donde la entregaron a un traficante de esclavos.

Había bajado todavía más la voz, rehuendo la mirada de Hamo.

—Este cerdo ha... —Hamo le arrebató el puñal a Taxiarcos, pero Gosset se interpuso y evitó que Hamo se abalanzase sobre el pirata—. ¿Y la niña, y mi hija? —imploró el conde.

—La niña —balbució Lorenzo en el instante mismo en que saltaba de su tobillo la anilla de hierro tras los últimos martillazos—, ah, pues la llevaba consigo. —Musitó—: Tengo que beber algo, estoy mareado. —Tiró a Taxiarcos de la manga—. Ahora llevadme a tierra, para que...

Se interrumpió al ver llegar a Crean con sus criados.

«El rey de los mendigos» preguntó:

—¿Se conocen los señores?

Crean asintió cansado, y Taxiarcos prosiguió:

—Entonces podrán irse juntos al palacio y descansar unas horas. —Dirigió una mirada severa a Hamo, que seguía frente a Gosset como un toro a punto de embestir y sin dar muestras de querer dejar en paz al capitán—. Habrá que retrasar un poco el momento de hacernos a la mar.

Crean se mostró de acuerdo. Estaba agotado. Quiso ayudar a Lorenzo, que tiraba

de Taxiarcos en dirección a la rampa. Mientras bajaban, el franciscano le susurró al oído:

—El capitán arrancó a la niña de los brazos de la joven madre y la arrojó al mar, porque el traficante no la quería. Me faltó valor para decírselo a Hamo.

—¿Crees que habrá podido salvarse? —preguntó Crean.

—Tal vez —repuso Lorenzo—. Estábamos cerca del puerto, y en la orilla había unas mujeres lavando ropa.

—Entonces dejaremos las cosas como están —decidió Crean—. La habrán entregado a quien pueda criarla.

—Sabe Dios —dijo «el rey de los mendigos»— que ese pirata no se merece una muerte rápida, aunque desearía perderlo de vista cuanto antes.

—¿Y qué hacemos con la tripulación? —preguntó Crean.

—Pasarle revista y quedarnos con quien pueda sernos útil.

—¿Y el resto?

—Compartiré la suerte del capitán, con el que, una vez en alta mar, daremos gusto a los peces. —Al decirlo, Taxiarcos no reía, pues era un hombre serio.

—Mañana nos veremos —dijo Crean, exhausto, pero confiado—. Mis criados pueden quedarse aquí, aunque habrán de recogerme temprano; Filipino nos acompañará para guiarnos.

—Muy bien —dijo Taxiarcos, e hizo llamar al criado.

Los tres desaparecieron entre las brumas del puerto, y Taxiarcos regresó a cubierta. Envió a Hamo al camarote de popa.

—Ahora os echaréis a dormir, mi dueño y señor, pues mañana...

—¡Esta misma noche —lo interrumpió Hamo— llevará anclas mi trirreme y partiremos rumbo a... Armenia!

—¿Y la embajada que debe ver al gran khan de los mongoles?

—Me importa un rábano —le soltó Hamo con aire severo—. Y mi capitán no volverá a plantearme esa cuestión, ¿entendido?!

—¡A vuestras órdenes, Hamo l'Estrange! —repuso «el rey de los mendigos» con cierta sorna.

Hamo le cogió la mano.

—Debo poder confiar en vos, Taxiarcos.

—¡Entonces tratadme como a un amigo!

—¿Me ayudaréis a encontrar a mi esposa Shirat y a mi hija?

—Lo haré gustoso, pero confiad en mí y dejadme adoptar las medidas que juzgue más adecuadas.

—Sois mi capitán, dirigiréis este barco... decidme qué pretendéis.

—Permitid que Gosset resida en el palacio de Calisto mientras faltemos de Constantinopla; difícilmente encontraréis mejor administrador.

—Con mucho gusto —repuso Hamo—. ¿Algún otro deseo, capitán?

—¡Que os vayáis ahora mismo a la cama, Hamo l'Estrange!

Hamo se retiró sin dedicar ni una mirada al encadenado capitán. Taxiarcos se dirigió a Gosset.

—Ahora debemos despedirnos. Hamo os ha nombrado mayordomo mayor del palacio de Calisto. Así sabré dónde encontrar a un amigo si regreso algún día.

Se abrazaron, y Gosset se perdió entre las sombras del puerto con los ladrones que no acompañarían a Taxiarcos. La trirreme flotaba apacible, pero sus amarres crujían y gemían como un animal salvaje que aguarda impaciente el momento de dar el salto.



Crónica de William de Roebruk, Constantinopla, en la festividad de san León I^[309], 1253 d.C.

Cuando Crean y Lorenzo llegaron al palacio de Calisto, el prolijo informe de mi cofrade distrajo mi atención. Aún no barruntaba yo nada de la partida de Hamo, aunque sabía ya que había tenido la prudencia de subir sus tesoros a bordo de la trirreme. Mi parte, guardada en cuatro sacos, está en lugar seguro, y nada tiene que temer, y mucho menos si vuelve Hamo. El hecho de que hubiera ordenado el regreso de su criado con los otros dos, me confirmaba que todo estaba en regla. Pero cuando apareció en palacio *monseigneur* Gosset, ya avanzada la noche, y mencionó como de pasada que Hamo lo había nombrado administrador durante su ausencia, la situación me dio mala espina, pues navegar hasta Crimea y volver y, si se me apura, remontar el Don y después descender por él, no representa más que un paseito para una nave tan veloz como la trirreme. Desperté a Crean, que se enfadó mucho. Interrogamos a Gosset, y respondió muy tranquilo:

—Ah, veo que los señores no parecen haberse puesto de acuerdo. El joven conde se ha decidido por Armenia, y no por Crimea, lo cual es comprensible, aunque desde luego parece más fácil encontrar una aguja en un pajar que a una joven esclava en los mercados de Oriente.

Gosset quiso retirarse al dormitorio del obispo, que ahora le correspondía a él. Pero Crean lo retuvo.

—¿Dónde están mis criados? —preguntó, suspicaz.

—Se habrán quedado en la nave —repuso Gosset, meneando la cabeza—. ¿Por qué no los habéis traído con vos, Mustafá ibn- Daumar?

—Porque estaba demasiado aturdido, *monseigneur*, a causa de esa bebida infernal que, en mi deplorable ingenuidad, bebí voluntariamente. —Crean no dejaba de sacudir la cabeza, furioso consigo mismo—. ¿Ha partido ya la trirreme?

—Yo mismo la despedí —replicó *monseigneur* Gosset, como si se tratara de consolar a los rezagados.

—Hamo nos ha engañado —constató Crean, furioso—. Primero tuve que sacarle las castañas del fuego... ¡y ahora tendremos que apañárnoslas solos para llegar a

Mongolia!

—¡Ah, Crean! —quise apaciguarlo—. Tienes que entenderlo, ¿qué puede importarle a Hamo la suerte de Roç y Yeza cuando se trata de salvar a su propia sangre?

—Si todos pensáramos así —gruñó Crean—, podríamos enterrar ahora mismo «el gran proyecto». Jamás habrá un reino de la paz^[310] en la Tierra si nadie se sacrifica.

—Muchos se sacrifican —dijo Lorenzo con un deje de acritud—. Pero cada cual defiende sus propios intereses. Tú, Crean, por ejemplo, cuando dices «nosotros» sólo piensas en los «asesinos».

Aquello me pareció excesivo.

—Y tú, Lorenzo, que metiste a Hamo en este embrollo, aunque no creo que quisieras que perdiera a su esposa e hija, actúas en nombre de la *Prieuré*, que carecerá de toda razón de ser si no tiene en sus manos la baza de los niños. Ésa es la razón y no el bien de Roç y de Yeza, de que debemos viajar a Karakorum y arriesgar nuestras vidas para liberarlos. Yo al menos lo hago porque los quiero, y sólo a condición de que verdaderamente no les guste permanecer allí.

—¡Los secuestraron de Alamut! —se indignó Crean.

No renuncié a encararme también con él.

—No les preguntasteis si les agradaba vuestra compañía, tal vez no desearan permanecer en la Rosa.

—Esta pelea no tiene objeto —sentenció Lorenzo con toda la razón—. Lo sabremos por sus bocas, que ya no son las de unos niños, cuando por fin consigamos reunimos con ellos. Aún nos separan miles de millas...

—Y nos faltan los medios para emprender el viaje —arguyó Crean, alicaído.

Me callé el hecho de que sí se disponía de tales medios, y me limité a decir:

—Pero tenemos, en cambio, la carta y los sellos del rey, un poder y cartas credenciales para el gran khan, y por fin estamos todos: tú, Lorenzo, viajarás representando al hermano Bartolomeo de Cremona; tú, Crean, como el sacerdote *monseigneur* Gosset, y a Filipo nos lo llevamos como criado.

—Sólo falta el intérprete prometido —adujo Lorenzo— que debía haberse reunido con nosotros aquí, en Constantinopla.

—No es lo que más me preocupa —le advirtió Crean—. Lo importante ahora es que partamos cuanto antes. Gavin, que quería despedirnos, hace tiempo que debería haber llegado. ¡Odio perder el tiempo!

—Si tú, Crean, puedes pagar tus gastos, y Gavin abre la bolsa de los templarios para mantener a Lorenzo, yo me podré ocupar de mi persona y de mi criado Filipo —aclaré, muy sereno—. De modo que no hay nada que impida ya la puesta en marcha de nuestra embajada. Ahora nos conviene irnos a dormir.

—*Al lâna*^[311] —maldijo Crean, lo que no era habitual en él—. ¡Mi tienda, mis almohadones y mantas, todas mis posesiones se han quedado en esa trirreme del demonio!

—Bueno, *mon cher*^[312] Crean, así podrás habituarte a la ascética vida del misionero. ¡Que descanséis! —dijo Lorenzo, bastante animado.

También yo me retiré con un «¡Buenas noches, hermanos!», al sótano, a echarme a dormir encima de mis sacos.

Constantinopla, en la fiesta de san Juan^[313]

El señor preceptor Gavin Montbard de Béthune nos hizo esperar allí bastantes días, una espera que, no obstante, tuvo algo de provechosa. Convencí al mayordomo mayor de que, estando obligado a la *Ecclesia catolica* por un juramento irrenunciable, tenía el deber de liberar a nuestra salamanquesa nocturna Barto, o mejor de trasladarlo a un terrario más práctico, como el pabellón del jardín, hasta que nuestro viaje se viese coronado por el éxito. Esto le pareció muy razonable, de modo que organizamos una auténtica cacería por los bajos del palacio en busca del tímido y tal vez ya demente Barto.

Pertrechados con cuerdas y redes, los ladrones —los mendigos eran demasiado perezosos, a pesar de que Barto, con sus horribles carcajadas, con frecuencia les impedía dormir— recorrieron las grutas y los pasadizos secretos del laberíntico depósito de agua. Con ayuda de tambores y atipladas flautas lo obligaron finalmente a escabullirse por el «embudo» y buscar refugio en el «pabellón de los desvaríos humanos». Allí se quedó, y Filipo lo alimentaba a través de las rejas. Yo, en cambio, cogí una red y una caña de pescar y regresé al pozo al que le viera arrojar las joyas robadas de la cámara. Así pude llenar otro saquito, y he de decir que es el que más aprecio, pues Barto ha sabido elegir con buen tino.

Por fin llegó Gavin. Traía consigo al intérprete, al que ha repescado en Trebisonda^[314]: Timdal^[315] es un simple, pero, dado que lo envían los mongoles, sus razones tendrán. La primera prueba de su estupidez consiste en que, tras habersele advertido que se dirigiera a la «ciudad imperial», en lugar de presentarse en el Cuerno de Oro se había unido a los griegos exiliados en la costa del mar Negro. Allí preguntó con insistencia por William de Roebruk, y, según me dijo, muchos me conocían, lo que me conmovió. Así fue como Timdal dio con Gavin.

Más para evitarle confusiones que para no despertar sus sospechas, Gavin nos ordenó a todos que a partir de ese momento usáramos los nombres cuyos personajes representábamos. A mí me ha conminado a hacer lo mismo en mi crónica, pues si ésta llega a caer en manos del servicio secreto de los mongoles, que no hay que infravalorar, el cambio de papeles podría provocar un gran revuelo. Lo entendí perfectamente. No me es difícil llamar «*monseigneur Gosset*» a Crean, aunque ya se verá si me ocurre lo mismo sobre el papel, pero me cuesta usar el nombre de «Bartolomeo», o incluso el de «Barto» en el caso de Lorenzo. Finalmente acordamos usar el diminutivo «Barzo», que me resulta más agradable y divierte a Lorenzo. Pero

el templario se ha puesto muy serio; nos somete a severas pruebas cuando menos nos lo esperamos. Por ejemplo, dice amablemente mientras estamos sentados a la mesa: «Ah, Crean, pásame un poco de salsa.» O bien: «¡Lorenzo, ¡os había olvidado por completo!» Y ay del que reacciona: se le castiga sin postre, como a un chico rebelde.

Por fin llegó el día de la partida. Con gran pesar suyo —¡hay que ver lo avaros que son estos templarios!—, Gavin echó mano de su peculio privado para cubrir los gastos de Lorenzo de Orta durante la misión, entregándole asimismo una bolsa con algunas monedas para el viaje. Como ambos pertenecen a la *Prieuré*, Gavin podrá recuperar lo invertido reclamándolo a la secta, pensé, para acallar mi mala conciencia. La cuestión no deja de atormentarme, pues poseo mucho más que mis compañeros, aunque no tengo la menor intención de compartirlo con ellos. Para que pudiéramos ponernos por fin en marcha, Gavin se declaró también dispuesto a hacernos llevar por un velero de la flota templaria hasta Crimea. Ese mismo día tuvimos que subir nuestro equipaje a bordo de la nave y el señor preceptor se asombró no poco al verme llegar con una caravana de mulos que portaban mis baúles y sacos. Le preguntó malhumorado a Filipo a qué se debía aquello, de dónde procedía tan inesperada riqueza, y por qué razón íbamos a cargar con tanto equipaje en una travesía tan larga y sin duda penosa. Filipo respondió, como yo lo había pactado con él, que no se trataba de efectos personales del emisario real de Roebuk, sino de los pertrechos que convienen a su rango y de los regalos que el rey Luis nos había hecho llegar junto con las cartas credenciales. Y que así, el embajador, no obstante ser un humilde minorita, podría representar cabalmente al rey, y ante todo alegrar y ganarse el corazón de los mongoles. Yo le había dictado a mi criado este discurso aclaratorio, y él debió de bordarlo, pues el templario no volvió a mencionar la cuestión cuando compartimos la última cena en la terraza del palacio de Calisto.

Nos la ofreció el auténtico y anterior señor Gosset, diácono de la capilla de palacio, además de mayordomo mayor. Nos sirvieron melones tempranos, cortados en mitades y rellenos de una salsa hecha de menta, limón y miel. A ello se añadió, como pequeño homenaje a nuestro objetivo más próximo, un chispeante vino blanco de Crimea, que yo prefiero al resinoso del Peloponeso. Después nos dieron empanada de anguila y carne de cangrejo con manzanas ácidas y nueces confitadas. A continuación nos pasamos al tinto de Hungría, y entonces vino una especie particular de delfín cocido en leche de almendras, que allí llaman «sirena». Lo presentaron adornado con moras, cerezas y pasas, y acompañado de crujientes caballitos de mar asados, setas salteadas y pequeños calamares en su tinta. La comida concluyó con una tarta de arroz azafranado con salsa de canela, regada con un vino dorado de Pérgamo increíblemente dulce, aunque también ligeramente empalagoso.

Nuestro anfitrión nos deseó vientos favorables, y yo me he preguntado para mis adentros si no habría elegido la mejor parte al quedarse apaciblemente en el Cuerno de Oro, mientras envía al «sacerdote Gosset» a Karakorum. Demasiado tarde, William, me he dicho, tu sino es estar siempre en el lado más incómodo. Mañana, día

siete de mayo, zarpamos a primera hora.

P.D.: Por esta vez voy a emplear el sello de mi nuevo anillo, hallado en la cámara del tesoro del obispo. Tengo que reconocer que me halaga mucho aplicarlo a esta crónica de un humilde minorita.

L.S.

VII LA CITA



Roç Trencavel a William de Roebruk, campamento de verano, primera década de mayo de 1253 d.C.

¡Lo he conseguido! Ahora ya puedo confiarte abiertamente, mi querido William, todo lo ocurrido. Como era de esperar, el intrigante Dshuveni consiguió convencer a su amo, Hulagu, a quien sirve de oficial ayudante, que yo sea admitido junto con Omar en la guardia de palacio o séquito personal del gran khan, lo que se supone constituye un alto honor para mí y para mi amigo y protector. El adiestramiento de la pareja real en el seno del reino mongol, según me expuso el ayudante no sin satisfacción, exige también que Yeza y yo aceptemos separarnos durante ciertas temporadas, si el servicio así lo requiere. Éste sería uno de esos casos. Volvería a ver a Yeza en cuanto la venerable Dokuz-khatun llegara con sus damas a la capital, es decir, a finales del otoño. Había, pues, que iniciar los preparativos de nuestra inminente partida hacia Karakorum. Dada la situación, me resultó fácil atizar la pasión de Omar, que bebe los vientos por Orda, la amazona que hace compañía a Yeza. Estaba deseoso de montar esa magnífica yegua antes de nuestra partida, y yo lo encandilé aún más, afirmando que Orda se consumía por él, a pesar de que sabía por Yeza que hace tiempo ha decidido otorgar sus favores a Kito.

Fui a ver a Kito y le hice saber que Orda estaba dispuesta a ser suya, pero que no deseaba que se diese a conocer como su amante. Por eso le rogaba encarecidamente que se presentase ante ella vistiendo una *clamys*^[316], la larga túnica blanca que llevan los templarios, y que se pusiera uno de esos yelmos que, a excepción de una estrecha mirilla, ocultan todo el rostro. De este modo le demostraría que estaba dispuesto a salvaguardar su honra. Kito quiso saber a qué venía tanta complicación, y yo le expliqué que éstas son las costumbres habituales en el «resto del mundo», dado el espíritu caballeresco que allí impera. El honor de una dama está por encima de cualquier incomodidad u obstáculo. ¡Tanto más apreciada es luego la recompensa!

No quería esperar más, me aseguró Kito, pero había que encontrar semejante ropa o hacerla confeccionar. Seguro de su aprobación, fui a ver a Orda mientras Yeza asistía a misa con Dokuz-khatun. La preparé para la cita con Kito, quien —para preservar su honor— se presentaría ante ella disfrazado de caballero templario. Propuse como lugar adecuado para su «entrevista» secreta la *yurta* del taller del *maître* Buchier, que suele permanecer vacía por la noche, pues el artista goza del lujo de disponer de otra adicional como vivienda, aunque han colocado un camastro junto al árbol surtidor, por si necesita un descanso reparador durante su trabajo.

Cierto que Orda arrugó la nariz ante la perspectiva de tener la tiznada forja como nido de amor, pero la imperiosidad de su deseo la obligó a aceptarlo. De haberlo

pretendido, hasta habría podido convencerla de presentarse con una silla de montar a las espaldas y un bridón entre los labios. Así pues, todo estaba preparado al detalle, cuando vino Yeza a verme.

—¿Es tuya la idea de elegir como ropa de cortejo la casta vestimenta de los templarios, mi querido Trencavel?

Le respondí a mí *damna*, con un sonrojo:

—¿Qué otra cosa se le puede proponer a un rufián mongol que aspira a pasar por caballero? —El comentario la hizo reír.

—El caballero Kito de Iskandar le ha encargado a Omar que le proporcione la túnica, además del yelmo. Ahora tenemos a Omar revolviendo entre antiguos restos de botín, pues al revés de lo que le sucede al mongol, él sí sabe de qué se trata.

La cosa no podía ir mejor, pensé, y opiné:

—Quizá algún emir que paga tributos haya arrebatado la túnica a un templario derrotado para enviársela después, como valioso trofeo, al gran khan.

—Confiemos en que así sea —dijo mi amada, sonriente—, para que no se vea truncada la incipiente felicidad de nuestros amantes. Harán buena pareja. Kito es un guerrero intrépido que llegará muy lejos, y con Orda a su lado... ¡ella se lo merece!

—¡Puede considerarse afortunada! —corroboré, entusiasmado al ver que tenía todas las bazas a mi favor. ¡Cómo podía ser Kito tan necio como para pedirle el traje de novio precisamente a Omar! Esto me daba la posibilidad de lavarme las manos, lo que me suponía un gran alivio en vista de la ira que el episodio suscitaría en mi *damna* si llegaba a saber el enredo que yo había urdido. La idea de la *clamys* no perjudicaba a nadie. En caso de que me pidieran cuentas, diría «¡Qué tontería!» y negaría toda participación en el asunto.

Llegó la noche, e involucré aún a mi *damna* pidiéndole que enviara a Orda a medianoche a la *yurta* de la forja, al tiempo que le anunciaba a Kito, a través de Omar, que su padre solicitaba verlo. De modo que tenía vía libre. En efecto, Omar se puso la túnica blanca de la Orden de los templarios. Esa túnica había pertenecido a un caballero alemán, como cabía deducir de la cruz negra, y procedía de una delegación enviada por el príncipe Alejandro Nevski al gran khan. Además, entre el botín se encontraban bastantes yelmos de tonel, extraños artefactos típicos de la Orden teutónica. Mi querido Omar se dirigió pues, perfectamente armado de pies a cabeza, a su cita con el objeto de su deseo. ¡Cuánto me habría gustado espiarlos! Pero la prudencia me lo impedía. De modo que me acosté. Pero no me llegaba el sueño de los justos. Debía de ser la una de la noche cuando unos agudos gritos sobresaltaron al campamento. Yo me cubrí la cabeza con la manta y me hice el dormido. Los indignados gritos de Orda dieron paso a los más soeces improperios y a una algarabía general; después alguien me arrancó la manta con gesto desabrido y ante mi lecho vi al iracundo Kito.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Qué quieres? —musité, todavía amodorrado—. ¡Ah! ¿Tú cita? Envié a Omar para que te dijera...

—¿Cómo pudiste encargarle a ese traidor que...?

—¿Cómo? —repuse, fingiendo indignación y ya del todo despierto—. Es mi amigo, y también es amigo tuyo, a quien tú, según me ha contado Yeza, encomendaste a mis espaldas la delicada misión de... —Me hice el ofendido.

—¡Me ha engañado! —bramó Kito. Seguramente se daba cuenta de que tenía más culpa él que yo.

—Por cierto, ¿dónde se ha metido? ¡Debería estar aquí, tumbado junto a mi cama, velando mi sueño!

—¡Valiente amigo! —se indignó Kito—. Pero el imbécil soy yo... —Se sentó en el borde de mi cama y se cubrió el rostro con las manos—. Dshuveni lo ha mandado apresar, ¡para evitar que le diera una paliza! Mañana a primera hora lo juzgará Bulgai.

—Pero, ¿qué ha hecho en realidad Omar para que estéis todos tan alterados? —inquirí, hecho un perfecto hipócrita.

—¡Me ha engañado!

—¿Con Orda, tal vez?

—¡También a ella la ha engañado! —rugió Kito.

—¿Cómo? —pregunté—. ¡Cuéntamelo de una vez!

—Omar se puso la túnica blanca, se encasquetó el yelmo, y fue a visitar a Orda en mi lugar...

Entonces ya no pude reprimir la risa.

—¿Y ella no notó nada?

—¡Cuando ya era demasiado tarde! Cuando ya se había entregado al bellaco y él pensó que podía dar la cara, una vez conquistada la fortaleza.

—¿Y ella se dejó ensartar por el hombre del yelmo? ¿No se dio cuenta de que la maza no casaba con la cara que esperaba ver? ¡Es demasiado gracioso como para enfadarse, Kito! —exclamé mientras me sacudía la risa—. Admite que no te habrías abstenido, de estar tú en el lugar de Omar. Te ruego que no transformes esta broma en un delito punible. Y, sobre todo, ¡no te conviertas en un cornudo a los ojos de todo el mundo! Di que no tenías ganas y que enviaste a un sustituto. ¡De no hacerlo así, serás el hazmerreír de todo el campamento, Kito!

—Tienes razón, Roç. Bien, ¡me mofaré de esta comedia, en la que soy yo el burlado!

—El que sufre un daño suele tener la burla de regalo.

—¿Y qué hacemos con Omar?

—Suéltalo esta misma noche, antes de tener que entablar una, en tu caso, harto penosa, negociación con el juez supremo. ¡Dale un caballo y échalo de aquí! —Yo veía ganada la partida y me resultaba fácil dar buenos consejos—. No te conviene

tenerlo más en tu centuria. Si mañana os ven juntos, empezarán las risas y los cuchicheos. ¡Evítalo!

—Roç, eres un buen amigo. Debería haber acudido a ti desde un principio.

—¡La próxima vez! —dije yo, palmoteándole el hombro.

Se puso de pie.

—¿Qué pasará con Orda?

—Perdónala y recupera la noche perdida, con o sin yelmo. Es una chica decente.

—Lo era —gruñó Kito y salió de mi tienda.

A la mañana siguiente, Yeza vino a despertarme a primera hora.

—Buena la has hecho —empezó en tono de reprobación—. ¡Orda no cesa de llorar!

—¿Porque se ha ido Omar? —repuse yo, que estaba al tanto de todo y tenía mi respuesta lista—. ¡Quién lo hubiera dicho!

—No, ¡porque Kito no la mira!

Yeza me informó de que, esa misma noche, Kito había pedido a su padre que Omar fuese expulsado del campamento y del país, contraviniendo la orden de arresto del ayudante, y con la condición además de dirigirse sin dilación alguna y por el camino más recto a Samarcanda. Le dieron un caballo malo y ni siquiera tuvo ocasión de justificarse o despedirse de sus amigos.

—Aunque, pensándolo bien —me confió Yeza—, tal vez sea mejor así. A fin de cuentas era uno de los catorce que juraron...

—¡No sigas, Yeza! —la interrumpí—. Estas lonas tienen oídos, y tú y yo nada sabemos de eso.

—Todo esto te viene de perlas, ¿no es cierto, mi querido Trencavel? —me insinuó, irónica—. ¿Por qué no incorporas a tu nuevo escudo alguna divisa adecuada al caso, mi gran señor du Haut-Ségur? ¡Tu comportamiento no ha sido digno de un caballero!

—Y tú, adorada *damna*, no te has acordado hasta esta misma mañana de quién era Omar en realidad, y de que, sin duda, sigue siendo el mismo. A estas horas estaría conmigo camino de Karakorum para ingresar juntos en el séquito personal del gran khan. ¡No me quedaba más remedio que hacer algo!

Me abrazó y se echó a reír.

—¡Mi querido conspirador! Tengo ante mí a un nuevo Roç, capaz de cambiar los puros ideales de la caballería por las actitudes de un gobernante.

—Siempre seré tu caballero —repuse, un tanto ofendido—, pero esta vez no me bastaba la espada para protegerte.

—Y mucho menos aquí, en la estepa, donde rigen otras leyes. La verdad es que nuestros anfitriones cultivan ciertas ñoñas virtudes, ¡pero ignoran cómo se comporta un verdadero caballero!

—Mi excelsa *damna* —dije yo, y me arrodillé ante ella—, ¿me perdonaréis una vez más?

Yeza me tendió la mano a la espera de un beso, pero yo introduje hábilmente la mía debajo de sus faldas y la hundí entre sus muslos.

Ella se zafó riendo.

—*Adieu mon chevalier des bonnes manières!*^[317]

—Y se marchó.

L.S:

El escándalo no pudo ser evitado. Dshuveni se encargó de que no fuera posible. Intentó arrastrar a Kito ante el juez supremo Bulgai, pero el temible calvo se limitó a sonreír y argumentó:

—¡Travesuras de adolescentes! Si hubiese sido una mujer mongol la deshonrada, tendríamos que poner ahora a sus pies la cabeza del ofensor. Pero no es éste el caso. El destierro del extranjero que ha traicionado nuestra hospitalidad es del todo justo. —Sin dejar de sonreír, dirigió al ayudante una mirada condescendiente—. Aunque no me habría importado que se llevase diez azotes encima.

Kito dio un respingo.

—Me los podéis dar a mí —dijo con expresión adusta—, los tengo sobradamente merecidos.

La sonrisa de Bulgai se apagó.

—Es posible, pero por los lazos de sangre de vuestro padre pertenecéis al clan de los gengiskhanidas y, como sabéis, siendo yo el juez supremo, no puedo permitir que os pongan la mano encima. Vuestra inviolabilidad sólo puede ser anulada por el gran khan. Pero vuestra falta, si es que hubo alguna, en cualquier caso no merece ser castigada con la alfombra^[318]. —Con estas palabras dio por concluida la negociación.

Antes de que hubiese acabado de hablar, Yeza entró precipitadamente en la *yurta*.

—Dime, Kito, ¿por qué no te dignas mirar a Orda? Ella se entregó pensando en ti, e ignoraba todo.

La interpelación dejó atónito a Kito.

—No puedo soportar la idea de que la fuerza viril de Omar le diera satisfacción en lugar de la mía. Sin duda es injusto, pero ¿quién desea que lo comparen con otro hombre? ¡Debía haberlo matado en el acto!

—Eso no habría solucionado nada, Kito, al contrario: la sombra de su espada nunca se borraría del todo.

—Para mí, la vaina ha muerto —musitó Kito, implacable y sin dar el brazo a torcer. Yeza no quiso confiarle que, aun sin saberlo, él había quedado en paz con Omar. A fin de cuentas, Kito había yacido en Iskandar con Aziza, la libidinosa hermana de Omar. Pero, naturalmente, Kito ignoraba esa circunstancia y no debía conocerla, pues habría podido deducir que Omar era un «asesino» de Alamut y no sólo un extraño que se había avenido a ofrecerles sus servicios en Samarcanda.

De modo que Yeza cambió de tema. ¡Los hombres y su estúpido orgullo, que les

hacía querer ser siempre los primeros en montar una cabalgadura!

—¿Qué significa «el castigo de la alfombra»? —preguntó.

Kito la miró, perplejo.

—¡Nada que os incumba, princesa!

—¡Quiero saberlo! —dijo Yeza—. ¿Es un castigo grave?

—Sí y no. Es un honor reservado al gengiskhanida que, a juicio del gran khan, merece la muerte. Como ningún ser humano puede ponerle la mano encima, ni el verdugo la espada, se le cubre con una alfombra sobre la que se hacen pasar al galope los caballos de diez centurias.

Yeza enmudeció. Durante mucho tiempo, la imagen evocada siguió atormentándola.

El oficial ayudante mandó llamar a Roç y a Yeza.

—¿Quién era ese amigo vuestro llamado Omar? —quiso saber—. ¿Lo conocíais antes de encontrarlo en Samarcanda?

—En absoluto —repuso Roç—. Se me acercó en el mercado y nos advirtió de cierto «peligro». ¡Eso fue todo!

—¿Por qué no me lo comunicasteis en su día?

—Porque queríamos saber quién estaba dispuesto a atentar contra nuestras vidas, y quién se atrevía a atacar la vuestra.

—Conviene conocer al enemigo —añadió Yeza.

—¡Cuánta insensatez! —bufó Dshuveni—. ¿Habéis sabido al menos quién era ese enemigo?

—¡Para saberlo tenéis ahora a Maluf en el tonel! —se mofó Yeza—. Yo creo que se trata del largo brazo del califa y que los asesinos estaban a sueldo de Bagdad.

—¿Y cómo habéis llegado a esa conclusión? —inquirió Dshuveni, disgustado—. El mercader de Samarcanda, ahora en salazón, permitirá que lo hagan picadillo antes de despegar los labios.

—Eso ya lo dijo Omar... —se le escapó a Roç, y Yeza se apresuró a añadir:

—...y que debía causar la impresión de que estaba instigado por el *imam* de Alamut, para que la ira del gran khan se volviera contra los «asesinos».

—Si me lo hubierais confiado antes, princesa, no habría dejado partir a ese muchacho.

—Aún podéis darle alcance —repuso Yeza con aire insolente—, pero dudo de que le sonsaquéis más de lo que nos dijo a nosotros. Él mismo ignora los detalles —osó añadir, al tiempo que le pisaba a Roç un pie en el momento en que el ayudante les volvía la espalda para echar un vistazo fuera de la *yurta*. La inquietud había vuelto a apoderarse del campamento, y esta vez en pleno día.

—Sea como fuere, he decidido —les anunció Dshuveni, dirigiéndose a Roç— dejar en suspenso mi recomendación de enviaros a engrosar el séquito del gran khan.

Esta vez fue Roç quien propinó un toque con el pie a la espinilla de Yeza, para expresar así su secreta alegría. Al mismo tiempo, fue capaz de adoptar una expresión compungida y avergonzada.

—Sé que no merezco el honor...

Pero no pudo seguir, pues en ese instante entraba Kito en la *yurta*.

—¡Orda ha cogido una carreta de bueyes, la ha cargado con sus pertenencias, y ha abandonado el campamento! —Kito estaba tan conmocionado por el suceso que no sabía si debía alegrarse o lamentarlo.

—Mirad —dijo, y le tendió a Yeza una misiva sellada—: Ha dejado esto para vos, su «ama y amiga».

Yeza la abrió, y consideró que podía leerla en voz alta: «Me propongo seguir al hombre a quien me entregué, una vez comprobado que aquel a quien amo me desprecia. Vos, mi ama, me comprenderéis y perdonaréis que cometa la ingratitud de renunciar a vuestro servicio. Orda.»

—¡Es un desacato! ¡Traed aquí a esa desleal criada! —bramó el ayudante volviéndose hacia Kito, que ya se disponía a obedecer su orden.

—¡Hasta ahora, todos los golpes han caído sobre esa pobre muchacha! —exclamó entonces Yeza, llena de indignación—. Tuvo que soportar la mala jugada, y después el despecho de todos. ¡Dejadla marchar! Deseo que alcance su objetivo y que sea feliz. Y a ti, Kito, ¡te prohíbo —le espetó al desconcertado Kito— emprender su búsqueda! —Dicho esto, se volvió hacia Dshuveni con un gesto más propio de una diosa amenazadora que de una digna reina—: ¡Y vos, oficial ayudante, os guardaréis muy bien de incumplir mi deseo! De no ser así, me veré obligada a quejarme ante el gran khan del descuido con que habéis propiciado hasta ahora nuestro destino de alcanzar la corona del mundo —no le dio tiempo de replicar— y de la ligereza con la que habéis elegido a los criados que debían garantizar nuestra seguridad y proteger con sus propios cuerpos la vida de la pareja real. —Al ver que el dignatario agachaba la cabeza, no pudo resistirse a asestarle un último golpe—: ¿Qué fue lo que hicieron con sus cuerpos? ¡Se os quiebra el ánimo, y con razón!

—Os propongo —se inmiscuyó Roç con voz apaciguadora— que no intentemos torcer los designios del destino. Los testigos de este desdichado incidente nos han abandonado ya; no debemos provocar ulteriores males haciéndolos regresar por la fuerza.

Como ni Kito ni Dshuveni pudieron por menos que aprobar tan sabio consejo, Yeza concluyó, ya en un tono conciliador:

—Todos nos hemos alterado un poco. Bien, ahora que estamos de acuerdo, ¡olvidemos esta historia!

—¡Vuestros deseos son órdenes! —El ayudante parecía haber aprendido la lección, y se separaron.

Poco después circuló por el campamento la noticia de que Maluf había puesto fin a su vida dentro del tonel. Se dijo que antes había confesado ante Dshuveni, quien le

había ahorrado el trago de ser interrogado de nuevo por Bulgai. En cualquier caso, los perros a los que fue arrojada su carne murieron en medio de los más terribles espasmos. Yeza buscó a Roç antes de que Kito pudiera tentarlo de nuevo a salir con su centuria y, como era de esperar, lo encontró junto al maestro Buchier y al árbol surtidor de plata. La obra de arte progresaba a ojos vista, lo que, no obstante, interesó poco a Yeza, que insistió en alejar a su caballero de la forja.

—Algo hemos avanzado, mi querido Trencavel —le confió, deseosa de airear sus cuitas—, pero aún estamos lejos de alcanzar la posición que no sólo nos haría más llevadera la vida aquí, sino que corresponde a nuestro designio. Por buena que me parezca tu amistad con Kito, lo único que hasta ahora has logrado con tu destreza en montar a caballo y disparar con el arco, es ser propuesto para formar parte del séquito del señor Mangu, a quien ni siquiera hemos visto aún.

—Se supone que es el máximo honor con que puede ser premiado cualquier joven mongol —repuso Roç, lamentando que sacase a colación aquel desagradable asunto—. Kito está furioso conmigo, pues como jefe de la centuria responde de cada uno de sus hombres, hasta el punto de que él perdería la cabeza si alguno de ellos desertara en combate. Para él constituye una gran afrenta el hecho de que yo no sea destinado a Karakorum.

—No es un problema nuestro —dijo Yeza—. Tendrás que separarte de él y de su fiera jauría, por muy a gusto que te sientas con ellos. Lo que debemos hacer nosotros es dirigirnos sin más a Karakorum y presentarnos ante el trono del gran khan antes de que los mongoles se acostumbren a considerarnos, una vez perdidas las plumas de aves del paraíso que nos adornaban, como meros pardales. Nosotros sabemos muy bien que somos águilas imperiales, y nuestro lugar no es esta jaula, por mucho que pretendan disfrazarla de vida al aire libre. Esas discusiones con el ayudante son indignas de nosotros.

—¿Qué te propones, mi reina de los aires? ¡Te conozco, no has venido sin tener preparado un plan!

—Deseo dirigirme yo sola, sin tu presencia, al general Kitbogha, porque quiero tener con él una conversación sin testigos. Le revelaré mi descubrimiento de que Omar era un «asesino».

—¡Sería nuestra ruina!

—Correré el riesgo —replicó Yeza con osadía—, antes de que Dshuveni pueda confiarle lo que sabe. No creerás que ha permitido que Maluf baje a los infiernos sin sonsacarle antes una confesión completa.

—¿Y si no fuera así?

—De cualquier modo, saldremos mejor librados si le decimos la verdad...

—¿Quién te la ha revelado? ¿Y por qué ahora?

—¡Orda! —replicó Yeza, con voz seca—. Acabo de encontrar entre sus cosas un amuleto que, sin duda, debió de perder con las prisas: ¡la seña secreta por la que se reconocen los «asesinos» de Alamut!

Le mostró a Roç una estrella de cobre que Omar le había regalado antaño, en Iskandar. Entre las cinco puntas se engarzaba un gracioso capullo de rosa con la inscripción «*al uafa hatta al maut*»^[319]. Había guardado celosamente aquella prenda de amor y hasta le daba pena tener que sacrificarla ahora.

—¡Tú no estás enterado de nada! —aleccionó a su compañero—. ¡Déjame hacer a mí!

Yeza sabía que el general visitaría el campamento en compañía del juez supremo, Bulgai, antes de que cayera la noche. De modo que le pidió un caballo al amable maestro Buchier. Quería evitar que la piadosa Dokuz-khatun la hiciera asistir a la misa vespertina y cabalgó al encuentro de los hombres. La presencia del temido Bulgai le provocaba escalofríos, pero constituía un aliciente más de su atrevida jugada.

Yeza vio llegar de lejos a la tropa de Kitbogha. El general y su huésped, el juez supremo, cabalgaban a toda prisa, precediendo a sus hombres. Cuando avistaron a Yeza, que parecía estar paseándose sola a caballo por la estepa, el viejo espadachín refrenó su montura.

—¡Mis saludos, princesa! —exclamó, mostrándose amable a su manera un tanto ruda—. Sin duda debo vuestra visita al traslado de vuestro joven esposo —añadió, animoso—. ¡No somos monstruos! —Lanzó al calvo una mirada inquisitiva, y éste asintió, expresando así su conformidad—. De modo que anulamos ese traslado y podréis pasar este delicioso verano en agradable compañía, disfrutando de vuestro joven amor.

Sin duda, sus palabras eran tan cordiales como sinceras. Yeza se acercó, y guió su caballo hasta situarlo entre los dos dignatarios.

—Esa clase de privilegios no le corresponde a una joven reina, que no puede pretender gozar de semejante dicha. Pero necesito revelaros un descubrimiento que me ha llenado de espanto, y que me parece tener cierta importancia política. ¿Puedo hablar sin rodeos?

El general miró de nuevo, inquisitivo, a Bulgai, que observaba asombrado a Yeza. Fue éste quien respondió:

—¡Os ruego que habléis sin temor!

Yeza se sobrepuso a su natural timidez y dijo:

—Los hombres que nos asaltaron en Samarcanda no eran «asesinos», sino matones expertos a sueldo de Bagdad. En cambio, los que acudieron generosamente en nuestra ayuda y dieron su vida por nosotros eran gentes de la Rosa, *fida'i* a las órdenes del *imam* de Alamut. ¡Estoy en condiciones de probarlo!

—¿Es eso lo que os llena de espanto? —Bulgai sabía escuchar.

—Sí —se apresuró a afirmar Yeza—, a pesar de que Omar no ha cometido otro crimen que la broma gastada a esa joven acompañante mía, Orda...

—Pero —la interrumpió él bruscamente—, ¡si hemos estado a punto de enviarlo a Karakorum como escolta! Resulta impensable...

Esta vez fue Yeza quien lo interrumpió.

—Al contrario —exclamó con aire insolente—, seguramente habría demostrado que no todos los de su secta son taimados asesinos, y estoy segura de que habría defendido con su propia vida la del gran khan. Pues —prosiguió sin darse tregua— si hubiera albergado otras intenciones, o hubiera tenido una misión que cumplir, sin duda lo habría hecho hace tiempo y no se habría dejado involucrar en una aventura tan necia.

—¿Qué sabemos nosotros? —murmuró por lo bajo el general, pero Yeza no se dejó confundir.

—¡Ahora sabemos que los «asesinos» son aliados nuestros!

—No podéis saberlo con certeza, joven reina —repuso Bulgai, sonriente ante tanta suficiencia—. Sólo lo suponéis. Pero me alegra que la prueba no se hiciera en las propias carnes del gran khan. Os agradecemos vuestro celo, que en realidad deberían haber demostrado otros. Y no me refiero a vuestro hijo, general.

Yeza consideró oportuno interceder por el ayudante y dijo:

—Nadie podía sospecharlo. En mi opinión, todo ello confirma que *tengri*, el cielo eternamente azul, tiende su mano protectora sobre el gran khan, pues sólo él nos ha preservado de todo mal. No deberíamos mostrarnos vengativos ni rencorosos, sino estar agradecidos.

Los dos hombres intercambiaron una mirada entre sorprendida y divertida.

—Habéis dado prueba de agudeza y previsión, mi reina, así como de cautela y discreción. Habéis hecho bien en confiarnos vuestro descubrimiento antes que a nadie —dijo el juez supremo—, y propongo que las cosas queden así.

Antes de que Yeza pudiera responderle, el general señaló:

—Mañana os conduciré ante mi amo. El señor Hulagu quiere verse asesorado por la pareja real. Desea hablar con vos del «resto del mundo».

—Lo sé —replicó Yeza con una sonrisa complacida—, hace tiempo que esperamos esa invitación, pero aún más deseamos poder presentarnos por fin ante el gran khan Mangu. Por su causa hemos venido, fue él quien nos llamó.

—Todos deseábamos vuestra llegada —repuso el general, conmovido—. Arslan, el chamán, nos hizo saber que sois una promesa anunciada al pueblo de los mongoles.

—¿Igual que al «resto del mundo»? —preguntó Yeza con cierto retintín, pero sin olvidar dedicarle al mismo tiempo a Bulgai una de sus irresistibles miradas estelares.

—Veréis al gran khan Mangu —respondió, dándose por vencido—. El *khagan* os espera desde hace tiempo y se alegrará sobremanera cuando le comunique que estáis deseando presentar, con toda la dignidad de vuestra realeza, vuestros respetos al soberano.

Y, tras haberle bajado así un poco los humos a la altiva princesa, ambos hombres la acompañaron en su regreso al campamento.



De Roç Trencavel a William de Roebruk, en el campamento de verano, última de julio de 1253

Yeza y yo cabalgamos, en compañía de Kito y por invitación de su padre, hacia un «significativo encuentro». No pudo revelarnos más que eso. A nosotros poco podía interesarnos; lo importante era que por fin ocurriera algo, pues la situación empezaba a aburrirnos. Yo salía cada día con la centuria, a la que Yeza suele denominar la «fiera jauría». Aunque lo único que sucede es que está celosa, porque le encantaría cabalgar con nosotros en lugar de tener que ir a misa tres veces al día. Nos han estado entreteniéndolo con buenas palabras...

Kito, que había mostrado signos de decepción al no vernos proferir gritos de júbilo cuando nos comunicó la misteriosa nueva, empezó a interrogarnos, aunque dando un rodeo.

—¿Quién es en realidad ese William de Roebruk —soltó por fin— a quien escribís con tanta frecuencia, sin enviar las cartas? —Carraspeó avergonzado, y añadió bruscamente—: Os lo pregunta el juez supremo. No porque le inquiete, es un mero trámite. —Kito estaba abochornado. ¡De modo que han estado husmeando en mis pertenencias! Lo había esperado, después de que Yeza me comunicara que Orda espiaba para Bulgai, pero a pesar de ello, me indigné. Lancé a Yeza una expresiva mirada de superioridad para indicarle —pues en estas cuestiones nos compenetramos como dos viejos comediantes— que me correspondía a mí dar el primer paso.

—¡Cómo! ¿El superior de los servicios secretos de todos los mongoles no conoce a William de Roebruk? —le espeté—. ¡No es posible! —Fingí estar perplejo. Con la voz cargada de reproche y con una pizca de ironía, añadí—: William es el franciscano vivo más famoso, el miembro más señalado de la universal Orden de los minoritas, después de su fundador, san Francisco de Asís.

Aquí intervino Yeza.

—William de Roebruk, hombre de confianza del emperador, asesor de reyes. ¿Qué podéis saber del «resto del mundo» si vuestros informadores no han sido capaces de reparar en una persona de semejante rango?

—Cabría decir que casi alcanza la dignidad del Papa —proseguí yo, trazando los perfiles de tu fama—, pues actúa a su lado, como oculto conductor de los designios de la Iglesia de Cristo.

—Entre los iniciados se dice de él que es «el cardenal gris» —corroboró Yeza, contribuyendo así a la ceremonia de la confusión.

Kito hizo acopio de valor y lanzó otra pregunta:

—¿Acaso está por encima del Papa, de quien la Iglesia de Roma afirma que es el sucesor del Mesías, y éste a su vez un hijo natural de Alá y de aquella Miriam de la tierra de los judíos?

—«El cardenal gris» es quien dicta desde la sombra lo que ha de decir, hacer o dejar de hacer aquel que es elegido para ocupar la Silla de Pedro. Es el poder... — Yeza aderezó sus palabras con un suspiro encandilado, que tuvo un efecto evidente sobre Kito.

—¿Y lo conocéis personalmente? —preguntó con admiración casi incrédula, para darse enseguida él mismo la respuesta—: Claro, de no ser así, no le escribiríais. Pero, ¿por qué no enviáis las cartas?

—Le escribimos para regocijar su corazón, que late lleno de amor por nosotros, pues no necesita los informes que redactamos para él. William de Roebruk lo sabe todo sobre vosotros. Por eso no enviamos nuestros escritos. Algún día vendrá a vernos, y entonces le entregaremos las cartas como un regalo de nuestros corazones, para que vea que nunca lo hemos olvidado. —Bajé la voz durante este sermón, porque hasta yo temblé de emoción al recordar tu santidad, William.

—¿Y ese príncipe supremo de la Iglesia vendrá aquí a visitaros? —Kito parecía estar impresionado.

—Ojalá —dijo Yeza—. Si el rey y el emperador le instan a ello, sin duda soportará los rigores del largo viaje y nos honrará con su visita, a nosotros y al gran khan, quien, con toda la nobleza de su espíritu, nos ha ofrecido hospitalidad.

—¡Será una gran alegría para nosotros! —añadí, tratando de atajar los elogios antes de que Kito pasara a plantear la penosa, aunque irremediable, pregunta de si tú también te someterías al gran khan. Pero Yeza abrumó al confundido Kito ofreciendo sin más la mejor solución al problema.

—William de Roebruk lleva a los mongoles en su corazón, y así como ama y venera al gran khan, también el gran khan lo acogerá con los brazos abiertos.

Eso me dio alas para atreverme a rematar un arriesgadísimo final:

—¡Si nosotros, la pareja real, somos la llave que abre el «resto del mundo», William de Roebruk es la cerradura!

Habíamos llegado a una solitaria *yurta* situada en medio de la estepa, y que parecía más grande y más lujosa que cuantas hubiera visto hasta entonces. Estaba rodeada como mínimo por una centuria de hombres, que formaba un denso cordón de seguridad. En el umbral apareció el canoso general Kitbogha y nos dio la bienvenida. Kito tuvo que esperar fuera. La *yurta* estaba iluminada con numerosas velas de sebo; en el centro ardía una hoguera de boñigas y ramas olorosas. En la penumbra divisé, sentado frente a nosotros sobre un estrado, a un hombre menudo flanqueado por el juez Bulgai y el ayudante Dshuveni, quien, al vernos entrar, nos dedicó una profunda reverencia.

—El il-khan Hulagu está encantado —dijo el general con entonación solemne— de que, por fin, le presentéis vuestros respetos.

Yo me disponía a arrodillarme, pero Yeza me retuvo.

—Saludamos al il-khan, y nos sentimos halagados de poder estar en su presencia, pues hemos debido esperar largo tiempo esta venturosa ocasión. —A continuación, le

dedicó una leve y perfecta genuflexión de cortesía, dándome ocasión de doblar a mi vez ligeramente una rodilla.

—Disculpad, queridos reyes, que permanezca sentado —se excusó Hulagu con voz clara—; la verdad es que padezco un dolor terrible entre la espalda y las piernas. Me desplomaría antes de poder abrazaros. Os ruego que os sentéis a mi lado.

Dshuveni indicó diligente a los criados que trajeran dos grandes cojines y nos sentamos a los pies del il-khan, con lo cual él se vería obligado a doblar la espalda en dirección a nosotros para hacerse entender. Yeza se dio cuenta, y nos incorporamos de nuevo.

—No deseamos aumentar vuestros dolores, excelso il-khan —se apresuró a decir, y se acercó al trono por el lado donde se había apostado también el general Kitbogha, de modo que el ayudante tuvo que retirarse. Yo me dirigí hacia el otro lado y me situé junto a Bulgai, el temible calvo.

—Otro día me hablaréis del «resto del mundo», cuando pueda tenerme en pie o tumbarme, ahora me resulta demasiado fatigoso. Únicamente deseaba conoceros —dijo aquel hombre menudo, de rasgos dulces y atiplada voz de adolescente—, y mi primera impresión, en la que siempre confío —dijo, lanzándole a Bulgai una expresiva mirada y asintiendo, ante lo cual éste inclinó aprobador el calvo cráneo—, me confirma que, una vez más, he acertado en mis intuiciones. —Palmeteó la mano de Yeza y obtuvo a cambio una mirada deslumbradora de agradecimiento. Luego se volvió hacia mí—. Me agradáis, hijos de... —Se interrumpió, mirando confundido hacia el general, que acudió presuroso en su ayuda, susurrando:

—... del Grial.

—¡Cierto, del Grial! —Tomó también mi mano, y la juntó en su regazo, tenía ya una incipiente barriga, con la diestra de Yeza, colocando la suya, carnosa, sobre ambas—. ¡Unidos haremos grandes cosas! —Una vez dicho esto, miró a su alrededor buscando aprobación. Los presentes se apresuraron a asentir.

Yeza dijo, muy humilde y con voz queda:

—Gracias.

Yo me erguí, ya que todos los ojos estaban clavados en mí, y añadí alzando la voz:

—Estamos dispuestos.

Acto seguido, Hulagu separó su mano y también nosotros creímos que debíamos retirarnos. Pero en ese momento intervino el ayudante.

—El il-khan desea que la pareja real parta con él hacia la capital, pues siente la necesidad de presentaros a su excelso hermano, el gran khan Mangu. —Su tono revelaba a las claras que lamentaba verse privado él mismo de semejante honor.

—Por esta noche deberéis conformaros con mi humilde tienda —se inmiscuyó Hulagu, contraviniendo el protocolo, lo que me agradó—. En Karakorum viviréis en vuestro propio palacio, de sólidas piedras, como estáis acostumbrados. Estas *yurtas* no hacen más que provocar dolor de espalda.

—Nosotros lo llamamos «la flecha de la bruja» —intervino Yeza con una sonrisa—. El único remedio que sirve son ciertas hierbas y mantas calientes.

—¿Habéis oído? —se maravilló el futuro soberano de Occidente—. Esta joven reina incluso sabe sanar. ¡Hierbas y mantas calientes! Qué fácil, mantas calientes —musitó, y se retiró, apoyado en su ayudante, tras las cortinas que ocultaban su rincón privado.

Nosotros, en cambio, salimos para reunimos con Kito y despedirnos de él.

—Cuando William de Roebрук vaya a visitaros a Karakorum, me gustaría estar a vuestro lado —nos insinuó.

—Así será, Kito —repuso Yeza, emocionada—. Estaremos encantados de poder presentarte como amigo y protector nuestro al famoso franciscano. —Nos abrazamos, y él partió con su padre.

Permanecí mucho tiempo junto a Yeza, agitando la mano, hasta que desaparecieron en el atardecer de la estepa. Después me volví hacia mi dama.

—Karakorum —dije en voz alta, pues estaba emocionado ante la perspectiva de llegar por fin al centro del poder en esta parte del mundo. Yeza me sonrió.

Ah, William, ¿cómo describirte lo que siento cuando me mira de ese modo? ¡Es verdad que sus ojos son como estrellas en el cielo azul de la tarde! Pido a *tengri* que la proteja y me ayude a conservar su amor.

Siempre tuyo, Roç.

L.S.

VIII

VIA TRIUMPHALIS



Crónica de William de Roebruk, en el campamento de Sartaq, en la festividad de san Sixto II^[320], 1253 d.C.

Por fin estoy a punto de llegar a la corte del gran khan, aunque las cosas no responden en absoluto al modo en que el rey, en los términos sencillos en que expresa su confianza en la bondad de este mundo, se las ha imaginado, ni a como yo mismo esperaba.

En cuanto abandonamos el mar Negro y alcanzamos el primer puerto en la desembocadura del Don, donde ya pisamos suelo gobernado por los mongoles, nos encontramos inmersos en un ambiente de curiosa expectación. Cada niño, cada jefe de postas y cada anciano de pueblo o gobernador de provincia sabía allí quienes somos y que vamos a visitar al gran khan. Sin querer vanagloriarme, era sobre todo mi nombre el que estaba en boca de todos, lo que no desagradó a mis compañeros, pues así conseguían que nadie reparara en su verdadera identidad. La noticia de la llegada del «famoso William de Roebruk» se difundió como un reguero de pólvora por las calzadas militares mongolas, y con frecuencia nos seguían centenares de personas que nos aplaudían como niños y nos aclamaban. Pero es que, además de eso, engullían nuestras provisiones y no tenían empacho en pedirnos el menor objeto de nuestros pertrechos, configurando así el reverso de tan gloriosa medalla.

Mientras, teníamos que mantener y arrastrar con nosotros a tres guías, cuatro carros llenos y un montón de criados, conductores de bueyes, escuderos y arrieros de camellos, y en cada etapa se nos unían más. Todos ellos nos robaban y sus exigencias crecían hasta extremos inimaginables. Yo no pasaba de decir «amén», pues el humilde *pax et bonum* de san Francisco no parecía realmente lo más adecuado. Como moscas en torno a la mierda se arracimaban alrededor de nosotros pésimos intérpretes, criados insolentes y guías que desconocen el camino, de modo que sólo logramos avanzar con lentitud y como por milagro. A mí todo esto me dejaba indiferente, pues me había propuesto firmemente librarme de toda esta chusma en cuanto llegáramos al campamento de Sartaq, donde acudiría en petición de ayuda al primer príncipe a quien tuviese que presentar mis respetos. Siempre confié en que la autoridad de un gobernante lo haría posible.

Al anoecer alcanzamos el campamento donde está la corte, y mis guías corrieron a anunciar al *yam*^[321] nuestra llegada. Un *yam* es un alto funcionario cuya misión consiste en recibir a los legados extranjeros, ofrecerles ayuda y —tras pasarles revista y, en último término, según su mejor parecer y entender— solicitar para ellos una audiencia ante el khan.

Cuando el guía me comunicó que el *yam* estaba dispuesto a recibirnos y yo no hice ademán de preparar para él algún precioso regalo, me abrumó de improperios por mi ingratitud. No me dejé confundir, y Barzo y yo entramos con el sencillo hábito de los minoritas —*monseigneur* con el negro del sacerdote— en la suntuosa *yurta* del *yam*. Nos recibió un hombre increíblemente grueso, sentado en un trono; unos músicos tocaban y unas bailarinas se contorsionaban delante de él. Yo me disculpé enseguida aduciendo que no poseemos oro ni plata que, de no ser por nuestra condición de pobres monjes, gustosamente le habríamos regalado. Dije que nuestros únicos bienes eran los libros sagrados y el ornato del servicio divino. Para mi alivio, el *yam* hizo caso omiso de mis explicaciones y, con una sonrisa, le transmitió a su intérprete que hacíamos bien en respetar nuestro voto de pobreza. No quería depender de los regalos de los pobres, antes bien, estaba dispuesto a darnos cuanto nos hiciera falta. Yo, a mi vez, lo rechacé con ademán humilde, y le rogué que nos liberara de los intrusos y pedigüeños que —contra nuestra voluntad— nos habían seguido hasta allí.

Entonces el *yam* sonrió de oreja a oreja y opinó que no debíamos de ser tan pobres cuando rechazábamos su oferta de proveernos de lo más esencial, y que tampoco nos habría seguido nadie si no tuviéramos bienes en abundancia. Y con esto nos despidió sin más contemplaciones.

Revolví con Filipo mis arcones repletos de tesoros y esa misma tarde, a última hora, le envié al *yam* un cáliz adornado con piedras preciosas. Encargué a mi criado que le comunicara al anfitrión de todos los legados: «Mi señor William os hace entrega de este sagrado recipiente, aunque no posee otro, tan sólo para que veáis que dar es más importante que recibir. Orad, pues, diariamente por cuantos están más necesitados que vos, como lo está mi señor William a partir de este momento. No obstante, os bendice, así como a este cáliz de la Santa Cena. ¡Amén!»

Ya era medianoche cuando Filipo regresó, totalmente ebrio, con la noticia de que el *yam* nos esperaba en la tarde del día siguiente para acompañarnos a presencia de Sartaq. Debíamos llevar con nosotros los libros y atuendos y objetos propios de nuestro rito y presentarnos en pleno ornato, pues su amo deseaba contemplarlo. Tampoco debíamos olvidar nuestras cartas credenciales.

Eso era lo que menos me preocupaba, pues en Constantinopla las había hecho traducir correctamente a todas las lenguas mongolas, encargando fueran compulsadas con el sello del notario de la corte imperial. Sí tuve que decidir qué piezas debía mostrar de mis tesoros y mis lujosas vestiduras. El peligro de suscitar la codicia de aquel mongol, a pesar de su rango, se me antojaba considerable. Si se hubiese tratado de comparecer ante el gran khan, la pérdida se habría visto compensada por el éxito de la misión, pero de momento sólo íbamos a visitar al hijo de Batu y aún nos separan de nuestro objetivo muchas pruebas de índole parecida. No podía dejarme atrapar en ese juego del gato y el ratón a cada paso que diéramos.

A la mañana siguiente reuní con expresión compungida a todos mis pupilos, criados, guías y escuderos a mi alrededor y vapuleé a Timdal hasta que fue capaz de

traducir mi encendida alocución con el tono y los gestos adecuados, de modo que surtiera efecto. Les anuncié que, según me había podido enterar, Sartaq tenía pensado tratar a todos los que no pertenecían a mi séquito como huéspedes no deseados, que se habrían infiltrado en su campamento. Hubo mucho llanto y crujir de dientes, pues todos sabían lo que eso significaba, de modo que me resultó fácil mostrarme como un amo benévolo. Todos aceptaron ser vestidos con atuendos eclesiásticos. Miré para otro lado cuando me di cuenta de que mi estimado Filippo les cobraba a cada uno de ellos unas cuantas monedas, cuyo valor global llegó a superar con creces todo lo que nos había sido «sustraído» durante el viaje, como me refirió más tarde con gran orgullo. Así fue como transformé a aquel hatajo de parásitos en una espléndida comparsa de acólitos, monaguillos, diáconos y priores. Después mandé que ensayaran con Barzo —que había entendido al instante la estrategia de «el ataque es la mejor defensa» que yo pensaba aplicar, y que a esas alturas a duras penas se veía capaz de reprimir la risa —el *Veni creator spiritus*^[322], hasta que el himno de los cruzados sonó, si no precisamente melódico, sí con cierta potencia.

Crean-Gosset, que tolera mis iniciativas con gesto de penitente, repartió incensarios y valiosos crucifijos entre los hombres que le parecían más fiables. Fue el único que conservó su austero hábito, de ahí que yo lo nombrara mi confesor, a la vez que ascendía a «Bartolomeo de Cremona» a ministro provincial^[323] y me elevaba a mí mismo —con báculo y tiara de obispo— al rango de diácono cardenalicio de nuestra Orden. Filippo llevaba, en su calidad de *alfiere*^[324], un pendón bordado en oro que muestra a la Virgen con el Cordero de Dios.

Así se puso en marcha nuestra comitiva, rodeada de una multitud en constante movimiento. El *yam* estaba delante de su *urta*. Tras doblar las rodillas y besar la mano que le tendí, escuchó muy bien dispuesto las explicaciones de Barzo. Le interesaron más que nada los libros y objetos de culto que traíamos, y los miró con evidente codicia.

—¿Pensáis regalarle todo esto a nuestro amo Sartaq? —preguntó, expectante.

Reprimí el sobresalto que su observación me produjo y repuse con firmeza:

—Somos portadores de un mensaje que habla de la Salvación, que sólo puede venir por mediación de Jesucristo. Cuando lea la misiva de nuestro rey, sabrá por qué hemos venido a verle. Nos encomendamos gustosos a su benevolencia, pero estos objetos y vestiduras son sagrados, y sólo a un sacerdote cristiano le está permitido tocarlos.

Entonces el *yam* se asustó mucho, y se apresuró a devolverle a escondidas el cáliz a Filippo. Yo hice la señal de la cruz sobre su frente, y cantando el himno nos dirigimos hacia la tienda del príncipe. Era el día del encadenamiento de san Pedro^[325], por lo que Barzo y yo entonamos el *Salve Regina*^[327] en cuanto se descorrió la cortina. Como es la costumbre, había detrás una banqueta con cuencos que contienen leche de yegua a disposición de todo el que llega sediento, por lo que entró con nosotros en la *urta* un gran número de mongoles. El tumulto no nos vino

mal, pues de ese modo no se percató nadie de que algunos de los «monaguillos» de mi séquito fueron incapaces de resistirse a la tentación del kumiz.

El señor Sartaq es un hombre de aspecto insignificante, que media la cuarentena. Mantiene una postura ligeramente encorvada y su rostro muestra ese deje de amargura propio de casi todos los hijos de padres poderosos que, como Batu-khan, no desean renunciar al mando. Me hizo señas de que me acercara, pues reparó de inmediato en mi particular posición al no haberme yo arrodillado como el resto de mis acompañantes, limitándome a inclinar levemente la cabeza.

Sartaq deseó ver de cerca el magnífico salterio que me había regalado la reina de Francia, como le expliqué mientras le hacía entregar por mediación de Barzo la carta del rey. Le pasó el escrito a su intérprete, y me preguntó qué enseñaba aquel libro.

Yo repliqué:

—Son las Sagradas Escrituras.

Se dio por satisfecho con esta explicación y pasó a hojear la lujosa obra, adornada con innumerables ilustraciones. Después nos enviaron de regreso a nuestra *yurta*.

Al caer la noche vino a vernos el *yam*, acompañado de algunos sacerdotes nestorianos que, como observé, no consideraron necesario saludarnos. El mongol nos explicó —de pronto, Tímdal se veía capaz de traducir con gran fluidez— que el señor Sartaq había decidido que, en lo que afectaba a la carta de nuestro rey Luis, sólo su padre, Batu-khan, estaba autorizado a responder a la misma. De modo que mañana debemos partir en dirección a su campamento. A mí me pareció de lo más natural, pero la cosa no quedaba ahí. Debíamos entregarle los ropajes y objetos de culto que habíamos llevado al presentarnos ante su señor, pues el príncipe quería verlos de nuevo, en particular el libro con las ilustraciones doradas.

No le creí una sola palabra, y repliqué:

—¿Cómo puede exigir vuestro amo una cosa semejante, sabiendo que vamos a ver a su padre y que allí hemos de llevar esas mismas vestiduras? Tampoco puedo darle el salterio, puesto que es un regalo de la reina.

Al oírme meneó con terquedad la cabeza y respondió en tono áspero:

—¡Ahora es un digno regalo para Sartaq, a quien le complacerá tenerlo! Y, en lo que respecta a los ropajes, los habéis llevado ante él. ¿No querréis presentaros con el mismo atuendo ante Batu?!

Entretanto, los nestorianos ya se habían hecho con un incensario, un cáliz, mi capisayo y el de mi cofrade.

—¡Fuera de aquí! —gruñó el *yam* a modo de despedida, arrebatándome el valioso salterio. Yo desistí de protestar. Ya no teníamos acceso a Sartaq, ¿y quién excepto él habría podido hacernos justicia?—. No os atreváis a elevar vuestras quejas ante Batu-khan ni a afirmar que nuestro señor Sartaq es un cristiano, como cree vuestro rey. ¡Nuestro príncipe no es cristiano, sino mongol!

A orillas del Volga, día de la Asunción de María^[326], 1253 d.C.

El expolio a que nos ha sometido el *yam* nos ha aportado como ventaja la de librarnos de los parásitos que nos seguían; pensaron que habíamos caído en desgracia y que por ello nos enviaban ante Batu, para ser castigados. Así que nos ha sido asignado un nuevo guía, y también otros criados; sólo nos han dejado a nuestro Timbal, aunque a mí no me habría disgustado verme libre de ese obtuso mandilón.

En cuanto perdimos de vista el campamento detuve la comitiva y repartí lujosas prendas entre el hermano Barzo, mi criado Filipo y nuestros guías, extraídas de los repletos sacos del obispo Nicola della Porta. ¡Dios lo tenga en su gloria!

—¿De modo que seguís pensando, eminencia —se mofó Crean-Gosset, el sencillo clérigo—, que este lujo provocador beneficia a nuestra misión más que la modestia y la humildad?

—Mire, padre —le contesté—, los mongoles desdeñan de cualquier modo a todo extranjero. Si uno se presenta ante ellos con aire servil, dan rienda suelta a su desprecio y lo tratan como a un esclavo.

Como nuestros carros de bueyes avanzan muy despacio, no tiene sentido cabalgar. Atamos los caballos a los carros y continuamos a pie.

*Alma redemptoris Mater
quem de coelis misit Pater
propter salutem gentium.*^[328]

Pronto volvieron a arracimarse los curiosos en torno a nosotros, observándonos admirados. Al atardecer eran tantos como antes. Por medio de Timal ordené a nuestro nuevo guía que los echara; No estaba dispuesto a hacerles regalos ni a alimentarlos.

Pero mi *homo Dei*^[329] me tradujo una respuesta hartamente insolente. Disgustado, lo amenacé con una paliza, de modo que, más amedrentado que de costumbre, trató de convencer al guía. Éste le propinó un par de golpes, y Timal regresó a mi lado llorando.

—El guía dice que se siente feliz y agradecido por cada hombre que nos acompaña, pues esta noche atravesaremos territorio de bandoleros.

Tras muchos esfuerzos pude enterarme —el pobre estaba tan aterrorizado que le costaba pronunciar palabra— de que en aquella tierra de nadie que separa los dominios del padre de los del hijo, habitan numerosos esclavos huidos, rusos y húngaros, y también búlgaros sarracenos^[330], que por la noche suelen reunirse y

asaltar a los viajeros. No hacen prisioneros, por miedo a que alguien los delate a los mongoles. Nuestro guía confiaba en que la comitiva creciera, antes de llegar la oscuridad, lo suficiente como para que los ladrones desistiesen de asaltarnos.

Hice servir vino a todos nuestros acompañantes y les prometí a cada uno una moneda, que recibirían en cuanto saliera el sol; una oferta razonable, sin duda, ya que, o bien estaríamos todos muertos, y entonces el premio sobraría, o habríamos superado con bien la situación, en cuyo caso merecía la pena hacer ese dispendio. Y así prosiguió nuestra nutrida caravana su avance por la estepa, bajo la luz de la primera luna y rogando a la Madre de Dios que no nos dejara de su mano.

*Audi Mater pietatis,
nos gementes pro peccatis
et a malis nos tuere.*^[331]

Alcanzamos al Volga sanos y salvos. En la travesía cruzamos ante numerosas colonias de musulmanes de observancia estricta que viven allí bajo gobierno mongol, lo que me admiró, pues para llegar a Persia, donde el *Portile de Fier*^[332] marca para el común de los mortales los límites de la expansión del Islam, faltaban aún al menos treinta días de viaje. Los «sarracenos» no se mostraron hostiles y tampoco trataron de aprovecharse de nosotros —por suerte, al contrario de lo que hacen sus amos mongoles— cuando nos transportaron complacientes en sus barcazas, aguas abajo, hasta el campamento de Batu, situado a orillas del río.

Incluso me hicieron el favor de embarcar sólo a aquellos de nuestra creciente comitiva que yo les señalaba. A los rezagados les entregué una cantidad de dinero equiparable a lo que me habría costado el viaje, y me impresionó observar —puedo decir que me conmovió— que muchos de ellos alquilaron a su vez una barca para seguirnos. Me vitoreaban y cantaban, siguiendo la melodía de la canción de María que nos había acompañado durante la peligrosa noche anterior:

*Seguimos tus enseñanzas,
por donde nos quieras llevar,
William, insigne príncipe de la paz,
tú nos traes la felicidad,
William, insigne príncipe de la paz.*

Al menos esto fue lo que tradujo Timdal, por lo que dediqué a mis acompañantes una breve sonrisa triunfal.

El campamento de Batu-khan parece una gigantesca ciudad de varias millas de

extensión, aunque son *yurtas* las que forman sus calles y barrios. Las de la corte se encuentran en el centro, y la costumbre impone que nadie pueda asentarse al sur de ellas, de modo que en ese lugar se abre una gran explanada. El anciano soberano de la Horda de Oro ha hecho erigir allí una impresionante *yurta* de audiencias, porque sus tiendas palaciegas no pueden albergar a la ingente masa de personas que suelen agolparse para verlo. Pudimos observarlo de lejos el día de nuestra llegada, pues hasta la mañana del siguiente no fuimos llevados a su presencia.

Cuando hubimos ocupado la tienda que se nos asignó, mi confesor Crean-Gosset —probablemente convencido de que yo padecía de mala conciencia— me preguntó de nuevo si no sería más adecuado presentarse ante Batu con un sencillo hábito de monje.

En aquel mismo instante me hirió el recuerdo de que ese mismo lugar había sido visitado por nuestro cofrade y predecesor

Pian del Carpine, a quien se supone había acompañado yo en persona. Sabía que él había adoptado el atuendo festivo de los mongoles, de modo que repuse:

—Vosotros, los clérigos, podéis vestir como siempre, y también dejo a criterio de mi hermano franciscano elegir su vestimenta. Yo, por mi parte, seguiré en la misma línea que he mantenido hasta ahora.

—¡La modestia no trae cuenta; en todo caso, eso queda para después de concluida nuestra existencia terrenal! —dijo Barzo, poniéndose por esta vez de mi parte—. ¡Yo no soy ni ismaelita ni cátaro; yo vivo aquí y ahora, y eso por poco tiempo!

Al escuchar estas palabras, Crean-Gosset se persignó como si toda su vida hubiese sido un sacerdote de la *Ecclesia romana*.

L.S.

Hasta bien entrada la tarde, los franciscanos no fueron llamados a presencia de Batu. Su guía fue a buscarlos y empezó a criticarlos, nada más verse frente a ellos, porque no iban descalzos.

—¡Los minoritas siempre van descalzos! —afirmó. Pero, cuando Barzo se declaró dispuesto a no ponerse más que unas sandalias, William protestó y explicó a aquel hombre que ir descalzo contravenía las reglas si se vestía de ornato. Sencillamente, le daba pereza cambiar de calzado, y, por otra parte, también era cierto que habría desentonado con el lujoso capisayo que había elegido.

De camino hacia la *yurta* de Batu-khan se les advirtió en varias ocasiones que no se les ocurriera abrir la boca si no lo requería Batu. La recomendación más seria, sin embargo, se refería a las cuerdas de la tienda. Tropezar con ellas equivalía a la prohibida pisada del umbral, crimen que era castigado con la ejecución inmediata del reo. Tras estas amonestaciones fueron conducidos ante el soberano de la Horda de Oro. El grueso Batu los recibió sentado en un trono tan ancho y largo como una cama, cubierto con profusión de adornos dorados. Unos peldaños conducían hasta él.

Batu observó atentamente a sus visitantes. El amedrentado Barzo cerró los ojos, mientras el impasible flamenco los clavaba en el soberano. El khan era tan corpulento que recordaba a uno de esos ídolos que suelen venerar los pueblos caníbales. Hizo esperar a los franciscanos durante largo rato; pero sus ojillos, hundidos entre unos párpados abultados de grasa y unas ojeras considerables, se pasearon implacables de uno a otro, como si se tratara de los trofeos de una cacería no demasiado feliz. Hizo traer un enorme copón, bebió, se limpió los carnosos labios y por fin invitó a William a hablar.

—¡Habla! —dijo con cara de pocos amigos.

El guía cuchicheó:

—¡De rodillas! —Y el intérprete reprodujo la orden en voz alta. Pero William sólo dobló una rodilla, pues le pareció que era suficiente para un soberano terrenal.

—¡Arrojaos al suelo ante el gran Batu-khan! —exclamó Timdal, presa del pánico.

William estuvo a punto de ceder para evitar todo altercado, pero el gordinflón le hizo una seña desdeñosa. En vista de ello, William se atrevió a decir:

—Todo el que tenga fe y esté dispuesto a hacerse bautizar, se salvará. —Al intérprete se le iban y se le venían los colores, pero William prosiguió—: ¡El que no tenga fe será condenado!

Dicho esto, encomendó su alma a Dios y a la benevolencia de Batu-khan. Éste se limitó a sonreír, mostrándose muy tranquilo; sus cortesanos aplaudieron con sorna. Las mujeres rieron un tanto confundidas cuando Timdal, tosiendo y carraspeando como si se hubiera tragado una tortuga, logró balbucir la traducción. Seguramente eran cristianas.

—¡Levántate! —ordenó Batu, y preguntó a William por su rey y por la familia real.

Timdal temblaba de miedo. Seguía arrodillado y mantenía la cabeza gacha en señal de humildad, de modo que la traducción brotaba de su boca a trompicones.

Batu-khan mandó anotar por escrito todas las respuestas, sobre todo las que se referían a los enemigos contra los que luchaba el rey de Francia y a cuáles había vencido y sometido al pago de tributos. William trató de explicarle que las Cruzadas no se hacían para someter a los pueblos ni para enriquecerse, sino únicamente para recuperar Jerusalén y afianzar la victoria de la fe cristiana.

—¿Y ha alcanzado ya el rey esa victoria?

El misionero tuvo que negarlo.

—¡Pero no ceja en su empeño!

—¿Y los ejércitos del Islam?

—No se ponen de acuerdo —dijo William—, ¡aunque tampoco ellos ceden!

Batu-khan movió pensativo la cabeza.

—¿Al menos se han puesto de acuerdo los cristianos? —preguntó, dejando entrever que conocía hacía tiempo la respuesta.

De modo que también William continuó moviendo la cabeza con aire

compungido. Batu no cedía terreno.

—¿Por eso deseáis que me haga cristiano, y por eso me traéis esa carta?

William estaba confundido, y Barzo se apresuró a intervenir:

—El deseo de nuestro rey responde únicamente a su preocupación por la salvación de vuestra alma —dijo, tratando de mirarlo fijamente a los ojos.

Batu-khan pidió a sus huéspedes que tomaran asiento y les dio de beber *kumiz* de su copa dorada, lo que suponía un gran honor, como les comunicó el intérprete con voz temblorosa. Primero bebió el propio Batu, y todos aplaudieron dos veces; antes de que se llevara la copa a los labios y cuando volvió a dejarla. Sólo entonces pudieron beber sus invitados y todos los presentes. A la entrada de la tienda, donde se guardaban los cuencos, se organizó un gran alboroto. William alzó la escudilla y exclamó:

—¡Bebo por la salud, la sabiduría y la felicidad del gran Batu-khan! —Cuando el intérprete lo tradujo, todos se dieron cuenta de que estaba ya borracho.

Batu sonrió benévolo y volvió a beber, de nuevo acompañado por las rítmicas palmadas de sus vasallos. En cuanto vaciaba la copa, se la volvían a llenar. William sintió el efecto embriagador de la leche de yegua fermentada, pero no estaba dispuesto a caer rodando el primero. El aplauso animaba a los bebedores, y también William fue obsequiado con unas sencillas palmadas. El rostro carmesí de Batu brillaba. Aquella orgía incipiente parecía alegrar su corazón, pero de pronto su mirada recayó en el sacerdote.

Crean-Gosset permanecía como paralizado y con la mirada clavada en el suelo en medio del ambiente festivo que reinaba entre los mongoles. Tindal tradujo, tartamudeando, que a Batu-khan no le agradaban las miradas ausentes ni las expresiones adustas. *Monseigneur* debía alzar la cabeza y beber con ellos. Crean, que había sido presentado como confesor de William, se incorporó, se inclinó profundamente ante Batu, y abandonó la tienda sin pronunciar una sola palabra.

—¡Al contrario que vuestros nestorianos, los sacerdotes de la Iglesia romana del Papa no ingieren bebidas embriagadoras! *Monseigneur* se toma muy en serio su voto —explicó William, ligeramente achispado, y por tanto menos cohibido, al soberano, con la intención de dar por zanjado o, mejor aún, de hacer olvidar el incidente. Al decirlo bizqueaba.

Batu repuso:

—Está bien, ¡pero que no nos incordie con sus manías! —Todos se echaron a reír, incluso William, y alguien preguntó:

—¿Es cierto que el Papa tiene más de quinientos años?

Barzo respondió:

—Es muy posible que el papado exista desde hace más tiempo incluso, pero mientras ha habido cerca de cien papas.

Eso dejó perplejos a los mongoles; Gengis-khan, el eterno, y su tercera generación de descendientes debían de parecerles mucho más creíbles.

En algún momento de la velada, Batu-khan se hizo conducir a sus aposentos. También el hermano Barzo había sido acompañado hacía tiempo a la *yurta* de los huéspedes. Tindal estaba tirado en el suelo, diciendo tonterías. William, en cambio, seguía bebiendo, aplaudiendo, bebiendo, y todos acudían a palmotearle la espalda y a brindar con él. ¡Y cada vez vaciaba la escudilla! A la mañana siguiente no lograba recordar cómo y cuándo llegó a su *yurta*. Además tampoco se encontró en su lecho, sino delante del mismo, con el atuendo completo, la mitra en la cabeza y el báculo en el brazo, como los obispos franceses que, esculpidos en piedra, yacen en el coro de las catedrales.

Al abrir los ojos pensó que estaba muerto, y no se atrevía a moverse. Pero después descubrió que encima de su camastro roncaba Tindal, lo que devolvió al misionero toda su energía vital. Echó al intérprete de la tienda y se tumbó a dormir la resaca hasta el mediodía.

Más tarde acudió el guía, se inclinó ante el franciscano, y dijo:

—William de Roebruk ha sabido introducirse en el corazón de todos los mongoles gracias a su resistencia en la bebida. En verdad, sois un hombre célebre. Batu-khan no desea llevarle ventaja a su sobrino Mangu, el gran khan. Debéis viajar a verlo, para que el *khagan* pueda conocerlos. Podéis llevaros al intérprete; pero los otros acompañantes deben regresar al campamento de Sartaq y esperar allí vuestro retorno.

El minorita Barzo empezó a despotricar. Juró que prefería dejarse cortar la cabeza a regresar allá. William declaró sucintamente al guía que no estaba dispuesto a separarse de sus compañeros. Tampoco podía prescindir de su criado, y mucho menos del confesor. El guía protestó, pero volvió a parlamentar con Batu y le expuso cuanto le habían dicho.

La respuesta que les comunicó después, siempre balbuciente, era:

—El sacerdote Gosset regresará al campamento del hijo de Batu. Los dos hermanos minoritas viajarán con el criado y el intérprete a Karakorum. Batu desea a William de Roebruk salud, sabiduría y felicidad.

Como *monseigneur* acabara de unirse a ellos, William hizo ver que deseaba conservar a su confesor, pero esta vez el guía lo interrumpió sin ambages:

—Ahorraos los argumentos. ¡Batu ha tomado una decisión y no tengo intención de volver a su tienda! —William lo entendió, y aun así se disgustó consigo mismo, pues estaba claro que tendría que sacarle a Crean-Gosset las castañas, léase los niños, del fuego. Después se percató de que el guía quería añadir algo—. Yo también debo regresar al campamento de Sartaq. Batu os asignará otro guía, que os conducirá ante el gran khan. —Era evidente que lo lamentaba.

William se mostró generoso y le regaló un anillo de oro y una cruz con su cadena, pero el hombre no quiso aceptarla, pues mostraba el cuerpo desnudo del Crucificado. Había sido educado por los nestorianos, según tradujo Tindal, quienes, al igual que los armenios, rechazan la representación figurada del cuerpo de Cristo, porque no

quieren venerar a un cadáver. De modo que le dio dinero a cambio.

Crean-Gosset no se había enterado de todos los detalles que se habían comentado allí.

—Os alegraréis de libraros de mí, William —comentó con voz cargada de amargo sarcasmo—. La verdad es que, dado vuestro carácter, no estoy seguro de que vayáis a realizar la tarea que se os ha encomendado.

William despachó a Tindal y a Filipino, encargándoles que fuesen a adquirir abundantes provisiones para el viaje.

—*Monseigneur* —dijo después en voz baja—, es cierto que no soy miembro de vuestra asociación secreta, y que voy a ver a los niños fundamentalmente por imperativo de mi corazón...

—¡No pretenderás hablarme ahora de la pureza de tu corazón, William! —repuso Crean con acritud—. Por lo que sé de ti, no traicionarás nuestro plan, sino que lo olvidarás, por pura comodidad y desidia.

—Siempre nos queda el hermano Barzo, que me lo recordará constantemente —replicó el inculpado—. Por lo demás, te diré que, teniendo en cuenta el verdadero objetivo de nuestro viaje, no me agrada en absoluto prescindir de tu ayuda. En cuanto llegue allá y compruebe que no son capaces de negarme ningún deseo, ordenaré que te reúnas con nosotros. Y no porque quiera volver a verte, viejo cascarrabias, sino porque verdaderamente no me hace gracia tener que sacarle yo solo las castañas del fuego a la *Prieuré*.

—Y yo esperaré en el confortable campamento de Sartaq, junto a mis bienamados colegas sacerdotales.

—¡Alégrate —dijo Barzo, riendo— de que no se trata de sacerdotes de la Iglesia oficial, pues se enterarían enseguida de que no eres capaz ni de rezar el credo, pedazo de hereje! —William y Barzo abrazaron a Crean, que a la mañana siguiente partió con el guía. Los «restantes» se dedicaron a preparar el largo viaje, que debían iniciar el día en que se celebra la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz^[333], 15 de septiembre de 1253 d.C.



Informe de los Servicios Secretos para el poderoso Bulgai, juez del Tribunal Supremo de todos los khanatos mongoles

Venerable protector de la ley, hemos seguido al prodigioso William, de quien se dice que es tan resistente a la bebida. Posiblemente haya rebasado ya los treinta años, pues el cabello que le queda no es más que una escueta corona de rizos rojos. Debido a su carácter reposado es bastante corpulento, de modo que es difícil encontrar una montura capaz de transportarlo. Procede de un lugar llamado Roebruk, cuyo nombre ha adoptado, bien porque no pertenezca a ninguna estirpe de rango, bien porque desee ocultar su procedencia. Ese poblado llamado Roebruk, o también Rubruk, se

encuentra al parecer en un país denominado «Flandes», o también «Flamingia», que linda con el gran mar océano y del que nadie sabe decir a ciencia cierta si pertenece al rey de los francos o al emperador del Imperio Romano. William es miembro de una Orden que se ha puesto bajo la advocación de un tal Francisco, al que dicen santo. Nos permitimos recordaros que también Juan de Pian del Carpine pertenecía a esa Orden, mientras que los hermanos Longjumeau formaban parte de la familia de los *canes Domini*^[334].

Lo envía el rey de los francos, aunque el fraile insista en que es Jesucristo —del que, sin embargo, todos saben que fue ajusticiado— quien lo envía. En cambio, no afirma cumplir un encargo del Papa, quien, a fin de cuentas, es considerado la cabeza de todos los cristianos del «resto del mundo», y al que se someten todas esas Órdenes, con sus frailes y sacerdotes. En nuestras pesquisas hemos descubierto que, más allá de los países donde rige la ley *yasa* y gobierna nuestro gran *khagan*, no hay un mando único y unívoco. Allí los cristianos distinguen entre el «poder espiritual», del que responden diversas Iglesias, y el «poder terrenal», que todos ellos se disputan. Poner remedio a tal desorden será una de las primeras tareas que habremos de asumir, una vez puestos en marcha los proyectos de nuestro gran khan. Con vuestra venia, diremos que la consideramos una cuestión extremadamente urgente.

Disculpad el exordio, pero vos mismo nos habéis indicado que cualquier dato sería de utilidad.

Sin duda alguna, William de Roebrok oculta detrás de su identidad a una personalidad más encumbrada que el sencillo misionero por el que pretende hacerse pasar. Eso se deduce también de su posición ante el rey, cuyo asesor dice ser, así como frente al Papa, a quien supera en fama y que no está capacitado para ordenarle nada. Pero sobre todo se deduce de la información recibida que él, y no otro, es el hombre de confianza de la pareja real, y que seguramente ha sido enviado por el Grial, lo que explicaría tanto misterio como rodea su vida y su origen. Sus compañeros son Bartolomeo de Cremona, también adepto de Francisco, y un clérigo llamado Gosset, a quien por cierto Batu ha declarado no apto para comparecer ante los ojos del gran khan Mangu. A ellos se añaden un servidor griego llamado Filipo y nuestro Timdal, al que, con un total desconocimiento de sus dotes, llaman *homo Dei*.

El hijo del jefe de diez centurias, a quien enviasteis a Batu pretextando ser un simple guía, puso a prueba su fortaleza moral y le señaló que el viaje duraría cuatro lunas, refiriéndole también que en estas regiones el frío es capaz de reventar árboles y piedras.

Obtuvo por toda respuesta las siguientes palabras:

—¡Soportaremos todo, confiando en el poder de Dios!

William de Roebrok confía, por tanto, en sus poderes mágicos. Nuestro hombre replicó entonces:

—Si no lo aguantáis, os dejaré tirados en el camino.

Pero el fraile repuso:

—No lo haréis, pues no es vuestra misión presentaros ante el gran khan con las manos vacías, sino llevarnos a su presencia.

Entonces nuestro hombre les hizo entrega de ropas aptas para el viaje: pellizas de cuero, pantalones y botas de piel, pues sólo llevaban consigo lujosas túnicas y toscos hábitos —seguramente a guisa de disfraz— y sandalias con las que pretendían caminar semidescalzos. Sus numerosos bultos fueron repartidos entre varios animales de carga.

Partieron hacia Oriente y avanzan diariamente el trecho que les prescribe el guía, sin quejarse jamás, pese a que cada vez resulta más difícil encontrar un caballo suficientemente robusto para cargar con William.

La extraordinaria fama de William les precede siempre, adonde quiera que vayan. Las gentes esperan junto a los caminos y lo saludan como se saluda a un rey. Por la noche lo invitan a sus *yurtas* como si fuese un famoso chamán, le preparan succulentas comidas y beben en su compañía.

Debéis saber que nuestros vasallos en esa región no poseen muchos bienes, y que William es un hombre de buen beber y mejor yantar. Pero, al contrario que el resto de los legados que hasta ahora nos han visitado, es un señor increíblemente generoso. Nunca ha dejado de ofrecer a sus anfitriones una dádiva tan cuantiosa en monedas que compensa con creces lo que consumen él y su séquito. Paga con oro, que lleva encima sin mostrar temor alguno. También eso nos permite concluir que no es aquél por quien se hace pasar. Debe de tener un rango en el seno de la Iglesia muy similar al del Papa. Ello explicaría también las atrevidas palabras con que saludó a Baturkhan. Quien se siente seguro de su rango, no suele amilanarse. Con la venia, cabría preguntarse ¿en qué reconoceríamos al Papa, si viajase en secreto y disfrazado de sencillo fraile, para presentarse ante el *khagan* con el pretexto de tener que entregar una carta y dar fe de su dios cristiano Jesús? Ignoramos qué aspecto tiene el Papa, salvo que es muy viejo, por lo que William queda descartado. Pero su gran valor, sabiduría y conocimientos lo distinguen. Le habló a nuestro hombre de la incalculable vastedad del océano, y llegó a afirmar que alguien que se hiciese a la mar en su país, Flandes, encomendándose a la protección de Dios, y navegase siempre rumbo a Occidente, arribaría un día a la costa de Cathai. Esto es increíble, hasta aterrador, y sin duda cosa de magia, pero así lo afirma William.

En otoño, la legación entró en la ciudad de Kinyak^[335], habitada por sarracenos. El gobernador recibió a William con aguamiel y vino, a pesar de que éste le tendió un palo con la efigie del Crucificado. Pues bien, sin tener en cuenta las diferencias en materia de fe, el gobernador consideró que la visita constituía un gran honor, y William bebió de todos los vasos que le ofrecieron y habló con el gobernador en la lengua del Profeta, lo que alegró sobremanera a las gentes del lugar. Y lo mismo ocurrió en esa colonia de presos alemanes creada para buscar oro y metales y fundirlos para confeccionar armas. William les habló también en la lengua de su tierra, los colmó de regalos, y rezó con ellos. Muchos lloraban de felicidad. Quizá

entendáis ahora, venerable señor, lo que antes considerábamos una exageración del secretario de la corte, cuando afirmaba que el propio rey de los francos deseaba saber si el señor William había llegado con bien, y si lo habíamos recibido como convenía. No debemos consentir que le falte de nada, a pesar de que cada vez es más seguro que William tiene la intención de bautizar al gran khan, lo que antes siempre habíamos creído que era una broma de dicho secretario. El fraile parece muy devoto del vino, pues el escrito del conde Jean de Joinville a William de Roebruk concluye con una observación acerca de la excelencia de dicha bebida. No sabemos qué pensáis acerca de esta cuestión, pero quedáis advertido, si no deseáis que nuestro gran khan Mangu adopte la doctrina de los cristianos.

William tiene un modo muy curioso de difundir el Cristianismo. El peligro radica en que no te das cuenta de su magia, y ¡zas! ya eres cristiano. Las gentes le aplauden nada más verlo, y él las bendice. Así les ocurrió incluso a los persas de Equius, y en el mercado de Caialic^[336], en el país llamado Organum. Allí el guía decretó un descanso de doce días para esperar, como se había convenido, la llegada de nuestro mensajero que, en su calidad de «secretario», debía ayudarle en todos los asuntos que hubiera que arreglar en la corte del gran khan.

Según declaró el sabio William, el nombre del país, Organum, tiene su origen en «Organa», pues allí debió de haber alguna vez muchos y muy duchos tañedores de cítara. Pero ni siquiera él entiende la lengua en la que celebran misa los nestorianos. Visitó los templos de los ídolos, aunque, al decir de Timdal, le desagradan en grado sumo, sobre todo las ropas de color azafrán que llevan los sacerdotes, que se hacen rapar la cabeza, sostienen permanentemente un cordón de cuentas entre las manos y musitan *Om manipadme hum*^[337], lo que, como sabemos, no significa nada malo, sino simplemente «Dios, tú lo sabes». Pero William se alteró mucho al verlos.

Era ya casi invierno cuando la comitiva se puso de nuevo en camino, dirigiéndose hacia la cordillera del norte. Aunque William y sus acompañantes han adoptado las prendas de pieles y avanzan bien abrigados y embutidos en ellas, los pastores que cuidan los rebaños los reconocen, y también los campesinos y mercaderes que se cruzan en su recorrido. Lo saludan con devoción, pues lleva las pieles con la dignidad de un príncipe. Advertimos al guía que acelerase en lo posible el viaje, pues las montañas están ya cubiertas de nieve y empieza a nevar en los valles. Con ello surgen nuevas dificultades, pues los rebaños han empezado hace tiempo a abandonar esas regiones y los *yam* de las estaciones de postas, que vuestro predecesor estableció para atender a embajadas y correos, carecen de provisiones suficientes y tampoco les llegan envíos de abastecimiento. En vista de la situación, William, quien ayuna sin protestar —al contrario que su acompañante, que no cesa de lamentarse—, y sin desfallecer, tuvo la buena ocurrencia de proponer que viajaran día y noche, para duplicar así la distancia recorrida. Así lo hicieron. William tomó el mando; nuestro guía se vio superado por las circunstancias. En una garganta entre dos rocas que asustó terriblemente al guía, cosa comprensible ya que en ese paraje abundan los

malos espíritus, rogó a William que los ahuyentase con sus oraciones. La verdad es que allí han desaparecido muchos hombres sin dejar rastro; a veces, esos *ada* sólo roban los caballos, pero también ha llegado a ocurrir que arranquen las entrañas a los hombres. Por lo que recuerda Tindal, William cantó con su compañero *Credo in unum Deum*^[338], lo que parece ser una invocación a determinado dios protector. En cualquier caso, todos salieron con bien de la «garganta de los horrores». El guía le pidió a William que anotara las palabras mágicas para llevarlas a partir de entonces como un amuleto encima de la cabeza. Pero William se negó a revelar sus poderes, enseñándole en cambio una oración que le habría convertido en cristiano a no ser porque Tindal se dio cuenta a tiempo y se negó a traducirla.

Ya veis qué dotes sobrehumanas y qué picardía tiene este William.

Finalmente, la caravana abandonó las montañas y llegó a la llanura donde se alza la tienda del gran khan. Les quedaban tan sólo cinco días de viaje, pero el *yam* de la estación en la que pretendían cambiar los caballos, completamente exhaustos, quiso llevarlos al campamento dando un rodeo, es decir, a través de las tierras de las que procede nuestro gran Gengis-khan. Eso disgustó mucho a William:

—¿Para eso debemos torturar a nuestros animales quince días más? ¡Estad seguro —le espetó al *yam*, acostumbrado a que sus órdenes sean obedecidas sin rechistar—, de que ya tengo una idea bastante cabal de la amplitud y grandeza de vuestra tierra!

Estuvieron discutiendo medio día, y al final, el poderoso hombre logró imponer su voluntad. El 27 de este mes William de Roebuk ha llegado al campamento, por lo que se encuentra ya bajo vuestra protección, venerable Bulgai. Os saludamos con la más profunda devoción.

L.S.



Crónica de William de Roebuk, en el campamento del gran khan, Circuncisione Domini^[339], 1254 d.C.

Ajustando mis pretensiones al grado general de aprecio que suelen mostrar los mongoles por los extranjeros, fuimos recibidos con todos los honores. No es que se nos erigiera un arco de triunfo, y tampoco colgaron guirnaldas o cintas con la inscripción «¡Bienvenido, hermano William, faro de Occidente!». Pero nos esperaba una amplia *yurta* en la que, sobre un caliente fogón, humeaba una sustanciosa sopa de carne; las camas estaban hechas y a cada uno de nosotros le esperaba una de esas botellas de cuello fino con vino de arroz que, excepto por el aroma, en nada se diferencia de un buen caldo de Auxerre. ¡Aquello era el cielo en tierra mongol!

En cambio sufrí ya el primer revés durante aquel arrebato de alegría por haber llegado al final de la expedición, cuando el secretario, que había cabalgado hasta Caialic para recibirnos, me comunicó, ante mis insistentes preguntas, la amarga noticia de que Roç y Yeza no se encuentran en el campamento del gran khan, sino

que han partido con su hermano Hulagu, el il-khan, hacia Karakorum. El mismo secretario de la corte me dijo también que, según la carta que Batu ha enviado a Mangu, mi rey Luis habría solicitado a Sartaq un ejército y su apoyo contra los sarracenos. Eso me irritó, puesto que conozco el contenido de la carta y sé que no menciona tal cosa, sino que únicamente contiene una advertencia a Sartaq para que se ponga del lado de los cristianos y, por tanto, se proclame enemigo de todos los que reniegan de la Cruz. Pero entonces se me ocurrió algo que, de pasada, también me había dicho Gosset, y es que los traductores eran armenios, quienes, como es sabido, albergan un profundo odio contra todo lo musulmán. De modo que seguramente habrán añadido por propia iniciativa, y movidos por su amargura, semejante propuesta. Así que me encogí de hombros, pues no me pareció apropiado negar las palabras de Batu, aunque el asunto está lejos de solventarse. Apenas Barzo, Filipo y yo hemos podido refrescarnos cuando mi compañero y yo fuimos citados a un interrogatorio, que se efectuaría en presencia de Timdal.

Por lo que revelaba el equipamiento de la *yurta*, debía de ser un alto funcionario de la corte quien nos recibió, hablándonos en tono mesurado, aunque no exento de cordialidad. Es un hombre alto, de cráneo completamente calvo. Vestía un largo abrigo de cuero negro, sin adornos, con la lujosa piel vuelta hacia adentro. Muestra un aire adusto, y lo llaman Bulgai.

—William de Roebruk —preguntó enseguida, sin ambages—, ¿quién os envía?

Yo recordé que no debía darme a conocer como embajador, aun siéndolo *de facto*. De modo que me atribuí toda la iniciativa y respondí:

—Oímos decir que Sartaq es cristiano. Por eso fuimos a verlo, y también nos hicimos cargo, como misioneros, de una carta sellada que le dirige el rey de Francia, como simples hermanos de una Orden dedicada a la difusión de la palabra de Dios, del amor...

—¡Ya sé! —me interrumpió el calvo—. Tanto vos como Bartolomeo de Cremona sois franciscanos, *Ordo Fratrum Minorum*.

—Sartaq nos envió a ver a su padre Batu, y éste a su vez nos envió aquí. Es posible que en la carta que dirige a su sobrino, el *khagan* Mangu, dé razón de ello.

No quería yo que aquel personaje me creyera ignorante de los lazos de parentesco que existen en la dinastía de los gengiskhanidas.

—¿Habéis venido a sellar la paz con nosotros?

Era una pregunta capciosa, y le respondí:

—Nuestro rey envió esa misiva a Sartaq pensando que es cristiano. De haber sabido que no es así, no habría escrito la carta. Por lo que respecta a sellar la paz, sólo puedo expresar mi propia opinión de que jamás ha existido motivo alguno para que el pueblo de los mongoles y el de los francos se enzarzen en una guerra. Pero, en el caso de que queráis acabar con el rey y su pueblo sin motivo alguno y promováis esa guerra, ¡confío en que Dios, el Justo, nos asista!

—Habláis sin temor, William de Roebruk, pero no sois convincente —me

amonestó—. ¿Para qué venís entonces, si no es para sellar la paz?

Como todos los mongoles, también el calvo, en su arrogancia, presupone que todo el mundo quiere «sellar la paz» con ellos, lo que en su lenguaje no significa otra cosa que someterse para bien y, más generalmente, para mal. De modo que respondí:

—William de Roebruk ha venido porque Dios le ha hecho venir a vuestro país. La palabra de Dios es la paz que Él quiere sellar con vosotros. Eso es lo que os ofrezco.

Parecía meditar mis palabras, o querer recordarlas para informar al khan, pues a continuación nos llevaron de regreso a nuestra *yurta*.

No nos falta de nada, y, sin embargo, nuestra situación parece una especie de arresto domiciliario.

En el campamento de la corte, víspera de la Epifanía.^[340]

Por la mañana se nos comunicó que nuestra audiencia había sido pospuesta, por lo que decidí expresar mi disgusto y salir solo, sin guía, criado ni intérprete, al exterior de mi *yurta* y atravesar el campamento. Para mi sorpresa, nadie intentó disuadirme. Por el contrario, todos me saludaron con respeto y cordialidad, y pude oír cómo pronunciaban a mis espaldas palabras llenas de curiosidad. Yo había elegido el atuendo más abrigado del obispo. Sobre él llevaba una capa carmesí con capucha, ricamente bordada en oro y forrada de armiño. En la mano sostenía el báculo con el crucifijo. Nadie podía decir que me hubiera escabullido de incógnito.

En el extremo oriental del campamento divisé una pequeña vivienda en cuyo techo había una cruz. Suponiendo que se trataría de una diminuta iglesia cristiana entré con toda confianza, y vi un altar primorosamente arreglado. En el paño, entreverado de hilos dorados, se veían imágenes bordadas del Salvador, de la Virgen María, de san Juan Bautista y de dos ángeles, todo ello rodeado de un festón de perlas. Encima del altar había una cruz con incrustaciones de piedras preciosas y numerosos objetos suntuosísimos de culto, iluminados por las velas de un candelabro de ocho brazos. Delante se arrodillaba un monje armenio, enjuto y con las mejillas hundidas. Llevaba un abrigo de seda negra forrado de piel, y debajo un áspero sayo de penitente que sujetaba con un cinturón de hierro. Antes de que me pudiera saludar, me arrojé al suelo y canté el Ave Regina Coelorum^[341]. El monje me acompañó de inmediato con una poderosa voz de bajo. Cuando nos incorporamos, me saludó citando mi nombre, pero sin asomo de falsa humildad. Se presentó con el nombre de Sergio^[342]. Había habitado como eremita en las proximidades de Jerusalén, me dijo, donde Dios se le había aparecido en tres ocasiones, instándolo a visitar al soberano de los tártaros. Primero hizo caso omiso, no muy seguro de si debía obedecer esa invitación, y entonces Dios lo arrojó al suelo y lo amenazó con la muerte. De modo que se puso en camino.

—¿Habéis conseguido ver al gran khan? —quise saber enseguida.

—He hablado con Mangu —me dijo—, y lo conminé a dejarse bautizar, pues de ese modo llegaría a gobernar el mundo entero y todos los reyes y el Papa le rendirían tributo. También vos, William de Roebuk, enviado de Dios, más poderoso que todos los hombres, deberíais hablarle abiertamente y sin temor.

De entrada, dudé mucho de que Sergio hubiese visto al gran khan. Me pareció probable que hubiese soñado ese encuentro estando afectado por la fiebre. Pero, además, yo no tenía la más mínima intención de proceder del mismo modo.

—Querido hermano —repuse con dulzura—, lo invitaré gustoso a hacerse cristiano, para eso he venido; también le aseguraré que ese paso sería bien visto por el rey y por el Papa. Pero jamás le prometeré que se someterán a él y que le pagarán tributos como hacen otros pueblos. ¡No podría justificarlo ante mi conciencia!

El hombre guardó un obstinado silencio; tampoco mis palabras de despedida obtuvieron respuesta. Ya se sabe cómo son los armenios.

Regresé a nuestro alojamiento, donde me esperaba Filippo con la noticia de que el gran khan había partido hacia Karakorum. Furioso, increpé a mi hermano Barzo, aun sabiendo que era injusto.

En eso entró Bulgai en nuestra *yurta*, acompañado de un numeroso séquito. El siniestro calvo es el juez supremo de todos los mongoles. Traía lujosos regalos: dos magníficos abrigos de piel de un extraño animal que los rusos llaman marta cebellina, uno para mí y otro para Barzo. Además, enormes gorras altas de la misma piel y una más pequeña, de piel de lobo, para mi criado. Botas y guantes completaban nuestro ajuar, así como unas mantas que, aunque hechas del mismo material, eran ligerísimas, pues las habían relleno con plumón de patos jóvenes. Todo eso lo explicó Timal con voz temblorosa a causa de la emoción, o, más llanamente, por el miedo, pues es costumbre del juez supremo mandar decapitar a los intérpretes que se emborrachan.

Yo, en cualquier caso, no me amedrenté, y dije:

—Os damos las gracias por tan selectos regalos. Aunque me hacen pensar que hemos de prepararnos para un largo invierno, antes de poder presentarnos ante el gran khan.

Entonces sonrió y señaló con un ademán de su carnosa barbilla el lujoso ropaje que yo llevaba puesto.

—Veo que os habéis preparado para el gran acontecimiento, William de Roebuk. El gran khan no quiere ir a la zaga. De ahí que se haya adelantado, para prepararos en la capital el festivo recibimiento que os merecís.

Aquello era ya rizar el rizo, y repliqué:

—Seguramente también es cierto que el soberano no quiere renunciar a Roç y a Yeza, pues son la llave de Occidente, mientras que yo sólo soy la cerradura a través de la cual podéis echar un vistazo a sus promesas...

—No necesito hacerlo —dijo Bulgai—, me basta con veros la cara. —Y me miró con fijeza, de modo que me sentí traspasado por un acero frío e involuntariamente me toqué la nuca—. Vos nos abriréis la puerta al «resto del mundo». Allí erigiremos un

trono, un trono hecho de madera mongol, para la pareja real, a la que probablemente conocisteis cuando aún eran niños. Los reyes de la paz deberán representar la *pax mongolica*, al menos vamos a educarlos con ese objetivo. Cuando vengáis a Karakorum podréis presentar vuestros respetos a la pareja, que encontraréis a los pies del gran khan.

—Los abrazaré lleno de alegría, mis pequeños... —dije, sin poder contener la emoción que me embargaba al pensar en los infantes, pero Bulgai atajó toda efusividad.

—¡Reprimid semejantes confianzas, William de Roebuk! Roç y Yeza son los futuros soberanos mongoles. ¡Deberéis mostrar más respeto hacia ellos, o no volveréis a ver a la pareja real!

Con estas palabras nos dejó, y ya no osé preguntar cuándo se celebrará ese encuentro, ¡si es que va a celebrarse!

L.S.

IX

DEL CUADERNO DE BITÁCORA DE TAXIARCOS

Taxiarcos, capitán de la trirreme Contessa d'Otranto^[343], a las órdenes de Hamo l'Estrange, conde de Otranto, Ayas^[344], Armenia, 25 de mayo de 1253

A finales de abril partimos a toda prisa de Constantinopla, respondiendo así al ferviente deseo del dueño de la nave, después de que el fraile Lorenzo de Orta nos comunicara que la joven esposa del conde Hamo había sido vendida a un mercader de esclavos en la costa de Armenia.

Navegamos día y noche, por la vía más corta, hacia Ayas, lo que me puso los pelos de punta —ésta es la primera vez que capiteo un barco— ya que el Egeo está lleno de pequeños islotes rocosos, tan pequeños que a menudo casi ni se los ve. Cuando la condesa Shirat fue vendida en Ayas, el brutal capitán de los piratas lanzó despiadadamente a la hijita de la joven a las aguas del puerto, para no dificultar la venta de la madre, y el conde Hamo confiaba en poder encontrar allí algún indicio del paradero de su hija y de su amada esposa.

El capitán pirata nos sirvió de piloto involuntario. Me vi obligado a sonsacarle cada información atizándole, marcándolo con el puñal o al fuego. Por la noche lo atamos a la parte delantera del barco como si fuese un mascarón de proa, para que gritara en cuanto avistara un escollo que pudiera hacer zozobrar nuestra nave. Pero ni siquiera eso hizo de buen grado. A pesar de todas estas dificultades llegamos a Ayas, un mísero poblado de pescadores. El repugnante sujeto nos quiso hacer creer que no reconocía el lugar. La población nos recibió con hostilidad. Los hombres se habían refugiado en las montañas; las mujeres, que lavaban ropa en la orilla, formaban un sordo muro de silencio. Ninguna recordaba haber visto a una joven conducida por la fuerza, ni a una niña que hubiese sido salvada de las aguas. Ninguna quería recordar el rostro del capitán de los piratas, ni siquiera cuando le corté la cabeza y se la puse a cada una de aquellas mudas lavanderas delante de las narices. No pestañearon. Tuvimos que darnos por vencidos. Cuando nos aprestábamos a regresar en el bote de remos a la nave, llegó arrastrándose una muchacha tullida que nos susurró con voz atropellada:

—¡Fue Abdal, el hafsí!^[345] —No pudo decir más, porque las demás mujeres la ahuyentaron a pedradas.

Mahdia^[346], emirato de Túnez, 7 de julio de 1253

«Abdal, el hafsí»: la información no parecía llevarnos muy lejos, pues el ámbito de poder de la dinastía hafsí se extiende, sin que sus límites se especifiquen con

precisión, desde el golfo de la Gran Sirte, es decir, la frontera occidental del sultanato mameluco de El Cairo, hasta las tierras gobernadas por el soberano de Marrakech, y allí uno de cada dos hombres se llama Abdal, lo que significa: hijo de Alá.

Pero el conde Hamo no quería desistir. No podíamos costear las playas de Tierra Santa, pues por aquellas fechas se libraba una encarnizada guerra naval entre Venecia y Génova y las flotas de cada una de las partes se habían hecho a la mar, junto con sus aliados, por lo que parecía aconsejable dar un rodeo para evitar un encontronazo con esos gallos de pelea. De modo que pasaron casi seis semanas hasta que la guardia costera de Cartago dio con nosotros.

Cuando les mostramos el pabellón imperial y siciliano^[347], los funcionarios se mostraron muy amables, alabaron al rey Manfredo y nos entregaron un salvoconducto que nos permitía seguir navegando por el golfo hasta el puerto de Mahdia, sede del mercado de esclavos de Kairuán^[348], la ciudad prohibida.

Al preguntar allí por el comerciante Abdal, el jefe de la guardia nos aseguró, con disgusto evidente, que los seguidores del de Anjou^[349] habían puesto precio a la cabeza del hafsí, de modo que, por lo que ellos sabían, éste había trasladado su campo de actividades a territorio aragonés. Nos aconsejaron que preguntásemos en Tingi^[350]. Esta ciudad quedaba bastante lejos, pero ellos afirmaban que, sin duda, allí tendríamos más posibilidades de encontrar a quien buscábamos que en Mahdia, donde hacía años que no se le había visto.

Le he explicado al conde Hamo que, en lugar de navegar hasta el Yabal Tarik^[351], sería más razonable dar vuelta atrás y buscar la pista no tanto del mercader, como de la propia Shirat. De ella sabemos al menos que desde el puerto armenio de Ayas fue trasladada al interior. De modo que deberíamos seguir su rastro en esa dirección. Pero el conde Hamo ha logrado imponer su terca voluntad y hemos puesto rumbo a alta mar, hacia poniente, para rodear a una distancia prudente la costa bereber, que está infestada de piratas.

Ceuta^[352] y costa de los Almohades^[353], 2 de septiembre de 1253

Los gobernantes de estos parajes, el confín de Occidente, donde comienza el gran océano, se han otorgado el título de califas, y se comportan de una manera que tan sólo estamos acostumbrados a ver entre los tártaros de Oriente. No quisieron dejarnos pisar la vieja ciudad goda de Tingi, que linda ya con el mar de Atlas^[354], y tampoco nos permitían cruzar la cordillera del mismo nombre. Las autoridades sospecharon de nosotros cuando afirmamos que no queríamos ir a Marrakech, sino a Fez. Nos aseguraron que allí no había ningún mercado de esclavos y que el de la capital no estaba abierto a los perros cristianos, a menos que llegaran como mercancía. Al principio incluso nos prohibieron atracar y bloquearon la trirreme con una larga y pesadísima cadena de hierro. Luego enviaron mensajeros a su *amir al-mumin*, como

llaman a su califa en su afán por demostrar que no están dispuestos a acatar la soberanía de Bagdad. Los mensajeros debían preguntar qué cabía hacer con nosotros, y si no habría que considerar enemigo al emperador y rey de Sicilia. Tardaron bastante en resolverlo, pero finalmente el gobernador de Ceuta permitió que unos comerciantes nos aportaran provisiones y agua fresca con sus pequeñas embarcaciones. Después de más de dos meses de inútil espera, la cadena fue retirada sin que se dignaran darnos explicaciones.

Hamo hizo un cuantioso regalo a los vigilantes del puerto que acudieron en barcas de remo a vernos, y pudo averiguar a cambio que jamás habían visto por allí a ningún «Abdal, el hafsí». Lo afirmaban muy seguros, pues todo comerciante debe registrarse al llegar y al partir, ya sea por mar o por la senda costera de Tremecén^[355], a no ser que llegue con una caravana por el sur, cruzando el desierto. Pero en este caso sólo traen esclavos negros. Decían también que no hemos hecho bien en navegar hasta su país y que deberíamos regresar pues, de no hacerlo, nos acusarían de ser espías. Asimismo nos aseguraron que en Argel hay un mercado enorme, el más importante del mundo, y que probásemos fortuna allí.

A la altura de las Baleares, por Navidades

De regreso tuvimos que remar durante gran parte del trayecto, pues los vientos no nos eran favorables. Traté de mantener a nuestra llamativa trirreme en alta mar, dado que los barcos piratas de Cartagena, ganada ya para la cristiandad, son tan peligrosos como las *daus*^[356] de los de Orán^[357]. Creíamos haber rebasado aquellos peligrosos parajes sin mayores percances cuando de pronto, ya de noche, nos vimos rodeados por un enjambre de pequeñas y ágiles embarcaciones. Normalmente habría mandado izar todas las velas y ordenado que todos los hombres acudiesen a los remos, para arrollar a los atacantes a todo trapo. Pero reinaba una calma chicha, y los agotados remeros estaban profundamente dormidos. De modo que emprendí sin más una atrevida maniobra, que consistió en sacar el espolón y lanzar la trirreme en dirección a donde se observaba la concentración mayor de *daus*, pero ellos nos sortearon con mucha habilidad, a la vez que arrojaban sobre nosotros una lluvia de flechas. Entretanto se había despabilado nuestra tripulación y los hombres acudieron a los puestos de defensa, pero por mucho que maniobráramos no había forma de librarse de los atacantes, que cada vez se acercaban más, introduciéndose incluso entre nuestros remos. Pocas esperanzas podíamos tener de vencerlos, dada su superioridad, y ya golpeaban con sus hachas nuestras temibles guadañas, capaces de destrozar cualquier velamen hinchado cuando reina un tiempo tormentoso. Pero debido a la falta de viento más bien representaban un impedimento y se enredaban en las velas de las *daus* sin fuerza suficiente para rasgarlas.

Hamo había acudido a mi lado y se limitó a comentar, desdeñoso:

—¡Un orgulloso escorpión en medio de un hormiguero! —Con toda la razón me achacó la culpa de lo que estaba sucediendo, pues, al fin y al cabo, soy el capitán.

Entonces ordené que cargaran las catapultas con fuego griego^[358] a toda prisa, pero sin dispararlas, simplemente dispuse que giraran hacia afuera los recipientes de los que salen las llamas. Luego ordené que retiraran todos los remos en uno de los flancos y envié a todos los hombres al otro lado. Esto nos permitió trazar una curva tan cerrada que el fuego desbordó los recipientes y regó a quienes nos atacaban. En un momento vimos arder todas las *dau*s. Los piratas aullaban, algunos saltaron al agua, pero muy pronto decidieron acercar sus barcas en llamas al casco de nuestra trirreme, para abordarla al abrigo de la oscuridad. Por mucho que maniobrara nuestra nave, todo esfuerzo parecía inútil. Las *dau*s más alejadas seguían acosándonos con una lluvia implacable de flechas, por lo que perdimos a muchos hombres. Nos aprestamos, ya desesperados, a sostener lo que sería nuestro último combate pues, tras habernos resistido tanto, no podíamos confiar en la misericordia del enemigo. Sólo un fuerte viento podría salvarnos de servir de alimento a los peces. Pero, de pronto, las *dau*s —a excepción de una, que se había pegado de tal modo al casco de nuestra trirreme que parecía incapaz de desprenderse— empezaron a alejarse a toda prisa en todas las direcciones. También mis hombres avistaron entonces la flota extranjera, seguramente alertada por el resplandor del fuego, que se acercaba mostrando los colores de Aragón^[359], y se deslizaron, empuñando las hachas de abordaje y sujetándose a los remos, para lanzarse sobre la tripulación de la *dau*.

—¡No los matéis! —gritó Hamo y, colgado de un cabo, saltó hacia donde los hombres seguían enzarzados en una cruel lucha cuerpo a cuerpo. Logró salvar al menos a tres de los piratas de una muerte segura a manos de sus hombres y los hizo arrastrar a cubierta.

Mientras, el escuadrón formado por cuatro naves de guerra acabó de situarse a nuestro lado. Pude leer el nombre de *Nuestra Señora de Quéribus* en la proa de uno de los veleros, cuando me llegó una voz:

—El almirante pregunta si necesitáis ayuda. ¡El reino de Aragón es fiel amigo del emperador y rey de Sicilia!

—¡Gracias! —respondí—. El conde Hamo l'Estrange saluda a Xacbert de Barberá! —Demostraba así que conocía muy bien al dueño del velero de guerra aragonés—. Agradecemos su interés, ¡pero la *Contessa d'Otranto* acabará sola con esta mala ralea!

Después de este intercambio de saludos, los veleros se alejaron rumbo a Mallorca. A continuación me encaré con los tres piratas, que procedían de Orán. Hamo les preguntó por Abdal, el hafsí.

No respondieron. Entonces les advertí:

—¡Habéis perdido la vida, pero estoy dispuesto a perdonáros la y a compensaros con oro si ponéis a trabajar vuestras cabezas y forzáis un poco vuestra memoria!

Mis palabras los hicieron reflexionar. Por fin habló el más anciano:

—Hace exactamente tres años, algún poder oculto difundió un mensaje. Señor, creedme, yo ignoro quién estaba detrás; no era ninguna de las partes que se enfrentan aquí, en el Mediterráneo, pero pregonaba (lo recuerdo muy bien) la extraña y siniestra misión de atacar Otranto y capturar vuestra trirreme, la *Contessa*. Por eso nos lanzamos hoy sobre vosotros, a pesar de nuestros temores de que el diablo anduviera metido en esto. En realidad, esta trirreme que navega bajo el pabellón de Sicilia y del emperador, ya no debería existir siquiera. Y teníamos razón, pues sólo el diablo pudo convocar a esos aragoneses en medio de la noche, ¡de otro modo, ahora seríais vos quien temblaría por su vida!

—El diablo no siempre se pone del mismo lado —intenté consolarlo—. Cuando, hace tres años, capturasteis a la trirreme en su camino hacia Constantinopla, en el mar Jónico, estuvo de vuestra parte. Aquella mujer y la niña que apresasteis entonces, ¿es verdad que fue vendida al mercader Abdal, el hafsí?

—Yo no estuve allí cuando cogieron a la mujer y a la niña, pero es cierto que siempre le rendemos nuestro botín a Abdal.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —De pronto calló, al darse cuenta de que sus compañeros lo miraban ceñudos.

Les dije:

—Hasta ahora no habéis hecho gran cosa por salvar el pellejo. Si no me decís ahora mismo dónde podemos encontrar a ese mercader, lo pagaréis con vuestras vidas.

A pesar de todo, callaron, obstinados, y uno le escupió al viejo a los pies. Hice una seña a mis hombres, y poco después el hombre ya sólo podía sacar la lengua, pues una cuerda le estrangulaba el gaznate y se bamboleaba colgado del mástil, a modo de recordatorio que animara a hablar a sus compañeros. Y, en efecto, el anciano recapacitó:

—¡En Ascalón!^[360] —exclamó—. Pero si el hafsí se entera de que lo he delatado, ¡prefiero que me colguéis a mí también!

—Así lo haremos —le ofrecí— si no nos guías hasta Ascalón y nos muestras a ese hafsí. El resto corre de nuestra cuenta. Después podréis abandonar nuestro barco como hombres libres.

—¡Como presas libres! —gruñó el anciano—. Pero sea, siempre que no nos dejéis en Ascalón, sino en el próximo puerto en el que atraquéis después.

—Podría ser un puerto cristiano —advirtió Hamo, pero esto parecía importarle poco al anciano.

—Siempre será mejor que caer en manos de Abdal...

Así pues, seguimos navegando en dirección este.

Entre Túnez y Malta, en la fiesta de Epifanía

En Cartago interrumpimos nuestra travesía para reparar los daños causados por el ataque de los piratas. El conde Hamo, a quien nuestra empresa parece hundir en la melancolía y en ocasiones hasta en la más amarga desesperación, pareció reanimarse cuando la *Contessa d'Otranto* volvió a hacerse a la mar y avanzó con las velas hinchadas y los remos resplandecientes. Pero al sur de Malta nos vimos acosados por unos terribles vientos huracanados, que nos dejaron más maltrechos de lo que nos habían dejado los piratas. No quisimos enfilarse a la isla porque Hamo no está seguro de si las autoridades de la misma, que están a las órdenes del rey Manfredo, se han enterado de que el rey le ha donado a él la nave de su madre. En aquellas aguas, la trirreme es conocida como buque insignia de su padre, el conde Enrico de Malta^[361].

—La verdad es que ese conde y almirante del emperador ni siquiera fue quien me engendró —me confió Hamo l'Estrange, mientras luchábamos a brazo partido con el temporal y veíamos que las velas nuevas saltaban en pedazos y se astillaban los remos con los que procurábamos mantener a la trirreme de proa contra el oleaje, pues no hacerlo habría significado su (y nuestro) final seguro. Sólo después de rebasar el golfo de Sirte^[362] se calmó la tormenta y pudimos dirigirnos, con nuestra nave gravemente averiada, hacia el delta del Nilo.

Tuvimos que atracar en Alejandría^[363], pues se nos habían acabado las reservas de agua. El comandante del puerto se mostró muy amable cuando presenté a Hamo como pariente del emperador. El gran Federico de Hohenstaufen sigue gozando de la admiración de los egipcios. Además, nos dijeron que acababan de firmar un pacto con el rey Luis, en Acre, que beneficiaría al comercio y, en consecuencia, al puerto de la ciudad de Ptolomeo^[364]. Una vez más hubo que reparar la trirreme y obtuvimos cuanto necesitábamos, sobre todo un salvoconducto para entrar en todos los puertos egipcios. El comandante añadió una recomendación especial dirigida a su colega de Ascalón, lo que yo juzgué muy necesario, puesto que la ciudad —por cuya posesión hubo luchas encarnizadas y que tan sólo hace muy poco ha regresado al dominio del sultán— pasa por ser una avanzadilla muy amenazada del reino mameluco y donde, sin duda, sólo verán con desconfianza la visita de una nave de guerra cristiana.

Tierra Santa, 21 de febrero de 1254

Después de haber cruzado por delante de Gaza y cuando nos acercábamos a las fortalezas que protegen el puerto de Ascalón de cualquier asalto enemigo, nos detuvieron unos disparos certeros procedentes de las catapultas de sus torreones. Izamos el pabellón imperial, pero hasta que no hicimos ondear una bandera blanca, no se nos permitió echar al agua un bote de remos. Convencí al conde Hamo para que no se expusiera inútilmente al peligro que, sin duda, le acarrearía su carácter desabrido, pues la confrontación con el hombre que había entregado a la joven

condesa Shirat a un destino incierto, aunque seguramente cruel, requería prudencia y no sólo sed de venganza. Yo sabía lo que había que hacer y Hamo L'Estrange accedió finalmente a dejarme partir solo.

Presenté al comandante mameluco la carta de recomendación y me atendió con la mayor amabilidad. Mientras negociaba aún la retirada de la cadena que cierra el puerto, para que la trirreme pudiese entrar y ser provista de todo lo necesario, llegó un mensajero y me comunicó que Abdal, el hafsí, deseaba verme. Este hecho impresionó al comandante más que la vista de los colores imperiales.

Seguí al mensajero por la ciudad vieja de Ascalón hasta el palacio del mercader, un gigantesco edificio que se yergue como un fortín por encima de las casas adyacentes. Descubrí muy pronto que, en realidad, se trata de la antigua residencia del comendador de los templarios. En su patio hay un caravasar provisto de mazmorras para los esclavos. El propio Abdal se aloja en el *donjon*. Cuando entré allí me indicó, sin incorporarse, que tomara asiento. Es un señor apuesto, de gran estatura, cuyo agudo mentón delata, no obstante la bien recortada barba, dureza y confianza en sus propias fuerzas.

—Os conozco —declaró—, sois Taxiarcos, el «rey de los mendigos» de Constantinopla.

—Cierto —repuse mientras me sentaba.

—¿Me buscáis a causa de una esclava? —me preguntó, incrédulo, pues lo admiraba el hecho de que un hombre como yo pudiera cruzar los mares en busca de una simple mujer.

—Se trata de la condesa de Otranto —dije—, que no merece semejante destino. Habéis cometido un traspies que os coloca en una situación política muy delicada, pues aparte del hecho de que el conde Hamo, con toda la razón del mundo, os guarda rencor por ese trato indigno, Shirat es la hermana de Baibar *el Arquero*.

Observé que se quedaba como petrificado, pues az-Zahir Rukn ed-Din Baibar, llamado también *al-Bunduktari*, es, después del sultán, el emir mameluco con más autoridad entre los poderosos. Su influencia es mayor de lo que sugiere su título de comandante de la guardia de palacio de El Cairo: es la eminencia gris de la nueva casta de soberanos.

Abdal encogió un tanto el mentón y meditó largo tiempo.

—Yo no podía saberlo —musitó—. Esa banda de piratas de Orán suele hacer de las suyas en las costas magrebíes, y es cierto que solían suministrarme mercancía en la época en que me dedicaba fundamentalmente a vender esclavos en Mahdia.

—Luego tuvisteis dificultades con el señor Carlos de Anjou —procuré refrescar su memoria—, cuando, en la lucha por el poder que aún se libra en Sicilia, comerciabais también con pertrechos de guerra y mercenarios, favoreciendo, por cierto, a los Hohenstaufen.

—Estáis tan bien informado como esperaba que lo estuviera el «rey de los mendigos» —me replicó, admirado—. Desde niño he sido un ferviente admirador del

emperador Federico y, cuando esa «luminaria del mundo»^[365] nos dejó, traspasé mis simpatías a su genial bastardo Manfredo. A causa de esa lealtad fui expulsado de Túnez. Ahora me he asentado aquí.

—Vayamos al grano —lo conminé—. No estoy aquí para comentar vuestra suerte, sino la de una mujer joven y su hija.

—Nada sé de la niña —me mintió con descaró—. Por aquella época fue cuando trasladé mi campo de operaciones al mar Jónico y al Egeo. Había recibido el encargo de proporcionarle al rey Hetum de la Pequeña Armenia una selección de esclavas. Cuando llegué con éstas a Ayas, el puerto más cercano a la capital Sis^[366], se presentaron de pronto (os juro que no los esperaba) los piratas de Orán. Creo que me habían estado siguiendo después de atrapar alguna presa en aguas prohibidas, pues de acuerdo con nuestros convenios, nada se les ha perdido en el estrecho de Otranto, en el extremo meridional de Apulia. No les está permitido ir más allá de Malta. ¡Sólo el demonio sabe quién los habrá inducido a meterse donde nadie los llama! Tampoco me lo dijeron, sólo me pidieron que me hiciese cargo de la única mujer joven que llevaban consigo (ésa es la razón por la que recuerdo el episodio), y la incorporara a la caravana de esclavas que traía yo. La conseguí a buen precio, pues al fin y al cabo son antiguos proveedores míos.

—Con los que ya no podréis contar —observé, adoptando un tono seco—. Los he despachado para que sirvan de pasto a los peces, no tanto por el rapto de la condesa, sino a causa de la niña... —Hice una pausa para darle tiempo a recapacitar—. ¡No me obliguéis a hacer lo mismo con vos, sólo porque no estáis dispuesto a recordarlo!

Mi osadía le provocó asombro. De pronto, le pareció sentirse amenazado dentro de su propia fortaleza.

—Bien, había una criatura de pecho que no quise llevarme. No le causé daño y, por lo que recuerdo, las mujeres del lugar la recogieron enseguida. Él...

—Ella —lo interrumpí—. Es una niña.

—No se ahogó, de eso estoy seguro.

—¡Pero poco os importaba!

—Taxiarcos, sabéis lo que es este comercio, y vos mismo no pasáis precisamente por un samaritano. ¿Qué iba a hacer yo con una esclava que no tenía prevista y que cargaba con una criatura de pecho? Sabéis que eso hace bajar el precio. ¡Me era tan útil como un bocio o un forúnculo en el culo! —El hafsí empezaba a alterarse—. Tenía que culminar mis tratos comerciales con la corte de Armenia y deseaba ofrecer mercancía de primera.

—Bien —interrumpí aquel discurso dedicado a los entresijos de su comercio—, todo eso a mí me sirve de muy poco.

—Pero sí os valdrá lo que voy a decir ahora —dijo entonces, en un esfuerzo por satisfacerme—. En aquel momento tuve la impresión de que el rey Hetum no pretendía conservar a las mujeres que le entregué. Observé que no les prodigaban demasiadas atenciones. Más bien creo que se trataba de un regalo, un tributo que

viajaría a otra parte. Y, ahora que lo pienso, me viene a la mente otro incidente: el hermano del rey, el condestable Sempad, se mostró abiertamente interesado justo por esa prisionera que llamáis Shirat. Quería desviarla para su harén privado. El rey se lo impidió bruscamente. «¿Qué pensará el soberano de nuestro regalo —conminó a su hermano—, si se entera de que hemos seleccionado antes las mejores piezas?»

—¿Y de qué soberano podía tratarse?

—Teniendo en cuenta la situación de Armenia, podría tratarse de varios, pero a muchos de ellos podemos descartarlos, por no ser el momento oportuno: por ejemplo, al propio y pío rey Hetum, pero también al joven príncipe de Antioquía, que acaba de prometerse con la hija de Hetum. Tampoco puede tratarse del Vatatse. Por tanto, sólo nos quedan An-Nasir de Damasco, el califa de Bagdad, y el gran khan de los mongoles.

Aquella revelación cayó sobre mí como un mazazo, pues comprendí que no averiguaríamos nada más hasta haber hablado con Hetum, en Sis, siempre que el rey estuviese dispuesto a comentar la naturaleza de los regalos que envía a otros soberanos más poderosos que él. ¿Cómo decírselo a Hamo sin que se lance de inmediato sobre Sis, derribando puertas y ofendiendo al rey?

—Observo por vuestro silencio, Taxiarcos, que estáis decidido a remover este asunto. Aunque no me siento culpable, me emociona la lealtad y el afecto de que hace gala vuestro conde Hamo. Como os será muy difícil alquilar animales de carga en aquel mísero puerto de la costa armenia, permitidme que le ofrezca un pequeño regalo a vuestro amo. Enviaré a la trirreme un magnífico potro árabe y cinco excelentes camellos de carga.

Carraspeó, y un negro imponente surgió sin hacer el menor ruido. Llevaba, cruzadas sobre el torso desnudo, dos dagas del tamaño de dos cimitarras. Abdal le susurró algo al oído, y el guardián desapareció.

—Quiero confiaros un último detalle. Esta torre dispone, desde los tiempos de mi predecesor, de un espejo. Hay algunos hombres en esta ciudad que acuden de vez en cuando a mí y lo utilizan para recibir noticias o enviarlas. Ni se lo impido, ni trato de saber quiénes son...

—¿Templarios? ¿«Asesinos»?

—Exacto —dijo el hafsí, satisfecho al ver que era yo quien pronunciaba esos nombres—. De modo que puedo comunicarme con una red que se adentra profundamente en Oriente. Si vuestro amo se empeña en la insensata aventura de querer rescatar a su pequeña esposa del harén de alguno de los señores que hemos citado, podrá contar con mi ayuda siempre que me comunique sus deseos. Sólo espero que no nos tengamos que enfrentar con el *imam* de los ismaelitas, en Alamut, al que hemos olvidado incluir en el recuento. Si así fuera, no veo ninguna posibilidad...

—Queréis decir que, en ese caso, no podemos contar con vuestra ayuda —repuse sonriente, y me puse de pie.

—Me sería muy difícil, pero en cualquier caso enviadme aviso cuando Hetum os haya revelado hacia dónde han viajado las mujeres que le entregué.

»Pero proceded con la mayor prudencia al realizar vuestras pesquisas, pues ese señor es irascible e impredecible, ¡y su hermano Sempad es un zoquete!

Mientras me retiraba, mis ojos rozaron por un instante la balaustrada que se erguía sobre nuestras cabezas. Allí vi, perfectamente distribuidos, al menos a seis ballesteros que dirigían sus armas hacia mí.

En la ciudad vieja reinaba cierta inquietud, en parte provocada por la alegría, en parte por la irritación. Cuando el comandante del puerto me recibió para hacerme acompañar hasta la trirreme, me refirió que el rey Luis había cerrado en Acre un pacto de no agresión^[367] con An-Nasir, sultán ayubí de Damasco, pacto que debía durar dos años, seis meses y cuarenta días.

—El sultán habrá comprendido por fin —comenté— que Siria está muy al alcance de los mongoles.

—O bien se está esforzando por dejar el camino expedito —repuso el mameluco, preocupado—, puesto que An-Nasir jamás ha renunciado a sus aspiraciones al trono de El Cairo.

—De modo que también Egipto debería sellar la paz con el reino de Jerusalén...

—... ¿y devolver Ascalón en señal de buena voluntad?

—El que algo quiere, algo le cuesta —lo consolé, y lo mismo le dije a Hamo cuando subí a bordo de la trirreme.

Poco después levamos anclas y navegamos directamente hacia el norte, para regresar, tras bordear la costa oriental de Chipre, de nuevo a Armenia.

Costa de Armenia, marzo de 1254

Cuando arribamos al miserable puerto de Ayas, no tuve la sensación de que hubiese transcurrido casi un año desde nuestro primer intento por descubrir allí algún rastro de Shirat. Las mismas mujeres sumidas en un terco silencio, pensé, estaban lavando la misma ropa. A Hamo no le preocupó su evidente hostilidad, que sólo puede deberse al miedo puesto que no tienen razón alguna para odiarnos.

En cuanto avistó la costa, mi amo seleccionó a los hombres que debían acompañarlo. Como no sólo dispone del tesoro del obispo, sino también de la herencia de Mustafá ibn-Daumar, mercader de Beirut, que el benévolo Crean de Bourivan le ha cedido tan involuntariamente, podía elegir entre presentarse como el obispo Hamo, como el conde Hamo l'Estrange de Otranto o como un mercader beirutí. Le aconsejé que optara por su verdadera identidad, pero él opinó que debía adoptar el atuendo de ibn-Daumar.

En cuanto la quilla de nuestra barca se adentró en la arena con un crujido, ahuyentando a las mujeres, que se alejaron chillando, Hamo desembarcó con un

numeroso séquito cargado de regalos. Le expliqué lo mejor que pude que debía disponerse a pagar, si no quería apelar —de aristócrata a aristócrata— a la noble disposición del rey o a la caballerosidad de Sempad, puesto que es demasiado orgulloso para implorar nada. Un mercader no tiene honor, sólo tiene dinero, y debía hacer uso del mismo repartiéndolo generosamente. Lo acompañé a él y a los cinco camellos durante parte del camino.

—Mi querido Taxiarcos —me ordenó al despedirnos—, dirigíos con la trirreme a ver a mi amigo Bohemundo^[368], el joven príncipe de Antioquía. Os recibirá generosamente y os permitirá atracar el barco en el puerto de San Simeón, hasta que yo regrese de mi viaje.

—Mantedme informado a través de vuestros amigos, los «asesinos» —le rogué —, de modo que pueda preparar vuestro regreso. ¡Os recogeré donde me digáis, Hamo l'Éstrange!

—No regresaré —repuso sombrío—, hasta que haya encontrado y liberado a la condesa Shirat. Recordadlo, Taxiarcos. Si no tenéis noticias mías dentro de veinte lunas, el barco será vuestro, a no ser que encontréis a mi hijita, en cuyo caso la princesa se hará cargo de su herencia. ¡De ser así, os constituiréis en su paternal amigo y mentor!

La relación que hemos mantenido hasta ahora no permitía que nos fundiéramos en un abrazo. Él partió con su séquito en dirección a las montañas, y yo permanecí largo tiempo mirando cómo se alejaban.

Cuando regresé al malecón vi que las mujeres habían vuelto a sus tareas y observé que no me dedicaban ni una mirada. Subí a bordo y mandé bajar un bote de remos por el costado que da al mar. Escogí una docena de hombres y remamos sin que nos vieran las lavanderas, hasta que pudimos atracar a sus espaldas y rodearlas. Se asustaron tanto que ni siquiera gritaron. Mis hombres se mantenían a cierta distancia, para que no fueran presa del pánico. Sólo yo me acerqué. Le hablé a la que me pareció tener más edad:

—Buena mujer, me debéis noticias acerca de una criatura, una niña pequeña que aún necesitaba del pecho de su madre cuando la sacasteis del agua, una acción por la cual se os recompensará generosamente.

Vacíé sobre su colada una bolsa llena de besantinos de oro. Entonces las bocas se abrieron y todas quisieron decir algo.

Así descubrí que la pobre criatura había sido adoptada por una tal Xenia^[369], una mujer que nunca tuvo hijos propios. Justo después de nuestra primera llegada, el año anterior, se había marchado del pueblo con la niña, por miedo de que pudiésemos arrebatarla.

—La quiere como si fuera sangre de su sangre y es una buena madre, ¡no deberíais causarle esa desgracia!

Me avasallaron con sus consejos. Yo repliqué mostrándome amable:

—¿Por qué habría de hacerle ningún mal, si ha demostrado tanto amor a la niña?

¡Muy al contrario, deseo encontrar a esa Xenia para recompensarla espléndidamente, pues la niña es una auténtica princesa y su madre ha muerto!

Mis palabras hicieron volar la fantasía de las mujeres y las conmovieron, de modo que me confesaron abiertamente hacia dónde suponían que se había dirigido Xenia con la niña. La mujer tenía un hermano en Antioquía, que servía en las caballerizas del príncipe y que se llamaba... por mucho que se esforzaran, no conseguían recordarlo. Yo les pregunté:

—¿Y cómo llaman a la niña? ¿Sin duda habréis bautizado a esa pobre huérfana?

—Oh, sí —respondió la anciana que llevaba la voz cantante—. La bautizamos Alena^[370], puesto que es una extranjera, y la llamábamos Elaia^[371], porque su piel es tan oscura como la de una aceituna.

—¡E igual de arrugada! —se inmiscuyó otra.

Una tercera se vio impelida a salvar el honor de Alena Elaia:

—Pero no debéis pensar que es una niña fea... ¡de ningún modo! ¡Su piel parece de terciopelo, sus pestañas son sedosas y sus ojos tienen el color del cobalto oscuro!

Con esa descripción me puse en camino.

Frente a la costa de Chipre, a finales de abril de 1254

Estaba seguro de poder encontrar en Antioquía a Xenia, la madre adoptiva, y a la princesa Alena Elaia, pues, ¿adónde, sino, habría podido dirigirse aquélla? En todo el entorno no existe, hasta llegar a El Cairo, o a Bagdad, otra ciudad más espléndida que esa sede patriarcal, ni siquiera Damasco puede compararse con ella.

El trayecto no me pareció muy largo, aunque unas fuertes ráfagas de viento acompañadas de tormentas y de granizo del tamaño de un huevo de paloma, como suelen aparecer en el cielo claro de primavera para entorpecer la navegación cristiana, nos arrastraron a mar abierto y nos llevaron muy cerca de las rocas de Chipre. Durante toda la noche estuvimos luchando denodadamente por no encallar o vernos arrojados contra alguno de los arrecifes. Nos convertimos en una pelota mecida por las olas que se alzaban a cada vez mayor altura, conforme nos alejábamos de tierra firme.

Al salir el sol vi que no habíamos sido los únicos en correr esa suerte. Nos habíamos acercado peligrosamente a la isla y en torno nuestro el mar estaba lleno de barcos, toda una flota parecía haberse concentrado allí. Reconocí el pabellón de Francia y el buque insignia de la flota real, el famoso *Montjoie*^[372], que había encallado frente a nosotros en un banco de arena. Mandé recoger velas y nos acercamos a ellos remando con prudencia, al tiempo que les mostraba el estandarte imperial y real de Sicilia.

El mismísimo rey Luis iba a bordo, acompañado de su esposa Margarita^[373]. Habían dejado San Juan de Acre el 24 de abril para regresar definitivamente a

Francia, su país. Me lo contó el senescal de la Champagne, el conde Jean de Joinville, que pasó a bordo de nuestra nave y preguntó muy amablemente si contábamos con buceadores entre nuestra tripulación. El rey deseaba que se verificaran los daños que había sufrido la quilla de su nave, para saber si podían aventurarse a proseguir viaje.

—Siempre que podáis desencallarla —objeté—, aunque podríamos intentar arrastrarla mar adentro, con tal de que nos cedáis algunos remeros.

—Conozco vuestro barco —dijo el conde—. Es la trirreme de la condesa Laurence de Otranto.

—Hace años que está en manos de su hijo Hamo l'Estrange, quien se encuentra en estos momentos visitando al rey Hetum de Armenia. Nosotros debemos esperarlo en Antioquía.

—Ya, ya —musitó el senescal—, ¡cómo pasa el tiempo! Hace seis años permanecí, retenido por la abadesa^[374], sobre esa cubierta pirata, y después, durante un año entero, estuvimos juntos en el puerto de Limasol, como buenos amigos y aliados secretos. Eso fue antes de que comenzara la desdichada cruzada de su majestad. Ahora, cuando desea ponerle fin con nuestro regreso, Dios hace que volvamos a tropezar con la trirreme... —Movié la cabeza ligeramente encanecida, a pesar de que no debía de tener más allá de treinta y cinco años—. ¿No será un aviso de la Virgen...?

—Estamos a disposición de su majestad —interrumpí su soliloquio, pues los buceadores estaban dispuestos. No quise renunciar a acompañarlos a bordo de la nave real.

Llevábamos con nosotros unos cabos largos y resistentes. Las olas crecían a cada paso y amenazaban con destrozarse la nave encallada, y sólo tras varios intentos logramos acercarnos de costado para que nos izasen a cubierta.

El *Montjoie* venía sobrecargado, y el condestable y otros componentes del séquito instaron al rey para que renunciase a proseguir viaje y se hiciese trasladar a tierra. Fui presentado a Luis, quien me pidió mi parecer. Yo le dije:

—En cuanto mis buceadores me informen de la situación, os responderé gustoso, majestad.

En ese mismo instante reaparecían mis hombres y me comunicaron a grandes voces que la madera de la quilla estaba astillada en un tercio, pero que aguantaría si lográbamos poner pronto el barco a flote. Le dije al rey:

—¡Permitidnos intentarlo, después podréis decidir!

A continuación, el condestable Gilles le Brun^[375] ordenó al resto de las naves que se acercaran y todos los hombres tuvieron que abandonar el buque insignia, lo que constituyó una maniobra peligrosa. Algunos se ahogaron en el intento, pero no cabía hacer otra cosa, pues había que aligerar el *Montjoie* tanto como fuera posible para poder sacarlo del banco de arena. Únicamente el rey y la reina permanecieron a bordo. La señora Margarita no mostró temor alguno, pero pude oír cómo rezaba en voz alta y le prometía a san Nicolás de Varangeville^[376] una capilla de plata pura, si

les ayudaba a salir del trance y los devolvía sanos y salvos a Francia.

Repartí los cabos que habíamos traído entre las barcas de remo más resistentes, y retuve dos para la trirreme. Cuando todos estuvieron bien atados a la quilla del *Montjoie* y a las embarcaciones de arrastre, di la señal para que los hombres remaran con todas sus fuerzas. Los cabos se tensaron; bajo nuestros pies se oyó un crujido espantoso, pero luego, de pronto, la nave quedó flotando libremente.

—Os doy las gracias, *madame* —dijo el rey, volviéndose sonriente hacia su esposa—. Pero ¿de dónde queréis sacar una capilla de plata pura?

—La plata me la daréis vos, querido esposo —repuso ella, muy animada—, aunque tenga que mandar fundir vuestra cubertería. Le encargaré la obra al maestro Buchier, en cuanto regrese por fin a nuestro lado y ponga fin a su viaje al país de los mongoles.

A continuación, el rey se volvió hacia mí. Retiró un anillo de su dedo y dijo:

—Me habría parecido más justo que hubierais sido vos quien recibiera, en agradecimiento por vuestra inteligente y enérgica ayuda, la plata de la capilla y el santo el anillo, pero...

Sin duda se tragó un pensamiento impertinente, que yo interpreté más o menos como «¡así son las mujeres!». Sonreí comprensivo y dije:

—¡No necesito un montón de plata cuyo peso acabaría por incordiarne, mientras que siempre podré llevar conmigo este anillo que me recordará mi encuentro con vos!

—Me habéis devuelto hasta tal punto la confianza, señor Taxiarcos —añadió el rey—, que he decidido proseguir viaje con mi nave herida. —Dicho esto, ordenó al condestable que mandase regresar a los hombres a bordo, para que pudiesen alejarse cuanto antes de aquel lugar.

Entretanto había amainado el temporal. El conde de Joinville, que sin duda es hombre de la máxima confianza del rey, me despidió y ordenó que me devolvieran junto con mis hombres a la trirreme. Una vez allí, izamos las velas sin más retraso y nos dirigimos por fin a San Simeón, puerto de Antioquía.

Antioquía, mayo de 1254

En San Simeón nos permitieron atracar la trirreme, pero el permiso para permanecer varios días hay que solicitárselo al propio príncipe de Antioquía.

En todo el país reina una gran alegría. Se han anunciado incontables diversiones, pues el joven príncipe Bohemundo está a punto de casarse con Sibila^[377], hija del rey Hetum de Armenia.

Dejé a la tripulación en el puerto y me dirigí solo a la capital. Los festejos nupciales no me permitieron dar enseguida con el funcionario adecuado y mucho menos ser recibido personalmente por el príncipe. Aproveché la ocasión para buscar a Xenia, la mujer de Ayas, e inicié mis pesquisas en las caballerizas de palacio. Allí

debe de trabajar su hermano, cuyo nombre ignoro.

Hay mozos de cuadras a centenares, y buscar allí a un armenio de Ayas es como buscar una aguja en un pajar. No tuve suerte, al revés, mis preguntas suscitaron rápidamente toda clase de sospechas, y antes de darme cuenta me vi en el calabozo, acusado de espía. No obstante, también supone una ventaja, pues según he sabido por el carcelero, el príncipe, en honor a su esposa, tiene la intención de visitar a los encarcelados en el transcurso de los próximos días, para perdonar la vida a aquéllos cuyos delitos no le parezcan deleznable. El resto será ahorcado precisamente el día de la boda, para mayor diversión del pueblo. Los espías no tienen muchas posibilidades de contarse entre los primeros, me consoló el buen hombre, y una rápida ejecución me libraría de ulteriores padecimientos en el calabozo.

Cuando llegó el día y el príncipe pasó a caballo por delante de nuestras rejas, conseguí que me hiciera caso a través del griterío de los presos —que proclamaban todos a una su inocencia con los tópicos habituales— al exclamar:

—¡Hamo, el hijo de la condesa de Otranto, me envía a veros!

El joven príncipe, que debía de contar por entonces unas diecisiete primaveras, se detuvo y adoptó una expresión meditabunda. Ordenó que me llevaran a su presencia, quiso saber de qué se me acusaba, e inquirió:

—¿Qué hacíais en las caballerizas?

Me eché a reír, porque la pregunta presagiaba mi libertad, y respondí con muy poca lógica:

—Porque no podíamos llegar navegando con la trirreme hasta Antioquía para buscar a la princesa Alena Elaia, la hijita de tres años de vuestro amigo, Hamo, que le ha sido arrebatada y de la que se asegura que vive con la hermana de uno de vuestros mozos de cuadras.

Entonces mandó que me librasen de las ataduras y me invitó a su palacio, donde tuve que contarle toda la historia.

Lo único que le decepcionó es que no supiera decirle nada de Roç y Yeza, «los hijos del Grial», como llama a sus pequeños amigos, o «los reyes sin reino». Recordé entonces lo que me había dicho Hamo, que William de Roebruk había partido con una embajada para visitar al gran khan de los mongoles, y opiné que estarían en compañía del fraile. Al oír el nombre de este último, el príncipe Bohemundo no pudo por menos que estallar en risas, sobre todo cuando le dije que el franciscano viaja hacia Karakorum como embajador del rey de Francia.

Mientras, el administrador de las caballerizas había dado con el mozo armenio y los guardias de palacio habían detenido a Xenia, junto con su hijita de tres años, a las que trajeron a nuestra presencia. La mujer, una persona de expresión tosca, pero bondadosa, y cuyas manos demostraban que estaba acostumbrada al trabajo duro, lloraba amargamente. La niña es una criatura delicada, irradia una gracia extraordinaria y sus rasgos son de una gran finura. Abrazaba a la mujer con sus bracitos y no cesaba de repetir:

—Quiero quedarme contigo.

La niña no lloraba, sólo nos miraba atemorizada.

—Permitidme, príncipe —dije entonces—, que solicite vuestra clemencia. La niña necesita una madre que la quiera y, a la vista está, aquí la tiene. Quién sabe cuándo regresará mi amo, y si podrá hacerlo en compañía de su joven esposa...

—No sigáis, querido Taxiarcos —me interrumpió el príncipe—, acogeré a la hija de mi amigo en la corte, donde no le faltará de nada, y también a esta buena mujer, que podrá permanecer a su lado.

Xenia se arrojó a los pies del príncipe y se lo agradeció, anegada en lágrimas. No sabía de quién era hija la criatura que había salvado de las aguas, pero, nos aseguró, jamás había dudado del origen especial de Elaia.

—Querido Taxiarcos —dijo Bohemundo—, deseo que también vos disfrutéis de mi hospitalidad durante el tiempo que queráis. Lo único que lamento es que Hamo no se haya dirigido a mí. Habría podido presentárselo al rey Hetum como un amigo. Ahora me temo lo peor, pues conozco el carácter de mi suegro. Lo único que espero —añadió— es que todos esos seres que conocemos y queremos regresen pronto y felizmente de Mongolia.

—Yo también lo deseo de todo corazón —le respondí—. Y me atrevo a proponer que, de todos modos, hagáis llegar al rey Hetum vuestro deseo de que reciba amigablemente al conde de Otranto.

Pero los pensamientos del príncipe ya seguían otros derroteros.

—Es hora de que Roç y Yeza acepten su destino real y ocupen el trono de Jerusalén. Acabamos de recibir noticias de que el rey Conrado de Hohenstaufen ha muerto. Para cuando su hijo Conradino, que sólo tiene dos años, pueda sucederlo, habrá sido barrido por los mamelucos. Por eso deseo que William no cometa el error de secuestrar a Roç y a Yeza y de arrebatárselos a los mongoles, sino que éstos acudan pronto y sienten a mis amigos en el trono que les corresponde como reyes de la Paz. De no ser así, vendrán malos tiempos para el cristianismo en Tierra Santa, y la Cristiandad perderá su territorio primigenio. Sería el fin de todo —dijo, embargado por la melancolía—, ¡también de Antioquía!

Con estas palabras me despidió.

La princesa Alena Elaia, cuya tutoría me ha encomendado el conde Hamo, la buena de Xenia y yo, pasamos a ocupar una amplia vivienda en palacio. La reina Sibila, contenta de que Alena Elaia hable la lengua armenia, cuida amorosa de la niña. Yo, por mi parte, me ocupo de que la inteligente hija de Hamo se prepare para el día en que regresen su padre y su verdadera madre. La llevo conmigo al puerto y le enseño la trirreme, su nave, y le hablo de la hermosa Shirat. Con motivo de los festejos nupciales topé con una delegación de «asesinos» venidos de Masyaf, y les rogué que, por medio del espejo de Ascalón, enviaran noticias a Abdal, el hafsí, indicándole que yo permanecería algún tiempo en el palacio del príncipe Bohemundo, y que Hamo había partido hacia la corte del rey Hetum. Al mayordomo

mayor, *monseigneur* Gosset, le envié aviso a Constantinopla, al palacio de Calisto, comunicándole que, a mi parecer, nuestro amo seguiría desde la capital de Armenia, Sis, hacia Karakorum, a la corte del gran Khan. Es lo que supone también el príncipe Bohemundo, pues ¿a quién si no habría podido regalar el rey Hetum aquellas hermosas esclavas? También rogué a Gosset que, si Hamo l'Estrange regresaba antes al Bósforo, me lo hicieran saber y le comunicaran al conde que, tal y como habíamos convenido, sigo a la espera de sus órdenes como capitán de la trirreme *Contessa d'Otranto*.

X

EL PATRIARCA DE KARAKORUM



De Yeza para William

Hay un rumor en el aire, delicadas nubes surcan el cielo, el viento es dulce y las lenguas de los ángeles susurran: ¡ya se acerca! Huele a boñiga y a huesos quemados, un fragor recorre el país y los idólatras tiemblan, los chamanes se esconden: ¡ya viene! Se derrite el hielo, se quiebran los témpanos, el rayo hiende las nubes y tañen las campanas: *William ante portas!*^[378] Eso es lo que te gustaría, pícaro flamenco, y que yo, tu reina Yeza, y el Trencavel ¡nos postráramos a tus pies, rebosantes de dicha, de alegría!

En verdad, así es, hermano William del *ordo fratrum minorum*, eres la comidilla de Karakorum. Las gentes no hablan de otra cosa que de tus milagros y tu inminente llegada, y Roç y yo nos asomamos a las ventanas de este palacio urbano y miramos hacia el sur, hacia la Puerta de los Bueyes. Aguardamos impacientes ver a alguien que no tenga cara mongol, al rollizo hermano de Francisco tocado por unos escasos ricitos pelirrojos, alguien con quien podamos hablar en *lingua franca* —¡tú ya me entiendes!—. Pero pasan los días, los mongoles no saben el tormento que significa esperar. Hasta ahora ni siquiera ha llegado Mangu, el gran khan. Il-khan Hulagu, con quien vinimos hasta aquí, ha salido a su encuentro, a caballo y en compañía del general Kitbogha.

No nos falta de nada, tenemos incontables criados que nos roban. A la entrada de nuestra casa, dotada incluso de un piso alto en el que duermo yo, hay una cuba con leche de yegua fermentada, de modo que nuestros guardias tienen asegurada la embriaguez permanente. Mi querido Trencavel duerme abajo. Todos los días vienen a buscarme, para acompañarme a misa, las mujeres del séquito de Kokoktai-khatun. Así llaman a la «primera esposa» de Mangu. Roç al menos puede pasearse —con su escolta— por la «capital»; mucho menos representativa que Otranto y muchísimo más aburrida. Aunque quizá no para mi Trencavel, pues todas las jóvenes le hacen ojitos. Me ha contado todo sobre Karakorum: tiene dos barrios —San Juan de Acre tiene siete—, uno es el de los sarracenos, donde están los mercaderes y donde, como me parece comprensible, viven también los embajadores, y en el otro habitan las gentes oriundas de Cathai, que son sobre todo artesanos. Su piel es más amarilla que la de los mongoles y sus ojos son meras ranuras. El palacio del gran khan y las residencias de los altos funcionarios de la corte se encuentran en las afueras. Roç ha contado en lo que llaman «ciudad» hasta doce templos idólatras, además de dos mezquitas y una iglesia —esta última la conozco demasiado bien—. Un muro de adobe rodea el grupo de chozas y *yurtas*. Sólo unas pocas casas son de piedra, como la nuestra, ¡qué honor! En la puerta oriental se vende cebada y, a veces, también trigo,

en la occidental cabras y ovejas, bueyes en la del sur, y en la del norte caballos. Lamentablemente, la iglesia está junto a la puerta del sur.

El día de la Epifanía obligué a mi caballero Trencavel a que me acompañara a la iglesia; por cierto, la hora indicada era intempestiva, pues parece que en la fiesta de Reyes se congregan allí, antes del amanecer, todos los sacerdotes nestorianos. Cuando llegamos, con nuestros escoltas medio adormilados todavía, ya estaban golpeando la tabla de oraciones y cantando con toda solemnidad los himnos de maitines. Tan sólo después se vistieron de ornato y prepararon el incensario con las ascuas. Junto a su archidiácono Jonás^[379] —un anciano frágil y bondadoso—, que encabezaba el grupo, esperamos en el atrio de la iglesia, rodeados de un frío glacial. Al fin se presentó Kokoktai-khatun con su séquito y sus hijos. Todos se arrojaron al suelo y lo tocaron con la frente. Nosotros seguimos su ejemplo, aunque Roç y yo nos apartamos un poco cuando los mongoles rozaron con los dedos las imágenes que les presentan los sacerdotes, y se los besaron tras cada roce.

Kokoktai-khatun y sus hijos saludaron a todos los presentes golpeándose las palmas de las manos, otra costumbre espantosa a la que, sin embargo, no nos podemos sustraer.

Los sacerdotes cantaban:

*Salve Regina, Mater misericordiae vita,
dulcedo et spes nostra salve.*^[380]

Entramos en la iglesia, que no es grande ni lujosa, pero que resulta muy acogedora con todos esos paños bordados de oro y las numerosas velas que ardían en los candelabros, derramando su festiva luz por todo el recinto de techo bajo.

El archidiácono le puso a Kokoktai, que ya es muy mayor —Mangu ha debido de heredarla, o tal vez es que no había otra más joven disponible en el clan de esta mujer— un poco de incienso en la mano, que ella arrojó al fuego. A continuación se despojó de su tocado, de modo que pudimos ver su cráneo calvo. Le trajeron un camastro dorado para que pudiera sentarse justo frente al altar. Empezó a repartir regalos. Tuve que presentarle a Roç, al que pareció querer comerse con los ojos y a quien entregó un anillo. A mí me regaló un prendedor para el cabello, de jade muy pálido, bellamente trabajado.

Luego trajeron bebidas, aguamiel, *kumiz* y vino tinto, que pudimos probar. ¡Hasta el de Otranto era menos áspero! Kokoktai bebió un vaso entero, se inclinó sin levantarse del camastro y solicitó la bendición. Los sacerdotes tuvieron que cantar en voz alta:

*Eia ergo Advocata nostra,
illos tuos misericordes*

oculus ad nos convertite. [381]

La esposa de Mangu vació otro vaso de un trago y lo mandó rellenar al instante. Y así a cada estrofa.

*O clemens,
o pía,
o dulcís virgo María!*[382]

Cuando todos estaban achispados —Roç y yo nos habíamos limitado a tomar un traguito—, sirvieron carne de carnero para comer. Entonces salimos de puntillas de la iglesia. ¡Carnero a primera hora de la mañana!

Fuera ofrecían pescado asado, carpas, pero sin sal y sin pan. Mientras comíamos, se nos acercó un tipo muy extraño que dice llamarse Teódolo^[383] y afirma haber servido a un obispo santo en Tierra Santa. Al pedirle más detalles nos dijo que se trataba del obispo Nicola della Porta, de Constantinopla, y que Dios le había enviado a Nicola una carta desde el cielo, escrita con caracteres de oro, con el encargo de entregársela al soberano de los tártaros, que está predestinado a gobernar sobre todas las naciones de la Tierra.

Yo miré de soslayo a mi Trencavel y pregunté:

—¿Y en qué lengua está redactada esa misiva, señor Moisés?

Aquello lo desconcertó, y balbuceó:

—¡Mi santo obispo me dijo que debía convencer a todo el que pudiera para que hiciese las paces con el khan!

Roç apenas podía reprimir la risa.

—Supongo que al *khagan* le habrá agradado muchísimo.

—Ay —se lamentó Teódolo—, ¡ese hombre es un descreído! «¡Cuando me traigas esa carta caída del cielo, te recibiré con mucho gusto!» Me despachó como si fuera un vulgar mensajero.

—¿Y dónde está esa carta? —intenté mantener el hilo de la historia.

—Estaba en mi equipaje, que llevaba cargado en una mula. Pero, durante el viaje, el animal huyó despavorido y yo perdí todos mis bienes.

—Entiendo —dijo Roç, sonriente—, la verdad es que hay que sujetar muy bien la montura cuando uno se ve obligado a desmontar en el camino.

—¿Y ahora, qué? —pregunté yo, despiadada.

—Ahora sirvo de cuando en cuando al señor Mangu como intérprete, pues hablo ocho idiomas, entre ellos el mongol y la lengua de Cathai. Pero esta ocupación no me satisface demasiado, por lo que estoy deseando entrar al servicio del excelso príncipe de la Iglesia William de Roebruk, del que se dice que acaba de llegar a Karakorum. He pensado que vos, altezas, que conocéis a ese santo hombre de Dios, podríais quizá

interceder en mi favor.

Tuvimos que contenernos para no soltar una carcajada. Y Roç dijo:

—William de Roebruk no se deja aconsejar por nosotros, más bien al revés. Nosotros buscamos su sabio consejo, pues no hay hombre en el mundo que pueda comparársele en cuanto a grandeza de espíritu y sobre todo en piedad. Pero le hablaremos de ti, pues ciertamente, ¡sólo le faltaba un secretario que mantiene correspondencia con el Altísimo!

Teódolo no se percató de que nos estábamos burlando de él y se entusiasmó con aquella respuesta.

—Para mí sería como el cumplimiento de un sueño. También soy muy hábil preparando ceremonias, y digo la buenaventura, incluso organizo pequeños milagros sin que la cosa huelga a hechicería. ¡Su eminencia tendrá en mí a un servidor polifacético!

—Estamos seguros de ello —concluí la conversación, pero seguí mostrándome afable y le permití que me besara las manos.

Él tenía las uñas negras. Roç avisó a los escoltas y lo apartaron de nosotros. Estábamos a punto de marcharnos cuando vimos que también Kokoktai-khatun abandonaba la iglesia, acompañada de su séquito. Estaba completamente ebria, subió a la carreta y se alejó entre los cánticos, o, mejor dicho, los berridos de los sacerdotes.

*O clemens,
o pía
o dulcís Virgo Maria!*

Cuando llegamos a nuestro palacio, nos dijeron que el gran khan acababa de entrar en Karakorum. No quisimos creerlo, pero Dshuveni vino a visitarnos y nos lo confirmó. Estaban preparando el ceremonioso recibimiento que el soberano de los mongoles nos depararía a nosotros, la pareja real. A mediodía vendrían unas mujeres para ocuparse de nuestro atuendo.

—Todo ello es prueba de la amplitud de miras del soberano y de la importancia que concede a la representatividad y al lujo terrenal —expresó mi Trencavel con mucha dignidad—. Sin embargo, nosotros deseábamos poder contar, en un acto tan señalado, con la compañía de nuestro asesor espiritual. Deseamos que nos traigan a tiempo a nuestro sacerdote supremo y confesor, William de Roebruk. ¿Dónde se encuentra, en realidad?

—Él sigue al gran khan con la distancia prescrita. No parece adecuado que le preceda. Pero... —quiso explicarse Dshuveni.

—¡Nada de peros! —le repliqué al ayudante—. ¡Apresuraos si no queréis suscitar las iras del gran khan!

Dshuveni se alejó compungido. Sin duda le costará trabajo convencer a su soberano para que acepte tan irremediable retraso. O bien azuzarán al más querido de

los franciscanos para que llegue cuanto antes a Karakorum, aunque sea a lomos de un caballo de carreras al que fustigarán para que corra más. ¡Pobre William!

L.S.



Roç Trencavel du Haut-Ségur saluda a William de Roebruk, Karakorum, en la segunda década de enero de 1254

Te hemos visto aparecer a toda prisa, en medio de la noche, precedido de un pendón con la imagen del Cordero que alza su delicada pata enarbolando una esbelta cruz... ¿eres tú el cordero, William? También pudimos reconocer en el *alfiere* al pequeño Lorenzo de Orta, si no me equivoco. ¡Y luego apareciste tú, en pleno ornato episcopal! ¿Qué ropero no habrás desvalijado esta vez? ¿O es que todos los minoritas se visten ahora así? Tienes buena facha con el capisayo púrpura y el abrigo blanco adornado de armiño, la mitra perfectamente encasquetada ¡y cabalgando a todo galope! ¡Aunque no deberías blandir el báculo de oro con el pobre Crucificado como si fuera una lanza! De todos modos, tendrás que proceder al descendimiento del cuerpo de Cristo, pues a los nestorianos les desagrada la representación del Crucificado. Los sufrimientos del Mesías les resultan penosos. Justo a tus espaldas cabalgaba un monje negro, una figura adusta. Las gentes que habían acudido a recibirte a toda prisa, a pesar de la oscuridad y el frío, dicen que se trata de Sergio *el Armenio*. Con vosotros acudían al galope el general Kitbogha y su hijo Kito, acompañados de su centuria: espléndido espectáculo y, al mismo tiempo, pavoroso. El il-khan Hulagu, en cambio, avanzaba muy tranquilo, a pesar de que habrá espoleado lo suyo a su montura, y lo mismo los de su séquito. Los animales resollaban y sus cuerpos despedían vapor mientras avanzaban envueltos en el aire gélido. Los guerreros portaban antorchas y la comitiva se percibía desde lejos como un enjambre de luciérnagas.

Ya clareaba cuando llegaron traqueteando los carros cargados con las *yurtas*, las pertenencias y las mujeres de Hulagu, quiero decir, con su séquito, pues el il-khan sólo tiene una esposa, Dokuz-khatun. Ésta es cristiana y exige lo que mandan las palabras de la Biblia: «¡No tendrás más esposas que a mí!» Lo mismo me exige Yeza, a pesar de no ser cristiana, o cuando menos no una cristiana estricta. El gran khan, en cambio, tiene varias esposas, al menos una de cada religión.

Al verme allí, junto a mi *damna*, volvió a acercarse Teódolo, ese tipo adulator y, por cierto, gran admirador tuyo, William. Corrió hacia la puerta para no perderse tu entrada. Pretende ofrecerte sus servicios. Yo no lo tocaría ni con pinzas, o en todo caso con unas que hayas calentado previamente sobre ascuas.

Dicen que has curado a la segunda esposa del *khagan*, Koka^[384], la idólatra, obligándola a postrarse ante la cruz. También he oído decir que ésta ha llegado entretanto a Karakorum y que sigue enferma. En cualquier caso, pasaste de largo por

delante de nosotros sin reparar en que estábamos ahí, ¡y eso que te llamábamos por tu nombre! Pero tal vez no nos hayas podido oír entre el aplauso de la gente. ¿O ya no atiendes por «William» y te haces llamar «eminencia»? No logramos sacarnos de encima a ese incordio de Teódolo, y es que, para colmo, se le ocurrió decir, dándose aires de misterio, que sabía adonde te dirigirías primero: al lecho de la enferma Koka, que está luchando con la muerte. El gran khan te habría hecho venir a toda prisa, porque ya sólo confía en ti para salvarla.

Eso me decepcionó mucho, pues estaba convencido de que la razón de tus prisas era nuestro deseo de volver a verte. Pero quizá se deba a ambas razones.

—Los conjuros de los idólatras le han servido de bien poco —prosiguió nuestro Teódolo, impertérrito, dispuesto a arrastrarnos a la casa de Koka, que al parecer no está muy lejos de la nuestra.

Yo no tenía ganas de ir, pero Yeza dijo:

—¡Quiero ver a William! —Y no se discutió más.

Estábamos a punto de entrar en la casa cuando tropezamos con Dshuveni, que se mostró furioso porque pretendíamos observarte a ti, William, en tu actuación de curandero milagroso.

—Si muere esa mujer —nos conminó—, ¡ninguno de los presentes podrá presentarse ante el gran khan hasta transcurrido un año! Tened en cuenta que la recepción está dispuesta para esta tarde, por lo que os ruego...

—Esa disposición en nada nos afecta a nosotros —le corrigió mi *damna*, a quien le encanta contradecir al ayudante—. ¡Y si William se hace cargo de esa pobre mujer, la salvará! —añadió mientras cruzaba el umbral.

A Teódolo le franquearon la entrada porque aprovechó para simular que formaba parte de nuestro séquito.

La casa estaba atestada de gente al haber corrido el rumor de que el gran William iría a visitar a la agonizante. A pesar de los golpes que asestaban mis guardias con las varas, no había forma de avanzar. Todos estaban fuera de sí, las mujeres gemían y lloraban, los sacerdotes idólatras, de cráneos rapados y túnicas color azafrán, permanecían sentados en el suelo, tocando sus tamboriles. Repetían con monotonía una misma frase, *Om mani padme hum*^[385], dedicada a su dios, Buda. La enferma parecía importarles muy poco y con la misma indiferencia soportaban que los curiosos los empujaran, saltaran sobre sus cuerpos o los pisaran.

Entonces le dije a Yeza:

—¿De qué nos vale llegar hasta donde está William? Ahora no tendrá tiempo para nosotros. No me agrada saludar así a nuestro viejo amigo.

Ella estuvo de acuerdo y emprendimos la retirada. Dejamos a Teódolo allí. Estábamos seguros de que se fijaría en todos los detalles y nos los relataría después con pelos y señales.

Mientras regresábamos, le dije a Yeza:

—Bien, ahora que tenemos de nuevo con nosotros a William, creo que ya no será

necesario enviarle más informes-

Mi comprensiva compañera asintió, pero me seguía mirando, expectante.

—Aunque ya me divierte tanto escribir la crónica que quiero seguir haciéndolo.

—Y William podrá leerla e incorporarla a la suya, si le parece bien.

Por la tarde llegaron las mujeres para vestir a Yeza. Traían un traje de fiesta de la Mongolia occidental, una túnica de seda cruda azul que le llega hasta los tobillos, con un cuellecito rojo y mangas del mismo color, ricamente bordado con hilos de oro. En lugar de botones tiene unos pasadores de plata adornados con corales. Encima, un sayo sin mangas, con grandes hombreras acolchadas que se alzan de una manera exagerada. Es de seda gris, festoneado de perlas. No contentas con esto, le alcanzaron una estola como llevan los sacerdotes en misa, adornada con turquesas y *toli* ricamente cincelados, unos espejos de plata que sirven para ahuyentar a los malos espíritus. Lo mismo que el *toorcog*, una gorra forrada de piel, con orejeras abatibles y llena de adornos que concitan la buena suerte. En torno al talle las mujeres le ataron un cordel de seda negra, y también tuvo que embutirse unos botines adornados con turquesas, corales y perlas. La ropa le sentaba de fábula a mi esbelta reina, y los colores armonizaban maravillosamente con su cabellera rubia. No carecía de un cierto aire varonil y la verdad es que mi dama semeja a veces un joven disfrazado. Le expresé abiertamente mi admiración y a mi voz se unieron las de Kito y otros hombres de mi centuria, a quienes se había encomendado vestirme y acompañarme.

Me entregaron ropas del clan de Tuli que, nada más verlas, me gustaron muchísimo. Son de lino verde junco, con un cuello alto y rígido que lleva apliques de brocado, y éstos se prolongan, cruzan el pecho y se repiten en los puños. Un enorme fajín amarillo claro lo sujeta todo. Me encasquetaron un gorro de piel de lobo que baja mucho en uno de los lados y se ata hacia arriba en el otro. A todo ello se añade una daga con dijes de plata y un pedernal engastado, así como una cajita llena de mecha. Me miré en el espejo y me encontré muy apuesto y viril. Los hombres me abrazaron y nos quedamos a la espera de que Yeza bajara las escaleras, acompañada de sus mujeres. ¡Mi reina!

A las puertas de nuestra casa se agolpaba mucha gente deseosa de aclamarnos. Cruzamos toda la ciudad a caballo y seguidos de un numeroso séquito, hasta la puerta del sur, pues el palacio se encuentra fuera de las murallas. Cuando ya estábamos a tiro de flecha seguimos el camino a pie, pues todo el resto del recorrido había sido cubierto de alfombras para evitar que nos manchara el barro.

La residencia del gran khan forma un conjunto de edificios de tejas rojas, torres y cúpulas bulbiformes, enmarcado por un muro propio. Al entrar por cualquiera de las tres puertas (la central está reservada para el *khagan*) se llega a una gran plaza adoquinada, donde se encuentran los edificios principales. El más señalado es el salón de audiencias, donde se celebran todas las fiestas. A juzgar por la columnata y el inmenso frontispicio, comprendimos que debe de tratarse de un edificio gigantesco, pero nada más llegar allí, nuestra atención se vio acaparada por una comitiva que

justamente estaba entrando por la puerta de enfrente.

¡Eras tú, querido William! Te precedían unos monaguillos que portaban velas; a éstos les seguían los acólitos columpiando los incensarios y tocando las campanillas. Después venía el *alfiere* que, como ya sabemos, es Lorenzo, con el pendón de la Iglesia, y detrás aparecías tú, William, bajo palio. Le di un empujón a Yeza: ¡aquello me pareció exagerado, casi ridículo! Ibas todo vestido de blanco, llevabas un libro apretado contra el pecho y el báculo episcopal dorado en la otra mano, y cantabas a voz en cuello y desafinando más que nunca, el *Vexilla regis prodeunt!* Los sarracenos, pues así les dicen aquí a todos los musulmanes, escuchaban atónitos el himno que habla de que «surgen los pendones del rey» en el sentido de que «se muestran viriles», lo que, al parecer, hace referencia al rey de los francos. Parecen conocer el texto mejor que tú, santo de pacotilla ¿o es que has conseguido llegar alguna vez a la quinta estrofa? ¿Sabes lo que dice?

*Beata, cujus brachiis
saecli pependit pretius,
statera jacta corporis,
praedamque tulit tartarí.*

Con esas palabras te granjearías la enemistad mortal del gran khan, pues, traducidas por mí, vienen a decir lo siguiente:

*Salve a la cruz, cuyos brazos
al cuerpo sirven de balanza.
Ella es el precio de la salvación
del alma humana y arrebatada
a los tártaros su botín.*

Detrás de ti también caminaba esta vez ese monje que va vestido con un sencillo hábito negro, Sergio, *el Armenio*. Sombrío, miraba fijamente al suelo y, sin embargo, parecía ser él quien te obligaba a avanzar.

Al llegar al atrio nos detuvimos en los soportales, porque los mongoles procedieron a registrarnos en busca de armas. Mi daga de ceremonial suscitó la admiración de todos. Kito hizo lo posible para que pudiera conservarla, aduciendo que se trata de un mero adorno, pero los guardianes se mostraron inflexibles. Tuve que dejarla allí. En ese instante se me ocurrió pensar si Yeza llevaría, como siempre, su arma favorita oculta en el cabello, y la miré, inquisitivo. Pero ella ni siquiera parpadeó y no encontraron nada al registrarla. Esperábamos que vinieras tú, para saludarte por fin con una palabra amable, o al menos con un gesto. Pero avanzabas con la vista al frente, como si no existiéramos, ni siquiera nos enviaste un guiño u

otra señal que demostrara confianza.

—Qué extraño —susurró Yeza—, no es posible que hayamos cambiado tanto como para que no nos reconozca.

Tu comitiva se abrió paso hacia el salón. Luego entraron los hermanos del khan, Hulagu y Ariqbuga, con sus correspondientes esposas y séquitos. Yo seguía mirándote.

—O bien está enfadado con nosotros —murmuré—, o no le está permitido expresar lo mucho que nos ama.

—Será eso —musitó ella—. Sin duda nos prepara una sorpresa.

No pudimos seguir hablando, pues Dshuveni nos dio la señal de entrada. Fue muy emocionante, pues en ese momento empezaron a retumbar, desde un podio, trompetas y trombones, y los congregados se levantaron de sus asientos para aplaudirnos, a nosotros, la pareja real.

L.S.

Mangu yacía en un amplio lecho dorado. Paseó los inquietos ojos por la sala, sin mirar a sus huéspedes. Roç no estaba dispuesto a aceptar tanto desdén. Se detuvo y, para asombro de todos, se dirigió al clérigo del ceremonioso atuendo.

—William de Roebrok —dijo, recreándose en el pavor que le produjo a éste—, es tu deber presentarnos con el debido respeto al soberano más grande de la Tierra (hasta donde *tengri* tiende su cielo eternamente azul), ¡pues parece que no nos conoce!

Alzar la voz sin haber sido invitado a hacerlo por el khan era un comportamiento inusitado. William se quedó paralizado y, en su perplejidad, entonó el Gloria:

*Gloria in excelsis Deo
et in terra paz hominibus
bonae voluntatis.*^[386]

El gran khan se había erguido e hizo como si escuchara atentamente. Su mirada se posó entonces sobre la pareja real, que seguía en el centro del salón, puesto que William continuaba cantando a la desesperada:

*Laudamus te, benedicimus te
adoramus te, glorificamus te
gratias agimus tibi
propter magnam gloriam tuam
Domine Deus, rex caelestis
Deus pater omnipotens.*^[387]

De pronto, Mangu se incorporó. A William se le quebró la ronca voz, pues creyó que había llegado su última hora. Pero el gran khan abrió los brazos, lo que impulsó a Roç a caer de rodillas. Yeza siguió el ejemplo, pero no hizo más que rozar el suelo y se levantó de inmediato, ligera como una pluma, al oír que Mangu les dirigía la palabra.

—La pareja real debe acercarse en silencio al trono —tradujo un intérprete invisible, tan azorado que resultaba difícil entenderlo.

Roç miró a Yeza, y ella asintió. Un chamán le tendió al khan tres paletillas renegridas de oveja. Mangu las observó largamente y con detenimiento. Todos aguardaban el resultado. Roç y Yeza sabían por Arslan que el *khagan* no tomaba ninguna decisión y no recibía a nadie sin consultar antes el oráculo de los huesos. Una vez expuestos al calor del fuego, esos huesos debían mostrar grietas en sentido longitudinal. Si se quebraban en sentido transversal o reventaban formando trozos, ello constituía un mal agüero y el khan olvidaba sus propósitos para aquel día. Pero, al parecer, el aspecto de aquellas paletillas era más que satisfactorio. Se las mostró a sus hermanos e invitó, benevolente, a la pareja real a que se acercara a él.

Roç y Yeza se lanzaron a la carrera en dirección al gran khan. Los guardias elevaron los sables, pero Yeza ya se había arrojado a los pies de Mangu. Éste la alzó, abrazó también a Roç para evitarle una nueva genuflexión y dio la bienvenida a ambos. Como hablaba el árabe medianamente bien, pudieron renunciar a los servicios del trastornado intérprete.

Roç y Yeza tomaron asiento a izquierda y a derecha del gran khan.

—Os nombraré corregentes —bromeó éste con timidez y, volviéndose luego hacia William—: Estoy en deuda contigo por muchas razones, fraile —dijo—. Posees dones fabulosos, pues has devuelto la vida a mi pequeña esposa Koka, a la que los *ada* pretendían llevarse al reino de los muertos. Eres la cerradura que conduce al «resto del mundo», según dicen, y ¡has venido a mí porque sabes que poseo la llave!

Con estas palabras, Mangu rodeó los hombros de Roç y Yeza, como apropiándose de ellos.

—Gran khan, yo he venido —dijo William— porque deseo difundir la palabra de Cristo, y porque traigo conmigo una carta del rey que sólo vos podéis contestar. Que Dios os haya encomendado asimismo a la pareja real reafirma mi convencimiento de que contáis con su bendición especial y que tiene grandes proyectos para vos. Yo sólo soy un humilde servidor.

El khan lo hizo levantar, pues William se había arrodillado ante él, y anunció:

—Es cierto que tengo grandes proyectos para estos jóvenes reyes, y aceptaré gustoso que me sirvas, si cuento con la venia... —Con estas palabras se dirigió de nuevo a la pareja real, que asintió sonriente, de modo que pudo proseguir—: Dime, William, ¿qué puedo hacer por ti y por tu Dios?

—¡Deseo erigir iglesias en vuestra tierra, empezando por una catedral aquí, en vuestra capital, para gloria de Dios y de vuestra persona! —repuso el pícaro de

William.

La propuesta gustó al khan, que repuso:

—Eso está bien, pues precisamente ahora tengo aquí a uno de los mejores artistas de vuestro país, el maestro Buchier, que ya ha creado una obra maravillosa para mí.

Y su mirada recayó en el precioso árbol surtidor, construido enteramente de plata, que se alzaba en medio del pasadizo que conducía al patio interior.

—¡Hablad con él! Obedecerá en todo a vuestros deseos.

William se lo agradeció con una reverencia. Yeza tomó la palabra:

—El honorable título de «primer constructor de iglesias de la Tierra» no debe hacerte olvidar, William, y si así os parece, excelso *khagan*... —hacía tiempo que Mangu había caído en sus redes, y asintió antes de que ella concluyera—, tus obligaciones como confesor nuestro. ¡Te esperamos en nuestra casa!

Con ello había anulado hábilmente cualquier posible obstáculo que nos impidiera saludarnos a solas, puesto que a partir de entonces contábamos con el permiso del gran khan.

William se percató de inmediato del sentido de la maniobra y pareció revivir.

—Os aliviaré gustosamente de vuestros pecados —replicó, exultante.

Besó la mano a los infantes y se arrojó al suelo, feliz, ante el khan, aplastándose la gruesa barriga; a continuación se retiró entre reverencias. Al llegar junto a su séquito, entonó un Aleluya en el que se atrevió a llevar la voz cantante:

Aleluya, aleluya!

Beatus homo, qui audit me, et qui vigilat ad fores meas cotidie, et observat ad postes ostii mei.^[388]

—*Aleluya, aleluya, aleluya!* —lo acompañaron los monaguillos y los acólitos, mientras la comitiva enfilaba el portón de salida.

Pero Mangu hizo llamar de nuevo a William.

—El pío hombre aún ha de hacernos un poco más de compañía: ¡su religión no le impide disfrutar del aguamiel y el vino!

William regresó sigiloso y asustado, temiendo haber caído repentinamente en desgracia. Pero el gran khan le indicó muy amable que tomara asiento y le tendió una copa con *kumiz*. William bebió a la salud de Mangu y de sus esposas, le deseó una larga vida y brindó por que el mundo entero llegara a disfrutar de la dicha de su justo gobierno.

Cuando partieron las mujeres, Yeza aprovechó la ocasión para despedirse dignamente, aunque Mangu habría preferido retenerla allí algún tiempo más. Roç aguantó muy gallardo, confiando en no verse obligado a mezclar las bebidas. William vaciaba sin pestañear cada cuenco que le tendía el khan, ya se tratara de *kumiz*, aguamiel o vino de arroz.

—Uno de los próximos días —le dijo el gran khan a Roç en un aparte— me

acompañarás a cazar. Entonces comentaremos con mi hermano Hulagu, que gobierna Persia, los proyectos que tengo para Occidente. —Pensar en el poder tuvo el efecto de despejarle la mente.

William sonrió provocador a Roç (¿o acaso con cierta malicia?) y éste se apresuró a decir:

—Sean cuales sean vuestros deseos, excelso soberano, encontraréis a la pareja real dispuesta.

Entonces el khan volvió a tenderle la copa a Roç. Todos aplaudieron tres veces cuando éste se llevó el recipiente a los labios. El copero tocó una flauta, mirando hacia el árbol surtidor, y el ángel alzó la trompeta.

—¡Con vosotros, el «resto del mundo» nos pertenece!

Todos aplaudieron de nuevo cuando Koç vació la copa y miró risueño a Mangu.



Crónica de William de Roebrok, Karakorum, sexagésima^[389] *de 1254.*

A mi séquito y a mí nos ha sido adjudicada una *yurta* muy amplia y hermosa, lo que ha tenido por efecto que Sergio, el monje armenio, se trasladara también a ella, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo.

Salí en busca de Koç y de Yeza, confiando en que me darían algo de comer. Los encontré a punto de salir de cacería con Mangu, tal como éste les había anunciado.

—Nos viene muy bien —dijo Yeza, una vez que nos abrazamos en secreto, pues a mí aún me atenazaba la amenaza de Bulgai—. Puedes acompañarnos. El *khagan* te aprecia mucho.

—Dicen que bebisteis hasta que el khan cayó del trono, William —comentó Roç sonriente.

—Fue una lástima que no estuvieras en condiciones de enterarte —repuse yo, aludiendo a la borrachera que él mismo había contraído a fuerza de *kumiz*—. Quería nombrarte Papa, pero luego me concedió a mí el título cuando le aclaré que el representante de Cristo en Roma está obligado a guardar el celibato. Acto seguido te nombró emperador de Roma oriental y occidental y también del Santo Sepulcro.

—Ya, ya —dijo Roç—, lo recuerdo. Te pidió que erigieras en su territorio mongol, en medio de la estepa, un territorio eclesiástico con varias catedrales, de una magnificencia nunca vista, emplazando cada mil millas una torre más elevada y más puntiaguda que las cimas de sus montañas.

—Para entonces estabas ya demasiado borracho —lo corregí, mientras cabalgábamos tranquilamente hacia el palacio del gran khan.

—A nosotros, en cambio —dijo Yeza—, se empeña en enviarnos con Hulagu a Persia. Iríamos acompañados de un ejército que sería como una plaga de langosta. Pretende que creamos un reino que se denominará «Grial», porque ha oído decir que ése es nuestro origen.

—Es fantástico —dije yo, aunque con cierta cautela, pues a Yeza no parece alegrarle la perspectiva.

Mientras tanto nos habíamos acercado tanto a palacio que parecía aconsejable descabalar, pues la expresión «a distancia del tiro de una flecha» se refiere a que cualquier jinete que se atreva a acercarse será abatido sin previo aviso por los arqueros; aunque se muestran algo más indulgentes con los invitados distinguidos. Un agudo silbido cruzó el aire, y ante nuestros pies cayó una flecha con la punta plateada, una punta provista de agujeros, que son los que propician tan desagradable sonido. Refrenamos nuestros caballos.

—Cada vez que oigo el hermoso nombre de «Grial» siento una punzada en el corazón —se lamentó Yeza—. Siento dolor y nostalgia por volver a Occitania, a la que apenas recuerdo. ¿De qué nos sirve gobernar un territorio que se tarda en recorrer varias miles de horas a lomo de un camello, o dotado de mil *jam* donde poder cambiar de caballo? A mí me bastaría con el Montségur, y estoy segura de que el rey Luis nos lo cedería como feudo, ¿no crees, mi amado Trencavel?

Se dirigió a Roç. Me sentí perplejo. El joven sonrió a Yeza.

—Comparto vuestros sentimientos, mi *damna*, ¡pero os ruego que no perdáis la esperanza!

¡Sentían nostalgia por un mundo que no había hecho más que acosarlos y perseguirlos! Admiré la preclara visión de la *Prieuré*, que me había enviado a buscar a mis pequeños reyes, a los hijos del Grial, para devolverlos a casa. No obstante, me resistí a confiarles ese propósito, pues no habría conseguido otra cosa que añadir otro peso más a sus preocupaciones. En cambio, al hilo de aquella conversación recordé que quienes me secundaban en tan peligrosa empresa, nos acompañaban con nombres falsos. De ahí que les advirtiera:

—Por cierto, Lorenzo de Orta no ha venido en calidad de tal, sino que se hace pasar por el misionero cristiano Bartolomeo de Cremona, a quien he puesto el mote de *Barzo*.

—¿Y quién es el sacerdote que te acompañaba y al que hicieron volverse? —preguntó Roç, y yo me eché a reír.

—Ése es vuestro viejo amigo Crean de Bourivan. Se lo presenté a los mongoles como «*monseigneur Gosset*». Pero no os vayáis de la lengua, por si consigo hacerlo venir hasta aquí.

Se hicieron a la idea de que yo no los acompañaría en la cacería. Sujetando los caballos por las bridas echaron a caminar al ver que algunos jinetes salían ya a nuestro encuentro, gritando para que nos apresuráramos.

—Deja al sacerdote donde esté —me gritó Roç aún, antes de partir—, ¡ése sólo quiere devolvernos a la Rosa!

Y vivir allí, zumbando en la estrechez del capullo como un consorte de la abeja reina, no es mucho más halagüeño —pensé— que ser empujados de un lado a otro sobre el amplio tablero del mundo, meras figuras reales en el juego de ajedrez por el

poder que practican los mongoles.

—Ya se le ocurrirá algo a William —consoló Yeza a Roç—; sea como fuere, me alegra que ya no estemos solos. —Con estas palabras se volvió una vez más hacia mí—. La próxima vez que vengas a vernos, acude con tiempo, pues has de leer todos los informes que hemos redactado para ti, como fieles cronistas que somos.

Los despedí y olvidé decirles que me disculparan ante el gran khan, y también olvidé consultarles la mejor manera de preguntar, sin despertar sospechas, por Shirat, que debía de estar cerca de allí, entre las esclavas.

Quincuagesimae^[390] de 1254

El hermano Barzo me advirtió que el monje Sergio, obedeciendo al ferviente requerimiento que en ese sentido le habría formulado el propio gran khan, se había encaminado al palacio con su cruz, para bautizar a Mangu. Él, Bartolomeo de Cremona, se había ofrecido a acompañar al armenio en calidad de testigo. Pero Sergio, *el Bautista*, lo había rehusado, mostrándose bastante alterado. Poco después había regresado en compañía de algunos sacerdotes nestorianos y con la cruz atada a la punta de una lanza, sin duda para hacerle la competencia a mi báculo pastoral. También era portador de un incensario y de mis «Evangelios» que, sin preguntarme, había tomado prestados. No me digné a preguntarle cómo había transcurrido el bautismo, pues sabía que ese preciso día el gran khan había celebrado un banquete. Suele hacerlo cada vez que una de las comunidades religiosas representadas en su corte conmemora alguna de sus festividades religiosas.

Entonces el *khagan* aprovecha la ocasión para disfrutar de un buen festín en compañía de sus esposas y cortesanos.

El monje Sergio afirma muy convencido que el gran khan Mangu sólo cree a los cristianos, pero desea que todos recen por él. Es una mentira poco piadosa, pues en realidad el khan no cree a nadie. Los demás, en cambio, sí están convencidos de que él les favorece y como, a fin de cuentas, ésta es la premisa esencial para permanecer en la corte y participar de sus atractivos, se dedican a augurarle siempre un futuro espléndido.

A mí, con muy buen tino, no me invitan nunca a asistir a semejante comedia, y hacen bien, de modo que no suelo asomarme por ahí, pues no conviene presentarse ante el gran khan sin haber sido llamado.

Algunos nestorianos quieren convencerme de que Mangu ha recibido, efectivamente, el bautismo, accediendo a los ruegos de su primera esposa, Kokoktai-khatun. Les he contestado que me alegra de todo corazón, pero que desearía oír esa noticia de labios del propio khan.

Para aliviar su mala conciencia y agravar la nuestra, el armenio, que no cesa de atosigarnos e imponernos sus preceptos como si fuese un inquisidor, nos ha conminado a prescindir del placer de la comida durante la Semana Santa. Realmente, es mucho pedir, pues ya nos hemos privado de la carne durante toda la Cuaresma, instigados por su celo pastoral, y nos hemos alimentado sólo de gachas, leche fermentada y pan sin levadura. Después quiso privarnos incluso de tan escueta colación y hemos tenido que conformarnos con unas tortas duras como piedras, tostadas en ceniza, y con un turbio caldo de hierbas cocidas en aguanieve. Él mismo no parece sufrir en absoluto por esta causa; estoy seguro de que come algo a escondidas y durante las visitas que dedica a las esposas del khan. Aunque Roç, que ha inspeccionado detenidamente nuestra *yurta*, ha dado con la verdadera clave del misterio. Debajo del altar doméstico que Sergio tiene montado en el rincón que le sirve de cobijo, descubrió una caja llena de almendras, pasas, ciruelas secas y otras golosinas. Aprovechando la ausencia de su dueño decidimos acabar con tan deliciosas existencias y nos bebimos también su vino. Incluso permitimos que Roç bebiera con nosotros, puesto que ya es todo un mozo y un guerrero. Un tanto achispados, decidimos aceptar la propuesta de Barzo y realizar la procesión y la misa del domingo de Ramos sin contar con la presencia del falso monje. Estábamos celebrando nuestra ocurrencia cual chicos traviesos, cuando uno de mis criados me anunció la visita de Teódolo, que lleva semanas pidiéndome audiencia.

—¡Pretende entrar a tu servicio! —me advirtió Roç—. ¡Asegura haber trabajado para el obispo Nicola en Constantinopla!

—Hazle entrar —le ordené a Filipo—. Oigamos lo que desea.

Cuando me vi frente a frente con el visitante, se me ocurrió que aquella cara me resultaba familiar: la había visto en todas partes, mirándome siempre desde segunda fila. Ese hombre bajito y flaco como un huso se inclinó obediente, rechazó con modestia el vaso de vino que le ofrecimos y dijo:

—Vengo a comunicaros que estáis invitado a cenar en casa de Kokoktai-khatun, en un círculo muy reducido de invitados. Os espera con mucha ilusión.

No estaba mal calculada esa entrada por parte del señor Teódolo, pues desde nuestro primer encuentro en la iglesia, nada más llegar, yo no había vuelto a ver a la primera esposa del *khagan*, dado que el monje nos ha prohibido ir a verla, a pesar de ser cristiana. No cabe duda que el armenio considera que ése es su terreno y, para evitar toda polémica, nos hemos abstenido hasta la fecha. Tampoco estaba yo tan seguro de que fuera conveniente hacer caso omiso de las órdenes escritas del monje en esta ocasión. En cambio Barzo sentía muchas ganas de suscitar las iras de Sergio en ese momento. Las dudas, sin embargo, se acabaron muy pronto, porque se

presentó Yeza anunciándonos que debíamos acudir de inmediato a presencia de Kokoktai.

—¡A ti, William, te aguarda un hermoso regalo! —No quiso revelar por nada del mundo cuál sería la sorpresa, pero al verla reír y guiñarle un ojo a Roç, pensé que no podría tratarse de nada malo. Así que dije:

—Bien, ¡no hagamos esperar a la venerable señora!

—Por favor, llevadme con vos como vuestro secretario —me rogó entonces Teódolo—. Me acurrucaré en un rincón y me conformaré con los restos de comida y de bebida que me arrojéis desde la mesa. Hace días que no tomo nada ¡incluso estaría dispuesto a renunciar también hoy a todo alimento, con tal de que me permitáis asistir!

El gesto me conmovió.

—Podréis sentaros a la mesa como secretario mío —repuse, mostrándome jovial—, y mañana decidiré si realmente vuestros servicios merecen ser tomados en consideración.

Mi propuesta lo alegró sobremanera; recogió mi báculo de manos de Filipo y, depositándolo sobre sus manos extendidas, se aprestó a seguirnos. Así nos dirigimos a la casa de Kokoktai, que no está muy lejos de la de los infantes.

La «primera esposa» dispone de un pequeño palacio, diseñado expresamente para ella por un constructor sarraceno. Ascendimos por una gran escalinata iluminada por criados portadores de antorchas y llegamos a la planta superior, donde hay una sala rodeada de delicadas columnas en cuyo centro ardía una enorme hoguera, debajo de una parrilla de hierro sobre la que varios cocineros asaban piezas de carne. También desde los calderos nos llegaban apetitosas fragancias. La «cena íntima» resultó ser un gran banquete. Cuando entramos, todos los demás invitados se pusieron en pie para ovacionarme. La señora de la casa me presentó a su cuñada, Dokuz-khatun, esposa del il-khan, y también a Jonás, archidiácono de los nestorianos, cuya serenidad e inteligencia me agradaron mucho. Para mi sorpresa había allí otros sacerdotes de la misma comunidad, que me saludaron con un cordial apretón de manos, aunque muy respetuosamente. Ligeramente desilusionado, le susurré a Yeza:

—¿Dónde está la gran sorpresa?

Ella me sonrió con malicia:

—¡Primero tendrás que cocerte un poco en las ascuas de tu propia curiosidad, William!

Antes de que pudiera preguntar más, nuestra anfitriona me condujo a una estancia contigua. Sólo mi secretario me siguió como un perrillo faldero. Allí vi a unas mujeres atareadas en coser un atuendo festivo de tela adamascada de color verde oscuro, con ribetes dorados y los bajos formando una cola adornada con una franja de pieles. El sayón es de muselina finísima color verde claro, festoneado de perlas. La capa, de terciopelo violeta oscuro, está forrada de seda malva y adornada con amatistas y piezas de jade. La mitra, muy alta, también está confeccionada con tela

adamascada, como el velo, y muestra un blanco deslumbrante con apliques de brocado de oro.

—Mañana es vuestro día, William —dijo la soberana, dedicándome una mirada significativa, como si yo fuera a asistir a mi propia beatificación—. De ahí que las mujeres de nuestra comunidad cristiana deseen ofreceros un nuevo atuendo.

Se lo agradecí, muy satisfecho, aunque empezaba a sentir ciertas reservas sobre si debía aceptar la mitra episcopal con tanta naturalidad. No obstante, tendí la mano a todas y cada una de las aplicadas costureras y las damas me la besaron con admiración. Kokoktai ordenó que trajeran vino y bebí a la salud de todas ellas. Luego nos llamaron a la mesa.

Había carnero, ¡qué otra cosa si no! Preparado de todas las maneras posibles, desde asado o a la parrilla, salteado, en salsa de leche fermentada o cocido en el caldo de la matanza. Antes de que todos se abalanzaran sobre la comida (yo estaba dispuesto a superar mi repugnancia, pues estaba hambriento como un lobo), la soberana me pidió bendecir la mesa. Mientras acudían los últimos invitados, dije:

—*Panem nostrum quotidianum da nobis bodie*^[392] —pero al llegar a la segunda frase—: «*Panem accipiam et nomen Domini invocabo*»^[393] —me empezaron a turbar las anchas sonrisas de Yeza y Roç y cuando llegué a la última, empecé a tartamudear. Con la cabeza gacha y las manos enlazadas percibí fugazmente que el maestro Buchier acababa de acercarse a la mesa en compañía de una mujer. Luego mi mirada rozó a esa persona y a duras penas logré proferir el «amén». ¡Frente a mí estaba Ingolinda de Metz^[394], mi ramera predilecta en los viejos tiempos!

«¡Hola, bello desconocido!» parecían susurrar sus labios, y me sonrió avergonzada. Sólo yo podía intuir las obscenidades que debían cruzar por su mente aunque mantenía, modosa, los párpados bajos. ¡Ingolinda! No es que pareciera más joven, pero tampoco había engordado. ¡Dichoso placer de la carne! Engullí cuanto me sirvieron, arranqué a dentelladas la carne de los huesos, sorbí el cálido tuétano.

El maestro Buchier me presentó a su hermosa acompañante.

—Ésta es *madame* Pascha, de Lorena —dijo—, casi una compatriota para un flamenco.

—¡Por supuesto! —exclamé—. Una segunda patria, cubierta de dulces colinas y valles, arada por el laborioso campesino, con oscuros bosques y profundas minas que contienen vetas que serpentean por la cálida tierra, de donde se extrae un precioso mineral... —me detuve, pues el orfebre sonreía al ver mi entusiasmo. Ingolinda, en cambio, me había comprendido.

—¡Cuánta sensibilidad, hermano William! Estuve casada con un ruso, ingeniero de minas; ahora soy viuda y le llevo la casa al maestro Buchier —trinó, y sus hermosos ojos parecían atravesar mis ropas y mis calzones.

Demasiado bien conocía ella al minero solitario, al viejo picador que se adentra impetuoso en lo hondo del filón. La punta de mi piqueta ya estaba al rojo vivo, de modo que acepté gustoso el vaso que me ofreció el orfebre.

—Si vuestras numerosas obligaciones pastorales os lo permiten, William de Roebruk, venid a vernos; en mi casa, la comida es diferente —me invitó con gran amabilidad y chasqueó la lengua con deleite—, ¡*madame* Pascha es una excelente cocinera!

—Con mucho gusto —repuse en tono ceremonioso— haré los honores al caldero de *madame* y degustaré encantado lo que tenga a bien ofrecerme.

Después Yeza me tiró de la manga y me alejó de la excitante presencia de Ingolinda.

—¿Qué te ha parecido la sorpresa? —me susurró la muy pícara—. ¡Ingolinda, la ramera!

—¡Chsst! —le advertí—. Ahora es una persona honrada y, además, viuda.

—Estoy dispuesto a creer esto último —se inmiscuyó el insolente Roç, que acababa de unirse a nosotros.

Pero la princesa nos interrumpió. Venía agarrada a su copa y un escanciador la seguía a cada paso, dispuesto a rellenarla mientras ella iba brindando con todos.

—¿Qué tal va la construcción de mi catedral? —exclamó bastante achispada, y atrajo a su lado al maestro Buchier—. ¡Nuestro querido obispo necesita urgentemente un edificio que honre a Dios y sea digno de él!

«Santa Kokoktai», me pasó por la mente.

—No la haremos de madera o de piedra —se animó el orfebre— ¡sino de hierro, plata y oro!

Apartó la mirada de la mecenas y se dirigió a mí, futuro propietario catedralicio.

—¡Eso nos permitirá alcanzar una altura de vértigo, todo un conjunto de arcos y puntales afiligranados, ligeros como alas de libélula!

—¡Magnífico! —bendije su proyecto mientras mis pensamientos, pesados como la tierra, seguían adheridos a la carne y mi sangre pulsaba con el ardor de un volcán dispuesto a escupir su abrasadora lava en el celestial regazo de Ingolinda.

—Esto permitiría dividir la Casa de Cristo en piezas y trasladarla en carretas fuertes y de amplia plataforma, tiradas por veinte o hasta cincuenta bueyes. Permitiría llevar consigo la Casa de Dios a todas partes, incluso al campamento de verano.

—¡Yo tiraré de los bueyes! —exclamó Yeza.

—Habría que numerar cada pieza —intervino Roç— para que la catedral pueda ser levantada en un santiamén en cada nuevo emplazamiento.

—Estupendo —dijo la soberana en voz alta, y todos tuvimos que brindar por la catedral, luego por el maestro de obras y finalmente por mí, el obispo, bajo cuya gloriosa égida se realizaría aquel proyecto. Jonás, archidiácono de los nestorianos, se unió a nosotros y tras brindar con todos por dos veces, hizo chocar su cruz de plata contra la copa de la princesa, que, al estar vacía, sonó como una campana, concitando un expectante silencio. Los sacerdotes se acercaron, atentos.

—En nombre de la comunidad cristiana de Néstor, insigne apóstol, equiparable a Pedro y Pablo, de santa vida y santa muerte, como mártir que fue...

«Lo mató la Iglesia católica», pensé, bastante aturdido ya.

—... ruego al venerable y piadoso hermano William de Roebuk, quien ha merecido la distinción del rey, del Papa y ahora también de nuestro excelso gran khan y de su primera esposa, que acepte el título y el cargo de *episcopus*^[395]. Su nombramiento beneficiaría grandemente a la causa cristiana en estas tierras y la haría progresar...

—... afianzándola como Iglesia de nuestro estado —añadió, para sorpresa mía, mi secretario Teódolo, a cuya insistencia ante los presentes debía yo sin duda semejante propuesta.

—¿Quizá conseguiríamos bautizar al *khagan*? —susurró esperanzada Kokoktai-khatun.

—La Pascua sería el momento más indicado para hacerlo —afirmó Teódolo, siempre tan discreto—. ¡La fiesta de la Resurrección será también la de la liberación del mortal abrazo de paganos y sarracenos!

Todos aplaudieron. Comprendí que no podía permitirme el menor error.

—Me abruma tanto honor —repuse, esforzándome por fingir una mirada «iluminada» ¡mientras pensaba en el infernal pozo abierto en la blanca carne de mi ramera!—. Pero no me corresponde adelantarme a los planes y decisiones del *khagan*. No olvidéis que aquí —advertí, y señalé orgulloso a Yeza y a Roç—, entre nosotros, tenemos a la pareja real, que quizá mañana sea enviada por el gran soberano a someter el «resto del mundo». Si me ordena acompañarlos, no podré negarme, y deberé renunciar a la dicha de servirlos a vosotros y a la Iglesia de Karakorum. Me someteré a su sabia decisión.

Aquello aminoró por un momento el entusiasmo reinante, pero no la sed. Teódolo aclamó a los «soberanos de Occidente, la pareja real», y todos bebieron a su salud. De pronto se organizó un revuelo en la entrada del salón. Muchos de los invitados se arrojaron al suelo: el gran khan acababa de acudir inopinadamente. Los criados trajeron un gran camastro en forma de trono y lo colocaron en la cabecera de la mesa. La anfitriona, Kokoktai, se apresuró a saludar a su soberano y esposo. Mangu se sentó en el trono, tomó la copa de manos de su esposa e invitó a Roç y a Yeza a acercarse al lecho dorado. La soberana le presentó a los huéspedes más insignes, pero sus ojos me buscaban a mí. Lo noté, y decidí esperar. Kokoktai-khatun y el archidiácono, muy excitados, le hablaban a Mangu, señalando hacia mi persona. Me incliné y me dirigí hacia el trono, seguido de mi hermano Barzo y de mi nuevo secretario.

—William de Roebuk —dijo entonces el khan, observándome con detenimiento — ¡Quieren nombrarte obispo!

Sonrió, y yo temí haber ido demasiado lejos.

—Aunque nos parece poca cosa para la capital de mi reino, teniendo en cuenta el número de cardenales que, en Roma, asisten al Papa. Te haremos transportable, como a tu catedral.

—Siempre que no se os ocurra desmontarme a trozos —me atreví a bromear, pero precisamente esto le agradó.

—No temas, eres un amigo y queremos conservarte entero y cabal de pies a cabeza, bajo el resplandor de nuestro sol omnipotente. También queremos enviarte a todas partes, como el rayo que ha de iluminar el corazón de nuestros pueblos, para que ardan de amor por su soberano. ¡Serás nuestra luna, circundarás el orbe, cuyo centro somos nosotros!

—De modo que sí queréis dividirme, pues ¿cómo podría servirlos aquí y a la vez...?

Me interrumpió.

—Que te encomendemos a la pareja real para que la entronices donde decidamos, no significa que tú, espléndido mensajero nuestro, no puedas regresar, siguiendo tu órbita, adonde estamos nosotros, pues somos el sol que os calienta, del mismo modo que la pareja real... —y al pronunciar estas palabras posó sus manos sobre los hombros de Roç y Yeza, en un gesto paternal, pero imperioso—, como astros divinos de la constelación de Géminis^[396]...

¿Quién le habría escrito aquel discurso? ¿No sería que Teódolo traducía sus sencillas palabras con excesiva brillantez?

—... que resplandecen sólo al calor de nuestra luz, buscará siempre el amparo de nuestro poder. ¡Así gobernaremos la Tierra y sobre nosotros se tenderá la bóveda eternamente azul de *tengri*! Vamos a rezarle ahora.

La exigencia se refería a mí y a los sacerdotes, y yo repuse:

—Dios Todopoderoso, protegéd a nuestro soberano y a todos los que gozan de su amor. ¡Dadle la fuerza necesaria para disponerlo todo según tu voluntad, tú que estás en los cielos, pues tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos, amén!

Ordenó a Teódolo que le tradujera todo, palabra por palabra. Las pronuncié lentamente, porque sabía que las sopesaría como si de oro se tratara, y que nuestro sino dependía de que le gustaran o no, y de lo que él decidiera al respecto. No le sería fácil aceptar a un Dios que reinara a su antojo y por encima de él. La imagen de *tengri*, en cambio, es mucho más cómoda; éste se tiende de una punta a otra de la bóveda celeste, de la mañana a la noche, preside incluso las horas nocturnas, a la vez que deja al khan hacer y deshacer a su antojo. Yo no quería ponérselo tan fácil, aunque se le ocurriera ensalzar a Roç y a Yeza nombrándoles reyes de Jerusalén y me nombrase patriarca a mí. Sí, ¡eso era! Yo sería patriarca, independiente de la sede de san Pedro en Roma. Pues, ¿cómo podría prosperar una Iglesia cristiana, aunque fuese nestoriana, pongamos por caso, entre los mongoles, si tuviera que sufrir también aquí las consecuencias del conflicto entre el Papa y los gobernantes terrenales? Un «patriarca de Karakorum»; eso era lo que pretendía Mangu y, una vez lo hube comprendido, le dediqué una profunda reverencia.

El gran khan me observó largamente.

—Mañana asistiremos a vuestro rito en la iglesia, y hasta entonces habremos dirimido qué cargo y qué título resulta más adecuado a vuestra persona y al reino de todos los mongoles —vaciló un instante—. ¿Quieres formular algún deseo?

No osé exponerle mis arrogantes meditaciones, prefería que diera en el clavo por su propia intuición. Tal vez alguien pudiese ponerle sobre la pista, pero en ningún caso debía ser yo. Pensé en la pobre Shirat, pero su mención no parecía apropiada en ese momento. Por lo demás, sólo se me ocurrió Crean, de modo que rogué modestamente:

—Durante el viaje me vi obligado a dejar a mi confesor particular, el sacerdote Gosset, en Sartaq, y ahora lo hecho en falta.

Mangu sonrió.

—Enviaré a mis mensajeros y ordenaré que traigan todo lo que tuviste que dejar allí. Tu falta de pretensiones y tu humanidad son para mí una prueba fehaciente de que reúnes las cualidades que precisa un hombre digno de tan elevado cargo —dicho esto, se despidieron los invitados.

Los sacerdotes nestorianos me acompañaron de regreso a mi *yurta*. Me aclamaban una y otra vez mientras avanzábamos por las oscuras calles, comportándonos como estudiantes enardecidos tras concluir los exámenes. Estábamos todos borrachos. Ingolinda y su maestro Buchier se habían despedido antes de que llegara Mangu. Al marchar, ella me dedicó una larga y nostálgica mirada que me reveló a las claras lo mucho que desea volverme a ver.

Domingo de Ramos^[397] de 1254

El monje, que solía dormir sobre el desnudo suelo de nuestra *yurta*, me recibió con brusquedad. Me echó en cara que turbara el silencio nocturno, mi comportamiento inadecuado y el haber ingerido bebidas embriagadoras. Pero no dijo ni una palabra acerca de la invitación a casa de Kokoktai-khatun o de los rumores sobre mi posible nombramiento.

Cuando desperté a la mañana siguiente, el lecho del monje estaba vacío. Aquello me vino de perlas, pues a primerísima hora se presentaron las laboriosas costureras que traían mi nuevo atuendo. No quisieron renunciar a vestirme ellas mismas. Me sentaba perfectamente. Filipo me confesó que les había dejado unas viejas prendas mías para que les sirvieran de patrón. Del inagotable contenido de mis sacas episcopales extraje ropas para vestir a Barzo, Filipo y Timdal, que había acudido con las mujeres. Ante mi *yurta* esperaba una representación de sacerdotes nestorianos. Haciendo ondear las banderas avanzamos por el dormido barrio de los sarracenos en dirección a la iglesia.

Delante del portal me encontré con la adusta mirada de Sergio, el armenio, que quiso impedirme la entrada.

—No puedes comulgar, William de Roebruk —dijo en voz alta, tendiendo a mi encuentro la cruz de plata como quien quiere conjurar a Belcebú—. No estás sobrio. ¡Todos habéis bebido y lleváis el demonio dentro!

Pero los nestorianos se burlaron de él y lo apartaron.

En la iglesia, el archidiácono Jonás ya lo tenía todo amorosamente dispuesto para la misa. Sólo esperábamos que llegara el khan. Pero en lugar de éste se presentó jadeante mi secretario Teódolo, que se había puesto una casulla blanca como las llevan en nuestras tierras los templarios, sólo que a él le daba el aspecto de un ángel caído. Nos anunció que el gran khan había salido con Roç y Yeza de cacería, y nos rogaba que lo disculpásemos. También nos hacía saber, de parte del *khagan*, que jamás podría pisar la iglesia, pues el armenio le había dicho que en su interior se acostumbra a tener a los muertos de cuerpo presente.

—Por nada del mundo entraría en semejante recinto —nos aclaró Teódolo—, del mismo modo que no puede presentarse ante él nadie que haya asistido a un agonizante en la hora de su muerte.

—Bueno —dije yo—, en tal caso habría que cerrarle la puerta a la Virgen María, que asistió a Nuestro Señor Jesucristo en la difícil hora del Gólgota.

—No, querido hermano —me corrigió Jonás—. El Señor resucitó de entre los muertos, por lo que el *khagan* podrá asistir a las celebraciones de Pascua que festejaremos en su palacio, transformado en templo.

Al oír esto lo abracé y él pasó a leer la misa.

Mi intérprete Timdal me entregó discretamente un mensaje.

—No puedo leerlo —susurró— y, en realidad, tampoco estoy autorizado a entregároslo.

—¿Órdenes de Bulgai? —bromeé, pero Timdal se defendió.

—No puedo decirlo, pero como procede de una mujer, pensé que...

—Una admiradora —quise tranquilizar su conciencia. «¡Forja el hierro mientras está caliente!» decía la letra, en francés. Yo no deseaba otra cosa.

Atraje a Teódolo, tirándole de la manga.

—Ponte a pensar, mi querido secretario —musité, y él me miró orondo, orgulloso por el tratamiento— y dame una razón de peso que me permita ausentarme ahora mismo. No quiero cometer el pecado de recibir el Cuerpo de Dios en un estado que no es el más apropiado.

Teódolo asintió, comprensivo. A sus ojos, yo era un príncipe de la Iglesia que se preciaba de respetar puntillosamente sus preceptos y a quien él servía diligente y gustosamente.

A continuación, Kokoktai-khatun, Dokuz-khatun y también el general Kitbogha, así como el maestro Buchier (ni a su lado ni entre las mujeres de la comunidad divisé a la señora Pascha, por lo que mi pulso se aceleró) me rogaron que oficiase la misa. En ese momento se acercó mi secretario y me susurró, en voz lo bastante alta como para que le oyeran todos, que el gran khan, que había abandonado la ciudad a primera

hora de la mañana, me rogaba que acudiese a su palacio. Debía ofrecerles, a él y a la pareja real, las bendiciones de la Iglesia en cuanto regresara, y orar con ellos.

Entonces estalló el júbilo entre los que se habían congregado en torno a mí. Cuchichearon entre ellos que seguramente antes de Pascua lograría que el soberano ingresara en el seno de la Iglesia. Dejé a los nestorianos con sus esperanzas, envolví un cáliz para el vino sagrado en el pendón del Cordero y la Cruz y abandoné el recinto repartiendo bendiciones a diestra y siniestra. Temí que el tétrico monje siguiera ante la puerta. Pero Sergio, el armenio, había abandonado el campo de batalla.

Sabía a dónde dirigirme, pero lo hice dando un par de rodeos para asegurarme de que nadie me seguía. «Forja el hierro mientras está caliente»; estas palabras ofrecían un claro indicio sobre el lugar: la *yurta* que alberga la forja del maestro Buchier. Deslizarme a su interior, a escondidas habría podido llamar la atención. Pero gracias a Dios se encuentra al borde del barrio sarraceno para que el humo no moleste a los señores del barrio de las embajadas, de modo que alcé el hisopo, rocié la puerta y la bendije. Después entré y cerré bien a mis espaldas.

Cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra del lugar, vi a Ingolinda que yacía desnuda en el lecho del maestro. El ambiente aún olía a cenizas frías. La vi tendida, inmóvil y con los párpados cerrados. Me quedé petrificado de miedo, hasta el punto de no ser capaz de moverme. ¡Alguien se me había adelantado! Había descubierto el objeto de mi placer y acababa de estrangular a mi pobre Ingolinda. ¿Qué monstruo habría sido capaz de...? ¡Sergio, el monje! Y me echarían la culpa a mí...

En ese mismo instante, la mujer abrió los ojos y susurró:

—¡Hola, bello desconocido!

Y yo me arrojé sobre ella, me bajé a toda prisa los calzones hasta los tobillos y los pisoteé como un poseso porque no podía liberar mis pies. Un leve gorgojeo acompañaba mis esfuerzos. Alcé la sotana, arrojé la capa de mis hombros; ya había colgado antes de una percha, junto a la puerta, la mitra y el velo. Ingolinda me abría sus blandos muslos, echó mano del mazo y me guió hasta donde ardían las ascuas. Tratándose de ella, no tenía necesidad de actuar como un amante delicado, puesto que me acepta tan basto como soy. Empecé a dar golpes con el mazo, mientras ella hacía de fuelle y de yunque; ella el fuego, yo el hierro candente. O yo el herrero que la volteaba y la moldeaba a conciencia por todos los lados. Ella me mordió el cuello, hundió las uñas en mi trasero, bajo la sotana, y me engulló. Cuando mis fuerzas decayeron como el hierro que silba al entrar en el agua fría, me besó llorando y dijo: .

—¡Ah, William, no has cambiado nada!

La acaricié dulcemente con las manos, pues mi hierro se había tornado plomo, y jadeé satisfecho.

—Estar contigo es tan agradable como siempre.

—Tu pobre puta te ha echado de menos —replicó sonriente mi dama de Metz—,

¡y siempre vuelve a disfrutar contigo, mi lascivo minorita!

—Pronto seré obispo, o incluso más —dije yo, queriendo hacerla partícipe de mi orgullo.

—Entonces te corresponderá, por el cargo, una concubina —me replicó ella, tratando de transformar de nuevo el plomo en una espada de acero, pero se lo impedí.

—Antes de que acabe la misa tengo que estar en mi celda de eremita; ¡y tu amo también te echará en falta!

—El domingo tengo mi día libre, y el maestro también. Además, sabes muy bien que jamás me he ganado el sustento con las manos. De modo que celebremos las fiestas tal como caen.

Cubrí su cuerpo de besos antes de levantarme con un suspiro.

—Ya se me ocurrirá algo, *madame* Pascha, que me permita calmar vuestros arrebatos.

—No me apetece nada —repuso ella, elevando el tono de su cordial risa de ramera— ¡meterme bajo las mantas sin la compañía de tus prietas carnes!

Para entonces yo había arreglado mi atuendo hasta el punto de poder presentarme en la calle ante mis seguidores, en caso de encontrármelos a la salida del santo oficio.

—Entraré y saldré de esta casa a menudo —la consolé—, ¡pues mucho necesitáis de mi consuelo!

—Gracias, eminencia —dijo ella, acompañando sus palabras con una reverencia, y pasó a cubrir su desnudez—. Marchad si así lo deseáis —añadió con tristeza—. Yo me quedaré aquí para ordenarlo todo y guardar las apariencias.

Abracé a Ingolinda por última vez y salí fuera, bendije la casa tres veces con la señal de la cruz y me alejé tranquilamente, cruzando el barrio de los sarracenos.

Ultimae Cenae^[398], 1254

Al no ver en la *yurta* ni a mi compañero Barzo ni al monje y tras comprobar que Filipino, mi criado, había ido al mercado, llamé a mi secretario para hablar con él a solas. Reconozco que Teódolo ha actuado con cautela, por mucho que me disguste su untuoso servilismo. Barzo lo tiene por una serpiente intrigante. El monje odia a mi secretario tanto como me desprecia a mí.

—Esta noche he tenido un sueño —le aseguré, suscitando su curiosidad—. Vi una iglesia que se alzaba imponente en medio de la estepa, como esos senos llenos de leche que semejan las cúpulas de Santa Sofía, con tiesas lanzas cinceladas destacándose contra el cielo eternamente azul. Unos ángeles volaban sobre ella, portando una cinta con la inscripción *Nova Ecclesia Mongalorum*^[399].

—¡Es una señal que Dios sólo envía a un hombre santo como vos!

De modo que mi Teódolo estaba a punto de picar, por lo que seguí agitando el anzuelo.

—Los gobernantes de todos los pueblos acudían a esa catedral de piedra para venerar el santuario, lo más sagrado que hay en la Tierra, y a su protector, el excelso khan.

—Deberíais comunicar esa visión al gran khan, pues quien la tuvo merece el título de príncipe de la Iglesia —había tragado el anzuelo.

—¡Ay! —lo rechacé con humildad, mientras me arrodillaba ante nuestro pequeño altar improvisado—, yo no soy digno del patriarcado, pero con mucho gusto prestaré mis fuerzas al khan para que inicie una nueva era con la fundación de una nueva iglesia cristiana. El soberano podrá ahorrarse la penosa tarea de disuadir a los nestorianos de sus paganas costumbres. *Ex novo!*^[400] ¡Una iglesia joven como el capullo de una rosa, como el propio pueblo de los mongoles! ¡Podéis decírselo! Sin embargo, toleraremos a los adeptos de Néstor (si es que no prefieren sumarse a la *Nova Ecclesia Mongalorum*), que recibirá con los brazos abiertos al resto de las confesiones o sectas, las cuales hallarán cobijo seguro bajo nuestro techo.

—Si me lo permitís —Teódolo estaba entusiasmado con las perspectivas que se le abrían—, iré enseguida a ver a Mangu para informarle de esta divina revelación. ¿Tenéis algún consejo sobre el aspecto y los modos de la *Ecclesia* que se fundará?

Mi querido Teódolo es avisado y rápido de reflejos.

—Recomiendo —propuse con gesto ceremonioso— elegir como santo patrón a san Francisco, y atenernos en lo posible a la *regula* del santo de Asís.

Y mientras decía esto, saqué de debajo del altar un librito que había conservado como oro en paño, una obra que trata de la vida del santo y que lleva el título apócrifo de *Secundum Memorandum*^[401], escrito por su obispo, el pío Guido^[402].

—Apréndete de memoria estas enseñanzas, para que puedas responder a cada pregunta del excelso *khagan* con precisión y rapidez —conminé a mi secretario, a quien las ansias de servirme inducían a levantar primero un pie y después el otro—. La santidad de Francisco está fuera de toda duda y su sencillez y modestia se corresponden en todo con la esencia del alma mongola; su obediencia, su fidelidad a los preceptos y su estricta renuncia a los bienes personales le vendrán de perlas al soberano, pues ya no será necesario tanto dispendio para el lujoso ornato de los sacerdotes, ni responder a exigencia alguna de un mayor poder terrenal. La nueva Iglesia servirá únicamente a Dios y sus miembros servirán al khan.

—¡No veo la hora —exclamó Teódolo, jubiloso— de exponerle todo esto al gran khan Mangu! Espero que no os moleste que, al hacerlo, llame la atención sobre el *spiritus rector*^[403], el modestísimo hermano William de Roebruk, pues con ello os habéis ganado sin duda la mitra patriarcal. ¡Dejadme hacer a mí! ¿Para qué otra cosa habría de serviros tener a Teódolo de secretario?

—¡Ve con Dios, hijo mío! —suspiré, atormentado—, ¡pero ve!

Junté las manos para orar.

—Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal. Pues Tuyo es el reino, Tuyo el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

En la noche del sábado de Gloria al domingo, Teódolo, mi criado Filipo y yo nos dirigimos al palacio del gran khan, donde se nos había citado a una audiencia de medianoche. No pasamos por la iglesia, donde (según estaba previsto) debía recoger al incordio de mi hermano franciscano y al temible monje, para llevarlos también a ellos a presencia de Mangu.

Avanzaba muy confiado por aquella oscuridad, tras haberme insuflado valor con repetidos tragos de vino. Una deliciosa excitación empezó a embargarme. ¿Sería posible que yo lograra convertir a los mongoles al cristianismo, yo, el pobre e insignificante William de Roebruk, despedido por los grandes de esta Tierra, humillado por la Iglesia de Roma, por su vano clero, por sus intrépidas órdenes de caballeros? ¿Poner de parte de la cristiandad, y para su beneficio, al pueblo más grande y más poderoso de la Tierra, convertirlo en protector de la verdadera fe, en su paladín frente a los enemigos? ¿Adoptaría el khan esa noche la fe cristiana como religión de su Estado y fundaría una Iglesia, tal y como me había asegurado, radiante, mi querido Teódolo? ¡Que se dejara bautizar o me nombrara patriarca me parecía poco relevante comparado con ese acontecimiento que alteraría la historia de la humanidad! Me dio vértigo pensar en la poderosa catedral del espíritu cuyo arquitecto sería, sin duda alguna, yo mismo. Caer redondo y desmayado habría sido la reacción más lógica ante tamaña perspectiva. ¡Un torpe minorita, un pícaro flamenco, William, el pájaro de mal agüero, consigue hacer girar con su atrevido pico la rueda de la historia! ¡Era demasiada dicha! Tuve que mear. Me detuve, alcé mis vestiduras y solté un chorro liberador en la nocturna calleja. Que acabara entrando en la historia como primer patriarca de la «Nueva Iglesia de los Mongoles» era un aspecto secundario, aunque bonito y deseable. Mi secretario daba por hecho ese nombramiento.

El único rival que podía tener alguna prerrogativa sobre el título, el archidiácono de los nestorianos, me aseguró Teódolo que se había declarado a mi favor ante el khan. «¡William I, patriarca de Karakorum!» Me parecía estar soñando.

—No obstante, ha habido algún reparo por parte de Roç y Yeza, nuestra pareja real —me confió Teódolo al final—. ¡Se volverá loco! —había dicho Yeza, que asistió al Consejo—. ¡Exigirá un harén para el patriarca e introducirá la poligamia entre los cristianos!

Al oírlo, los mongoles se desternillaron de risa y el khan volvió a preguntar a Roç si tenía algo que objetar al nombramiento de William.

—Si vos, excelso khan y protector, nos aseguráis que el patriarca *in pectore*^[405] no será canciller de nuestro futuro reino, y mientras podamos seguir llamándolo «William», saludaremos su encumbramiento de todo corazón.

—¡Ah, mis pequeños reyes! —suspiré—. ¡Ojalá poseyera algo de su refrescante sinceridad y de su talento para intervenir con tanta inteligencia en el momento preciso!

Cuando llegamos a las puertas del palacio vimos al monje. Me traspasó con sus sombríos ojos.

—Te maldigo, William de Roebruk —musitó adusto—. Te maldigo tres veces, a ti y a todos los que se dejen seducir por ti. ¡El demonio se os lleve!

No le prestamos atención y entoné la segunda estrofa del *Da laudis*:

*Est Deus, quod es homo, sed novus homo,
ut sit homo quod Deus, nec ultra vetus.*^[406]

Así entré en el salón profusamente adornado e iluminado por mil lamparillas de aceite.

*O pone, pone, pone, pone veterem,
o veterem, assume novum hominem!*^[407]

Percibí un revuelo a mis espaldas, pero no me volví y seguí avanzando hacia el trono en el que estaba sentado Mangu, flanqueado a izquierda y derecha por Roç y Yeza, que se habían engalanado y parecían unos muñecos vestidos de mongoles. Junto a la puerta debía de haber ocurrido algo grave, pues todos miraban hacia allá y cuchicheaban. Por fin se hizo el silencio. Detrás del gran khan se encontraba el archidiácono Jonás, y flanqueándolo los hermanos del soberano, Hulagu y Ariqboğa. El tercero, Kubilai, sigue en Cathai. Sus esposas, Kokoktai-khatun y Dokuz-khatun, habrían acudido como fieles cristianas a la misa de medianoche en la iglesia, junto con el general Kitbogha y su hijo, Kito. Un coro de nestorianos entonó a voz en cuello el salmo:

*Laudate Dominum in sanctuario eius,
laudate eum in augusto firmamento eius.*^[408]

Recorrí con la mirada las filas de los invitados de honor. En los escalones que conducían al trono, a los pies de Roç, se acurrucaba el maestro Buchier, creador del árbol surtidor de plata. Para celebrar el día había sido adornada su obra con ramas verdes, además de estar completamente cubierta de velas encendidas, mientras Ingolinda permanecía a los pies del árbol como si fuese un ángel de Navidad. No hubo bebidas aquella noche. A los pies de Yeza vi postrada en un camastro a la segunda esposa del khan, Koka, marcada aún por su enfermedad. El sacerdote idólatra Gada Sami, que también es su vidente particular, estaba a su lado. El

archidiácono prosiguió con voz atiplada:

*Laudate eum tympano et choro,
laudate eum chordis et organo.*^[409]

—¡Teódolo! —me susurró Filipo—. ¡Ha pisado el umbral...!

Sacudí la cabeza con brusquedad; no era el mejor momento para molestarme con tan inoportuna observación.

El coro cantaba: *Aleluya, aleluya, aleluya!*

El salón estaba atestado hasta el último banco, los mongoles vestían sus mejores galas y nos miraban expectantes. También estaban allí muchos de los embajadores acreditados. Mi mirada recayó después en las mujeres situadas a espaldas de los hermanos del khan, que probablemente, siguiendo el ejemplo de Koka, no deseaban abrazar la fe cristiana. Detrás de Ariqboga vi a una mujer joven que llevaba el rostro velado, a la manera de las sarracenas. Me miraba fijamente y me asusté, paralizado de vergüenza. Era Shirat. Traté de decirle con la mirada que la había reconocido, pero estaba como petrificada. Y, sin embargo, me pareció percibir que me lanzaba una mirada implorante. Me torturaba la idea de no poder ayudarla. En un principio, había pensado hacer sólo una reverencia, en cambio, decidí caer de rodillas espontáneamente, junté las manos e incliné la cabeza, aunque sin perder de vista al khan.

El khan Mangu y sus hermanos sonreían. Yeza me hacía guiños, sólo Roç guardaba la compostura. En cuanto cesaron los cánticos, il-khan Hulagu hizo una seña a su ayudante y éste dio un paso adelante. El archidiácono Jonás se inclinó y le tendió un rollo de pergamino, cuyo texto pasó a leer Dshuveni.

—Como el sol que envía sus rayos por doquier, iluminando la Tierra y calentando a los hombres, así es el poder de Gengis-khan. Es Mangu, su tercer sucesor en el trono, quien os habla y os hace saber su voluntad. —El ayudante carraspeó para aclararse la voz—. ¡Fundaremos una Iglesia!

Un murmullo recorrió la sala.

—La *Nova Ecclesia Mongalorum Ritus Orientalis*^[410] tiene la voluntad de reunir en su seno a todos los profetas y apóstoles: a Jesús de Nazaret y a Juan Preste el Apócrifo, a Néstor de Constantinopla y a Francisco de Asís, a Mahoma por el Islam tanto de la sunna como de la chía, y a Parsifal por el Grial en representación de los maniqueos, a Juan el Bautista por el judaísmo mosaico, y a Maitreya, la reencarnación de Buda que esperan los pueblos a orillas del océano.

Dshuveni se detuvo unos instantes para que tan extraordinario anuncio surtiera efecto, y porque los calvos idólatras con sus túnicas color azafrán hacían sonar insistentemente las campanillas.

—Dicha Iglesia estará gobernada por un «patriarca del cielo eternamente azul».

—El ayudante miró por encima de mi cabeza, pero yo sentía los ojos del gran khan fijos sobre mí—. El acto de fundación tendrá lugar en la festividad del Espíritu Santo de *tengri*, en el día de Pentecostés^[411], contando quince días a partir del presente. El primer Patriarca Aerinocratos del cielo eternamente azul será investido el día en que celebremos el aniversario de nuestro ascenso al trono^[412]. Así queda anunciado en este día, doce de abril del año 1254, según el calendario cristiano, en el año 652 desde la salida de La Meca del profeta Mahoma, y en el tercer año de nuestro reinado —leyó Dshuveni, ya con cierta dejadez.

Me imaginé lo poco que le debía agradar, como musulmán, tener que recitar aquel texto redactado a todas luces por el archidiácono obedeciendo órdenes del khan.

De modo que el nombramiento no tendrá lugar hasta transcurrida una semana después del día de san Gregorio^[413], pensé con cierto resquemor. Yo seguía arrodillado, me sentía abrumado y permanecí con el rostro pegado al suelo para que nadie viera mis lágrimas de felicidad. Entonces oí la voz de Jonás:

—¡Levantaos, querido hermano! —Alcé la vista; el gran khan me indicaba casi molesto que me levantara. Yeza sonreía muy divertida, pues me costó un gran esfuerzo incorporarme, ya que las piernas me fallaban.

—No es ningún secreto —dijo el archidiácono, que se había adelantado para sustituir a Dshuveni en el papel que tanto desagrado le producía a éste—, el nombre de la persona en quien recaerá la elección: ¡nuestro querido hermano William de Roebuk, *Ordo Fratrum Minorum*, es el elegido! Nadie aparte de él reúne los méritos que requiere tan excelso cargo.

Jonás me abrazó y me dedicó el saludo oriental propio de la Pascua:

—¡Cristo ha resucitado!

Y yo le respondí:

—¡En verdad, ha resucitado!

Me besó y yo ya no me avergonzaba de mis lágrimas. El gran khan y sus hermanos sonreían felices y sus cortesanos se apresuraron a estrecharme la mano. Ingolinda me la besó sin mirarme, pero sí metió rápidamente su lengua entre mis dedos distendidos.

Me planté ante Roç y Yeza (Mangu y sus hermanos se habían levantado y retirado ya) e hice ademán de arrodillarme ante ellos. Pero Yeza atrapó veloz mi mano y la apretó contra sus labios. La muy insolente quiso demostrarme que había visto cómo me había besado la puta, y Roç dijo:

—No tienes necesidad de arrodillarte delante de nosotros, William, ¡mejor será que ocultes tu rostro, para que nadie vea lo mucho que te gusta todo esto!

Bendije a Koka y dibujé rápidamente la señal de la cruz ante el desconcertado Gada Sami, que me miró como si le hubiera arrojado un sapo en el regazo. Se levantó de un salto y sacudió sus ropas. La pobre Koka, aún atenazada por la enfermedad, me rogó que le pusiera la mano en la cabeza, y así lo hice. Después acudió Timdal y me tiró de la manga para felicitarme, mientras Filipino se acercaba para acompañarme a la

salida y se abrió paso entre los invitados que no cesaban de aplaudir, puestos de pie.

—Bien —dije apenas hube traspasado el umbral—, ¿qué ha ocurrido con Teódolo, dónde está?

Filipo señaló sin pronunciar palabra una mancha de sangre fresca casi seca, absorbida por la tierra, delante del palacio.

—¡Tu Iglesia ya tiene un mártir! —tronó entonces la desagradable voz de Sergio, que nos había alcanzado junto a la puerta. Me mareé al imaginar cómo le cortaban la cabeza a mi iluminado secretario mientras yo celebraba dentro mi triunfo. No había oído sus desesperados gritos pidiéndome auxilio. Me dirigí, medio trastornado y apoyándome en Filippo, a nuestra *yurta*.

—El armenio le puso la zancadilla —dijo Filippo—. ¡Lo he visto con mis propios ojos! Pero eso poco les importó a los hombres de Bulgai.

—¿Por qué no me lo advertiste? —gemí yo, y Filippo calló.

L.S.

LIBRO III

I

EL AMULETO

Las lujosas bridas, las sillas de cuero ricamente grabadas, los estribos de plata de la caravana de Mustafá ibn-Daumar revelaban a las claras la prosperidad del mercader de Beirut. Los guardias apostados a las puertas de Sis renunciaron a registrar las arcas, los hatillos y las cajas que transportaban cinco camellos cargados hasta los topes. Con cara de pocos amigos ordenaron al joven mercader que desmontara. ¿Qué se le había perdido en aquella ciudad cristiana? Hamo se tragó el disgusto y declaró que iba camino de Melitene y que, habiendo oído hablar de la riqueza de la ciudad de Sis, había decidido desviarse para comprar más mercancía. Los guardias no se mostraron ni satisfechos, ni clementes. Hicieron pagar cara la entrada al musulmán y enviaron a un mensajero a palacio para avisar la llegada del mercader.

Hamo se dirigió al mercado y se instaló en la posada más próxima. Ordenó a sus hombres, en su mayoría «asesinos» que habían acompañado a Crean, y algunos *lestai* del «rey de los mendigos», que permanecieran allí vigilando la mercancía. Sólo llevó consigo al más veterano de los hombres de Alamut, un tal Agha^[414], que en el transcurso de la travesía había demostrado ser un tipo callado y merecedor de confianza.

La ciudad de Sis estaba situada en las montañas. Sus casas, de dura piedra gris, se unían formando estrechas callejas y las aberturas y galerías porticadas se apoyaban en gruesas vigas. Allí se celebraba el bazar, aunque faltaba el anónimo ajetreo habitual de los mercados orientales. Todo forastero era reconocido de inmediato y se le trataba con recelo, sobre todo cuando se trataba de un musulmán, como era el caso.

El joven mercader de Beirut vestía un atuendo muy llamativo, y se paseó con su acompañante por entre las tiendas y los talleres de los artesanos sin mostrar un interés particular por sus trabajos. Hamo encargó a Agha que indagara dónde se hallaba el mercado de esclavos, una pregunta que suscitó sorpresa y desaprobación. Finalmente le indicaron al extranjero un patio oscuro al que se asomaban unas ventanas protegidas con rejas. Un par de columnas con pesadas argollas y cadenas engastadas en la piedra recordaban a los infelices que habían sido arrastrados hasta aquel lugar, pero no se trataba de un mercado en el sentido real de la palabra.

Un par de vigilantes parecían enfrascados en un juego de tablero, pero desde luego no era imaginable que estuvieran jugándose la posesión de una hermosa esclava sino, como mucho, el pago de la próxima ronda en la vecina taberna. Hacían rodar los dados y los hombres alzaron la vista, incomodados, cuando el joven extranjero se atrevió a molestarlos.

—¿Llegan muchas caravanas de esclavos a Sis? —preguntó Hamo, cauteloso.

—¿Eres tratante? —gruñó uno, sin dignarse a mirarle a la cara.

Hamo lanzó una moneda de oro sobre el tablero.

—Busco a una esclava —dijo, y entonces al menos respondieron a su mirada.

—Pues ya podéis armaros de paciencia, señor... aquí llega mercancía fresca como mucho dos o tres veces al año, y sólo cuando los vendedores se equivocan de mercado.

—¿Qué aspecto ha de tener la joven? —Uno de ellos parecía barruntar la posibilidad de un negocio—. ¿Blanca, morena, negra, fuerte, con un trasero gordo y tetas hermosas como calabazas maduras? Tal vez podría...

—No es eso —lo interrumpió Agha—, mi amo busca a una esclava determinada que debió de pasar por aquí hace unos tres años...

—O sea, que buscáis a una vieja.

El interés del vigilante mermaba a ojos vista. Agitó los dados.

—Una mujer joven y hermosa —le aclaró Agha, mostrándose paciente, y Hamo arrojó otra moneda sobre el tablero—. Es blanca y de noble cuna. ¿No la recordáis? La traía Abdal el hafsí.

—¿No era un encargo para el rey? —recordó uno, pero añadió al instante y con brusquedad—: ¡Nada tenemos que ver con eso!

—Quiero saber si la mercancía —Hamo se esforzaba por adaptarse al lenguaje de aquellos hombres— se quedó aquí, en Sis, en el harén del rey, o si fue a parar más lejos.

Hamo hizo tintinear las monedas de oro en la bolsa, para tentarles.

—¡Si hay alguien que eche mano de las esclavas en palacio no será el rey Hetum, sino más bien su hermano, el condestable Sempad! —replicó uno de los hombres riendo, mientras su compañero aguardaba, expectante, a que cayera otra moneda—. Las hembras del hafsí no se quedaron aquí, lo recuerdo muy bien. No estaban destinadas a la corte, eran un regalo...

Su compañero le dio una patada, haciéndolo callar. Cuando Hamo le arrojó otra moneda, recuperó el habla.

—... ¡un regalo para el gran khan de los mongoles!

—Había una entre ellas... —retomó el otro el hilo, pero calló al instante. Dos hombres acababan de presentarse en el patio; se detuvieron sin decir una palabra. Parecían soldados o, más exactamente, cazadores. En sus cintos llevaban dagas cortas y cuchillos de monte. Sin que fuera necesario darles una señal, los dos vigilantes se levantaron de sus asientos y dejaron el juego para acercarse diligentes a los recién llegados. Los cazadores les cuchichearon algo al oído, a toda prisa, y desaparecieron.

Uno de los vigilantes regresó y se inclinó ante Hamo.

—Debéis disculparme, distinguido señor, pero como simples criados del rey no podíamos saber en qué medida estábamos autorizados a informaros sobre la persona que buscáis.

El rostro de Hamo se iluminó. ¿Un destello de esperanza?

—Al parecer, la joven dama se encuentra entre las personas que tenemos aquí en

custodia. ¿Si queréis echar un vistazo...?

El otro ya había abierto el grueso portón y encendido una antorcha, pues entretanto había anochecido.

—Seguidnos, os lo ruego —susurró—, pero si la encontráis, no lo reveléis; será mejor que nos deis una señal y la sacaremos...

—De no hacerlo así, podría producirse un motín —añadió el más hablador de los dos—, lo que nos dificultaría la tarea. ¿Cuál de ellas no desearía ser comprada por un señor joven y rico? —Este halago fue la consecuencia inmediata de otras dos monedas de oro entregadas por Hamo.

Tras pasaron el portón y descendieron a la luz de las antorchas por una ancha escalinata de piedra, hasta llegar al sótano. La humedad y el olor a moho les salieron al encuentro, y el corazón de Hamo se encogió al pensar que pudiera encontrar a Shirat en semejante calabozo. Al llegar abajo, se vieron en un espacio abovedado en el cual numerosas rejas permitían vislumbrar el interior de otras tantas celdas. Tras los barrotes de hierro se arracimaban unas figuras descarnadas con las mejillas hundidas: casi todas eran personas ya mayores.

—Esto parece más una prisión que... —musitó Agha, inquieto, y se volvió hacia el vigilante que les iluminaba con su antorcha. En ese instante oyeron cómo se cerraba una verja de hierro y el haz de luz de la antorcha se fue alejando por las escaleras hasta desaparecer. El portón se cerró con un sordo quejido y de pronto se vieron a oscuras.

Los prisioneros que, excitados, les habían tendido las manos a través de los barrotes y lanzado gritos desesperados, se limitaron a reírse de los dos extranjeros, alegrándose de su desgracia, aunque pronto se apaciguaron hasta acabar mostrándose casi compungidos. En el calabozo de Sis se hizo el silencio.

—Los han dejado en el vestíbulo —comentó uno de ellos—, porque, de todos modos, los ahorcarán a primera hora.

—Odio a todos los sarracenos —les hizo saber el hercúleo condestable a sus visitantes—. Poder ahorcar a alguno de esos perros me proporciona siempre una honda satisfacción cristiana.

Se encontraban en un estrecho balcón de la fortaleza desde donde se dominaba un angosto patio rodeado de altos muros. En medio de éste se alzaba el patíbulo, una sólida construcción de madera que ofrecía generoso espacio para al menos una docena de condenados. Pero en esta ocasión los ayudantes del verdugo sólo habían sujetado dos cuerdas al travesaño. En cierto momento se abrió una puerta en el muro, y Hamo y Agha fueron conducidos, con las manos atadas a la espalda, hacia el andamio. El verdugo alzó una mirada interrogante hacia el balcón. Sempad se tomó el tiempo necesario para informar a su huésped.

—Ése de ahí... —dijo, señalando con acritud a Hamo mediante un leve

movimiento de la barbilla— es un espía. Tuvo la osadía de preguntar por una concubina, una esclava que adquirimos en toda regla, hace ya tres años, imaginaos, ¡tres años!, y que adjuntamos a una remesa de tributos para el rey. —Sempad soltó una brusca carcajada que se abrió paso por su robusto cuello de toro como el ronco ladrido de un sabueso—. Y ahora viene ese hijo de puta circuncidado y...

—En primer lugar —dijo Gavin, el templario, muy sereno— ese hombre no es un musulmán, sino un cristiano. Es el conde de Otranto, pariente del emperador e íntimo amigo de vuestro sobrino Bohemundo...

Mientras, el verdugo había anudado con mano experta las sogas en torno a los cuellos de los condenados y miraba expectante hacia el balcón, a la espera de la señal que le permitiera llevar su tarea a buen fin. Sempad se mostraba bastante turbado, por lo que el templario le indicó al verdugo que esperara. Hamo alzó la vista hacia él cuando se dio cuenta de la demora. Gavin no pudo evitar una sonrisa.

—En segundo lugar —le dijo al condestable— la mujer que busca no es una concubina, sino su esposa. El rey Luis...

Esas palabras fueron suficientes. Sempad envió al patio, confundido hasta la médula, a los dos sicarios de su guardia personal para que liberaran al prisionero y a su acompañante de tan desagradable situación. El verdugo sacudió la cabeza en señal de desacuerdo cuando comprendió que los dos señores renunciaban a admirar la perfección con que solía ejecutar su trabajo y abandonaban el mirador. La verdad era que se habría cuidado mucho de proseguir con la ejecución sin haber recibido la orden definitiva; un error que su predecesor había podido permitirse una única vez.

Hamo se presentó ante Sempad.

—Me han hablado mucho de vuestra energía en el transcurso de mis viajes, condestable —dijo, sin más—. Pero la realidad supera toda leyenda.

Dicho esto se volvió hacia Gavin.

—¿Hay algún lugar en esta tierra, distinguido preceptor, donde me libre de tropezar con vos?

—Aún no habéis dado con ese lugar, Hamo l'Estrange. —Gavin sonrió impertérrito ante la ira del joven conde—. Pero si seguís empeñado en jugaros la vida bajo los más diversos disfraces, ¡habrá que encontrarlo!

—¡Mejor será que os dediquéis a buscar a Shirat —bramó Hamo— antes de que me entere quién ordenó a ese hatajo de piratas el ataque a mi *Contessa d'Otranto*!

—¿Dónde está ahora vuestra trirreme?

Gavin se esforzaba por quitarle hierro a la conversación.

—El disfraz de «Mustafá ibn-Daumar» ha estado a punto de costaros el cuello, de modo que no puede considerarse demasiado feliz la idea de pedir prestadas las ropas de nuestro amigo Crean de Bourivan.

—Ya que tengo el corazón partido —dijo Hamo—, ¡de qué me vale esta necia

cabeza!

Sus palabras hicieron reír a Sempad.

—Entiendo al joven conde —dijo en tono jovial—. Su esposa (si es que hablamos de la misma gata salvaje) bien merece una locura, aunque yo sólo llegué a conocer sus uñas cuando traté de acariciarle el pelo.

Hamo se abalanzó furioso sobre el condestable, pero Gavin le puso la zancadilla y el ataque concluyó con el conde caído de bruces sobre el liso pavimento del salón.

—El gran khan se regocija ahora con sus encantos —se mofó Sempad, que no había retrocedido ni un paso a la vez que sus sicarios sacaban a relucir los puñales de caza.

Gavin sujetó a Hamo cogiéndolo del brazo.

—Así no llegaréis muy lejos —le advirtió—. Y debéis seguir, pues no os queda más remedio que emprender el camino que lleva a Karakorum, Hamo l'Estrange. Y vos, Sempad, ¡sed más hospitalario con nuestro joven e intrépido conde y ahorrados vuestro disgusto por los placeres perdidos!

El condestable miró con aire sombrío a Hamo antes de volverse hacia Gavin.

—Cuando un hombre deja a su esposa tan desprotegida que se la roban, pierde todo derecho sobre esa mujer; tendrá que conquistarla de nuevo, igual que puede hacer cualquier otro hombre que se sienta atraído por ella.

—Yo, y no vos, condestable, rescataré a esa mujer del lugar a la que la habéis enviado, como regalo o como tributo, como si fuese una vulgar mercancía, ¡como otra pieza más de ganado! ¿Acaso creéis que vuestro noble acto aún pueda verse premiado con el amor y la estima de la víctima?

Allí acabó la disputa, pues las fanfarrias anunciaban el regreso del rey.

Hetum era un hombre amargado, atribulado por las preocupaciones que le ocasionaba su reino, amenazado en todos los frentes. En el norte lo atenazaba el sultán de los seléucidas, en el este los mongoles, al oeste estaba el mar en el que todos sus enemigos habrían ahogado con mucho gusto al pueblo armenio entero, tras empujarlo hasta la costa ahuyentándolo a través de toda Asia Menor. Tan sólo en el sur sostenía frágiles lazos de amistad con los estados cristianos establecidos por los cruzados en Siria, razón por la que había casado a su hija con el príncipe Bohemundo de Antioquía y Trípoli. Pero ni siquiera este hecho se traducía en seguridad. La única alternativa que veía era someterse a tiempo al gran khan y poder disfrutar así de la protección de la *pax mongolica*^[415] (por cara que resultara finalmente). De no hacerlo así, su pueblo sería aniquilado.

Su yerno Bo había enviado al rey unos mensajeros a caballo que le transmitieron el ruego de recibir amistosamente a un huésped inesperado, el joven conde de Otranto, que viajaría a su capital, Sis. Hetum estaba dispuesto a atender ese ruego, cuando su hermano y condestable le salió al encuentro.

—¿Qué traerá por aquí a Hamo l'Estrange? —preguntó como de pasada, y a Sempad le produjo una honda satisfacción exponerle los deseos del joven conde bajo

una luz propicia.

—Desea presentaros sus respetos, majestad, y trae suntuosos regalos. Pero quiere recuperar a su esposa.

—¿Qué esposa, Sempad? —Cada vez que su hermano aludía a un tema relacionado con mujeres, Hetum se alarmaba—. ¿Qué has hecho ahora...?

—Yo no, vos, majestad —repuso el condestable, dispuesto a disfrutar de la rara situación excepcional—. Hace años comprasteis esa esposa a Abdal, el hafsí, y la enviasteis a Karakorum.

—¿Aquella...?

—¡Exacto, aquélla! —fue la respuesta triunfante de Sempad—. De habérmela entregado a mí, ahora podríamos devolvérsela... tres años después de la compra.

—¿Me lo reprochará?

—Sólo quiere volver a estrecharla entre sus brazos; está dispuesto a viajar, con o sin nuestra ayuda, a la corte del gran khan para recuperarla.

—No me gustaría que lo hiciese —dijo el rey—. Ya hablaremos de eso más tarde. —Admitió que le presentaran al joven conde y lo invitó a permanecer en palacio en calidad de huésped durante el tiempo que quisiera.

Aquella feliz mudanza tranquilizó a Gavin Montbard de Béthune, preceptor de la Orden del Temple, quien decidió partir, no sin advertir una vez más a Hamo que no importunase y mucho menos increpase a su anfitrión, lamentándose constantemente por la pérdida de la madre de su hija. Antes bien, debía esforzarse por agradar a todos, para que los armenios le ofreciesen la posibilidad de acompañar a la delegación que estaban a punto de enviar a Karakorum. Sin formar parte de una embajada no tendría la menor posibilidad de llegar hasta la corte y a presencia del gran khan. Esperaba que lo entendiese.

Hamo asintió, pero Gavin comprendió que sus palabras se estrellaban contra la coraza que protegía el corazón de Hamo (y, por desgracia, también su mente) de cualquier intento de hacerlo entrar en razón.

—No olvidéis —le insistió Gavin al despedirse— que os conviene agasajar al rey con espléndidos regalos, de modo que no se vea empujado a calcular cuánto le costáis. Demostradle que sois capaces de costearos la larga travesía con vuestros propios medios, aunque os dejen acompañar a su embajada. Los armenios tienen alma de mercaderes, aunque sean los mercaderes más listos y retorcidos con que me he tropezado jamás.

—Un halago sorprendente en boca de un templario —le agradeció Hamo.

Hamo repartía su tiempo entre el palacio y el albergue donde se alojaba su séquito. Cada día compraba un nuevo regalo para el rey, acosado por el temor de que Hetum pudiese partir hacia Mongolia sin avisarle para que pudiese acompañarlo. Hamo se sentía como alguien que asedia una fortaleza y está al acecho de que se

produzca una salida. Se sentía orgulloso de haber soportado la situación, hasta la fecha, sin pronunciar una sola queja por la pérdida de Shirat. Se mostraba amable con todos; incluso sonreía a Sempad, el del cuello de toro, cada vez que tropezaba con él en sus largos paseos por los tortuosos corredores de la fortaleza. El conde realizaba así una suerte de inspección, dispuesto a descubrir a tiempo cualquier preparativo que pudiese hacerle pensar en una pronta partida.

Poco a poco empezó a hacerse a la idea de que los armenios jamás emprenderían ese viaje, y sutilmente les hizo saber que no quería ser una carga para ellos, que se veía con fuerzas para ponerse en marcha con sus propios medios. Pero a partir de entonces se vio obsequiado por corteses muestras de amistad y cada día se presentaba en el albergue la guardia personal de Sempad para cerciorarse de que no partía súbitamente.

—Corremos el riesgo —conminó el condestable a su real hermano— de que el gran khan nos reproche nuestra demora y nos retire su benevolencia. ¡A Mangu no le gusta que lo hagan esperar!

—Lo que no podemos hacer de ningún modo es llevarnos a ese Hamo l'Estrange —gruñó el rey—. O bien ofenderá al máximo soberano de todos los mongoles con sus pesquisas en pos de una esclava que nosotros mismos le hemos regalado, o se pondrá tan pesado...

—¡Como se pone pesado aquí! —completó Sempad la frase. Sabía cómo atizar el fuego.

—También puede suceder... —prosiguió Hetum, ya profundamente disgustado—, que encuentre al soberano dispuesto a atenderle si consigue que se compadezca de los amantes, y que el gran khan le devuelva a su esposa. Pero en cualquiera de estos dos casos seremos nosotros los culpables del desaguisado, nuestro regalo habrá perdido todo valor y nos retirarán su favor como se le quita a alguien la alfombra bajo los pies.

—En efecto, no parece muy halagüeño: el cristianísimo rey de Armenia no envía a su propia hija, como mandan los...

—Jamás podría haberle hecho eso a ninguna de mis hijas —lo interrumpió Hetum—. ¡Haz el favor de no decirme lo que tengo que hacer!

—En cualquier caso, no se debe comprar a una pariente del emperador —replicó Sempad lleno de insolencia.

Hetum se puso furioso.

—¡Fuiste tú, pedazo de animal, quien me aconsejaste hacerlo! Si hubiera sabido...

—Hermano, será mejor que no discutamos —replicó Sempad en tono conciliador—, acerca de quién toma aquí las decisiones. Lo que está claro es que ese Hamo tampoco debe presentarse solo, con su tragedia familiar a cuestas, ante los mongoles,

¡ni antes ni después de nosotros!

—Hay que hacerlo desaparecer —constató el rey.

Al fin, Sempad se había salido con la suya.

—¿Veneno?

—¡Pero no en esta casa! ¡Sólo me faltaba eso! El rey... ¡no! Hay que evitar cuanto pueda relacionarnos con ese asunto.

—Me ocuparé de todo, si vos...

—Espero vuestras propuestas, condestable, ¡pero nada de precipitaciones! ¿Entendido?

Sempad se inclinó y abandonó la estancia. Llamó a su guardia personal, dos hombres que le servían de sicarios, con una fidelidad canina.

—¡No debéis levantar ni la más leve sospecha! —les conminó.

Hamo fue el primero en saber que los dos sicarios personales de Sempad tenían órdenes de acabar con su vida. Entretanto había llegado a conocerlos tan bien, gracias al diario encuentro «casual» que se producía con ellos, que incluso los llamaba por sus nombres. Leo y Rubén^[416] habían intentado contratar a varios «asesinos» en el bazar y en las tabernas, y éstos pusieron en seguida a Agha sobre aviso. El nombre de la víctima no había sido pronunciado, pero su descripción y la de su recorrido diario entre el albergue y el palacio, pasando por el bazar, señalaban claramente al conde. De modo que éste estaba al tanto, aunque no dejó traslucir nada.

El rey fue el segundo en enterarse del plan del condestable. Sus fieles, entre los que se contaban también los vigilantes de las mazmorras, le hicieron saber que los «asesinos» se habían negado a aceptar el encargo; ni siquiera cuando fue triplicada la recompensa prometida.

—¡Es fantástico! —se mofó el rey—. ¡Tus planes con el conde de Otranto se rumorean por todo el bazar!

Sempad se sonrojó.

—¡Lo que tú no sabes, en cambio, es que el canciller de los «asesinos» de Masyaf tuvo al conde sobre sus rodillas cuando éste era un niño!

—¡Debéis confiar en mí, Majestad! —le replicó el condestable mientras apretaba los dientes y se disponía a salir a toda prisa de la sala.

—¡Ni pensarlo! —le gritó el rey—. En cuanto llegue a Sis la escolta mongola que he solicitado para justificar nuestra demora, partiremos hacia Oriente. ¡Ojalá se te ocurra alguna de tus ideas geniales durante el camino!

Sempad se dirigió al albergue con los dos sicarios e hizo anunciar su visita a

Hamo.

—Mis fieles servidores —le aclaró—, han sabido que unos «asesinos» quieren acabar con vos. ¡Id con cuidado, os lo ruego! Leo y Rubén os escoltarán, os seguirán a cada paso. —Una vez expresada su «sincera» preocupación, el condestable adoptó un tono más festivo—. El rey os invita a una cacería de ciervos que organizamos cada año para los embajadores, y que tendrá lugar mañana. Os ruego que llevéis a vuestro séquito, al menos hasta que abandonemos la ciudad. En los bosques no habréis de temer nada. Yo mismo os recogeré y juntos nos reuniremos con el resto de los cazadores.

—Muy amable de vuestra parte, condestable, pero la persecución de animales salvajes no es una de mis aficiones y me siento más seguro en la ciudad, sobre todo teniendo en cuenta esos peligros de los que me prevenís, lo que os agradezco de todo corazón.

Sempad se echó a reír.

—Se habla mucho de los «asesinos», pero yo aún no he visto a ninguno aquí en Sis. En cuanto se produce un asesinato cometido con alevosía, todos piensan en los «asesinos». De modo que os ruego que no decepcionéis al rey con una negativa.

Hamo no deseaba enfrentarse a semejante situación y prefirió transigir.

—Decid al rey que acepto gustoso su invitación y que estoy impaciente por recorrer sus verdes bosques y poder abatir un ciervo con un asta de doce puntas... —Suprimió el resto del elogio porque Sempad ya había abandonado el albergue, seguido de las dos sombras que siempre lo acompañaban.

El conde se volvió hacia Agha.

—¡Mañana no pierdas de vista a esos dos tipos! ¡Al principio os querrán tener junto a mí como coartada, pero después intentarán separarnos...!

—¡...mientras ellos se os pegan a los talones! —completó Agha el pensamiento del otro con una sutil sonrisa—. ¡No estamos tratando con «asesinos»!

Al día siguiente, a primera hora, el condestable se presentó delante del albergue con todos los pertrechos necesarios y seguido por un grupo de cazadores. Hamo también había reunido a su séquito y juntos salieron de la ciudad.

Los sicarios de Sempad, Leo y Rubén, iban armados hasta los dientes; cada uno de ellos llevaba consigo, además de la daga, el estilete y la espada, un haz de jabalinas.

Hamo los miró divertido cuando se le acercaron.

—¡Parece que vayáis a una matanza de cerdos más que a una cacería de ciervos! —bromeó.

Los dos hombres parecían confundidos, bufaron, pero mantuvieron su expresión ceñuda.

Pronto habían dejado atrás la calzada y trotaron por senderos de cabras hasta

adentrarse en los espesos bosques de la montaña. Era una agradable mañana de primavera, y la agradable brisa acompañada del zumbido de las abejas y del trino de los pájaros concordaba poco con los siniestros pensamientos que cruzaban la mente de algunos de aquellos hombres. Entre Agha y los «asesinos» no reinaba precisamente la alegría, dada la inmensa tensión que los embargaba, a pesar de que Hamo les había asegurado que no sentía temor alguno. Sabían quién era el enemigo, pero ¿dónde y cuándo asestaría el golpe? Todos eran conscientes de que el joven conde no era precisamente un viejo luchador versado en tales lides, que no había adoptado aún el sigilo del zorro ni el olfato del lobo como para no caer en ninguna de las posibles trampas que se le tendieran. Lo único que sabían con certeza era que el condestable trataría de separar a Hamo de sus hombres. Para este caso tenían previsto que Agha y dos de los suyos seguirían a los dos sicarios de Sempad, pues no les cabía ninguna duda de que el asesinato había sido encomendado a Leo y a Rubén.

La comitiva avanzaba armando tal bullicio que los pájaros se espantaron y los animales rastreros se refugiaron entre los espesos matorrales. Alegres gritos de ánimo volaban de unos a otros y sus risas resonaban mientras otros estaban al acecho, tratando de descubrir los puntos débiles de las víctimas en las que pronto hundirían el hierro mortal. Nadie volvió a mencionar la supuesta cita con el rey Hetum.

Sempad se detuvo en un claro del bosque y ordenó a los cazadores que guardaran silencio y buscaran cobijo a la sombra de los árboles. Con la mano enguantada señaló a un ciervo impresionante que justo en ese instante asomaba entre las matas, como si alguien lo hubiera azuzado para llevarlo hasta el claro, donde el animal se detuvo, asustado.

—Es para vos, estimado conde Hamo —siseó Sempad, haciendo ver que cedía con pesar la atractiva pieza, cuando en realidad era otra la que pensaba cobrar.

Hamo no había imaginado que su enemigo adoptara un procedimiento tan burdo. Hizo una seña a Agha y replicó con sorna a su anfitrión:

—¡Os agradezco la atención, pero ya podéis retirar el señuelo! —Y espoleó su caballo entre risas. Los dos sicarios salieron en su persecución y otros dos hombres del condestable sujetaron a izquierda y derecha las bridas de Agha. También el resto del séquito del conde se vio jadeado.

Nadie había pronunciado una sola palabra, pero las espadas desenvainadas hablaban por sí solas. Si Hamo l'Estrange no regresaba, tampoco ellos saldrían vivos del bosque. Si las cosas tomaban otro derrotero, todo quedaría como un malentendido. Pero los extranjeros no conocían las normas de caza establecidas por el condestable. Agha indicó a sus hombres que se mostrasen dóciles en un primer momento, aparentemente dispuestos a someterse. En una lucha cuerpo a cuerpo vencer sería más difícil, de ahí que para cada uno fuera importante situarse cerca de su enemigo.

Cuando Hamo salió en su persecución, el ciervo se volvió a refugiarse en la espesura del bosque. El conde lo siguió, tras asegurarse de que Leo y Rubén también

lo seguían. Pensó que no se atreverían a atacarlo abiertamente, puesto que él disponía de un arco con flechas, además de la espada y una jabalina. Esperarían a que él desmontara y estarían convencidos de que eso no ocurriría hasta después de abatido al ciervo. Les haría ese favor.

De pronto sintió unas ganas enormes de vencer al animal y también a sus perseguidores. El ciervo escapaba a grandes saltos por el bosque y Hamo espoleó su caballo, un noble potro árabe. Recordó cómo en un primer momento había querido rehusar el regalo del hafsí, pero después se dio cuenta de que merecía la pena que el «rey de los mendigos» hiciera gala de una absoluta falta de escrúpulos y aceptara el regalo de aquel tratante de esclavos.

Hamo dejó atrás a los dos matones, que lo seguían con dificultad. El ciervo, en su huida, le marcaba el ritmo. Tuvo que reírse. Ante él se abría una quebrada en el bosque y un torrente salvaje se precipitaba entre las rocas. El ciervo titubeó, pero al ver acercarse a su perseguidor, saltó. La pendiente de la otra orilla era demasiado escarpada, de modo que el animal siguió el curso del agua, saltando de piedra en piedra. Hamo logró adelantársele a lo largo de la quebrada, desmontó, preparó una flecha y esperó a que le ofreciera uno de sus flancos. La flecha atravesó el cuello del ciervo, pero no lo abatió. Daba brincos desesperados y levantaba altas salpicaduras mientras trataba de escapar del cazador, hasta que se encontró con que la corriente acababa en una cascada que caía en un profundo abismo. Al verlo, el ciervo se tumbó para morir.

Hamo lo había seguido, ocultándose entre los árboles de la orilla. Había olvidado por completo a los demás y al observar cómo el animal doblaba las patas, sintió la salvaje satisfacción del cazador que alcanza a su presa. Sacó la daga y trepó por una rama resistente hasta el lecho del río; sabía que debía rematar al ciervo para poder disfrutar plenamente de la victoria. Se acercó a su presa y agarró el astado para poder hundir la daga en la nuca del animal, pero éste, ya herido de muerte, se encabritó una vez más, tratando de golpear con fuerza a su verdugo. Hamo se retiró de un salto, resbaló y estuvo a punto de caer por la cascada, perdió la daga y cuando alzó la vista, divisó las astas dispuestas a asestarle el golpe de gracia. Súbitamente, sin embargo, un temblor recorrió el cuerpo del ciervo y su testuz se inclinó, ya sin fuerza, hacia un lado. Fue entonces cuando Hamo avistó una lanza que había penetrado en el flanco del animal, justo allí por donde tendría que haberse inclinado él para asestarle el golpe final. No tuvo tiempo para reflexionar, pues una segunda lanza volaba hacia él; la punta de hierro le rozó el hombro. Hamo miró hacia lo alto y reconoció a los sicarios: uno de ellos se aprestaba ya a atacarle de nuevo. Hamo sólo había podido estimar someramente la profundidad de la cascada, pero recordó una poza que el agua había horadado allá abajo en la piedra. Divisó el vuelo de la tercera lanza, pero sólo pudo evitar que lo alcanzara la punta, el golpe que le dio la vara lo lanzó de espaldas hacia el abismo, de modo que la próxima jabalina cayó en el vacío mientras su cuerpo se desplomaba.

Hamo era un experto buceador. Aún estaba en el aire cuando logró recuperar el sentido de la orientación, de modo que pudo evitar el choque y acabó deslizándose como una trucha por el agua azulada de la poza. Sus hostigadores interpretaron aquel salto extraordinario como una caída mortal y se acercaron triunfantes al borde del acantilado. Miraron hacia abajo y no descubrieron rastro alguno del conde. Aguardaron pacientes a ver rebotar su cuerpo con la columna rota o las extremidades destrozadas. Luego vieron que desde la poza en la que caía la cascada, el caudaloso río proseguía su curso hacia el valle. Se tranquilizaron pensando que era imposible que Hamo sobreviviera a una caída desde tamaña altura, aunque no pudieran presentar su cadáver como prueba. No podían pensar que Hamo se pudiese haber salvado nadando a través de la espuma hasta alcanzar las rocas que, a los pies de sus perseguidores, formaban una cueva detrás de la perlada cortina del agua precipitada. Ni siquiera sabían nadar. Sujetaron el caballo de Hamo y cabalgaron entre los árboles de la parte alta del río hacia el valle, sin dejar de otear en busca del cadáver del conde que aún confiaban en divisar en algún lugar, entre la rocalla desprendida que cubría el lecho del río. Acordaron entre ellos que Hamo se había ahogado y con este resultado emprendieron el camino de regreso hacia donde los esperaba su amo y señor.

El condestable esperaba en el bosque. Sus hombres mantenían, con celo menguante, el cerco en torno al séquito de Hamo, un séquito que se mostraba lastimosamente amedrentado y acobardado. Cada uno de aquellos condenados a muerte miraba implorante, aunque mudo, a su verdugo, casi colgándosele del cuello. Poco faltó para que los cobardes musulmanes abrazaran tiernamente a sus enemigos antes de recibir el merecido golpe mortal, así al menos lo percibía el condestable. Pero aún debía esperar a que Leo y Rubén le trajesen la cabeza del conde. Ésa era la señal convenida para la masacre, la matanza de aquellos memos. Pero en lugar de los dos monteros se presentó de repente una tropa del rey, ordenando al condestable que regresara enseguida a Sis. Eso arruinó la última parte del plan, aunque Sempad se consoló pensando que a fin de cuentas aún le quedaba la posibilidad de vender a los criados de Hamo L'Estrange en algún mercado de esclavos.

Cuando la comitiva (las bromas volaban de unos a otros, recibidas con risas como relinchos) alcanzó de nuevo, a galope tendido, la calzada que conducía a Sis, Leo y Rubén se unieron a ella. Lamentaron que el joven conde se hubiese precipitado por un acantilado mientras seguía al ciervo y que, debido a su inconsciencia y ligereza, se hubiese ahogado en la fría corriente. La profunda poza existente en el fondo de la cascada no había devuelto el cadáver.

El señor Sempad se mostró entonces muy apenado, y prohibió la menor broma. Agha se había asustado cuando vio regresar a los dos hombres solos, pero cuando escuchó el relato de lo sucedido, sus ojos se iluminaron. Le habría gustado reír a voz en cuello.

Apenas llegaron a la capital, los «asesinos» regresaron enseguida a su albergue. Allí encontraron a Hamo, aún empapado, con una herida sangrante en el hombro. Se limitó a intercambiar unas palabras con Agha y tal como estaba se encaminó a palacio.

Sempad ordenó a los dos cazadores que ofrecieran su relato al consternado rey, y después les mandó alejarse de allí, pues no estaba nada satisfecho con su actuación. Un asesinato sin cadáver resultaba poco convincente.

—Deberían haber rescatado el cuerpo, sobre todo teniendo en cuenta que podíamos presentarlo con la conciencia tranquila: no llevaría rastro alguno de herida mortal y asesina, *aquis submersus!*^[417] ¡La cosa no habría podido ir mejor!

Tales fueron las palabras del rey, y tenía razón. Sempad tuvo que callarse.

—Sea como sea, nos hemos librado de ese tipo tan pesado. Y en buena hora, pues acaba de llegar la escolta de mongoles que nos acompañará a Karakorum. Los recibiré ahora mismo. Será mejor que te cambies —dijo Hetum, rozando con mirada desdeñosa al atuendo de caza que vestía su hermano.

Sempad se retiró a sus aposentos. Pensaba debatir con Leo y Rubén si no les convendría partir por la mañana con algunos hombres en busca del cadáver del conde.

El condestable llamó, enfurruñado, a sus monteros, pero éstos no le respondieron, ¡los muy tunantes! Abrió la puerta que daba a su propio dormitorio particular. Su mirada quedó prendida de un pequeño panecillo tostado^[418] que llamaba la atención, pues estaba depositado sobre la colcha de la cama. Sempad sintió que un escalofrío le recorría la espalda. No tenía necesidad de tocar el pan para saber que estaba caliente. Y, sin embargo, lo hizo. Al inclinarse para cogerlo, le cayeron unas gotas en la nuca. Asustado, alzó la vista hacia los travesaños del dosel, y tropezó justo con los ojos quebrados de Leo. La cabeza de Rubén estaba ensartada en uno de los maderos bajantes. Su sangre fresca aún goteaba sobre el lecho.

—¡«Asesinos»! —aulló el condestable y salió corriendo hacia el salón de audiencias del rey. Hizo a un lado a los guardias y abrió la puerta para arrojar su ira a los pies de su real hermano, haciendo caso omiso de los huéspedes presentes, pero el grito (una mezcla de miedo y de rabia) se le quedó atascado en la garganta.

Hetum no prestó atención al condestable. Permanecía sentado en el trono, y Sempad tuvo que asistir perplejo a las reverencias que la delegación mongola, tumbada en el suelo, dedicaba no al rey... sino a Hamo l'Estrange. El joven conde de Otranto se erguía ante él con la ropa empapada. Sus pantalones estaban desgarrados, llevaba la camisa pegada al pecho, una manga rasgada y de una herida en el brazo le manaba sangre, tiñendo el lino de rojo. La camisa abierta dejaba entrever un

amuleto^[419], un sencillo talismán oriental, labrado en jade de color pálido, que colgaba de un cordón de cuero que rodeaba el cuello de Hamo. Esa joya era lo que miraba embelesado el mongol de mayor rango (a juzgar por su distintivo un jefe de diez centurias) que musitaba con la mayor devoción:

—¡Eres un descendiente de la estirpe de los *dshagetai*, el linaje perdido! ¡Tú eres Kungdaitchi^[420], portador de la sangre del Gran Forjador^[421]!

Hamo, que casi no podía tenerse en pie a causa de su agotamiento, se volvió hacia Hetum, como deseando disculparse. Pero el consternado rey se sintió aliviado de que Hamo, en aquel momento, no lo acusara a él y a sus armenios de intento de asesinato. Se levantó del trono, descendió hasta donde estaba Hamo y exclamó:

—¡Juro eterna amistad al descendiente del gran Gengis-khan!

Quiso abrazar fraternalmente a su odiado huésped, pero Hamo no se dejó conquistar tan fácilmente. Se retiró de modo que los brazos tendidos de Hetum quedaron suspendidos en el vacío, después se inclinó y atrajo hacia su pecho al cabecilla de los mongoles.

—Regresaré con vosotros a la tierra de mis antepasados.

Entonces los mongoles se pusieron en pie y exclamaron enardecidos:

—¡Gengis-khan! *Er-e boyda!*^[422] —Le aclamaron hasta que Hamo les ordenó que cesaran, con imperioso ademán.

—Me escoltaréis hasta allí.

De ese modo se aseguraba hábilmente la protección de los mongoles y evitaba comentar cuál era su propósito. Iría a Karakorum y los armenios, tanto el rey como el condestable, podían acompañarle si lo deseaban. Sempad hacía rechinar los dientes, pero su hermano le dedicó una mirada compasiva que lo humilló por completo.

—¿No os había rogado, condestable —le espetó Hetum con fingida amabilidad—, que os arreglarais para recibir dignamente a nuestros amigos? ¿Qué os lo impide...?

Con estas palabras despidió a Sempad.

—Es decir, conde Hamo l'Étrange —se volvió con una sonrisa relamida hacia Hamo—, que ya no precisáis de vuestro séquito. Podéis dejarlo...

—Todos me acompañarán —desbarató Hamo sus planes—, hasta que encuentre el lugar adecuado en la frontera que linda con el reino de mis antepasados, donde se quedarán aguardando mi regreso. ¿Era eso lo que deseabais proponerme?

Esa vez fue al rey Hetum a quien le crujieron los dientes. Pero logró dominarse y sonrió, musitando con fingida indiferencia:

—¡Como gustéis!

Dicho esto se separaron para iniciar los preparativos del largo viaje.

II DEL ESPÍRITU SANTO Y OTROS ESPÍRITUS



Crónica de William de Roebrok, Karakorum, en la festividad de san Marcos^[423], 1254 d.C.

Monseigneur Crean-Gosset se presentó en nuestra *yurta* con grave ademán y labios apretados: la más viva encarnación del reproche. Gracias a Alá no estaba presente el monje, aunque probablemente no habría reparado en la doble o triple identidad del caballero, pues Crean se comporta efectivamente como si fuese mi confesor o, más bien, como lo que cree ser: mi tutor. Aún no se había despojado de su abrigo de viaje cuando ya me estaba insistiendo en que no debía olvidar nuestra misión originaria. La *Prieuré* no me había enviado a Karakorum para ordenar los asuntos eclesiásticos internos de los mongoles. Lo que debía hacer era procurar que los niños (seguía refiriéndose a Roç y a Yeza con ese apelativo) emprendiesen cuanto antes el regreso a Occidente. El falso hermano Barzo quiso hurgar en la misma herida, soslayando con toda intención que cuando Crean dice «Occidente», no se refiere en absoluto a la Occitania de la *Prieuré*, sino a la Rosa de Alamut que, como Dios sabe, se encuentra en el seno mismo de Oriente. Ambos me conminaban prácticamente a idear un plan que nos permitiera llevar a cabo el secuestro de los infantes.

Les respondí con un discurso evasivo y en voz baja —pues las *yurtas* tienen oídos— que para llevar a buen fin esa empresa es indispensable que yo sea nombrado patriarca. Entonces ambos soltaron un: «¡Ajá!» pronunciado en un tono que expresaba claramente un «¡ahí está el meollo del asunto!».

De ahí que yo me viera impelido a exponerles con toda claridad mi punto de vista.

—Si el gran khan me encomienda el cargo y el título, sobrarán las intrigas, pues en tal caso tendré voz y voto en el Consejo de los mongoles y podré determinar la suerte de la pareja real. El que, a corto o medio plazo, se dirijan a Occidente, es cosa hecha.

—Precisamente por eso —repuso Crean— no podemos perder más tiempo, ¡pues es muy distinto que la pareja real caiga, a la cabeza de un ejército mongol, sobre el «resto del mundo», a que encarne allí el símbolo de la resistencia, de la legítima corona de Occitania! No sé si tu limitado cerebro de minorita es capaz de...

—Ajá —repliqué, agudo—, ¡por fin llegamos al meollo del asunto! ¡Aquí no se trata tanto de lo que representan Roç y Yeza, como de lo que se imaginan quienes desean sentarlos en ese trono de ascuas y encasquetarles esa corona de espinas! ¡Siempre pensé que el «gran proyecto» tenía sus miras puestas en el fin y no en los medios, pues todos sabemos que los mongoles constituyen el único poder capaz de

ponerlo en práctica, de culminar la realización del «gran proyecto»!

—Sin duda hay muchas razones, William de Roebruk —intentó explicarme Crean con contenida impaciencia—, que han movido a la *Prieuré* a no llamarte hasta ahora a sus filas. Una de ellas podría ser esa tozuda cabezota flamenca que tienes. Por eso me ahorro ahora también el vano intento de hacerte entender la estrecha relación que existe entre los medios y el fin. Tu idea del «éxito» tal vez te valga, como pícaro que eres, para alcanzar el cargo y la dignidad de cabeza de la *Nova Ecclesia Mongalorum*^[424], pero sin duda la *Prieuré* renunciaría a recuperar por tu gracia y generosidad a la pareja real.

—¡Pero sí la recibiría gustosa de mis manos! —lo increpé ante tan impertinente arrogancia y, para mi sorpresa, Crean me contestó con toda frialdad:

—¡No lo dudes! ¡Eso y no otra cosa es lo que esperamos de ti!

—¿De modo que me creéis dispuesto a desbaratar, como cualquier muchacha locuela, esa red primorosamente tejida que me permitirá, gracias al cargo y a la dignidad que ostentaré, conseguir que los mongoles ingresen, si bien no en el regazo de la bendita *Ecclesia catolica*, única y verdadera, sí en cambio en la comunidad de las Iglesias cristianas? ¿Y que nos permitirá tornar la *pax mongolica*^[425] en una *pax Christi*^[426], una auténtica paz mundial, la gran alianza, donde nuestra pareja real hallará también el sitio que le corresponde, el trono precisamente?

Estaba furioso con aquel recalcitrante sectario.

—¿Por qué íbamos a lanzarnos, yo y los «niños», como te gusta llamarlos, a una grotesca aventura cuyo final es incierto y en cuyo transcurso presenta, en cambio, con toda seguridad más de una trampa mortal? ¡¿Lanzarlos a una empresa necia y alocada, que da fe de un monstruoso desprecio por la vida humana?!

—No se te pide que enjuicies los medios, William de Roebruk, sino tan sólo que realices una misión. ¿No creerás en serio que la *Prieuré* logró imponer tu viaje como legado...?

—¡Como misionero! —traté de rectificar. Pero me rechazó con gesto imperioso y prosiguió:

—... ante el Papa y el rey para que ahora, en medio de la estepa, te entregues, gracias a una mitra usurpada y profusamente regada con *kumiz*, a tus delirios de grandeza. La misión que se te encomendó sigue siendo la misma. ¡Eres presa de un peligroso y necio trastorno de conciencia, William! —concluyó Crean su sermón.

Y Barzo, mi falso hermano, lo secundó:

—¡Báculo de oro y leche de yegua fermentada!

Dicho esto quisieron dejarme solo en la *yurta*, como se deja a un pobre loco, pero yo les grité a sus espaldas:

—Si mi mente está ofuscada, ya podéis romperos la cabeza para ver cómo ponéis en práctica vuestros aberrantes planes. Yo, por mi parte, y con mi limitada ciencia, ¡no veo que tengan ningún viso de prosperar!

Se marcharon, y comprendí claramente que se empeñarían en querer imponerme

su voluntad. La *Prieuré* no está habituada a que alguien se oponga a sus órdenes. Por lo demás, aunque yo quisiera, no se vislumbra la menor posibilidad de secuestrar a los infantes y alejarlos de Karakorum. Ya no son unos niños, y también albergo serias dudas de que Roç y Yeza se muestren dispuestos a abandonar a los mongoles si éstos no están de acuerdo. Me admira que la *Prieuré* haya otorgado poderes a Crean y a Barzo para tomar semejante decisión. En cuatro, a lo sumo cinco semanas, se producirán aquí unos cambios que trastocarán el rumbo de la historia. ¡En vista de tales acontecimientos deberían palidecer y arrinconarse otros prejuicios tan egoístas como ese que reza: «¡Somos nosotros quienes determinamos los medios que deben emplearse!» además de querer prescribir hasta el calzado o cayado que yo deba utilizar, ya sean sandalias o botas, bastón de mendigo o báculo de obispo o patriarca!

¡Una vez fundada la Iglesia estatal cristiano-mongola, Koç y Yeza regresarían a Occidente como los verdaderos soberanos de la paz y en loor de multitudes! ¡Cómo era posible que esas mentes obcecadas no lo vean así, que no reconozcan esta oportunidad única! No debo dejarme confundir, por mucho que me acusen de ridícula vanidad y de necia ambición. Mi objetivo está al alcance de la mano. Deben de estar ciegos. No me desviaré de mi camino por su culpa, ¡y mucho menos tropezaré o cruzaré el mismo umbral!

L.S.



De la crónica secreta de Roç Trencavel, Karakorum, primera década de mayo de 1254

Mi reina Yezabel y yo estuvimos con William en la *yurta* que alberga el taller del *maître* Buchier. La señora Ingolinda de Metz también estaba presente, y William hizo como si esa mujer jamás hubiera sido su puta preferida. Se dirigía a ella llamándola *madame* Pascha. Ésta le lleva la casa al maestro platero y no cesa de mirar al fraile de soslayo, como si encontrara la situación muy poco divertida. El maestro Buchier disimula y comenta con William el proyecto de la catedral transportable de hierro, plata y oro. Igual que en el caso del árbol surtidor de bebidas, ha confeccionado una maqueta de madera pintada de colores, aunque, naturalmente, mucho más pequeña, «a escala», según dice. Cada arbotante, pilastra o puntal mide exactamente la décima parte del tamaño que tendrá en el original, pero incluso así la obra supera ya con creces la altura del árbol surtidor. Lo que plantea problemas es el anclaje de los diversos elementos, de los que ninguno podrá ser más largo o más pesado que el carro más sólido que los transportará, tirado por veinticuatro bueyes.

Yo me senté con mi *damna* en el hueco correspondiente a la parte inferior del árbol surtidor, allí donde las raíces y los cuartos traseros de los leones forman una cavidad capaz de albergar a un hombre. El maestro confeccionó primero un molde de arcilla, a partir de éste pudo realizar la fundición. El molde original de la gruta es

ahora nuestro escondite favorito; es cálido, gracias al material de tierra y a la cercanía de nuestros cuerpos apretados. Como dos ardillas podemos ver y oír todo si asomamos la cabeza, pero también podemos escondernos en un instante, si deseamos pasar desapercibidos. Seguíamos la discusión atentamente, y luego anuncié mi presencia con un silbido, aunque sin abandonar nuestro seguro escondite.

—Los pilares largos deberían representar al mismo tiempo las lanzas del vehículo —propuse—, y algunas piezas de la catedral desmontada podrían conformar el propio carro.

Al maestro le pareció una idea genial, y Yeza opinó que incluso las ruedas podrían estar tan bellamente talladas que con sólo colgarlas entre los puntales, parezcan rosetones. William se quedó de piedra al ver que se nos ocurrían cosas tan prácticas, y mi reina se incorporó y anunció con altivez:

—La forma tiene que adaptarse a las posibilidades constructivas, y éstas a las exigencias planteadas: ¡todo debe ser desmontable y transportable!

—¡El mundo jamás habrá visto una iglesia como ésta! —se entusiasmó el maestro. La señora Ingolinda aportó su grano de arena explicando que, como todo iba a ser de metal pesado, los muros y las ventanas podrían cubrirse con telas de colores que mostraran bellos dibujos e imágenes de santos y ángeles. Ante lo cual mi indiscreta *damna* exclamó:

—¡Y el Espíritu Santo volará como una enorme paloma, o como un águila, surcando el cielo eternamente azul, sobre el altar... lo que regocijará a los mongoles! ¡Con una rama de olivo en el pico, una cruz roja como la sangre en el blanco buche y una bola entre las garras que represente al mundo!

—Cortar esas bandas de tela con las medidas precisas, coserlas y bordarlas, es cosa de mujeres. Pero este buen ángel mío llamado Ingolinda me ha dado una buena idea. Habría que aplicar el sistema de la *yurta* a la catedral: ¡un bastidor lo más ligero posible, cubierto de telas!

En ese momento salí de mi escondite y expuse mis dudas.

—¡Con los vientos que azotan la estepa, esa construcción ofrecería demasiada resistencia! O bien se nos vuela la catedral, o su armazón de hierro resultará demasiado pesado. Creo que deberíamos cubrirla de tela únicamente en su parte inferior, sobre un reducido espacio que brinde cobijo a los creyentes y los invite al recogimiento mientras las tormentas pasan por encima de la *yurta* sin destruirla.

En ese momento entró Crean en la *yurta* del maestro platero, seguido de Barzo. El señor de Bourivan, al que deberíamos llamar *monseigneur* Gosset, nos descubrió antes de que pudiéramos escondernos. Seguramente había oído mi última frase, pues no dudó en ironizar:

—¡De modo que la pareja real se esconde en una *yurta* mongola hasta que pase la tormenta, en lugar de abrazar su sino!

Entonces Yeza se irguió a mi lado:

—¡No nos provocaréis, *monseigneur*, pues, desde luego, el regreso a Alamut no

constituye nuestro sino!

—Tampoco nos sacaréis de las tiendas de los mongoles, que son nuestros amigos y nos brindan su hospitalidad, una hospitalidad que Yeza y yo les agradecemos infinitamente. ¡Ahorraos cualquier intento de convencernos de lo contrario!

—*Apage, Satanás!*^[427] —conjuró mi deliciosa *damna* al tentador, y me tendió la mano con gesto imperioso—. ¡Ven, Roç, vayámonos de aquí!

Y, sin dignarnos dedicarle otra mirada, salimos los dos de nuestra gruta y abandonamos la *yurta* cogidos de la mano.

L.S.

Crean respondió a ese desaire con una sonrisa pálida y ordenó a Barzo que siguiera a los infantes para que, a su vez, probara suerte con ellos. El maestro Buchier y la buena de Ingolinda se quedaron perplejos ante la brusca partida de los niños y trataron de disimular.

—Las palabras del pequeño rey son buena prueba de su inteligencia —alabó el maestro a Roç—. La forma de la construcción ha de adaptarse a las fuerzas de la naturaleza, a la nieve, la lluvia y el viento. Siempre he dicho que... —insistió, volviéndose hacia William—, os erigiré un santuario único, pero es una lástima que la pareja real esté abocada a llevar una corona y no pueda desarrollar su particularísimo talento como ingenieros y maestros constructores, como creadores de obras maravillosas. Gracias a sus ideas, el gran khan podría cubrir, dados los medios ingentes en dinero y hombres de que dispone, sus yermas estepas, desiertos y montañas, con unas obras que Occidente apenas puede soñar... pero necesitaría tener la fantasía que duerme en Roç y en Yeza, como herencia de un mundo hace tiempo desaparecido, repleto de mitos y encantamientos.

Buchier había hablado con entonación solemne, y William dijo:

—Ay, maestro, ¿y por qué habría de impedirles la corona realizar todo eso? Su reinado es una promesa incierta. Seguramente les agradecería trabajar con vos y crear obras hermosas.

Después añadió:

—Roç y Yeza se quedarán con vos hasta que sepan adónde ir, así podrán aprovechar el tiempo para...

Pero Crean lo interrumpió con rudeza:

—No te hagas el culpable, William de Roebruk, apoyando tales desvaríos. El destino de los niños no se cumplirá en una *yurta* mongola. Guárdate bien de ser un freno de ese destino, ya que no estás dispuesto a prestarle tu mano. ¡Está claro que el poder celestial no tolerará que antepongas tus míseras ambiciones al sino de la pareja real!

—¡Ja! —se mofó William—. ¡El largo brazo de la *Prieuré* se tiene ahora por un poder celestial!

—La *Prieuré* sabrá darte alcance con medios terrenales en caso de que insistas en negarte a sus disposiciones. También aquí te tiene cercado...

El franciscano miró sorprendido a Ingolinda y al *maître*^[428]. Éstos no bajaron los ojos, sino que asintieron, expresando voluntariosamente su disposición a servir, de obra y de palabra, a la universal conjura.

William estaba fuera de sí. Ahora caía en que Buchier ya había puesto su magistral talento al servicio de la *Prieuré* cuando facilitó en su día la huida de Roç y Yeza hacia Alamut. De pronto lo comprendió todo. Pero, ¿Ingolinda, su ramera? ¿Qué fácil es dejarse engañar! ¡La secta secreta de los custodios del Grial volvía a tenerlo en sus garras!

—¿Y qué has pensado? —preguntó William, firmemente resuelto aún a no dar su brazo a torcer—. ¿Qué puedo aportar al logro de vuestros planes?

Crean no se guardó la respuesta:

—William de Roebruk, príncipe de la Iglesia *in pectore*^[429], se convierte en persona *non grata* ante la corte, al tiempo que nosotros hacemos desaparecer a los niños. No tendrás que intervenir para lograrlo. Pero después, cuando expulsen del país al derrocado William, éste tendrá que sacar de aquí también a Roç y a Yeza.

—¡Nada más fácil! —le espetó William con sorna—. El plan es casi genial en su sencillez. Sólo que estáis haciendo la cuenta sin contar con el mesonero... y sin los infantes. Ya habéis oído que no están dispuestos a...

—Deja eso en mi mano y ocúpate de lo tuyo...

En ese instante el portavoz de la conjura interrumpió su engorroso discurso, pues se presentaron delante de la *yurta* del orfebre dos monjes que el franciscano reconoció como esbirros de Bulgai. Su intención era convocar a *monseigneur* Gosset a un interrogatorio, aunque ellos le daban el nombre de «amable conversación». El que lo solicitaba no era el juez supremo, sino Dshuveni, el ayudante.

William se asustó más que Crean, que siguió a los hombres sin pestañear. El fraile podía haber sentido cierta satisfacción ante el percance, pero como se trataba de su «confesor», sopesó de inmediato las consecuencias que aquel incidente arrostraría para él. Sin duda los habían espiado, o quizá Buchier o la ramera trabajaran en realidad para los servicios secretos mongoles. Él nada tenía que reprocharse. Sus palabras daban fe de su repulsa en caso de que se hubieran descubierto los planes de fuga. Nada podía achacársele a raíz de lo que había dicho. El franciscano abandonó la *yurta* nada más hacerlo el infortunado Crean. El saludo de despedida que dedicó a Buchier y a la ramera fue muy escueto.

El ayudante esperaba a Crean en su propia *yurta*, vecina a la de su amo, Hulagu. El il-khan había sido invitado por su hermano Mangu a residir en el palacio del soberano, en las afueras, mientras permaneciera en la capital. La morada de Dshuveni era de una austeridad monacal. Crean reconoció enseguida al musulmán por la

alfombra de oración que tenía preparada. El ayudante recibió a *monseigneur* sin grandes aspavientos.

—*Alahu akbar*^[430] —lo saludó—. Estoy convencido de que también vos sabéis venerar a Dios tal y como nos dictan a los creyentes los mandamientos del Profeta.

Y mientras lo decía, se arrodilló para orar inclinando la cabeza en dirección hacia La Meca. Crean lo imitó sin pronunciar palabra. Habría sido una insensatez negar en tales circunstancias su pertenencia al Islam. Tras la oración, Dshuveni volvió a enrollar su alfombra y la de su invitado, pero permaneció sentado y mandó que les sirvieran té.

—Que un musulmán acompañe a una embajada del rey, es prueba de la particular importancia que tienen su persona y su misión. Se me hace difícil creer que ésta pueda consistir en convertirnos a nosotros, los mongoles, al Cristianismo de la Iglesia de Roma.

Aguardó la reacción de Crean, pero éste seguía en actitud de reserva. De modo que el ayudante prosiguió:

—No creo que pueda tratarse de una escolta de honor para William de Roebruk, sino de otra misión, una misión secreta. Y si dejo a un lado la posibilidad de que seáis un «asesino» encubierto que pretende acabar con la vida de nuestro gran khan, sólo me resta pensar en la pareja real como motivo de vuestra presencia entre nosotros.

Crean seguía inmerso en un silencio impenetrable.

—El que calla, otorga —opinó Dshuveni sonriendo y le sirvió a su invitado del té que bullía en una tetera de latón. Añadió un par de hojitas frescas de menta y un poco de miel antes de remover con parsimonia el contenido del cuenco.

—Como Roç y Yeza están perfectamente seguros aquí, con nosotros, el objetivo de vuestra llegada no puede ser otro que arrebatárnoslos.

Crean callaba, y Dshuveni suspiró.

—Una vez deshojado vuestro propósito como se deshoja una rosa, tampoco quiero quedarme a la zaga —le confió con expresión casi alegre—. El problema de mi amo Hulagu es que su hermano Mangu le ha prometido el il-khanato de Persia, pero no se decide a mandar allá a un ejército. Yo comprendo al gran khan: por un lado está la obligación tan natural de mantener en constante movimiento a los ejércitos permanentes, proponiéndoles conquistas, y por otro lado existe la evidencia política de que cualquier expansión ulterior conducirá sin remedio a la formación de pequeños khanatos que en algún momento querrán, deberán incluso, independizarse del poder central...

—Exacto —rompió Crean por fin su mutismo—. Batu-khan y su Horda de Oro han de servirle de advertencia, de muestra para comprobar a lo que se puede llegar, una vez liberadas las fuerzas...

—¡Precisamente! —confirmó el ayudante—. Pero también mi amo Hulagu aspira a un khanato similar. Bajo la tutela del gran khan, pero lo bastante lejos como para poder gobernar, sin intromisiones, un reino como el de Persia.

—¿Y qué le impide conseguirlo al poderosísimo señor Hulagu?

—Las maniobras de William de Roebuk podrían suponer un obstáculo —reveló por fin el ayudante el verdadero fondo de sus preocupaciones—. Una Iglesia estatal cristiana de los mongoles podría contar con el consenso general y unir al imperio entero, eso sí, incluso podría ser dominado con ayuda de los sacerdotes, que ocuparían hasta el último de sus rincones. Pero si esta Iglesia llega a unirse al resto de las confesiones cristianas, ¿dónde será difundida la palabra del Profeta? La intolerancia cristiana es de sobras conocida. He oído hablar de cierto organismo que llaman la Inquisición...

—Hay razones para temerla —suspiró Crean—, si no se está de su lado. Pero su inflexible dureza no se aplica a los «infieles», como nos llaman a nosotros, los que creemos en el Profeta, sino a los que se han descarriado de sus propias filas. De lo que conviene cuidarse es del falso y empalagoso amor al prójimo que pregonan los cristianos, y que podría acabar con todo lo que hoy hace fuertes a los mongoles...

—Y que acabaría también con la campaña de mi amo Hulagu.

Dshuveni asintió convencido y Crean prosiguió:

—De modo que hay que impedir la fundación de la *Nova Ecclesia Mongalorum* y evitar que William tenga acceso a la silla de patriarca.

—¡Eso es! —dijo el ayudante—. Si el gordo franciscano pierde el favor del gran khan y deja de embaucarlo con sus ideas, de entusiasmarlo con sus proyectos de iglesias construidas en plena estepa, Mangu olvidará muy pronto ese papel de Dios padre que intenta asimilar y volverá a su carbonizada paletilla de carnero.

—¿Y cómo pensáis derribar a su compinche del trono de patriarca? —preguntó Crean, la mirada acechante. Dshuveni se encogió de hombros, demostrando sus dudas—. Os lo diré —prosiguió Crean—. Para conseguirlo, no necesitáis de la gran catapulta de la política mundial, sino de las pequeñas y afiladas flechas clavadas en el entorno cotidiano del gran khan. William, el fundador de Iglesias, puede ser acusado fácilmente de instigar revueltas internas...

—Será inevitable —lo secundó Dshuveni—. Podríamos organizar una disputa religiosa comparativa ante los ojos y los oídos del gran khan. O bien William hace el ridículo...

—...o sale vencedor, concitando el odio de los idólatras y los chamanes. Ellos sabrán cómo cavarle la fosa...

—...tal vez no resulte —dudó el ayudante—, y en ese caso recuperaría otra vez, con renovado ímpetu, el favor del *khagan*.

—Si fuese así, emplearíamos otros medios —lo tranquilizó Crean, restando importancia a sus preocupaciones.

Dshuveni observó pensativo a su interlocutor y estudió el rostro marcado por la viruela, los ojos hundidos y pesarosos.

—Uno podría pensar, *monseigneur* Gosset, que no sólo sois un seguidor clandestino del Islam, sino que profesáis además la doctrina herética de esa maldita

secta ismaelita, la de los «asesinos».

—Allí donde no basta con el poder de persuasión, la daga aporta soluciones — respondió Crean, retirándose con una profunda reverencia.

Cuando se encaminaba en dirección a la *yrta* de William, se encontró con la desconsolada señora Ingolinda Pascha. Ésta le informó que el señor Guillaume Buchier, el maestro platero, había caído de repente gravemente enfermo. No había logrado dar con William ni con Barzo, pero sí con el monje armenio. Crean se ofreció sin más a visitar al enfermo y siguió al ama de llaves.

La residencia del hermano menor del khan se encontraba dentro del recinto palaciego, en las afueras de Karakorum. El gran khan Mangu deseaba tener cerca a Ariqboga, a quien había encomendado el gobierno del khanato central y a quien consideraba su sucesor. Aunque tampoco deseaba tenerlo demasiado cerca. Así lo sugerían los muros y torreones que los mantenían separados; así como el portón vigilado, único acceso que conducía desde la gran plaza central a la residencia del príncipe heredero. Los invitados oficiales sólo podían entrar atravesando ese portón. Si alguien los hubiera conducido a las puertas traseras de servicio y desde allí a presencia de Ariqboga, los hombres de Bulgai se lo comunicarían inmediatamente a este último, y el hecho sería interpretado como un intento de conjura. Roç y Yeza, para quienes Barzo había solicitado audiencia, fueron llevados con todos los honores hasta Ariqboga, pues también el príncipe heredero estaba interesado en llegar a un acuerdo con la pareja real.

En realidad, Roç y Yeza sólo querían averiguar lo que podían hacer por Shirat, cuya liberación consideraban tanto más perentoria a causa del mucho tiempo que había transcurrido sin que hubiesen hecho nada por cambiar la suerte de la esclava. Ya llevaban dos años con los mongoles, Shirat aún más; pero aunque no hubiesen arrinconado el recuerdo de la desventurada princesa mameluca, ¿qué habrían podido hacer para que Hamo pudiese volver a estrechar entre sus brazos a su menuda esposa? También se habían habituado a la noción temporal de los mongoles, a quienes les gusta demorar las decisiones importantes... del mismo modo que Mangu retrasaba la partida del ejército que le había prometido a Hulagu para someter a Persia y, en lo posible, también al «resto del mundo». Tanta vacilación, a su vez, acabó por dar ánimos a Ariqboga, que habría seguido con agrado la «invitación» de ese rey franco, Luis, de acudir en ayuda de los cristianos en Tierra Santa. Aunque sus hermanos mayores siempre se habían mostrado reticentes ante esos planes, anteponiendo descaradamente sus propios intereses, Ariqboga tenía depositadas sus esperanzas en determinados apoyos secretos entre los que incluía también a los infantes.

El salón de audiencias del joven khan carecía de todo empaque ostentoso. Gracias al empleo de madera en lugar de piedra o mármol, más bien irradiaba una calidez

familiar. El lugar desde el que lo presidía no era elevado, como suele ser cuando se quieren guardar las distancias, sino que se situaba en el centro de tres estrados dispuestos a modo de terrazas, sobre las que se repartía un número de cómodos camastros esparcidos sin mucho orden, y que Ariqboga compartía con sus mujeres y amigos. Cuando necesitaba presidir alguna tarea de gobierno se dirigía siempre al palacio aledaño de su hermano, y eso le permitía mantener en su propia residencia un ambiente más privado.

Antes de entrar en el salón, Barzo fue sometido a un somero cacheo en busca de armas, pero los vigilantes prescindieron de aplicar el mismo procedimiento a la pareja real. Luego hicieron subir a los tres por los escalones y les rogaron que tomaran asiento al lado del khan, en aquella especie de lecho común dispuesto en forma de herradura. Hacía tiempo que Roç y Yeza ya no necesitaban de la asistencia de intérpretes. Se habían familiarizado lo suficiente con la lengua de los mongoles, e incluso Barzo era capaz de expresarse en ella, aunque desde luego de manera harto insegura.

En el centro del salón, situada en un nivel inferior al resto, ardía una gran hoguera con una parrilla sobre la que hervía permanentemente un buen caldo dentro de un gran caldero, mientras que las bebidas frías estaban dispuestas para los huéspedes en cuencos y jarras situados junto a la entrada. Barzo pidió y obtuvo vino tinto, los infantes en cambio tomaron un tazón de caldo.

Ariqboga no inició la conversación ponderando la situación reinante en Occidente, o las expectativas que dicha situación le inspiraba, sino que se dirigió a la pareja real con el ruego de que le expusieran sus propios proyectos relacionados con el «resto del mundo», una vez hubiese caído éste en poder de los mongoles.

Para sorpresa suya, fue Yeza quien tomó la palabra. Dijo:

—Me admira, al igual que a mi amo y rey —y señaló a Roç, que lo corroboró con un gesto—, la naturalidad con que los mongoles hablan de «someter» a Occidente. No me refiero a la «conquista», algo que probablemente lograríais en breve plazo, aunque con terribles pérdidas de vidas humanas y tierras arrasadas, pero ¿«someter»? —Yeza clavó su mirada en el joven khan—. Sois un pueblo joven, jovencísimo, lleno de fuerza. Pero se trata de una fuerza meramente combativa, que hasta la fecha no ha hecho sino someter a otros pueblos nómadas, parecidos a los vuestros. En el «resto del mundo» os toparéis con hombres que llevan miles de años asentados en sus países. No me extenderé en hablaros de caballeros y de mercaderes, de las fortalezas levantadas por las Órdenes militares, ni de los puertos, de la Iglesia de los Papas y de sus cardenales, de las catedrales que han erigido en las ciudades, de sus abadías en los campos, de los emperadores y reyes con sus palacios, burgos y fuertes. Os quiero hablar del poder del espíritu y de la mente, de un mundo gobernado por el espíritu y por muchas mentes preclaras que enseñan en escuelas y universidades, y cuyos conocimientos, todo el saber del mundo y sobre el mundo, se guarda en vastas bibliotecas. Un ejército de estudiantes, profesores y monjes que en los colegios y los

silenciosos claustros se ejercitan en pensar, que sirven sólo al espíritu y reconocen sólo ese poder, ¡ése es el auténtico Occidente! —exclamó Yeza enardecida y se irguió con el ademán de una sacerdotisa—. ¿Eso es lo que pretendéis «someter»?

Las esposas de Ariqboga la aplaudieron. Yeza había observado que Shirat había sido la primera en hacerlo.

Ariqboga se echó a reír y se volvió hacia su auditorio.

—¡Así es como debe hablar una reina! Hemos sido bendecidos por la suerte. Agradezco a *tengri*, soberano eterno de la bóveda celeste, haberme concedido la gracia de escuchar de boca tan autorizada palabras tan bellas y tan importantes acerca de esa parte del mundo que aún no nos pertenece: ¡las tierras de Poniente! ¡Tanto mayor es ahora mi deseo! —Fijó radiante su mirada en Yeza y en Roç, como si esperara que fuera a cumplirse sin más ese anhelo suyo y ellos pudiesen ofrecerle aquellas tierras como una dádiva o un tributo.

Pero Roç se le rió en la cara al joven khan, aunque no deseaba burlarse de él.

—¡Eso ya suena mejor! —exclamó—. Podéis pretender a Occidente como quien pretende a una dama; si la tomáis como esclava, poco será el placer que os proporcione.

Y mientras lo decía lanzó a Shirat una mirada rápida y del todo innecesaria, pues no le pasó desapercibida a Ariqboga. La mameluca reaccionó moviendo la cabeza en señal de desacuerdo y Roç, un tanto perplejo, prosiguió apresurado:

—Occidente posee ejércitos, es cierto, que os harán frente, y fortalezas que podrán resistirse a vuestro avance, pero no los necesita para venceros. Si sus gobernantes, el emperador y los reyes, son inteligentes, no os opondrán resistencia, sino que os recibirán como huéspedes. En cuanto piséis esas tierras, seréis presa de sus encantos: dejaréis de ser mongoles, vuestra fuerza languidecerá como las alas de un pájaro que se aleja en exceso hacia lo alto de la bóveda celeste. No podréis libraros ya del poder del pensamiento y el espíritu de que os ha hablado la reina, olvidaréis la estepa, negaréis a vuestros dioses y, finalmente, ¡olvidaréis la esencia de vuestro pueblo mongol! Ése es el mayor peligro, y se acrecentará a medida que os adentréis en Occidente.

Oídas sus palabras, nadie quiso reír, incluso Ariqboga calló compungido. Pero después de transcurridos unos minutos en denso silencio, el joven khan se atrevió a darle una respuesta.

—Hasta la fecha, ningún poder del mundo se nos ha resistido. ¿Qué es lo que hace tan invencible a Occidente, si es que estáis en lo cierto, mi rey?

—Hasta ahora no habéis pisado la órbita donde reina el poder espiritual. Estoy convencido de que nadie podrá impedirnos ese paso. Pensad en mis palabras cuando lo hayáis dado.

—¿Queréis decir que los mongoles no sabrán coronar con éxito su campaña de conquista?

—Lo he subordinado a la premisa —quiso aleccionarlo Roç con suma cautela—,

de que el emperador y los reyes actúen con inteligencia. Hasta la fecha no lo hacen pues, de no ser así, serían ellos los soberanos del mundo y no los mongoles. Están enemistados entre ellos, no están unidos como vosotros, los mongoles, bajo el mando de un único soberano. Cabe pensar que seguirán desunidos, pero se opondrán a vuestro ejército. Entonces Occidente sucumbirá, dejando atrás muchos muertos, escombros y cenizas, y el poder espiritual será desterrado de sus tierras, se alejará como un murciélago cuando lo espantan...

—Pero incluso en este caso —lo interrumpió Yeza—, podréis alcanzar una victoria tras otra, ¡sin que os sea posible someter a Occidente! Su poder espiritual sobrevivirá; no podréis someterlo, pues no es posible atrapar y someter a ese poder. Por el contrario, será él quien os gobernará, quien acabará por dictar vuestras acciones y vuestro pensamiento.

—¿De modo que nos desaconsejáis esa conquista?

—Tan sólo os recomendamos prudencia... ¡y con ello no quiero decir temor o cobardía! —replicó Roç, muy serio—. Acercaos a Occidente como el que avanza de noche por un paraje desconocido. Distinguid entre unos y otros, entre los que os salen al paso. Cuando el gran khan se dirige a mí, sé que la suya es la voz de los mongoles. Occidente no posee una sola voz. Encontraréis amigos y enemigos, y otros que fingirán ser amigos. Tendréis que elegir a vuestros aliados. No podéis esperar que todos los gobernantes se rindan ante vosotros, pues es seguro que no lo harán ni el Papa, ni el emperador, ni todos los reyes que se postren a vuestros pies os serán leales.

—Pero ¿y el rey de los francos, que nos ha enviado a su arzobispo, William de Roebuk...?

Ariqboga estaba tan trastornado ante el cambio que todo ello provocaba en su imagen del mundo, que se aferró al recuerdo del orondo franciscano como a una tabla de salvación. Entonces Barzo se vio impelido a intervenir:

—Sin duda alguna el rey Luis, como rey de Francia ungido por Dios, no tiene la intención de someterse a nadie. Estando prisionero y a las puertas de la muerte, se negó en su día a someterse al sultán de El Cairo. Y, sin embargo, yo os recomendaría buscar su amistad.

Barzo descubrió de pronto que todas sus esperanzas se centraban en ese punto.

—Para ello deberíais utilizar la mediación de William de Roebuk. Podríais enviar con él una oferta de ayuda y amistad al rey, y debéis hacerlo antes de lanzaros a tan incierta aventura. Antes de partir, debéis estar seguro de que contáis allí con un fiel aliado.

—Ya tenemos al rey de Armenia —soltó Ariqboga con aire triunfal— ¡que nos ha rendido pleitesía!

Barzo sonrió con expresión paternal.

—Estamos hablando de los grandes príncipes y reyes —dijo con voz queda— de los que tienen voz y voto en la asamblea de los que poseen el poder del espíritu,

¡aquellos cuya opinión vale más que su ejército! ¡Son contadísimos!

—Yo creo —exclamó Yeza— que vos, Ariqboga, deberíais acometer el viaje a Occidente solo, sin ejército, acompañado únicamente por una espléndida delegación, como corresponde a vuestro rango, para convenceros allí, sobre el terreno, de que todo lo dicho responde a la verdad, aunque a primera vista no os parezca que encaje bien con las noticias que tenéis de ese mundo. Nosotros, los hijos del Grial, la pareja real de un reino invisible, sabemos lo que decimos. Sólo somos mediadores. Vos mismo debéis cercioraros de lo que os espera en Occidente...

—¿Cómo me recibirían allí?

—¡Con cautela! —repuso Koq—. ¿Qué esperabais? Y al mismo tiempo con cordialidad y con una enorme curiosidad.

—Pero... —Ariqboga parecía haber perdido todo aplomo— ¿tendré que someterme a alguien?

—¡No! —lo aleccionó Yeza—. Nadie os lo exigirá. ¿Para qué, además?

Ariqboga sacudió la cabeza.

—Me habéis confundido —admitió con franqueza—. ¡Ahora dejadme solo! He de reflexionar acerca de cuanto me habéis dicho.

Roç y Yeza se levantaron y le hicieron una señal a Barzo.

—Me gustaría volver a hablar con vosotros —dijo Ariqboga y bajó los escalones, yendo al encuentro de Roç y Yeza, que se encontraban ya en el centro del gran salón—. Deseo profundizar en estas ideas. Me habéis abierto los ojos a otro mundo. Ahora he de aguzar mis sentidos. ¡Volved pronto a honrarme con vuestra visita!

Aún no se había repuesto de la impresión, pero acompañó personalmente a sus invitados hasta la puerta. Poco había faltado para que los despidiera con una reverencia.



De la crónica secreta de Roç Trencavel, Karakorum, segunda década de mayo de 1254

Cabalgamos con Barzo de regreso a la ciudad. Hace tiempo que sospecho de él, en el sentido de que sostiene las mismas opiniones que Crean, quizá con la salvedad de que no está particularmente interesado en hacernos regresar a Alamut, sino que tan sólo desea enemistarnos con los mongoles para que no permanezcamos más tiempo en el país. Cuando Yeza empezó a hablar, como era de esperar, de que habría que hacer algo para liberar a Shirat, se mostró decididamente contrario a tales planes. Sin duda teme que cualquier iniciativa en este sentido pueda agravar aún más nuestra situación. Pero cuando se dio cuenta de que sería imposible disuadir a mi *damna* del noble propósito de reunir a Hamo de nuevo con su esposa, el franciscano se enardeció súbitamente y empezó a proponer toda clase de planes exagerados, incluso temerarios.

—¿Habéis notado el temor que sienten los mongoles ante los espíritus? Deberíais disfrazaros de chamanes blancos y entrar en palacio, ¡nadie os detendría! —le aconsejó a Yeza.

Yeza le arrojó una mirada que lo hizo enmudecer.

—Creo que no son los mongoles quienes me han interpretado mal, sino vos, señor Barzo, que pensáis en fantasmas al oírme hablar del *spiritus occidentis*^[431]. Con tanto teatro pronto no sabréis cuál de vuestras diferentes máscaras os conviene mostrar a los mongoles.

El pequeño fraile sonrió, y era evidente que no albergaba ningún sentimiento de culpa.

—Mi apariencia está sometida a toda clase de metamorfosis, pero mi corazón os es fiel. Sois mis amos. Si queréis llevaros a la joven condesa de Otranto, lo asumiré como otra tarea más.

—¿Quién ha dicho que queramos irnos? —preguntó Yeza, desconfiada—. Crean tendrá que quitarse de la cabeza esa tontería de hacer retroceder la rueda de nuestra historia. ¡Alamut ha quedado atrás! La Rosa es parte de nuestro pasado, no de nuestro futuro y, desde luego, nada tiene que ver con nuestro destino.

—¿Entonces, qué? —preguntó Barzo, impertérrito—. ¿Acaso es vuestro destino abandonar la senda marcada por el «gran proyecto» y recoger en su linde una flor medio arrancada para trasplantarla de nuevo a Otranto?

No pude librarme de la impresión de que pretendía provocarnos. Yeza aceptó el reto.

—No podremos vestir el manto real si no prestamos oídos al grito de auxilio de una joven mujer y madre, sólo porque no conviene a los poderosos de este mundo. Si los mongoles no liberan a Shirat, a la que mantienen injustamente en esa condición de esclava, ¡tampoco quiero ser entronizada por obra y gracia de ellos! ¿De qué nos serviría la corona del mundo si no emana de ella la bondad, y cerramos los ojos ante la injusticia?

Barzo me miró suspirando, como deseando exclamar: «¡Ay, las mujeres!» Pero no le di pie para expresarse con tan burda familiaridad.

—Si queréis servir a la reina —lo reconvine— haréis bien en tramar un plan sensato para liberar y devolver a su casa a la condesa de Otranto, ¡pero olvidaos de fantasmales apariciones con ondeantes lienzos!

Mis palabras no agradaron al franciscano.

—En mi opinión —me contradijo con cautela—, sería preferible que os hicierais coronar primero. Luego, como soberanos, podríais ordenar...

—¿Sabéis...? No, no podéis saber, fraile, el dolor que supone para Shirat cada día de separación de los suyos —le replicó Yeza—. Así sólo hablan los eunucos o algunos pobres clérigos que han desterrado el amor de sus vidas. Por eso será mejor que os mantengáis lejos de esta difícil tarea. ¡La liberación de una noble dama está reservada a los caballeros, y yo cuento con el mío! —Mi reina me miró ufana y no

pude por menos que asentir.

Naturalmente, Barzo tiene razón, pues para entrar en un torneo caballeresco es preciso que dos se sometan libremente, y de consuno, a las normas respectivas. ¡Pero los mongoles ni siquiera las conocen! Ahora bien, cuando a mi *damna* se le mete algo en su animosa e intrépida mente, sólo cabe esperar la orden de: «¡Bajad las viseras!» De no obedecer, sería capaz de calzar ella misma las espuelas.

L.S.

Ariqboga había alejado a todas sus mujeres, amantes y amigas de la sala de audiencias, únicamente a Shirat le pidió que se quedara. La joven no sabía si ésta era buena o mala señal, pues el menor de los khanes solía tener repentinos arrebatos de ira. Se había dado cuenta también de que el fugaz contacto visual entre ella y Roç no había pasado desapercibido. Para un mongol, Ariqboga era bastante esbelto y de caderas estrechas, al menos en comparación con sus hermanos que mostraban todos cierta inclinación a la corpulencia. También su frente era más alta y sus manos más finas que las de aquéllos. Pero este último hijo de la princesa Sorghaqtani padecía de cierta inestabilidad de carácter, y aunque los cuatro hijos eran incapaces de exteriorizar espontaneidad y alegría, Ariqboga mostraba incluso cierta tendencia a la melancolía.

A pesar de llevar más de dos años separada de su joven esposo y de la hija que había traído al mundo, Shirat no había perdido nada de su gracia juvenil. El secuestro y la cautividad no habían dejado huellas en ella, que había crecido en un harén y no se sentía tanto esclava como simplemente devuelta a su infancia y juventud. Su gracia femenina se combinaba con el frío razonamiento del que era capaz, llevándola a sacar siempre el mejor partido de cualquier situación, puesto que había aprendido muy pronto a mantener separadas las apetencias del cuerpo y del corazón. De modo que tampoco era como una esclava cualquiera para Ariqboga, una mujer a la que podía ordenar que acudiera a su lecho y después disponer que se marchara, sino una amiga a quien poder confiar sus tribulaciones.

—Mucho me has hablado de tus amigos Roç y Yeza, la pareja real, Shirat —la saludó con un tono de ligera ironía—. Ellos, en cambio, parecían no conocerte apenas.

—Están acostumbrados a saludarme sin pensar en nada especial. Pero hoy creo que temían atraer vuestro disgusto sobre mí.

—¿Cómo iba a negarle yo a la pareja real el deseo de saludarte?

—Sabéis muy bien que Roç y Yeza tienen otros sentimientos y piensan mas allá del momento concreto. Para ellos soy la esposa de su amigo Hamo, y se sienten obligados a defenderme. Probablemente estén tramando planes para mi liberación.

—¿Lo sospechas o lo deseas? —preguntó Ariqboga, inquieto.

—Estoy segura —dijo Shirat—, porque sé cómo piensan y sienten. Ambos, por

muchas experiencias que hayan podido tener aquí, en Oriente, siempre seguirán sintiéndose obligados por los ideales caballerescos de Occitania. Son el símbolo más puro de Occidente. Roç y Yeza son hijos del Grial, y por tanto también obedientes a sus *lais d'amor*^[432], esos preceptos que regulan las relaciones entre el caballero y su dama dentro de un marco de libertad. Yo, en cambio soy mameluca por mi origen y sólo he conocido la libertad que puede tener una mujer joven gracias a una circunstancia especial, a una situación afortunada que ha durado poco...

—Y a la que deseas volver.

Ariqboga no le dio tiempo de formular una respuesta que le habría disgustado.

—Yo te haré feliz —dijo con decisión—. ¡Te convertiré en mi esposa!

Si había esperado que Shirat bajara ruborizada los párpados o mostrara cualquier signo, por mínimo que fuera, de triunfo ante la perspectiva de verse convertida en *khatun*, esposa de un khan, se vio defraudado. Ni siquiera estalló en lágrimas: se mantuvo completamente serena, pero se le acercó con un gesto casi coqueto.

—Amado mío —dijo en voz baja—, ese honor corresponde a una princesa de sangre mongol. Debéis reservarlo para contraer un matrimonio que refuerce el poder de vuestro khanato. ¡Dejad que yo siga siendo la buena consejera de vuestra mente, la amiga cariñosa de vuestro corazón y la hurí placentera de vuestro cuerpo! —Con estas palabras lo abrazó y apretó su cuerpo contra el suyo, hasta que sintió que el joven khan le respondía.

Sin embargo, Ariqboga se libró de aquel abrazo.

—No quiero vivir el día en que me abandones y te alejes de aquí, cuando la pareja real consiga que recobres la libertad.

Pero Shirat no cedía fácilmente.

—La libertad de amaros, Ariqboga —contestó, y volvió a abrazarse a él; su mano se deslizó por el cuerpo del hombre que iba cediendo al deseo de ella— es una libertad que siempre me he tomado. No necesito, para disfrutarla, ni del matrimonio ni de la intervención de la pareja real...

—¿Significan tus palabras que no quieres casarte conmigo? —suspiró Ariqboga.

Shirat lo atrajo hacia el lecho que se les ofrecía en el lugar del trono.

—No quiero perder el cariño que siento por vos, aceptando un estado que no sería beneficioso para nuestro amor... —Lo acogió entre sus muslos y se dejó caer sobre los almohadones—. Os amo —susurró con voz ronca, aumentando su excitación—. Y vos debéis amarme cada vez cómo si fuese la primera y la última ocasión de hacerlo. Soy vuestra mujer —le aseguró, mientras gemía bajo las sacudidas que le transmitía el cuerpo del hombre—. Nunca más debéis rogarme que os ceda mi mano en matrimonio si queréis seguir poseyendo mi vientre...

—¡Te quiero a ti! —rugió Ariqboga, endureciendo todo el cuerpo—. Puedes pedírmelo todo, ¡todo será para ti! —incrementó su esfuerzo por proporcionarle también a ella la culminación del placer que lo estaba invadiendo—. ¡No me dejes!

Se hundió, agotado, sobre el cuerpo de Shirat.

—Pero si estoy contigo —susurró la joven y apartó con un gesto suave el cabello de la frente sudorosa del hombre.



Crónica de William de Roebuk, Karakorum, festividad de san Venancio^[433],
1254

No hay manera de conseguir que mejore el estado del maestro Buchier, que padece una afección de las vías respiratorias. Ingolinda me ha pedido con insistencia que vaya a ver al enfermo. Cuando acudí junto a su lecho lo encontré muy debilitado y triste, aunque su respiración ya no era tan pesada. Pregunté qué le daba la señora Ingolinda para recuperar fuerzas y me confesó que el monje ha ordenado mantenerlo en ayunas, y que lo único que toma es una bebida. Creyendo que se trataba de agua bendita, había tomado dos tazones llenos. Furioso tiré el resto de aquella infusión de ruibarbo, que es un vomitivo puro, y ordené a Ingolinda que no dejara entrar más a ese monje en casa y que administrara a su amo un buen caldo de carne.

Aquel mismo día y en presencia del hermano Barzo, me enfrenté al armenio.

—¡O bien haces de apóstol y realizas milagros gracias al poder del Espíritu Santo, o actúas como médico^[434] según las reglas del arte! —le reproché abiertamente. Me sentía furioso y Sergio pareció quedarse sin habla.

Su mirada estaba cargada de odio.

—Si te cojo otra vez actuando como un charlatán que quiere hacer creer a los demás que es médico, cuando ni siquiera eres sacerdote, ¡te entregaré al tratamiento predilecto de Bulgai!

Sé muy bien que debo tener cuidado con él, pues goza de mucho predicamento entre los mongoles a causa de los bebedizos que compone, llegando casi a considerársele un chamán con poder sobre la vida y la muerte. A nadie le interesa demasiado que haya sido ordenado sacerdote o no. Barzo lo miró con el ceño fruncido cuando el armenio, pálido de rabia, salió de la *yurta* sin pronunciar palabra.

—William de Roebuk —dijo de modo tranquilo y sin pregonar su propia opinión —, no pierdes nunca la ocasión de crearte un enemigo. Eso es muy inteligente, sobre todo en vísperas del gran debate religioso convocado por el gran khan. Así el futuro señor patriarca puede estar seguro de ser atacado incluso desde el campo cristiano, donde sin duda alguna se encuentra también el armenio, ¡tanto si es un charlatán como si es un sacerdote! —La sonrisa de Barzo era irónica—. Como si no te bastara con enfrentarte a los defensores del Corán, a las enseñanzas de Buda y a los adoradores de falsos dioses ¡todos ellos enemigos encarnizados y nada dispuestos a transigir!

Yo casi había olvidado la inminencia de ese debate. Mangu, que se muestra indiferente a las diversas confesiones, tal vez habrá pensado que al final no se trataría

más que de una cómoda comparación entre las diversas religiones, y que éstas le serían expuestas como se exponen diferentes mercancías ante un comprador rico en el bazar, para que él tome una decisión acerca de los condimentos con que se cocerá su *Nova Ecclesia Mongalorum*, condimentos que después me entregaría a mí, su cocinero jefe, para que le prepare un mejunje apetitoso. Ésta fue la imagen que para mi gran disgusto acudió a mi mente cuando Barzo me lo recordó, y le contesté:

—*Unam sanctam!*^[436] ¡Lo más importante es conseguir que los mongoles abracen la fe cristiana, sea cual sea el rito que sigan! Me cuidaré muy mucho de enfrentarme con los nestorianos, y hasta me comportaré como un buen hermano de Sergio si le dan el permiso para exponer las enseñanzas de su religión. Al fin y al cabo, hasta los musulmanes y los cabezas rapadas veneran al mismo Dios, ¡sólo los idólatras se pierden en su adoración de diferentes divinidades!

—Hasta a ellos podrías atraerlos, excelso cocinero —bromeó Barzo—. Puedes venderles la Santísima Trinidad: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como si fuesen dioses separados, y después les añades a María, una vez como Virgen, otra como Madre dolorosa^[437], ¡y de este modo cubrirías la necesidad que sienten de adorar a varios dioses!

—Estoy muy lejos de seguir tus execrables insinuaciones —le reproché—. Yo creo que la máxima suprema de la Iglesia mongola debe ser la tolerancia, y considero que el gran khan alberga la misma opinión. ¡Debemos ofrecer el alimento espiritual necesario para todos y no excluir a nadie de sus beneficios!

Pero mi hermano Barzo aprovechó para atormentarme todavía más.

—Tómese el hueso chamuscado de un cordero que ofrecen los chamanes, póngase a hervir en el caldo de los que se visten de color azafrán, ¡añádasele una cabeza de ajos de los seguidores del Islam y trácese finalmente por tres veces la señal de la santa Cruz! —siguió mofándose de mí—. ¡Este plato podría ser el mayor atractivo de «la nueva cocina de los mongoles»!

A mi vez no me quedó más remedio que trazar la señal de la Cruz para protegerme de la maldad de Barzo. Como él no quiso marcharse, fui yo quien se alejó de la tienda; arrastré a Filipino conmigo.

Ya era tarde. Me dirigí a la iglesia para intentar asegurarme la ayuda de Jonás, el archidiácono, y sus sacerdotes. Me encontré allí con unos nestorianos bastante excitados. Jonás había sufrido una crisis y escupía sangre. Como nadie se podía explicar su enfermedad, habían enviado a por un vidente sarraceno que, un tanto atemorizado, les reveló lo siguiente:

—Hay un hombre muy delgado que no come, ni bebe, ni duerme en su cama, y que está disgustado con el archidiácono. Sólo si ese hombre retira la maldición y bendice a Jonás, éste sanará.

Todos comprendieron que la descripción se refería al monje armenio. De ahí que la mujer del archidiácono, además de su hermana y su hijo, fueran en busca del monje, aunque ya pasaba de la medianoche. Alguien había visto a Sergio entrar en la

casa de Koka. Le rogaron que saliera de allí y le insistieron para que salvara al archidiácono, impartándole su bendición. El monje se negó primero, pero finalmente se acercó al lecho del enfermo. Ahora todos estaban en la iglesia para ayudar a Jonás con sus oraciones. A mí todo aquello me daba mala espina, pero después Sergio se presentó muy contento ante los demás. Aunque todos le rodeaban con aire interrogador, él se dirigió a mí expresándose con la mayor amabilidad, como si nada hubiese sucedido entre nosotros.

—El archidiácono pide vuestra bendición, hermano William. He tenido que prometerle que insistiría en mi ruego de que lo vayáis a ver. Su salud depende de vos —añadió.

No tuve más remedio que encaminarme hacia allá, aunque no lo hacía de buen grado y desconfiaba del monje. Mientras atravesábamos a toda prisa la oscuridad, Filipino me preguntó:

—¿Todavía os acordáis de lo que dijo el vidente? ¡El motivo por el cual el monje es enemigo de Jonás sois vos, señor mío! El archidiácono tiene que morir por ser vuestro amigo. ¡El monje afirma que sois el Anticristo!

—¡Vaya tontería! —me indigné—. ¡Ese hombre es un criminal! ¡Apostaría a que ha dado a Jonás uno de sus venenos!

—Por descontado —me aseguró Filipino—. ¡Es más, yo apostaría a que morirá cuando vos os encontréis junto a su lecho!

—¡Y no podré presentarme ante el gran khan durante todo un año! —saqué de inmediato la conclusión más cercana. Pero en el fondo me daba igual, pues confiaba todavía en salvar la vida de Jonás. Aceleré el paso, corrimos a la casa del archidiácono y encontramos a su familia conversando con los vecinos y con algunos parroquianos delante de la entrada.

—¿Vive aún? —exclamé desde lejos, y me miraron con cierta sorpresa.

—Sí, Jonás vive —respondieron.

—Gracias a Dios y a la bendición del monje. ¡Hay que dejarlo descansar! —Querían retenerme, pero yo los empujé a un lado y entré en la cámara del enfermo.

Jonás me miró sonriente, pálido como un muerto.

—Pobre de mí —murmuró con voz resignada—. Pero ahora podré morir en paz, pues no me negaréis la ayuda de nuestra religión.

Yo le respondí:

—No tenéis por qué morir. —Y miré a mi alrededor.

—Sí, moriré —respondió Jonás y señaló el cuenco lleno de bebida—. El monje me ha preparado esa bebida.

Sólo entonces me di cuenta que aún no la había tocado.

—Sé que esto me matará. Si vació el cuenco, moriré enseguida. Si no bebo, la muerte también me alcanzará, si no esta noche, sí en el transcurso de mañana.

—Tonterías —intenté tranquilizarlo—. Os habéis dejado convencer. Ahora dormiréis, y el sueño os ayudará a sanar. ¿Todavía escupís sangre?

—No, hermano, eso se acabó. Ya estoy mejor.

—Así está bien —dije yo, y tracé con un dedo la señal de la cruz sobre su frente fría.

—Mañana acudiré de nuevo a veros y os aconsejo que bebáis algo que os dé fuerzas. Ese brebaje, en cambio, lo haremos desaparecer. —Y eché mano al cuenco.

—Dejadlo allí —me rogó.— Ese cuenco es la prueba de que aún soy dueño de mis decisiones. Os agradezco que hayáis venido, William. Ahora sé que nuestra comunidad estará en buenas manos, aunque a Dios le plazca llamarme a su lado. — Me cogió la mano y la besó; sus labios estaban fríos.

—Dios está con vos y la comunidad no os perderá. Estoy seguro de ello. — Apreté mis labios contra su mano y me alejé rápidamente.

—El condenado monje ha perdido el primer asalto —le dije a Filipo mientras regresábamos a la iglesia para comunicar a los nestorianos que allí rezaban la buena nueva de que Jonás vivía y que, con la ayuda de Dios, superaría la enfermedad.

—¡Perderá también el segundo! —reía Filippo, en un esfuerzo por aliviar mi pesadumbre—. ¡Habéis abandonado la casa cuando el archidiácono todavía estaba vivo! Otra cuenta que tampoco le ha salido bien al monje. Ahora es mejor que os acostéis. Yo avisaré en la iglesia que el archidiácono está mejorando.

Me pareció bien. Cuando llegamos frente a mi tienda, nos separamos. Sergio aún no ha regresado y Barzo está profundamente dormido.

L.S.

III

UN SOLO DIOS



De la crónica secreta de Roç Trencavel, Karakorum, últimos diez días de mayo de 1254

Ariqboga nos ha pedido que le honremos una vez más con nuestra visita. Yeza le explicó al mensajero que sólo podía acudir ella, porque yo estoy enfermo. Una información que resulta absolutamente creíble en vista de las graves enfermedades que asolan el campamento cristiano de Karakorum, aunque el maestro Buchier ya está mejorando. En realidad, según me confió mi dama, ella deseaba acudir sola al palacio de Ariqboga, sin mi compañía, para poder quedarse hasta altas horas de la noche y así tener la oportunidad de que le ofrecieran pasar allí la noche. De modo que, por indicaciones de mi reina, me dirigí al *hamam*, el baño de vapor construido de piedra que tenemos cerca de nuestra casa, con el fin de sudar mi enfermedad. Nosotros, la pareja real, figuramos entre los pocos privilegiados que pueden disponer de tan maravillosa instalación.

Apenas me hube entregado a los vapores sudoríficos y a las manos del maestro bañista cuando emergió Crean entre las nieblas y vaharadas. En realidad, como viejo amigo mío (por muy molesto que ahora me resulte) no tiene necesidad de que yo lo invite a hacerme compañía. Y, sin embargo, me pareció que lo esperaba, a la vista de la sonrisa apenas esbozada que recorrió su rostro lleno de cicatrices. Esa actitud se debe al cambio que se ha producido en nuestra relación. Ya no dependemos del hombre que nos salvó, cuando apenas éramos unos niños, de las llamas del Montségur, sino que él, el «asesino», depende de que yo no revele su identidad a los mongoles. Conversamos hablando en la *langue d'oc*^[438], el idioma de nuestra patria común, con lo cual nos asegurábamos de que nadie nos pudiera entender. Crean no tardó en centrarse en nuestras preocupaciones mientras el maestro de baños me aplicaba un buen masaje.

—Roç —comenzó muy serio—, no puede ser vuestra intención atacar, a la cabeza de un ejército tártaro, los mismos países que Yeza y tú llegasteis a conocer a lo largo de diez años, todos esos años en que habéis tenido que refugiaros. ¡Son pueblos que os han dado cobijo y de cuya cultura habéis participado!

Rodeado de vapores calientes quedó a la espera de mi respuesta, y yo le dije:

—Precisamente por eso, Crean, pues esos diez años de huida permanente han conformado el embrollo en el que tú y tus amigos de la secta secreta nos habéis metido. Ahora ¿qué nos propones?, ¿que sigamos huyendo? Los mongoles son los primeros que nos han ofrecido seguridad y están dispuestos a entronizarnos como pareja real, es decir, a cumplir el destino del que la *Prieuré* se ha limitado a hablar durante todo este tiempo.

Crean encogió la espalda bajo el chorro de agua fría que los criados de la casa de baños le arrojaban encima.

—No es vuestro destino encabezar como símbolos temibles, como si fueseis unos muñequitos mágicos colgados del abrigo de un chamán, ese horrible rodillo destructor que arrasará las ciudades conquistadas convirtiéndolas en escombros y las llenará con el hedor mortífero de los asesinados, ni es vuestro destino ascender a un trono que no es otra cosa que un sillón de gobernador más dentro del imperio desalmado del khan. ¡Difundiréis temor y destrucción en lugar de encarnar el reino prometido de la paz!

—¡Prometido! —quise recalcar, pero sus palabras consiguieron que, a pesar de mi propósito de mostrarme irónico, me quedara un mal sabor de boca—. Ese horror no tiene por qué producirse. Los soberanos de Occidente, tan poco comprensivos, podrían evitarlo perfectamente. Si se avienen a someterse, yo me comprometo a que no se derrame sangre innecesariamente, y a que las ciudades no se vean expuestas al saqueo...

—No lo vais a evitar, Roç —respondió Crean—. Posiblemente no exista ningún ser humano que pueda evitarlo. Está en la naturaleza de todo ejército vencedor que sucedan esas cosas, porque de no ser así, no actuaría como un rodillo...

—Pero el gran khan —le respondí, aunque ya con la boca pequeña porque reconocí lo acertado de su horrible visión—, el khan nos ha prometido...

—Ni siquiera el khan podría evitarlo —dijo Crean—. Una vez puesto en movimiento, ese ejército arrollará cuanto encuentre a su paso. Es su destino y nada puede impedirlo. No existe la mano que pueda detener la ola gigantesca que surge del océano. Hay que esperar a que se extienda por la playa, a que se estrelle contra las rocas y se disuelva en espuma. Todo lo que antes se cruce en su camino, se hundirá y se verá destrozado. Lo más terrible es que si Mangu no deja vía libre a esa ola, la furia se irá moviendo por el corazón de su imperio, creará intranquilidad en las estepas y destrozará el orden establecido en este gigantesco territorio.

—¿Es decir, que sucederá tanto si intervenimos como si no hacemos nada? —pregunté—. ¿Cómo podríamos impedirlo?

—Debéis iros —dijo Crean—. ¡No juguéis a ser la corona de espuma que pretende dominar la ola! El gran khan conoce la profecía según la cual sólo podrá reinar en Occidente con vuestra ayuda. Si no os tiene a mano, se lo pensará mucho antes de dar un golpe en esa dirección, pues también le han profetizado que si no consigue el poder sobre el «resto del mundo», se iniciará la decadencia del imperio mongol. Sin vosotros le faltará el valor para intentarlo... eso espero.

Crean se estiró a mi lado sobre el suelo de piedra. El maestro bañista nos había dejado solos, el fuego, bajo las piedras, estaba apagado y los últimos vapores acabaron condensándose en forma de humedad.

—Todos deberíamos regresar —murmuró Crean—, también William, para poder explicar a ese Occidente insensato, con palabras de auténtico conocimiento, qué

peligros nos acechan. En este caso vosotros, Yeza y tú, podríais cumplir una tarea muy especial, pues pienso que no sólo el rey Luis os aprecia mucho, sino que también An-Nasir, el sultán de Damasco, os tiene respeto, y lo mismo cabe decir de un hombre tan importante como es Baibar, en El Cairo. Hemos de conseguir que esos señores comprendan que esta vez el golpe pasará por Alamut para ir en dirección a Bagdad, y después partirá desde el califato contra Siria, contra Tierra Santa y Egipto. Sólo después se dirigirá contra su objetivo final, que es Occidente. Es vuestra misión explicárselo a todos los interesados y hacerles comprender que no hay quien pueda escapar a la amenaza.

—¿Y nuestra corona? —Apenas se me había escapado la pregunta cuando ya sentí vergüenza—. ¿Qué hay de nuestro destino?

—Vuestro destino consiste, de momento, en evitar lo peor. Mira, Roç, mientras estoy aquí a tu lado e intento convencerte, sé muy bien que la Rosa, a la que he dedicado mi vida, sería irremediamente la primera víctima. Sin embargo, espero que las olas se estrellen contra la roca de Alamut, y que el hundimiento de la Rosa permitirá alejar las olas de las orillas del Mare Nostrum^[439]. Esto no significa que tengas que renunciar a la corona, al revés, le prestarás un servicio altísimo...

—¡Tan altísimo que quedará lejos de nuestro alcance!

¿Por qué habría de reprimir la amargura que sentía? Lo que exigía Crean era la dimisión de la pareja real. En lugar de ello pretendía que recorriéramos el mundo proclamando un mensaje aterrador, llamando la atención ante el gran peligro que nadie deseaba admitir. No nos tomarían en serio. Le dije que había entendido sus argumentos, pero que no deseaba adoptarlos como míos antes de haberlos comentado tranquilamente con Yeza.

L.S.



De la crónica secreta de Yeza

Ariqboga me recibió esta vez en sus habitaciones privadas, que representan un gran espacio cuadrado calentado por dos enormes estufas alicatadas. Por tres lados se ven escaleras que conducen hacia la planta superior, donde supongo que están los dormitorios. Del centro de la estancia cuelga una araña. Hay allí varias mesas bajas, ordenadas más o menos en forma de herradura, rodeadas de gruesos almohadones forrados de cuero que sirven para sentarse en ellos. Las ventanas de la fachada alcanzan hasta el suelo de madera y ofrecen una bonita vista sobre un patio interior muy verde. Las paredes están revestidas de madera teñida y las alfombras bordadas proporcionan calidez y alegría a la estancia.

El joven khan se presentó vestido con cómoda ropa casera y ordenó enseguida que me ayudaran a quitarme las botas y me calzaran unas pantuflas ligeras. Me sorprendió e incluso me asustó un poco el hecho que, de todas sus mujeres y esclavas,

sólo estuviese presente Shirat. ¿Acaso había intuido mis intenciones y quería ponerme a prueba? Modifiqué mi táctica, previamente orientada a situarme como por casualidad cerca de la esposa de Hamo, y la saludé esta vez con la mayor naturalidad y muy cordialmente, aunque sin demostrar la menor sorpresa. La abracé y la besé como a una hermana antes de inclinarme ante el amo de la casa. De este modo di a entender que conocía su rango de princesa y que estaba dispuesta a incorporarla a nuestra conversación, en el caso de que él intentara tratarla como esclava y ordenar su retirada.

Ariqboga no se mostró disgustado en ningún momento por este proceder mío, e incluso me sorprendió la naturalidad con la que Shirat se sentaba a su lado y hasta, según me pareció, apoyaba cariñosamente su cuerpo en el de su amo y señor.

—Siento muchísimo que vuestro esposo y real señor esté enfermo y me siento compungido porque hayáis dado tanta importancia a mi invitación, hasta el punto de dejarlo solo.

—No es una enfermedad que él no pueda superar por sí mismo —respondí—. Como pareja real estamos acostumbrados a anteponer las cosas importantes a nuestras necesidades particulares.

De este modo quise anular el peligro que muchas veces adquiere la conversación con una mujer que se presenta sola, sin el acompañamiento de su esposo, y que es el de trivializar el carácter del encuentro, aunque previamente se haya considerado importante. En cambio, cuando un hombre deja a su mujer en casa, sucede al revés: el gesto sirve para subrayar el peso y la importancia que tiene para él la situación.

—La última vez nos detuvimos en el comentario —comencé a hablar sin más rodeos—, de que ibais a reflexionar acerca de si debíais emprender personalmente^[440] una misión como embajador en Occidente, un viaje que al mismo tiempo serviría para que un miembro significado de la estirpe soberana de los gengiskhanidas obtenga una impresión personal de lo que realmente representan Occidente y sus habitantes.

—He estado asesorándome con mis hermanos —suspiró Ariqboga—. Mangu considera que este viaje es innecesario, Hulagu cree que es peligroso y que pone en peligro los proyectos del il-khan, según expresó su ayudante Dshuveni...

—Quien, como todos los renegados^[441], odia muy particularmente al Islam —coincidí con él en el tono, previendo que ya estaba dándose por vencido. Pero Ariqboga no estaba dispuesto a renunciar a la última oportunidad de convertir en su feudo ese «resto del mundo» que, según la visión de los mongoles, no representa más que el último territorio que falta por incorporar a su imperio.

—Si Hulagu se pone en marcha —concluyó muy acertadamente—, será demasiado tarde para una misión de paz. Además, no se detendrá en la frontera occidental de Persia.

—Así pues, ¿qué haremos? —pregunté en tono retador.

—He decidido solicitar otra entrevista al gran khan. No obstante, sólo hay una

esperanza de tener éxito —me lanzó una mirada un tanto extraña, una mezcla de afán adolescente y ruego confiado—, si esta vez puedo contar con vuestra ayuda, la de la pareja real. ¡Debéis declarar oficialmente que deseáis emprender esa misión conmigo!

Me quedé muda, pues no sólo me parecieron convincentes sus razones, sino incluso atractivas. Esa misión conseguiría devolvernos a Occidente, obviando la existencia de Crean y Alamut y acompañados de los mayores honores, y como tal misión de paz tenía un verdadero sentido. Nosotros solos, Roç y yo, nunca habíamos sido tomados realmente en serio por nadie; nuestra aureola como pareja real tenía un origen puramente mágico y oriental.

En el Occidente sometido a la Iglesia de Roma, donde los herederos de los Hohenstaufen y del Grial son unos perseguidos, no somos más que «crías de hereje» y antes acabaríamos en la hoguera que sentados en un trono. Incluso acompañados de William no nos harían demasiado caso; es algo que ya hemos experimentado. Cierto que, entretanto, el franciscano ha sido realmente nombrado embajador del rey de Francia, y también nosotros nos vemos favorecidos por la benevolencia del señor Luis. Pero si nos presentáramos en compañía de Ariqboga, hermano del gran khan, nuestra palabra tendría al fin un peso real. Además nos veríamos protegidos por la escolta de los mongoles, y esta seguridad me pareció decisiva y convincente. Aunque no puedo confesárselo a nadie, ya estoy cansada de temblar por mi vida y por la de mi amado, mientras adopto el aire de mujer heroica y fría pero en realidad estoy olfateando permanentemente el peligro, como un animal salvaje que se siente perseguido, que presta una continua atención a la posible existencia de trampas y evita adentrarse en terreno desconocido, donde puede ocultarse un enemigo detrás de cada arbusto.

—Sí —le dije—, me parece una buena idea. Y estoy segura de que mi rey también lo considerará así.

—No habléis con nadie excepto con él de estos asuntos, hasta que acuda con vosotros a ver a Mangu. ¡Hay mucha gente a los que este proyecto no les gustará en absoluto!

—Así es —le contesté—, puesto que representa la única esperanza de alcanzar una solución pacífica. No hay nada más expuesto al peligro de ser combatido que la paz.

—Ahora os dejaré sola con vuestra vieja amiga Shirat, ya que con ello también creo satisfacer vuestro deseo, mi reina.

Asentí con mucho agrado, aunque casi había olvidado la presencia de Shirat. Ariqboga añadió todavía, acompañando sus palabras con una sonrisa:

—No intentéis convencerla para que me abandone. Shirat está tan cerca de mi corazón, mucho más que una esposa, que debo vigilarla y mostrarme celoso como lo haría un dragón de Cathai.

—Me parece —inicié mi propuesta con precaución—, que se ha hecho demasiado

tarde para regresar, pues ya es de noche...

—Ya lo habíamos pensado —intervino Shirat—. Hemos preparado una cama para ti.

—Os veré a la hora de cenar —se despidió Ariqboga, y nos despedimos con una reverencia recíproca.

L.S.

Roç y su huésped ya se habían vuelto a vestir en el *hamam* de piedra cuando Barzo asomó por allí. Parecía un tanto trastornado, y sólo con precaución Crean consiguió hacerle hablar de lo sucedido. William había visitado aquella noche al enfermo Jonás, el archidiácono de los nestorianos, y aunque no le había encontrado mejorado, sí lo había visto todavía vivo.

—Por cierto —reveló asustado el pequeño franciscano—, el enfermo sólo seguía con vida porque, siguiendo el consejo de William, no tomó el brebaje envenenado que le había preparado el monje armenio.

Como estaba deseando irse a dormir, William, ya de regreso a su *yurta*, envió al criado Filipo a la iglesia, para que informara a los allí reunidos que su archidiácono se encontraba mejor. Pero en la iglesia también estaba el armenio. Cuando éste oyó la buena nueva que traía Filipo, palideció y, furioso, acusó a William de Roebrok de mentir. Acto seguido se dirigió, formando una procesión improvisada con todos los nestorianos encabezados por la Cruz, los estandartes y el incensario, a casa del archidiácono. Una vez allí asaltó el dormitorio del enfermo, insultó a Jonás tachándolo de Judas y lo obligó allí mismo a beber del cuenco que contenía la bebida supuestamente bendita y curativa, y le convenció de que lo nombrara a él, Sergio, sucesor suyo antes de morir. El armenio se arrodilló ante el lecho del moribundo, se mostró contrito y seguidor convencido de la fe nestoriana, y pidió a Jonás que lo acogiera en el seno de su Iglesia. Los sacerdotes presentes se dejaron engañar por esa farsa y se inclinaron devotamente ante el nuevo pastor supremo, mientras Jonás se entregaba a los espasmos de la agonía. Después los nestorianos habían acompañado al nuevo archidiácono, que a partir de ese momento se hizo llamar «archimandrita», hasta nuestra *yurta*, donde sin embargo ya no estará por mucho tiempo, pues ha decidido dormir, a partir de esta misma noche, en la cama de Jonás, después de ordenar que sacaran de ella el cadáver del anciano.

—Amén —dijo Crean—. Eso significa que William de Roebrok tiene ahora un rival serio en su pretensión de ser elegido patriarca de Karakorum. Pax et bonum^[442], como acostumbraís a decir los minoritas.

El esbelto cuerno de la luna apenas iluminaba la ciudad de Karakorum y el palacio del gran khan. En el ala de los príncipes, donde vivía Ariqboga, el más joven

de los hermanos, aún se veía una luz.

Shirat había preparado en su propio dormitorio un lecho para Yeza, pero las dos jóvenes se habían tumbado sobre la amplia cama de la favorita; juntaban sus cabezas y charlaban en árabe y en voz baja, en el idioma materno que la princesa mameluca añoraba desde hacía mucho tiempo.

—Si no fuese por el destino incierto de nuestra hija, un reproche que me roe día y noche...

—Un reproche que debe formularse más bien Hamo —dijo Yeza en voz baja—, puesto que fue él quien te dejó viajar sola a través del mar.

—Fue una ligereza imperdonable, Yeza —respondió Shirat con dureza y miró a través de la ventana arqueada hacia la luna que flotaba entre nubecillas—. He pagado amargamente por esta culpa. No tanto aquí, junto a Ariqboga, quien después de haberme propinado una paliza inmediatamente después de mi llegada, para romper lo que no podía considerar otra cosa que la resistencia de una esclava, me está tratando cada día mejor. Ya me he acostumbrado a él como si fuese mi esposo, y procuro pagarle su cariño, un tanto tosco, empleando no sólo las artes de una hurí experta, sino ofreciéndole, sobre todo, el consejo de una amiga.

—¿Y Hamo?

—Ay, Yeza, cuando llevas dos años acostumbrándote al cuerpo de otro hombre, el recuerdo empieza a palidecer y la ansiedad va cediendo. Hamo L'Estrange podía haberme buscado, pero nunca he sabido de él. Aún es un hombre joven y es muy probable que a estas alturas haya encontrado otro consuelo.

Shirat suspiró y se volvió de espaldas, para poder observar mejor la luna menguante.

—Hasta la carga que representa ser conde de Otranto, la herencia que le dejó su enérgica madre, era demasiado para él. Hamo no es un hombre a quien le gusten las responsabilidades. Si no fuese por el dolor siempre vivo de la criatura perdida, lo único que todavía me ata a él...

—¿Significa eso que no aprovecharías una posibilidad para huir? —Yeza se sentía afectada en su sentimiento de amante fiel—. ¿Aunque tuvieras una buena ocasión?

—¿Adónde iba a ir? —le devolvió Shirat la pregunta—. ¿Hacia un destino incierto, junto a un hombre que hasta ahora no ha demostrado lo que vale, aparte de haberme hecho concebir una criatura? Ni siquiera sé si Hamo me quiere todavía, ¿si me está esperando!

—¡Estoy muy segura de que te espera! —respondió Yeza con firmeza. Ella sí creía en la fidelidad y el amor.

—Si Ariqboga decide emprender el viaje, y si sus hermanos no se lo impiden o se presentan otras intrigas que hagan fracasar la empresa, desde luego aprovecharé la posibilidad de acompañaros, pues se lo he prometido así —dijo Shirat—. Iremos a ver a Hamo, y si mi corazón se decide por él, me quedaré allí. Si no fuese así,

Ariqboga le exigirá el divorcio y seguiré siendo lo que soy ahora: la esposa de Ariqboga, tanto si contraemos matrimonio como si no.

—¿Y si tu hija vive?

—Si vive —dijo Shirat, angustiada— y si Hamo la ha encontrado por lo menos a ella...

—¿Volverías en ese caso con Hamo? —Yeza no quería prescindir de la imagen de ver a la pareja felizmente reunida. La fría amargura que expresaba Shirat le provocaba un dolor íntimo, como si todas esas desgracias pudiesen sucederle también a ella y hasta ahora no hubiese sido así sólo porque había tenido suerte, una suerte increíble. Algo se encogió en su alma: era imposible que no existiese el amor, un amor capaz de vencer las circunstancias más adversas, ¡un amor más fuerte que la muerte! Ella deseaba preservar su amor por Roç, sucediera lo que sucediera. Ellos eran la pareja real, desde un principio y hasta la muerte, ¡e incluso más allá! ¿Amor eterno, fidelidad eterna?

—Si nuestra hija vive, este hecho tendrá más importancia para mí que la cuestión de dónde se encuentra. No puedo imaginarme que Hamo se niegue a entregármela.

—Hablas como si vuestra separación fuese cosa decidida.

—Es que, en este momento, no puedo imaginarme otra cosa ni quiero hacerlo. De otro modo no habría podido resistir estos dos años. Entiéndeme, Yeza, soy una mujer y necesito a un hombre, no a un sueño como el que representa esa pálida luna de allí arriba, sino a alguien que esté a mi lado, ¡cálido y vivo! Lo he encontrado y a él me atengo. Tendría que suceder un milagro o alguna desgracia terrible, Hamo tendría que convertirse en el dios solar, en un astro radiante, algo que para mí es muy difícil de imaginar, para que yo me separe de Ariqboga. Éste no es un dios y tampoco es un sol, pero es el hombre que tengo ahora. ¿Por quién iba a cambiarlo?

Yeza era demasiado inteligente como para responder «por el padre de tu hija». Por un lado, nadie podía saber si la criatura estaba viva o se conocía su paradero, por otra parte Ariqboga podría dar a Shirat otros hijos. Como si hubiese leído los pensamientos de la joven, Shirat añadió:

—Más adelante tendremos hijos, algo que hasta ahora siempre he evitado.

Yeza comprendió. Hamo no era el primer hombre en la vida de Shirat, aunque tal vez hubiese sido su primer amor. Ahora entendía que todo esto podía no tener demasiado valor. Sólo existe lo que se tiene, y todo lo demás es pasado. ¡Acabado y olvidado!

De modo que no había necesidad alguna de liberar a la esclava Shirat. Yeza abrazó a su amiga, se volvió a un lado y se durmió sin más. La luna plateada se había alejado del arco de las ventanas y las últimas nubecillas la siguieron apresuradas como ovejas que se han quedado atrás.

Informe que Bartolomeo de Cremona, O.F.M., somete a sus superiores en la Orden



acerca de una disputa religiosa propiciada por el gran khan Mangu, y celebrada el 10 mayo de 1254 en Karakorum.

Estaban presentes los tres hermanos: el *khagan* de todos los mongoles junto a su esposa «cristiana», la khatun Kokoktai; el il-*khan* y futuro soberano de Persia, Hulagu, con su esposa también nestoriana, la khatun Dokuz; y el hermano más joven, Ariqboga, gobernador del khanato central y «príncipe heredero», que aún sigue soltero y vive en pecado con varias mujeres, aunque dicen que ha expresado una opinión benevolente hacia el cristianismo.

En cambio, no se podría afirmar lo mismo de Hulagu. Éste —en el caso de que Ariqboga se vea incapaz de imponer sus ambiciones— es el responsable del «resto del mundo», o sea de nuestro Occidente. Con el nombramiento del sarraceno Ata el-Mulk Dshuveni para ocupar el influyente puesto de ayudante suyo ha demostrado ya en qué dirección van sus simpatías. La corte estaba representada además por el general Kitbogha (jefe de ese ejército invasor que il-*khan* está formando en secreto) y que también es nestoriano, aunque en primer lugar es un mongol de los pies a la cabeza. Asimismo estaba presente el juez supremo Bulgai, un hombre de carácter poco previsible y a quien no se le conoce ninguna inclinación religiosa. Éste es también jefe de los servicios secretos y sigue las directrices de su soberano, de quien es un servidor fiel. Además, en calidad de huéspedes, estaba la pareja real, Roç y Yeza, los hijos del Grial, a los que el gran khan piensa conceder un papel especial en la conquista de Occidente. Al parecer pretende entronizarlos como soberanos de Jerusalén, donde no serían más que unas marionetas sometidas a la voluntad mongola. Los nombres que estos jóvenes ostentan ahora demuestran a las claras qué puede Occidente esperar de ellos: Roç Trencavel du Haut-Ségur y Yezabel Esclarmunde du Mont y Grial. De modo que son perfectamente conscientes de su origen y tienen el deseo de establecer un imperio de la paz, sometido a la ley germánica y a la fe cátara, algo al parecer que el gran khan no ha comprendido todavía. El debate celebrado hoy estaba destinado, como es sabido, a sentar las bases para que William de Roebрук estableciera una Iglesia cristiana estatal propia, la *Nova Ecclesia Mongalorum ritus orientalis*.

La disputa entre las diferentes religiones debía celebrarse en la sala de audiencias del palacio imperial, y supuestamente serviría para adoptar las últimas enmiendas encaminadas a que esta nueva Iglesia sea del agrado de todos. También creo que se trataba de un último examen al que sería sometido William de Roebрук, a quien Mangu ha elegido como patriarca y del que desea saber si sirve para el puesto.

Se estableció un tribunal de arbitraje, compuesto por tres miembros, uno de ellos Dshuveni, otro un chamán al parecer muy famoso y procedente de los montes de Altai, llamado Arslan, y finalmente yo mismo. Además a mí me encargaron que actuara como secretario.

Las diferentes partes estaban representadas del modo siguiente: la Iglesia de

Roma por el sedicioso minorita William de Roebruk, de quien el gran khan cree equivocadamente que es también embajador del rey francés, el santísimo señor Luis. La secta herética de los nestorianos, que hasta ahora ha sido la única representante de Jesucristo en estas tierras, estaba representada por un monje armenio llamado Sergio, que la noche pasada consiguió usurpar el cargo de archidiácono nestoriano prestándose a cometer un asesinato, y que ostenta en su parroquia el título de archimandrita. En favor del Islam acudiría no un sabio experto en el Corán, sino un sufí.

Dos derviches^[443] protestaron por considerar que el tribunal de arbitraje no era neutral, y yo eché en falta a un representante serio de las enseñanzas de Mahoma. Finalmente los idólatras adelantaron como representante suyo a un tal Gada Sami, profeta y curandero conocido en la ciudad. Es éste un indio seguidor de las enseñanzas budistas, que goza de grandes simpatías en la corte. Una vez llegaron los soberanos, Dshuveni insistió en que se iniciara la disputa, a pesar de que el sufí todavía no había llegado y tampoco estaba presente el monje Sergio.

Entonces se presentó William vistiendo ornato completo de obispo, con la mitra y el báculo, y acompañado de su confesor Crean-Gosset. Su criado Filipo hacía de acólito, a lo que ya estamos acostumbrados. Al verlo entrar algunos nestorianos, que aún se encontraban sin jefe, empezaron a entonar con aire inseguro el *Credo in unum Deum*^[444], pero poco después ya se instaló el desacuerdo más completo en el campo cristiano.

En realidad, los nestorianos debían haber iniciado la disputa enfrentándose a los sarracenos, pero como el archimandrita no acababa de llegar, cedieron la vez a William, que pretendía pelearse de inmediato con los idólatras.

—Los musulmanes y los cristianos tenemos un punto importante en común —argumentó William—. Creemos en un solo Dios.

Crean-Gosset quiso ayudarlo.

—¡Dejadme hacer de abogado del diablo! —propuso—. Yo haré de idólatra y diré: «¡Dios no existe!»

Los sacerdotes nestorianos no supieron contestar otra cosa que: «¡Las Santas Escrituras afirman su existencia!»

—Pero los idólatras no las reconocen como tales. ¿Y ahora qué? —quiso avergonzar Crean-Gosset a aquellos ingenuos. Se callaron, confundidos, y William tuvo vía libre para hablar en nombre de toda la cristiandad. Pero entretanto habían acudido muchos idólatras, que empezaron a murmurar e hicieron sonar sus campanillas y panderetas, porque ningún *khagan* se había atrevido hasta la fecha a investigar los entresijos de su religión. Como Dshuveni no conseguía acallar los murmullos intervino el juez supremo y estableció un silencio inmediato.

Gada Sami hizo avanzar a uno de sus cabezas rapadas vestido de color azafrán, que preguntó con aire provocador a William si deseaba discutir primero el origen del mundo o prefería hablar de la migración de las almas después de la muerte. Ahí fue

donde William consiguió su primer gran éxito.

—Amigo mío, no podemos empezar nuestra disputa por ahí. Todo procede de Dios, que está en el origen y es la esencia y el soberano de todo. Tenemos que hablar primero de Él, puesto que aquí ya hay diferencias entre nosotros. El gran khan quiere saber quién de nosotros tiene la verdadera fe. Yo digo: ¡Dios existe y sólo existe un único Dios!

Entonces los idólatras empezaron a tocar como locos sus panderetas y sus campanillas hasta que Bulgai se incorporó de un salto y rugió:

—¡Silencio! En nombre del gran khan, ¡silencio! —Después mandó proclamar que nadie a quien el moderador (y señaló a Dshuveni) no hubiese otorgado la palabra, podría decir nada ni hacer ruido alguno, bajo pena de muerte. El mismo castigo caería también sobre todo el que insultara a su oponente o a la religión representada por éste —. Asimismo será reo de muerte el que provoque un tumulto o perturbe de algún otro modo el debate —finalizó el portavoz de Bulgai.

Entonces todos callaron y William recordó con amabilidad al idólatra:

—Estoy esperando tu respuesta.

—Sólo un insensato puede afirmar que no hay más que un único Dios —formuló Gada Sami con mucha precaución, visiblemente temeroso de perder su calva cabeza —. Los sabios siempre hablan de varios dioses. ¿Acaso no existen en tu país varios soberanos importantes, y acaso no tenemos aquí a Mangu, el más importante entre todos los khanes? Lo mismo sucede con los dioses.

Pero William no tuvo que pensar mucho la respuesta.

—Aduces un mal ejemplo, porque sacas conclusiones sobre Dios partiendo de los seres humanos, en vez de pensar al revés. Si pensáramos como tú, cualquier poderoso podría ser nombrado dios en su país. Sin embargo, incluso por encima del gran khan existe *tengri*, ¡el Dios único!

Arrojé una rápida mirada a Mangu. Éste sonreía, completamente de acuerdo, y se mostraba orgulloso de «su» William.

Gada Sami no se dio por vencido.

—¿Cómo es ese dios tuyo del cual afirmas que es único? Eso es algo que ni siquiera *tengri* reclama para sí, como muy bien sabes.

Pero William no cayó en la trampa.

—Todos los demás son vuestros ídolos, pero no son Dios —despachó a su contrincante—. Dios, Señor de todos nosotros, junto al cual no existen otros dioses, es todopoderoso. Por eso no necesita de otros que lo ayuden, y mucho menos de ídolos nacidos de la mente humana. Dios sabe todo y no necesita consejero. Dios, que nos ha creado, es nuestro señor. ¡Ni siquiera depende de que nosotros lo comprendamos en toda su magnitud universal!

—Puede que en el cielo sea así, pero en la Tierra las cosas son de otra manera.

—En el cielo como en la Tierra —insistió William con aire benévolo—. Si hubiese varios dioses, ninguno de ellos sería todopoderoso, es decir, cada uno de ellos

debería tener alguna debilidad que entonces sería suplida por algún otro de tus muchos dioses. Ahora te pregunto: ¿tú crees que algún Dios es todopoderoso?

Gada Sami estuvo largo tiempo callado, porque tenía que pensar. Transcurrido un tiempo, el ayudante le ordenó responder o retirarse. Finalmente contestó:

—¡No existe un Dios todopoderoso!

Los sarracenos allí reunidos estallaron en una risa estruendosa, hasta que la mirada severa de Bulgai los hizo enmudecer.

Después les tocó a los nestorianos discutir con el musulmán. Entretanto había llegado el señor archimandrita, quien registró con el ceño fruncido la victoria de William. Aprovechó el momento para adelantarse.

—Quiero preguntar algo más al hermano William —anunció—. ¿Acaso la Iglesia de Roma, en su reivindicación insolente de ser la única sucesora de Cristo frente a los muchos ídolos que en aquel entonces existían en la capital del imperio romano, no ha recogido en su seno a una buena parte del Olimpo, es decir, del conjunto de los dioses? ¿Y ese invento de la Trinidad formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, acaso es otra cosa que un disfraz adecuado para el dios supremo Júpiter, su hijo Mercurio y la figura del antiguo dios Saturno? ¿Acaso el belicoso espíritu «santo» de san Juan Bautista no es un simple sustituto del guerrero Marte? Y las divinidades femeninas del amor y de la fertilidad ¿no han resucitado en María, Virgen y Madre? El patriarcado de la Iglesia simplemente les otorga un espacio menor del que le concedían los antiguos señores del Olimpo. Entre los símbolos de la luna y el sol, vemos que el sol de Apolo ha sido adjudicado al nuevo Dios, al Hijo de Dios. ¿Acaso todo esto no es también una herejía vergonzosa, tan despreciable como hipócrita, puesto que no se confiesa, mientras tú te dedicas a rebajar a esos idólatras que al menos defienden honradamente a sus dioses secundarios?

—¡Chsst, chsst —musitó Dshuveni en son de advertencia, pero Sergio no le hizo ningún caso, sino siguió rezongando—. ¡Sabe Dios que la Iglesia de Roma no es ningún ejemplo! Se erige a sí misma en juez, aunque sus evangelistas tienen por escudo los símbolos de animales poderosos, tomados del zodiaco precristiano, profundamente pagano: ¡el carnero, el toro, el león y los ángeles! ¡Y qué me dices de las imágenes encantadoras de apóstoles y santos! ¡No veo en ellas más que lascivia, arrebatos e instintos sanguinarios! Esa «anunciación» por boca de un ángel, ese Jesús sangrante y desnudo colgado de la Cruz, esa paloma que sale del ojo de Dios, ¡un Dios a quien ni siquiera se respeta! Se representa al Creador como un viejo con barba, a quien le sale la sabiduría universal en forma de un haz de rayos que le crece de la frente como un cuerno, ¡mientras que su poder universal es simbolizado por una nube sobre la que descansa el anciano!

—Chsst, chsst —intentó apaciguar una vez más el ayudante y llamar al orden al archimandrita. Bulgai carraspeó audiblemente. Pero Sergio parecía un zorro que ha mordido la cabeza de una serpiente y no la quiere soltar.

—¡Todo esto es peor que cualquier idolatría! ¡Es un escarnio de Dios! La

Ecclesia catolica es una vergüenza para toda la humanidad y nosotros, los nestorianos, nos negamos con toda la razón a seguir sus enseñanzas. También el profeta Mahoma tenía razón en proclamar el Islam, seiscientos años después de haber sido traicionada la estrella de Belén. Aceptaré con mucho gusto que el venerado señor Bulgai me condene a muerte por estas palabras, pues moriré sabiendo que ante los ojos del soberano supremo de todos los mongoles, ante los oídos del venerable gran khan, he conseguido arrancaros la máscara de Iglesia «cristiana». La *Nova Ecclesia Mongalorum* no debe tomar el mismo camino, ¡no debe proclamar a un patriarca adepto de esa confesión hereje^[445]!

Debo confesar que Sergio el armenio, a quien odio de todo corazón, había estudiado muy bien el brillante papel que estaba representando. Parecía un ángel con la espada flamígera que habla con voz atronadora y con la severidad del Antiguo Testamento, mientras le brillaban los ojos que despedían rayos capaces de expulsar al pobre William del paraíso patriarcal.

William había estado escuchando con interés, en algunas ocasiones incluso asentía con el gesto, como si no fuese su Iglesia la que era atacada con tanta vehemencia como infamia. No tuvo que contestar enseguida, porque Dshuveni se empeñó en que les tocaba hablar a los sarracenos.

El ayudante empujó a un anciano frágil, de cabello blanquísimo, hasta situarlo entre los gallos peleones. A pesar de su avanzada edad, el *maulana*^[446], «nuestro maestro», como uno de sus alumnos sufíes, que estaba cerca de mí, susurró con voz cargada de respeto, avanzo dando unos pasos que podían calificarse de baile. Se inclinó en todas las direcciones y dijo:

—Queridos amigos, el poder universal de Dios tal vez se parezca al océano. El que saca una mano llena de agua podrá ver incluso alguna gota, tal vez pueda contarlas. El que nada en el océano, lo considerará de otra manera que aquel que mira desde la montaña hacia el mar. Y aún será diferente la visión de aquel que desde las nubes hunde su mirada en el océano. Pero nadie es capaz de abarcar el océano en toda su magnitud, por alta que esté la nube... pero siempre se tratará del mismo océano, del mar único.

En la sala de audiencias del khan se instaló el silencio. El sufí volvió a inclinarse cortésmente hacia todos los lados, sonrió a Arslan y dijo:

—Os recitaré el verso del Hombre de Dios:^[447]

*El Hombre de Dios está eufórico
aunque no beba vino
está harto aunque no coma.
El Hombre de Dios baila como un poseso
¿qué le importan la comida y el sueño?
Es un rey vestido con una ropa humilde
es un diamante entre ruinas que caen*

*el Hombre de Dios no es aire, ni tierra
ni agua ni fuego
es una perla en el mar infinito
un cielo limpio del que cae el néctar
es un firmamento sin medida y con cien lunas
alumbrado por la luz de cien soles.*

Cuando el sufí hubo acabado no se inició un aplauso generalizado, sino que se extendió un silencio avergonzado, hasta que el ayudante recompuso el gesto y otorgó a William el derecho a dar una réplica «moderada» a las acusaciones del armenio.

Pero en ese mismo instante se adelantó Crean-Gosset y entregó a William una hoja, le susurró unas palabras y declaró después:

—William de Roebruk desea aprovechar primero la oportunidad y repartir agua del mismo manantial que, según parece, no desea ser nombrado; deseo que nosotros respetamos. Quiere agradecer al gran maestro su advertencia de cómo nosotros, diminutos seres humanos, debemos tratar la cuestión de Dios.

Y William recitó con voz tranquila y bien entonada:

*Su sabiduría nace de la verdad suprema
y no de las páginas de un libro
Él está más allá de la fe y la duda
y no conoce derechos ni falsedades.
El Hombre de Dios renuncia a toda vanidad
y ha retornado en todo su esplendor.
El Hombre de Dios está oculto
alma mía, abre tus puertas
¡para buscarlo y hallarlo en tu corazón!^[448]*

Apenas hubo terminado, estalló el aplauso. William hizo un gesto de humildad y se inclinó profundamente ante el sufí, un hombre tan famoso que Crean-Gosset conocía sus poemas de memoria. Había tenido la habilidad de hacerle llegar uno de ellos a William, consiguiendo que el aplauso y el rostro de Mangu se inclinaran a su favor. ¿Qué juego se traía Crean? ¿Acaso no habría preferido una derrota vergonzosa del vanidoso minorita? ¿Por qué deseaba ver de repente triunfador a William? ¿O se trataba sólo de anular el éxito del armenio? William se veía ante la difícil tarea de salir con brillantez de una situación poco prometedor. El armenio no sólo le había tendido una trampa, sino que había cavado una zanja lo suficientemente grande como para que en ella cayera un elefante. ¿Conseguiría William evitarla? Cuantos le conocen confiaban en él.

—Querido amigo —se dirigió a Sergio—. Has prestado dos servicios

inestimables al gran khan. Por un lado le has descrito con buen humor los peligros que acechan a su *Nova Ecclesia*, has presentado a nuestro soberano las debilidades en las que la Iglesia de su pueblo no debe caer. Por otro lado has demostrado con palabras muy ilustrativas cuan rico y florido puede ser el edificio de esa *Nova Ecclesia Mongalorum*, al señalar que sería capaz de alcanzar el esplendor de la Iglesia católica romana. Te agradezco el esfuerzo.

El armenio se quedó con la boca abierta. Incluso yo me vi sorprendido, al igual que los demás árbitros asistentes, ante los atrevidos pasos de baile sobre la cuerda que acababa de ejecutar William de Roebрук.

Éste se inclinó en dirección a Mangu, quien le sonreía esperanzado, y prosiguió desplegando sus trucos de funámbulo:

—No quiero defender en absoluto las manipulaciones cometidas por Roma durante los años de la fundación de la Iglesia, ni su vergonzosa continuación a través de los siglos, continuación realizada a la sombra de la sede de san Pedro. Incluso podría añadir muchos aspectos infames más, pues precisamente nuestra época está llena de iniquidades cometidas por esa misma Iglesia. Pero hay una cosa de la que nadie puede dudar: la Iglesia existe. Es evidente que Dios la deja existir, y ésta es otra prueba de su poder universal, puesto que abarca incluso la maldad. La Iglesia de los Papas puede ser mala, puede ser indigna. No hay forma de disculparla ante los seres humanos. ¡Pero Dios no necesita disculparse! Al fin y al cabo, estamos tratando de Él, y sabemos que hasta los idólatras, hasta quienes rezan al demonio, en último término le sirven a Él. Sergio, el armenio, que jamás ha sido ordenado sacerdote y ahora se hace titular archimandrita, también le sirve. Nos ha mostrado la colorida imagen de una Iglesia habitada por ángeles y demonios, vírgenes y santos. Para todos ellos hay sitio en esa Iglesia, incluso para los farsantes e hipócritas, para los curanderos, ladrones y asesinos. Sergio nos ha dado la prueba.

Llegado a este punto, William abandonó el tono ligero de conversación y adoptó otro de gravedad bíblica.

—La Iglesia sirve a Dios, pero no ocupa su lugar. Es una obra humana y debe respetar las leyes de Dios. Esas leyes son claras y estrictas. La ley *yasa* de los mongoles responde tan perfectamente a los Diez Mandamientos como si el gran Gengis-khan la hubiese recibido directamente del Señor de los cielos, igual que los recibió Moisés. Ésta es la ley que debería ser respetada por la nueva Iglesia, ¡y solamente ésta! Dejemos aparte la cuestión de la imagen, única o múltiple, bajo la cual debe venerarse a Dios, sea monofísica^[449], sea como Trinidad^[450] ¡o hasta como centuria! Dios no puede más que sonreír acerca de estas disputas, como sonrío Buda, o encolerizarse como Jehová en el Antiguo Testamento. La fundación de una nueva Iglesia debe basarse exclusivamente en la voluntad de cumplir sus mandamientos, y no en la cuestión de si puede comerse carne de cerdo o ha de comerse solo pescado los viernes. Ahora depende del gran khan que tenga la voluntad de fundar una Iglesia generosamente abierta a todos sus súbditos, tanto si son musulmanes como cristianos,

idólatras o adeptos de los chamanes, una Iglesia que exija a todos por igual el cumplimiento de la ley divina.

Con estas palabras William pasó a inclinarse ante el *khagan* y se retiró, situándose entre Crean y Filipo. Nadie se atrevió a aplaudir. Las observaciones salidas de la boca de William y referidas a la carne de cerdo y demás comentarios que afectan a la sensibilidad de las diferentes comunidades religiosas, habían provocado un profundo malestar. Y, sin embargo, había salido triunfador, puesto que había tenido la última palabra.

A una señal de Mangu, el ayudante disolvió la reunión. Después de un titubeo inicial algunos nestorianos, seguramente seguidores del antiguo archidiácono que querían protestar contra el archimandrita, volvieron a entonar con entusiasmo el *Credo in unum Deum*, y para sorpresa mía los sarracenos se unieron al canto. Únicamente los idólatras siguieron mudos. De modo que nosotros, los monoteístas^[451], salimos vencedores de la sala.

L.S.

—¿Por qué, querido Crean, le has arrojado a nuestro hermano, cuando se encontraba en situación de naufragar, el poema de los sufíes como ancla de salvamento?

Monseñor Crean-Gosset y el hermano Barzo se habían reunido a última hora de la noche en casa del ayudante Ata el-Mulk Dshuveni.

—¿No sólo habrá sido por tu amor cristiano al prójimo? —añadió Barzo.

—Ése es un tesoro del que no dispongo —respondió Crean con sequedad—. Pero, además, William no se lo merece. El ataque del armenio me pareció tan basto que era de prever que nuestro pícaro flamenco saldría de la situación sin sufrir grandes daños, y fortalecido, como ha sucedido en efecto. Quise añadir un poco más de brillo a su estrella, y llevarlo a un punto en que su autosuficiencia se convirtiese en un aprecio exagerado por sí mismo. Realmente, se ha presentado ante el gran khan como un apóstol moralista, como el guardián de unas leyes férreas. Todos nosotros sabemos que, en este aspecto, William presenta ciertas debilidades. El error que cometió Sergio, en su afán de poder, fue atacar a la Iglesia, con la que nuestro disoluto franciscano nada tiene que ver. En lugar de eso, debería haber atacado la forma de vida pecaminosa que lleva William. Ahora tenemos la situación grotesca de que ese armenio ascético y absolutamente puro en sus costumbres, aparte de algunas manchas feas pero que apenas se distinguen en su negro hábito, ha quedado caracterizado como un ser despreciable y caótico, mientras que nuestro hermano William, tan ligero de cascos, se ofrece al khan y a Dios como un hombre devoto y cumplidor de la ley, dispuesto a fundar una nueva Iglesia. ¡Al mismo tiempo, se ha caracterizado como el hombre ideal para ocupar el puesto de patriarca!

—¡Eso es algo que hay que evitar a toda costa! —resonó la voz de Dshuveni, que

había entrado con paso ligero en la estancia—. Hay que alejar a William de Karakorum lo antes posible. Conviene evitar su nombramiento, porque si Mangu lo proclama príncipe de su Iglesia, será muy difícil conseguir derrocarlo sin dañar a la vez el prestigio del gran khan. Una vez lo haya entronizado, el khan lo apoyará. De todos modos, Mangu ya siente demasiado aprecio por William, más del que nos conviene.

—Hasta ahora, William ha cumplido todas las expectativas que el gran khan ha puesto en él —añadió Crean—. Debemos apresurarnos si queremos conseguir nuestros propósitos. La proclamación oficial está prevista para Pentecostés, es decir, nos queda una semana...

—Pero hay que valorar lo que nos conviene hacer —respondió Barzo.

—Pienso igual —añadió el ayudante en un alarde de ingenio.

Crean respondió:

—El primer golpe debe ser mortal, porque de no serlo, el khan esperará a que asestemos un segundo o tercer golpe. Debemos proceder sin falsos sentimentalismos contra la existencia física de nuestro William...

—¡Un golpe en el bajo vientre! —exclamó Barzo, estallando en risas—. Acabo de tener una idea, pero es tan tonta que casi me d vergüenza exponerla.

—No tengas falsos reparos, Barzo, puesto que ya en Otranto demostraste ser un perfecto intrigante. ¡Te recuerdo el asunto de la trirreme!

—Precisamente ahí es adonde quiero ir a parar —exclamó Barzo con satisfacción— ¡Escucha, Dshuveni! El hermano más joven del khan tiene una esclava, llamada Shirat...

—...a la que Ariqboga, en su juvenil entusiasmo —el ayudante se sentía feliz de poder contribuir con algo a la conversación— ama con tanta pasión e insistencia que le ha propuesto el matrimonio, ¡aunque esa loca insensata lo rechaza!

—Tanto mejor —exclamó Barzo y siguió exponiendo su proyecto ya sin reparo alguno—. En este caso, esa tal Shirat es la mujer adecuada para ser sorprendida en una situación embarazosa con William. ¡En una situación de lujuria, pretendida o consumada!

—El futuro patriarca contraviene así una de las leyes cuyo cumplimiento exige al khan —observó Crean—. ¡«No desearás la mujer de tu prójimo»!

—¡William de Roebuk abusando de la mujer de un gengiskhanida! —exclamó Dshuveni, altamente satisfecho—. Es un sacrilegio que se paga con la muerte. Ni siquiera el *khagan* podría salvarlo.

—Pobre William —dijo Crean.

Pero Barzo no quería frenos.

—Tal como lo conocemos, sabrá conservar la vida —pretendió tranquilizar a Crean, aunque Dshuveni lo miraba incrédulo—. Roç y Yeza han encontrado a Shirat, a la que conocen de tiempos pasados, en el harén de Ariqboga —siguió explicándole pacientemente al ayudante, cuya expresión sin embargo no revelaba una mejor

comprensión de la situación—. Están absolutamente decididos a liberarla.

—¡Pero la pareja real debe quedar absolutamente fuera de estas historias! —se excitó Dshuveni—. El il-khan Hulagu no desea en modo alguno que la imagen de sus reyes de la paz sufra mácula alguna.

—¡Así se hará! —confirmó Crean con mucha seriedad.

—No os preocupéis —respondió Barzo—. Por el contrario, intentaremos sacar a Roç y Yeza de su casa de piedra, inventando alguna excusa. En cambio haremos ir allá a Shirat, presentándole una invitación falsa de Yeza...

—Os podríais encargar vos de este trámite, señor Dshuveni —dijo Crean con mucha frialdad—. Entiendo que queráis mantener a los infantes libres de toda sospecha, pero no a Ariqboga, cuyas ambiciones molestan bastante a vuestro señor Hulagu...

—Monseñor —respondió el ayudante con voz un tanto apocada—, no habláis como un sacerdote corriente, pero me haré cargo de esta parte de la tarea.

—Perfectamente —volvió a recoger Barzo, espíritu rector^[452] del contubernio, el hilo de la conversación—. Los infantes están lejos, Shirat llega a la casa y se encuentra allí con William...

—...quien la espera preferentemente desnudo —dijo Dshuveni con una amplia sonrisa—. ¡La gente de Bulgai los sorprenderá en esa situación!

—Me siento indignado —proclamó Crean—. Señor Dshuveni, no parecéis un alto dignatario de la corte, sino un agente del mismísimo servicio secreto.

El ayudante se lo tomó como un halago y despidió a los dos cristianos, si es que se merecían ese nombre.

Crean y Barzo regresaron a la *yurta* que ocupaban junto a William.

—¿A cuál de los superiores de la Orden dirigirás la memoria que has redactado sobre la disputa religiosa? —preguntó Crean a su compañero, dando a su voz un tono hipócrita que intentaba quitar importancia al asunto—. ¿No la habrás dirigido al ministro general de los franciscanos?

Barzo sintió un breve disgusto ante la curiosidad del otro.

—Olvidas, Crean de Bourivan, cuál es la Orden ante la cual debemos responder los dos. ¿Acaso le ocultas algo a la *Prieuré*?

Crean sacudió la cabeza.

—Nada se le oculta, pues ya lo sabe todo, hermano Barzo.

—Entonces podrías satisfacer mi curiosidad en un punto: ¿quién es ese sufi cuyos versos sabes de memoria?

—Si no lo conoces, no tengo por qué revelarte el nombre del autor.

—¿Acaso se trata del propio *maulana*?

Barzo casi se moría de ansiedad por conocer el secreto del derviche.

—¿El gran Rumi en persona? ¿Acaso acabo de ver en cuerpo y figura al más

importante sufí de nuestra época, de escuchar tan hermosas y sabias palabras de su propia boca? —A pesar de su edad madura, Barzo se comportaba como un discípulo exaltado.

—Tal vez sea él —dijo Crean.

IV

LA NOCHE DE LOS CONJURADOS



De la crónica secreta de Yeza

Creo que Roç y yo formamos la única excepción de la regla:

«Nunca acudas al gran khan si no te manda llamar.» El señor Mangu se muestra siempre muy contento de nuestras visitas. En realidad habíamos querido visitar a Ariqboga, para que mi rey y caballero pudiera oír de boca de Shirat que la princesa mameluca no tiene deseos de ser liberada por nosotros. La verdad es que Roç no puede creer que la pequeña esposa de Hamo haya cambiado tanto. Pero cuando nos encontramos con Dshuveni junto a la puerta que conduce al ala de los príncipes, nos dijo que el hermano del khan había salido a dar un paseo a caballo con Shirat, y que no regresarían antes del anochecer.

Puesto que estábamos en palacio, nos dirigimos a la gran sala de audiencias para observar al gran khan mientras gobierna. A Mangu le agrada que lo hagamos, y a nosotros nos sirve para aprender cómo se administra el poder. Pero el *khagan* estaba de malhumor. El motivo de su disgusto era que aquel día le habían pedido audiencia unos sacerdotes con los que no le gusta hablar. Se trata de unos nestorianos instruidos por el monje Sergio, que los envía después de haberles insistido o haberlos atemorizado con sus artimañas de brujo. El gran khan les preguntó cuál era su deseo, y ellos le dijeron que ya no creían que William fuese el candidato más acertado para el cargo de patriarca.

Hace algún tiempo que tengo la impresión de que Mangu está cansado de esa idea suya de la «nueva Iglesia». Estuvo durante bastante tiempo mirando malhumorado el hueso de la espaldilla de una oveja recién sacrificada, dándole vueltas y más vueltas entre las manos antes de entregarla a los criados para que la depositaran sobre las brasas del hogar. Tal vez Mangu ya esté arrepentido de ese proyecto de fundar una Iglesia y creo que, en el fondo, no se sentiría desgraciado si todo siguiera tal como está ahora.

Pero como él, jefe supremo e infalible, había anunciado la fundación de la *Nova Ecclesia Mongalorum*, no quería permitirse ni permitirle a ningún otro un gesto de retractación. De ahí que mirara bastante airado a los sacerdotes y dejara que fuese el temible Bulgai quien les diera la respuesta:

—¿No fuisteis vosotros, los cristianos, los primeros en apoyar a William? ¿Acaso intentáis ahora atacar por la espalda a la persona del patriarca y frenar el brazo de vuestro señor? En este caso os aseguro que en el futuro seréis los últimos en quienes fije su vista el sobe ano, ¡si es que jamás os permite volver a presentaros ante su rostro! —Así fue como el juez del tribunal supremo despachó a los adeptos nestorianos, y era fácil observar que lo hacía con mucha satisfacción—. Podéis decir

a vuestro archimandrita —les espetó aún como despedida mientras ellos ya se retiraban—, ¡que el gran khan espera de él una petición escrita solicitando perdón, y que no habrá más discusiones en torno a este asunto!

A Roç y a mí, que conocemos la personalidad de William desde hace más tiempo que nadie de los que están aquí en Karakorum (con excepción de Crean), no nos extraña en absoluto la escenificación diaria que hace éste de su futuro patriarcado, pero para los mongoles su figura ataviada con ropajes valiosos que cambia a menudo, tocado con la mitra y el báculo en la mano, siempre representa un espectáculo especial. El público bordea las calles y le vitorea entusiasmado cuando se dirige, acompañado por los nestorianos que le asisten, a celebrar la misa en la iglesia o a visitar a los enfermos. Sigue habiendo suficientes sacerdotes que lo respaldan, y el armenio no conseguirá prohibir a William que pise la iglesia. Cuando no hay ningún nestoriano disponible, el bueno de Filippo sirve de acólito a William. Es verdad que no es capaz de llevar solo la enorme cola orillada de armiño y no tiene más remedio que dejarla arrastrar por el fango (cosa que intenta evitar siempre que puede), por lo menos otras veces precede a nuestro gordo franciscano llevando el estandarte con la figura del Cordero. La gente sale corriendo de sus casas y aplauden, le besan las manos a William y muchos se arrojan a tierra a su paso. No hay quien le iguale: incluso el tenebroso Sergio, que sigue corriendo por ahí con su hábito negro de penitencia y la Cruz alzada sobre un palo, y que no hace otra cosa que atosigar a su parroquia imponiéndoles días de penitencia, no es más que una imagen pálida a su lado.

Como mínimo una vez a la semana, William y el maestro Buchier, que ya se ha recuperado, tienen que informar al gran khan de los avances de la catedral transportable y desmontable, y Mangu ha hecho preparar expresamente para ellos un gigantesco carro arrastrado por bueyes sobre el cual se traslada al palacio la maqueta fabricada de madera y tejidos pintados, para que el soberano pueda admirarla. Los ejes de este carro, que necesita de un tiro de veinticuatro bueyes, son tan grandes que han tenido que abrir ranuras en los muros de la antepuerta de entrada, a la altura por donde pasan los cubos de las ruedas. Mangu se queda contentísimo cada vez que se celebra esta presentación, y Roç y yo tenemos que estar presentes y darle nuestra opinión. Pronto se empezarán a colar y forjar las primeras piezas.

Después de los nestorianos, acudieron los idólatras a presencia del gran khan. Llenaron la sala de audiencias con el ruido de sus panderetas, campanillas y tambores. Esta vez no traían como portavoz a Gada Sami (a quien, después de haber fracasado en la disputa religiosa con William, se dedicaron a escupirle, pegarle y expulsarlo de allí) sino a un viejo lama^[453]. Éste se había embadurnado el rostro con fango y ceniza y creo que era ciego, puesto que lo conducían cogido de la mano. Se veía claramente que Bulgai habría preferido echarlo de allí sin más, pero Mangu es supersticioso y cree que cada ciego es un vidente. Buscaron expresamente a un intérprete que tradujera las palabras del profeta.

—Tenéis, oh señor, un maravilloso gallinero en vuestro jardín. —La voz del viejo lama se parecía a la de las aves que estaba describiendo, y el intérprete sucumbió a la tentación de imitarlo—. Viven en él montones de gallinas pintadas, gallinas de cola negra procedentes de la estepa, y también gallinas de las nieves y la gallina del cuello negro procedente de la montaña. Cada grupo de gallinas tiene su gallo y todas ponen huevos.

Mangu se mostró un tanto impaciente, pero esto no pareció afectarle al ciego.

—Sucede que, cierto día, un rey extranjero os regala un pavo, un animal precioso, grande y gordo...

—Despáchalo —dijo Mangu en voz baja a Bulgai. Pudimos oír claramente esta orden, mientras el lama seguía hablando:

—...y el pavo se pone enseguida a gritar: «¿Acaso no soy más vistoso que todos los gallos de vuestro gallinero? ¿Para qué los necesitáis? ¡Sacrificadlos!» Es cierto que también el pavo es un ave de corral, ¿pero qué pasará con los huevos? Os pregunto, ¡oh! soberano...

Mangu reprimió su ira y cedió a Bulgai la respuesta.

—Yo también me lo pregunto —intentó éste imitar la voz chillona de un castrado^[454]—. ¿Qué pasaría si empezara por cortaros los vuestros?

Durante un instante se hizo el silencio, después toda la corte estalló en carcajadas, los hombres se atragantaban y se daban golpes de contento en los muslos. Los idólatras se quedaron primero como petrificados, luego agarraron al lama y salieron corriendo de la sala. Sus campanillas y panderetas los acompañaban con sonidos discordantes y apresurados. La risa estruendosa de los mongoles los perseguía, e incluso el khan se veía incapaz de reprimirla.

Entretanto se habían puesto en pie los sarracenos, que ya llevaban algún tiempo esperando. Su portavoz se inclinó ante el gran khan.

—No queremos compararnos con unas gallinas que cacarean. Un soberano posee halcones para la caza, muchos halcones, todos buenos y tan diferentes como él desee tener. Pero sólo uno puede sentarse sobre el puño del soberano y ser arrojado al aire por él. ¿Acaso los demás no merecerían lo mismo? ¡No por eso valen menos! Todos saben volar y alcanzar la presa que desea el soberano, al que alabarán. Están orgullosos de que a uno de ellos, a un halcón como ellos, le corresponda el honor de sentarse sobre el guante de caza, ¡y no a una gallina!

—Bien dicho —respondió Mangu y los invitó a tomar asiento de nuevo—. ¡Veamos ahora lo que dicen los huesos! —ordenó. Poco después los chamanes tendieron en silencio el omóplato carbonizado del cordero al gran khan. Mangu frunció el ceño y Roç, que estaba más cerca de él, me susurró:

—¡Se ha rajado en sentido transversal!

Era una mala señal.

—Era una oveja vieja —dijo el gran khan, disgustado.

Bulgai asintió.

—Es posible —concedió con expresión serena—, pero no se necesita un oráculo para comprender que nombrar a vuestro candidato preferido causará problemas. Es mi obligación advertiroslo —añadió después—. Podéis castigarme, ¡soy vuestro servidor!

Antes de que Mangu pudiera dar su opinión, la atención, que hasta entonces estaba dividida entre los huesos chamuscados y los chamanes, se vio acaparada por el general Kitbogha, que entró en la sala acompañado de Barzo. Yo sentía curiosidad por lo que esos dos tuvieran que decir, pues estaba segura de que el *khagan* les pediría también a ellos su opinión. Ya me estaba sorprendiendo que, muy contrariamente a sus costumbres, todavía no nos hubiese hecho intervenir a Roç y a mí en la discusión.

El general le susurró unas breves palabras al juez del tribunal supremo y Bulgai proclamó, para gran sorpresa nuestra:

—¡La pareja real se despide del gran khan!

Nos pusimos de pie, hicimos una reverencia y bajamos los escalones. El viejo general, a quien quiero mucho, nos condujo hacia la sala de audiencias.

—Deberíais iros a casa —nos aconsejó, seriamente preocupado—. Y si veis a William, ¡podéis decirle que le conviene trasladar su grueso trasero al palacio! —Kitbogha tenía un aspecto apesadumbrado, pero después su poderosa figura se enderezó—. Ahora es cuando le tocará enfrentarse a sus enemigos.

Roç y yo le prometimos ocuparnos del asunto.

L.S.

En la sala de audiencias, el juez del tribunal supremo había tomado la palabra.

—En nombre del gran khan se ruega al hermano franciscano Bartolomeo de Cremona que responda a las preguntas del distinguido oficial ayudante Ata el-Mulk Dshuveni, ante los ojos y oídos del gran soberano.

Dshuveni dio un paso adelante.

—Deseo formular al compañero de nuestro venerable William de Roebuk algunas preguntas que se refieren al futuro ejercicio en el cargo que ocupará su querido hermano en la Orden de los Hermanos Menores. Consideremos la situación que existe en Occidente, de donde proceden ambos hermanos. También allí existe un soberano terrenal supremo que se denomina emperador y que está por encima de todos los reyes, y a su lado existe el jefe supremo de la Iglesia cristiana, el Papa. —Se retiró y dio una señal a Barzo para que hablara.

Éste se inclinó ante el gran khan y dijo:

—No me atrevo a describir ante vuestra majestad una situación que tal vez...

—¡Hablad! —lo animó Bulgai, que ya debía sospechar lo que iba a suceder.

—Desde hace más de doscientos años, Occidente se ve sacudido por unas guerras provocadas por el hecho de que el rey germano, que sólo puede ostentar la corona

imperial una vez ungido por la mano sagrada del Papa, está peleado con el santo Padre. El Papa, jefe supremo de toda la cristiandad, tiene que defender su privilegio divino de nombrar y coronar a reyes y emperadores frente a ese rey germano, cuya opinión es la de que su poder terrenal le corresponde por herencia de sangre, y que para ser emperador es suficiente que el *kuriltay*, es decir, la dieta de los príncipes, le haya elegido emperador.

Barzo parecía sinceramente indignado, y Bulgai concedió una pausa para que Dshuveni pudiese intervenir.

—Esto significa que no es el emperador, soberano supremo de todos los pueblos, quien nombra al Papa, sino que, al revés, ¿es el sacerdote supremo quien nombra al emperador?

—Así es ¡porque Dios lo ha querido así! —confirmó Barzo—. El Papa también posee el derecho y la obligación divinos de destituir a un emperador, de expulsarlo de la comunidad de la Iglesia y de exponerlo al desprecio de todos los creyentes cuando no vive y gobierna según los mandamientos del Papa. Esto es lo que sucedió precisamente con el último emperador Federico. Fue expulsado del trono y el Papa procedió a una redistribución del imperio.

Los mongoles se quedaron estupefactos. Mangu se cubrió la frente con una mano.

—¿El soberano tiene que estar bautizado? —preguntó de nuevo Dshuveni, y Barzo asintió—. ¿No es suficiente que el soberano se haga bautizar para poder recibir su dignidad de las manos del patriarca, es decir, del padrino, quiero decir del Papa, sino que como tal soberano debe comportarse y vivir según el Papa lo considere correcto?

—El soberano tiene que confesar sus pecados como cualquier otro cristiano. El Papa es quien determina lo que es «pecado»; es quien puede castigarle y quien le impone una penitencia.

—¿Y qué sería «pecado»?

—Que el emperador tenga más de una esposa.

—¡Sigue! —ordenó Dshuveni.

—Para no vivir en pecado... —tartamudeó Barzo, haciendo ver con mucha maestría que comprendía lo embarazoso de la situación—, debe beber, por ejemplo, mucho menos de lo que bebe... y debe presentarse a misa en ayunas, cada día, y existe la obligación de cumplir con las normas de abstinencia...

—¡Sigue, sigue! —insistió Dshuveni.

—Un buen cristiano tampoco debe emprender guerras. Al revés, si alguien le abofetea una mejilla, debe ofrecer la otra...

—¡Calla! —gimió el khan—. Me siento enfermo.

—¡Retírate! —rugió Bulgai, dirigiéndose a Barzo, y hasta Dshuveni fue destinatario de una mirada furiosa—. ¡Estáis estropeándole el humor al soberano!

Barzo salió de la estancia tropezando. El único pensamiento que lo dominaba, hasta haber salido al aire libre, era que debía cuidarse por todos los medios de no

pisar el umbral.

El ayudante lo siguió con pasos medidos. Barzo se dirigió furioso a él.

—¡Vos lo habéis querido así! Os advertí enseguida que el *khagan* se sentiría muy afectado. —Cuando vio que se les acercaba Kitbogha, también con aspecto de estar muy enojado, procuró alejarse de allí.

Bulgai hizo pasar inmediatamente al general a presencia de Mangu.

—Debéis jurarme por vuestra vida —suspiró pesadamente Mangu—, que William no es el mismísimo Papa disfrazado que ha acudido a nuestra presencia para espiarnos y sin que lo hayamos reconocido.

—Tranquilizaos, señor, os puedo jurar por la vida de mis hijos que William, ni por la vida que lleva, ni por lo que les exige a los demás, ¡se parece en nada al Papa!

—¿Pero no nos ha hablado William del cumplimiento estricto de los diez mandamientos, en el caso de que él sea nombrado jefe de la «nueva Iglesia»? ¿Acaso esos diez mandamientos no incluyen algunas exigencias terribles? —Dshuveni había regresado y expresaba así sus temores, pues no quería perderse el resultado del espectáculo que él mismo había organizado—. Hoy, William es capaz de beber con vosotros y mostrar un compañerismo perfectamente simpático —se dirigió al khan— pero mañana, en cambio, cuando sea patriarca, podría mostrarse bajo un aspecto muy diferente.

—Eso ya lo veremos —dijo Bulgai, en un tono que no prometía nada bueno y que llevó a Kitbogha a hacer un intento de defender a su protegido—. Podríais ponerlo a prueba —añadió con perspicacia—. Enviadlo primero a Persia en compañía de vuestro hermano Hulagu y del señor Dshuveni. Si cumple correctamente con la misión...

—¡Vos seríais el responsable de esta maniobra, Kitbogha! —intervino el ayudante con entonación malévol—. Si estoy bien informado, ¡mi señor Hulagu y yo contamos con vuestra compañía para cuando procedamos a conquistar el «resto del mundo»!

—¡Señores! —gimió Mangu y el juez del tribunal supremo entendió su deseo—. Os ruego me dejéis solo. ¡Os haremos saber nuestras decisiones!

La reunión se disolvió. Dshuveni, el ayudante, se dirigió al ala de los príncipes frotándose las manos y envió recado a Ariqboga en el sentido de que la princesa Yeza vería con agrado que su amiga, la princesa Shirat, acudiera a su casa a cenar con ella.



Crónica de William de Roebuk, Karakorum, en la festividad de san Pío I^[455], 1254

Me encontraba solo con Crean en mi *yurta* y acababa de preguntarle por qué me había ayudado en mi disputa con el monje.

—¿No será algo así como el beso de Judas, Crean de Bourivan? —En aquel

instante llegó Barzo, mi otro falso hermano.

Éste se ha identificado mientras con el papel de «Bartolomeo de Cremona» hasta el punto de haber adoptado las maneras intrigantes de los servicios secretos de la Iglesia católica, olvidando del todo que en realidad es el viejo y alegre Lorenzo de Orta. No obstante, en aquel momento se había reconvertido en este último y proclamó en tono festivo:

—He aquí la decisión tan espontánea como solitaria del gran khan Mangu: ¡El patriarca será nombrado muy pronto! —Ambos me abrazaron.

—Precisamente acabo de dejar al khan —me informó Barzo—, y Mangu exige que te bañes y acudas a su presencia con un traje blanco de penitente. Supongo que habrán sido los nestorianos quienes le han dado la idea —añadió, como disculpándose, cuando vio la duda en mi rostro—. Puedes preguntar a Kitbogha, que me ha acompañado.

Es verdad que los había visto alejarse juntos, pero me llamó la atención precisamente la satisfacción exagerada que mostraba el traicionero Barzo.

—¿No pretenderéis que me tome un vaso de cicuta? —ofrecí a los verdugos de la *Prieuré* una última oportunidad para que prescindieran de sus traicioneras maniobras, aunque lo hice temblando y lleno de temor.

Pero Barzo, como buen Judas, me besó y dijo:

—Antes de que el gallo cante tres veces tendrías que beberte, *de iure canonica*^[456], la bañera entera, viejo pecador, ¡después de haberte lavado en agua fría y frotado con ortigas recién cortadas, pimientos picantes y agua salada! —Hasta Crean tuvo que reírse.

—*Fratre peccavi!*^[457] ¿Dónde está el lugar adecuado para iniciar mi penitencia? —Con estas palabras pedí disculpas a Barzo.

Crean me dio un buen consejo.

—La casa de piedra de los infantes, me refiero a Roç y Yeza, tiene un *hamam*. ¡Corre, Barzo, corre! —le ordenó Crean—. ¡Pide a la pareja real su permiso para que el baño sea calentado sin pérdida de tiempo!

Barzo salió corriendo y Filipino buscó entre los ropajes de obispo una camisa blanca de penitente. Era del más fino tejido de lino. Me sentía con ganas de abrazar a todo el mundo. ¿Cómo se me habría ocurrido sospechar de Crean? Me dirigí apresurado a tomar el baño ritual, acompañado de mi confesor monseñor Crean-Gosset y de mi criado Filipino.

L.S.



De la crónica secreta de Roç Trencavel, Karakorum, primera década de julio de 1254

¡Qué alegría! ¡Nuestro William será patriarca! Nos encontramos todos juntos en

el *hamam*, donde el viejo y pícaro flamenco deseaba sudar primero y librarse así de todos sus pecados.

Le dije a Yeza:

—Acompáñame, ¡vamos a bañarnos con William, como en los viejos tiempos! — Pero mi dama se mostró reticente. De modo que añadí—: ten en cuenta que, una vez nombrado patriarca, ¡ya no podrá bañarse jamás con nosotros!

Esto la convenció. Cuando llegamos, William se había quitado las ropas y pude comprobar que en todos estos años ha engordado muchísimo. Me prometía una sesión alegre, ¡aunque Crean, como siempre, desbarató nuestras intenciones! No quiso permitir que nos quitáramos la ropa y nos bañáramos con William. Dijo que se trataba de un baño ritual, en el que William debía estar solo y entregarse a la reflexión, preparándose así para su nuevo cargo. Esto hizo reír incluso a William. Pero cuando lo acompañamos hasta la bañera redonda de mármol que, con sus columnas, representa el *balaneion*^[458] mongol, y de la que estamos tan orgullosos, se echó atrás como un caballo que se ve frente a un abismo.

—Nadie se dará cuenta si no me meto de verdad en el agua. —Y señaló la superficie vaporosa con gesto de repulsa.

—Sí se nota —dije yo—, se huele.

Crean insistió.

—¿Acaso temes salir del agua convertido en otra persona? ¡No te hagas rogar tanto!

Pero sólo consiguió que William se mostrara más reticente todavía.

—¿Por qué tenéis tantas ganas de meterme en esa bañera? —De repente se echó a temblar—. ¿Acaso queréis matarme? ¿Me queréis ahogar o abrirme las venas?

No comprendí por qué sentía tanto temor, sin atreverse siquiera a bajar un escalón y meter el dedo gordo para verificar la temperatura del agua.

—¡Alguien quiere envenenarme! —me susurró con expresión de terror—. El monje no quiere permitir...

—Te lo ruego, William, ¡haz un esfuerzo! —se enfadó Crean—. Nadie se muere por tomar un baño caliente, ¡y tú tienes el corazón fuerte!

—¡Ni pensarlo! —gritó entonces William—. ¡Todos vosotros sois una pandilla de envidiosos! Ese baño contiene esencias invisibles que me atacarán como gusanos parásitos, me destrozarán los intestinos y chuparán mi sangre, y cuyos vapores tóxicos me impedirán respirar.

Lo cogí de la mano al ver que estaba a punto de llorar e intenté tranquilizarlo:

—Yeza y yo te convenceremos de que el agua del baño es absolutamente inocua.

Pero Crean se interpuso.

—Es cierto, mis reyes, que sois los dueños de esta casa, pero ya os he dicho antes lo que opino. Os ruego me concedáis el honor de demostrar a William que sus temores no tienen fundamento alguno. —Con estas palabras se quitó las ropas y dirigió sus pasos mesurados escaleras abajo, hacia el centro de la bañera.

—¡Mete la cabeza bajo el agua, Crean de Bourivan! —exclamó William— y te creeré, ¡me avergonzaré y te seguiré!

Crean hizo lo que le pedían y se quedó bajo del agua hasta que se vio obligado a sacar la cabeza para respirar. Sacudió la cabeza salpicándonos a todos.

—¡Me siento avergonzado! —exclamó William riéndose y aprestándose a imitar a Crean.

En ese instante se presentó Kito, a quien hacía mucho tiempo que no veíamos, desde que está dedicado a cumplir servicio en la frontera. Yeza exclamó:

—¡Báñate tú también con nosotros! —Pero Kito se negó con un gesto.

—Por orden del khan debéis acudir enseguida al palacio, ¡tanto William como vosotros!

Yeza todavía bromeó:

—¡En cuanto hayamos bañado a William!

Pero Kito no estaba para bromas.

—¡No hay tiempo para bañarse! ¡Hemos de acudir enseguida!

De modo que William se metió tal como estaba en el hábito blanco que Filipo le había preparado, y nos dirigimos a caballo al palacio. Delante del mismo nos esperaba Dshuveni, que exclamó:

—¡Deprisa! ¡El khan os espera!

L.S.

El ayudante entró furioso en el *hamam*.

—¿Cómo se le ocurre a William marcharse precisamente ahora? —exclamó enfadado—. Esa tal Shirat está a punto de llegar...

—¡El gran khan lo ha llamado a su presencia de repente! —le advirtió Crean, que todavía seguía en el centro del *balaneion*—. A él y a los infantes.

—¿Y quién se bañará ahora con la esclava?

—Yo no —rechazó Barzo enseguida—, ¡de ningún modo! ¡La idea fue vuestra, Dshuveni!

Y para mayor seguridad se retiró sin más de la estancia, aunque desde el umbral de la puerta añadió todavía:

—Tendréis que apechugar vos mismo con las consecuencias.

—No me importaría hacerlo —dijo Dshuveni con una sonrisa cínica—, pero no daría resultado alguno, pues cualquier paso en falso que yo pueda dar difícilmente le será reprochado a William. Si el señor patriarca no está disponible, que sea al menos su sustituto, es decir, ¡su confesor!

—Yo no soy el personaje más creíble en este caso. —Quiso librarse Crean de una tarea tan desagradable, tanto más cuanto estaba disfrutando en aquel momento del efecto tranquilizador del agua caliente, en la que se regodeaba nadando de espaldas.

—¡Menudo conspirador estáis hecho! —se enfadó el ayudante—. En tal caso,

nada podremos hacer. ¡Ya me encargaré yo de interceptar a la esclava y hacerla regresar! —Y abandonó furioso la estancia, no sin arrojar una mirada dubitativa y maliciosa sobre Crean, que seguía chapoteando.



De la crónica secreta de Yeza

Llegamos al palacio y sin más preámbulos fuimos conducidos ante el gran khan. El único que acompañaba a éste era Bulgai, a quien asombró mucho el hábito blanco de William. Allí no se observaba en absoluto el ambiente festivo que cabía esperar cuando alguien es nombrado patriarca. Tuve un mal presentimiento. William, en su ropa de penitente, probablemente albergaba una sospecha similar.

—Sentaos —dijo el khan con voz cansada. Se notaba que había bebido, y además en abundancia. No había nadie más presente, aparte de los criados que atendían el árbol de la bebida, junto a la puerta. Nos trajeron a cada uno una copa. William bebió algo.

—Nosotros, los mongoles —dijo Mangu con entonación lenta y sopesando cada palabra—, creemos que sólo existe un único Dios, por cuya voluntad vivimos y morimos, y a quien adoramos de todo corazón.

A William le pareció que debía contestar.

—Dios mismo —dijo con voz quebrada, y creo que se sentía atormentado—, Dios mismo es quien nos concede todo, pues sin su benevolencia nada es posible.

El khan pidió que le llenaran la copa y bebió, pero no se la tendió a William como había hecho otras veces, de modo que fuimos nosotros quienes tuvimos que atender a éste.

—Del mismo modo que Dios ha dispuesto diferentes dedos en la mano del hombre —prosiguió Mangu con voz pausada—, también ha dispuesto varios caminos para que el ser humano pueda alcanzar la bienaventuranza. A vosotros, Dios os ha dado las Sagradas Escrituras con los diez mandamientos. Aunque vosotros, que sois cristianos, no les hacéis caso. A nosotros nos ha dado a los chamanes. Nosotros sí respetamos sus palabras y gracias a ello vivimos en paz.

El khan bebió otro trago, como para armarse de valor. William también bebió, para preparar su alma ante la mala noticia que se estaba anunciando.

—Por causa de esta paz, William de Roebruk, me veo obligado a separarme de ti. Es una decisión que me ha sido muy difícil tomar y por la cual siento dolor en mi corazón. Pero la paz de mi pueblo está por encima del sentimiento de amistad que albergo hacia ti.

Durante un instante pensé que los dos se echarían a llorar, pero los sollozos que me llegaban procedían de Roç.

Mangu ordenó que le volviesen a llenar la copa dorada con vino y se la tendió a William, antes de beber él mismo. Quitó de las manos temblorosas de William

nuestra copa y bebí también, tendiéndosela después a Roç, a la vez que le dedicaba una sonrisa para darle ánimos. De modo que también mi caballero, aunque con lágrimas en los ojos, tomó un trago. Mangu prosiguió:

—En esta situación, deseo ofrecerte un regalo. Dime lo que deseas y será tuyo.

Miré a William. Ya no tenía el aspecto apesadumbrado de antes, parecía estar reflexionando. Sus ojos grises adquirieron una expresión de dureza, y me di cuenta de que estaba tomando una decisión importante. Después pronunció con voz clara y contundente:

—Quiero el árbol de plata, el surtidor de bebidas.

L.S.

Cuando Shirat, escoltada por un grupo importante de la guardia adscrita a Ariqboga, llegó a la casa de piedra de la pareja real, la encontró rodeada de los hombres de Dshuveni, pero sus acompañantes consideraron que ésta era una medida habitual destinada a proteger a la pareja real. Por si acaso, sin embargo, Dshuveni había cambiado a todas las criadas de Yeza por otras suyas. Shirat fue recibida con mucha atención y conducida al interior.

—La señora os espera en el baño —le comunicaron con tono amable.

Shirat se desprendió de sus ropas, aceptó una toalla y entró en el *hamam*. Una vez sus ojos se hubieron acostumbrado a las nubes de vapor que ascendían del agua, reconoció con cierto asombro una presencia masculina en el tepidario^[459]. No era la visión de un hombre desnudo que además estaba sumergido hasta las caderas en el agua lo que la llevó a perder un tanto la compostura, sino el hecho de que los criados del baño empezaran a retirarse, en lugar de tenderle la mano. Con gran presencia de ánimo, Shirat subió los escalones, le retiró con gesto rápido la toalla al maestro bañista que estaba a punto de alejarse, y se envolvió el cuerpo con ella. Pero justamente el tiempo que perdió con esta maniobra fue suficiente para que aquel hombre consiguiera escapar del *hamam*. Shirat oyó la llave que cerraba la puerta ¡y se encontró sola en el baño, junto a un hombre desnudo! En este instante el hecho ya no constituyó una sorpresa para ella, y cuando lo miró a la cara, reconoció a Crean.

—¡Haz algo! —le gritó, furiosa—. ¡Alguien me quiere perder, y a ti también!

—Como al parecer hemos de morir juntos —bromeó Crean con aire atribulado— ¡tampoco importará que nos bañemos!

—No estarás cansado de la vida —murmuró Shirat; estaba intentando abrir la puerta, pero sus esfuerzos fueron vanos—. Si Ariqboga nos sorprende en esta situación te matará, ¡y a mí por añadidura!

Cuando Crean se dio cuenta de que Shirat no estaba ni mucho menos dispuesta a meterse en el baño con él, sino que intentaba, asustada, empujar la puerta bloqueada desde fuera, salió del agua y se acercó a ella con los brazos abiertos.

—¡Cúbrete! —gritó Shirat—. ¡Estás loco!

—¿Yo? —preguntó Crean, acercándose—. Lo único que deseaba era tomar un baño caliente. Tú has entrado aquí desnuda y ahora me dices que soy hombre muerto. ¿Quién...?

—Abrázame —sollozó Shirat y dejó caer la toalla—. Será mejor darles lo que pretenden.

Crean levantó la toalla y rodeó con ésta sus dos cuerpos, después de haber comprobado con una mirada rápida que la suya ya no estaba disponible.

—El que quiera matarnos, nos encontrará con el ánimo altivo y sin mostrar cobardía. —Y Shirat apoyó la cabeza en el hombro de Crean.

En el palacio reinaba un silencio de muerte. El árbol surtidor de bebidas había sido colocado en el hueco de la puerta que conducía de la gran sala de audiencias a los patios y jardines. El ángel instalado en la punta del árbol, encargado de tocar la trompeta, dejó caer el brazo con un sonido sofocado de queja que casi parecía un triste eructo, y las bebidas que antes habían saltado con tanta alegría desde sus ramas colgantes empezaron a gotear y, finalmente, dejaron de manar. Los criados encargados de escanciarlas parecían petrificados. ¡El árbol de plata! El orgullo del gran khan, adorno de su sala de fiestas y centro famoso e indiscutible de todas aquellas magníficas orgías, la fuente permanente de *kumiz* y cerveza, de vino y néctar, iba a abandonar su lugar tradicional y viajaría lejos de Karakorum, ¡abandonaría el país de los mongoles!

Hasta los infantes se sentían doloridos. Habían sufrido con William y ahora tenían compasión del khan. Mangu ya no se atrevía a mirar su árbol, le daba vergüenza, como si lo hubiese vendido. Pero un khan no puede traicionar su palabra, ni torcerla o cambiarla. Comprendía que había dañado profundamente el orgullo de William de Roebрук, que había defraudado amargamente la cordial amistad que el gran hombre le había profesado, y ahora William no le ofrecía la otra mejilla, sino que le había devuelto el golpe, como haría todo buen mongol. En efecto, le había asestado a él, a Mangu, una bofetada hecha y derecha, dura y dolorosa. La culpa era de él, pues como *khagan* y soberano sobre todas las tribus, no habría tenido necesidad de ese gesto espléndido para despedir a un simple misionero. ¡Le estaba bien empleado!

El soberano hizo llamar enseguida al maestro Buchier a palacio, para que empezara a desmontar el árbol de la bebida y se lo llevara a su taller sin tardanza.

—¡Daos prisa, maestro! —le gruñó Bulgai—. El *khagan* no quiere volver a ver el árbol. Mañana por la mañana debe estar desarmado pieza a pieza, a punto para ser cargado y transportado.

El maestro Buchier se construirá un árbol nuevo, pensaba mientras tanto el gran khan, reflexionando con el ceño fruncido. ¡El nuevo será de oro, más grande y más bonito!

Cuando el maestro platero puso su mano en la primera rama, William exclamó en

voz alta:

—Lo quiero entero.

El fraile se levantó de un salto y se dirigió al khan, que apartó la mirada.

—Quiero que lo coloquen sobre el carro más grande para que, cuando atravesase la estepa de los mongoles para regresar a mi país, ¡este árbol sea el símbolo de la insuperable grandeza de la corte del khan Mangu y testimonio de su generosidad!

Mangu pidió a Bulgai que le llenara la copa y la vació. Después ordenó que se la tendieran a William. El minorita la tomó, se dirigió al árbol y la llenó de su propia mano, utilizando una de las jarras. Regresó por el mismo camino hasta situarse delante del khan y le tendió la copa. Entonces el khan se incorporó y abrazó a William, y los dos bebieron y se echaron a reír como antes, cuando solían ser los últimos que quedaban en pie después del banquete. Roç y Yeza se miraron y sonrieron llenos de satisfacción.

Aunque la puerta que conducía al *hamam* de la casa de piedra estaba cerrada por fuera, los hombres del servicio secreto la sacudieron hasta conseguir abrirla con gran estrépito. Encontraron al hombre y a la mujer sentados uno al lado del otro en el banco. Crean se tapaba, recatado, sus partes con un paño, y Shirat estaba envuelta en la toalla, ocultando hombros y caderas, de modo que únicamente asomaban sus piernas desnudas. En cuanto a la íntima unión carnal de que serían acusados, sólo era evidente que ella apoyaba la cabeza en el hombro de él.

Los esbirros de Bulgai se mostraron furiosos, porque consideraban que habían llegado demasiado tarde para atrapar a los dos delincuentes en flagrante delito^[460], entregados a su ardiente pasión, tal como cuantos habían estado espiando detrás de la puerta comentaban con ardor y convicción. Sólo la intervención de Dshuveni consiguió evitar que los delincuentes se viesan despojados de los paños que protegían su desnudez. No obstante, se podía afirmar sin decir mentira que estaban medio desnudos cuando los sacaron de mala manera de la casa, y el escándalo tan deseado quedó servido. El padre confesor de William de Roebuk y la esclava de Ariqboga fueron conducidos a prisión.

El árbol de la bebida se tambaleaba, el ángel giraba en torno a su eje, pero no cayó de lo alto. El maestro Buchier instaló con mucha precaución la obra más importante de su vida sobre las pieles y mantas con que había sido cubierta la gigantesca plataforma de carga del mayor carro disponible, de modo que las ramas no sufrieran daño alguno. Era el mismo carro en que solía transportarse a palacio la maqueta de madera de la futura catedral, para que el khan pudiese admirar satisfactoriamente los progresos que se realizaban en aquella edificación única que tal vez jamás sería realizada. El maestro trabajaba como si actuase en sueños.

Seguramente el khan insistiría en que le fabricara enseguida un nuevo árbol, un árbol más grande y más precioso, pero él, Buchier, se sentía viejo y enfermo. Jamás habría pensado que él mismo tuviese que sacar de allí su obra de arte. Pero el khan lo había obligado a hacerlo, y el maestro platero sentía odio hacia él por esta causa. Después pensó, sin poder reprimir una satisfacción profunda, en que aquel cadáver de plata que tendía lastimoso sus ramas hacia el aire de la noche, iba a servir para algo, cuando menos el hueco que había entre sus raíces. Una vez familiarizado y consolado con esta idea, el platero prosiguió con afán su tarea de cargar y asegurar la pieza.

Roç y Yeza se limitaban a mirar y a dar consejos sabihondos. Mangu y William seguían bebiendo y asegurándose recíprocamente una amistad eterna, y ambos aseguraban, muy convencidos, que William regresaría. Sólo Bulgai seguía mudo, pero sus ojos estaban en todas partes.

Fue el primero en descubrir al mensajero portador de «malas noticias», a quien sujetaban en la antesala. Bulgai era el único hombre de la corte que podía atreverse a molestar al *khagan* mientras estaba bebiendo. Koka, la segunda de las esposas del gran khan, estaba agonizando. Mangu dejó enseguida de reír, pero no de beber. Exigió que el monje Sergio llevara sin tardanza un poco de su bebida milagrosa al lecho de la enferma. William también ofreció su ayuda, pero Mangu insistió en que fuese el armenio. No obstante, William se encargó de ir a avisar al archimandrita, y el juez del tribunal supremo insistió en que lo acompañaran dos de sus hombres, sobre todo porque el franciscano ya estaba muy borracho.

Cuando sacaron de allí el árbol de la bebida, el gran khan, bastante bebido, experimentó un dolor que le desgarraba el corazón.

—En el fondo —dijo a Roç y Yeza, con lengua torpe, que observaban a su lado cómo el árbol de la bebida se alejaba con las ramas bamboleantes sobre el gigantesco carro que estaba atravesando el portal—, en el fondo me gustaría quedarme con los dos, ¡con ese William de plata y con ese árbol tan gordo!

—¿Y quien os lo impide, augusto soberano? —opinó Roç en tono atrevido, pero Yeza exclamó rápidamente:

—¡No se puede retirar la palabra dada!

—Pero sí podéis ordenar que William atraviese la ciudad y después trace un círculo a través de todo el país. Así podréis decir que William salió de aquí, ¡y que, finalmente, regresó!

—¿Para que todo empiece otra vez desde el principio? —respondió el gran khan, echándose a reír, pero inmediatamente después se vio embargado de nuevo por un profundo desánimo—. Aunque un soberano podría retirar una palabra irreflexiva, mi joven rey, no puede anular una decisión que ha madurado profundamente: William debe abandonar el país de los mongoles durante un largo tiempo.

Bulgai acababa de descubrir a un nuevo mensajero en la antesala. Era uno de sus propios hombres, un agente de los servicios secretos, que le comunicaba por señas el cumplimiento de su encargo. Bulgai se sintió desconcertado y sacudió la cabeza. Al

fin y al cabo, era imposible que hubiese sucedido lo que él había planeado, puesto que la víctima prevista, William, había estado durante todo ese tiempo expuesto a la mirada vigilante del khan. De modo que faltaba saber qué es lo que habían hecho con la esclava o, mejor dicho, ¿quién había hecho qué?

En aquel instante el ayudante atravesaba excitado la sala y se adelantó a toda prisa hasta donde se encontraban el gran khan y los dos infantes. En los últimos metros, el juez del tribunal supremo intentó cruzársele en el camino.

—¡Insigne soberano! —exclamó Dshuveni mientras intentaba esquivar al corpulento calvo, que le superaba en más de una cabeza de altura—. ¡Hemos atrapado al confesor de William, al sacerdote Gosset, desnudo en brazos de una esclava de vuestro hermano Ariqboga! ¡Los desvergonzados han hecho...!

—¿Lo han hecho? —lo interrumpió Mangu, y Bulgai se apresuró a corroborar a su señor—. ¿Lo habéis visto con vuestros propios ojos?

—¡Hay testigos! —respondió el ayudante, sintiendo rabia contra el juez, de cuya ayuda en la conspiración se había sentido hasta entonces bastante seguro.

—¿Es bonita? —preguntó Mangu y tomó otro trago. Los infantes parecían petrificados.

—Ese sacerdote ha abusado de la propiedad de un *kungdaichi*, aunque la mujer, según los testigos, ¡lo ha consentido sin oponerse! De modo que también ella debe morir.

—¡Bulgai! —gruñó el khan—. ¿Qué me decís al respecto?

El juez del tribunal supremo carraspeó.

—Ese sacerdote ha abusado de nuestra hospitalidad, aunque la mujer no sea una mujer mongola. La esclava, por su parte, ha deshonrado el nombre de vuestro hermano, pues sólo a éste le pertenece su cuerpo. Creo que la propuesta del ayudante merece ser atendida.

—¡No! —exclamó Roç y se arrojó a los pies de Mangu, mientras Yeza, con la mirada encendida, se dirigió a Bulgai:

—¡Si le tocáis siquiera un cabello a uno de los dos, el lazo que une a la pareja real y a los gengiskhanidas quedará roto para siempre!

Y Mangu dijo:

—Que vuelva William.

—¡Lo iremos a buscar! —se ofreció Roç, levantándose de un salto.

Yeza aún le gritó al juez del tribunal supremo, en quien había confiado siempre y seguía confiando ahora:

—Debéis prometernos que entretanto protegeréis a Gosset y Shirat ante cualquier intervención por parte de terceros. —Mientras lo decía, arrojó una mirada a Dshuveni.

—Así se ha dispuesto ya, mi reina —le confirmó Bulgai con voz grave, pero sonriendo—. Están bajo mi protección.

Roç y Yeza salieron a toda prisa, olvidándose de su realeza e internándose en la

noche.

—¡Quiero que regrese mi William! —dijo el khan, y Bulgai le llenó la copa otra vez.



De la crónica secreta de Roç Trencavel, Karakorum, primera década de julio de 1254

Corrimos, siempre cogidos de la mano, desde la puerta del palacio hasta donde se encontraba nuestro séquito, que nos esperaba con los caballos dispuestos. Esos hombres son capaces de dormir mientras esperan de pie. Les arrancamos las bridas de las manos y Yeza ordenó:

—Esperadnos aquí, ¡pronto regresaremos! —Y nos internamos a todo galope en la oscuridad.

Le grité a Yeza:

—¡También aquí nos hemos encontrado con un montón de intrigantes borrachos, igual que en Alamut! ¡Estoy harto de estos mongoles!

—¡Yo también! —me respondió con rabia—. Ahora ni siquiera podemos contar con la amistad de Ariqboga. ¡Jamás le perdonará esta traición a Shirat!

—¡Ha sido una trampa! —le comuniqué mi íntima convicción—. ¡Supongo que alguna de sus concubinas estaba celosa!

—¡No lo creo! —exclamó mi dama mientras seguíamos a pleno galope—. ¡Alguien ha engañado a Crean, pero en realidad quería atrapar a William! ¡Crean y Shirat han hecho el tonto!

Entonces vimos una figura que se tambaleaba en dirección a la ciudad: era William.

—¡Alto, minorita! —le ordené—. ¡Tienes que volver enseguida a presencia del gran khan! —Y le relatamos a William, con palabras apresuradas, lo que había sucedido desde su partida.

—¿Está el árbol de la bebida en la forja de Buchier? —preguntó el fraile, y se me ocurrió que el grado de su embriaguez debía de ser considerable cuando no se había dado cuenta de que el carro tirado por veinticuatro bueyes había pasado por delante de sus narices. De modo que contesté:

—¡Creo que, entretanto, habrá llegado a su destino!

—En ese caso, no os preocupéis más por Crean y Shirat, eso lo arreglo yo. Dirigíos cuanto antes a vuestra casa de piedra, allí dejaréis atados los caballos y, sin que nadie os vea, acudid a la *yurta* de Buchier. Una vez allí, escondeos en el pie del árbol de la bebida ¡en el hueco que conocéis!

—¡Ya está! —se asombró Yeza, dirigiéndome un rostro resplandeciente de gozo—. Veo que nos tienen preparado un nuevo viaje.

William asintió con una sonrisa feroz.

—Los mongoles no os merecen. ¿Querréis venir conmigo? Creo que de algún modo conseguiremos darle la espalda al imperio del gran khan.

—¡Le enseñaremos el culo! —exclamé yo y mi dama se echó a reír.

—Le diré al khan —nos explicó William sus propósitos—, que la pareja real confía en su bondad y su sentido de la justicia, ¡y que en esta confianza os habéis ido a dormir!

—¡Eso haremos! —le confirmé, mostrándome animoso—. Aunque, por primera vez desde hace mucho tiempo, no vayamos a dormir en nuestra propia cama...

—¡Ahora entiendo, viejo y pícaro flamenco —se despidió Yeza, mientras se reía de él— por qué le has quitado al khan el árbol de la bebida!

—Se merecía un castigo —dijo William y emprendió el regreso—. Mejor dicho, un doble castigo.

—¡Alto! —lo interpele—. Coge mi caballo, nosotros montaremos en el otro. Pero apresúrate, para que no sean Crean y Shirat quienes sufran un castigo duplicado.

Lo ayudamos a subir al caballo y se alejó de allí. Yeza subió a mi silla, estaba sentada delante de mí y yo la sujetaba firmemente, con mi brazo rodeando su cintura. Ella echó la cabeza para atrás y yo apliqué un beso a su delicado cuello, porque si uno intenta besarse en la boca montado a caballo, es fácil que se quede sin dientes.

L.S.



Crónica de William de Roebrok, Karakorum, en la festividad de san Alejo^[461], 1254

La suerte está echada. Desde el punto de vista de mi cabezota de borracho, que en lugar de cerebro debe de contener *kumiz*, podría afirmarse que yo no soy más que un dado, al igual que Roç y Yeza, pues nadie podría afirmar que soy un jugador importante, de esos que modifican la historia universal pretendiendo fundar, en un abrir y cerrar de ojos, una Iglesia cristiana en Mongolia y convirtiéndose en su sacerdote purpurado. La *Prieuré* ha demostrado una vez más tener la sartén por el mango, pues tanto Crean como Barzo han actuado en su nombre, han tejido la red que me ha hecho tropezar y sí han propiciado que deba retirarme ahora de la escena, junto con los infantes, y todo ello sin pena ni gloria. Han conseguido que Roç y Yeza, que por primera vez en su vida habían encontrado refugio y seguridad entre los mongoles, deban someterse nuevamente a la aventura incierta de una huida y exponerse a unos peligros que ni ellos ni yo podemos valorar. A veces dudo de la sabiduría de la *Prieuré*. No obstante, siempre me parece que vuelve a cerrarse un círculo, y todo lo que a mí, y también a Crean y Barzo, nos parece incomprensible, incluso contradictorio y falto de sentido, se une de una manera misteriosa para formalizar un nuevo envite, con nuevos hilos que mueven a nuevas víctimas. «El camino es la meta» me confió una vez el viejo John Turnbull, queriendo consolarme, cuando yo

dudaba de la posibilidad de realizar el «gran proyecto». Claro que no se trata de mi persona, pues no soy más que un simple acompañante. Pero he adelantado demasiado la cabeza y me han dado un golpe en la nariz, como le sucede al campesino zoquete en el teatro de marionetas. Lo único que importa aquí es la pareja real. A mí sólo me incumbe pronunciar la palabra clave, que ha sido escogida desde hace tiempo por otros poderes superiores, y en mi borrachera de leche de yegua me he imaginado que se trataba de mi venganza personal. En realidad, este gordo estúpido no hace más que declamar el texto que otros han escrito: el rey y la reina se ocultan en el carro de un campesino de quien nadie sospecha que sea capaz de ayudarles, y así abandonan la residencia del gran khan.

Con estas ideas confusas zumbándome en el cráneo dolorido, sintiéndome ofendido aunque también orgulloso, llegué a las puertas del palacio. Allí dejé el caballo y, como aún me tambaleaba, dos guardias me agarraron por los brazos y me arrastraron ante el khan. Yo ya no estaba enfadado con Mangu, pues tampoco él representa más que una pieza en la partida por conseguir la corona del mundo. En este sentido nos parecemos los dos, aunque él sea un personaje importante y yo sólo un peón vestido con el hábito blanco de los penitentes, un hábito que había creído poder cambiar por el manto de patriarca. Ya era noche cerrada. El gran khan había vomitado, pero seguía bebiendo mientras sus criados limpiaban el suelo.

Bulgai parecía una estatua.

—El *khagan* os permite elegir, William de Roebruk —dijo el juez supremo—. Qué preferís: ¿la vida de los dos delincuentes o el árbol de la bebida?

En ese momento me acordé del motivo de mi regreso y dije:

—Siempre preferiré la vida, ¡pero lo que se da no se quita! —Así esperaba haber expresado con toda claridad que debía perdonarles la vida a Crean y Shirat sin quitarme a mí lo que me había regalado. Claro que tampoco podía impedir que él intentara imponer ese trueque que me había ofrecido.

Creo que Bulgai debió de pensar más o menos lo mismo, puesto que dijo:

—A William de Roebruk le gustaría que perdonarais a los delincuentes a cambio de su renuncia a la dignidad de patriarca.

Ésa fue su manera de recordarle al soberano por qué me había hecho aquel regalo.

—Me parece justo —añadió.

—Demasiado costoso —murmuró Mangu—. Lo consultaré con la almohada.

El juez supremo hizo una señal a los criados, y éstos recogieron la copa de manos de su señor y se lo llevaron para acostarlo.

—¿Queréis beber algo más? —me preguntó Bulgai, sin torcer el gesto—. Si decís que no, también me gustaría retirarme a dormir.

Precisamente me proponía contestarle, medio en broma: «Yo nunca bebo, del mismo modo que vos nunca dormís, Bulgai», —cuando Ariqboga entró a la carrera en la sala casi vacía.

—Exijo la ejecución inmediata de la esclava Shirat —rugió, y era evidente que

también estaba muy borracho—. Quiero que le cuelguen el cráneo de su violador en torno al cuello, antes de lapidarla. No quiero verla más entre los vivos, ¡no quiero volver a verla nunca más! Os ordeno...

Me dio la impresión de que no tardaría en romper a llorar o que vomitaría, porque no se arrojó contra Bulgai, que parecía una roca en medio del oleaje, sino que se acurrucó en uno de los asientos.

Bulgai ordenó que le dieran algo de beber y dijo con suavidad:

—El *khagan*, vuestro hermano, es quien se ha hecho cargo de decidir sobre este caso...

—¿Dónde está?

—Se ha ido a dormir —dijo el juez supremo— y nadie debería molestarlo.

—Es mi derecho...

—¡Mañana! —decidió Bulgai.

Miré en dirección a Ariqbuga. El príncipe se había dormido.

El juez supremo y yo regresamos a la ciudad cabalgando en silencio. Al llegar a mi *yurta*, se despidió de mí.

—William de Roebruk —dijo—, como guardián supremo del derecho y del orden, estoy contento de que nos abandonéis. Pero como hombre, como simple Bulgai, siento que nos tengáis que dejar. ¡Os deseo mucha suerte! —Y se alejó al galope.

Me acordé entonces del monje y de la agonizante Koka; era probable que ésta ya hubiese muerto, pero a mí me apetecía enfrentarme al armenio. Desperté a mi criado Filipo y le ordené que sacara del baúl del obispo el ornato más precioso que tuviéramos en reserva.

Era un traje muy costoso, confeccionado con seda amarilla y numerosos adornos de oro. En la capa, de fina tela adamascada, relucían muchas cruces compuestas con piedras preciosas aplicadas. En realidad había querido vestir esa ropa el día de mi entronización. Era demasiado lujosa para una misa corriente. De modo que me despojé del hábito de penitente, que por cierto ya estaba bastante sucio, y vestí el ropaje, eligiendo además, con mucho cuidado, una estola de color rojo escarlata y una mitra especialmente alta.

Filipo transportó el báculo y el incensario, yo sólo llevaba el Evangelio y una sencilla cruz de madera de ébano, con el cuerpo del Redentor tallado en marfil. De este modo nos dirigimos en lenta procesión a la casa del monje. Yo me sentía con ánimos de perdonarlo, pues el hombre no había podido impedir que yo fuese elegido patriarca, sino que había sido yo mismo quien había renunciado generosamente al cargo.

Barzo se me había adelantado.

—Roç y Yeza están en el taller de Buchier —me susurró mi falso hermano—. No deberías presentarte allí de ninguna de las maneras: ¡es preferible que procures llamar la atención en otro lugar!

—¡Ésa es mi intención! —le contesté en el mismo tono provocador. Pero él no quiso dejarme solo y entramos juntos en la casa del monje. El archimandrita velaba aún y no se mostró demasiado disgustado al recibir nuestra visita a una hora tan intempestiva. Aseguró que había estado rezando y confesó que a pesar de la petición del khan, no había ido a ver a Koka.

—Me niego a facilitarle el camino de entrada al Paraíso a esa idólatra incorregible.

—Se está muriendo —quise convencerlo—, su alma...

Pero Sergio no se conmovió.

—¡Jamás ha querido saber nada de los sacramentos de la Iglesia ni ha pedido a tiempo que la bautizaran!

—Lo que os sucede —se mofó el hermano Barzo, que nunca ha podido tragar al monje—, es que queréis evitar no ser recibido por el gran khan durante todo un año, como pasa con cualquiera que asiste a un muerto.

El armenio otorgó a mi compañero criticón una mirada cargada de malos presagios, pero éste no pareció asustarse por ello.

—Ese camino difícilmente os llevará a ser nombrado patriarca, lo que en el fondo, monje... ¡es lo que estáis buscando!

Sergio permaneció mudo, su expresión era adusta. Entonces proclamé con voz firme:

—¡Voy a ver a la moribunda!

L.S.

Ni un rayo de luz salía de la *yurta* donde estaba instalado el taller del maestro Buchier. El carro con el árbol de la bebida se había detenido delante de la entrada, de modo que el pie del árbol, con el hueco formado entre las raíces, asomara al interior de la tienda. Buchier había practicado una abertura en las tablas que componían la plataforma del carro, permitiendo entrar por ella al interior del hueco que, a su vez, podía cerrarse por dentro. Lo que hasta entonces era la entrada para el hombre del trombón, conocida por todo el mundo, había sido bloqueada con una soldadura fija.

—Como se trata de un transporte campo a través, con las sacudidas que esto implica —le explicaba el maestro a Barzo, empeñado en supervisar todo—, la sujeción es imprescindible, y será fácil de comprender por parte de todo el que pregunte.

Barzo se dio por satisfecho y muy pronto se vio obligado a hacer la prueba, pues de repente se presentó Dshuveni. El ayudante no halló motilo alguno para formular una sospecha. Todos los trabajos que se ejecutaban en el árbol de la bebida respondían a las órdenes del khan.

—Ese extraño sacerdote —le dijo a Barzo—, ese monseñor Gosset, ha tenido suerte. Cuando se presentó Ariqboga exigiendo la cabeza del insolente criminal, el

khagan ya se había retirado a dormir. De modo que lo único que amenaza a los dos amantes será el destierro.

Sus palabras daban a entender que no estaba muy conforme. También se calló que había sido él quien había avisado a Ariqboga. En cuanto a éste, el profundo malestar que le provocó la deslealtad de su amante lo indujo a emborracharse antes que a pensar en alguna venganza razonable. Al ayudante le daba igual el destino de la esclava, pero le habría gustado asestarle un buen golpe a aquel sacerdote tan desconcertante. Ahora se había interpuesto Bulgai. Dshuveni volvió a alejarse tan silenciosamente como se había presentado. Barzo respiró hondo.

Roç y Yeza permanecían ocultos en la oscuridad de la *yrta*. El cansancio casi les impedía tenerse en pie. Habían oído lo que el ayudante dijo acerca del futuro que esperaba a Crean y Shirat, y la noticia les supuso un alivio. Entretanto, Ingolinda había preparado debidamente la cueva que debían habitar, introduciendo algunas comodidades sugeridas por su instinto maternal y por los deseos que los infantes le habían expresado. Nadie podía predecir por cuánto tiempo esa cueva tendría que servirles de escondrijo. De ahí que la señora Pascha también les procurara una cantidad abundante de alimentos conservables y el maestro instalara un tubo de modo que comunicara con el trombón del ángel, lo cual les facilitaba la posibilidad de tomar todas las bebidas que William echara, siempre que se le presentara la ocasión durante el viaje, por el embudo del instrumento.

—Lo verdaderamente tranquilizador es esa trampilla —dijo Yeza con un bostezo—; Si no aguantamos más, podremos abandonar la cueva por las noches.

—Lo primero que haré será dormir tres días seguidos, como una marmota —comentó Roç.

Uno después de otro se metieron bajo el enorme carro y desde allí entraron en el escondite. La buena de Ingolinda les tendió mantas y pieles.

—¡Muchas gracias! —susurró Yeza. Se tragó el añadido «mi querida ramera», porque comprendió que ese apelativo era agua pasada.

La cabeza del maestro Buchier asomó durante un instante al interior del refugio. Parecía triste.

—Buen viaje, mis pequeños reyes —exclamó en voz baja, y después cerró la trampilla. Roç la atrancó por dentro. Al poco tiempo, la *yrta* quedó sumida en un profundo silencio.

El pequeño palacio urbano de la segunda esposa estaba rodeado de gente. Incluso habían encendido hogueras en la calle, y los que esperaban allí aprovechaban para asar algún que otro trozo de carne. Koka-khatun se estaba muriendo. En el interior de la casa reinaba una aglomeración todavía mayor. También allí se estaba cocinando y asando comida en los hogares. Algunos lamas, vestidos con largas túnicas de color azafrán, se sentaban a lo largo de las paredes, en posición del loto, mientras

arrancaban un sonido opaco y monótono de sus pequeños tambores y uno de ellos tocaba la flauta. Había llegado el chamán, había bailado y se había ido de nuevo, después de ser agasajado con abundantes donativos. Los sacerdotes idólatras rodeaban el lecho de Koka en la habitación mortuoria y quemaban varillas de incienso para expulsar a los malos espíritus que estaban al acecho, deseosos de secuestrar el alma de la moribunda. Hacían sonar las campanillas para llamar a los buenos espíritus, procurando así su presencia en el momento en que la chapita de plata que de vez en cuando le ponían a la enferma delante de la boca y la nariz, ya no diera muestras de respiración. Los ojos de Koka iban y venían, huyendo como un animal asustado de las columnas de humo que, la luz de las velas, convertía en sombras sobre las paredes, a las campanillas agitadas que tintineaban a intervalos irregulares, como tocadas por la mano de un fantasma.

La diminuta mujer tenía la frente bañada de sudor. No comprendía por qué tenía que morir tan pronto. Esperaba que William, que acababa de entrar acompañado de su acólito, se lo explicara. Su aparición causó gran enojo entre los idólatras, a quienes la derrota sufrida ante el gran khan aún les tenía muy afectados, pero no se atrevieron a impedirle la entrada. Incluso se observó cierto respeto en la rapidez con que se retiraron del lecho de Koka y le cedieron el sitio. El tal William de Roebruk era con toda seguridad un gran hechicero, pues se había hecho evidente el mucho poder que tenía. Cada piedra que llevaba en su capa valía una fortuna. Era seguro que atraía a los buenos espíritus, y también veían que el acólito movía sin cesar el incensario con el fin de ahuyentar a los *ada*^[462].

La aparición de William tranquilizó muy profundamente a Koka. Sucediera lo que sucediera con ella, se encontraba en buenas manos. Ya ni siquiera quería dirigirle pregunta alguna. William le puso la Cruz sobre el pecho y la enferma, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, sujetó la mano de William y no cedió hasta que sus labios pudieron besarle los dedos. William la dejó hacer. En la habitación se instaló el silencio. El humo de las varillas de incienso ascendía verticalmente hacia el techo de la estancia, formando delgados hilos a los que ninguna corriente de aire perturbaba. Koka cerró los ojos y William sintió que la fuerza iba abandonando la mano de la enferma. Ésta aflojó la presión, se deslizó lentamente de la mano de William y cayó sobre la colcha. Se oyó el leve tañido de una campana. Los dedos de William se separaron de los fríos labios y marcaron la señal de la cruz en la frente de Koka.

Cuando William se retiró, empezaron los aplausos. Los idólatras fueron los primeros en batir palmas como locos; los lamas azafranados reiniciaron el toque de sonajeros y tambores y los vítores llegaron hasta la calle, donde eran recogidos por la gente que dejaba las hogueras para acercarse. Todos rodearon a William y éste supo entonces que, fuera adonde fuera, ellos le seguirían, y que cada día serían más.

Entretanto la noche había cedido al velo grisáceo de la madrugada. William decidió pasar por delante de la casa del archimandrita y dirigirse a la iglesia. En

realidad, deseaba que el gran khan pudiera verlo en aquel instante. La multitud, a la que mientras tanto se habían añadido también muchos nestorianos, cantaba el *Vexilla regis prodeunt*^[463].

Delante de la Puerta de las Cabras, abierta hacia el oeste, un grupo de personas rodeaba un caballo sobre el cual estaba siendo atado un hombre de espaldas a la cabeza del animal. Crean se mantenía erguido sobre el lomo del caballo. Estaba desnudo. Sus pies fueron metidos al revés en los estribos, y éstos fueron atados por debajo del cuerpo del caballo. Eran su único apoyo. Si caía, sería arrastrado hasta morir, su cabeza acabaría destrozada. Bulgai y Kitbogha comprobaban con ojos expertos la correcta ejecución de los nudos, que se estaban ligando bajo el control de Kito. Si el delincuente resbalaba pronto el espectáculo no duraría mucho. Habían acudido numerosos espectadores, pues una orden de destierro no era algo que se viera cada día: Bulgai solía formular sentencias más contundentes. De una manta enrollada surgió el cuerpo de una joven. Shirat también estaba desnuda y tenía las manos atadas a la espalda, no tanto para que no le fuera posible cubrir sus vergüenzas como para evitar que durante la cabalgada pudiera agarrarse al jinete. La vida de ella dependía de la fortaleza de los brazos del hombre y, en cierta medida, también de la dureza de su miembro viril. Pero esta dureza tardaba en aparecer, el miembro de Crean no mostraba el menor signo de alcanzar la erección deseada.

—A ver si le podéis ayudar —exclamó el general, animoso—, ¡igual que hacéis con un semental cansado!

Los criados de Bulgai soltaron una risa embrutecida y cogieron delgadas ramas de sauce para sacudirle latigazos al miembro flácido del condenado. Pero la vergüenza de éste seguía siendo superior al temor de la condena a muerte que sería inevitable si no tenían éxito.

—¡Haz un esfuerzo, Crean! —le exigió también Shirat, con más rabia que temor—, porque si no lo consigues, no solamente te cortarán el rabo, ¡sino que nos cortarán la cabeza a los dos!

Ya fuera porque esta observación le sirviera de ayuda, en cualquier caso, entre el dolor de los golpes y las palabras de la mujer, el cuerpo del delito no sólo empezó a expulsar unas gotas de sangre, sino que, poco a poco, se erigió en piedra de sacrificio. Los espectadores, excitados, empezaron a aplaudir cuando Shirat, sujeta por unos brazos robustos, fue elevada con las piernas abiertas sobre el caballo e insertada en aquel soporte ensangrentado. Se apoyó contra el pecho de Crean, que la rodeó con ambos brazos y la sujetó firmemente, mientras las ramas de sauce empezaban a golpear el lomo del caballo. El animal salió dando un salto gigantesco, entre los gritos enardecidos de los curiosos que se imaginaban poco más allá del placer que debía provocar el salvaje galope. La multitud describía con gestos obscenos el procedimiento aplicado, y ninguno de ellos parecía compartir lo que era la única preocupación de aquellos que habían sido unidos en la carne, y que no deseaban otra cosa que poder mantener el equilibrio. El caballo desapareció al galope, internándose

en la estepa junto con la pareja fundida en un abrazo. La gente seguía mirando, con la esperanza secreta de ver que los cuerpos fueran arrojados del lomo del animal que se alejaba de estampida, y cómo se debatirían desesperadamente para no ser destrozados por las herraduras. Pero los condenados no le hicieron el favor al pueblo. Se mantuvieron erguidos sobre el animal, hasta que éste y sus jinetes desaparecieron de la vista.

—Es una buena yegua, y está en celo —se dirigió Bulgai al general, guiñándole un ojo.

—Y ahora mandaréis detrás a unos buenos sementales —le respondió éste al juez supremo, cuya cara mostraba una sonrisa benevolente— ¿para que el daño no sea excesivo? —Y señaló dos caballos atados uno al otro, que eran portadores de ropa y alimentos para los condenados.

—Digamos que la ley ha sido cumplida —concluyó el viejo guerrero. Y el juez añadió:

—Nos podemos permitir el gesto de procurar a esos dos condenados los medios necesarios para que no padezcan más vergüenza, frío ni hambre.

—Soy de la misma opinión...

—¡Yo no! —se oyó la voz de Dshuveni desde las filas de atrás—. Os habéis adelantado a la sentencia del *khagan*.

El ayudante había seguido con mucha atención el procedimiento aplicado; después se acercó.

Pero el calvo miró con desprecio a Dshuveni desde la altura de su corpulencia.

—Soy el juez, y he dictado sentencia —dijo con mucha frialdad—. El general, por su parte, puede mandar sus caballos adonde le plazca.

Kitbogha envió una seña a su hijo Kito y los animales de carga partieron a galope tendido.

—En lo que se refiere al adelanto —añadió Bulgai—, tal vez no haya hecho otra cosa que prevenir una acción insensata de venganza por parte de Ariqboga, y una intriga complicada por vuestra parte, Ata el-Mulk Dshuveni.

—¿Acaso la esclava no merecía un castigo? —se encabritó éste—. Ariqboga tiene derecho a...

—Ariqboga puede considerarse feliz por haberse librado de esa mujer, de la misma manera que el rey Hetum debería daros las gracias, pues tuvo la insolencia de enviarnos como regalo a la condesa secuestrada de Otranto, que es pariente tanto del emperador como del sultán de El Cairo. ¿No os imagináis, Dshuveni, quién está en camino para buscarla? ¡Hamo L'Éstrange, su legítimo esposo! Nosotros —el juez supremo adoptó la sonrisa que le correspondía como jefe de los servicios secretos—, nosotros no hemos hecho otra cosa que enviarle a su esposa en compañía de un sacerdote, para que vayan a su encuentro. ¡Es una cortesía propia de los mongoles!

—Ariqboga difícilmente aceptará esa explicación. La favorita le gustaba mucho.

—¡Por eso exigía su cabeza! —le contestó Bulgai con malos modos—. Es

precisamente lo que había que evitar...

—El honor de un hermano del khan contra...

—¡Contra el honor de un descendiente de Dshagetai! ¡Lo más probable es que Hamo L'Estrange sea por línea paterna un descendiente de los gengiskhanidas! ¿Acaso había que consentir que dos parientes se pelearan como gallos por una mujer? ¡Inadmisible! El ayudante Dshuveni, con su amplia visión, ha dispuesto todo de la mejor de las maneras.

Éste no quiso conformarse con la broma.

—No pretenderéis que yo cargue con todas las culpas en el caso de que el *khagan* perdone a William y le deje quedarse aquí.

—Eso no sucederá —respondió el juez supremo con aspereza—. No hay nada que perdonar. La misión que espera a William es muy otra, pero tal vez esto sea difícil de comprender para un musulmán sunnita, a quien le gustaría estrangular con sus propias manos a cada ismaelita que pueda atrapar y que, cuando esto no le es posible, procura valerse de la ley.

—De modo que ese falso sacerdote...

—¡Tampoco es un «asesino» auténtico! —le cortó Bulgai—. Si lo fuera, ¡habría acabado con vuestra vida y con la del general!

Vio la incompreensión dibujada en el rostro del ayudante.

—El general Kitbogha llevará a cabo la campaña que vos, Dshuveni, estáis planificando y promocionando, hasta el exterminio total de los «asesinos».

—¡Hay que destruir la fortaleza de Alamut! —vociferó el ayudante, pero Kitbogha lo hizo callar.

—Ya sé que ésa es vuestra intención. Yo no necesito un motivo determinado para emprender una guerra, pero sí una causa desencadenante. ¡Aún no nos la ha proporcionado nadie!

Los ojos de Dshuveni echaban chispas. Los dos combativos ancianos tal vez subestimaran sus poderes.

Mientras, en el *hamam* del palacio, los encargados del baño se esforzaban por conseguir que el gran khan eliminara los últimos restos de *kumiz* y vino, haciéndolo sudar por todos los poros. Una vez sometido al baño de vapor y a las duchas frías, le aplicaron masajes expuestos a que, en cualquier momento, la mano regia los abofeteara si las noticias que ellos tenían el privilegio de suministrarle cada día empeoraban aún su malhumor. De modo que intentaron dosificar la información matutina.

—Vuestro señor hermano está furioso porque el juez supremo ha permitido que escapen los delincuentes. Los ha condenado al destierro.

—Me habría gustado asistir al espectáculo —dijo Mangu entre gemidos de placer—, y me habría gustado hacerlo en compañía de Ariqboga. Bulgai podía haber

esperado...

Los criados le aplicaron cataplasmas calientes y le acariciaron con dulzura, preparándolo para la próxima nueva.

—Esta noche, vuestra distinguida esposa... —el informante recibió una bofetada. Los encargados redoblaron sus esfuerzos y prefirieron ofrecerle la novedad empezando por otro aspecto—. El monje armenio se negó a asistirle. William de Roebрук, en cambio, accedió a atenderla, y se cubrió de gloria. Koka ha tenido una buena muerte.

El gran khan soltó un gruñido que podía significar satisfacción.

—¿De modo que ese monje se ha negado a obedecer mis órdenes? —Obtuvo el silencio por toda respuesta—. ¡Bulgai! ¡Quiero ver enseguida a Bulgai!

Mangu se sacudió de encima a los encargados del baño y se incorporó. Lo envolvieron en mantas calientes. «Ahora comprendo. William no quiere presentarse más ante mi vista —fue el pensamiento que se impuso en su cerebro, todavía un tanto abotargado—. Por eso decidió asistirle. Pobre Koka, ¡tener que morir tan joven en los brazos de William! ¡Pobre pequeña Koka!» Después de haberle dedicado este último recuerdo, el khan no podía hacer otra cosa que despedir a William con algún gesto extraordinario, algo no visto hasta entonces... El árbol de la bebida ya estaba perdido.

—¡Quiero que venga William! —exclamó, y todos se quedaron boquiabiertos. Esa orden iba contra todas las reglas de respeto promulgadas por el propio khan. Por otra parte, ¡si él lo quería así! La orden llegó hasta los porteros y luego a los guardias.

—¡El khan quiere ver a William, y también a Bulgai! —Ése era el encargo que llevaban los mensajeros, que partieron enseguida a todo galope.

La gran plaza frente al palacio estaba ocupada por una multitud de curiosos. Sobre unas tribunas montadas a toda prisa estaba sentado el gran khan, junto a su primera esposa y a sus hermanos, y frente a William de Roebрук, que contaba como compañeros con el general Kitbogha y el ayudante Dshuveni. Nadie se dio cuenta, dentro del ambiente tenso de despedida que reinaba, de la ausencia de Roç y Yeza.

Como signo de atención especial a William, Bulgai iba a dirigir personalmente la ceremonia. Barzo prestaría los últimos auxilios al acusado. Sergio, el monje, le había regalado su Cruz preferida montada sobre un palo, al que ahora se agarraban ambos para rezar juntos mientras los auxiliares de Bulgai regaban el alfanje con agua fría. Después condujeron al monje ante el juez.

Sergio se arrodilló y, con un gesto enérgico, se retiró la capucha de la frente. Sus ojos ardientes buscaron los del gran khan.

—Conmigo matas a Cristo para los mongoles... —Pero no pudo seguir, pues Bulgai ya le había separado la cabeza del tronco con un rápido golpe. Los auxiliares del juez recogieron el cuerpo caído, sujetándolo por los brazos y arrastrándolo lejos de allí. La cabeza cortada fue ensartada en un palo, tras haberse negado Barzo,

valientemente, a entregar el palo de la Cruz para ese fin. La cabeza empalada del archimandrita dio una vuelta de honor y el armenio cosechó los aplausos que le fueron negados en vida.

Entretanto, alguien había mandado recado de que buscaran a los infantes, pues aunque fuera comprensible que no desearan asistir al primer acto, no podían faltar en el momento de despedir a William. El gigantesco carro tirado por veinticuatro bueyes se acercó al centro de la plaza, el árbol de la bebida erguido sobre su plataforma; parecía estar bien sujeto y había sido adornado con banderitas y guirnaldas que lo cubrían de arriba abajo. El maestro Buchier y sus peones habían trabajado durante toda la mañana para permitir el precioso espectáculo que el gran khan había ideado para despedir a su amigo William de Roebuk, sin obligar a éste a cruzar una vez más el umbral del palacio. Mangu se había propuesto mostrarse condescendiente: tuvo en cuenta que William había permanecido junto a Koka hasta que los buenos espíritus se hicieron cargo del alma de la difunta, y el *khagan* era bastante supersticioso.

Ya se había realizado la ceremonia de entrega del árbol de la bebida. William subió al pescante del carro. Permaneció sentado allí, a poca distancia de Mangu; podría oír claramente su voz, y el soberano se aprestaba a iniciar el discurso de despedida. Justo en aquel instante se produjo una confusión molesta, y se oyeron gritos que decían: ¡Los infantes han desaparecido!

El gran khan se mostró soliviantado, William parecía aturdido. Inmediatamente, todas las sospechas recayeron sobre Crean y Shirat. Ariqboga lo expresó así, mientras Dshuveni recordaba los animales de carga con sus gruesos bultos sobre el lomo, esos caballos que el general Kitbogha había soltado para que siguieran a los desterrados. Pero se guardó mucho de decir algo al respecto. Los gritos de Ariqboga eran más que suficientes.

El khan declaró con voz potente:

—No es posible que la pareja real nos haya abandonado. ¡Seguid buscando! —Y ordenó que salieran grupos de búsqueda a los cuatro puntos cardinales. Una centuria de guardia, bajo el mando de Kito, salió inmediatamente en persecución de Crean y Shirat, antes de que Ariqboga pudiese dar la misma orden a su gente.

La primera esposa del khan, Kokoktai-khatun, le gritó a su esposo:

—¡Ésa es la maldición del monje! —El khan ordenó que alejaran a la mujer. En medio de aquel revuelo, el soberano acabó por sentarse y permanecer con la cabeza gacha, apoyada en ambas manos. A su lado se erguía, impassible como siempre, Bulgai.

—¿Queréis que permanezca a vuestro lado —le gritó William al khan— hasta que aparezca la pareja real...?

—¡No, no! ¡Podéis emprender la marcha! —ordenó el juez supremo sin esperar la reacción de su amo. William dio una señal a los conductores del carro, y, con un

crujido de los ejes, se puso en movimiento. Mangu no levantó la vista.

Tan sólo cuando se estableció el silencio en la plaza, preguntó:

—¿Es verdad que han desaparecido?

—Sí —dijo Bulgai—. Nos han abandonado.

—Ellos eran la llave... —suspiró el gran khan y se incorporó—. No debíamos haberla perdido.

V HUIDAS



Informe de los servicios secretos, 10 de julio de 1254

El rey Hetum de Armenia acaba de abandonar su campamento para dirigirse al khanato de Qipchak, el país de la «Horda de Oro». El rey viaja en compañía de su hermano Sempad, condestable del reino; pero también forma parte de su séquito un extranjero rico, el conde Hamo l'Estrange de Otranto, quien, según hemos comunicado ya, lleva atado al cuello el amuleto de jade verde que ha de traerle suerte, un amuleto que las madres acostumbran a colgar del cuello de los descendientes de la segunda línea masculina del insigne clan de los *kungdaichi*. El amuleto es auténtico, según pudimos comprobar. Por tanto podría tratarse del heredero que el hijo de Timuyin, Yagatai, habría engendrado antes de pasar a mejor vida por obra de los «asesinos» de Alamut. Pero también podría ser un hijo desconocido del gran Gengis-khan; quien sería entonces padre de este Hamo l'estrage, hasta ahora un extraño para nosotros. Según dicen, la madre de este hombre tuvo una vida muy agitada y emprendía viajes prolongados. El conde de Otranto tiene ahora unos veinticinco años. Tal vez sea posible encontrar rastros de su origen en Constantinopla, esa gran ciudad situada junto al Cuerno de Oro que, por lo que se asegura y aunque nos pueda parecer extraño, tiene un gran atractivo para él, y donde oficialmente se le considera hijo del almirante del emperador Federico, el conde Enrico de Malta.

Hamo l'estrage afirma que existe alguien que sabe más de su persona que él mismo: ¡William de Roebruk! Por lo cual recomendamos vigilar con atención especial al conde. Por cierto, él mismo costea los gastos de su viaje, un periplo que realiza cargado de regalos, unos regalos que reparte generosamente. En realidad está buscando a su esposa, la princesa Shirat Bundukdari, que es hermana del poderoso emir Baibar, el hombre más influyente de Egipto después del sultán. Hay quien afirma que la tal Shirat se encuentra retenida en calidad de esclava en la corte de Karakorum. A nosotros esto nos parece increíble y así lo hemos expuesto con toda contundencia, pues sabemos que las princesas viven en la corte del khan en calidad de huéspedes o de rehenes, aunque jamás las retendrían como esclavas. ¡Nuestros servicios secretos no podrían permitirse semejante error! Pero el conde no renuncia a sus fantásticas imaginaciones. De ahí nuestro ruego a que se investigue allí la situación, pues sería una vergüenza para nosotros que alguien pudiese plantear semejante reproche al khan.

Pocos días después de abandonar el khanato de Qipchak, la comitiva dio con una *yurta* miserable, construida al borde del camino. Se trata de la vivienda del desterrado Omar (el mismo que en su día llegó a nuestro país en compañía de la pareja real) y de

la joven Orda, que le ha seguido voluntariamente al destierro.

Si os dignáis recordarlo, este suceso ocurrió hace más o menos un año. Desde entonces la pareja vive en la más profunda miseria, y además acaban de ser padres de una criatura. Piden limosna a los viajeros que pasan por allí, y también en este caso obtuvieron un donativo de frutas y leche. Opinamos que unos seres semejantes, tan míseros y pobres que no pueden ser considerados un ejemplo digno de cómo viven nuestras gentes, no deberían vivir precisamente junto a una de las vías más transitadas del país, por donde circulan las embajadas. De ahí nuestra recomendación de imponer al desterrado y a su compañera que, junto con la recién nacida, se abstengan de acercarse a dicha ruta, de modo que nadie pueda verlos y obtener así una mala impresión de nuestro pueblo.

L.S.

De las puertas de la ciudad salían grupos de jinetes en número y orden desiguales. Eran patrullas de búsqueda, y llevaban banderines de colores atados a la espalda para ser reconocidos con rapidez, además de un armamento ligero. El il-khan Hulagu acababa de llegar a Karakorum con su esposa, Dokuz-khatun. Apenas habían descabalgado, cuando la princesa arrastró a su esposo a la iglesia para asistir a la misa rogatoria que Barzo estaba celebrando para implorar el regreso de los infantes.

*Supplice te rogamus, omnipotens Deus:
jube haec perferri per manus sancti Angeli tui
in sublime altare tuam, in conspectu
divinae majestatis tuae.*^[464]

El repentino fin del fraile Sergio había dejado a la comunidad cristiana de los nestorianos en la más profunda confusión, y la despedida del venerado William de Roebruk les había arrebatado la última esperanza de ser elevada al rango de Iglesia estatal con el título de *Nova Ecclesia Mongalorum*. Ya nadie se atrevía a hablar del tema ni a pedirle al khan que procediese a su fundación.

*Agnus Dei y qui tollis peccata mundi y miserere nobis.
Agnus Dei y qui tollis peccata mundi y miserere nobis.
Agnus Dei y qui tollis peccata mundi y donna nobis pacem.*^[465]

Una vez terminada la ceremonia, hombres y mujeres formaron grupos separados frente a la iglesia, y discutían con voces más mansas que acaloradas. El general Kitbogha estaba a punto de alejarse de allí para hacerse cargo del mando de las tropas de búsqueda, una búsqueda de la que el khan exigía información a cada hora. En

aquel momento salía de la iglesia el il-khan, que pronto soltó el brazo de su esposa y se acercó a su ayudante Dshuveni. El pequeño y robusto Hulagu ofrecía un aspecto de debilidad, sus mejillas redondas parecían hundidas. Hizo señas de que se acercara también su general.

—Señores —exclamó con cara de pocos amigos—, ¿cuánto tiempo queréis seguir engañando al gran khan explicándole que diez centurias son incapaces de encontrar a los infantes? Éstos no pueden haberse alejado sin ayuda de otros; lo más probable es que gocen de la protección de algún personaje muy poderoso ¡y que vosotros no tengáis la intención de descubrir dónde están!

El viejo general le respondió con un ofendido silencio, mientras Dshuveni intentaba aprovechar la oportunidad para conseguir que su amo coincidiera con él en la estrategia emprendida.

—Para tranquilizar a vuestro hermano, el excelso *khagan*, podríamos enviar hasta cincuenta centurias para que buscaran a la pareja real por toda la estepa, ¡pero nunca la encontraríamos!

—Eso sería muy poco saludable para vos, Ata el-Mulk Dshuveni —le contestó el il-khan en voz baja, aunque en tono amenazador—. Sois mi oficial ayudante y responsable del bienestar y de la seguridad de la pareja real, una pareja que mi hermano pretendía entregarme como regalo para que, una vez situados a la cabeza de mi ejército, conquistara para mí el «resto del mundo». Qué puedo conseguir sin los que habrían representado una punta de lanza de oro puro ¿y de qué me sirve un ayudante sin cabeza?

—Esa huida responde a un complot del «asesino» —quiso defender el ayudante la permanencia de su cabeza sobre los hombros—, tal vez incluso se trate de un secuestro. Obtendremos la prueba cuando Roç y Yeza reaparezcan en Alamut, y entonces tendremos también un pretexto...

Kitbogha lo interrumpió para dirigirse a Hulagu:

—En mi opinión, la clave está en William de Roebrok, que se calificó a sí mismo como ojo de la cerradura, si me permitís recordaros sus propias palabras en cierto modo proféticas...

—¿Se los ha llevado con él? —insistió Hulagu y él mismo proporcionó la respuesta inmediata—. ¡No! Cuando él todavía se estaba despidiendo de mi hermano, los infantes ya habían desaparecido.

—Y no obstante... —insistió el viejo general—, fue él quien los convenció...

—¿O ellos lo convencieron a él? —El il-khan mostraba su carácter desconfiado, desabrido y autoritario—. En cualquier caso tenemos que volver a capturarlos pues, de no conseguirlo, el *khagan* sería capaz de anular la campaña de guerra contra Occidente. La profecía dice: «Sólo conseguirás la corona del mundo junto con los hijos del Grial.»

Esas palabras escondían un mandato expreso para el general Kitbogha: continuar la búsqueda.

Dshuveni, terco como siempre, no pareció inmutarse ni se mostró convencido.

—No creo que Roç y Yeza vuelvan a aparecer en Karakorum, sino en Alamut, y me gustaría apostar mi cabeza a que sucederá como os digo, siempre que me permitáis conservarla hasta entonces. ¡Así sabremos a qué atenernos!

Su amo le dirigió una mirada penetrante.

—Es cierto, ayudante, que vuestra suposición parece lógica, ¡pero no creáis que vuestra cabeza es tan indispensable!

Nuevos grupos de jinetes salieron por las puertas de la ciudad en las cuatro direcciones de la rosa de los vientos, centuria tras centuria. Pronto fueron miles y hasta decenas de miles los que buscaban a la pareja real desaparecida.



Informe de los servicios secretos, 11 de julio de 1254

Asunto: destierro

El sacerdote Gosset y la frívola esclava de Ariqboğa han conseguido detener muy pronto la yegua que cabalgaban. Se liberaron recíprocamente de las ataduras y se comportaron como si estuviesen muy avergonzados. No nos parece que mantengan una relación amorosa, más bien nos inclinamos por decir que se trata de un espíritu de solidaridad o incluso (posibilidad que no queremos negar) podría tratarse de una pareja de agentes perfectamente compenetrados, conscientes de que trabajar para un servicio secreto puede comportarles tener que pasar por algún que otro revolcón.

De modo que ambos se esforzaron por sujetar a los animales de carga que les habían seguido guiados por el semental, como si hubiesen estado esperando dicha ayuda. Se vistieron con las ropas que encontraron entre el equipaje y prosiguieron el viaje, pero no en dirección al sur, como era de esperar, sino en dirección al campamento de Batu-khan. Ahora parecen dos mongoles y no llaman la atención de nadie.

Hemos encontrado a un testigo que confirma vuestra sospecha. El hombre asegura haber visto al supuesto sacerdote con anterioridad, en Constantinopla; afirma que entonces se hacía llamar Mustafá ibn-Daumar y se presentaba como rico comerciante de Beirut. Pero tampoco estamos seguros de que sea verdad.

Sobre todo, rogamos que investiguéis quién ha mandado a los animales de carga con el equipaje para ayudar a los desterrados. Los seguiremos observando, pues creemos que se trata de dos personajes altamente sospechosos.

L.S.

Informe de los servicios secretos, 13 de julio de 1254



Pedimos perdón por las sandeces expuestas ayer. La centuria bajo el mando de Kito, hijo del general, alcanzó a los desterrados y con ayuda nuestra revisó a fondo los equipajes enviados para auxiliarlos. Nosotros ya sabíamos que en dichos equipajes no podía ocultarse la pareja real, pues habíamos vigilado minuciosamente el momento en que llegó la carga. Creemos que, gracias a nuestras observaciones, se ha descubierto que esa esclava tan frívola como desagradecida era la princesa Shirat. En lo que se refiere a la identidad del sacerdote, también tenemos noticias. Nuestras cuidadosas investigaciones nos permiten demostrar que se trata de un ismaelita de alta alcurnia, cuyo nombre verdadero ni siquiera es aquel por el que se le conoce, es decir, Crean. Parece ser que su verdadero nombre es Odo. Un fraile irlandés, a quien pudimos interrogar en Samarkanda y que lo vio allí, en el mercado, nos ha dicho que podría tratarse de una traducción de la palabra germánica «Rahm», que en idioma anglosajón sería «Cream», es decir, crema. Si cambiamos la «eme» por una «ene», obtendremos Crean. Detrás de este nombre se ocultaría «Odo der Rahner», famoso cantante de Occitania. Según todos los rumores, este hombre se convirtió al Islam y es ahora miembro de la secta de los «asesinos».

Como podéis ver, venerable Bulgai, vuestros servicios secretos nunca duermen. Os rogamos pidáis perdón en nuestro nombre al general Kitbogha por haber sospechado de él y de su ayuda a los fugitivos. Su hijo Kito ya nos ha perdonado y se ha reído mucho. A partir de ahora dedicaremos toda nuestra atención a la pareja real desaparecida y no desviaremos nuestra atención hasta dar con ella.

Nuestro saludo al gran khan Mangu, comunicadle que su poderosa cabeza puede descansar tranquilamente sobre las almohadas. ¡El servicio secreto vigila su bienestar!

L.S.



Crónica de William de Roebrok, en el día de santa Praxedia^[466] de 1254

Roç y Yeza me dan pena, cuando pienso en la estrechez que pasan dentro de su refugio de plata, constantemente sacudidos por el movimiento del carro. Sólo de noche pueden salir a escondidas por la trampilla practicada en la plataforma, para hacer sus necesidades y lavarse un poco en un cubo que siempre dejo lleno por ahí con la excusa de dar de beber a los bueyes.

Pero no queda otro remedio. Durante el día pasan una tras otra las patrullas de búsqueda y algunas incluso se detienen para comentar con nosotros lo infructuoso de sus esfuerzos, o para pedirme consejo sobre la dirección que pueden haber tomado los fugitivos. A cada uno le voy dando una respuesta diferente.

Al final regresó Kito, que antes fue el primero en pasar de largo, y que también ha conseguido alcanzar a Crean y Shirat. Para apaciguar a los agentes de los servicios

secretos, que acechan detrás de cada colina o nos acompañan, a ellos y a nosotros, en silencio, insistió en deshacer el equipaje que él mismo había dispuesto que siguiera a los desterrados. Claro que allí no encontraron nada y, por otra parte, todo el mundo sabe que la pareja de desterrados se fue completamente desnuda y sin posibilidad de esconder nada.

Yo propuse, en broma:

—Los infantes podrían haberse escondido aquí, en el árbol de la bebida. Si me prometéis colocarlo después de nuevo sobre el carro, os permitiré que lo desmontéis.

Se echaron a reír alegremente. Kito desapareció con sus hombres por la estepa, sin esperanza alguna por cierto, pues no han visto a nadie en muchas millas. Aquí apenas hay arbustos o bosques, ni siquiera cuevas. La pareja real ha desaparecido de la faz de la tierra, según opinión de los mongoles, algo que ellos no imaginan que pueda conseguirse sin la ayuda de los malos espíritus. Pasan muchas noches junto a nosotros, acurrucados en torno al fuego, estrechamente unidos por el miedo, pues casi temen más a los *ada* que a la ira del gran khan. Si alguno de ellos observara que, de repente, desaparece algún que otro alimento depositado junto a las ruedas, y que alguna jarra de leche aparece vacía tras haber estado cerca del ángel del trombón, sin duda lo aceptaría sin pensar otra explicación, pues los espíritus suelen exigir ofrendas. La única preocupación que tengo es que a Yeza y Roç, que pueden oír cada una de las palabras que aquí se pronuncian, se les suba la situación a la cabeza y se les ocurra aparecer de repente, representando el papel de fantasmas. Sería más que comprensible que desearan estirar un poco las piernas en la oscuridad, cansados de la estrechez de su cárcel. Hasta ahora no me han deparado ninguna sorpresa de este tipo. En realidad, el problema más grave no son las patrullas que se presentan más o menos esporádicamente, sino mis acompañantes, los conductores del carro y los mozos que cuidan de los bueyes, y que forman un grupo considerable. Debo tener mucho cuidado con ellos. Por esa razón cada noche he decidido instalar mi capilla particular en el espacio vacío que queda bajo el carro, allí rezo en voz alta para procurar que «se alejen los malos espíritus». Al mismo tiempo, esto me permite comunicarme fácilmente con mis niños. Les formulo todas mis preguntas como si se tratara de una liturgia en latín, y para hacerme saber que están de acuerdo responden dando un golpe en la madera, o dos golpes cuando rechazan mi propuesta, y entonces les canto otro verso. Esos golpes tienen aterrorizados a mis acompañantes mongoles. El único a quien he confiado el secreto es a mi criado Filipino. Fue él quien me propuso declarar que el árbol de la bebida es una sede permanente de fantasmas, y de este modo conseguimos mantener alejados a los mongoles y explicar a la vez cualquier suceso extraño, como un ruido inesperado o un montoncito de mierda maloliente. A veces salen del trombón unos sonidos opacos y distorsionados o se oye un crujido entre las raíces, pero lo más sorprendente es la rapidez con que desaparecen todos los alimentos que deposito en las fuentes que forman los cuartos traseros de los leones. Por la mañana no encuentro allí más que algún que otro huesecillo roído. De modo

que pasé a explicarle a todo el que quisiera oírme que los *ada* habían reclamado el árbol para ellos y me habían tomado como rehén, obligándome a servirles y a proporcionarles comida y bebida. De no hacerlo, atacarían a mis criados y les exigirían a ellos todo lo necesario. Pero yo, William de Roebrok, estaba dispuesto a sacrificarme para bien de los mongoles que me habían sido confiados, procurando que no les sucediera nada malo. Lo mejor que podían hacer era mantenerse alejados del árbol. Yo, por mi parte, seguiría defendiéndolos de los *ada* con mis oraciones, pues siendo yo un buen cristiano, no sentía temor ante los espíritus. Mis acompañantes me lo agradecen regalándome toda clase de frutos que se procuran en secreto, pan de nueces y otras delicias, como pescados recién atrapados por ellos mismos, y de vez en cuando incluso me obsequian con un cordero que compran expresamente para que mantenga de buen humor a quienes me atosigan.

La imagen que ofrecemos es la de una larga caravana precedida de jinetes mongoles. Unos bueyes robustos tiran del gigantesco carro sobre el que se yergue solitario el árbol de la bebida, todo él de plata, que viaja sujeto con cuerdas y coronado por un ángel que, cuando el viaje nos lleva por caminos accidentados, gira con su trombón hacia todos los lados. Detrás sigue un servidor vestido con ropas de ceremonia (sacerdote a quien poco le faltó para ser nombrado patriarca de Karakorum) y Filipino, mi fiel criado. Los conductores de los bueyes, que son los que mayor peligro corren porque deben mantenerse cerca del árbol de la bebida, han construido una especie de escudo protector que tiene el tamaño de media *yurta*, y con esta pantalla a sus espaldas se sienten casi héroes. Vista de lejos, nuestra comitiva casi debe ofrecer el aspecto de una procesión guerrera, como si un único trombón hubiese salido a la búsqueda de Jericó y como si su sonido fuese capaz de derribar las murallas de todo el mundo. El rumor de que estamos poseídos por los malos espíritus ha llegado a todos los rincones de la estepa con la rapidez de un rayo. Cada vez son menos las patrullas que se nos acercan, sobre todo en la oscuridad. Prefieren trazar un amplio círculo y dar un rodeo antes que acercarse al árbol, un árbol que se ve desde lejos y que atraviesa el país en solitario.

L.S.

Cada uno de los grupos de mongoles que se encontraba con Crean y Shirat en su recorrido, se afanaba en rebuscar en el equipaje de la pareja, a la vez que le dedicaba salvajes insultos y groseras ofensas. No sólo los atosigaban las unidades que los alcanzaban por atrás, y que llegaban a galope tendido con las armas en ristre, como si se tratara de cortar en pedazos a un enemigo fugitivo, sino también aquellas otras que regresaban, cansadas de una larga e inútil cabalgada, de mal humor y sin saber qué podrían decirle al *khagan*. En cada una de estas ocasiones detenían a los desterrados amenazándolos con disparar sus flechas, y cada vez arrancaban los paquetes del lomo de los animales de carga, los abrían y revolvían su contenido. Pero la pareja real no

aparecía, y después de cada uno de esos registros faltaban alimentos. También se les estaba acabando la bebida, después de que un cazador malhumorado había agujereado el pellejo de agua con la daga.

—Parece que estén poseídos por la idea fija de que nosotros, por ser delincuentes, somos los únicos que pueden ser responsables de la desaparición de Roç y Yeza —se quejó Shirat—. Conseguirán que tengamos que morir de hambre.

Crean se atrevió a afirmar:

—Todo esto es culpa de William —pero Shirat lo dudaba.

—Seguimos atrapados en una tela de araña —reflexionaba la mujer en voz alta—, en la que nos hemos metido los dos como se meten las polillas en la luz de una candela. Todavía no ha aparecido la araña. Aunque no creo que se trate de nuestro bueno y gordo William.

Miró a Crean, que cabalgaba con aire deprimido a su lado.

—Tengo hambre, Crean —le dijo.

Caía la noche y era hora de buscar un lugar para dormir, aunque eso no les serviría para matar el hambre. Al mediodía habían compartido el último trocito de pan y bebido los restos de líquido que quedaban en el pellejo.

—Al menos deberíamos buscar un pozo, o una charca.

El compañero de Shirat no se mostraba muy galante, a pesar de que ella había consentido por dos veces unirse sexualmente a él. Como mínimo la primera. La segunda, mientras montaban a caballo, fue ella quien tomó la iniciativa.

La única respuesta que dio Crean fue un gruñido bronco. Había descubierto una luz que brillaba en la oscuridad de la estepa. Alguien estaba encendiendo una hoguera.

—Espérame aquí —ordenó a la pequeña y delicada mujer con la que solía pasar las noches, sin haberla tocado más desde que pudieron separarse aquella vez que estuvieron unidos sobre el caballo. ¿Adónde los llevaría aquella situación? Lo único que hacían ahora era calentarse uno a otro y reírse de los gruñidos de sus estómagos. Pero, poco a poco, se les estaba acabando la risa. Crean sabía que debían procurarse algo de comer y, sobre todo, de beber. Se alejó a caballo, procurando no acercarse demasiado al campamento, para que no lo delatara el ruido de los cascos de su montura. Al poco tiempo desmontó y sujetó las riendas del animal con un montón de piedras, se fijó en las estrellas y prosiguió el camino a pie. Le convenía esperar hasta que todos estuviesen dormidos antes de intentar hallar allí algo que comer. En realidad se había acercado demasiado pronto, porque tuvo miedo de que apagaran el fuego y no pudiera dar con ellos. Crean se sentó en el suelo. Miró las estrellas que resplandecían en lo alto, pegadas a la inmensidad del cielo, y estuvo pensando en el sentido de su vida, una vida que siempre se había desarrollado bajo la guía de dos astros luminosos. La luz fugitiva de Géminis^[467] indicaba la presencia de Yeza y Roç, y Libra^[468] emplazada en Venus correspondía a la imagen de la Rosa. De pronto, el ismaelita pensó (y este pensamiento le afectó como un cometa que hubiese

caído del cielo) que ambas dominantes de su vida acabarían también por desaparecer, la Rosa primero, los Gemelos después, sin que fuese en modo alguno determinante la existencia entre ellos de una atracción o de un rechazo. De repente, a Crean le pareció que esta desaparición era inevitable, del mismo modo que es imposible modificar la velocidad con que los astros se mueven por el firmamento. Aparecería una señal de fuego, daría a luz algo nuevo, un ser humano, un astro o una señal, tal vez bajo el signo de Acuario^[469], cuyo reinado todavía estaba por llegar. Crean de Bourivan, el viejo cátar, se levantó del suelo, ya con el ánimo más aliviado. Cada cosa tenía un sentido, aunque el todo careciera de importancia.

Se acercó con mucha precaución al campamento. Debía de tratarse de un grupo numeroso del que formaría parte algún personaje de categoría, puesto que en las tiendas aparecían símbolos de soberanía, por lo menos según podía interpretar él en aquel momento, en medio de la oscuridad. También había guardias que patrullaban a caballo en torno al campamento, con los cascos de sus cabalgaduras arrancando chispas bajo la luz de la luna. Crean, el «asesino», había aprendido a deslizarse como una serpiente, sin hacer ruido, aunque esto, ahora, a sus cincuenta y tres años de edad, ya no le resultaba tan fácil. De todos modos consiguió acercarse a los durmientes.

Uno de aquellos viajeros dormía aparte, rodeado de mongoles, y éstos se sentían tan seguros en medio de su estepa que ni siquiera eran vigilados por los guardias. Junto al señor que descansaba allí vio un paño blanco, y sobre él algo de carne asada, pan, queso y frutas, casi todo sin tocar. A Crean se le hizo la boca agua. Se acercó a la cabeza del hombre dormido, protegido por la sombra de una tienda. Así podría taparle la boca si se llegaba a despertar.

Lo primero que hizo Crean fue apoderarse de un puñal que vio junto a la carne, y al hacerlo arrojó también una mirada al rostro del hombre dormido. ¡Era Hamo! No le cabía duda alguna. Crean le puso la mano sobre los labios y acercó la boca a su oreja.

—¡Hamo! —Éste se despertó enseguida, pero en lugar de asustarse al ver la cara de alguien que sostenía un puñal, mordió la mano que sujetaba la suya y le asestó un golpe a quien suponía su enemigo. Sin que Crean pudiese evitarlo le hirió con el puñal, hasta que Hamo finalmente reconoció al ismaelita.

—¿Eres tú? —Hamo se dejó caer y Crean pudo comunicarle finalmente, en un susurro, los hechos más importantes que configuraban aquella extraña situación. Cuando Hamo se enteró de que Shirat estaba esperando cerca de allí, quiso levantarse de un salto. Pero esta vez el «asesino» le rozó, con toda intención, el hombro con el filo del puñal. Hamo comprendió que su intención era disparatada y esbozó un plan.

—Puesto que ya me tienes medio asesinado, déjame aquí y llévate cuanto necesites. Lo único que debes hacer es practicarle unos cortes en el cuello y la mejilla, para que se vea mucha sangre. Dentro de media hora gritaré «¡asesinos!».

—¿Y qué pasará entonces? —preguntó Crean con escepticismo, a la vez que, en un abrir y cerrar de ojos, pasó el puñal por la mejilla de Hamo y le abrió la camisa con la hoja teñida de sangre, con tanta rapidez que Hamo ni siquiera se dio cuenta de

los cortes.

Éste declaró, impasible:

—Los armenios estarán más que contentos si les pido que me dejen aquí. ¡Puedes confiar en mis amigos!

—Muy bien —dijo Crean y acabó su tarea recogiendo el mantel de tela adamascada con los alimentos que había encima—. ¡Tan pronto como el ambiente se despeje, acudiremos a tu lado! —Y desapareció sin hacer ruido en la oscuridad de la noche.



Informe de los servicios secretos, 16 de julio de 1254

La comitiva del rey Hetum de Armenia ha sido atacada en la oscuridad. A medianoche, el campamento se despertó con los gritos del conde de Otranto, que bañado en sangre decía: «¡Asesinos! ¡Asesinos!» Cuando lo exploramos con más detalle vimos que sólo tenía unos cortes poco importantes en el rostro, cerca del corazón y en un hombro. El conde Hamo l'Éstrange afirma que dos hombres se arrojaron sobre él, y que había comprendido inmediatamente que no podían ser sino «asesinos».

En efecto, el hecho de aparecer en pareja habla en favor de esta suposición. Todavía no hemos atrapado, ni mucho menos, a los cuarenta *fida'i* que el imán de Alamut ha enviado, según dicen, para que acaben con la vida de nuestro gran khan. El hecho de que se llevaran una pañoleta con comida nos indica que los atacantes padecen hambre lo cual, a su vez, nos hace pensar que puede tratarse de una pareja de «asesinos» que han perdido el rumbo y merodean por estas tierras.

Pero aunque nuestros hombres montaron enseguida a caballo y exploraron los alrededores del campamento, no encontraron ni rastro. Nos permitimos señalar que es una tarea urgente restaurar la seguridad en nuestras carreteras. Tal vez sería adecuado indicar a las numerosas patrullas de búsqueda que en este momento están intentando encontrar a la pareja real, que presten también atención a la eventual presencia de ese otro tipo de viajeros, una gentuza cuyos asaltos constituyen una vergüenza para nosotros, los mongoles, sobre todo cuando viajan por el país huéspedes de tanta alcurnia como el rey de Armenia.

El conde Hamo l'Éstrange ha demostrado ante los asaltantes, que probablemente no dirigían sus intenciones contra él, sino que venían a por su cena, la valentía de un gengiskhanida; pero hay que decir también que le falta esa tenacidad tan propia de nuestra famosa estirpe de soberanos. Aunque le vendamos las heridas y pudimos detener las hemorragias, por la mañana declaró que se veía incapaz de proseguir viaje con los demás. No pudimos insistir en que se alejara de allí, pues, aunque parezca extraño, los armenios se inclinaron casi inmediatamente por dejarlo abandonado. De repente mostraron muchísima prisa por levantar el campamento y seguir adelante.

Casi se nos ocurre la idea de que podrían haber sido ellos mismos quienes quisieran matar al conde. Según dicen, Sempad, hermano del rey, no le tiene mucho aprecio, y de todos es conocida la falsedad típica de los armenios. De todos modos le dejaron sus caballos y todos sus bienes y su equipaje, que por cierto tiene un volumen considerable.

Procedimos a dividir la escolta. Una parte siguió adelante, acompañando al rey, otra parte se quedó con el conde. Éste demostró una vez más un comportamiento absolutamente contrario a lo que es costumbre entre nosotros, los mongoles, pues no parecía interesarle en absoluto nuestra presencia. Exigió de los hombres que, desde que lo vieron en Sis, la capital armenia, reconocieron en él a un *kungdaichi*, es decir un descendiente del gran forjador de imperios Gengis-khan, que lo dejaran sencillamente tirado en la estepa, pues pensaba morir allí. ¡Como si los mongoles pudieran dejar jamás abandonado a un miembro de su familia reinante! De modo que no pensamos movernos de su lado. Hamo l'Éstrange se niega a tomar alimentos, parece que ha abandonado toda ilusión por seguir viviendo, como si el puñal de los «asesinos» le hubiese administrado un veneno que no conocemos y que le ha robado todo valor y todo ánimo. Rogamos insistentemente que el próximo *jam* nos traiga instrucciones para saber qué debemos hacer.

L.S.

El gran khan se negaba a levantarse de la cama. El juez supremo se había sentado junto al lecho del soberano y ambos jugaban una partida de go. Pero, por muchos esfuerzos que hiciera Mangu, sufría un asedio tras otro.

—¡Dame otros cinco! —gruñó con tono agresivo, para encubrir su insatisfacción.

Bulgai atravesó con ligereza el campo y rodeó a otra de las piezas.

—Es imposible que los desaparecidos no estén dentro de un círculo de mil millas, no pueden haber llegado más lejos, a menos que se hayan transformado en pájaros...

—¡En espíritus! —lo interrumpió Mangu, asustado ante sus propias palabras.

—Es imposible que diez mil jinetes no puedan encontrarlos —prosiguió Bulgai con gesto impasible—. Ni un ratón...

—¿Qué conclusiones sacáis? —Mangu se sentía a disgusto al ver que su oponente lo tenía rodeado una vez más—. ¡Quiero que me lo expliques!

Bulgai no tuvo que pensarlo mucho.

—La pareja real viaja delante de nuestros ojos, pero nosotros no sabemos verlos.

Mangu se atrevió a realizar una jugada arriesgada, con la esperanza de que su contrario estaría desconcentrado.

—¡No puede ser que veinte mil ojos estén ciegos todos al mismo tiempo!

—Algún contenedor les proporciona invisibilidad...

—¿De modo que también vos creéis en los espíritus?

—William —inició el juez supremo su jugada más atrevida—, nos está

demostrando últimamente que tiene poder sobre los espíritus, o más bien que ellos tienen poder sobre él. Los *ada* lo han atacado, se han apoderado del árbol de la bebida y no quieren alejarse de él...

—¿Mi William? ¡No lo creeré jamás!

—Permitid que lo detengamos y exploremos a fondo la situación, abriendo, cortando y desmontando el árbol.

—¿Mi árbol de plata? ¡Jamás! —Mangu estaba tan indignado que parecía tenerle sin cuidado el hecho de que Bulgai tuviese de nuevo asediadas sus piezas.

—Podríamos tirar el árbol a un río, o encender un fuego debajo.

—¡No podréis hacerlo si está habitado por los espíritus!

—¡No existen tales espíritus! —respondió Bulgai con dureza—. El hecho de que William pretenda que algunos se esconden en el árbol, no permite sacar más que una única conclusión...

—El árbol podría sufrir daños y, ¿cómo quedo en este caso ante los ojos de William? —Mangu aprovechó con mucha picardía la sorpresa del juez supremo y consiguió al fin rodear una de las piezas enemigas. Pero el juez se limitó a sonreír con astucia.

—Sólo deseaba llamar vuestra atención sobre estos hechos —dijo Bulgai y encerró a su vez una pieza del khan.



Informe de los servicios secretos, 17 de julio de 1254

Poderosísimo Bulgai, ante quien siempre hemos de sentirnos avergonzados. Llegó vuestro *jam* y todo se ha aclarado. Puesto que el conde Hamo l'Estrange seguía insistiendo en que lo dejáramos solo, nos hemos retirado, pero detrás de cada colina y de cada arbusto se dejó caer uno de nosotros del lomo de su caballo, ocultándose detrás de esos escudos que nos proporciona la naturaleza, tal como nos han enseñado. De modo que establecimos una cadena de observadores, aunque invisible para el hombre abandonado.

No pasó mucho tiempo y llegaron, montados a caballo, el sacerdote desterrado y la princesa Shirat. La mujer saltó del caballo y abrazó a Hamo. El sacerdote los miraba como avergonzado, pues se besaban y se acariciaban como dos amantes, aunque en realidad son marido y mujer. Nuestras indagaciones nos han llevado a esta conclusión. Los esposos felizmente reunidos obsequiaron generosamente al sacerdote, le asignaron ropas y caballos y lo dejaron solo.

Hemos decidido seguir observándolos en secreto y volvimos a dividir nuestro grupo. La mitad sigue a la pareja, que se está alejando de esos parajes, siempre a la distancia prescrita de las sombras de las pequeñas colinas. La verdad es que jamás podríamos permitir que un *kungdaichi*, una vez reconocido como tal, siga cabalgando solo, ¡más sabiendo que tiene una esposa tan lista e intrigante!

La otra mitad del grupo ha seguido al desterrado, según nos aconsejó vuestro *jam*, pues somos conscientes de que se trata de un hombre peligroso que nunca debería quedar sin vigilancia. Los que se dedican a esta tarea se van ocultando con mucha perseverancia y siguiendo el método que tantos éxitos nos ha proporcionado ya, en los alrededores de donde cabalga el vigilado, enterrándose como zorros en su madriguera. Sabemos aplicar lo que hemos aprendido. De este modo, y siempre a cubierto, estamos a la espera de lo que el hombre decida hacer.

Por último, nos permitimos señalar que tal vez fuera el propio sacerdote quien intentara matar al conde Hamo, cuando acudió de noche al campamento, todo ello por celos, pues querría quedarse con la princesa. Es posible que se llevara la pañoleta con los restos de comida sólo para encubrir sus intenciones asesinas, una vez fracasado su intento gracias al valor con que se defendió Hamo. ¿No sería posible también que el conde lo haya reconocido (de ahí que se mostrara tan confuso) y que se pusiera de acuerdo con él en cambiarle la mujer por las ropas y los caballos? En cualquier caso, el supuesto sacerdote es un hombre muy peligroso y con toda seguridad un «asesino».

L.S.



Crónica de William de Roebрук, día de san Pedro ad Vincula^[470], 1254

Avanzamos muy lentamente debido al peso enorme del árbol de la bebida. Puedo afirmar que, en este caso, veinticuatro bueyes no van más de prisa que dos. El carro cargado con el símbolo de la derrota del gran khan (y de mi último triunfo) sigue rodando cansino por la estepa, donde se ve desde muy lejos. Roç y Yeza están deseando salir de su escondite, y yo los comprendo. Me han amenazado con desertar alguna noche en secreto de su «cárcel sin ratas», como la llaman, y presentarse junto a la hoguera para asustar a los mongoles como si fuesen unos temibles *ada*. Les he rogado (de rodillas, puesto que siempre estoy rezando debajo de la trampilla) que esperaran todavía un poco, pero me lanzaron un chorro de líquido que no era en absoluto potable, y a través del trombón sonó un horrible grito, algo así como «ouhu-ou-ou-ou- hou-ii-i», hasta el punto de que los mongoles se quedaron tiesos de espanto. Comprendí que sería difícil seguir manteniendo ocultos a los infantes, de modo que, simulando que estaba aterrorizado, corrí hacia el grupo de conductores y mozos que se cuidan del carro y de los bueyes y exclamé:

—Los malos espíritus quieren apoderarse de la pareja real. Dicen que los buscarán y los encontrarán.

Se mostraron tan asustados que todavía añadí algo más.

—Los *ada* dicen que si nos oponemos a sus intenciones o si los traicionamos, ¡nos retorcerán el pescuezo!

Ésta fue una buena explicación adelantada de la imagen que se nos ofreció a la mañana siguiente. Roç y Yeza aparecieron tranquilamente sentados en el barreño que

sirve de bebedero a los bueyes, y se reían, salpicándose uno a otro.

—¿Dónde estamos? —preguntó Yeza—. ¿Y quiénes sois?

Entré en el juego, los saludé con gran respeto, y pregunté:

—¿Adónde vais, pareja real?

Roç contestó con voz triste:

—Somos prisioneros de los *ada*. Únicamente podemos estar con vosotros durante el día, y debemos pasar la noche junto a ellos, en el interior del árbol.

Esta solución nos pareció aceptable a todos, y los conductores del carro que se sentaban en el pescante, temiendo por su pescuezo, empezaron a gritar cada vez que descubrían alguna patrulla cercana, en viva voz:

—¡Escondeos, rápido!

Y entonces Roç y Yeza se ocultan metiéndose bajo el carro, que sigue siendo terreno vedado para todos los demás, pues nadie sabe cómo consiguen introducirse a través de la trampilla en el hueco del árbol de la bebida. Aunque muy pronto los dos infantes pasaron a ocupar el pescante y otear los alrededores.

En cierta ocasión nos encontramos con una comitiva importante, que casi podríamos calificar de pequeño ejército, pero Roç nos tranquilizó:

—¡No se trata de mongoles! Reconozco el banderín de los armenios. ¡No hace falta esconderse!

Los conductores se echaron a temblar, pero los infantes se arreglaron el cabello y alisaron sus ropas arrugadas todo lo que pudieron, recibiendo a los armenios en una postura erguida y digna, sentados en lo alto del pescante. Los infantes sujetaron las riendas de los bueyes y saludaron con mucho empaque a los recién llegados.

Uno de estos recién llegados era el rey Hetum en persona, según pudimos comprobar, es decir: ¡el mismo desalmado que compró Shirat a un comerciante de esclavos y la regaló al gran khan, como parte del tributo que le debía! Yeza conocía toda la historia, por lo que exclamó:

—¡Ah, de modo que vos sois el rey de Armenia que se dedica a vender a las esposas de los caballeros valientes! ¡La condesa de Otranto os está esperando desde hace tiempo para daros las gracias!

—¿Qué estáis diciendo, joven señora? —intervino un guerrero corpulento—. Soy Sempad, el condestable, y en nombre de mi rey...

—No digáis nada más, señor Sempad —lo interrumpió Roç con aspereza— Shirat no ha querido aguantar más y se ha despedido de la corte del gran khan. ¡Os podríais haber encontrado con ella durante el viaje!

—Pero como veo que seguís teniendo ambos ojos sanos y salvos —prosiguió Yeza—, supongo que no habéis tenido la mala suerte de dar con ella. ¡Estad seguro de que os los habría arrancado!

—Eso puede ser verdad, hermano —intervino entonces el rey, sonriendo con malicia.

—¿Quiénes sois, que os permitís dirigirme semejante reproche?

Y yo contesté rápidamente:

—La pareja real viaja por mandato del gran khan. Yo soy William de Roebruk, embajador del rey Luis de Francia.

El rey Hetum examinó asombrado a Roç y Yeza, así como al gigantesco árbol de la bebida que llevan detrás, y que a él debía de parecerle un trono con dosel, de unas formas jamás vistas hasta entonces. Finalmente se dirigió a mí:

—Hemos tenido noticias de vos. De modo que no deseamos interrumpir más vuestro viaje. ¡Vamos, Sempad!

Con estas palabras reconvino a su hermano, que ya había desmontado y quería acercarse al carro con gesto amenazador. Sempad soltó un gruñido ininteligible cuando Roç dio unos latigazos a los bueyes y le gritó a Hetum:

—¡Nuestros mejores saludos a Mangu-khan!

Los ejes de nuestro carro giraron con un crujido y éste volvió a ponerse en movimiento, mientras los armenios se alejaban en dirección opuesta.

Al anoecer encontramos a Crean al borde del camino. Parecía habernos estado esperando. Lleva varios caballos y está perfectamente vestido, en realidad sus ropas me hicieron recordar los trajes que solía llevar Mustafá ibn-Daumar, el comerciante de Beirut.

Por él nos enteramos de que Hamo y Shirat están de nuevo reunidos. Roç y Yeza no parecen demasiado contentos de volverlo a ver, puesto que además les ha exigido que vuelvan a esconderse dentro del árbol, afirmando que los mongoles nos vigilan. Aseguró que en cada hondonada y detrás de cada arbusto se oculta un espía. Cuando señaló un arbolillo que se encontraba no lejos de la carretera, de repente éste empezó a moverse y desapareció como tragado por un agujero.

—Es mi escolta —bromeó Crean, que sigue teniendo los labios tan delgados como siempre.

Yo dije:

—Si cedo a Mustafá ibn-Daumar la mitad de mis gentes, podría dirigirse de vuelta a Beirut con todas esas mercancías que yo ya no puedo proteger, después de que los armenios le han echado un ojo.

Crean me miró y asintió.

—Sigues siendo un viejo pícaro flamenco, William de Roebruk, ¡a quien el destino siempre sugiere una solución sabia!

—Más bien los *ada* —lo corregí, aunque él no entendió esto.

L.S.



Informe de los servicios secretos, 4 de agosto de 1254

Siempre a la prudente distancia de la «sombra de las pequeñas colinas» seguimos al conde de Otranto y a su esposa. No sabemos hacia dónde se dirigen, y

sentimos profundamente no poder formar el séquito de honor que corresponde a un miembro de la casa real, por cuyas venas circula la sangre del gran forjador de imperios. Pero Hamo l'Estrange no desea que lo acompañemos, según nos señaló tras preguntarle al respecto. Habíamos enviado a un *jam* para hacerle este ofrecimiento. Al parecer se dirige al campamento de Batu-khan. Probablemente tendrá que atravesar el territorio de los bandidos, algo que nos preocupa muchísimo, puesto que una pareja tan ricamente vestida, que atraviesa la estepa completamente sola es simplemente una provocación para los asaltantes. Por esa razón hemos reducido la distancia que nos separa de ellos, de modo que podamos tenerlos siempre a la vista.

Pero en lugar de tropezar con unos bandidos, el conde y su esposa se encontraron con la *yurta* de Omar y Orda, cuyas míseras circunstancias de vida ya hemos expuesto en un informe anterior.

La pareja tiene una niña de cuatro meses, lo que hace todavía más penosa su situación. ¡Es una vergüenza para nuestro país!

Se sobrentiende que los dos desterrados suplicaron un donativo al noble *kungdaichi*, y Hamo l'Estrange ha demostrado tener un gran corazón. Desmontó del caballo y se aprestó a obsequiar generosamente a esos desgraciados. Su esposa Shirat aceptó quedarse con la niña y, como si esto no bastara, ella y el conde cambiaron sus ricos ropajes por los harapos de los desterrados. También les regalaron los caballos sobrantes y todas sus pertenencias y salieron con sólo dos monturas, sin animales de carga ni de repuesto. Parecían felices por lo que han hecho. Hamo l'Estrange y su esposa demuestran ser cristianos ejemplares de arraigada fe.

Posdata a nuestro informe del 17 de julio de 1254

Como compañera de un desterrado, la mongola Orda está obligada a responder ante los agentes del servicio secreto. Nos permitimos presentaros el acta de su interrogatorio. Creemos que contiene información importante, en cualquier caso, nos suministra datos hasta ahora desconocidos.

Pregunta: —¿Cómo te has atrevido a pedir limosna a los viajeros? ¿No te da vergüenza?

Respuesta: —La miseria es enemiga de la vergüenza. Hemos tenido la suerte de que la princesa supiera, dada su estancia como esclava en casa de Ariqboga, toda la historia de nuestra desgracia, aunque no nos conocía personalmente, ella misma nos ofreció su ayuda.

—¿Por qué han cambiado los viajeros sus ropas por vuestros harapos?

—El conde teme que su mujer sea perseguida tanto por quien hasta ahora era su amo, el hermano del khan, como por parte de Sempad, el hermano del rey de Armenia, que desde hace tiempo le ha echado un ojo encima. Albergan la esperanza de que si se disfrazan de mendigos, les sea posible escapar a esa persecución.

—¿Cómo has sido capaz de arrancar la criatura de tu pecho y entregársela a otra mujer? ¿Acaso no sientes amor por tu niña?

—Amal es la hija de nuestro amor. Pero nosotros vivimos una situación tan miserable que constantemente hemos de temer su muerte, ya sea por hambre o por frío. La princesa ha perdido a su propia hija en circunstancias trágicas. Nuestra pequeña Amal hizo despertar sus sentimientos maternos y me pidió que le entregara la niña. Seguramente esto les facilitará también la huida, puesto que nadie mira a la cara a una madre que lleva una criatura pegada a su seno.

—¿Os han ofrecido los viajeros proseguir camino con ellos y, en caso afirmativo, hacia dónde se dirigían?

—A nosotros nos habría gustado viajar con ellos, pero nos dijeron que sería mejor hacerlo por separado y volver a reunirnos en la frontera del imperio en la ciudad de Samarkanda. Allí nos devolverán a nuestra pequeña Amal, han prometido ocuparse de nosotros y premiarnos nuestra ayuda.

—¿Y qué propósitos tenéis ahora? ¿Acaso rechazáis esa oportunidad tan generosamente ofrecida?

—Les seguiremos, aunque vayan a tierras extrañas. En este país de los mongoles, aunque es mi patria, ¡ya no nos queda esperanza alguna!

Así que dejamos en libertad a los dos desterrados. Nos parece una buena solución. De este modo podremos deshacernos de ellos y ya no tendremos que padecer vergüenza por su causa. Hemos decidido no seguir vigilando a Hamo l'Étrange, aunque sí seguiremos cuidándonos de que no le suceda nada. En cuanto a los desterrados, no merecen nuestra atención.

L.S.

Aunque disgustado por el fracaso en la búsqueda de la pareja real, puesto que Roç y Yeza seguían desaparecidos hasta el punto de que parecía un asunto de brujería, el gran khan siguió la tradición habitual de su pueblo y trasladó su residencia al campamento de verano. Antes de partir despachó la molesta cuestión de una reforma de las comunidades de fe cristiana dentro del territorio de soberanía de los mongoles, nombrando patriarca a Bartolomeo de Cremona, pero sin fundar una *Nova Ecclesia*. Todo seguiría como antes y Barzo actuaría como una especie de *jam* cristiano, que recibiría a todas las embajadas enviadas por la santa Sede y por los soberanos occidentales, si es que todavía llegaba alguna.

De momento sólo llegó el rey de Armenia, quien rechazó de plano cualquier iniciativa de este tipo, aduciendo que la Iglesia armenia reconocía la supremacía del Papa, pero no estaba dispuesta a que un monje franciscano pudiera imponerle sus normas rituales. Dijo venir a presentar sus respetos al gran khan y que para este fin no necesitaba asistencia espiritual de ningún tipo.

Todos se mostraron muy corteses y nadie habló del «regalo» que había adelantado

a su visita, precisamente la esclava Shirat. Sin embargo, Sempad, dado su carácter tosco y poco diplomático, pretendía preguntar por la «dichosa esclava», y sólo la habilidad del intérprete, que se tragó la frase porque no la entendió, impidió que Ariqboga lo retara en duelo. Cuando el ayudante se estaba enterando del incidente habló uno de los seguidores de Sempad, que había reconocido a Crean en la estepa mientras estaba esperando a William. Se trataba de un caballero francés, el señor Oliver de Termes.

—¡Aquel hombre era Crean de Bourivan! —exclamó y el intérprete tradujo—: ¡Es un «asesino», pero también es hombre de la *Prieuré*! ¡Cómo puede causaros sorpresa que Roç y Yeza os hayan sido arrebatados! En cierto modo, pertenecen en cuerpo y alma a esa secta. Podríamos afirmar incluso que la *Prieuré* fue quien creó la pareja real.

Llegados a esto, los mongoles se quedaron muy sorprendidos, pues aunque habían oído hablar del Papa y del emperador, es decir, de unos soberanos poderosos que se negaban a someterse, era la primera vez que alguien les hablaba de la *Prieuré*. El gran khan se mostró muy desorientado al enterarse de la existencia de una potencia que se atrevía a intervenir en sus asuntos sin consultarle. De golpe creyó entender quién era William de Roebruk. ¡El emisario de esa secta secreta! Y él, Mangu, había rechazado la amistad de ese hombre, lo había ofendido y herido, sólo porque algunos sacerdotes e idólatras habían protestado de él. ¡William no se habría llevado consigo a sus criaturas! Pero Ariqboga, cuyos pensamientos transcurrían con mayor lentitud, exclamó triunfante:

—De modo que se trata de un complot de los «asesinos». Yo tenía toda la razón cuando exigí cortarle la cabeza a Crean. ¡Ha sido él quien ha organizado el secuestro de la pareja real!

Sempad lo miró sorprendido.

—Si os referís a la pareja real que viaja en compañía de William de Roebruk por encargo del gran khan, podemos aseguraros que los hemos visto. Os mandan recuerdos —se dirigió como de pasada al gran khan.

Éste se quedó con la boca abierta, y cuando se vio capaz de volverla a cerrar, gritó:

—¡Bulgai! —El juez supremo se encontraba todo ese tiempo a su lado.

—Ya os lo había insinuado, soberano mío —respondió el juez con mucha cortesía—. ¡No podía ser de otro modo!

—¡Qué estáis esperando! —rugió Mangu—. ¡Traed enseguida a la pareja real a mi presencia!

Sempad dio un paso adelante.

—Insigne soberano, ¡yo me ofrezco a ir en busca de esos jóvenes!

—¡Lo veis! —resopló el khan con desprecio, al ver que también el general Kitbogha se acercaba—. ¡El condestable consigue en un abrir y cerrar de ojos lo que vosotros no habéis sido capaces de hacer en tres meses y con diez mil hombres a

vuestra disposición! ¿Por qué? Porque tiene ojos en la cara. Que se lleve todas las tropas que crea necesarias. ¡Debéis salir enseguida, mi querido Sempad!

—¡Mis mejores sabuesos os acompañarán! —le ofreció Ariqboga, y el condestable se mostró de acuerdo. Se le encendió la cara de entusiasmo sólo con pensar en la cacería, y salió a toda prisa de la sala de audiencias.

Poco después, Sempad atravesaba la Puerta de las Cabras con una centuria de mongoles y acompañado además por todos sus caballeros.

—Pero ¿qué será de William? —preguntó Bulgai a su soberano, una vez éste se hubo tranquilizado.

Mangu fijó la mirada de sus ojos encogidos en el juez supremo.

—¿Lo preguntáis ahora, después de que el único que sabrá encontrar a ese traidor ha salido de la ciudad? —Bulgai no se inmutó—. Haced con él lo que queráis hacer con mi árbol de la bebida. Arrojadlo al agua, partidlo en pedazos, encended un fuego debajo, lo que queráis.

—¿Y los espíritus?

—¡Ah, los espíritus! —le respondió el gran khan con un gesto de desprecio—. Mejor procurad que el árbol me sea devuelto en buenas condiciones.

Bulgai se inclinó, le envió una señal imperceptible al general y se encontró con éste detrás de una columna.

—Avisad a vuestro hijo. Yo ya me he preocupado de que el tal Sempad no alcance su objetivo con tanta rapidez como pretende.

Los dos ancianos compartían una sonrisa maliciosa.

—He destinado a su acompañamiento a la «centuria de los cincuenta cojos y de los cincuenta ciegos» —respondió el general sonriente y del todo satisfecho—. ¡Y los diez mensajeros más rápidos a caballo ya han partido para avisar a Kito!

VI PERSEGUIDORES Y PERSEGUIDOS



Informe de los servicios secretos, 14 de septiembre de 1254

La centuria de Kito se acercó como un viento furioso y daba alegría ver cómo los mongoles formaban, cada uno de ellos, un solo cuerpo fundido con su caballo, y cómo diez hileras de diez de estos cuerpos formaban a su vez una magnífica unidad de combate. A nosotros, que trabajamos en secreto aunque nuestra actividad sea bien importante, con sólo verlos se nos hincha el corazón de orgullo.

El señor Kito ha confiado a Hamo l'Estrange que el condestable de Armenia tiene mano libre y jinetes suficientes para lanzarse a la búsqueda de la pareja real, y que difícilmente resistirá la tentación de apoderarse también de la princesa Shirat. Sabemos por nuestros espías, los agentes secretos entre los guerreros que acompañan a Kito, que esta advertencia no pareció impresionar mucho al conde en un primer instante. Agradeció el aviso al señor Kito, pero le rogó que, a pesar de ello, lo dejara resolver solo sus asuntos familiares. Aunque el señor Kito, que es muy listo, le contestó que el amuleto, esa piedra de la suerte que el conde lleva atada al cuello, demuestra que es un *kungdaichi*, y que lo obliga a él, Kito, a protegerlo y seguirle irremediamente hasta la muerte, pues de no hacerlo, la ley *yasa* exigiría que tanto él como toda su centuria fuesen juzgados y condenados por desertores. El conde no quiso cargar con semejante responsabilidad, de modo que aceptó la escolta que se merece un *kungdaichi*. Por lo demás, la comitiva al completo ha renunciado a seguir avanzando en dirección al campamento de Batu-khan y se dirige ahora hacia el sur. Nuestros agentes siguen manteniendo contacto.

L.S.



Crónica de William de Roebrok, Septem Dolore^[471], B.M.V., 1254

Los conductores del carro fueron los primeros en ver la nube oscura desde la altura del pescante, una nube de polvo entreverada de destellos amenazadores de hierro y acero. Poco después se veía claramente que una centuria completa se acercaba a nosotros con los banderines al viento y las lanzas dispuestas para el ataque.

Subí al carro y me situé bajo del árbol de la bebida.

—¡Recordad la amenaza de los *ada*! —les grité a mis mongoles—. Cuidad vuestras lenguas si no queréis que mañana por la mañana estén colgando fuera de vuestras bocas, ¡completamente negras! Ni una palabra acerca de la pareja real, o todos nosotros moriremos estrangulados por los demonios —y señalé con un gesto de temor las ramas del árbol que tenía encima— ¡que están al acecho, vigilando a los

traidores!

En esto ya llegaban los primeros perseguidores. Venían encabezados por el señor Sempad, condestable del rey de Armenia, acompañado por una centuria de guerreros mongoles que forman extrañas parejas en las que uno de los hombres sujeta las riendas de dos caballos. También traían consigo una jauría de cincuenta perros sabuesos que tiraban con furiosos ladridos y jadeos de las correas. Son los perros de Ariqboga, de los que he oído contar muchos detalles horribles, historias que no me quedó más remedio que creer cuando los vi rodear nuestro carro echando espumarajos por los belfos colgantes.

—¡En nombre del gran khan! —exclamó Sempad—. ¿Dónde está la pareja real?

Todos nos miramos sorprendidos, como si no supiéramos de qué nos estaba hablando, y él insistió:

—¡Los tenéis escondidos!

Di a mi mirada la expresión más estúpida que me fue posible y pregunté:

—¿A quién?

Sempad silabeó airado:

—¡Muy bien! Tenemos el derecho y el encargo de inspeccionar ese árbol de la bebida que estáis transportando, para ver si se ocultan en él los fugitivos.

Le respondí con firmeza:

—Si es el *khagan* quien os manda, os obedeceré con mucho gusto. ¡Os supongo enterado de que también yo viajo como embajador oficial suyo, y que llevo plenos poderes escritos y sellados!

—William de Roebruk, descubriréis lo que valen esos poderes —me espetó el condestable y la más fría ira asomó a sus ojos—, en cuanto inspeccionemos el árbol de la bebida, ¡de cuyas ramas os colgaremos si contiene los frutos que pretendemos recoger!

Mis conductores de bueyes se quedaron petrificados cuando los primeros guerreros subieron al carro y empezaron a golpear el tronco del árbol con los sables.

Entretanto los mongoles, que habían descabalgado por parejas, formadas cada una por un ciego en el que se apoyaba un cojo, mientras éste guiaba al primero; entablaron conversación con mis hombres. Éstos señalaban temerosos y con mucho respeto las ramas del árbol, y la expresión de su rostro se trasladó a los recién llegados como una pulga salta de un cuerpo a otro. Incluso a los sabuesos se les pusieron los pelos de punta y empezaron a gruñir atemorizados.

—¡Por última vez! —gritó el condestable con voz airada delante del árbol—. ¡Salid de ahí! A vos, pareja real, nada malo os sucederá. ¡Lo único que haremos será devolveros al insigne Mangu-khan!

Pero no obtuvo respuesta del interior, sólo el viento de la estepa movía las ramitas de plata haciéndolas tintinear y se revolvía en la boca del trombón, del que salía un tono opaco ensordecedor como una oleada de altibajos sonoros.

Los mongoles se miraron unos a otros con expresión significativa. Los jinetes de

Sempad habían aflojado entretanto la sujeción del árbol hasta un punto que les permitía inclinar a éste lentamente hacia un lado. Seguramente les habían insistido para que no dañaran en ningún caso la preciosa pieza, pues se los veía proceder con suma precaución, hasta que, finalmente, pudieron echar un vistazo a la cueva formada entre las raíces gracias a esa inclinación. Uno de los acompañantes de Sempad avanzó gateando y metió la cabeza en la oscuridad de la abertura que el maestro Buchier había dejado allí, aunque ésta es tan estrecha que más bien parece el agujero de un «lugar oculto». Aún no habían descubierto la trampilla en la plataforma de madera del carro. El hombre sacó el sable y estuvo revolviéndolo dentro de la oscuridad.

—¡Huele como una madriguera de zorros! —exclamó, una vez hubo sacado de nuevo la cabeza—. Según parece, la cueva está vacía —informó a Sempad— pero hasta hace poco no creo que lo haya estado. Ahí caben perfectamente dos personas delgadas...

—¡Acercad los perros! —ordenó Sempad, furioso, y los hombres hicieron subir a varios animales a la plataforma del carro y acercarse a la abertura del árbol, sujetos con largas correas. Los perros ladraron e intentaron meterse en el hueco, parecieron volverse locos y sacaron a dentelladas mantas y pieles de su interior; uno de ellos se excitó tanto que se metió hasta muy arriba por el tronco del árbol, hasta el punto de que ya no pudo bajar. Sus aullidos aterrorizados nos llegaban a través de los labios del ángel y causaron una impresión sumamente penosa. Los mongoles, tanto los míos como los del señor Sempad, intercambiaban miradas preocupadas. Nadie se atrevía a meterse detrás del perro y tirar de éste por la cola, pues los hombres que sujetaban el árbol de plata en posición inclinada se negaron a seguir sosteniéndolo y gritaron que lo dejarían caer si los que tiraban de las cuerdas no aflojaban enseguida.

Sempad dio órdenes de enderezar el árbol y dejar al perro donde estaba. Señalando el montón de mantas y pieles de los que otros perros seguían tirando, mordisqueándolas y oliéndolas excitados, el condestable se me acercó con aire amenazador:

—¿Acaso todavía pretendéis negar, a la vista de estas prendas malolientes, que habéis mantenido ocultos a los fugitivos?

Mi respuesta fue atrevida:

—No osaréis afirmar que el árbol de la bebida del gran khan huele mal. Deberíais saber que en ese hueco siempre se agachaba un criado del soberano, lo que no era ningún secreto en la corte. Ese criado repetía las órdenes del escanciador de modo que el ángel pudiera proclamarlas a través del trombón, para alegría y diversión del *khagan* y de sus huéspedes. Ésa es la explicación.

—¿Y por qué ladran y se excitan tanto los perros? No será porque sienten el olor del criado, sino porque olfatean a la pareja real. Además, los he visto con mis propios ojos y he hablado con ellos. ¿No querréis hacerme creer que ya no domino mis sentidos? Os lo advierto, aunque estéis bajo la protección del gran khan, este insulto

os costará... —Intentó levantar el sable, pero uno de sus acompañantes se lo impidió. Yo lo había reconocido enseguida: era Oliver de Termes.

—¡Alto, condestable! —exclamó—. William de Roebruk, el mayor embaucador de este siglo, es inmortal.

Al decirlo, me sonreía y me empujó hasta quedar fuera del alcance del arma.

—Ejecutarlo con el sable sería un castigo demasiado leve para los males que nos ha causado. Os propongo algo mejor: interrogaremos a su gente. Así descubriremos sus mentiras y después decidiremos cómo darle su merecido de una forma que complazca también al gran khan.

Tras estas palabras llamó al intérprete y se dirigió a los conductores de bueyes.

—Supongo que todos habréis visto a Yeza y Roç sentados aquí, en el pescante.

El intérprete traducía y mis mongoles respondieron con la convicción de una tropa de comediantes que tiene bien ensayado su papel.

—¿De qué nos estás hablando? ¿Cómo se te ocurre? ¿No habrás perdido también tú la razón? —contestaron indignados y con la expresión más estúpida que imaginarse pueda—. Ahí nos hemos sentado todos nosotros, por turnos, ¡pero jamás una muchacha! —Y le enseñaron los puños. Al mismo tiempo, los mongoles que Sempad había traído consigo se unieron a mis hombres, y el condestable se vio de repente frente a una mayoría que superaba con mucho el grupo formado por él y sus caballeros.

Si Sempad se hubiese atrevido, aún podría haber ganado la partida, pero debió de parecerle peligroso enzarzarse en una pelea con quienes le brindaban hospitalidad. Dio una patada en el suelo:

—No quiero acusar a ningún mongol de haberme mentido descaradamente —resopló—, pero le sacaré la verdad a William de Roebruk, aunque sea a palos, ¡y antes de poner fin con mis propias manos a su pretendida inmortalidad!

Con estas palabras se desembarazó de las manos de Oliver, que lo había mantenido sujeto, y volvió a dirigirse contra mí.

En ese momento hice acopio de todo mi valor y salté del carro, yendo a caer en medio de mis mongoles. Éstos pararon el golpe, de modo que no sufrí daño en ninguno de mis poco flexibles huesos. Como si los perros hubiesen entendido a quién correspondía ladrar ahora, empezaron a dirigir sus fauces abiertas contra el condestable.

Éste rompió a gritar, invadido por el terror:

—¡Soy huésped del gran khan! —Y se retiró hacia el borde del carro. Sus hombres le acercaron el caballo y, más que subirse a la silla, se refugió en ella, mostrándose dispuesto a abandonar sin más el escenario de su derrota, incluso renunciando a que lo siguiera esa centuria mongol que se había revelado tan infiel. Oliver me dirigió entonces la palabra:

—Habéis vuelto a hacer honor a vuestra fama, William, si es que se puede hablar de honor en relación con vuestra persona.

Los mongoles formaban un denso círculo a mi alrededor, el intérprete tradujo aquellas palabras y entre todos me dedicaron un aplauso atronador.

—Cuando os vi por primera vez hace ahora unos diez años, en Marsella, llevabais con vos a los hijos del Grial, y no conseguí verlos. En Constantinopla y en Chipre os acompañaban también y no hubo manera de atraparlos, pero os juro...

No pudo proseguir, porque los mongoles me aclamaban. Me subieron al pescante y yo exclamé:

—A pesar de todas esas experiencias, señor Oliver, no sois más listo que el señor Sempad, que todavía no me conoce. Intentad, no obstante, hacerle comprender que William de Roebrok y la pareja real no son como uña y carne, pero sí como llave y cerradura... —Y como el perro atrapado dentro del árbol volviera a aullar con un tono estremecedor, añadí aún—: Sabed que hay demonios y espíritus malos y buenos, que son más poderosos que las personas y que protegen a la pareja real. ¡No sigáis intentando ponerles la mano encima a Roç y Yeza!

Una vez más estallaron los aplausos, y pasé a arrear a los bueyes con el látigo.

Los mongoles de Sempad se separaron de los míos abrazándose y dándose palmaditas en los hombros, y se retiraron por parejas para seguir a los caballeros armenios, arrastrando detrás a los perros.

No sólo había conseguido una victoria, sino que había insuflado a ese ejército el temor a los *ada*, de manera parecida a cómo se transmite la peste. Jamás prestarían su brazo al condestable en el caso de que éste consiguiera atrapar a Crean y a mis pequeños reyes. ¡Dios los bendiga!

L.S.



Informe de los servicios secretos, 15 de septiembre de 1254

Lo que no alcanzó Sempad, sí lo ha conseguido vuestro servicio secreto sin mayor dificultad, insigne Bulgai: hemos avistado a Crean y a la pareja real y los seguimos, tal como nos ordenan las instrucciones, «a la distancia de una flecha de junco», que no vuela muy lejos ni con mucha rapidez pero, en cambio, produce un horrible sonido silbante cuando atraviesa el aire. Tal como suponíais muy acertadamente, los tres jinetes se dirigen al sur, lo que nos permite suponer que su meta podría ser Alamut. Obedecemos vuestras órdenes y no los retenemos, aunque estamos dispuestos a intervenir a la primera ocasión que alguien se atreva a enfrentarse con ellos.

Nos permitimos mencionar también que en el séquito del condestable de Armenia figura un caballero francés que sabe mucho (tal vez lo sepa todo) acerca de la pareja real, su origen y su destino. El nombre de este caballero es Oliver de Termes, y nos permitimos aconsejar que sea acogido por vos como un buen amigo, de modo que podáis enteraros a través de él de todo cuanto nos falta saber todavía acerca de los

«hijos del Grial», como él suele llamarlos. Ese caballero sabe muchas cosas. Por lo demás, el señor Oliver también conoce y tiene en alta estima a William de Roebruk. Dice que se trata de un embaucador sin igual. Os rogamos que también verifiquéis este extremo. Nuestro saludo más humilde al poderoso khan.

L.S.

Sempad, cazador empedernido, no estaba dispuesto, ni mucho menos, a renunciar a la batida, ni a la de los infantes reales ni a la de la cierva Shirat, que la muerte había puesto de nuevo en su camino después de haber perdido toda esperanza. ¡Tenía que cazar a Shirat antes de que ésta volviese a reunirse con Hamo! A él le habría complacido sobremanera poseer a la mujer ante los ojos del joven conde, pero los mongoles consideraban a éste como a un príncipe suyo, de cuyo bienestar se sentían responsables.

El condestable, a su vez, no apreciaba en absoluto a los mongoles. Tras recorrer media estepa se había dado cuenta de que la mitad de la centuria que le había sido adjudicada estaba ciega, y la otra mitad coja. Pero los mongoles llevaban consigo a sus perros y, de todos modos, entonces ya era tarde para regresar. Sempad estaba seguro de que, de haber cabalgado más deprisa, aún habría atrapado a William en flagrante delito y a la pareja real en su escondite. En honor a la verdad, él nada tenía que ver con Roç y Yeza, aparte de haberle prometido al gran khan que le devolvería a los infantes. Por otra parte, habían sido los mongoles quienes se lo impidieron, ¡y probablemente la actitud de éstos habría sido la misma si la pareja real, esas criaturas insolentes, aún hubiese estado en compañía de William!

Sempad tenía ganas de atrapar a alguien y de ver sangre. Junto a sus caballeros recorrió veloz la seca estepa y los mongoles hacían esfuerzos por no quedarse atrás. Los sabuesos les seguían jadeando, atados a largas correas.

La furiosa cabalgata pasó de largo ante una mísera *yurta* instalada junto al camino, pero poco después el señor Oliver gritó «¡Alto!» y tiró de las riendas de su caballo.

—¡He visto a un hombre que vestía las ropas del conde Hamo!

El grupo se detuvo y volvió lentamente atrás. Los hombres rodearon la *yurta* en cuya entrada aparecieron Orda y Omar. Al ver a la joven, los sabuesos de Ariqboga empezaron a ladrar, pues ésta llevaba unas ropas que habían pertenecido a Shirat. Los perros se excitaron tanto que los mongoles encargados de ellos apenas podían retenerlos.

El condestable le gritó a Orda:

—¿De dónde has sacado esas ropas?

—Son un regalo, digno señor —dijo Omar con mucho respeto, empujando a Orda al interior de la *yurta*.

—Más bien las habrás robado —exclamó Oliver de Termes, deseoso de apoyar

cuanto antes al condestable—. ¿No habréis asesinado al conde para robarle sus pertenencias? ¡Veo aquí sus caballos y todo su equipaje!

Omar se había quedado pálido como un muerto.

—Os juro, digno señor, que el conde Otranto y su amable esposa nos han regalado todo esto por su propia voluntad... —Y cayó de rodillas cuando vio que Sempad, con una sonrisa maligna, mandó que encendieran una antorcha. El intérprete iba traduciendo cada palabra, y la mitad de los mongoles se aprestó a preparar arcos y flechas.

—¡No somos culpables de nada! —exclamó Omar, intentando, desesperado, impedir que Orda saliera de la *yurta*, pero ésta se presentó en el umbral y les gritó a los mongoles:

—¡El *kungdaichi* lo quiso así!

La primera flecha le dio a ella en un brazo.

—¡Alto! —gritó Sempad a sus acompañantes mongoles, y éstos dejaron caer los arcos. Omar aprovechó el momento para arrojarle hacia atrás, arrastrando a su mujer al interior de la *yurta* y cerrando la entrada. Entonces el condestable, sin dejar de reír, arrojó la antorcha sobre el techo de la tienda, las llamas prendieron enseguida y la *yurta* ardió como una rama seca. Omar, armado con un hacha, atravesó las llamas y con un rugido salvaje quiso arrojarle sobre Sempad, pero antes de que pudiese usar el arma ya lo había atravesado una docena de flechas. Volvió a caer hacia atrás, en medio del fuego, envuelto por el humo que empezaba ya a molestar a los atacantes. No obstante, Oliver de Termes aún fue capaz de descubrir a Orda, que intentaba huir, y la señaló al condestable, que soltó una risa brutal y dio señal a los mongoles para que azuzaran a los sabuesos, que se lanzaron sobre la fugitiva como furias desatadas. Orda cayó a tierra cuando se vio asaltada por las primeras bestias; el humo creciente ocultó misericordioso el resto del terrible espectáculo. Sempad dio tiempo suficiente a los perros para que completaran su obra antes de ordenar, más tranquilo, que prosiguiera el viaje.



Crónica de William de Roebrok, en el campamento de Batukhan, festividad de san Lucas^[472], 1254

Al fin he conseguido llegar al campamento de Batu. El anciano khan de Qipchak ordenó que acudiera, nada más llegar, a su *yurta*, donde le mostré el escrito de poderes que me había entregado Mangu. Después, un *jam* me señaló la tienda donde podría dormir. No me dieron nada de comer, y la indignación y el agotamiento me hicieron caer sin más en un profundo sueño.

A la mañana siguiente me despertó Filippo, mi fiel criado. Me comunicó que todos los conductores del carro y mozos que cuidaban de los animales habían recibido órdenes de regresar a Karakorum, y que se habían llevado a los veinticuatro bueyes.

Enseguida sospeché que algo iba mal, por lo que acudí a toda prisa al *jam* y le rogué que hiciera lo posible por conseguirme una inmediata audiencia ante Batu-khan. El *jam* me amonestó, recordándome que ya había sido recibido el día anterior, y que debía tener paciencia.

—¿Y los bueyes? —protesté—. ¿Cómo quieres que siga arrastrando el carro?

Pero él me contestó:

—¿Tú crees que aquí no tenemos bueyes? Aquellos le pertenecen al gran khan y se los hemos devuelto, como es nuestra obligación.

Creí preferible no mencionar el árbol de la bebida y me dirigí de nuevo a la *yurta*. Allí encontré reunidos a casi todos los sacerdotes de Batu, una gentuza a la que recuerdo perfectamente, pues en el viaje de ida ya demostraron ser unos bribones redomados. También ahora me habían abierto el equipaje y extendido sobre el suelo todos mis ornatos de obispo.

Me dirigí a ellos con malas maneras, preguntando cómo se les había ocurrido tocar mis pertenencias. Se me enfrentaron con expresión de odio, indicándome que debía alejarme de allí, y que el *jam* les había dicho que yo les regalaría todas aquellas ropas, puesto que no las necesitaría más, al estar viajando ya de regreso. Ellos, en cambio, seguirían allí para proclamar la palabra de Dios, tal como Cristo la había anunciado y Néstor la había transmitido. No me quedó más remedio que despojarme también de las ropas de viaje, que arrojé a sus pies, y vestir el viejo hábito de franciscano que Filippo sacó del fondo de una de las cajas. Regresé a la *yurta* del *jam* y dije:

—Informad a Batu-khan de que pienso proseguir viaje hoy mismo.

Pero él ordenó que regresáramos a nuestra tienda, y así estuvimos un mes entero, esperando el permiso para abandonar el campamento.

He aprovechado el tiempo para escribir la continuación del informe destinado a mi rey Luis, informe que éste lleva mucho tiempo esperando. Me he sentido muy inspirado y dispuesto a insultar a los mongoles, asegurando que son tal como siempre los hemos imaginado: brutales y malignos.

Durante todo ese tiempo, el árbol de plata seguía montado sobre el carro, en medio del campamento, lo cual hasta cierto punto me tranquilizaba. Pero hoy, precisamente hoy, acudió Filippo corriendo y gritando:

—¡Están desmontando el árbol de la bebida!

Salí corriendo de la *yurta* y, en efecto, vi que habían colocado unos maderos debajo del árbol y se disponían a descargarlo de la plataforma. Mientras miraba, estupefacto, el espectáculo, se acercó el *jam* y me dijo que Batu-khan deseaba verme enseguida. Lo seguí y encontré al anciano soberano de muy mal humor.

—Te he dejado un mes de tiempo, William de Roebruk, para que me ofrezcas, en señal del aprecio que sientes por mi persona, el árbol de la bebida como regalo. No has tenido ese gesto de cortesía. Como el gran khan no menciona en su escrito ese regalo, que estoy seguro viene destinado a mí, supongo que se te ha olvidado

comunicármelo verbalmente. Tu comportamiento no me hace muy feliz, pero no se lo voy a reprochar a Mangu-khan. Acepto su regalo y al mismo tiempo te ruego que abandones mi campamento hoy mismo, después de haber disfrutado durante un mes de nuestra hospitalidad. Aléjate ahora, antes de que me enfade más todavía.

De modo que me ha echado. Me guardé muy mucho de protestar. Los mongoles dispusieron que un guía y diez hombres me acompañaran hasta la frontera de Armenia. Sin embargo, a mí me atrae poco la idea de entrar en tierras de Sempad, y estoy deseando que mis acompañantes me abandonen antes, puesto que, además, ya no pueden esperar de mí que les haga ningún regalo. Ya no poseo nada. Sólo me queda el tosco hábito que envuelve mi cuerpo, una cuerda para sujetarlo y un par de sandalias viejas. Y, sin embargo, espero llegar vivo a Constantinopla, con la ayuda de Dios. *Vexilla regis prodeunt*^[473] voy canturreando para mis adentros, a la vez que me siento, en cierta manera, liberado de muchas cosas.

L.S.



Informe de los servidos secretos, 23 de octubre de 1254

El conde Hamo y su esposa cabalgan bajo la protección de Kito y su experta centuria, y llevan consigo a la criatura de Orda, Amal. Como la princesa no puede amamantar a la niña, le hemos procurado una nodriza, que los acompaña también. Tal como era de esperar, cierto día se presentó la banda del condestable armenio y sus caballeros, que pudimos reconocer desde lejos. El señor Sempad parece que considera el permiso del *khagan* para buscar a la pareja real como un salvoconducto para dar caza a cuanto se presenta ante los cascos de su caballo. Ya hemos tomado precauciones para que no puedan repetirse sucesos tan desagradables como fue la matanza de los desterrados, y a partir de ahora la centuria que lleva consigo los perros está dedicada a evitar que el señor Sempad pueda ejercer la justicia en nuestro país, un derecho que os corresponde exclusivamente a vos, insigne Bulgai. Sentimos muchísimo no haber podido intervenir a tiempo en el caso de Orda y el desterrado. La sed de sangre del condestable fue una sorpresa para nuestras gentes, que además creyeron que el desterrado había asesinado a un *kungdaichi*. No podían saber cuál era la verdad. Lo único que nos resta es felicitarnos por el hecho de que la pequeña Amal descansa segura en brazos de la princesa, que la cuida como si fuese su propia hija. Sólo Kito sabe que la niña es ahora huérfana de padre y madre, pero hemos acordado que no asuste de momento a los condes con el relato del cruel final que Sempad les ha deparado a los padres de la niña.

Cuando la banda del condestable llegó a la altura del ejército de nuestro señor Kito, se abstuvo de agredirlo. Contrariamente al deseo de Sempad, que se empeña en recuperar a «la corza Shirat», los demás han decidido atrapar a Roç y Yeza antes de que éstos lleguen a tierras de los «asesinos» de Alamut. De esta manera el

condestable podría presentarse ante el gran khan al menos con su honor intacto. Sempad tuvo que mostrarse de acuerdo, aunque lo hizo de mala gana.

Una vez conseguido esto, Kito ordenó que la mitad de la escolta mongola que lleva consigo Sempad, junto con los perros, quedara sometida a sus órdenes. El condestable está fuera de sí a causa de esta «deserción», como se le ocurrió llamarla, pero Kito no admitió ningún tipo de discusiones. El señor Sempad se dio cuenta de que ha perdido la partida y que no le queda esperanza alguna, por lo que dio media vuelta, lleno de furia. Lo más probable es que le hubiera gustado prescindir también de la otra mitad de los mongoles, pues ya no son más que una molestia para él, pero Kito no le hizo el favor. Apenas los armenios desaparecieron de su vista (aunque siguen vigilados en todo momento por nosotros) Kito aprovechó para despedirse del conde Hamo y de su esposa. Les cedió media centuria para su protección durante el resto del viaje, hasta donde la propia pareja lo considere deseable. El señor Kito ha aconsejado a Hamo l'Estrange que se dirija hacia el oeste, de modo que no llegue a pisar, por descuido, territorio armenio. Pero Hamo lo tranquilizó, asegurando que encontraría el camino hasta el mar Negro y hasta Constantinopla.

Con la otra mitad de su centuria y con la media centuria encargada de los perros, Kito sigue los pasos de los armenios. Aunque puede permitirse mantener una distancia considerable y no pegarse a sus talones, pues los perros son capaces de olfatear el paso de sus congéneres aunque hayan transcurrido varias horas; por esa razón los dejan correr delante de la comitiva, aunque siempre sujetos con largas correas.

Para garantizar la seguridad de la pareja real haremos llegar, no obstante, una advertencia a Crean. Insigne Bulgai, nunca como hasta ahora se nos ha exigido tanto a los que formamos vuestro servicio secreto. Podemos aseguraros que estamos orgullosos de servir al imperio de esta manera, y os rogamos así lo comunicuéis, con toda humildad, al glorioso gran khan.

L.S.

Un jinete maduro y otro más joven conducían sus caballos a través de las montañas rocosas situadas al norte del mar Caspio. Los acompañaba un paje esbelto, o al menos esto era lo que parecía Yeza desde lejos. Como siempre, ponía mucha atención en que ningún gesto la delatara como dama.

Roç le había insistido a Crean, amenazándolo con no dar ni un paso más, para que comprara armas a una caravana que iba camino de Samarkanda. Así fue cómo Roç obtuvo una espada ligera. Yeza se empeñó en comprar flechas y un arco, tras lo cual Roç exigió también un escudo. Añadieron una coraza y un casco para cada uno. El propio Crean se cuidó de conseguir un equipo completo para él, además de un buen sable de Damasco, una lanza y algunas jabalinas.

—Me siento como debe sentirse un escarabajo —se quejó cuando Roç y Yeza

insistieron en verlo totalmente cubierto de metal, desde la cota de malla hasta los protectores de las piernas—. ¡Hace muchos años que no llevo tanto acero sobre el cuerpo!

—Ten en cuenta que los tiempos del falso sacerdote monseñor Gosset han quedado atrás, igual que los del honrado comerciante de Beirut —dijo Yeza con voz decidida—. ¡Ahora vuelves a ser un «asesino»!

—Para eso sólo necesito un puñal —bromeó Crean— y una camisa que me permita moverme con ligereza y rapidez.

—Mi *damna* está equivocada —reflexionó Roç—. Crean de Bourivan regresa a sus orígenes. ¡Ahora vuelve a ser un caballero del Grial!

Crean se quedó pensativo al oírlo.

—Nunca lo he sido —les confesó en voz baja—. Aunque tal vez fuera ése mi verdadero destino.

Habían pagado una pequeña fortuna por el armamento, pero Crean había recibido de Hamo gran parte de los tesoros, al parecer inagotables, que éste sacara de la cámara del tesoro del obispo, y los cálices, las cruces y los candelabros de oro representaban un género codiciado en los mercados del lejano Oriente, más aún que las armas, de las que los mongoles no sólo tenían más que suficientes, sino acerca de las cuales sostenían además opiniones muy suyas. Jamás se pondrían una cosa tan monstruosa como la coraza compuesta de piezas de acero como aquella en la que iba embutido Crean, un objeto que, como máximo, colgarían como trofeo a la entrada de su *yurta*. Gracias a ello, se llegó rápidamente a un acuerdo comercial que permitió a ambas partes separarse satisfechas.

Roç y Yeza estaban contentos, no tanto por su propia compra como por la imagen que les ofrecía Crean: el *fida'i*, habitualmente siempre tristón, se había transformado en un caballero de la mesa redonda del rey Arturo.

—El noble Crean de Bourivan —declamó Roç en tono alegre—, cabalga en compañía de Trencavel du Haut-Ségur y de la princesa Yezabel du Mont y Grial, de regreso a las tierras de sus antepasados...

—Qué lástima que tu padre, el anciano y simpático John Turnbull, no pueda verte así —interrumpió Yeza—. ¡Le habría alegrado muchísimo!

Crean volvió el rostro hacia la muchacha.

—La verdad es que no cabalgamos en dirección a Occitania —advirtió, y su voz sonaba amarga—, ¡nos encaminamos a Alamut!

—¡No puede ser! —exclamó Roç, sobresaltado, y también Yeza tiró de las riendas de su caballo—. ¡Jamás, Crean! ¡Ni lo pienses siquiera! Ni diez caballos...

Se interrumpió al ver que Crean mantenía la cabeza vuelta hacia atrás, mirando al horizonte y sin prestar atención a los jóvenes.

—Cien —murmuró el jinete—, ¡como mínimo sesenta o setenta! ¡Nos están persiguiendo!

Entonces también Roç y Yeza vieron que una nube compuesta de polvo y

destellos metálicos crecía amenazadora a lo lejos. Pronto empezó a oírse el ruido de los cascos.

—¡Nos ocultaremos en el próximo valle! —exclamó Crean—. Roç, tú bajarás primero, después Yeza. ¡Yo formaré la retaguardia! —les ordenó.

—Pero yo quiero... —quiso protestar Roç, aunque una mirada de Crean le obligó a obedecer. Salió a pleno galope, con Yeza detrás, pisándole los talones.

—¡No se te ocurra hacerte el héroe! —le gritó todavía la muchacha a Crean—. ¡Sígueme, para que yo pueda tener la espalda segura!

Crean clavó las espuelas al caballo. Estaba seguro de que los perseguidores los habían descubierto. Si querían escapar Roç tendría que encontrar algún torrente que las aguas primaverales hubiese abierto al caer hacia el valle, aunque ahora, en octubre, era difícil descubrirlos, pues estaban secos.

Los tres jinetes recorrían a todo galope el lecho del río seco sin saber que otros ojos también los vigilaban. Los espías creyeron, en un primer momento, que se trataba de una de las bromas que la pareja real solía gastarle a su impasible protector; pero después vieron al denso grupo de perseguidores que iba formando un puente para así atrapar mejor a su presa.

Kito, situado a mayor altura, perdió de vista a los tres jinetes, que probablemente se habrían ocultado entre las rocas.

—¡Espero que no se hayan metido en un barranco ciego! —murmuró preocupado, y ordenó a su gente que descendiera al valle. No le quedaba otro remedio que confiar en que el grupo de mongoles ciegos y cojos, con su media jauría de sabuesos, a quienes había ordenado el seguimiento de Sempad, siguiera adelante con su cometido. Aunque Kito temía que la media centuria confiara demasiado en los perros y no siguiera muy de cerca a los armenios... Reunió a sus hombres, todos ellos excelentes y bien entrenados luchadores.

—No sabemos hacia adónde se dirigen Roç y Yeza —dijo—. Si suben por nuestro lado, podríamos ayudarlos. Si van por el lado contrario, llegaremos demasiado tarde. Quiero que se queden veinte hombres conmigo y que todos los demás busquen por su propia cuenta, ¡como mínimo dos decenas deben adentrarse en cada uno de los barrancos que hay a derecha y a izquierda! ¡Adelante!

El entrenamiento que Roç había recibido mientras convivió con la tropa de Kito, dio buenos resultados. Un ojo mal entrenado difícilmente habría podido descubrir el paso entre las rocas, un paso que, de todos modos, les exigía descabalgarse y conducir los caballos de las riendas, para salvar las enormes rocas que las aguas habían arrancado de la pared de la montaña. Una vez superada la estrechez inicial siguieron de nuevo montados a caballo, recorriendo el barranco que ascendía escarpado, y Crean se pudo acercar a Roç y Yeza. La muchacha se había adelantado y trotaba con ligereza sobre las piedras, por lo que fue la primera en ver a los perseguidores

surgiendo entre las rocas. ¡Malditos perros! Los animales los perseguían jadeando y tirando de las correas.

—¡Agachaos! —exclamó Yeza—. Aún no nos han descubierto.

Pero cuando descabalaron otra vez, para guiar a sus caballos por los escalones que la erosión había cortado en la roca, ya vieron volar las primeras flechas. Una alcanzó a la montura de Roç en el cuello. No la pudo sujetar y el animal cayó entre las piedras.

—¡Protegeos la cabeza con los escudos! —gritó Crean—. ¡Tendremos que abandonar a los caballos!

El suyo rehusaba saltar por encima del obstáculo de su compañero moribundo, y Crean sacó el puñal.

—¡Déjalo vivir! —gritó Yeza desde lo alto—. ¡Un caballo vivo es un obstáculo mayor que un caballo muerto!

Crean sonrió: la princesa siempre mantenía la cabeza fría. De modo que espantó al animal en dirección a los perseguidores y pasó por encima del caballo derribado, que seguía pataleando con desesperación. Tuvo la tentación de darle el golpe de gracia, pero recordó la advertencia de Yeza. Crean hizo un esfuerzo por acercarse a Roç, cuando una flecha lo alcanzó en la parte superior del muslo, justo en el lugar donde ninguna coraza protege al caballero armado. Crean agarró la flecha y partió el trozo que asomaba.

Roç le alcanzó una mano y le ayudó a subir.

—Nos falta poco para alcanzar la cima —le gritó para darle ánimos—. Detrás tiene que haber una corriente de agua que baja al valle. ¿No la oyes?

Crean oía el ruido DEL agua al caer, pero no estaba seguro de que ese ruido no procediera del dolor que empezaba a apoderarse de su cabeza. En aquel instante, también Yeza gritó desde arriba:

—¡Una cascada!

Una flecha se clavó con un duro golpe en el escudo que Roç, como le había ordenado Crean, sostenía protegiéndose la nuca. El muchacho se agachó detrás de una roca y se tomó el tiempo de examinar la flecha.

—No parece que tengan la intención de atraparnos vivos —le dijo a Crean—, de modo que procuraremos que nuestra muerte les cueste cara.

—¡No digas eso! —respondió Crean y dio un empujón al joven—. ¡Procura alcanzar a Yeza y agarraos juntos a algún tronco que os ayude a manteneros a flote!

—No voy a dejarte solo —insistió Roç, cuando vio que Crean era alcanzado por una serie de flechas. Dos de éstas se estrellaron contra la cota, pero una penetró entre las mallas. Crean avanzó haciendo un último esfuerzo, y dio otro empujón a Roç.

—Ocúpate de tu dama —le gritó con voz bronca—. ¡No permitas que mi muerte sea inútil!

Los tres veían ahora la corriente de agua que formaba una gigantesca catarata. Yeza se esforzaba por liberar un tronco de árbol atascado entre las piedras. Había

dejado a un lado el arco y las flechas. Crean observó que Roç corrió en su ayuda, y que entre los dos tiraban del árbol. Estaba enderezando el cuerpo cuando otra flecha le rozó el brazo. Protegido por su escudo, Crean pudo recoger el arco y las flechas de Yeza y las disparó a ciegas, hacia el lugar donde había sucumbido el caballo de Roç. Unos aullidos salvajes le indicaron que al menos alguno de sus disparos había alcanzado su objetivo. Después se volvió para mirar a los infantes. Lo estaban consiguiendo: el árbol se movía. Crean reflexionó si debía acudir en su ayuda, pero decidió entorpecer la llegada del enemigo durante todo el tiempo que le fuese posible, al menos hasta que Roç y Yeza hubiesen trasladado el tronco al agua. De momento habían conseguido liberarlo.

Los primeros perseguidores aparecieron ante los ojos de Crean. No lo vieron a él, que yacía acostado entre las rocas, pero intentaron disparar sus flechas sobre los dos jóvenes que estaban a punto de arrojarse al agua. Crean no los miraba. Agarró algunas jabalinas, las apretó contra el pecho, cogió una de ellas, dio un salto y se abalanzó contra el primero de sus perseguidores, al que dio en medio del pecho. Incorporándose, sin protección alguna, como un oso, arrojó rápidamente las demás picas, a la vez que le alcanzaba una flecha tras otra; pero él ya no las sentía, sólo oía cómo a su alrededor se elevaban al aire más y más gritos de dolor. Antes de poder arrojar la última jabalina, cayó hacia atrás, entre las piedras. Lo último que pudo oír fueron unos aullidos de rabia y tuvo la esperanza de que estuvieron motivados por la huida de los infantes. Luego, perdió el sentido.

No pudo ver cómo los armenios avanzaron sobre las rocas entre las que él yacía inconsciente y cómo, poco después, sucumbían bajo una lluvia de flechas que, desde ambos lados del barranco, clavó a los atacantes a la tierra, incluso a los que, a la vista de ese nuevo peligro, retrocedieron e intentaron huir en dirección al valle. Los mongoles de Kito apuntaban sin clemencia y con gran precisión a cada uno de los hombres. En pocos instantes, el barranco apareció lleno de armenios muertos. Si alguno de ellos gritaba todavía, lo hacía callar una flecha disparada a su garganta. Los únicos que se salvaron fueron el propio Sempad y sus caballeros, entre ellos Oliver de Termes, que no habían querido participar en la persecución a pie y esperaban, montados en sus caballos, en el lecho del río seco. Ronco de furia y manchado con la sangre de los caídos, el condestable regresó hacia donde se encontraban los demás y arrojó una mirada de desprecio a la media centuria de mongoles, que no habían intervenido en la lucha. Los hombres formaban un grupo de aspecto poco amistoso y los perros jadeaban, sujetos por las correas.

Sempad montó el caballo que le tenían preparado y salió a pleno galope. Sus caballeros lo siguieron con las cabezas gachas, mientras el rostro de Oliver mostraba una sonrisa sarcástica.

Roç y Yeza llevaron el tronco hasta la corriente y lo sujetaron hasta haberse atado

los cascos, cuando vieron aparecer a sus perseguidores en lo alto del barranco, dispuestos a dispararles. Como el agua ya les llegaba hasta el pecho, intentaron ocultarse detrás del tronco. Ninguna flecha los alcanzó; en cambio, vieron como sus atacantes caían uno después de otro. Entonces Roç y Yeza sintieron por Crean todo el respeto que tantas veces le habían negado, a la vez que una profunda tristeza.

—¡Vamos! —dijo Yeza y se agarró al extremo más delgado del tronco, rodeándolo con ambos brazos.

—¡Crean ha muerto como un héroe! —gritó Roç, que estaba llorando e intentaba superar la tentación de querer imitar a su amigo.

—¡Vamos! —gritó Yeza una vez más, y Roç clavó su cimitarra en el tronco lleno de rabia y desesperación. Después empujó el árbol hasta el centro de la corriente y se agarró fuertemente al muñón de una rama. El árbol giró una vez sobre su eje, como deseoso de desembarazarse de su carga, y después salió disparado en dirección al valle, con el extremo grueso por delante. Muy pronto la espuma levantada por el agua cubrió el madero hasta volverlo invisible, al igual que las cabezas de Roç y Yeza que al principio aún asomaban brevemente, siguiendo el bailoteo del tronco.

El matrimonio, pobremente vestido y con una criatura de pecho, no habría despertado el interés de nadie, y mucho menos la envidia, de no ser por la bella estampa de los caballos que llevaba consigo. Hasta entonces Hamo y Shirat, además de la nodriza que alimentaba a la pequeña Amal, no habían llamado la atención en ninguna parte. Primero, habían viajado protegidos por media centuria de guerreros mongoles cuya compañía Kito les había obligado a admitir; pero apenas hubieron llegado a la frontera de las tierras pertenecientes al imperio mongol, el joven conde despidió a la escolta, aunque el lugarteniente de Kito no quería dejarlos solos. Los mongoles veían en Hamo a un *kungdaichi* al que estaban dispuestos a seguir hasta el mismísimo infierno, cuanto más a atravesar con él una tierra enemiga, como sin duda alguna era para Hamo l'Estrange el reino próximo de Armenia. Pero éste no hizo caso del buen consejo del jefe mongol ni se fijó demasiado en la descripción del camino que éste intentaba proporcionarle.

Los mongoles acabaron por alejarse, aunque preocupados.

Hamo y los suyos se dirigieron hacia el sur, siguiendo una carretera que los alejaría de la costa occidental y los llevaría hacia el interior montañoso del reino de Hetum.

A la nodriza le costaba montar a caballo; además, afirmaba que tanto movimiento le sentaba mal a la leche. En cualquier caso, se les hacía difícil avanzar. Muy pronto se dieron cuenta de la nube de polvo que apareció detrás de ellos y que se acercaba con rapidez.

Shirat le gritó a Hamo que debían ocultarse entre los arbustos, pero el conde no quiso hacerle caso.

—Estamos en territorio del emperador de Trebisonda —intentó tranquilizar a su esposa—. Y, además, no se trata de un ejército enemigo, ¡sino de una pacífica caravana!

Shirat, que durante el viaje solía llevar en brazos a Amal, miró hacia atrás y palideció.

—¡Son mercaderes de esclavos! —jadeó—. Mira esas jaulas...

En efecto, montadas sobre los camellos se veían unas jaulas en las que unas figuras femeninas se agarraban a los barrotes.

—¡No tienes nada que temer! —Hamo se reía de su pequeña esposa, pero Shirat seguía mirando, pálida como la muerte, hacia la caravana, incapaz de moverse.

—¡Vienen a buscarme! —susurró temerosa—. ¡Son los mismos hombres! Prefiero morir...

—¡No hables así! —dijo Hamo, cuya mirada había caído sobre una figura oscura de alta estatura, que mostraba una barba cuadrada: ¡no podía ser otro que Abdal, el hafsí!—. No temas, Shirat —quiso tranquilizar a la temblorosa mujer, que con un gesto brusco depositó a la pequeña Amal en brazos de la nodriza y sacó un puñal de entre sus ropas—. ¡No hagas tonterías! —gritó Hamo, pero entonces vio que la mujer no dirigía el arma contra sí, sino que la ocultaba en su espalda—. ¡Abdal, el hafsí, es amigo nuestro! —gritó en dirección al mercader y desenvainó su espada con gesto amenazador, para conseguir que aquél se detuviera.

Abdal nunca había visto a Hamo, pero reconoció a Shirat y sacó sus conclusiones.

—Me pongo a vuestro servicio, conde Hamo —saludó con gesto amable—, ¡como *ruh min al qanina!*^[474] No tenéis más que expresar un deseo y lo cumpliré, ¡pero decid a vuestra esposa Shirat que guarde el puñal!

Su risa era un tanto forzada; al fin y al cabo, tampoco acostumbraba a reencontrarse con una antigua esclava convertida en condesa.

Shirat le susurró a Hamo:

—¡No te fíes de él! —aunque con voz lo suficientemente alta como para que Abdal se enterara.

El mercader descabalgó y, antes de dirigirse con los brazos extendidos hacia Hamo y Shirat, depositó sobre el lomo de su caballo el cinturón y las armas.

—Nuestro amigo común, «el rey de los mendigos» de Constantinopla, es testigo de que he jurado ayudaros, pues también yo tengo parte de culpa en que os hayan separado.

—¿Dónde está mi hija? —gritó Shirat. Su voz había adoptado un sonido extrañamente estridente y el puñal que sostenía a sus espaldas temblaba.

—¡Está viva y reside en Antioquía, en la corte del príncipe!

En aquel instante, Shirat dejó caer el puñal, ocultó su rostro entre las manos y cayó desmayada del caballo. El barbudo apenas tuvo tiempo de extender los brazos para sujetarla.

Cuando la joven despertó en brazos de Hamo, le sonrió al hafsí.

—¡Júralo! —fue capaz de susurrar, y Abdal dijo:

—Ésta es la noticia, conde Hamo, que debo transmitirlos por encargo de vuestro capitán, «el rey de los mendigos». La trirreme se encuentra en Antioquía, a la espera de vuestras órdenes.

Hamo irguió el cuerpo.

—Habéis cumplido con vuestra palabra, Abdal. Confío en vos. ¡Avisad a mi barco, para que se acerque!

El barbudo se echó a reír, ahora con mayor franqueza y casi divertido.

—Es verdad que soy un mago poderoso, pero, para hacer lo que me pedís, necesitaría un espejo.

—¿Dónde está el más cercano? —insistió Hamo.

—¡Difícilmente encontraremos uno aquí, en Armenia! —le respondió el mercader—. Debemos regresar cuanto antes a la costa. En la frontera hay una antigua torre de vigía.

VII

CORRIENTES SALVAJES

Roç y Yeza estaban demasiado ocupados en no soltar el tronco que bailaba sobre las aguas, como para poder gritarse, uno a otro, más que breves advertencias cuando alguno de ellos veía que se acercaba una de las rocas que emergían del agua o cuando un remolino amenazaba con engullirlos. Muchas veces el tronco, del que sobresalían los muñones de antiguas ramas, giraba con tanta celeridad que se veían obligados a soltarlo para no ser arrastrados hacia el fondo, y otras veces el madero los transportaba aguas abajo con una rapidez vertiginosa. Sin los cascos protectores, que entretanto estaban ya bastante abollados, sus cabezas hubieran quedado destrozadas hacía tiempo, tantos eran los golpes que tuvieron que resistir. Estaban cubiertos de cardenales, a Roç le sangraba la nariz y Yeza tenía los brazos y las piernas cubiertos de profundos arañazos.

En algún momento el tronco chocó con dos columnas de piedra, y el encontronazo fue tan intenso que los dos jóvenes casi perdieron el sentido. Las aguas se cerraban en aquella cañada formando un chorro de espuma que escupía grandes salpicaduras. Roç y Yeza pusieron todo su empeño en no ser aplastados por el madero e intentaron protegerse detrás de las enormes piedras.

—¡Una catarata! —gritó Roç, que había conseguido subirse al tronco—. ¡No sé si es muy profunda!

—¡Intenta verlo! —le gritó Yeza a través del estruendo de las aguas—. ¡Yo sujetaré el tronco!

Lo decía como sobrevalorando sus fuerzas, pero la corriente mantenía el tronco tan firmemente unido a las rocas que Roç pudo mantenerse en pie. Incluso consiguió escalar una piedra lisa y desde allí pudo ver un lago claro, de un azul profundo, sin escollos visibles. Saltar hacia ese lago podía ser atrevido, pero no parecía representar un peligro mortal. Roç regresó al tronco.

—¡Yo saltaré primero! —le gritó galante a su *damna*, pero precisamente eso era lo que Yeza quería evitar. Mientras tanto, también ella se había vuelto a subir al madero.

—¡Lo haremos juntos! —gritó y cogió la mano del muchacho.

Se dejaron llevar por la corriente que atravesaba el paso a través de las rocas y desaparecía en la catarata. El potente chorro de espuma los elevó al aire, los hizo dar vueltas sobre sí mismos, los separó y finalmente los arrojó hacia la bañera donde el agua se embalsaba.

—Esta vez nos hemos salvado —resopló Yeza cuando vio el casco de Roç emerger a su lado.

También él respiraba hondo y sonreía.

—¡Nuestra suerte ha sido cabalgar sobre la cascada!

—Así es, mi héroe, ¡aunque tú querías saltar como un salmón! —Los ojos de Yeza brillaban—. Si lo hubieras hecho, ahora estaría recogiendo tus huesecillos por entre las piedras...

—¡Bonito entretenimiento para una ermitaña viuda! —El humor de Roç regresaba conforme se alejaba la tensión.

Yeza lo miró con aire de reproche. Seguían nadando en el lago, los latidos de sus corazones se iban calmando poco a poco, pero ya empezaban a sentir hasta qué punto el cansancio dominaba sus cuerpos y pronto sintieron frío. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas se acercaron a la orilla, subieron a un pequeño montículo cubierto de guijarros lisos y, de momento, se quedaron allí acostados, sin moverse.

—Supongo que habrá muerto —dijo Roç finalmente, abriendo los ojos al cielo—. La verdad es que yo le tenía bastante aprecio. Fue él quien nos salvó de la hoguera en Montségur...

—Crean fue nuestro ángel de la guarda —dijo Yeza en voz baja— y nunca le hemos preguntado por qué ha estado haciendo tantos esfuerzos en favor nuestro durante todos estos años.

—Y ahora ha muerto por nosotros. —La idea emocionó a Roç—. ¿Tú crees que era ése su destino?

Yeza sintió el brazo de Roç a su lado, su mano buscó la del joven, palpó el anillo. Ella llevaba el suyo en la mano izquierda, y aprovechaba emocionada cada ocasión en que el imán de uno de los aros atraía al otro y se unían con un chasquido.

—Antes tendríamos que conocer el nuestro —dijo después, y su voz recuperó la habitual energía—. Hemos de decidir lo que haremos a partir de ahora, solos y sin protector.

—¿Qué podríamos hacer? —le respondió Roç, y parecía apocado.

—¡Podemos pensar! —respondió su compañera.

Se produjo un silencio. Yeza jugueteaba con los dedos de Roç, que le pertenecían gracias a la unión de los anillos. Se dio cuenta de que él cerraba el puño.

—Nuestro destino nos fue impuesto como parte del «gran proyecto» —dijo el muchacho con voz entrecortada—, como si fuese un yelmo, o una corona. Pero... ¿es eso lo que queremos nosotros?

—Mi querido Trencavel, la cuestión debe ser planteada así: en realidad, ¿quiénes somos nosotros para que, desde que me alcanza la memoria, luchemos por nuestro destino y estemos prácticamente siempre huyendo, perseguidos por quienes se suponen nuestros «guardianes» y protegidos por quienes deberían ser nuestros «enemigos»? ¿Quién eres tú? ¿Y quién soy yo?

Esta vez sintió que los dedos de Roç apretaban los suyos, y detrás estaba la dureza de su muslo.

—¡Eres mi hermana! —dijo él con voz bronca—. ¡Y te quiero!

—¿Estás seguro de eso, Trencavel?

—Ya sabes lo que dijo Crean, y no creo que nos haya querido ocultar la verdad,

cuando nos amenazaba el peligro mortal...

—A mí me han contado las historias más fantásticas acerca de nuestro origen — se empeñó Yeza en su intento de querer rebajar la tensión—. Tal vez esa falta de certeza esté oculta en el trasfondo de cuanto nos ha sucedido hasta ahora. ¡Aunque a mí me complace que seas mi hermano, mi caballero y mi amante!

Roç sujetó con firmeza la mano de la joven, impidiendo que ésta fuera de excursión más allá de su pierna.

—Esclarmunda dio a luz a dos criaturas. La primera la trajo de Italia, adonde había acompañado a su padre cuando éste, dueño del castillo de Montségur, fue a pedir ayuda al emperador Federico, a quien acompañaba el rubio Enzo, su hijo preferido, a pesar de ser un bastardo. ¡Enzo es tu padre!

—¡De él heredé la arruga vertical en la frente, común a los Hohenstaufen! — corroboró Yeza—. Enzo escribía versos maravillosos mientras estuvo preso en Bolonia. ¿Crees que todavía está vivo? ¡Imagina, Roç, que pudiésemos encontrar a mi padre!

—En ese caso tendrías más suerte que yo, ¡pero dudo de que te dejaran entrar en Bolonia siendo una descendiente de los Hohenstaufen! Mi padre ha muerto. El hijo de Trencavel o de Parsifal, según suelen llamarlo algunos, Roçer-Ramón III de Carcasona, murió en el intento de recuperar la que era capital de sus tierras paternas.

—Pero antes le dio un hijo a Esclarmunda, ¡y ése eres tú! ¡Mi héroe!

—Nuestra madre murió en la hoguera —dijo Roç, nuevamente pensativo—. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué te gustaría...?

Yeza lo besó en la boca; no parecía querer soltarlo y sus lenguas se enredaron, mientras sus cuerpos se fundían en un abrazo cada vez más intenso.

Pero después Roç se separó de ella.

—Yezabel, diosa del hogar —proclamó con decisión—, ahora tú te dedicarás a encender un fuego y yo ¡iré de caza!

—¿Con qué quieres que lo encienda, mi amo y señor?

—Busca yesca y golpea esas piedras... —le aconsejó Roç sin el más leve titubeo—. Y quítate el casco, tiene que servirnos de olla. Yo me ocuparé de llenarla. —Y señaló el centro del lago.

Había visto que allí flotaba el tronco, y en medio de la madera seguía clavada la cimitarra. Roç saltó al agua y arrastró el leño hasta la orilla. Después arrancó una rama y la afiló para utilizarla como arpón, pues había visto abundantes truchas en el estanque.

Yeza se levantó, se quitó el casco y sacudió su rubia cabellera. Después subió por la pendiente para buscar leña seca. Encontró abundantes ramas quebradizas, y también musgo seco. Amontonó cuidadosamente un poco en el casco, después reunió algunas piedras lisas, se agachó y empezó a golpear las piedras hasta que saltaron chispas. Algún que otro canto agudo la hirió en los dedos, y la muchacha, disgustada, se chupaba la sangre para evitar que le impidiera encender el fuego. Del lago le llegó

un grito triunfal. Roç había cazado la primera trucha y alzó orgulloso su arpón. Pero el pez consiguió saltar de nuevo al agua. Yeza se echó a reír. Redobló sus esfuerzos, golpeó las piedras, soplaba, golpeaba, y al poco tiempo vio salir una nubecilla de humo de entre la hierba seca. Arrojó las piedras a un lado, cogió el casco con ambas manos y sopló en su interior. Le picaban los ojos, pero pronto se formó un punto rojo entre la hierba y Yeza sopló, tosiendo a veces, hasta que apareció una diminuta llama. Sin prestar atención a que podía quemarse los dedos, la muchacha metió las manos en el casco, le añadió más ramitas secas al fuego y cubrió éste con trocitos de madera hasta que consiguió encender todo el contenido. Cuando el casco estuvo tan caliente que ya no lo pudo sujetar, lo dejó en el suelo y salió corriendo para buscar más ramas secas con que alimentar la fogata. Pronto consiguió que ardiera un precioso fuego y Roç se presentó con dos pescados estupendos que, junto con la cimitarra, depositó a los pies de su «diosa del hogar».

—Ahora iré a buscar frutos, bayas y setas —prometió con entusiasmo.

Yeza lo conocía demasiado bien.

—Lo que pasa es que no te gusta limpiar el pescado, mi querido héroe.

Roç ya se había alejado a paso ligero, y Yeza echó mano del cuchillo curvo.

Comieron muy bien. Roç había encontrado entre las rocas algunos arbustos con pequeños frutos rojos que tenían un sabor un tanto amargo. Los probó y se reafirmó en la convicción de que su sabor agridulce armonizaría perfectamente con el de las setas. En cuanto a estas últimas, no las conocía demasiado. Las encontró junto a una cueva y se las llevó a Yeza para que las examinara. La muchacha siempre había afirmado que, sólo con morder la carne cruda de los hongos, ella sabría con seguridad si eran comestibles. En este caso, examinó con alguna desconfianza las piezas recogidas y después las mordió con precaución. Roç no vio el breve destello que iluminó los ojos verdes de la joven cuando arrojó las bayas junto con las setas en el segundo casco, les añadió agua y puso todo al fuego sobre el cual las dos truchas ensartadas en una rama iban adoptando ya un atractivo color tostado.

Roç se alejó otra vez y trajo, aparte de unas hojas verdes de gran tamaño que les servirían de plato, la buena noticia de que algo más arriba había una cueva llena de hojas secas. Después de cenar podrían refugiarse allí para dormir. A continuación se puso a tallar unos cubiertos para él y su *damna*: un trozo de madera haría las veces de cuchara después de aplicarle un pequeño vaciado, y una ramita con dos puntas serviría de tenedor.

—¡A la mesa, mi rey! —exclamó Yeza, retiró del fuego el casco con las bayas y las setas cocidas y puso una de las truchas sobre el plato representado por la hoja. Se acostaron formando un ángulo, las cabezas juntas, de modo que podían alcanzarse recíprocamente algún que otro bocado que se metían con delicadeza entre los labios. Roç había practicado un rápido corte a lo largo del dorso de uno de los pescados, que

quedó abierto en dos mitades. Fueron comiendo la carne sin condimentar, con los dedos, y al mismo tiempo iban tomando algo del guiso, tan caliente que no notaron su extraño sabor.

Cuando Yeza vio a Roç chupándose los dedos, sintió de repente el deseo de meterse esos mismos dedos en la boca. Atrajo a Roç hacia su cuerpo y cuando éste observó que ella se había manchado con las bayas rojas, quiso limpiarla con la lengua y llegó así hasta los senos de la muchacha. Una ola de calor atravesó sus cuerpos y se convirtió en fuego, en un incendio devorador. Roç sintió que su miembro se hinchaba como si fuera a reventar, cogió la mano de Yeza y la llevó hacia su sexo, que estaba tan duro, tan pesado y tan ardiente como jamás lo había sentido hasta entonces. Se asustó, le vinieron a la mente las setas, y llegó a pensar que éstas contenían un veneno que acabaría por matarlos.

—Ayúdame —jadeó—, ¡me siento morir!

Pero Yeza se acostó de espaldas, sujetó a Roç y lo atrajo hacia ella, abrió las piernas y permitió que el miembro hinchado penetrara en el volcán encendido de su vientre, pues a ella le sucedía lo mismo que a él: cada fibra de su cuerpo ardía, su cabeza parecía echar humo, su sexo quemaba. Hundió las uñas en el firme trasero de Roç y lo apretó contra ella, para que la ayudara a apagar la llama viva que la consumía en lo más hondo de su cuerpo.

—¡Muere dentro de mí! —gritó—. No me dejes...

Roç se sintió envuelto en nieblas de placer y de ansiedad, y estaba dispuesto a morir de amor cuando de repente se le abrió una cortina en el cerebro. Recordó a su experta maestra y despacio, muy despacio, retiró la lanza para después volver a clavarla profundamente.

—¡Me vas a matar! —gimió Yeza—. ¡Mátame de una vez! —gritó fuera de sí y rodeó con sus piernas la espalda del joven, esperando sus acometidas con profunda emoción. El fuego rodaba a través de sus cuerpos como una bola incendiada y los movimientos de ambos pasaron, de un leve balanceo en espera de la muerte, a un empuje poderoso lleno de fuerza vital. Sus corazones aleteaban aguijoneados por el veneno, y las pulsaciones eran tan fuertes que creían oírlas. La sangre atravesaba sus venas como una corriente loca y llegaron a sentirse como un solo cuerpo. Era la misma sangre la que los unía, el mismo aire que respiraban y se derramaba sobre sus rostros enardecidos. Se miraron a los ojos, se sonrieron uno a otro como conspiradores y sus labios se encontraron. Roç deslizó sus manos debajo del trasero de Yeza, ella rodeó sus caderas con los pies y se abrió a él hasta que el dar y tomar, el impartir y aceptar, adoptó un ritmo más rápido y violento. Sus cuerpos se enderezaban, se encogían y se estiraban, se empujaban y se separaban en el stacatto que precede a la apoteosis final. Yeza le pasó a Roç la mano por el cabello. Lo besó y lo mordió, y él se lo agradeció no aflojando hasta que la batalla hubo terminado y él pudo sentirse vencedor. Después cayó agotado sobre ella.

Estuvieron mucho tiempo así, acostados, Yeza de espaldas, con la cabeza de Roç

junto a su hombro. La muchacha palpó con una mano su húmedo jardín y pensó que la marea que lo había inundado era más intensa y placentera que la que solía provocar el juego de sus propios dedos. Atrajo a su amante y le besó la frente, llenando el gesto de un agradecimiento profundo.

A Roç le retumbaba la cabeza. Se tocó el miembro relajado. Ahora estaba seguro de poder ganar cualquier torneo y ser coronado por merecer la gloria con que sabía mover su lanza. Aunque todo esto no significaba nada en comparación con la entrada en el paraíso. Yeza era su paraíso, ella lo contenía dentro de su cuerpo, y él tendría que vigilar como el ángel de espada flamígera a que nadie pudiera arrebatárselo. De repente, Roç comprendió esta necesidad, que se le apareció como escrita con fuego en la pared y preguntó temeroso:

—¿Tú me amas, Yeza?

—Sí. —Y le acarició el miembro—. ¡Aunque todavía tengo hambre!

Pero la segunda trucha ya estaba carbonizada.



Crónica de William de Roebrok, en la costa del mar Negro, en la festividad de san Pedro Crisólogo^[475]

A la vista del mar, mis hombres se despidieron. Hacía tiempo que ya no cabalgábamos por tierras mongolas y que veíamos desde la cima de la cordillera aquel espejo de agua que se extendía ante nosotros, envuelto en una bruma. Lo único que todavía nos podía suceder es que sufriéramos el ataque de los bandidos, pero Filipo, a quien nunca he regalado ropas nuevas, y yo en mi tosco hábito de franciscano, somos una presa poco apetecible. Lo hemos perdido todo en manos de los ambiciosos sacerdotes de Batu, y como nuestro guía y sus hombres nos habían acompañado durante la travesía de aquella cordillera tan poco hospitalaria, alejándose así mucho más de lo que les imponía su obligación, les regalé mi último crucifijo. Después bajé hasta la costa sólo acompañado por mi criado, pero me sentía de buen humor, porque estaba seguro de poder encontrar allá abajo un barco que nos devolviera a la amable ciudad de Constantinopla.

Estaba recordando a mis pequeños reyes que, en compañía de Crean, han emprendido un camino mucho más peligroso para llegar hasta Alamut, cuando vi junto a la solitaria orilla del mar un castillo que, en realidad, es más bien una torre plantada sobre las rocas. Una robusta mujer, dotada de senos poderosos y un enorme trasero, se arrodillaba entre las piedras de la orilla y lavaba ropa. Mientras se inclinaba hacia adelante y me tendía el trasero bajo las faldas recogidas, parecía invitarme a que me acercara a ella, confiándole también mi mano de mortero para que le diera un buen masaje y la dejara limpia, puesto que desde hacía tiempo no ha podido gozar de un buen baño. Ordené a Filipo (que ya esbozaba una sonrisa insolente) que se quedara atrás y saqué la porra fuera del hábito, mientras mi cabeza

ardorosa cavilaba que también mi ropa interior estaba necesitada de un buen lavado. Pero me dije: «Nada de falsas vergüenzas, William, deja primero que se ocupe de lo uno, ¡después podrás entregarle tus ropas apestosas!» De modo que aireé los pliegues de mi hábito y me deslicé hasta la mujer que, en aquel preciso instante, se daba media vuelta para depositar la ropa enjuagada sobre las piedras. Fijó su mirada, que expresaba lo que me pareció ser un evidente entusiasmo, en mi porra erguida, su redondo rostro mongol se iluminó y con la ropa mojada y fría pasó a propinarme una buena tunda, como si deseara que mi vara le ablandara la colada. El susto y el dolor me hicieron caer de espaldas entre las rocas y ella echó a correr. Pero no corría hacia la torre, posiblemente temiendo que pudiese cortarle el camino, sino que se apresuró a subir por la colina, donde se cruzó con Filipino. Éste le gritó:

—¡Mujer, detente, tenemos buenas intenciones! —Pero ella no le hizo caso y desapareció entre dos grandes rocas.

Decidimos entonces inspeccionar la torre de cerca, con la idea de pasar allí la noche. El sol se estaba ocultando en el horizonte. Fuimos tropezando entre las piedras, casi a oscuras, hasta llegar al edificio, cuyos muros parecían bien conservados. Sólo se veía una única puerta, situada muy arriba, pero allí cerca había una escalera de mano. Fui el primero en subir y con un hombro empujé la pesada puerta de madera, que cedió muy pronto. Le hice señas a Filipino para que me siguiera y asomé la nariz al interior. Entonces, alguien descargó sobre mi cabeza un golpe terrible que me hizo perder el sentido.

Cuando volví en mí, vi a Hamo y Shirat observándome a la luz de una tea encendida.

—William —preguntó Hamo, sin preocuparse en absoluto del chichón que él mismo me había abierto en la coronilla—, ¿no habrás visto a nuestra nodriza? Se fue a lavar la ropa, ya es de noche...

—... y aún no ha vuelto. ¡La niña necesita leche! —lo interrumpió Shirat en son de reproche.

Pero Hamo tenía, al parecer, otras preocupaciones.

—Si cae en manos de los guardias fronterizos armenios, les revelará nuestro escondite.

Les informé entonces que la buena mujer se había asustado tanto cuando me vio aparecer a su lado, que había salido corriendo sin que nuestras palabras consiguieran tranquilizarla. La verdad es que me sentí avergonzado por el contratiempo que yo mismo había provocado. Filipino prometió ir en busca de la mujer en cuanto se hiciese de día, o bien aportaría una cabra. Para pasar la noche nos tomamos el resto de la leche de yegua fermentada de la que nuestro guía, al despedirse, me había entregado un pellejo lleno. Shirat sorbía la bebida, la mezclaba con su saliva y la daba a beber a la pequeña.

—El mercader de esclavos nos trajo hasta aquí —nos explicó Hamo— y envió señales con el espejo que hay arriba en la torre, para que nuestra trirreme venga a

recogernos. Alguien le contestó avisando que mi deseo ha sido transmitido. De modo que paso el día sentado allá arriba, mirando al mar y esperando...

—¿Quién crees que llegará primero? —lo interrumpió Shirat con amargura—. ¿Los armenios de Sempad o tu capitán, el «rey de los mendigos»?

—Mañana por la mañana me acercaré a los guardias armenios y les daré una pista falsa. Es lo mínimo que puedo hacer para reparar mi culpa por haberos causado tantas molestias. Dejaré aquí a mi criado, que os podrá ser útil —les prometí. Después recogimos la escalera y nos echamos a dormir.

L.S.



De la crónica secreta de Roç Trencavel, junto al lago, segunda década del año 1255

Yeza, reina de mi corazón y señora de nuestro hogar, opina que, desde que ha llegado el invierno, nuestro magro jardín del Edén ya no parece un paraíso, sino un lugar húmedo y frío, pues el sol solamente consigue enviar sus rayos a este barranco durante unas pocas horas.

He podido fabricar unos arcos muy buenos con ayuda de tripas trenzadas de pescado, y también he preparado flechas de todos los tamaños aunque, aparte de algunas aves acuáticas, no hemos podido cazar nada: aquí no hay otros animales. Estamos hasta la coronilla de comer truchas.

El olor a pescado, un olor que lo impregna todo, nos tiene bastante amargados. No obstante, decidimos cargar en nuestro tronco cuanto pudimos llevarnos de ese alimento tan precioso, nos pusimos de nuevo los cascos y nos lanzamos a viajar por el agua helada. Está ahora muchísimo más fría que cuando llegamos, de modo que hemos procurado remar con piernas y brazos para no quedarnos tiesos. Avanzamos con rapidez, porque el lecho del río tiene aquí pocas piedras, pero el viaje no carece de peligro, pues con frecuencia se estrecha el paso. A veces nos movemos entre paredes rocosas muy verticales y la corriente se convierte en un peligroso remolino.

En algún momento creímos que el agua nos arrastraría hacia el fondo, y en otros instantes el tronco amenazaba con escapar de nuestras heladas manos. Apenas encontramos alguna roca en la que descansar, siempre temblando de frío. Nos sentíamos miserables y apenas reuníamos las fuerzas necesarias para abrazarnos y calentarnos un poco uno al otro. En cierto momento vi a Yeza pálida y con los ojos cerrados, pegada al tronco entre los muñones de las ramas partidas, y pensé que había muerto. En ese momento también quise morir yo. Me levanté, rígido y cansado, para acercarme a ella, quería estar a su lado en los últimos momentos.

Fue entonces cuando el tronco superó un recodo para desembocar en un lago tranquilo, cuyas aguas me parecieron mucho más cálidas. El barranco se abre hacia un valle entre montañas, y alcancé a ver algunos árboles y prados verdes.

—¡Yeza! —exclamé—. ¡Estamos salvados!

Ella abrió los ojos, pero estaba demasiado agotada para volver la cabeza. Al menos estaba viva. Dirigí el tronco hacia la orilla poblada de arbustos, conseguí que se quedara allí varado y cargué a mi reina con mucho cuidado, acostándola en la hierba. Vi que sus dientes castañeteaban y rogué: ¡que no tenga fiebre! Empecé a frotar sus miembros helados hasta que volvieron a adquirir el color rojo de la vida, hasta que Yeza volvió a sentir dolor. Le apliqué un masaje a los pies, después a las rodillas y los muslos. Mientras ella gemía todavía, mis manos llegaron cada vez más arriba, hasta alcanzar su jardín. La puertecilla estaba abierta, como unos labios que piden un beso, y me incliné sobre su vientre y la quise reanimar con la lengua. Encontré aquello que ella suele llamar en broma su «pequeño Roç», una miniatura de mi miembro, que tanto placer le proporciona cuando lo acaricio. No estaba frío y lo estimulé con la punta de la lengua, después me quité el pantalón y me arrodillé, ya excitado, junto a su cuerpo.

—Tengo frío —dijo Yeza en voz baja—, ¡caliéntame!

Se tumbó boca abajo y me tendió su trasero de alabastro. Obedecí a su mandamiento y rodeé su cuerpo con mucho cariño, y aunque estaba frío como el hielo, en su interior se sentía el fuego que ardía también en ella. Dejé en manos de mi ama el trabajo de acoger mi miembro y me dediqué a aplicarle un masaje en la espalda. Le besé la nuca y palpé sus pechos, que seguían muy fríos, con los pezones duros. Mi verga la buscaba con pasión y finalmente ella le cedió la entrada.

—Dame calor —rogó en voz muy baja, y yo me contuve, la rodeé con ambos brazos e hice todo lo que pude para acariciar cada trocito de su piel como haría un rayo de sol. La apreté contra mí para transmitirle el calor de mi cuerpo, y tan sólo cuando ya no pude retenerme, la sujeté por las caderas y la penetré profundamente. Yo mismo me consideré cruel mientras aplicaba golpes a su pequeño trasero, como si fuese una criatura a la que hay que castigar, pero mi sexo reclamaba sus derechos. Las sacudidas se hicieron más y más rápidas hasta que me vacié en ella con un estremecimiento y el falo palpitante se convirtió en una serpiente flexible. Después me dejé caer sobre ella, aunque me di cuenta de que mi amada, ya que no podía retener la dura vara, al menos habría deseado quedarse con el suave animalillo. Pero éste escapó, avergonzado, del jardín. Entonces vi que Yeza lloraba.

Me incorporé un tanto confundido y recogí hierba y hojas para poder cubrirla. Cuando ya sólo asomaba su cabellera rubia del montón de hojas secas y yo podía estar seguro de que el calor de ese material medio descompuesto sustituiría mi torpe egoísmo, me alejé para explorar nuestro nuevo entorno.

Encontré un rebaño de cabras asilvestradas que ni siquiera mostraron timidez. Algunas hembras tenían las ubres repletas. Para gran sorpresa mía encontré también algún que otro esqueleto de estos animales con restos de una cuerda podrida en torno al cuello. En las grutas que el agua ha ido abriendo en las rocas hallé ruinas de muros que dejan libre una entrada baja. Me agaché para entrar y me encontré con lo que me

pareció la cueva abandonada de un ermitaño.

En lo más profundo de la cueva descubrí lo que habría sido el lecho del santo varón, además de un hogar con un tiro para el humo, que atraviesa una estrecha chimenea practicada en la piedra. En una habitación secundaria, desde la cual una abertura a modo de ventana ofrece una vista sobre el lago, descubrí una mesa toscamente labrada, cubierta de hojas amarillentas de viejo pergamino. El solitario escritor había aplastado el montón de hojas con una piedra, impidiendo así que el viento se las llevara y acabaran comidas por las cabras, cuyos excrementos se veían por todas partes. Encontré también una pequeña olla de cerámica que contenía tinta seca, y escupí a su interior para ver si sería posible recuperar algo del precioso líquido. Después removí la pasta con una de las plumas de ave que quedaban por allí y escribí: «Roç Trencavel du Haut-Ségur y su reina Yezabel du Mont y Grial, en tierras de nadie, junto a un lago, al pie del Cáucaso.»

Aproveché para ello el dorso de una de las hojas de pergamino, y sólo cuando me hube tranquilizado con respecto al inesperado descubrimiento, leí las palabras que estaban escritas en la cara de la hoja.

*Dentro de este mundo existe otro
Imposible de describir con palabras
Domina la vida sin temer a la muerte
Primavera eterna que no busca el otoño
Paredes y techos cuentan leyendas e historias
Hasta rocas y árboles componen poemas
La lechuza se convierte en pavo real
Y el lobo en sacrificado pastor
Si quieres modificar la imagen
no tienes más que cambiar de humor
y querer cambiar de verdad.^[476]*

Regresé corriendo junto a Yeza para alegrarla con estas noticias, pues sé cuánto le gusta la poesía. Y puesto que William está una vez más lejos de nosotros, podemos actuar de nuevo como fieles cronistas, aunque nuestro destino final sea el de acabar nuestra vida como ermitaños. Por otra parte, me resulta difícil imaginarlo. No obstante, podría ser que, dentro de cien años, alguien encuentre nuestros apuntes en este mismo lugar.

Yeza dormía plácidamente dentro del montón de hojas. Metí el brazo debajo y me di cuenta que allí hacía un calorcito agradable, por lo que me acurruqué junto a ella y le susurré al oído:

—Tenemos una casa y un rebaño de cabras.

Ella volvió hacia mí su cabellera rizada, llena de restos de hojas secas, y me abrazó.

—¡Lo que yo quiero es un palacio y muchos caballos! —murmuró, y sus ojos me miraron radiantes como dos estrellas, por lo que empecé a sentirme excitado, pero ella ya había metido la mano entre mis piernas y dijo:

—Quiero sentir la lanza de mi caballero, sus jugos calientes llenándome con un calor agradable, y no —y me aplicó un pellizco amistoso en el prepucio— cuando el agua helada me ha dejado fría como un pez y mis sentimientos se han muerto de frío como una rosa en medio de la nieve.

Sus palabras no me ofendieron y coloqué mi verga enhiesta sobre su vientre tenso, en espera de que me permitiera ingresar en el paraíso.

—Vuestro arte poético, noble dama, resiste toda comparación con lo que ofrece vuestro vientre. ¡No hay pez que se bañara jamás en una fuente más cálida, ni rosa bajo la luz del sol que se ilumine con un color más fogoso que el placer indestructible de vuestro amor!

—Tenéis razón, como siempre, mi rey, pero esta vez pagaréis la blasfemia. ¡Mi magia os convierte en semental y a mí en jinete! —Y no soltó mi lanza hasta que me hubo obligado a ponerme debajo de ella, sobre las hojas, y acabó montándose. Primero me tiró de la rienda, después me dio con el látigo y cabalgó magistralmente, pues cada vez que yo esperaba poder pasar a un galope tendido, que sacude al jinete sin remedio hacia arriba y hacia abajo, me sujetaba por el bocado, apaciguaba mi trote hasta hacerme caer en el paso de un asno (el asno soy yo), me cubría el rostro de besos, me removía el cabello y a veces incluso echaba una mano hacia atrás y me pellizcaba. Me mordía el cuello y los dos nos reíamos. Mi amazona dio juego a sus músculos y me demostró que nunca más me permitiría adentrarme como un loco hambriento en el paraíso, coger la manzana y escapar de allí como un ladrón, sino que debería seguir el consejo de la serpiente y compartir el dulce fruto con Eva, con el «pequeño Roç» del jardín. Yeza es paraíso y serpiente a la vez, es parte de mí y al mismo tiempo inabarcable en su existencia mágica, como una hermana conocida y como una mujer extraña. Así probé del fruto del conocimiento y comprendí, no obstante, en medio de las corrientes de ese placer arrebatador, en medio de las oleadas apasionadas de dolor y alegría, que en realidad no sé nada de lo que mueve el corazón de una mujer. El temblor que se apoderó de su esbelto cuerpo, sus manos que llevaban las mías hacia sus senos, sus caderas que empezaron a moverse en círculo y a inclinarse hacia mi cintura, me avisaban de que la carrera estaba tocando a su final. Se echó hacia atrás y finalmente me cedió las riendas. Me permitió alcanzarla y cuanto mejor dominaba yo mis impulsos, mayor arrebato demostraba ella. Me atacó como una gata salvaje mientras yo intentaba guardar mi dignidad de caballero. Esto la hizo enloquecer, y se enderezó con un espasmo salvaje, de modo que también yo me convertí en el animal que acabaría con ambos. El águila que nos transportaba hacia el sol acabó alcanzada por una flecha y ambos caímos estrechamente abrazados a tierra, a la vez que unos cisnes de blando plumón nos recogían permitiéndonos un descenso suave, hasta que nos vimos de nuevo en medio de las hojas secas y nos

sonreímos felices, sin ganas de pronunciar ni una palabra.

Así pasó el invierno, entre las batallas de amor a que se entregan ansiosos nuestros cuerpos, batallas libradas a oscuras, y el vuelo luminoso que nuestras almas felices emprenden hacia las alturas; pero también dedicados afanosamente a anotar por escrito cuanto son capaces de imaginar nuestras mentes febriles.

La primavera hizo su entrada en el valle donde se encuentra nuestra celda, un refugio separado del mundo por el lago. Para llegar hasta nosotros sería necesario que alguien transportara una barca río arriba, pues aparte del estanque que tenemos a nuestros pies, todas las rocas bajan en picado hacia la corriente. Para mí sigue siendo un misterio cómo un ermitaño pudo llegar hasta este lugar hace muchos, muchos años. Posiblemente la situación fuera diferente entonces, pues la naturaleza (y sobre todo el agua) modifica constantemente el rostro de la tierra. Tal vez debajo del espejo del lago, entonces, hubiese un monasterio, o un pueblo entero con murallas y torres, antes de que la caída de unas piedras enormes hiciera subir el nivel del río, y es posible que sólo el ermitaño pudiese salvarse trepando por las rocas. Aunque en los pergaminos no figura ni una palabra al respecto. Allí sólo hemos encontrado unos versos maravillosos, poemas que Yeza y yo nos dedicamos a leernos uno al otro, de noche, junto al fuego:

*Detente durante un instante
observa el desierto de espinas
Aquí florecerá un jardín de flores
¿Ves esa roca plantada en la arena?
Se mueve sola y se abre en una cueva
donde verás el resplandor de los rubíes
Lava tus manos y tu rostro en el agua de la fuente
los cocineros te están preparando el banquete.*^[477]

L.S.



De la crónica de William de Roebрук, en la torre junto al mar, en la festividad de san Policarpo^[478]

Hamo, mi criado y yo, pasamos la primera noche vigilando por turnos desde lo alto de la torre, una vez colocada la escalera contra la pared interior. Allí arriba hay montado, protegido por las almenas y por una estructura de madera, un espejo plateado basculable y artísticamente forjado, una pieza redonda como un plato y algo ahuecada. Oteábamos el oscuro mar que se abría a nuestros pies, con la esperanza de que entre la espuma del rompiente y las nubes del cielo apareciera la imagen salvadora de la trirreme. También vigilábamos las rocas escarpadas de la costa,

temíamos descubrir a los guardias fronterizos armenios. Cuando la primera mañana irrumpió con su claridad grisácea y transcurrió sin novedad la hora que los enemigos prefieren para realizar un asalto, Filippo descendió valeroso a la caza de alguna cabra.

La señora Shirat se había retirado a lo alto con la pequeña Amal, que lloraba de hambre, mientras Hamo y yo esperábamos junto a la puerta abierta de la torre, dispuestos en todo momento a retirar la escalera.

No pasó mucho tiempo y Filippo regresó con dos o tres cabras. Había conseguido robar algún que otro cabrito a sus madres, que corrían con las ubres llenas detrás de las crías que se lamentaban en brazos del criado. Al principio, Filippo se reía con ganas, pero después miró a su alrededor y se apresuró a escapar corriendo.

Hamo comprendió antes que yo lo que estaba sucediendo, bajó corriendo la escalera, se arrancó el cinturón, tiró una cabra al suelo y le ató las patas. Yo encontré una cuerda larga tirada junto a la puerta, posiblemente destinada a subir objetos, y se la arrojé. Hamo ató a la cabra, que no cesaba de quejarse, al extremo de la cuerda, y tiré para subirla. Hamo sacrificó su camisa para atarle, con ayuda de Filippo, las patas traseras a otra cabra, después la sujetó por las delgadas patas delanteras y se la echó al hombro. A continuación inició el ascenso con gestos apresurados.

Entonces levanté la vista hacia la garganta abierta entre las rocas y vi a un grupo de jinetes que se acercaba a la carrera, con las lanzas preparadas y los yelmos cerrados. Por encima de sus cabezas ondeaba la bandera del condestable de Armenia. Arrastré la cabra al interior, solté la cuerda y se la arrojé a Filippo, que se esforzaba en subir trepando por la escalera, con los dos cabritos entre los brazos. Acabó atando la cuerda en torno a sus vientres hasta dejarlos suspendidos en el aire, donde seguían balando lastimosamente.

Entretanto se habían acercado los jinetes; uno de ellos sujetaba delante de él a la nodriza. Filippo no quiso renunciar al tercer cabrito, lo acomodó sobre sus hombros y empezó a subir la escalera. Yo conseguí hacerme con los bultos pataleantes de los otros dos chotos, y también Hamo alcanzó la puerta y me arrojó una cabra a los pies. No pude retirarme de allí, pues aún estaba ocupado con las crías.

En aquel momento llegaron las primeras flechas, que entraron por la abertura del muro y me rozaron la cara con un silbido. Se quedaron clavadas en las vigas de madera. Hamo me empujó y mientras yo seguía tirando de la cuerda desde una distancia segura, él se arrojó a tierra y le tendió la mano a Filippo, con la intención de ayudarle. Las flechas alcanzaban tanto la escalera como el marco de la puerta, y alguna de ellas le habría dado a mi criado en la nuca, de no ser por el cabrito, que le salvó la vida a cambio de perder la suya. Hamo me ayudó a recoger el cabrito muerto y yo conseguí hacerme con los otros dos, que también estaban muertos, con los cuerpos traspasados por innumerables flechas, como el torso de san Sebastián.

Hamo y Filippo consiguieron subir la escalera lo necesario para que yo pudiera prestarles una preciosa ayuda, arrojándome sobre su extremo cuando el primer armenio ya se había encaramado en ella. El soldado no se soltó y acabó elevándose

hasta que ya no pudo sujetarse más y cayó estrellándose contra las rocas.

Retiramos la escalera y cerramos la gruesa puerta. ¡Dos ubres llenas y tres cabritos listos para ser asados representan un buen trofeo, del que podíamos estar orgullosos! Corrimos a la atalaya, donde Shirat se había refugiado con la niña en la caseta del espejo, para protegerse de las flechas. Ocultos detrás de las almenas oímos al jefe de los guardias fronterizos recomendarnos que nos diéramos a conocer pues, de no hacerlo, asaltarían la torre. No contestamos. Entonces nos amenazaron con matar a la nodriza delante de nuestros ojos. Permanecimos en silencio y la gorda nodriza se echó a llorar hasta que el jefe ordenó retirarla de allí. Acechando entre las almenas de la torre pude observar cómo cinco o seis hombres la empujaban y acabaron por echarla sobre una gran piedra situada junto a la orilla del mar. Uno de ellos sacó la espada, pero no la atacó porque, mientras tanto, los demás le habían levantado las faldas a la mujer. Uno tras otro se bajaron los pantalones, se metieron entre las piernas de la robusta hembra y buscaron satisfacción.

Se me ocurrió pensar que la nodriza tal vez habría preferido obtener un único placer conmigo en lugar de tenerlo por quintuplicado.

Después se marcharon todos en busca de refuerzos, amenazándonos con traer «fuego griego para haceros salir de allí», según nos comunicaron a gritos, a modo de despedida.

Dejamos transcurrir algunos días antes de atrevernos a asomar de nuevo. Shirat y yo vigilábamos desde arriba mientras Hamo y Filipino descendían por la escalera. Al ver que nada se movía se acercaron a los arbustos que crecen entre las rocas, para arrancar algunas hojas y manojos de hierba, pues nuestras cabras ya no quieren dar leche y la nodriza, esa hembra estúpida que vuelve a estar con nosotros, se ha quedado seca, no tanto por el asalto de aquellos cinco groseros como a causa del susto de muerte que le dieron.

Hemos conseguido construir un cercado y encerrar en él a algunas de las cabras asilvestradas, para no tener que buscarlas demasiado lejos cada vez que necesitamos algún cabrito. A falta de producción propia la nodriza es la encargada de ordeñar las cabras, e incluso intenta fabricar queso, mientras Hamo, que para gran preocupación de Shirat ha recuperado parte de su arrojo, intenta pescar en el mar, donde acecha a los peces con un arpón. No ha tenido mucho éxito hasta ahora, pero como es un experto en inmersiones, a veces consigue obsequiarnos con crustáceos y toda clase de mariscos. De este modo podemos disfrutar de un menú bastante variado y hasta la pequeña Amal empieza a engordar a ojos vistas.

Hacía días que habíamos olvidado a los armenios y esta mañana al fin hemos visto aparecer la trirreme en el horizonte.

De la crónica secreta de Yeza



Estaba sentada junto a la ventana de nuestra celda mirando el cielo azul, la amplia tienda de *tengri* por la que navegaban unas nubecillas blancas como copos de lana. De vez en cuando un pájaro me mostraba la elegancia de sus alas extendidas y cruzaba el cielo en dirección a las aguas serenas del lago.

Fue entonces cuando vi una diminuta barca que se acercaba navegando río arriba. La silueta oscura del hombre que la manejaba, usando un solo remo se destacó contra el resplandor del cielo, entre las nubes, las rocas y los pájaros.

Salí corriendo de la gruta para avisar a Roç, que trepaba entre las rocas, por encima de donde yo estaba, no tanto para buscar huevos de pájaro como para mantener su bello cuerpo en buenas condiciones y tan fuerte y esbelto como a mí me gusta.

—Roç, ¡he visto una barca! —le grité.

Su voz respondió:

—¡Yo no veo nada!

Cuando quise señalarle el lugar exacto donde había visto a la embarcación, resultó que yo tampoco la veía ya. Posiblemente mi posición no fuese la adecuada, o las rocas me taparan la vista. Y, sin embargo, hubiera jurado haberla visto.

—Había un hombre en esa barca, ¡date prisa en bajar!

Primero rodaron unas cuantas piedras y después mi héroe acabó saltando a mis pies. Yo eché a correr en dirección a la orilla.

—Ven, ¡te lo enseñaré!

Él me siguió.

—¡No será que necesitas otro hombre! —dijo en broma, pero mientras él hablaba, yo ya me había arrojado encima de una de las grandes piedras redondas y lisas que con sus gruesos vientres abultados descansan en nuestra playa, a escudriñar la superficie del agua. No se veía nada. El calor de la piedra inundaba mi cuerpo con una sensación agradable. Apreté mi vientre contra ese calor y separé mis piernas desnudas para disfrutarlo.

Roç, mi noble caballero, no desilusionó a su *damna*. Al principio fue sólo una brizna de hierba que me hacía cosquillas entre los muslos y penetraba hasta mi jardín. Pero después oí que la respiración de Roç empezaba a volverse más agitada, y muy pronto sentí un animalillo parecido a una lagartija que se acercaba sobre la piedra y pedía paso. Levanté ligeramente las cadenas y dejé pasar al pequeño monstruo, pues lo reconocí al instante y él también sabía dónde se encontraba. Yo sentía sus caricias como las debe sentir un gatito al acariciarlo a contrapelo, y quedé sumida en un estado de ánimo placentero, sintiendo el jugueteo en torno a mi «pequeño Roç».

Aprisionada entre la cálida piedra y el duro adorno de los muslos de mi caballero, me sentía como debe sentirse una reina que goza de libertad para disfrutar de lo que es el mayor placer. Lo acepté con la firme convicción de que me correspondía por derecho propio, y él, mi caballero, tenía permiso para proporcionármelo. También en

aquella ocasión me deseaba salvajemente, y yo lo dejé desahogarse hasta que mi copa se derramó y estalló el resonar de mil campanas. Entonces grité, y también Roç gritó mi nombre. Se entregó a mí y me sentí feliz, con el peso de su bello cuerpo descansando sobre el mío. Me di cuenta de lo mucho que lo amo. ¡Ojalá cada día pudiera comenzar y terminar así!

Cogí la mano de Roç y regresamos a nuestra celda. Allí nos encontramos a Arslan sentado frente a la mesa, esperándonos con una sonrisa en los labios. Nos habíamos detenido en la puerta tal como veníamos, cogidos de la mano. El chamán no ha cambiado desde que lo vimos por primera vez en los montes de Altai.

—Veo —dijo—, que la pareja real vive feliz y rebosa de amor recíproco.

Miró a través de la ventana hacia el lago, cuya superficie reflejaba el cielo.

—Sin embargo, éste no es vuestro mundo ni vuestro destino.

En su voz animosa flotaba un matiz de tristeza.

—Vuestro destino está ligado al de los mongoles, y no debéis rehuirlo.

Quise objetar algo, pero él prosiguió:

—Sin vosotros, ellos no podrán conquistar el «resto del mundo», y sin ayuda de ellos, vosotros no podréis ascender al trono que os ha sido prometido.

—Sabemos que, aunque quisiéramos —le respondí—, no podríamos escapar a nuestro destino. Pero son los mongoles quienes nos han abandonado, ¡y no al revés!

—Habláis así porque lo veis con los ojos de Occidente, pero yo os digo que están sufriendo por vuestra causa. El pueblo mongol está triste, y el gran khan no descansará hasta que os haya recuperado.

—Pero ellos no nos aceptan como la pareja real que somos —intervino Roç—, sino como a un símbolo, como aceptan a sus *ongoods* y ¡como muñequitos cosidos al borde del manto del venerable *khagan*!

Arslan movió la cabeza y una sonrisa asomó entre las arrugas de su rostro apergaminado.

—Los tiempos del gigante Timuyin, del gran forjador de imperios, el único Gengis-khan que hubo, han pasado. Cuantos más hijos engendró, y éstos a su vez nietos, ¡tanto más violentas son las sacudidas que la ceguera, los celos y las intrigas provocan en el imperio! —El anciano exhaló un profundo suspiro—. Y, no obstante, existe el gran espíritu de los mongoles, que abarca el cielo eternamente azul que los cubre como una tienda, y ese espíritu sabe que sólo existe un camino, un camino común, y una sola meta: ¡todo o nada! —Arslan bajó la voz, que ahora parecía llegarnos desde una lejanía considerable—. Aunque la nada todavía se oculta en las profundidades del océano, como un monstruo marino informe. Pero algún día aparecerá y aspirará al pueblo mongol hasta sumergirlo en el mar del olvido, y será como si su poder jamás hubiese existido.

—¿Por qué? —preguntó Roç con timidez y Arslan lo miró fijamente.

—¡Porque el poder debe aspirar a todo!

—¿Y nosotros? —le repuse al chamán—. ¿Y el «resto del mundo»?

—Vosotros, la pareja real, compartiréis el destino de los mongoles.

—¿Y si no sucediese así? —pregunté de nuevo, intentando dar a mi voz la misma firmeza.

Arslan enmudeció durante unos instantes. El anciano, del que yo no esperaba nunca oír una evasiva, pareció haberse ausentado y al mismo tiempo estar teniendo una visión.

—El «resto del mundo» incluye también el océano. Quien consiga el dominio sobre el mar será el soberano del mundo, y le obedecerán el fuego y el agua, la tierra y el aire.

—¡No lo conseguirán nunca! —exclamó Roç.

Yo me limité a decir:

—No lo comprenden.

—En ese caso, otros lo conseguirán, dentro de mil años.

Miré hacia el cielo. Las nubes seguían navegando en lo alto y vi unos grandes pájaros que trazaban círculos y a veces descendían en picado hacia las rocas reflejadas en el agua. Me pareció ver un punto oscuro alejándose sobre el lago, un hombre en una barca; el golpe tranquilo del remo cortaba la lisa superficie del agua y provocaba la aparición de anillos concéntricos en la misma.

En ese instante oí gritar a Roç:

—¡Jinetes! ¡Arriba, sobre las rocas!

Su voz me llegaba desde las rocas situadas encima de la gruta donde él había estado buscando huevos en los nidos de los pájaros. Volví la cabeza para mirar al chamán. Su sitio junto a nuestra mesa estaba vacío. Corrí al exterior y vi que por las rocas se deslizaban gruesas cuerdas, como serpientes que bajaran hacia donde estábamos nosotros.

Algunas piedras cayeron rodando y Roç acabó por aterrizar de un salto a mis pies. Le señalé las cuerdas, sin pronunciar palabra. Algunos hombres empezaban a deslizarse por ellas. Los reconocí enseguida. Eran las gentes del *imam*, los «asesinos» de Alamut. Se arrodillaron frente a nosotros y su jefe dijo:

—Demos gracias a Alá por haber recuperado sana y salva a la pareja real. Hemos venido para conducirlos a casa, a la Rosa. *Alahu akbar!*^[479]

L.S.



Crónica de William de Roebrok

Chipre, en la festividad de san Efrén el Sirio^[480], 1255

En el día en que se celebra la aparición del arcángel san Miguel^[481] regresamos al laberinto tan conocido por nosotros en el palacio de Calixto, de donde salimos hace dos años. Después de todo cuanto nos ha sucedido, me siento como si nuestro viaje hubiera durado toda una vida. Gosset, el mayordomo mayor a quien en su día

dejamos al cuidado del palacio, exigió que le contáramos toda la historia, de principio a fin.

En la trirreme viajaba, aparte del fiel «rey de los mendigos», también una tal señora Xenia, que enseguida me causó muy buena impresión y que durante la travesía me protegió del mareo ayudándome a compensar los golpes de mar, el balanceo lateral y las oscilaciones del barco con nuestra propia y placentera actividad columpiadora. La viuda, de carácter alegre y buena compañera, lleva consigo a la hijita de Hamo y Shirat, la pequeña Alena Elaia que, mientras, ya ha cumplido cuatro años. Sus padres están absolutamente embelesados con ella, en cambio Xenia siente un profundo pesar, del cual he intentado consolarla poniendo en ello todo mi empeño. Ella ama a la tierna criatura como si fuese su madre y la niña, que no conocía a sus padres, también quiere a Xenia y hasta le tiene afecto al «rey de los mendigos», que se ha visto obligado a adoptar frente a ella, más o menos a la fuerza, el papel de padre. Ahora la pequeña se encuentra abrumada ante los sentimientos desbordantes de una mujer que le es ajena y de un jovenzuelo (aunque ya ha madurado un poco) que casi podría ser su hermano mayor, pero que resulta ser su respetable padre.

Le conservan el mismo nombre, puesto que ya está bautizada. El príncipe Bohemundo VI de Antioquía es su padrino. La niña se adaptará rápidamente a la nueva situación, pero la madre adoptiva sufre. Y, sin embargo, también para ella encontramos una solución: a Xenia le fue entregada, en sustitución de Alena Elaia, la pequeña Amal, al habernos enterado entretanto de que ésta se ha quedado huérfana de padre y madre. Abdal, el hafsí, fue quien nos dio la penosa noticia de la muerte cruel de Omar y Orda.

La trirreme ha podido alcanzar la torre situada en la orilla oriental del mar Negro con tanta rapidez porque su capitán Taxiarcos, «el rey de los mendigos», recibió pronto, cuando aún estaba en Antioquía, el aviso de regresar a Constantinopla, dado que el conde Hamo l'estrage quería regresar a su país. De modo que la nave no tuvo más que atravesar el Ponto para encontrarse frente a la torre del antiguo Colquis, exactamente descrita en el aviso. Por cierto, Taxiarcos no supo decir quién le había enviado el mensaje, y afirmaba y reafirmaba que cierta mañana, al despertar, encontró la orden junto a su almohada. Eso fue a finales de otoño.

Sería muy propio del largo brazo de la *Prieuré*, se me ocurrió pensar espontáneamente, ¿tal vez incluso de los «asesinos»? ¿Qué otra potencia podía haber actuado así? ¿Quién? ¿Los mongoles, sus servicios secretos? También era posible.

Yo debía llevar a buen fin mi propia misión. Gosset se mostró dispuesto a regresar conmigo a Tierra Santa.

Dejamos salir a Barto, la salamandra nocturna de las cuevas, de su cárcel subterránea, donde ha pasado una especie de arresto domiciliario.

Gosset afirma que es inofensivo. El hermano Bartolomeo de Cremona no se ha vuelto más devoto, pero sí mucho más sabio. Ha aprendido a pintar miniaturas con las que adorna sus copias. Se mostró gustosamente dispuesto a escribir, siguiendo mis

indicaciones, el informe destinado al rey Luis, de modo que procedí a dictarle cada día, en el «pabellón de la Vana Esperanza», todo aquello que me pareció útil consignar, y sobre todo aquello que se espera oírle contar a un misionero.

De modo que Bartolomeo tuvo noticia de primera mano del esforzado viaje realizado hasta la corte del gran khan de los mongoles, que yo deseo llamar *Itinerarium*^[482], todo ello sin haber movido un pie en esa dirección. Al mismo tiempo ha aprendido a tener en cuenta el papel asignado a su persona en esa aventura, por si nuestros superiores de la Orden le preguntaran al respecto. ¡En realidad, tiene motivos más que suficientes para mostrarse agradecido! Se ha quedado tranquilamente en Constantinopla mientras su alter ego y yo atravesábamos penosamente la estepa, la nieve y las tierras heladas. Creo que le satisface bastante que se haga referencia a su persona como el famoso misionero O.F.M. Bartolomeo de Cremona. Y en cuanto a su doble, el tal Lorenzo de Orta, no hay que temer que esta pequeña falsificación de la historia salga a la luz, puesto que lo han nombrado patriarca de Karakorum, aunque todo el mundo se pregunta cómo habrá podido ir a parar allí. Barto, la salamandra nocturna, callará en su propio interés. De modo que después de haberlo instruido y aleccionado a fondo, le dejamos que marchara a Roma, a ver a su señor Papa.

El señor Rainaldo di Jenna, en su día arzobispo cardenal de Ostia, ha ascendido mientras a la silla de san Pedro, y según era de esperar por las antiguas preferencias que solía demostrar y que todos recordamos muy bien, ha adoptado el nombre de Alejandro^[483]. Su antecesor Inocencio^[484] murió el siete de diciembre del año pasado, de pura rabia (que le ocasionó un paro cardíaco) cuando supo que el rey Manfredo se le había adelantado y se había apoderado, mediante un audaz golpe de mano, del tesoro del emperador Federico, un tesoro que permanecía bien guardado en Lucera^[485] y era vigilado por los sarracenos, fieles a los Hohenstaufen. Inocencio había puesto en marcha, a escondidas, a un ejército para hacerse con el tesoro, pero llegó demasiado tarde. Fue un golpe excesivo para su apenado corazón. Cinco días después el cónclave^[486] elegía como sucesor al «cardenal gris».

Barto estará contento de volver junto a su superior en el *ufficium studii mongalorum*, ahora que ha enriquecido tan espectacularmente sus conocimientos acerca del mundo de los mongoles y cargado como llega de experiencias muy personales en el trato con el gran khan.

En realidad habíamos acordado que Xenia se quedara junto con la pequeña Amal en Constantinopla. En prueba de su gratitud por haber salvado a su hija, Hamo le asignó una pensión vitalicia e incluso le ofreció que se quedara a vivir en el palacio, para que las dos niñas crecieran y jugaran juntas. Pero Shirat, a espaldas de su esposo, entregó a la mujer una gran bolsa de oro, instándola a que regresara a Antioquía.

En vista de que yo mismo estaba a punto de embarcar en la trirreme, Xenia se decidió. Aceptó la oferta que, en realidad, no era tal. Shirat desea mantener alejada a

la mujer que durante cuatro años le ha hecho de madre a su hijita Alena Elaia, para que el amor de la niña sea exclusivamente suyo. Alguien condujo a Xenia a bordo de la embarcación, en secreto. Cuando ya estábamos en alta mar y habíamos dejado atrás el Cuerno de Oro, me encontré en el barco con la mujer y Amal.

A mí me habría gustado quedarme con Hamo y Shirat, y monseñor Gosset piensa lo mismo. Con gran pesar he dejado atrás a Filipo, mi fiel criado, a cuyos cuidados tanto me he acostumbrado. Quise premiarle generosamente los servicios prestados, pero él rechazó cualquier pago y únicamente me pidió, en recuerdo de nuestro viaje en común, el anillo de «patriarca». Se lo cedí con mucho gusto.

Por última vez bajo el mando del «rey de los mendigos», la trirreme nos trajo a Chipre, que alcanzamos ayer, 17 de junio del año del Señor 1255. Desde aquí tenemos la intención de proseguir viaje hasta Antioquía.

Hace siete años que ayudé a Roç y Yeza a que huyeran de esta isla, escapando de la compañía de los cruzados. ¿Cómo estarán mis pequeños reyes? Se acercan ya a su destino. Al parecer, el mío no consiste en seguir a su lado.

Siento un vacío, una sensación de debilidad en el estómago cuando comprendo hasta qué punto los echo en falta. ¡Os quiero tanto! Suspiro y miro el mar que, a cada instante, parece alejarme más de ellos. ¿Volveré a verlos? ¡Olvidad a vuestro William...! Pero, cuando lo digo, me siento tan miserable... ¡No! ¡No me olvidéis!

L.S.

VIII

EL CAPULLO SE PUDRE



De la crónica de Roç Trencavel, Alamut, última década de septiembre de 1255

Las hojas metálicas de la Rosa tan pronto parecían estar muy cerca, al alcance de la mano, mientras surgían luminosas entre las nubes bajas; como a mucha distancia conforme descendíamos de la cordillera. Un último rayo de sol se perdió en la hoz de la luna de plata que se destacaba en el mar de niebla, y me sentí, durante un instante, dispuesto a rendirme una vez más a la magia de aquella obra de arte.

—¡Qué contraste entre el refinamiento de un mundo espiritualizado y ese otro en que reinan el *kumiz* y el asado de cordero y la estepa! —exclamó mi dueña y señora que, a mi lado, guiaba su caballo a través del valle.

—Yezabel Esclarmunda —me sentí obligado a censurarla en contra de mis propias emociones—. ¡No olvides a *tengri*, la *yurta* eternamente azul del cielo!

Yeza se echó a reír.

—Haremos como los mongoles. ¡Soplaremos el polvo depositado en las hojas de la Rosa a las narices del *imam*, hasta hacerlo estornudar!

Muy pronto se nos acabó la risa.

Nos habían preparado una recepción inolvidable. Apenas pisamos la meseta cuando empezaron a sonar los grandes cuernos de carnero desde las cimas de la montaña, y los destellos de los espejos invisibles nos saludaron desde sus emplazamientos ocultos. Hasan acudió a recibirnos acompañado de un séquito muy numeroso, y en la plataforma del observatorio creí adivinar la delicada figura de la sacerdotisa.

Recordé a mi viejo amigo «Zev sobre ruedas», el que trabaja en lo más hondo del caldero, y observé lleno de gozo la vida que palpita en las pesadas hojas del capullo, una de las cuales había sido doblada hacia abajo para cubrir la zanja y darnos entrada. Los *fida'i* ocupaban todas las almenas, disparaban al aire flechas encendidas y otras que llevan unos tubitos de plata y generan un sonido estridente y sobrecogedor.

Cruzamos el puente a caballo y atravesamos el alto portal.

Vimos otra vez el misterioso varillaje que cruza la altura del caldero procedente de su interior, y que sirve de soporte al palacio flotante llamado «nido de avispas», sin contacto visible con el mismo, antes de desembocar en el entramado superior. Una vez más pude admirar el conjunto de alvéolos entre los que un revuelo de escaleras, puentes colgantes y gruesos cables que accionan las grúas de carga no revela en toda su amplitud el ingenio con que se combina todo, el alto nivel técnico que se alcanza

aquí y se concentra en un único contenedor que rebosa de maravillas. Volví a ver las paredes de barro, duras como el granito y sin embargo flexibles como una hoja de acero de Damasco, con las nervaduras que sobresalen como arterias hinchadas y procuran la tensión perfectamente calculada que sostiene el total de la Rosa. De nuevo vi las balistas^[487] al acecho, las gigantescas ballestas accionadas por ruedas y las catapultas de tiro rápido, en cuyos tendones Zev Ibrahim ha incorporado la *vis laxans*^[488]. El fuego griego duerme en las ollas y unas esbeltas ánforas llenas de damm al ard^[489], la «sangre de la tierra», se cobijan en las canaletas de madera, dispuestas para ser disparadas.

¿Acaso la Rosa es algo más que una gigantesca máquina de guerra a la espera de responder en un momento de peligro? Recordé a los ejércitos de jinetes mongoles que cuentan con cientos de miles de caballos, y tuve una visión en la cual la Rosa desaparecía tragada por una plaga de langostas con cuerpo de centauro. Vi a la Rosa alejarse de mí como se alejaría un magnífico escarabajo de cuerpo blindado sobre el lomo de millares de hormigas, un escarabajo cuyas extremidades patean en el vacío y cuyas bellas alas ya no le ofrecen protección alguna.

Procuré alejar semejante visión de mi mente cuando mi viejo amigo Zev Ibrahim se acercó en su silla de ruedas para saludarme. En vista de que Yeza fue acaparada sin más por su antigua protectora Pola, decidí seguir al genial constructor de la Rosa al imperio subterráneo de Hefaistos, inválido como él.

—Roç —me dijo en cuanto estuvimos sentados allá abajo, tomando una copa de vino—, no debíais haber regresado. La Rosa está enferma, se pudre por dentro.

Lo miré con aire interrogador. En los canales borbotea el agua, la «sangre de la tierra» burbujea en los tubos, las ruedas dentadas giran como siempre impulsando el varillaje que gime al deslizarse, los contrapesos suben y bajan, los cables ruedan sobre las poleas y las cadenas ejercen con estruendo su efecto de freno.

—El *imam* ha caído en una locura irremediable.

—Vuestro soberano siempre ha tenido reacciones imprevisibles y sus castigos siempre fueron crueles y severos —le contesté.

—¡Ahora está mucho peor! Cuando entra en crisis, cree que el lejano gran khan es el mismísimo demonio, que ha venido a la Tierra para engullir a la Rosa. Le da por descubrir a más de un mongol disfrazado entre los *rafik*. Los hace detener, los somete a horribles torturas, afirma que son hijos del infierno y los arroja vivos a la hoguera. Y cuando la locura se apodera totalmente de su mente ya no le basta con eso, sino que se dedica a estrangular con sus propias manos a los sospechosos y a los fieles que no quieren confesar lo que él espera oír, les desgarran el trasero con su miembro maldito. Se pasa el día y la noche ofuscado, inventando cómo podría provocar a los mongoles, y ahora, con vuestro regreso, cree que brotará la simiente que él mismo ha esparcido.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —me indigné—. ¡Lo que hace ese loco es jugar con fuego! Debería saber que hay bastantes mongoles que no esperan más que un buen pretexto para atacar Alamut.

Ibrahim me respondió con tristeza:

—Vosotros seréis ese pretexto.

Hasta entonces nunca se me había ocurrido considerar nuestro regreso bajo ese aspecto.

—¿Y por qué no os desembarzáis de ese lunático?

—Chsst... —el ingeniero se llevó un dedo a los labios— ya sabes que estas paredes tienen oídos férreos, y tú eres el ángel de la espada flamígera, ¡el ángel exterminador que ha descendido del cielo para acabar con nosotros!

¿Sería posible que la locura hubiese atacado también a mi viejo amigo? Me asusté pensando en la horrible imagen, semejante a Sodoma y Gomorra, que surgía ante mi mente.

—Nosotros venimos a traer la paz —intenté defenderme, aunque sin convicción—. Además, la pareja real no ha regresado, sino que Alamut nos ha buscado, nos ha atrapado en el sentido literal de la palabra y nos ha traído aquí. Estamos perfectamente dispuestos a abandonar de nuevo la Rosa si esto sirve para evitarle alguna desgracia. ¡Aunque no lo creo! —añadí.

—Yo tampoco, ya es tarde —suspiró Zev—. Las leyes de la naturaleza determinan la época de floración, de maduración y de descomposición, en cuya metamorfosis^[490] puede surgir el germen de una nueva vida o se produce la desaparición definitiva. La Rosa huele a podredumbre y degeneración, y esto es un anuncio del final, igual que el círculo que traza el buitre en el cielo avisa la cercana muerte del animal enfermo.

—¿Y Khurshah? —lo interrumpí, en un intento desesperado por cambiar de tema.

Zev vació el vaso con más rapidez que antes y vi que su mano temblaba ligeramente.

—¿Qué hay de «el ternero»? —intenté bromear, aunque con pocas ganas.

—Su padre le administra tales palizas que está perdiendo los últimos restos de razón que le quedaban. Le pega casi cada día. Ese muchacho está cerca de cumplir los veinte años y lo tratan como a un perro sarnoso...

—¿Y eso por qué?

—Porque Khurshah, tozudo como es, no deja de pregonar, cada vez que el *imam* lo hace llamar, la necesidad de buscar un entendimiento con el gran khan. El pobre muchacho ya ha intentado por dos veces huir a Karakorum, para presentar sus respetos a Mangu. Su padre lo ha dejado medio muerto a golpes y ha despachado a un *fida'i* tras otro para que acabe por fin con la vida del gran khan. Aunque los primeros cuarenta ni siquiera han regresado.

—Jamás regresarán —respondí secamente y le hablé del valiente final que tuvieron aquellos *fida'i* en Samarkanda, incluyendo el destierro de mi amigo Omar, y lo único que me callé fue la intervención poco loable que había tenido yo en todo aquel asunto—. Tampoco Crean regresará —añadí, porque no estoy seguro de que Yeza vaya a informar a su amiga Pola de la muerte que tuvo su padre al sacrificarse

por nosotros—. A él le debe la Rosa que nosotros estemos aquí.

Pero Zev Ibrahim sólo dijo:

—Me alegro por él. En el fondo de su corazón, Crean siempre ha estado buscando la muerte. Ésa es la única razón por la que militaba entre los *fida'i*. De modo que al fin ha tenido la suerte de atravesar esa puerta. ¡Feliz él!

Segunda década del mes de octubre de 1255

Zev está construyendo un armazón que ha encargado el *imam* para poder castigar más eficazmente a su único hijo, «el ternero». Se trata de un caballete sobre cuatro ruedas al cual sería amarrado Khurshah, acostado sobre el vientre y ofreciendo indefensos el trasero y la espalda. Los muslos y los brazos se le atarán a las cuatro patas de madera, pero de modo que aún le sea posible hacer rodar el caballete con ayuda de los pies y entregarse a la vana esperanza de escapar a los azotes. Alguien, muy probablemente el maligno Hasan, ha revelado al *imam* que Khurshah lleva el mote de '*ai jil*^[491], «el ternero», y que todos lo llaman así, lo que ha llevado a su cruel progenitor a pretender cubrir el cuerpo de su víctima con una piel de ternero. En mi fuero interno me pregunto si no sería mi propia lengua frívola la que puso en circulación el fatídico apodo.

—Esa piel de ternero anulará el último freno del *imam* —me aclaró Zev—, le ahorrará la visión de la sangre.

—De modo que podrá pegarle durante más tiempo —añadí yo al comprender la situación—, puesto que la carne no revienta enseguida. —Después declaré, obedeciendo a un impulso repentino—: Veré al *imam* y le pediré cuentas.

Ni Yeza ni yo le habíamos visto la cara al *imam* desde nuestro regreso, un detalle que nos causaba una creciente sorpresa, pues antes solía insistir en vernos cada día, en cada banquete y en cada ejecución.

—No lo hagas —respondió Zev, muy asustado—, ahora él os considera espías mongoles, puesto que ni Hasan ni Khurshah le han explicado la verdad de lo sucedido junto al pozo de Iskander. En opinión del *imam* lo habéis traicionado y habéis desertado al unísono a los mongoles...

—Ya entiendo —lo interrumpí—, ¿me imagino que «el ternero» habrá afirmado ante su padre que, al intentar salvarnos, también él cayó en manos de los infames mongoles?

—No —contestó mi amigo sin poder contener la risa— ¡tampoco es eso! Según el *imam*, éste fue el primer intento de su hijo para engañarlo. El *imam* cree que Khurshah tuvo un comportamiento tan estúpido que los mongoles no quisieron permitir que los acompañara hasta Karakorum, donde él pretendía presentar sus respetos al gran khan. ¡Esa sospecha le ha costado a Khurshah una semana de palizas!

—No ha sido muy inteligente por su parte dar esa versión —tuve que admitir— y,

sin embargo, me da lástima. ¿Cuál ha sido la actitud de Hasan en todo este asunto?

Zev, que estaba terminando el potro de tortura, interrumpió el martilleo y tomó un trago antes de volver a llenar mi copa.

—El emir Hasan Mazandari tiene, por un lado, mucho interés en alimentar la locura evidente de nuestro *imam* Muhammad III, y por otro quiere mantener en un estado de embotamiento permanente al heredero Khurshah. Esto le permite hacerse con un poder ilimitado en el interior de la Rosa. Además, se ha aliado con *madame* Pola y, no sé cómo, ha conseguido también el beneplácito de la casta de los sacerdotes supremos, de modo que todos los hilos coinciden en su mano, excepto estas cadenas, esos tubos y ese varillaje, que me obedecen sólo a mí. Él no sabe nada de mecanismos. Por eso me deja en paz.

Zev tomó otro trago, con el que vació una vez más su copa.

Pensé que sería mejor no preguntarle por Kasda, pues conocía la existencia de su relación íntima y secreta; al fin y al cabo, yo mismo había acudido una vez al santuario supremo escondido en el interior de la Rosa, después de cruzar por las nervaduras y arterias del mecanismo. De modo que pregunté únicamente por Herlin, a quien tampoco hemos visto desde nuestro regreso. Yo recuerdo muy bien que el anciano había sentido un especial afecto por Yeza, que ella le llamaba «maestro» y se movía por la biblioteca como por su propia casa. Ahora nos está vedado el acceso más transitado desde el nido de avispas, pero si conozco bien a Yeza, convencerá a Pola para que le muestre el otro acceso; hasta es posible que ya lo conozca.

—El viejo Herlin ha perdido el juicio —me informó Zev, y su lengua se movía con pesadez—. Lo han visto varias veces corriendo desnudo por «el paraíso», persiguiendo a las huríes que se divertían a su costa. El *imam* ha jurado hacerlo castrar si lo descubre en flagrante delito. Incluso dicen que el soberano estuvo varios días y varias noches acechándolo personalmente, pues al fin y al cabo el gallinero es suyo.

En ese momento, Zev ya había ingerido una cantidad considerable de vino, pero es probable que la vida en la Rosa ya sólo fuera soportable estando borracho.

—Hasan ha intentado prevenir cualquier posible sorpresa y ha hecho cerrar los pasadizos secretos descubiertos detrás de los armarios llenos de pergaminos amarillentos, que antes le servían al viejo zorro para escabullirse por ellos. Ahora sólo se ve al pobre anciano bibliotecario asomado de vez en cuando a alguna de las ventanas que dan al «paraíso», desde donde se empeña en mostrar a las divertidas huríes sus colgaduras. Pero ya no puede salir de la «cúpula de la Compensación». A veces la señora Pola lo oye trastear en la *magharat at-tanabat al mashkuk biha*, la «cueva de las Profecías apócrifas», ¡y pienso que entretanto se le habrá olvidado del todo dónde se encuentra la «gruta de las últimas Revelaciones»!

Zev derramó el resto del vino directamente desde la jarra en su garganta, sin darse cuenta de que se manchaba la ropa. Subimos al palacio en cestas diferentes. Pude convencer a Zev, que estaba ya bastante ebrio, de que me permitiera meterme, a

modo de prueba, debajo de la piel de ternero, aunque sin atarme las piernas y los brazos. Esto me permitiría enfrentarme por sorpresa al *imam*.

Los guardias trajeron a Khurshah encadenado de pies y manos. «El ternero» me miró asustadísimo cuando asomé la cabeza por debajo de la piel. Tenía la mirada vidriosa, como si hubiese tomado tres raciones de hashish^[492] y esperara ser ejecutado. Pero después me reconoció y poco a poco empezó a entender cuál era mi propósito. Tartamudeó, aterrorizado:

—No lo hagas, ¡esa fiera te matará a palos!

Me eché a reír y ordené a los guardias, que nos miraban confundidos, que me trasladaran junto con el caballete a la sala de audiencias. Mirando a través de las aberturas oculares existentes en la cabeza del ternero, vi que el *imam* me esperaba sentado en el trono, con el látigo de piel de rinoceronte entre las manos. A la vista de su víctima se le encendió en la mirada una chispa de locura y una sonrisa vengativa desfiguró su rostro enrojecido e intensamente hinchado.

—¡Acércate! —ordenó y empezó a descender los escalones con un paso que pretendía ser elástico, pero que resultaba dificultoso a causa del excesivo peso de su cuerpo.

Me detuve en el centro de la estancia, simulé un tímido intento de huida y tracé un semicírculo cobarde, hasta que él hubo llegado abajo y vi que sacudía el látigo con fruición. De repente, me deslicé en dirección a él, de modo que la única forma que tenía de evitarme era dar un repentino salto hacia atrás, para regresar al escalón más bajo. Ni siquiera había conseguido levantar el brazo para asestarme un golpe. Además, ese tipo de *saut farras bahri*^[493] carece totalmente de efecto cuando la distancia es breve, y yo había pasado tan cerca de él que rocé la tela de su lujosa capa. Frené y giré un poco, pero seguía con el trasero en dirección a él y me situé a su lado. Entonces no pudo resistir la provocación y volvió de nuevo a pisar el suelo de la sala, con el rostro más enrojecido aún por la ira. Yo, que representaba «el ternero», huí. Le obligué a alejarse de la escalera, lo llevé al centro de la estancia, me oculté temeroso detrás de una columna mientras él, jadeante, intentaba seguirme. De repente me situé a sus espaldas, y me lancé contra él como una flecha. Entonces se retiró asustado y en algún instante chocó con la barandilla de madera que rodea las aberturas circulares que permiten asomarse hacia el fondo del caldero. Se dio cuenta del peligro y en sus rasgos se dibujó un repentino espanto, antes de volver a sonreír y bajar el látigo. Si en aquel instante yo me hubiese lanzado contra él, habría chocado violentamente con la barandilla, la habría roto y habría caído de espaldas hasta el fondo. Simulé que le atacaba, pero me detuve a una distancia segura como se detiene el toro ante el trapo rojo, me incorporé y me sacudí de encima la piel de ternero.

—Os saludo, venerable *imam* —dije, procurando dar a mi voz una entonación festiva—. Este juego que habéis inventado con vuestro proverbial ingenio me resulta muy divertido, pero pienso que vos deberíais hacer de toro en lugar de ir vestido de sacerdote.

Oír la risa, tan falsa como estruendosa, que soltó el *imam* me llenó de satisfacción.

—Roç, divino muchacho —inició su parlamento y se acercó para saludarme. Yo no le temía, pues sabía dónde solía ocultar el puñal: en la manga izquierda. De ahí que, al permitir que me estrechara contra su pecho, le sujetara la mano de ese lado, mientras él proseguía:

»Hemos estado aguardando a la pareja real durante mucho tiempo, pues no hemos olvidado el sacrificio que hizo en favor de nuestro heredero y sucesor.

Me soltó y vi que el puñal relucía en su mano derecha, antes de que lo ocultara en la amplitud de la manga. Me rodeó con un brazo como si fuese un viejo y paternal amigo.

—Comprendemos muy bien que tuvierais que castigarnos retirándonos vuestro afecto y que, por esa misma razón, no hayáis visitado el palacio hasta esta fecha, un palacio en el cual os estábamos esperando desde vuestro retorno a la Rosa.

—Las cosas cambiarán a partir de ahora —le consolé, dando respuesta a su desvergonzada hipocresía.

—Claro que sí—dijo él, me dio unas palmaditas en el hombro y me acompañó personalmente hasta la puerta de la sala de audiencias—. ¡Guardias! —gritó con entonación muy amable desde allí—. ¡Arrojad a este amigo al calabozo! —Sus ojos cayeron sobre Khurshah, que esperaba allí, maniatado—. ¡Haced entrar a ese ternero, para que se lleve la ración doble que tiene merecida! —Con estas palabras sacudió el látigo de piel de rinoceronte y me saludó, mientras los guardias me sacaban de allí.

Mi calabozo está en el sótano, en el reino de Pluto, justo al lado del taller de mi amigo «Zev sobre ruedas». Hasan cree tener la única llave para acceder al mismo. Pero Zev me proporciona pergaminos y tinta para que no se me haga tan largo el tiempo que falta para recibir mi «castigo». Me ha prometido también avisar a Yeza, para que no se preocupe demasiado.

L.S.



De la crónica secreta de Yeza

He encontrado muy cambiada a mi amiga Pola, que ahora se muestra más autoritaria. La afectuosa amistad que antes existía entre nosotras ha desaparecido. Apenas le interesa saber que ahora también yo soy una mujer que conoce el amor, con todos los problemas y las dudas que genera esa situación, y para las que había esperado obtener su consejo y su aliento. Pero la vieja matrona parece que envidia mi joven felicidad y siempre me responde con aspereza cuándo le hablo de mi amor por Roç. Ella ya sólo habla de los hombres con palabras amargas y renuentes, y desprecia tan profundamente a las huríes del «paraíso» sometidas a su mando, que incluso se resiste a hablar de ellas.

—La Rosa lleva demasiado tiempo sumergida en el agua con que el genial Zev Ibrahim quiso regarla en su día. Ese agua se ha convertido en una cloaca apestosa, la Rosa no es más que una flor podrida, y Zev un borracho...

—¿Y el viejo Herlin, mi maestro? —pregunté en mi inocencia.

Vi que mi pregunta la ponía furiosa, pero a la vez le entraron ganas de hablar.

—Está enfadado porque considera que no me ocupo lo suficiente de su falo, como él quisiera, un miembro que ya sólo se yergue para orinar —resopló Pola, descubriéndome así con toda desvergüenza cual había sido su anterior relación con mi querido maestro—, y llegó a imaginarse a sí mismo en el papel del dios del amor que juguetea por los jardines e intenta asustar a las ocas tontas de «el paraíso». Pero Herlin no se da cuenta de que carece del don más importante de Príapos^[494] —siguió mofándose Pola, hasta el punto de que me sentí obligada a defender a mi viejo maestro. ¿Acaso no fue él quien me enseñó a leer a los poetas griegos y me explicó pacientemente el significado de aquellas palabras?

—Pocas veces se ha visto a un bibliotecario dotado de tan gran saber —me atreví a responder—, él es hijo de Venus^[495] y de Baco^[496], y me gustaría volver a verlo...

—¿A quién —siguió burlándose Pola—, al viejo o a su colgadura?

Cuando vio que mi rostro se ensombrecía de disgusto por la ordinariez de sus palabras (sé que, como siempre en estos casos, aparece en mi frente la arruga vertical de la ira que es propia de los Hohenstaufen), Pola se echó a reír y me abrazó como en los viejos tiempos.

—Me siento tan furiosa —me confió—, porque no soporto asistir al envejecimiento, ni al mío ni al de los demás. Me habría gustado recordar a Herlin tal como lo veía en los días gloriosos en que florecen las rosas, cuando alegraba mi corazón con sus poemas y cuidaba también del jardín de la joven que el *imam*, su propietario, siempre dejaba brutalmente destrozado, reparando esos daños con su cariño y su experiencia. Durante mucho tiempo he amado a Herlin por esta causa, pero ahora ya no puedo más. Estoy cansada —se quejó con la voz quebrada—, ya no me gusta hacer de *al mujtara*^[497], ni volar por ahí como una vieja corneja para sacarle a ese loco insaciable los huevos del nido mientras él se conforma con lamerse los labios y desprecia cruelmente a quien acude para proporcionarle placer. Este «paraíso» se hunde junto con la ilusión de los cisnes y los ruiseñores que jamás pudieron nacer, que nunca llegaron a cantar, de las alondras que no pudieron elevar el vuelo al cielo. Sólo quedan unas ocas estúpidas que se dedican a comer y cuchichear, aunque sin culpa, ¡hasta que les llegue la hora del sacrificio! —Pola ocultó el rostro entre las manos. Es verdad, ha envejecido mucho, pensé yo.

Pola estaba llorando. Por entre sus dedos goteaba la pasta negra con la que intenta ocultar que sus ojos, tan bellos en otro tiempo, ahora están rodeados de arrugas. La abracé y me sentí triste. ¿Qué ha sido de la preciosa Rosa? Pola levantó la vista, pues también ella, como yo, había oído unos pasos.

—¡Escóndete! —me susurró con una mezcla de disgusto y temor—. Odio al emir

—me confi6, como si le diera vergüenza de la visita que acudía—. Pero tengo que obedecerle. El poder es suyo...

No sigui6 hablando, pues entretanto me había introducido apresuradamente en una pequeña estancia que simulaba un armario y se encontraba situada detrás de su lujurioso lecho.

Miré a mi alrededor. Estaba en un vestidor cuya existencia desconocía hasta entonces. La pequeña estancia aparecía llena de cajas y baúles repletos de ropas costosas, vestidos seductores y alhajas caras. Después descubrí una barra del grosor de un brazo, que descendía desde un orificio practicado en el techo, atravesaba toda la estancia y volvía a salir de ella para introducirse en una caja azul. El orificio es lo bastante grande como para permitir el paso de un hombre. No comprendí enseguida de dónde procedía la barra, destinada a que uno pueda deslizarse por ella, ¡aunque estaba segura de que Roç lo sabría! En cambio estaba segura que debajo se encontraba la biblioteca del maestro Herlin, la *qubbat al musawa*^[498].

Antes de descender por la barra, quería enterarme de lo que sucedía en la habitación. De modo que me acerqué a la pared que simula el armario y espí por una grieta abierta en la madera. Vi al emir completamente desnudo y, aunque me froté los ojos, nada cambi6 excepto que observé que el hombre se agachaba y se acercaba gateando al lecho donde Pola se encontraba medio sentada, medio acostada, con las piernas abiertas en ángulo y dirigidas hacia él. Pude imaginarme perfectamente la visión que le ofrecía. El emir se acerc6 con un látigo en la boca, como un perro obediente, y lo deposit6 a los pies de Pola.

—Sabes perfectamente, señora mía, que podrías ser soberana, a mi lado...

Apenas pronunciadas estas palabras cay6 el primer latigazo sobre su espalda, sin que Pola hubiese tenido necesidad de incorporarse.

Hasan gimi6 y prosigui6:

—Ya no soporto por más tiempo al *imam*, ¡quiero su muerte!

Estas palabras fueron premiadas con otro latigazo que él, al parecer, recibía con placer, aunque es posible que Pola no le imprimiera demasiada fuerza; tal vez le avergonzara mi presencia.

—Tampoco estoy dispuesto —prosigui6 Hasan con su confesión—, a ver que «el ternero» es coronado como sucesor divino del *imam*, de modo que también Khurshah debe morir...

Se qued6 a la espera del próximo latigazo, pero al parecer Pola había cambiado de opinión.

—Tú no quieres convertirme en soberana ¡sino en encubridora y ayudante de tus sucios proyectos subversivos!

Presas de una furia repentina empez6 a propinarle latigazos al emir.

—Una vez alcances el poder, buscarás entre las huríes a las que serán tus concubinas. ¡Huríes...! ¡huríes...! ¡huríes! —Cada vez que resonaba la palabra, caía un latigazo sobre las espaldas de Hasan—. ¿Laila la gorda? ¿Aziza la cabra montesa?

¿O tal vez —y se detuvo, agotada—, tal vez quieras seducir a Kasda, mi casta hermana?

Ya no le pegaba más; el emir se había puesto de pie y le arrojó una mirada cargada de odio.

—No careces de razón, *al mujtara*, creo que la sacerdotisa cumpliría mucho mejor que tú el papel de soberana.

Con estas palabras Hasan se incorporó y empezó a vestirse. Pola cayó, rendida, sobre el lecho. El silencio cargado de odio que se había establecido entre ellos fue interrumpido por un crujido de las puertas del armario, contra las que posiblemente me había yo apoyado sin darme cuenta.

Vi que la mirada del emir pasaba por encima de Pola y se fijaba en la grieta. El hombre echó mano de su gran puñal y se acercó. Yo salté hacia atrás e intenté abrir la caja azul desde la cual la barra salvadora debía conducir hacia abajo, hacia el reino de Herlin; pero la caja estaba cerrada. Se abrió la puerta del armario y cuando buscaba el puñal que llevo siempre escondido en el cabello, el emir entró en aquella diminuta estancia y se rió en mi cara.

—Lleváis una horquilla preciosa, princesa Yeza —dijo con tono amable y extendió la mano. Su mirada era tan resuelta que abrí el puño y le cedí mi arma, carente de voluntad propia.

La miró con mucha atención y después dijo, para mi sorpresa:

—Os la cambio. —Y desprendió con gesto hábil el lujoso puñal que llevaba en el cinturón, sacándolo después de la vaina. Pude ver que se trataba de un estilete de tres filos con una curva elegante. De repente accionó un mecanismo que hizo ocultarse la hoja mortal y abrió una ranura en el mango de la que surgió por sorpresa una pequeña hacha afilada, un arma tan temible como la primera, pues la vaina, con su refuerzo de acero, podía servir perfectamente de mango. Volvió a ocultar el hacha y me tendió el arma asesina—. ¡Aceptad el cambio!

Pero no se trataba de una oferta, sino de un negocio decidido. Yo estaba en sus manos, aunque su «regalo» me ardiera entre los dedos. Asentí con un gesto, tuve que consentir, aunque le tengo cariño a mi pequeño puñal, que me ha acompañado fielmente en tantas situaciones peligrosas.

Hasan salió del vestidor sin despedirse. Cerró con un pasador y después con la llave, dejándome presa. A través de la ranura pude observar que se llevaba a Pola fuera del dormitorio.

¿Qué papel estaba representando mi vieja amiga?

Lo primero que hice fue aprovechar el hacha de Hasan para romper el cierre de la caja en la que se oculta la barra que debía llevarme hacia abajo. Pero cuando la abrí, me di cuenta de que el agujero había sido cegado. La barra era demasiado lisa como para subir trepando por ella, aunque el hacha me permitiera tallar unas muescas en la madera. Por otra parte podía destrozar las puertas del armario, si no me quedaba otro remedio. De momento me sentía bien protegida. ¿Y si ésa hubiese sido la intención

de Hasan? En realidad, el cambio que habíamos hecho no podía tener otro sentido. Pero me dije: «Yeza, no te precipites», y empecé a explorar con toda tranquilidad el contenido del vestidor. Me sedujeron los preciosos ropajes que había allí y decidí probármelos.

L.S.

Pola y el emir Hasan se dirigieron a las almenas, pues allí, al aire libre, era el único lugar de Alamut donde se podía hablar sin que otros oídos los escucharan.

—He tenido que comportarme como una tonta, amado mío —dijo Pola y quiso apoyarse en el hombre—, lo siento mucho, en realidad quería...

—Dejémoslo —repuso el emir con acritud—. El *imam* siente unas apetencias terribles desde que ha visto a Roç debajo de la piel de ternero. Ahora cree que tiene a su alcance el trasero desnudo del muchacho y ya no desea castigarlo con el látigo, sino que pretende aplicarle su propia porra...

—Cosa que no puede hacer con su hijo.

—Ni creo que le apetezca —opinó el emir—. Pero esto nos da la posibilidad de esconder bajo el manto del placer a un escorpión capaz de proporcionarle a nuestro venerable *imam* una punzada mortal. Si Roç es tal como creo, se opondrá a la humillación. Actuará en defensa propia y nos evitará tener que cometer un asesinato.

Pola se había asustado.

—¿Y qué pasará con Roç?

—Será sometido a juicio —respondió Hassan—, y ésta será la primera y última actuación oficial de Khurshah, antes de que Yeza mate al «ternero» para vengarse.

—Eres terrible, Hasan. —Pola se distanció de él con un gemido que el hombre podía interpretar como signo de admiración—. ¿Y qué pasará con Yeza?

—Eso ya dependerá de nosotros; yo pronunciaré la sentencia y tú puedes indultarla, o no.

Pola estuvo largo tiempo callada, mientras contemplaba el abismo desde las almenas. ¿Soberana de la Rosa? Los habitantes de la fortaleza eran todos unos viejos emponzoñados, tanto los criados como los señores. A todos los esperaba el fracaso y la muerte. Pero seguramente sería más estimulante vivir el final como una reina sentada en el trono, que como una esclava oculta en el fondo del caldero. Hasta la podredumbre tiene su encanto, pensó Pola, y soltó una risa estridente.

—Siempre he creído —recordó con voz ronca a Hasan— que deseabas unir a Yeza con Khurshah, para que fuese ella la madre del futuro *imam* y no se extinguiera la estirpe de los ismaelitas.

—Si esos dos, en lugar de asesinarse recíprocamente, quieren ocuparse primero de la continuación de la estirpe, yo no rechazo la idea. Una vez engendrado el heredero, «el ternero» puede morir sacrificado y tú puedes salvarle la vida a tu amiga Yeza, al menos durante el tiempo del embarazo, el parto y la crianza. Después...

—Tienes toda la razón, cariño —susurró Pola—, será mas fácil gobernar al tiempo que cuidamos a un *imam* infantil que debe esperar su mayoría de edad, sin que la madre natural nos moleste. —Le lanzó una comprensiva sonrisa cómplice y se alejó a pie ligero.

Hasan la siguió con mirada pensativa y después sus ojos se deslizaron por el esbelto minarete hasta el observatorio de Alamut. Bajo la hoz plateada de la luna reconoció la silueta de la sacerdotisa. Kasda miraba también, probablemente habría visto que Pola lo acompañaba. El emir inclinó la cabeza y entró con paso enérgico en el caldero.

Hizo venir a algunos de los *fida'i* que le eran más fieles y les ordenó que ataran a Roç desnudo sobre el *hamalat at-tariba*^[499], lo cubrieran con la piel de ternero y lo subieran al palacio. Pero antes de que sus hombres pudiesen obedecer las órdenes, ya le había llegado a Zev Ibrahim la noticia del castigo que se estaba preparando. El anciano hizo rodar el caballete hasta la puerta enrejada del calabozo.

—Fíjate bien, querido príncipe —le comentó al preso—, esta vez te sujetarán los muslos y los brazos con unas argollas de hierro cuyo cierre será controlado por Hasan. Pero si aprietas con las manos estos puntos en las patas delanteras del caballete —y le mostró el emplazamiento—, se abrirán las sujeciones posteriores que separan tus muslos y al menos podrás moverte con el armatoste, o dar patadas hacia atrás.

Roç observó cómo las dos semi-anillas se abrían de golpe y asintió esperanzado.

—Y si después pisas esta barra atravesada entre las patas posteriores del caballete, se abrirán las sujeciones delanteras que aprisionan tus brazos. Espero que el emir no se dé cuenta de este mecanismo cruzado, y que este detalle te permita al menos vender cara tu piel.

—¡Querrás decir mi trasero! —le respondió Roç en tono burlón, mientras los hombres de Hasan se acercaban ya al sótano.

Pola había regresado a sus habitaciones. Llamó a Yeza, indicándole que se acercara a las puertas del armario, y le susurró apresuradamente a través de la grieta:

—Fíjate en ese baúl verde lleno de ropa que hay en el rincón, vacíalo y métete dentro. Si cierras la tapa encima de ti, se abrirá el fondo y podrás arrastrarte por un pasillo que te llevará a la biblioteca. Desde allí tú verás cómo escapas...

—¿Y si no se abre el fondo? —preguntó Yeza, que se sentía presa de una gran desconfianza—. Entonces estaré atrapada y tu querido Hasan me podrá trasladar adonde le plazca.

Apartó la vista de Pola y exclamó:

—Ni pensarlo, ¡no voy a huir!

Pero Pola golpeó con los puños la puerta del armario.

—¡No se trata de tu huida, Yeza! —resopló furiosa—. ¡Roç está en peligro!

¡Debes salvarlo! ¡Coge el arma que te dio Hasan, la balta ua janyar^[500], e intenta impedir que el *imam*, en su locura, cometa un crimen! ¡Corre, apresúrate a subir al palacio!

Su ojo seguía acechando a través de la ranura.

—¡Búscalos! ¡Encuéntralos! ¡Mátalos! —siseó, y no se tranquilizó hasta ver que Yeza se dirigía hacia el baúl. Después abandonó el dormitorio.

Hasan inspeccionó a fondo las ataduras de Roç sobre el «caballete de castigo». Arrojó una mirada interrogadora hacia Khurshah. Éste asintió con expresión embobada y Hasan extendió la piel de ternero sobre el cuerpo musculoso de Roç, e indicó con un gesto a los guardias que llevaran a la víctima a las habitaciones del *imam*. Ambos observaron cómo los pies desnudos del muchacho parecían querer oponerse a su destino, pero los hombres seguían empujando imperturbables el caballete.

Hasan quiso, con toda intención, que Khurshah permaneciera a su lado durante el espectáculo que iba a producirse, para que pudiera atestiguar más adelante que él, Hasan, no había intervenido en nada. Sucediera lo que sucediera, todo se hacía por deseo y orden expresa del soberano.

Yeza había arrojado los preciosos ropajes sobre el suelo del vestidor, túnicas de seda, chalecos de bordados y perlas, capas de brocado, vestidos dignos de una futura soberana, pensó llena de rabia. Golpeó con los nudillos el fondo cubierto de terciopelo del baúl vacío. Sonaba a hueco. Entonces Yeza hizo acopio de valor, se sentó dentro, encogió la cabeza y dejó caer la tapa curva; inmediatamente después se sintió caer. En efecto, allí abajo había un pasillo, más bien un tubo de obra de albañilería en el que Yeza se metió para avanzar gateando. La trampilla volvió a cerrarse enseguida detrás de ella. Entonces se acordó de que, con las prisas, se le había olvidado llevarse el hacha-puñal del vestidor. ¡Volver hacia atrás! ¡Jamás! Aunque le daba rabia, pensó mientras avanzaba gateando, no disponer ya de su pequeño puñal propio.

El dormitorio del soberano de todos los ismaelitas, el *imam* Muhammad III, tenía en su centro un amplio lecho con un dosel apoyado sobre cuatro columnas de alabastro. El puñal de Yeza descansaba sobre una *tarabeza*^[501] de latón. Roç lo vio enseguida y empezó a sentirse aguijoneado por la duda de cómo habría ido a parar allá ese puñal. ¿Acaso Yeza había caído víctima de aquel loco antes que él? El miedo y una furia helada empezaron a invadirlo y tuvo que obligarse a reconsiderar su situación.

El *imam* vestía una amplia capa de tela adamascada color violeta, pero no llevaba nada debajo. Roç había oído hablar de los genitales gigantescos del soberano, pero al verlos entre los pliegues de ropa, sufrió un susto considerable. ¡Eran equiparables a los de cualquier buen semental! El miembro todavía estaba flácido y no quiso imaginarse cómo sería una vez erguido. Sin embargo, el *imam* no confiaba en su propio cuerpo y sostenía entre las manos una vara que, a primera vista, parecía un cetro. Si se observaba de cerca resultaba ser una especie de horquilla larga con la punta doblada en forma de gancho, y le servía al *imam* para mantener alejada a su víctima en caso de que ésta intentara atacarlo otra vez, como había sucedido en la ocasión anterior, o incluso pincharla en sus partes más blandas, o también sujetar o acercar el caballete. Para este fin sólo tenía que atrapar con el gancho una de las patas posteriores de madera del armatoste, o incluso clavarlo directamente en la carne de sus deseos.

El soberano se había situado de modo que el lecho quedara entre él y Roç, cuando introdujeron a éste en el dormitorio y cerraron la puerta detrás. Los dos se observaron recíprocamente durante unos instantes. Roç había liberado sus brazos ya desde la entrada, aunque lo ocultaba con mucha habilidad. Pero por mucho que apretara con las manos los cierres del mecanismo delantero, no conseguía librar sus muslos separados, que seguían firmemente sujetos por las anillas férreas, de casi un palmo de anchura.

Hizo rodar el vehículo moviendo los pies de modo que no perdía de vista a su enemigo. Al *imam* pareció gustarle el juego que se desarrollaba alrededor de su cama, pues confiaba en la limitación de los movimientos de su víctima. El pequeño y duro trasero que resaltaba bajo de la piel de ternero provocaba su avidez. Simuló correr hacia la izquierda, y Roç giró hacia el otro lado, pero enseguida el *imam* dio un salto a la derecha. Esta vez Roç no pudo escapar, de modo que hizo girar la *hamala*^[502] rápidamente y huyó hacia atrás, dando la vuelta a la columna; aunque muy pronto pudo oír el jadeo de su perseguidor, que estaba muy cerca, detrás de él, y sintió un dolor punzante en el trasero. Frenó de repente con ambos pies, con lo cual el *imam* chocó inesperadamente con él y se hizo daño, al topar con su miembro contra los aros de hierro. El soberano soltó un aullido furioso, lo que aprovechó Roç para aplicar todas sus fuerzas en girar sobre sí, de modo que volvía a estar frente a frente con su torturador. El *imam* intentó, rabioso, pegarle con la vara, pero eso era precisamente lo que estaba esperando Roç, quien adelantó las manos, agarró el gancho y lo sujetó. Su enemigo tiraba del otro extremo y cada uno intentaba arrebatarse al otro la única arma que poseía. En este instante Roç se acordó del puñal de Yeza que había visto encima de la *tarabeza*, y que quedaba a su alcance, pero tampoco al *imam* se le había escapado el objetivo de las miradas de Roç. El anciano fue más rápido, agarró el puñal, se adelantó y le pasó a Roç la hoja por el dorso de la mano. Roç no sintió el corte, sus pensamientos se centraban en considerar que el otro no podría sujetar durante mucho tiempo con una sola mano el gancho de abordaje; hizo un esfuerzo

por arrancárselo y sólo entonces vio la sangre. Consiguió darle un golpe al *imam* en la mano y el puñal voló hacia la cama. Al no poder alcanzarlo con las manos, Roç intentó alejarlo, con ayuda del gancho, del alcance de su enemigo. Pero éste, aunque más pesado, consiguió dar la vuelta alrededor de la columna con una facilidad que nadie hubiera creído posible, y saltó con todas sus fuerzas sobre el mango, de modo que el mango se rompió entre las manos de Roç. Al muchacho se le escapó un gemido de dolor, el anciano en cambio soltó una risa brutal y, aplicando ambas manos a la parte posterior del caballete, lo arrojó de frente contra el lecho, con lo que Roç perdió toda posibilidad de huir. El *imam* seguía riendo, jadeante por el esfuerzo y temblando de excitación, e intentó arrancarle al muchacho la piel de ternero.

En aquel instante se presentó Yeza, que parecía salir de la pared. El *imam* la miró como si fuese un fantasma.

Yeza vio su amado puñal tirado en el suelo, a sus pies, y se agachó para cogerlo. El *imam* olvidó entonces a Roç y saltó sobre la cama, para acercarse amenazador a la muchacha. Ella seguía mirando absorta el sexo del hombre que se mostraba por entre los pliegues de la capa abierta. Le arrojó el puñal, pero la hoja ni siquiera rozó el cuello del soberano, se clavó en el entarimado de la pared y se quedó allí, temblando. El *imam* se desprendió de la capa y la arrojó sobre Yeza, como el cazador de pájaros arroja una red sobre su presa. Antes de que ella pudiese librarse de la prenda, el hombre asestó un puñetazo a la figura envuelta, que se hundió bajo la tela adamascada. Roç se había acercado con breves impulsos desesperados, pero se vio sometido a la brutal superioridad del vencedor. El *imam* se arrojó, lascivo, sobre los muslos de su víctima desarmada. Pero Roç había levantado los pies y el caballete, empujado por la acometida del desenfrenado amante, salió disparado en dirección a una de las columnas. Roç encogió asustado la cabeza y adelantó las manos, para protegerse la frente. El *imam*, en cambio, en su arrebató, había caído sobre la piel. Cuando la *hamala* chocó contra la columna, el cuerpo macizo del soberano se deslizó como una flecha sobre la lisa superficie, y la columna de alabastro y el cráneo del *imam* reventaron al mismo tiempo, fundiéndose en un único crujido. El cuerpo del torturador se desplomó sobre Roç.

Sólo cuando empezaron a caer gotas de sangre sobre el muchacho, completamente aturdido, éste comprendió que el *imam* estaba muerto. Llamó tímidamente a Yeza. No pudo acudir en su ayuda, porque el caballete se había atascado entre las astillas rotas de la columna.

En aquel instante se abrió la puerta. Hasan, y detrás de él Khurshah, asomaron a la estancia. El emir se aseguró con una rápida mirada de que el puñal de Yeza ya no estaba allí donde lo había dejado.

—Roç le ha asesinado —observó fríamente cuando vio que éste aún vivía—. Ahora os corresponderá a vos, *imam* Khurshah, dar el merecido castigo al asesino.

Khurshah no pudo apartar en un primer momento la mirada del cadáver de su padre, pero después hizo un esfuerzo y ordenó a los guardias que trajeran una caja.

—Deseamos que el cadáver de nuestro insigne padre se guarde dentro de la misma, junto con el arma homicida, ¡hasta que pronunciemos sentencia! —Con estas palabras «el ternero» se hizo cargo del poder en el «nido de avispas».

Khurshah sacó de la estancia al favorito de su padre, tirándolo de la manga.

—¿Verdad que nosotros dos, estimado emir Hasan Mazandari, deseamos por un igual que las circunstancias en que hemos encontrado a mi padre permanezcan tal como estaban en el momento de nuestra entrada, sin modificación alguna, para que nadie pueda plantear una duda? Por lo tanto, lo primero que conviene asegurar es que ninguno de nosotros ha entrado en esa estancia.

Hasan lo miró, un tanto confundido.

—Pero vos mismo habéis visto que fue el puñal de Yeza el causante de la muerte...

—De momento, a nosotros dos nos basta con haber visto a mi padre muerto —respondió Khurshah, aparentemente muy tranquilo—. Todo lo demás, incluso la cuestión del puñal, se hablará a su debido tiempo.

Pero el emir no quiso aflojar la presión.

—Yo haría detener como mínimo a la muchacha, pues no hay duda de su complicidad —insistió, disgustado al ver la serenidad del «ternero», que no se mostraba confundido, ni mucho menos, ni pedía venganza a gritos.

—Yo mismo hablaré con Yeza —respondió el que ya era joven *imam*—. Entrad y solicitud de la princesa que me reciba.

Hasan, profundamente indignado, no vio motivo alguno que le hubiese permitido retrasar el cumplimiento de esa orden. Le habría gustado arrojar una mirada sobre el cadáver, comprobar con sus propios ojos que el puñal le había causado una herida mortal.

Los guardias trajeron la caja.

—Acostad el cadáver en el ataúd, tal como lo encontréis —les ordenó Khurshah antes de que entraran en el dormitorio—. Cerrad la caja y aplicadle el sello. ¡Después la colgaréis de unas cuerdas en la parte baja del palacio, para que cada uno de los *fida'i* pueda verla! —Los guardias hicieron un gesto de afirmación—. ¡A continuación soltaréis a Roç y lo devolveréis al calabozo!

Khurshah se dirigió a la sala de audiencias y se sentó en aquel trono que ahora estaba a su disposición. Quería reflexionar con toda tranquilidad acerca de lo sucedido, pero entró Hasan y le informó que Yeza lo estaba esperando.

—Os doy la llave de la cárcel donde está encerrada —le comunicó con voz melosa—. La encontraréis detrás del lecho de la *al mujtara*.

Y en voz baja añadió:

—Nadie os impedirá dejarla preñada.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para restaurar el tono amistoso de quien se siente intelectualmente superior.

—¡La hija del Grial representa una elección magnífica como madre de un futuro

imam! —bromeó, para añadir después con entonación severa—: El mantenimiento y la continuación de la línea de los *imames* de todos los ismaelitas es ahora vuestra más importante obligación.

Khurshah lo miró con aire un tanto ausente. Su mirada velada parecía dirigida a algún punto situado en la lejanía.

—Celebraremos al mismo tiempo nuestra boda y la ejecución del asesino, con una fiesta digna de nuestro insigne padre.



De la crónica secreta de Yeza

¡El *imam* ha muerto! Si no hubiese visto con mis propios ojos cómo se reventó su cráneo, habría creído que se trata de un cruel engaño. Pero cuando vi que su cuerpo había quedado sin vida y en cambio Roç no había sufrido daño alguno, el susto cedió su lugar a la alegría.

Aún seguía sin moverme del sitio, desde donde oía las voces de Hasan y de Khurshah delante de la sala, cuando detrás de mí se abrió la puerta secreta practicada en el muro. El brazo de Pola me agarró y tiró de mí hasta introducirme del todo en la estancia que hay detrás del entarimado de la pared. No pronunció ni una palabra, pero su mano señaló autoritariamente el pasillo por el que antes yo había llegado hasta allí.

Emprendí el retorno bastante aturdida, sin saber si no debía buscar a mi maestro en la biblioteca y confiarme a él. Me seguía doliendo la cabeza por el golpe que me había asestado el *imam*. Regresé y salí por la caja verde al vestidor. No pasó mucho tiempo y oí unos pasos: alguien se acercaba a la puerta del armario, que seguía cerrada. Temí que pudiese ser Hasan quien me observaba en silencio a través de la grieta, pues podía oír su respiración pesada. Era él, en efecto. Su voz cortante atravesó la madera.

—El insigne *imam* Khurshah os honrará con su próxima visita, ¡estad dispuesta!

Después sus pasos se alejaron de allí.

«El ternero» no se hizo esperar. Tuve el tiempo justo para arreglarme un poco, pues mi ropa había sufrido bastante durante la travesía de aquel estrecho pasadizo. Mi vestido estaba sucio y en parte desgarrado. Me puse el más sencillo que pude encontrar entre las ropas de Pola, y devolví los demás a la caja verde. Mientras me vestía pensé que, puesto que «el ternero» se había convertido en *imam*, debía recibirlo como una princesa auténtica. Aunque me faltaba saber qué es lo que Khurshah pretendía de mí.

Apenas hube cerrado la tapa cuando oí girar la llave en el cerrojo y vi que Khurshah me miraba, sonriente. Con un gesto galante me sacó de mi reducida cárcel y me ofreció sentarme encima de la cama de Pola. Ocupé un extremo y no supe qué comportamiento debía adoptar.

—¿Me permitís que me siente a vuestro lado, Yeza? —preguntó.

Yo me alejé un poco más, para dejar claro que no deseaba ninguna familiaridad.

—¿Queréis ser mi esposa? —preguntó entonces sin más rodeos, aunque no se atrevía a mirarme a la cara.

Yo le contesté con franqueza:

—¡No!

Él bajó la cabeza, como sintiéndose apenado.

—Roç ha matado a mi padre...

¿Acaso pretendía presionarme? ¡No le sería tan fácil! Ese muchacho no dejaba de ser un verdadero ternero. Le contesté con firmeza:

—No es verdad. Fui yo.

Su expresión se volvió más apenada todavía, pero no dejó de mirarme con aire interrogador.

—¿Cómo lo habéis hecho?

—¡Con mi puñal! —respondí un tanto insolente, y sentí al mismo tiempo un calor estremecedor, pues me di cuenta de que había olvidado sacar el arma del entarimado de la pared.

Khurshah me miró con desconfianza.

—¿Con ése...? —preguntó y señaló mi puñal que ahora, con la puerta del armario abierta, se veía en el suelo del vestidor, como si Hasan lo hubiese olvidado.

Me vi perdida y dije en voz baja:

—Haré lo que queráis, ¡pero no matéis a Roç!

Para que no se le ocurriera alguna idea tonta como la de aceptar mi ofrecimiento allí mismo, en la cama de Pola, me deslicé lentamente del lecho. Sí me arrodillaba a sus pies, podría alcanzar con una mano el arma. Pero «el ternero» se puso de pie y ni siquiera me miró.

—El asesino será sentenciado a muerte —dijo, y parecía triste y sumido en hondas reflexiones. Si se establecía un tribunal en toda regla, nadie podría culpar a Roç de su muerte, puesto que éste había permanecido atado y no llevaba ningún arma encima. En el peor de los casos aquella situación podía interpretarse como la de un duelo a vida o muerte, una apuesta que el *imam* había perdido.

Khurshah se alejó y me dejó reflexionando acerca de cómo podría haber ido a parar mi puñal al armario. ¿Lo habría devuelto Hasan a ese lugar? Entonces había motivo para preocuparse, pues alguna idea se ocultaba detrás. Recogí el arma y la oculté en mi cabello. ¡Quién sabe lo que nos espera todavía!

L.S.



De la crónica secreta de Roç Trencavel, Alamut, primera década de octubre de 1255

Zev me permite observarlo mientras fabrica el instrumento destinado a la

ejecución. Mi amigo se limita a la construcción según el diseño que le ha entregado el joven *imam*. Khurshah ha bautizado la silla de hierro con el nombre de *quimat at-tafkir*, es decir: «el trono de la memoria», como recuerdo dedicado al último deseo incumplido de su insigne padre, antes de que éste se reventara el cráneo.

El trono tiene cuatro columnas y un respaldo muy alto. Pero también las patas son más altas de lo que es habitual, con el objetivo de proporcionar a su distinguido usuario un lugar sobresaliente. Sin embargo, el asiento es móvil, y se sujeta con cuatro anillas a las columnas, o sea que es graduable, aunque no se vea un tope por ningún sitio. Zev ha cubierto el asiento con un terciopelo negro. Al mostrármelo retiró la tela y vi un agujero como suelen tenerlo los *maharid*^[503], aunque mucho más pequeño. Una pilastra de oro con forma de falo situada debajo del asiento, me aclaró el procedimiento. Dicho falo está cubierto de piedras preciosas de cantos afilados, y se ensancha hasta adquirir proporciones impúdicas en la base. O sea que éste será el tope contra el que actuará el peso del cuerpo una vez esté sentado el condenado en tan precioso trono. Me sentí invadido por el asco y no pude expresarle a mi amigo Zev ningún tipo de reconocimiento por la pulcritud de su trabajo. Para que el terrible procedimiento no se vea perjudicado por un movimiento de rechazo indebido por parte del músculo que cierra el ano (puesto que no habrá posibilidad de negarse del todo) hay montadas en las cuatro columnas del trono unas anillas de hierro que sujetarán los muslos y los brazos y obligarán a la persona sentada a guardar una postura erguida. Los aros de hierro tienen en su interior unas puntas de acero dobladas hacia arriba, y se parecen en esencia a los collares de castigo que se aplican a los perros de presa. Si el delincuente se encogiera para escapar al dolor punzante de estos collares, lo pagaría irremediable con el hundimiento sobre el horrible asiento, de modo que, aparte de verse progresivamente empalado, los brazos y los muslos atormentados sufrirían cortes y heridas cada vez más profundas en la piel. Es una máquina genial que a Zev debería darle vergüenza haberla construido. Comprendo que no se vea capaz de negarse a hacerlo, pero sí le reprocho el entusiasmo con que ejecuta su tarea. Me hizo sentarme en el trono, a modo de prueba, lo que me provocó una sensación muy desagradable, aunque yo mismo había colocado una tabla de madera encima del fatídico agujero en el asiento. Al menor movimiento, la piel se engancha en los clavos doblados de las anillas. Acabé sangrando como pinchado por mil agujas, y eso que los cierres ni siquiera habían sido ajustados del todo a mi medida. Estuve lamiéndome la sangre de la parte superior de los brazos, profundamente disgustado, y pregunté:

—Zev, ¿cómo eres capaz de construir una cosa así sin que te remuerda la conciencia?

Me miró sorprendido.

—Alguien tiene que hacer este trabajo. Lo que sí me daría vergüenza sería hacerlo mal.

—Ésa es la moral del verdugo, la moral del instrumento del mal. El cristianismo

tiene prevista una salida gloriosa: el martirio.

—Yo no soy cristiano, ni mucho menos un *perfectus*^[504] como exigen los cátaros, mi querido Roç —me contestó, enojado—. Yo soy judío y, en todo caso, se me puede considerar un ismaelita adaptado. ¡Si lo deseas, puedes confesar el asesinato, subirme al «trono de la memoria» y dar prueba de tu verdadera fe, soportando con verdadero arrepentimiento el castigo y la penitencia!

—¡Pero yo no soy el asesino! —me defendí, furioso—. ¡No existe un asesino! —Y volvía a sentir el peso del *imam* sobre mí. De repente había aparecido Pola, que llevaba en la mano el *balta ua janyar* de Hasan. Ante mis ojos, entorpecidos por la piel del ternero, le hincó al cadáver el hacha en la frente. Después agarró la cabeza del *imam* por los cabellos manchados de sangre, la levantó y clavó una mirada de odio en los ojos quebrados. Después, sin el más mínimo temblor, empujó la cabeza con su mano, hasta clavar la punta aguda del puñal por debajo de la barbilla. La sangre del *imam* goteaba sobre mi cabeza y mi nuca, pero Pola no pareció fijarse en mí en absoluto. La *al mujtara* arrancó el puñal de Yeza de la pared y volvió a retirarse.

Inmediatamente después, los guardias entraron en la estancia y levantaron al *imam* depositándolo, junto con el «arma homicida» en la caja que traían consigo, sellaron ésta y se la llevaron. Cuando poco después me liberaron de mi incómoda posición sobre el caballete, para devolverme nuevamente a la cárcel del sótano en calidad de prisionero, vi que el ataúd estaba colgando de unas cuerdas debajo del «nido de avispas», visible para todo el mundo e inalcanzable para todo el que quisiera poner sus manos en el cadáver. De hecho, la sospecha recaería por tanto en el emir, y la prueba contra él sería concluyente a menos que tuviese una coartada muy segura o pudiese demostrar quién estaba en posesión del arma en el momento del «asesinato». Estoy seguro de que se le habrá ocurrido algo.

Zev me ha vuelto a encerrar, porque le han anunciado la visita de Khurshah, que quiere inspeccionar los trabajos.

L.S.

Desde el mismo instante en que Khurshah se hubo adaptado a su nuevo papel de *imam*, empezó por rodearse de una guardia personal compuesta por jóvenes *fida'i* que reclutó en los alrededores de Alamut, robustos hijos de campesinos montañeses y pastores. No se fiaba en absoluto de Hasan Mazandari; sabía que éste tenía a sus gentes en la Rosa, y que éstas obedecerían las órdenes del emir en caso de duda. El final de su padre le había ofrecido una buena lección, y aunque el *imam* Muhammad III había muerto por su propia culpa, el hijo pensaba que en realidad había caído en una trampa.

Khurshah acudió rodeado de sus hombres al reino subterráneo del ingeniero. Con sus propias manos empujó a un lado la silla de ruedas de Zev Ibrahim, deseoso de

hablar con él a solas.

—Quiero hacer un ensayo antes de la próxima fiesta...

—¿Queréis decir, antes de la boda con la madre del futuro *imam* y antes de que se cumpla la condena del asesino de vuestro venerado padre? —se aseguró Zev, y señaló la construcción en la que estaba trabajando, el «trono de la memoria».

—Quiero decir... —lo corrigió Khurshah—, antes de la ejecución del asesino y del engendramiento de mi heredero, ¡todo ello en un único acto público!

—¿Y quién tendrá el honor de servirlos en ese acto? —preguntó Zev con curiosidad, pero Khurshah, siempre sonriente, le puso un dedo sobre los labios fruncidos.

—Será una sorpresa —le respondió—. Para el ensayo me basta con Hasan en el trono y Pola en el lecho nupcial.

Se dio cuenta de la cara de sorpresa de «Zev sobre ruedas» y añadió, ya con una franca y abierta risa:

—El *hamalat at-tarbia* sirve muy bien para mis propósitos. La dama elegida será atada de espaldas sobre el caballete. La piel de ternero, extendida sobre el vientre que me ofrezca, guardará su anonimato, al menos hasta que el acto engendrador se haya realizado dentro de la ceremonia festiva. Mientras tanto, para excitar mis sentidos, iré observando como se le introduce el falo en los intestinos al asesino. Ya veremos cuál de los dos actos exige más tiempo para llegar a su glorioso final. ¡Haz que ambos instrumentos sean trasladados a mi palacio!

—*Maut oua haia yadida!*^[505] —se entusiasmó Zev, aunque después proclamó algún reparo—. *Al mujtara* seguramente estará dispuesta a cumplir vuestros deseos, venerable *imam*, aunque sólo sea a modo de ensayo, pero no veo cómo podréis obligar al emir a que se siente voluntariamente en ese trono.

—Si se niega, será un motín abiertamente declarado, y yo... —se interrumpió, porque desde muy lejos, desde la parte alta del caldero, se oía el sonido del gran *gong*; por tres veces tres golpes retumbaron en la Rosa. Esta señal no tenía por qué significar un ataque, aunque sí avisaba de que había sido avistado un posible enemigo.

Khurshah se dirigió a las almenas para saber lo que sucedía. En efecto, una avanzadilla mongol se había atrevido a adelantarse hasta la meseta. Ni siquiera eran medio centenar de jinetes, según pudo estimar Khurshah, pero lo más extraordinario era ver cómo se dirigían sin temor alguno hacia la Rosa y rodeaban el foso con sus pequeños y rápidos caballos.

Kito fijó su mirada llena de asombro en la fortaleza que surgía de las aguas. Jamás había visto nada parecido: unas paredes de madera de roble protegidas con placas de hierro rodeaban la base y formaban a la vez unas hojas alabeadas; las almenas puntiagudas parecían imitar la corola de una flor y detrás de ella se veían

palmeras, frutales y un minarete altísimo, que se afinaba y parecía no acabar nunca. En su parte alta se destacaba una plataforma que parecía flotar entre las nubes bajas. Y, coronando el conjunto, una luna de plata giraba lentamente. La torre hizo pensar a Kito en el brazo esbelto que una mujer levanta al cielo, saliendo de un capullo, para ofrecer a un dios invisible el tesoro depositado sobre el plato que sostiene en la mano.

En realidad, Kito y su pequeña tropa sólo pretendían comprobar si Roç y Yeza se habían refugiado otra vez en la Rosa. Así se lo había confirmado el padre de Omar en Iskander, cuando Kito le llevó la pulsera de su hijo y le informó del valiente final que había tenido éste a manos de los armenios. Después lo venció la curiosidad de ver la famosa Rosa de cerca y se dirigieron a caballo hasta allá. No eran conscientes del peligro que los amenazaba.

Al primer sonido del *gong*, Hasan reunió a sus gentes en torno suyo y comprobó rápidamente que no se trataba de una trampa, puesto que ninguno de los puestos de observación de las montañas de los alrededores había enviado un aviso, anunciando un ejército importante de mongoles que estuviese al acecho. O sea que se trataba, ni más ni menos, tan sólo de cuatro docenas de mongoles perdidos, y el hecho le sorprendió. Si hubiesen acudido en calidad de embajadores, lo habrían demostrado haciendo ondear sus banderines y mostrando un comportamiento de mayor empaque. ¡En cambio esos jinetes galopaban en torno a la Rosa como si fuesen críos, se reían y gastaban bromas! El emir sintió enfado. Difícilmente podía tratarse de espías, pues éstos (*Alá oua'alam*)^[506] solían comportarse de una manera menos llamativa. Por lo tanto, ¿qué pretendían esas gentes?

Después de todo lo que había sucedido, el emir estaba dispuesto a desfogarse un poco y demostrar (sobre todo al nuevo *imam* más que a los mongoles) en manos de quién estaba el poder en la Rosa.

Distribuyó a sus gentes entre las tres puertas de salida, les mandó que montaran sus caballos y ordenó a los ballesteros y arqueros que dispararan de golpe, todos juntos, derribando más o menos a la mitad de los jinetes, a la vez que los dos puentes laterales caían con gran estruendo sobre la fosa y dos grupos nutridos de jinetes se dirigían al galope al exterior, haciendo retumbar las tarimas de roble.

Kito ordenó, con voz sobresaltada y furiosa, al resto de los jinetes que acudieran a su lado. Tras oír las órdenes de su jefe no intentaron escapar del cerco que los amenazaba, sino que se dirigieron en formación de cuña hacia el ala izquierda.

Los defensores de la fortaleza tuvieron que enfrentarse a ese ataque totalmente inesperado mientras Kito, acompañado de un puñado de fieles, se dirigía al mismo tiempo hacia la derecha. Pero lo hacía sólo para engañar; pronto cesó su carrera y Kito observó con satisfacción que sus hombres habían alcanzado la puerta. Él no pretendía sacrificarse ni perder a su gente para pagar su falta de precaución; lo único que deseaba era no dejar abandonados a su suerte a los heridos por los disparos que

los habían alcanzado por sorpresa. De todas formas, finalmente quedaron rodeados. Cualquier intento de defenderse habría significado una muerte segura. Si caían prisioneros tenían al menos una pequeña posibilidad de sobrevivir, aunque los rumores que hablaban de la crueldad del viejo *imam* en todo el contorno eran sobrecogedores. Kito recordó las manos y los pies cortados que había visto en las montañas, cuyos huesos carcomidos seguían indicando el camino hacia Alamut.

En aquel instante descendió el tercer puente levadizo y desde la puerta principal de la Rosa, que en aquel momento se mostró visible, bajó el emir Hasan Mazandari hacia el campo de batalla, dispuesto a recibir la espada del jefe del grupo en señal de rendición. Hicieron subir a Kito y a todos los supervivientes por el puente y los arrojaron a las mazmorras subterráneas.



De la crónica secreta de Yeza

A principios de noviembre, el *imam* muerto empezó a despedir un hedor horrible. El ataúd seguía colgado de las cuerdas y suspendido debajo del palacio, y sus efluvios apestaban el ambiente de la Rosa hasta lo más elevado de la torre y hasta «el paraíso». Tal vez por eso Khurshah no quiso esperar más. Aunque esparció el rumor de que se trataba, de momento, de un ensayo, Pola, mi carcelera jefa, me advirtió:

—Cuidado, ¡ése va en serio!

Yo ni siquiera sabía lo que iba a suceder en realidad, ni podía imaginarme si debía estar tranquila o preocupada cuando vi que transportaban a mi querido Roç dentro de una jaula hacia arriba, al «nido de las avispas». Era la primera vez que volvía a verlo desde el final del *imam*, y desde nuestra llegada no habíamos conseguido siquiera hablar el uno con el otro.

—¿Qué pieza de teatro se representa aquí, mi caballero Trencavel? —lo saludé con aire sereno. No deseaba que él me creyera apenada y ni siquiera preocupada por él.

Roç parecía un mono encerrado y desde detrás de las rejas me hacía muecas, a la vez que exclamaba:

—Un drama doble, mi amada Esclarmunda del Monte Sión, ¡boda y ejecución en un solo acto!

No pudimos hablarnos más porque separaron nuestras jaulas y las transportaron al palacio.

La sala de audiencias había sido adornada para la ceremonia: en las gigantescas arañas ardían innumerables lamparillas de aceite y se habían reunido allí muchos dignatarios. Vi a algunos venerables *Da'i D-Du'at* con sus largas barbas blancas y varios *Da'i L-Kabir*, o sea, altos cargos de la orden de los ismaelitas. Supuse que habrían acudido desde muy lejos e iban acompañados de sus barbudos *rafik*, alumnos

escogidos e instruidos. Al parecer no se admitía la presencia de *fida'i* ordinarios, los que aún no han pasado por el proceso de iniciación. Entre los ancianos había también muchos escribanos y médicos de fama considerable. Esto es lo que murmuraban los guardianes con expresión respetuosa mientras nos trasladaban a Roç y a mí a la sala e instalaban nuestras jaulas a un lado, en lo alto de la tribuna. Con este emplazamiento al menos se tenía en cuenta nuestra categoría de pareja real. Nos encontrábamos a la misma altura que el joven *imam*, «el ternero» Khurshah, que apareció flanqueado por Hasan Mazandari, Zev Ibrahim en su silla de ruedas y el viejo Herlin, además de rodeado de su guardia personal. Examiné con mucha atención al viejo bibliotecario. No me pareció que estuviera tan loco, aparte de llevar ropa de ceremonia como todos los demás dignatarios y sacerdotes y de mostrar un aspecto muy pacífico. Después los músicos empezaron a actuar y algunas bailarinas escogidas entre las huríes, entre ellas Aziza, se balancearon formando un corro. Observé que Aziza sigue moviéndose igual que una cabra. Pola, la responsable de esta parte del espectáculo, no aparecía por ninguna parte.

Khurshah saludó a todos los presentes con su nombre completo y enumerando todos los títulos y, para sorpresa mía, no evitó nombrarnos a nosotros. La pareja real encerrada, pensé y tuve que reírme por lo bajo.

—Sólo celebraré mi ascenso al trono —dijo el joven *imam*—, una vez vengada la muerte de mi insigne padre y cuando su alma haya podido ascender para unirse a Alá. Por eso quiero juzgar primero —carraspeó y dio a todos los presentes la ocasión de emitir un murmullo de aprobación—. Los tiempos son inseguros. Todos sabéis que la amenaza va en aumento. Ésta es la razón por la cual deseo atender las recomendaciones de mis consejeros y procurar sin pérdida de tiempo la continuidad de nuestra estirpe de *imames*. ¡Hoy mismo engendraré a un heredero!

Se produjo un aplauso generalizado y empecé a sentirme mareada. ¿Por qué me mantenían enjaulada? ¿No sería que «el ternero» tenía la intención de asaltarme allí, delante de toda la gente, delante de los ojos de Roç?

Pero de momento mi atención fue desviada al comprobar que entraba en la sala un sillón de hierro y de aspecto particularmente odioso. «El ternero» dijo con orgullo:

—Éste es el *quimat at-tafkir*^[507], el «trono de la memoria». Lo dedico a la memoria de mi insigne padre.

Una vez más estallaron los aplausos, que Khurshah aplacó con un gesto de ambas manos.

—Hemos hecho un prisionero, un jefe de centuria del gran khan de los mongoles. Por determinadas razones deseo que sea testigo de lo que sucederá aquí. Os ruego que lo recibáis con aplausos.

En aquel instante se me encogió el corazón y a punto estuvo de quedarse paralizado cuando vi que introducían en la sala a Kito, que venía encadenado y fue saludado con salvajes palmadas. Lo condujeron en dirección al trono, pero de momento no lo sentaron encima. Del asiento para abajo, la silla estaba cubierta con

un paño negro y me recordaba cierto instrumento de tortura en el que las víctimas son sumergidas en el agua hasta que se ahogan.

Kito, como auténtico mongol, no daba muestras de temor. Yo pensé con un temblor que muy pronto sabríamos quién era la destinada a ser la novia, y buscaba con mirada asustada a Pola. Pero en lugar de aparecer ella, entraron ceremoniosamente el ataúd con el *imam* muerto. Le precedía una nube de hedor. Observé con extraña satisfacción que algunos de los más altos dignatarios ismaelitas se tocaban en secreto la nariz. El ataúd fue depositado en medio de la sala, delante del trono elevado del soberano.

—En su día hice encerrar el cadáver en esta caja tal como fue encontrado, junto con el arma asesina. Los guardianes pueden confirmarlo —declaró Khurshah—. Mi intención era que nadie pudiese actuar guiado por las emociones y dejar transcurrir el tiempo necesario antes de tomar venganza, para poder hacerlo con la mente fría.

Los *Da'i* asintieron en señal de aprobación, aunque la frialdad de nuestras mentes quedaba ahora obnubilada por el olor infernal que partía de la caja.

—Rompamos los sellos y juzguemos todos juntos, a la vista de su contenido, a quién señala como asesino el arma empleada.

Así se hizo, los guardias retiraron la tapa. Los vahos tóxicos de la descomposición avanzada del cadáver inundaron el espacio entero, provocando náuseas en todos, pero «el ternero» se mostró irreductible. Con gesto autoritario ordenó a algunos de los ancianos, probablemente médicos, que se acercaran al ataúd. Éstos sujetaban sus ropas recogidas con la mano y se protegían con ellas la boca y la nariz antes de arrojar una mirada al interior de la caja.

—Asesinato —confirmó el primero con voz ahogada.

—Asesinato por golpe y arma blanca —añadió el segundo.

El tercero comprobó:

—La frente hundida y el cuello atravesado por un puñal. ¡El instrumento de ambos actos causantes de la muerte, todavía aparece introducido en la herida!

Metió, con los dedos muy separados, la mano en la caja y retiró el arma. Era la *balta ua janyar* de Hasan, el hacha-puñal. El rostro del emir se cubrió de una palidez mortal.

—¿A quién pertenece el arma? —preguntó el primero de los médicos designados para el examen del cadáver, aprovechando la excusa que se le ofrecía para alejarse de la caja.

—¡Hasan Mazandari! —exclamó, de forma inesperada, el viejo Herlin en voz alta—. ¡La conozco! —añadió todavía, con expresión de tozudez.

—¡Prended al emir! —ordenó Khurshah a los guardias, y éstos se adelantaron enseguida para apresar a Hasan con cadenas.

Todo había sido minuciosamente preparado, pero el emir se enfrentó a su acusador:

—¡Con igual razón podríais ser vos, Khurshah, el asesino!

Después se dirigió a los ancianos:

—¡El hijo del viejo *imam* se encontraba en mi compañía en el momento de los hechos!

Se produjo un murmullo entre los Da'i, pero Khurshah lo cortó de inmediato.

—El emir se equivoca, pues en esos momentos yo me encontraba en la biblioteca. El maestro Herlin puede atestiguarlo. Por desgracia, eso me impidió acudir en ayuda de mi insigne padre. En cambio el emir fue visto por los guardias en la puerta de la habitación donde sucedieron los hechos. Cuando los guardias entraron, hallaron al *imam* bañado en sangre. La terrible arma le asomaba por el cuello y con la misma le habían destrozado el cráneo.

Detuvo su discurso para permitir que la dramática acusación hiciera efecto y después cambió de entonación. Adoptó el papel de soberano solitario, desesperado y desilusionado.

—¿No hay nadie aquí que pueda prestar algún testimonio que descargue de culpa al emir?

Todos callaron, incluida yo, pues cualquier modificación del relato habría dado lugar a que se mencionara el papel de Roç en el mortal acontecimiento. Hasan había querido la muerte del *imam*. Había querido convertir fríamente a Roç en asesino, tal vez incluso a mí o a ambos. Consideré que merecía un justo castigo.

—¿Debemos considerar que Hasan Mazandari ha sido hallado culpable de asesinato? ¿Merece ser condenado a muerte?

—*Nam. Makhoum aleihi bil maut.* Sí, merece ser condenado a muerte — murmuraron los jueces reunidos.

Hasan fue conducido al *quimat at-tafkir* y lo sentaron encima. Unas anillas de hierro lo sujetaron por la parte superior de los brazos y por las pantorrillas, manteniéndolo en posición muy erguida, casi suspendido en la silla, en una postura muy artificiosa.

—¡Pasemos ahora a engendrar el futuro *imam*!—exclamó «el ternero», dirigiéndose animoso a los ancianos cuya atención se había centrado hasta entonces fijamente en la figura de Hasan sobre el trono de hierro. El soberano dio unas palmadas y los criados introdujeron el mismo caballete sobre ruedas sobre el que en su día habían sujetado a Roç. Una vez más había allí un cuerpo humano cubierto por la piel de ternero. ¿Qué hurí se ocultaba bajo el cuero? ¿Sería la propia Pola, que utilizaba así el último medio que le quedaba para hacerse con el poder en la Rosa?

Los criados arreglaron una preciosa capa blanca sobre los hombros de Khurshah y le colocaron la capucha de modo que ocultara su cabezota bovina. Vestido de esta guisa se acercó al caballete, empezó a manosear en sus pantalones por suerte ocultos a nuestra mirada, y se inclinó sobre el cuerpo destinado a la maternidad. Yo respiré hondo, pero en aquel instante volvió a oírse una música violenta de flautas apoyadas por tambores y panderetas, y los guardias se acercaron al «trono de la memoria», con un gesto rápido retiraron el paño negro bajo el trasero del emir y se lo arrojaron

encima de la cabeza, de modo que su rostro quedó oculto. Bajo el asiento había una especie de estatua dorada, con destellos de piedras preciosas incrustadas. Me recordaba a un miembro masculino en erección, pero de enormes dimensiones. Con un temblor íntimo recordé el sexo del *imam* muerto y supe enseguida que se trataba de una reproducción de su pene.

El cuerpo de Hasan se encogió. El movimiento revelaba una voluntad férrea de no conformarse con su destino. A las flautas, cuyo sonido adoptaba tonalidades más y más agudas, se añadió el tiple extremo de las dulzainas; los trombones y los bombos subrayaban el ritmo con que Khurshah, «el ternero», ejecutaba el acto sexual con lo que parecía una figura hecha a su imagen y semejanza. En sus movimientos no se observaba ni placer ni pasión, y me habría gustado saber en ese momento quién constituía su «feliz pareja».

Hasan seguía en el trono de hierro. Sus brazos empezaron a cubrirse de sangre, pero no se le veía mover ni el cuerpo ni la cabeza bajo el paño negro. Apretaba sus piernas firmemente a los aros de sujeción, de modo que también las pantorrillas empezaron a llenarse de sangre. Ya no se veía el prepucio del pene de oro. Los trompetistas incrementaron el ritmo, los tonos eran cada vez más agudos y roncós, las dulzainas gritaban, los tambores ejecutaban un staccato, los bombos ejecutaban una secuencia cada vez más rápida de golpes. Llegó el momento en que sucumbió Hasan.

—¡Piedad! —rugió e intentó erguir el cuerpo, con la consecuencia de que el pene penetró acelerado en sus intestinos—. *Bismi alá ar-rah-man!*^[508] —gimió, intentando hacerse oír sobre los bombos.

Mientras el emir gritaba y gemía pidiendo perdón, la figura envuelta en la capa blanca se movía con mayor y mayor rapidez, se encogía, se doblaba, se erguía y cayó finalmente sobre la piel de ternera, rodeándola con ambos brazos. En aquel instante cesaron todos los instrumentos y únicamente un platillo acompañó con su estruendo metálico los últimos espasmos. Después se hizo el silencio y todas las miradas convergieron sobre Hasan, que ya no emitía más que gemidos casi inaudibles.

De repente, como llegando de otro mundo, resonó en el caldero el gran *gong* de la Rosa, pero sus golpes opacos surgieron entreverados por los sonidos penetrantes de un martillo de hierro que emitía una secuencia alarmante: «¡Bomm! uno, dos... uno, dos ¡bomm!» Llegaron hasta nosotros unas voces confusas y asustadas. Herlin, en un arrebato de clarividencia, comprendió su significado y gritó:

—¡Los mongoles! ¡Llegan los mongoles!

Debo confesar que este aviso me provocó un profundo alivio. En ese instante lo que más fervientemente deseaba en el mundo era la llegada de los mongoles. ¡Esperaba que ellos limpiaran aquel infierno de terror!

«El ternero» enderezó su cuerpo. A nadie le preocupaba en absoluto quién era la mujer que descansaba bajo la piel. Khurshah se acercó a Hasan, le arrancó el paño negro de la cabeza y arrojó una mirada exploradora sobre el cuerpo hundido.

—Tus gemidos me han animado —dijo— ¡y a ti te han salvado! ¡Si se te hubiese

ocurrido hacerte el héroe, habrías muerto! Ahora que sabemos que eres un cobarde, ya no constituyes una amenaza para mí.

Y dio una señal a los guardias para que liberaran al emir de su penosa situación. Zev se acercó con la silla de ruedas y procuró que un hombre pusiera la espada plana bajo el trasero de Hasan, levantándolo así del trono de tortura.

—Aún me necesitaréis, insigne *imam* —dijo Hasan con voz ahogada—, pero yo... —Y cayó desmayado en brazos de los guardias.

—Así es —confesó Khurshah, aunque el emir ya no pudo oírlo. Las miradas de todos los presentes se dirigieron finalmente hacia la mujer atada sobre el caballete. De repente apareció Pola y, a una señal de Khurshah, retiró la piel. ¡Kasda! Vimos a la sacerdotisa sagrada atada, estaba pálida y mantenía los ojos cerrados. Su delicada frente de venas azuladas estaba perlada de sudor.

—¡Kasda es una buena elección! —susurré, aliviada, en dirección a la jaula de Roç. No podía verle ni él me contestó. Tan sólo después de un rato pude oír su voz:

—¡Jamás hubiera pensado que Hasan suplicara perdón tan rápidamente!

En su voz había desprecio y yo comprendí que «el ternero» había buscado únicamente la humillación del emir y no su muerte. Mientras tanto, alguien comprobó que se había tratado de una falsa alarma, y Kito fue arrojado de nuevo al calabozo. En cambio Roç y yo fuimos liberados de las jaulas.

—La pareja real residirá conmigo en palacio —proclamó Khurshah en el justo momento en que Hasan volvía a abrir los ojos—. En cambio el emir Hasan Mazandari tiene prohibición absoluta de pisar el palacio, so pena de exponerse al castigo que ya conocemos. Por otra parte y con efecto inmediato le nombramos *hami al ouard*^[509], con plenos poderes para defender a la Rosa.

El joven *imam* ocupó el lugar de su padre en el trono y todos los D'ai presentes le presentaron sus respetos y le felicitaron por haber engendrado a un heredero. Pola sacó de la sala la *hamalat at-tariba* a la que estaba atada su hermana.

Hasan se alejó por otra puerta con la cabeza gacha.

L.S.

IX

UN SILENCIO QUE ANUNCIA TEMPESTAD

El hombre abrió los ojos. Unas nubes blancas se deslizaban sobre el cielo azul y ocultaban por momentos a una luna muy redonda. Delante de la esfera luminosa, una delicada columna de humo subía en espiral. El resto era negra noche, sin estrellas. ¿Acaso un muerto ve el cielo a través de un agujero? Él tenía que estar muerto. ¿Le estaría mirando Dios? ¿O lo tendría olvidado, no habría advertido su final?

El hombre descansaba inmóvil y a oscuras, acostado de espaldas. Después intentó volver la cabeza en dirección a la luz. Sintió un dolor punzante que le atravesaba el pecho y los brazos, los hombros y la espalda, como agujas finas. En aquel instante recordó las flechas, recordó a los infantes junto a la corriente de agua, y recordó también su caída entre las rocas. De modo que había sobrevivido. Eso mismo parecían querer decirle los rostros redondos de las mujeres mongolas que con curiosidad en los ojos se inclinaban sobre él, para alejarse después corriendo, entre gritos y exclamaciones excitadas.

La vez siguiente que Crean despertó de su estado de inconsciencia, vio al general Kitbogha en el interior de la *yurta*, junto a su lecho, y oyó cómo le decía:

—Para ser un sacerdote, hay que decir que sois bastante duro de pelar, monseñor Gosset.

El general levantó la manta y examinó las heridas, a la vez que movía la cabeza. Crean no podía verlas, pero sentía el ardor de cada una.

—Cuando mi hijo Kito os trajo aquí, lo único que nos preocupaba era proporcionaros el entierro cristiano que os merecéis. —El general soltó una risa que sonaba incómoda—. Nadie creía que llegaríais a privarnos de esa ceremonia.

—¿Dónde estoy? —murmuró Crean, a quien el esfuerzo de hablar introducía de nuevo puntas afiladas en la carne de los músculos, y le hacía sentir pinchazos como si unos asesinos a sueldo estuviesen ensartándolo con sus puñales.

—Habéis estado dos meses luchando con la muerte, os encontráis junto a la avanzadilla de nuestro ejército que, mientras, ha conseguido sobrepasar el *oxus*, la frontera occidental de nuestro imperio.

—¿Cuándo? —preguntó Crean en voz baja. Se sentía demasiado débil como para asustarse—. ¿Cuándo ha sido?

—En enero del año 1256, ilustre monseñor Gosset —le respondió el general—, pudimos cumplir con la orden del gran khan. Los soberanos de Occidente se han negado a reconocer su soberanía, aunque ésta era la condición para prestarles ayuda militar. De modo que no le quedó más remedio que tomar la iniciativa.

—¿Los mongoles han venido a luchar contra el «resto del mundo»? —susurró Crean, incrédulo. Con todas sus fuerzas deseaba imaginar que la Rosa no sería atacada.

—Ahora mismo, no —procedió el general con toda tranquilidad a anular sus ilusiones—. Occidente está muy lejos y de momento, lo que tenemos a mano son las tierras del Islam.

—¿Os dirigís a Alamut? —preguntó Crean, afligido.

El general asintió con satisfacción y Crean volvió a cerrar los ojos. El agotamiento que sentía era superior a todo lo demás.

—Occidente puede esperar.

Con estas palabras, el gran khan Mangu intentaba conseguir que su hermano menor Ariqboga comprendiera la decisión tomada.

—Los pocos cristianos que viven dentro de nuestras fronteras son fieles súbditos del Estado mongol. En cambio hay un gran número de musulmanes, incluso pueblos enteros, que viven dentro de los límites de nuestro imperio, y sería una ligereza imperdonable no asegurarse el dominio de su centro espiritual, que es Bagdad.

—Pero ésa no es razón para que hayas enviado a luchar a Hulagu, atormentado por sus eternas dudas, y en cambio yo, tu hermano preferido y sucesor elegido, tenga que permanecer aquí como un perro atado.

—Someter a los reinos islámicos y a sus jefes espirituales es una tarea más urgente que apoderarse de Occidente —quiso convencerlo Mangu—. Esta otra exige mayor sensibilidad de la que concedemos a nuestro hermano, el il-khan.

Pero el disgusto de Ariqboga seguía al rojo vivo y Mangu añadió, sonriente:

—Cuando yo ya no exista, y tú cargues con toda la responsabilidad, tendrás libertad para llevar la paz al «resto del mundo».

—Olvidas lo que el chamán profetizó en su día a los gengiskhanidas, antes de que el *kuriltay* te eligiera *khagan*, cuando prometiste...

—Siempre he sido consciente de la importancia de las palabras del sabio Arslan. Al fin y al cabo, no se necesitan dotes de visionario para saber que en la corona del mundo no debe faltar ni una piedra preciosa, ni un baluarte...

—¡La corona del mundo! —se mofó Ariqboga—. Veo a un gigante que se imagina soberano del mundo. Lo veo derrumbado por haber subestimado a ese pequeño David de Occidente que le ha disparado en plena frente la piedra que le falta en su corona, clavándosela entre los ojos. La herida se infecta y su veneno acabará con el cuerpo del gigante, ¡un gigante que se pudrirá y acabará por descomponerse!

—Eso, en todo caso, sería aplicable a nuestros enemigos —lo reprendió Mangu—. El pueblo de los mongoles es un pueblo repleto de salud y de energía. Tú, en cambio, Ariqboga, todavía no estás lo suficientemente maduro como para ser jefe, ni siquiera de una parte del ejército, y mucho menos para adentrarte en los pantanos engañosos de Occidente, en sus oscuros bosques, ni para viajar por las aguas de sus mares y ríos que desembocan todos en el gran océano...

—Un océano al que temes...

Mangu se enfadó tanto que empezaron a hincharse las venas de la frente y Ariqboga comprendió que había ido demasiado lejos.

—No he oído tus palabras —le respondió finalmente el gran khan con voz apagada y ronca—. Déjame ahora y no me des más motivos para dudar de tu obediencia, ya que te muestras tan poco comprensivo.

Así fracasó el último intento de Ariqboga de participar en la campaña guerrera contra Occidente. Hulagu obtuvo plenos poderes y a su mando quedó sometida una quinta parte de todos los hombres aptos para el combate, procedentes de cada uno de los khanatos. Ni siquiera la Horda de Oro escapó a esa leva. Batu-khan ordenó a tres sobrinos suyos que recorrieran la orilla occidental del mar Caspio, y se unieran al ejército ya cerca del primer objetivo que pretendían conquistar.

La Rosa de Alamut, orgulloso símbolo del movimiento religioso ismaelita y cuartel principal de su brazo armado, la Orden de los «asesinos», siempre había significado para Hulagu una espina clavada en su carne, desde hacía mucho tiempo, antes incluso que el último *imam* enviara a cuarenta «asesinos» para acabar con la vida del gran khan. Si quería conquistar Persia, Hulagu no podía permitirse dejar a su espalda ese nido habitado por mil escorpiones armados de puñales. De modo que descargó en su general Kitbogha la responsabilidad de que el avance se realizara sin dificultades, y le mandó acabar a sangre y fuego con la fortaleza. El il-khan destinó a su ayudante Dshuveni para que acompañara al general, considerando que, como sunnita ortodoxo, desarrollaría un odio mayor contra los seguidores chiítas de la falsa fe y sería un mejor aguijón que Kitbogha, un simple cristiano adepto de Néstor.

Había llegado la hora del triunfo para Ata el-Mulk Dshuveni. Durante años había estado bregando para acercarse a la meta y ahora su sueño estaba a punto de cumplirse: lucharía a la cabeza de un gigantesco ejército contra Alamut. Lo primero que haría sería arrancarle a la Rosa las espinas con que envenenaba la verdadera fe, la pisotearía y la enterraría bajo el polvo. Exterminaría ese pantano donde se cocía toda herejía, y la ceniza de los ismaelitas acabaría esparcida sobre la tierra. Nadie se lo impediría, ni el más bravo guerrero, como podía ser ese benévolo general que no se cansaba de afirmar que no conocía el odio y que, frente al enemigo, se limitaría a cumplir con su obligación.

Antes de partir en dirección al campamento, Dshuveni comentó la situación con Bulgai, juez supremo del imperio y jefe de los servicios secretos, de los que el ayudante de Hulagu también formaba parte y dentro de cuya jerarquía incluso ocupaba un alto cargo.

—Habrán un problema con el asalto de la fortaleza de Alamut —dijo Bulgai—. La pareja real se encuentra en su interior. Algunos supervivientes de la expedición que salió bajo el mando de Kito han alcanzado la avanzadilla del ejército, y confirman el rumor. También han comunicado al general la triste noticia de que su hijo está preso

en la Rosa.

Dshuveni se mostró poco inclinado a tener en cuenta semejantes circunstancias.

—Ninguna de esas razones me impedirá entrar a sangre y fuego...

—O bien no habéis aprendido todavía que el ruido de sables no figura entre los procedimientos que emplean los servicios secretos —lo interrumpió el calvo—, o bien creéis que sois un general altamente capacitado. Pero eso no es así, a diferencia de lo que sucede con el general Kitbogha.

El ayudante se mostró ofendido.

—Tengo un encargo indiscutible que he recibido de mi señor, el il-khan Hulagu —intentó hacer callar al otro—, y ejecutaré ese encargo, y me da lo mismo que...

—Nada da lo mismo, y nada es hoy lo mismo que era ayer. Vuestro enfado os hace olvidar, querido Dshuveni, que ha caído en manos de nuestra avanzadilla un «asesino» de alto rango, al que retiene como rehén. Kito dio con él y lo salvó antes de caer, él mismo, prisionero de los «asesinos». Encontró a Crean de Bourivan, a quien conocíamos como monseñor Gosset, asaetado por las flechas; algunas de ellas lo habían atravesado de parte a parte cuando hizo frente a los armenios para facilitar la huida de la pareja real. Esto fue lo que movió a Kito a salvarlo y procurarle asistencia médica.

—¿Y por qué creéis, insigne Bulgai, que debería interesarme este aspecto?

—¿Pensáis en serio, querido ayudante, que el general permitirá que sea arrojada una sola piedra contra la Rosa mientras Roç y Yeza se encuentren en su interior, retenidos a la fuerza, como creemos? El general tal vez sería capaz de sacrificar a su hijo, pero jamás a la pareja real.

—¡De modo que tendremos que sacarlos antes de allí, por las buenas o por las malas!

—Con astucia, querido Dshuveni, con astucia. Y por mediación de Crean.

—Ya comprendo —contestó el ayudante—. Nos superáis a todos, eminente Bulgai.

Apenas llegado al campamento del general, Dshuveni se preocupó muy especialmente de que los mejores cirujanos árabes restauraran la integridad del odiado ismaelita y encauzaran su lento restablecimiento. Era imposible adivinar si deseaba mantener a Crean con vida para dirigirlo hacia un destino mejor, o peor. El herido, todavía muy debilitado por las lesiones internas y debido a ciertos desgarros que tardaban en curar, era trasladado sobre una camilla conforme se iba desplazando el ejército.

Poco a poco, la avanzadilla de diez mil hombres que dirigía personalmente el comandante en jefe, el general Kitbogha, alcanzó la cordillera que conduce a

Iskander. El ayudante conocía el camino, aunque de momento se limitaba a mover sus hilos en la sombra, como le corresponde a un responsable político. El general ordenó a sus hombres que se detuvieran junto al pozo. Los habitantes del pueblo habían huido a las montañas, presas del pánico, pues aún guardaban en la memoria el comportamiento que había tenido en su día la pequeña escolta mongola del embajador el-Din Tusi. Únicamente el padre de Omar quedaba en el pueblo. Éste reconoció a Dshuveni, quien lo saludó con amable hipocresía, consciente de que los mongoles carecían de un guía nativo del país, y que, hasta el momento, nadie se había prestado a ayudarles en ese sentido. Dshuveni deseaba enterarse de ciertos detalles referidos a Alamut antes de que el ejército ocupara posiciones frente a la fortaleza. Sabía que la noticia de la entrada de los mongoles en Iskander ya habría llegado a oídos de la Rosa.

—Hace cuatro años me convidabais a un excelente *yibn tasa*^[510] —quiso halagar Dshuveni al pastor, cuya frente, sin embargo, permanecía adusta.

—En aquel entonces, mi hijo Omar todavía disfrutaba de su joven vida. Vos lo enviasteis al destierro junto con su esposa, una hija de vuestro pueblo, y en ese destierro ambos han encontrado la muerte.

—¿Cómo te llegó la noticia? —quiso enterarse Kitbogha, que se había acercado.

El pastor respondió:

—Hace poco se acercó a verme el joven que en su día mandaba la escolta, y me trajo esta pulsera de mi hijo Omar. Aunque él, en aquel entonces, violó a mi hija Aziza, no he querido matarlo...

—Yo soy el padre de Kito —le comunicó el viejo general—. Te has mostrado generoso, aunque esto, a mi hijo, de poco le ha servido. ¡Está preso en Alamut!

—La Rosa es una planta carnívora —dijo el padre de Omar con gesto ceñudo—. Si alguien se le acerca demasiado, se lo traga. A mí me ha despojado de mis dos hijos.

—¿Qué hay del *yibn tasa*?—insistió Dshuveni, prescindiendo ya de toda reserva, tanta era su ansiedad por probar una vez más el queso fresco de cabra. Sólo de pensarlo se le hacía la boca agua.

—Mi mujer murió del disgusto y yo vendí las cabras —le respondió el padre de Omar, y se alejó a grandes pasos.

—No le dejéis escapar —se dirigió el ayudante a Kitbogha—. Tiene que revelarnos de dónde saca la Rosa sus fuerzas.

—¡No será a base de comer *yibn tasa*! —se mofó el viejo general—. Hablaré con ese hombre en cuanto considere que ha sido capaz de digerir vuestras sentidas palabras de pésame. Ahora dejadme hablar a solas con monseñor Crean, pues no quiero causarle la impresión de que lo estoy interrogando, ni mucho menos presionando.

—Como queráis —le contestó el ayudante—, siempre que no le prometáis la libertad.

El general se acercó a la camilla depositada junto al pozo, donde Crean se esforzaba por lavar las heridas que aún seguían supurando. Había adelgazado todavía más y tenía el rostro pálido y demacrado. Seguía padeciendo intensos dolores.

—Las sacudidas del viaje os convienen poco, monseñor Gosset —inició Kitbogha su parlamento, queriendo mostrarse sensible—. ¿Qué podemos hacer para procuraros un mayor alivio?

—Soporto perfectamente los dolores —respondió Crean en voz baja—. Lo que me mortifica es el destino incierto de los que siguen presos en la Rosa, retenidos contra su voluntad.

El viejo general ayudó con sus propias manos a Crean cuando éste se recostó de nuevo en la camilla.

—Me han dicho —le murmuró al oído, en un tono que revelaba convicción— que el viejo *imam* ha muerto, y que el nuevo no se muestra reacio a entablar amistad con los mongoles...

—¡Los seguidores de la falsa fe siempre seguirán siendo la misma banda de asesinos alevosos! —siseó Dshuveni, quien, para disgusto de Kitbogha, se había acercado.

—En efecto, así es —le confirmó Crean al general—. Khurshah padeció mucho a causa de la terca enemistad que su padre sentía contra el gran khan, y estoy seguro de que ahora buscará el camino de la paz...

—En ese caso, debe rendirse —resopló el ayudante—, y deberá hacernos entrega, sin perder más tiempo, tanto de la pareja real como de vuestro hijo Kito...

—No pidáis demasiado a la vez —murmuró Crean, dando muestras de sentirse cansado—. El viejo *imam* estaba poseído por un profundísimo odio contra los mongoles...

—¡Estaba loco! —observó Dshuveni con gesto desdeñoso.

—Más bien era un débil mental —matizó con sequedad el general.

—Su hijo Khurshah, en cambio —prosiguió Crean—, desea hacer las paces con el gran khan y ofrecerle sus respetos. También Roç y Yeza están a favor de una solución pacífica. Mi deseo sería descubrir si la influencia de la pareja real es suficiente para que la Rosa se rinda sin necesidad de llegar a un inútil derramamiento de sangre.

—Vuestros protegidos Roç y Yeza no creo que sean los consejeros más adecuados para que los «asesinos» nos hagan caso —ironizó el ayudante—. ¡En el mejor de los casos deben de tenerlos prisioneros, para que les sirvan de rehenes y les eviten sufrir el merecido castigo!

—Si los amantes de la paz no consiguen imponerse —concedió Crean con aire apenado—, la Rosa luchará hasta el último hombre.

—¡Así sea! —deseó Dshuveni, triunfante. Pero el general lo alejó de la camilla sujetándolo con mano de hierro.

—Ata el-Mulk Dshuveni, os comportáis como si fueseis vos el general y no un

oficial ayudante. Yo comparto las preocupaciones de monseñor Gosset...

—Prescindid de una vez de verlo como a un pacífico cristiano. Nos las tenemos que ver con Crean de Bourivan, un embajador de alto rango dentro de esa peligrosa secta secreta llamada la *Prieuré*, que respalda a la poderosa organización de los «asesinos».

—Y sin embargo —le reprochó Kitbogha— él y yo tenemos el mismo problema. Queremos sacar a los rehenes de la Rosa antes de iniciar el asedio, y antes de que les hagan sufrir a ellos las consecuencias.

—Como sabéis, el demonio se ha llevado ya al infierno a quien era el espíritu malo de los «asesinos». ¡El viejo *imam* ha muerto! —susurró el ayudante y miró con aire de inseguridad a su alrededor, como si no estuviese del todo convencido de sus propias afirmaciones. Pero después añadió, con una expresión ya más segura—: ¿Qué le impide al joven soberano pedir conversaciones de paz?

—Yo estoy dispuesto a recibirlo —dijo el viejo Kitbogha—. Incluso me alegraría.

—Vos sois general —dijo Dshuveni con acento mordaz—. Vuestra tarea es atacar; las cuestiones políticas son de mi exclusiva incumbencia.

—Aquel que manda sobre todos nosotros, el insigne gran khan, ha expresado su voluntad incuestionable de que llevemos con nosotros, en nuestro camino hacia Occidente, a la pareja real, y que la llevemos viva. No veo otra posibilidad de conseguirlo más que enviando a monseñor Gosset a la fortaleza para exponer el deseo del gran khan. Me gustaría saber si os oponéis a ello.

—Lo que conseguiréis es que el señor de Bourivan no retorne a nuestra presencia —se mofó el ayudante—. ¿No creéis que, en cuanto haya sanado de sus heridas, se colocará a la cabeza de los defensores?

—Se acostará tal vez —intervino Crean, sonriente—. Mi vida está tocando a su fin terrenal y me da igual dónde me alcanza la muerte, pero me declaro dispuesto a salvar a Roç y a Yeza, y también la vida de Kito, que fue quien prolongó la mía.

El general se dirigió a los mongoles que los rodeaban.

—Dispongo que monseñor Gosset sea llevado a Alamut. Id a buscar al pastor, el padre de Omar, para que os muestre el camino que, a través de las montañas, conduce hasta la Rosa.

Mientras tanto, y a la vista del peligro que los amenazaba, el ambiente en el interior de la Rosa iba alternando entre un calor combativo y apasionado y un temor acompañado de sudores fríos, entre los esfuerzos desesperados por preparar la fortaleza para la defensa y la tranquilidad más absurda provocada por la pereza de la espera. El joven *imam* se limitaba a fumar la pipa de agua y mostraba una serenidad provocativa. La adormidera y el hachís ayudaban a mantenerlo en un estado de adormilamiento feliz, y en sus sueños la Rosa siempre acababa venciendo a todos sus enemigos y elevándose victoriosa de las aguas. El emir Hasan descargaba sus

instintos agresivos efectuando inspecciones sorpresivas para controlar el espíritu de defensa de sus subordinados, cuando no se dedicaba a caer como un animal salvaje sobre las huríes del «paraíso». Aunque nadie lo había visto todavía, todo el mundo sabía que el enemigo acechaba con un ejército gigantesco en las montañas, un ejército que además era tan sólo la avanzadilla de las fuerzas mongolas que convergían sobre Alamut desde todas las direcciones. Cada día se recibían comunicados alarmantes referidos a otras fortalezas «asesinas» que, si no se rendían enseguida, eran asediadas, asaltadas y devastadas por aquellas ingentes masas de guerreros, caballos y armamento que se derramaba por los valles. Cada vez menos espejos enviaban sus mensajes desde las cimas de lejanas montañas, y los que aún conseguían hacerlo emitían señales que hablaban de derrota y muerte.

En el caldero reinaba un calor aplastante, que convertía cada maniobra en un esfuerzo acompañado de copioso sudor. Y, sin embargo, había que verificar y probar las cuerdas que sujetaban y moverían las pesadas catapultas, había que amontonar las piedras que serían disparadas en número tal que algunos *fidai* tuvieron que renunciar a sus celdas para poder almacenar las municiones. Allí se juntaban también las numerosas ánforas de barro que contenían la masa pegajosa destinada a alimentar el «fuego griego», un fuego que se encendía tan sólo en el momento de caer y reventar su recipiente.

En todo lugar donde se tratara de tensar los músculos de aquella minuciosa maquinaria de guerra, podía hallarse Zev Ibrahim. El fondo del caldero parecía un único fuego de forja. Allí se fundían las balas, se martilleaban los pasadores y se pulían y afilaban miles de puntas para las flechas. En todas las hojas del capullo, es decir, los puentes levadizos, se montaron placas de hierro adicionales armadas con espinos, que fueron convertidas en las piezas más importantes de la defensa. En vista de la superioridad numérica de los jinetes mongoles, no cabía pensar siquiera en la posibilidad de efectuar atrevidas salidas a caballo para atacar al enemigo.

Cada espacio libre se convirtió en almacén, pues no era de esperar que el enemigo se retirara enseguida, una vez fracasado el primer asalto. Para que las reservas de alimentos se conservaran en buen estado y para mantener suficientes existencias, el comandante de la fortaleza confiaba en las minas subterráneas practicadas en la roca. Desde un principio había prohibido que fuese acogido ningún fugitivo, pues deseaba evitar cualquier problema de abastecimiento. Hasan incluso había pensado en la posibilidad de vaciar el «paraíso» y enviar a las huríes a casa, con lo cual habría tenido que renunciar también a satisfacer su lujuria. Pero Pola le hizo ver que las mujeres podrían curar a los heridos y fortalecer la moral de defensa de los cansados guerreros. La supervisora ordenó que se instalaran almacenes de cereales en los

jardines y se plantaran frutos de crecimiento rápido.

Kasda se había retirado al observatorio tan pronto como se manifestaron los primeros síntomas de embarazo, y se dedicó a transmitir a las huríes sus conocimientos del efecto sanador que poseían ciertas hierbas curativas y hemostáticas, procurándoles alguna formación en ese sentido. Por lo demás, Hasan y el ingeniero confiaban en el agua que borboteaba en el fondo de la fosa, y en la impresión y la sorpresa que causaría el *damn al ard*^[511], un material que flota en el agua a la vez que arde. Los mongoles no tenían nada equivalente que oponer. ¿Y si poseían algún arma secreta? Hasan jugaba con la idea de que, en el peor de los casos, cabría la posibilidad de sacrificar a la Rosa y huir con el *imam* recién nacido. Incluso pensó que tal vez le convendría alejarse sin más, llevándose a Kasda y abandonando a la Rosa a su destino. Él no era un héroe, aunque deseaba que lo consideraran precisamente como tal cuando se presentara ante el pueblo de Ismael como un ave fénix renacido de las cenizas, habiendo salvado al nuevo *imam*. De modo que desechó la idea de la huida, en la que una mujer embarazada no sería más que un molesto impedimento. Después de la humillación que Khurshah le había infligido, todos considerarían su evasión como pura cobardía. Ni un perro, y mucho menos un ismaelita, partiría el pan con él. Sólo si se avenía a defender heroicamente a la Rosa hasta la última gota de sangre (claro que sin sacrificar la suya propia) podría esperar que lo elevaran a jefe carismático de todos los ismaelitas: ¡el salvador del *imam*! Esto le aseguraría la gloria, y aunque no se tratara más que de una regencia en nombre del pequeño *imam*, el poder estaría en sus manos. Hasan comprendía que un baño de sangre mongola era lo único que podía lavar de su cuerpo la infamia que sobre él había derramado «el ternero». Odiaba a Khurshah.

Cuando avisaron a Hasan de que descendía de las montañas un pequeño grupo procedente de Iskander, ordenó que se siguiera vigilando el valle, pero que no se intentara un ataque por sorpresa. Podía tratarse de una trampa. De modo que la camilla en la que descansaba Crean, pudo ser transportada sin dificultades hasta el lugar donde descendían, colgadas de las cuerdas y una vez superada la fosa de agua, las cestas de aprovisionamiento, sin que a ninguno de los ocupantes de la fortaleza pareciese preocuparle su presencia. Pero tan sólo cuando se hubo retirado el grupo de mongoles que acompañaban a la camilla y no quedaron junto a ésta más que unos pocos pastores, permitió Hasan que fuese trasladada al interior de la Rosa. Desde arriba había reconocido que se trataba de Crean, pero aún desconfiaba de la forma en que se presentaba ante ellos, como un inválido impedido. El converso era un hombre tenaz, y Hasan sabía que sus intenciones nada tendrían que ver con el bienestar o el malestar de Alamut, sino única y exclusivamente con su obsesión de defender a la pareja real, Roç y Yeza.

El emir se dirigió hacia el cabestrante por el que llegaban las cargas introducidas desde el exterior. Con mucho esfuerzo, Crean se incorporó en su lecho. El emir comprobó, sorprendido, el aspecto pálido y desvalido del herido.

—La Rosa os delegó, hace ahora cinco años y provisto de muchos medios, para que buscarais en Occidente la ayuda que permitiera mantenerla con todo su esplendor. Os veo regresar como un mendigo, descargado por los mongoles junto con las basuras, ¡tal vez incluso convertido en espía suyo!

Entonces Crean desgarró la camisa que cubría su pecho y mostró a Hasan y a cuantos le rodeaban las horribles desgarraduras, todavía abiertas.

—¿Os dejaríais torturar así, Hasan —respondió con mucha serenidad—, por no traicionar a la Rosa?

Al emir no le gustó el giro que tomaba la conversación.

—¿De qué venís a informar a nuestro *imam*, el insigne Rukn ed-Din Khurshah? —le ladró a Crean—. ¿Dónde están los ejércitos cristianos de vuestros amigos? ¡Yo sólo he oído hablar de un montón de mongoles que infestan las montañas en torno a Iskander! ¿Y por qué Dshuveni os ha perdonado la vida?

—Se lo explicaré con todo detalle al *imam* —respondió Crean con firmeza—. ¿No será que no existe ya el *imam* y vos, Hasan Mazandari, os habéis hecho finalmente con el poder en la Rosa, aunque sólo sea para llevarla a la perdición?

—Cuidad vuestra lengua, Crean de Bourivan, ¡o someteré a vuestro pobre cuerpo a un tratamiento que os haga desear estar otra vez en manos de los torturadores mongoles!

Dio un paso atrás, como si fuera a dar una orden en este sentido, pero después cambió de táctica.

—¿Por qué no confesáis que os da igual que los creyentes ismaelitas sobrevivan o mueran, puesto que nunca habéis sido más que un emisario de aquel poder que se cree capaz de conceder la corona del mundo? Habéis venido aquí para alejar a Roç y Yeza de la Rosa, ¡para que las hordas del gran khan puedan asaltarla sin trabas! Pero os aseguro que se estrellarán las cabezas y se quemarán las garras. Su sangre apestosa correrá valle abajo para proclamar ante los ojos de todo el mundo: ¡la Rosa vive, y es eterna!

—Ya que estáis tan seguro de eso, Hasan —dijo Crean, recuperando su tono sarcástico—, ¿por qué os agarráis entonces a la pareja real con tanto afán, por qué invocáis la ayuda de los infieles? Si la situación fuese tal como vos la describís con tanto colorido, nada tendríais que temer de los mongoles...

—¿Qué ofrece el general Kitbogha por la entrega de Roç y Yeza y la liberación de su hijo Kito? —cambió el emir de tono—. Decidme si está dispuesto a retirarse enseguida y del todo, si está dispuesto a firmar...

—¡No pongáis condiciones! —interrumpió Crean con acritud—. La situación de la Rosa no permite un comportamiento semejante, los mongoles os superan en número...

—Pues entonces, ¡esperarán hasta caerse muertos! —le interrumpió Hasan—. Vos, Crean, necesitáis urgentemente que las manos de vuestras hijas cuiden esas heridas.

A Crean le resultaba desagradable oír nombrar a sus hijas por la boca de Hasan, aunque ahora fuese éste quien mandara. Hasan aún añadió, sonriente:

—Que sea el *imam* quien decida el destino de la Rosa, del mismo modo que dispone del destino de todos nosotros.

Obligaron a Crean a recostarse de nuevo en la camilla, donde se durmió enseguida, vencido por el agotamiento.

Hasan se dirigió sigiloso al observatorio de Kasda, a sabiendas de que ésta poseía los conocimientos necesarios para administrar una dosis de mercurio, y de otros venenos y sus contravenenos. Encargó a la sacerdotisa un hipnótico que fuese lo suficientemente fuerte como para causar un efecto paralizante y mantener al paciente en un estado de adormilamiento permanente:

—... y para que no sienta los terribles dolores que le causan sus graves heridas.

Kasda no preguntó por el nombre del herido ni se interesó por otras circunstancias, pues consideró que, en tiempos de guerra, el ruego de Hasan no constituía una petición extraordinaria.

—*Afium* —respondió, sonriente—, ayuda a que todo caiga en el olvido.

Lo preparó enseguida y el emir se llevó una muestra, encargando a Kasda que a partir de entonces enviara cada día una dosis exactamente medida a su hermana Pola. Él sabía que las hermanas no se hablaban. Después procuró que Crean tomara la pócima y encomendó a Pola que cuidara de su padre.

—Kasda os enviará cada día medicina fresca —dijo Hasan, esforzándose por demostrar sus ganas de ayudar—. Podemos confiar en el poder sanador de la sacerdotisa.

Esperó para cerciorarse del efecto de la droga. Crean ni siquiera había reconocido a su hija. No se veía capaz de pronunciar ni una palabra sensata y, por mucho que Pola hiciera por modificar su estado, no podría hacer otra cosa que seguir sumido en un profundo sueño. En secreto, Hasan se frotaba las manos.



Crónica de William de Roebruk, San Simeón, festividad de san Cornelio^[513],
1256

Mis superiores me han recibido indignados. No porque se hayan enterado del ascenso y la caída del patriarca de Karakorum, pues ni siquiera conocen su existencia; tampoco saben que mi hermano Lorenzo de Orta ocupa ahora ese alto cargo, con lo que sería la *Prieuré* quien podría beneficiarse de tan ventajosa posición. No les he contado nada de lo sucedido en este aspecto. Pero parecen enojados por mi larga ausencia, y porque no puedo ofrecerles algún resultado concreto, como por ejemplo el permiso para que la Orden de san Francisco pueda ampliar sus actividades misioneras y extenderlas hasta la lejana Mongolia. Tampoco me ha sido posible hacerles comprender que el gran khan no aprecia en absoluto la posibilidad de ver

extendida una religión que no le considera jefe supremo a él, sino al Papa, y que, si bien tolera la existencia del cristianismo e incluso le otorga a esta fe un trato privilegiado (gracias a que los khanes tienen algunas esposas que son nestorianas), el soberano mongol no siente el más mínimo respeto por la reivindicación de la Ecclesia romana de ser la única representante del cristianismo sobre la Tierra.

Ahora bien, mi rey, el señor Luis, hace tiempo que ha regresado a Francia, y mis superiores recibieron la expresión de mi deseo de querer informar personalmente a su majestad, con la misma benevolencia que en su día mostró Batu-khan ante mi pretensión de acercarle a la fe del Redentor. Por cierto que el viejo soberano y fundador de la Horda de Oro acaba de morir, y su hijo y sucesor Sartak muestra una inclinación abierta por el Islam. De modo que el breviario ricamente adornado con viñetas de oro que acabó arrebatándome no le ha servido de nada, a pesar de que fue la mismísima reina Margarita quien me lo regaló.

Por aquí circula el rumor de que un gigantesco ejército mongol ha partido de Karakorum para conquistar Persia y las tierras de Occidente que vienen después de ésta. Dicen que una avanzadilla bajo el mando del general Kitbogha ya ha llegado más allá de Samarkanda y se dirige hacia Alamut, el cuartel principal de los ismaelitas.

Me dio por pensar en Roç y Yeza, mis pequeños reyes, de los que nada sé desde hace más de un año, lo que me hace sospechar que siguen ocultos en la fortaleza de los «asesinos». ¿Serán conscientes del peligro que corren?

Sin que se entere el provincial de mi Orden, Gosset y yo hemos intentado, usando como mediador al «rey de los mendigos», siempre dispuesto a ayudar, que el príncipe nos conceda una audiencia en palacio. El capitán de la trirreme no ha tenido reparos en acompañarnos desde el puerto de San Simeón hasta la propia ciudad de Antioquía, donde él siempre tiene acceso al joven príncipe Bohemundo. Nos hicieron pasar frente al cuartel de la guardia y atravesamos una avenida sombreada por grandes plátanos, dirigiéndonos a la parte posterior del palacio, donde Bo nos recibió en el parque. El soberano tiene casi veinte años, hace una eternidad (¡ocho años!) que pretendía casarse con Yeza. Finalmente ha tomado por esposa a Sibila de Armenia, la hija del rey Hetum. Me saludó como a un viejo conocido y me preguntó por el bienestar de sus jóvenes amigos. Por desgracia, tuve que comunicarle la peor de mis sospechas. Bohemundo se mostró horrorizado.

—¡No deben permanecer allí ni un minuto más! —exclamó—. Mi suegro acaba de regresar a Sis y nos comunica que el il-khan Hulagu tiene, por voluntad de su hermano, el gran khan Mangu, manos libres para actuar como mejor le parezca. Es capaz de arrasar Alamut y pasar a cuchillo a cada uno de los «asesinos» que encuentre en la Rosa. Según dicen, tiene la intención de no dejar una piedra sobre otra, ¡hasta el punto de que ni un pájaro del cielo sepa distinguir en el futuro el lugar donde en su día floreció la Rosa!

—¿No podría ser —intenté agarrarme a una brizna de esperanza—, que la Horda

de Oro, que ahora, bajo el mando de Sartak, se inclina por el Islam, acuda en ayuda de sus hermanos en la fe, o que, como mínimo, intente impedir que los mongoles destruyan la Rosa, esa construcción única, junto con sus tesoros? Su riquísima biblioteca...

—¿Cuánto tiempo habéis morado entre los mongoles, hermano William? —me interrumpió el joven príncipe, mostrando una sonrisa que rebosaba superioridad—. Deberíais saber que el espíritu que difunden los libros, la ciencia y la sabiduría, le es tan ajeno a los mongoles como las buenas maneras cuando se disponen a comer. Lo único que les provoca respeto son sus *ada*^[514] y sus *ongoods*^[515], y en lo que se refiere al soberano del khanato de Qipchak, ¿comprenderéis que Sartak sea primero mongol, y tan sólo después musulmán!

—¿De modo que la Rosa está perdida? —concluí con el corazón encogido.

—Los propios «asesinos» tienen la culpa —me aleccionó Bo con frialdad—. Acabaron con Yagatai y, por cierto, también fueron ellos los asesinos del conde Raimundo de Trípoli, ¡uno de mis antepasados! ¡No tienen remedio! El último *imam* envió oficialmente a cuarenta de sus adeptos para que asesinaran a Mangu. Y su hijo Rukn ed-Din Khurshah parece demasiado débil o poco decidido como para saber evitar la desgracia, rindiéndose sin condiciones.

—¿Qué hay de una posible ayuda por parte del mundo islámico?

Bohemundo me midió con una mirada irónica.

—¿Ayuda para una secta odiosa de asesinos alevosos, seguidores fanáticos de una fe equivocada? Desde Bagdad hasta El Cairo, todos estarán contentos de ver desaparecer esa plaga, de saber que el nido de escorpiones ha acabado devorado por las llamas. Entre los creyentes del Profeta se extenderá el júbilo.

—¿Y quién impedirá después que los mongoles sigan avanzando? Alamut sólo es la primera piedra, que quitarán de en medio como un obstáculo molesto; después le tocará a Bagdad...

—Me guardaré mucho de oponerles una resistencia inútil, prefiero seguir el ejemplo de Armenia. Antioquía queda demasiado lejos, demasiado al norte como para esperar que el rey Hetum pueda ayudarnos. Damasco y Alepo tendrán que apañárselas solas, y únicamente los mamelucos de El Cairo intentarán oponer alguna resistencia.

—¿Tan triste veis el futuro, príncipe? —le contesté y procuré hacerlo con entonación animosa, aunque sabía perfectamente que no podía ofrecerle el más mínimo consuelo.

—Ningún ejército acudirá de Occidente —prosiguió Bo—. Los poderosos están más violentos que nunca. En San Juan de Acre ha estallado una guerra civil entre las dos órdenes militares y las tres repúblicas marinas italianas. Antioquía tendrá que someterse a los mongoles, pues, a largo plazo, los cristianos nada bueno podemos esperar de los mamelucos de El Cairo. Yo rezo por la victoria del gran khan y porque nos llegue su paz, la *pax mongolica*^[516]. ¡Es mi única esperanza!

Esta conversación me dejó bastante perplejo. Regresé con mis compañeros al alojamiento que nos ha procurado el prudente «rey de los mendigos», puesto que los superiores de mi Orden no habrían tolerado jamás, ¡qué demonios!, que yo habitara bajo el mismo techo (lo que significa, por supuesto, bajo la misma manta) que la señora Xenia. Ésta me ha seguido a Antioquía, donde posee una pequeña casa, junto con la pequeña Amal, seguramente con la esperanza de iniciar allí una vida plácida conmigo. La idea no me resulta demasiado atractiva, pero tampoco deseo volver al monasterio, sobre todo porque ahora se espera de mí que acabe de mi propia mano el informe para el rey Luis, de modo que el padre Gosset (y no yo) pueda llevárselo a Francia.

En los primeros días de septiembre ha llegado a Antioquía capital, causándome primero un gran susto, aunque después consideré que, para suerte mía, el hermano Bartolomeo, la salamandra nocturna. Nuestro prudente capitán lo recogió en el puerto de San Simeón, precisamente cuando «el rey de los mendigos» estaba a punto de embarcar nuevamente en la trirreme con destino a Constantinopla, y lo trajo a nuestro alojamiento antes de que el clan de los minoritas pudiese darse cuenta de su presencia. Como era de esperar, Bartolomeo regresa para ponerse a disposición del papa Alejandro. Me comunicó que la Iglesia tiene mucho interés en que el informe que preparo para el rey Luis refleje la esperanza de un buen entendimiento entre los mongoles y la Iglesia. ¡Sospecho que el bueno de Bartolomeo alimenta la opinión gloriosa de que podría dictarme a mí una versión revisada! Aparte de que a mí me parezca extraordinariamente divertido el hecho de que alguien, que ni siquiera me acompañó en el viaje a la corte del gran khan, y que lo único que conoce de los mongoles es una vieja gorra de fieltro usada que yo le regalé «como recuerdo» a mi regreso de Constantinopla, pretenda ahora sacarse de la manga y de su imaginación un *itinerarium*^[517] «mejorado», me niego, sobre todo, porque no tengo ganas de lastimarme los dedos escribiendo ese nuevo informe.

Así pues, le dije:

—Has tenido una idea maravillosa, que sólo la santísima Virgen puede haberte sugerido. Mañana por la mañana iremos juntos a la casa de la orden e iniciaremos esa obra tan agradable a los ojos de este Papa, y del rey.

Aquella misma noche Xenia y yo recogimos nuestro equipaje; no me fue posible deshacerme de la mujer y también nos llevamos a la pequeña Amal. Abracé a Gosset, que me miraba lleno de envidia, pues Antioquía no le gusta ni mucho menos tanto como el Cuerno de Oro, y con ayuda del «rey de los mendigos» abandonamos en secreto la ciudad y nos dirigimos al puerto de San Simeón.

L.S.

Apenas transcurrido el verano y cuando los pastores regresaban ya al valle con sus rebaños, llegaron rumores a Alamut de que los mongoles iban a organizar un

ta'adid ash-shab entre los ismaelitas de los alrededores. Pocos días después los «asesinos», que se habían hecho fuertes en la Rosa, asistieron a un espectáculo sorprendente. Protegidos por un pasillo de tablones que alcanzaban la altura de un hombre y que habían sido instalados expresamente, entraron en el cerco primero centenares y después miles de «asesinos» requeridos y convocados en las montañas circundantes, formando una larga hilera destinada, en principio, a efectuar un censo de la población. Aquellos hombres no podían ver lo que sí veían los defensores desde arriba. Una vez llegaban al final del gigantesco laberinto, que formaba una especie de meandro, les cortaban sin más la cabeza. Después, las mismas cabezas eran objeto de recuento. Hasan, pálido de furia y fascinado, estuvo mirando el espectáculo antes de enviar aviso al *imam*. Pero éste sólo le respondió lo que ya venía diciendo desde hacía días:

—Deberíamos negociar con los mongoles.

El emir no había ocultado a Khurshah la llegada de Crean, pero le hizo saber que no tenía sentido alguno querer hablar con el herido. Le comunicó que no había sido posible hacer entender al moribundo la feliz circunstancia de que él, Khurshah, era ahora el nuevo *imam*. Ni siquiera había reconocido a sus propias hijas.

—Mantenednos al corriente —murmuró el *imam*—. Aunque debería ser Crean el encargado de negociar. —Desde su ascenso al trono, Khurshah se había encerrado en el palacio donde, al parecer, permanecía muchas horas pensativo, jugando al ajedrez con Roç o atendiendo a Yeza, que le leía los libros de los filósofos griegos. Por ejemplo, textos de la *Biblioteca* de Fotino, los escritos de Algazel sobre *Cómo reanimar la teología* y, sobre todo, pasajes de la obra del aristotélico Averroes^[520], que niega la inmortalidad del alma individual en beneficio de una razón universal.

Hasan ordenó que, sin miramiento alguno por aquellos desgraciados que de todos modos estaban condenados a morir, se incendiara, con ayuda de unos disparos certeros de catapulta, la mortífera instalación de recuento creada por los mongoles. Como resultado de este ataque, los mongoles se retiraron, llevándose consigo a los últimos prisioneros.

Después llegó a la Rosa, en calidad de emisario, el sabio el-Din Tusi. Kitbogha le había llamado y lo hizo acudir desde Megara, al recordar que, en cierta ocasión, había encabezado una embajada de los «asesinos» dirigida a la corte del gran khan.

Por indicación del *imam*, Hasan recibió al anciano, ocultando su rabia y manifestándole la cortesía exquisita que exigía la categoría del sabio. Pero el-Din Tusi insistió en ser recibido por el propio *imam*. Una vez en presencia de éste, no se entretuvo con largos prolegómenos, pues el respeto que sentía por Khurshah tenía sus límites.

—Si queréis evitar el exterminio total del pueblo que os ha sido confiado, debéis enviar enseguida a la pareja real al campamento de los mongoles, donde deben presentarse ante el general Kitbogha y no ante el ayudante Dshuveni, que no alberga buenos sentimientos ni por ellos ni por vos. Roç y Yeza podrían influir de una manera

pacificadora sobre los mongoles. ¡No tendréis mejores abogados!

Y para romper la confusión reinante en el ánimo del *imam* y la enemistad evidente del emir, añadió todavía:

—Tened en cuenta que Crean de Bourivan ha roto la palabra dada a los mongoles, y hasta la fecha no ha regresado con vuestra oferta de paz, como esperaban ellos.

Khurshah miró con severidad a Hasan, pero éste se encogió de hombros. Entonces el *imam* respondió:

—Los mongoles lo dejaron tan mal parado que Crean sigue luchando con la muerte. Hasta ahora no ha salido de sus labios ni una palabra relacionada con una oferta de paz. No obstante, me ocuparé personalmente del asunto.

Mientras, Hasan miraba al aire, como si el tema no le afectara en absoluto.

A continuación, Khurshah hizo llamar a Roç y Yeza y preguntó si la pareja real estaba dispuesta a dirigirse, junto con el sabio el-Din Tusi, al campamento de los mongoles, para salvar a la Rosa y a todos sus habitantes, para negociar las condiciones de rendición y entrega y saber si quedaría garantizada la integridad física de los «asesinos».

Roç estaba dispuesto a colaborar sin más, pero Yeza le pellizcó el brazo y dijo con voz muy seria:

—¡La pareja real se retira para reflexionar!

Empujó a Roç hacia un rincón.

—Mi querido Trencavel —le susurró, muy excitada—, ¡también yo he tenido que hacer un esfuerzo por no mostrar mi alegría y mi alivio al considerar que pronto podríamos salir de Alamut!

—No lo haremos por temor a la posible guerra que nos amenaza, sino por el asco que hemos sentido ante los sucesos vividos aquí desde que regresamos.

—Así es —dijo Yeza—. Ya puedes comunicarles que estamos dispuestos.

Khurshah no dejó a los infantes el tiempo que habrían necesitado para despedirse de su amigo «Zev sobre ruedas» y del anciano maestro Herlin en la biblioteca. Ni siquiera pudieron decir adiós a Pola y Kasda. La guardia personal del *imam* los condujo directamente al portal para que el emir no pudiese poner obstáculo alguno a su marcha.

Junto a la puerta los esperaba Hasan.

Roç proclamó con firmeza:

—Deseamos llevarnos a nuestro amigo Kito, al que seguís manteniendo preso. ¡Sacadlo del calabozo!

El emir se inclinó con gesto respetuoso.

—Así se hará. Os seguirá en cuanto esté asegurado que los mongoles suspenden el ta'adid ash-shab.

Los guardias les instaban a que el portal no estuviera tanto tiempo abierto, con el

punte levadizo bajado, por lo que Roç y Yeza se apresuraron a seguir a el-Din Tusi, que los había precedido. Un pequeño grupo de mongoles escoltaba al general Kitbogha, que se acercó hasta el límite extremo del alcance de las catapultas para recibir a los infantes y al embajador. Estaba contento al ver que la razón había vencido, aunque no ver a su hijo le hizo sentir una punzada en el corazón.

—¡Bienvenidos! —exclamó en el justo momento en que una catapulta disparó desde la Rosa, el proyectil impactó delante del general y rodó ante los cascos de su caballo. Con horror y espanto reconoció la cabeza sangrante de su hijo Kito.

X

LA ROSA EN LLAMAS

El altiplano en torno a Alamut permaneció desierto durante todo el caluroso verano y el comienzo del otoño. Sólo las bandadas de cuervos se precipitaron inmediatamente después de la retirada de los mongoles sobre la superficie pedregosa, que apareció cubierta de pálidos esqueletos. Las cabezas de los muertos habían sido ensartadas en ramas y estacas, dejando a la Rosa rodeada de calaveras sonrientes. Hasan envió a algunos hombres a derribar aquellas cabezas, pero éstos no se entretenían demasiado en la tarea, y a la mañana siguiente las cabezas aparecían empaladas de nuevo. Los mongoles, en cambio, parecían haberse disuelto en el aire. De las fortalezas situadas en las montañas de los alrededores ya no llegaban mensajes ni avisos, los espejos habían enmudecido y los grupos de exploración que fueron enviados a la cordillera nunca regresaron.

El joven *imam* pasaba los días y las noches en la biblioteca, en el *qubbat-al-musawa*^[521], la «cúpula de la compensación y el equilibrio», que se encontraba justo encima de su palacio y se le ofrecía llena hasta las nervaduras de sus arcadas de obras reveladoras que Khurshah había descubierto en aquellas horas de confusa espera, y en cuya sabiduría esperaba hallar consuelo. Devoró el *Taiyet*, el *Cantar de los cantares* del amor de Omar ibn al-Farid^[522], y las *Conversaciones con los pájaros* de Ferid ud-din Attar^[523], donde habla de las peregrinaciones del alma. Leyó los escritos de los grandes místicos persas y profundizó en el *Libro de los Reyes* de Firdusi^[524], uno de los textos más antiguos que tratan del juego de ajedrez. El viejo Herlin le aportó montones de tomos a la mesa situada delante de la ventana, entre ellos también un escrito alquimista del famoso ismaelita Gabir ibn Haiyan^[525], titulado *El donante*, y (después de algunas dudas) incluso le mostró la interpretación que hace el monje Chi K'ai^[526] de los símbolos místicos de las enseñanzas de Buda.

Khurshah se recreaba con las bellas imágenes que el humo frío del *cannabis* engendraba en su mente. Elevaba los ojos hacia las nubes y decidía navegar por ellas como si la Rosa fuese una nave. Pero después sus ojos se encogían al caer sobre Hasan, al que veía por debajo de donde estaba él, entre las almenas, observando el paisaje, y veía lo mismo que le llegaba también a los ojos del emir: un desierto rocoso lleno de esqueletos y las montañas de donde algún día bajarían los mongoles para caer sobre ellos.

La sacerdotisa embarazada había salido ya de cuentas y cabía esperar que en cualquier momento podía producirse el parto. Kasda reposaba el abultado vientre sobre una tumbona instalada debajo del tejadillo abierto del observatorio, a la espera de que se iniciaran las contracciones. Su extrema terquedad la había llevado a rechazar toda asistencia por parte de una mujer experta, y sobre todo cualquier ayuda de su hermana. Únicamente consentía tener a su lado al anciano Herlin. De noche se

arrastraba hacia los instrumentos y miraba las estrellas. Las perspectivas no eran buenas. Unuk Elhaia^[527] la deslumbraba; enviaba un saludo conspirador a Ras Alhague^[528] y a Proción^[529]; Phoenon^[530] se encontraba en quince^[531] respecto de Marte; el guerrero emitía pulsaciones de brillo sanguinolento en dirección a la cruel Hécate^[532], mientras ésta se envolvía en el manto de la oscuridad como si incluso ella, que carece de toda piedad, quisiera evitar la visión de las desgracias que veía venir.

Por consejo del anciano Herlin, que cada día se encargaba de trasladar a Pola la medicina que Kasda preparaba para el moribundo Crean, Pola dejó de administrar a éste la pócima recetada. De repente Crean despertó y su curación progresó tan rápido que muy pronto Pola pudo comentar con él las medidas que podrían tomarse para salvar a la criatura que estaba por nacer. Para gran sorpresa de Crean, precisamente aquella de sus hijas de la que él jamás habría creído que sintiera aprecio por el mensaje espiritual de Ismael, defendía ahora la salvaguarda del futuro descendiente del *imam*. Pola demostró sentido práctico al comentar las pocas posibilidades que quedaban para que tuviera éxito tan azarosa empresa.

—Huir de la Rosa y proteger al heredero sólo será posible cuando los mongoles inicien realmente el asalto de Alamut —le comentó a su padre—. En esos momentos, su atención se concentrará en vencer nuestra resistencia y cederá la vigilancia que ejercen ahora sobre los alrededores. En medio de la lucha, tendréis que atreveros a salir de aquí con Shams^[533]...

El rostro de Crean de Bourivan mostró una sonrisa forzada.

—Veo, hija, que para ti no cabe duda alguna de que deba ser precisamente yo quien se haga cargo de semejante misión. Pero... ¿cómo estás tan segura de que será un niño, puesto que le das a la criatura nonata el nombre de Shams?

—Estoy tan segura de que será un varón como estoy segura de que no os sustraeréis a esa misión. ¿A quién podríamos confiar este último servicio a la Rosa si no fuese a vos...? —Pola miró a su padre, al que veía prematuramente encanecido, y sintió una oleada de repentino cariño por él. Añadió con suma delicadeza—: Sería la culminación de vuestro empeño.

Crean asintió con gesto cansino.

—No vas tan desencaminada —murmuró. Después enderezó la espalda—. Dile a tu hermana que me haré cargo de la tarea y la llevaré a buen fin... si Dios quiere.

Por el altiplano vacío, cubierto de rocas sueltas y de innumerables esqueletos, caminaba un fraile franciscano que vestía el hábito marrón y tiraba de un mulo terco que lo seguía cargado con una mujer cubierta de velos; ésta, a su vez, llevaba en brazos a una criatura.

Xenia había aceptado a la pequeña Amal como si fuese su propia hija, y seguía al hombre que admiraba, aunque su instinto le decía que el tal William de Roebuk iba a

ofrecerle de todo menos seguridad.

Cuando les faltaba una jornada para llegar a Alamut fueron atrapados por los mongoles que, no obstante, demostraban sentir un extraño respeto hacia William. Algunos incluso se arrodillaron a su paso, como si le pidieran la bendición. Otros se mantenían en actitud de reserva. Los llevaron al campamento e introdujeron a William, sin la mujer ni la criatura, en la *yurta* del general Kitbogha. Allí estaban también Roç y Yeza, y fueron éstos los que, después de saludar con un entusiasmo arrollador a «su» William, propusieron enviarlo como embajador a la Rosa.

—Es la última oportunidad —declaró Roç con toda franqueza—. Si tú tampoco tienes éxito...

—Ten en cuenta —intervino Yeza—, que debes conseguir, sin falta, que te lleven a presencia de Khurshah, que es ahora el *imam*. Si Hasan, el comandante de la fortaleza, te retiene y te impide ver al *imam*, tu viaje sería inútil.

—William —exclamó Roç—, ¡haz lo que puedas para que la Rosa entre en razones y comprenda que su situación no tiene salida!

—¡Les doy una hora de plazo! —declaró el general, que no tenía mucha esperanza de que el franciscano pudiera conseguir el milagro—. ¡El plazo se inicia a partir del momento en que William entre en la fortaleza! ¡No puedo esperar más!

Así fue cómo llegaron a la Rosa William, Xenia y la pequeña Amal. Incluso Dshuveni consideró que era conveniente dejar marchar al franciscano, para que fuera al encuentro de su perdición. El ayudante suspiraba para no verse molestado más, durante el resto de la campaña, por aquel autoproclamado «guardián de los infantes». No deseaba, ni mucho menos, ver fortalecida la posición de la pareja real.

Una vez hubieron llegado frente a la Rosa, William observó que cruzaba el foso una de sus hojas más delicadas, tan estrecha como una simple escalera, que permitía el paso de una sola persona para darle entrada por una puertecilla lateral.

—Espera aquí —le dijo a la mujer—, pues he de entregar un mensaje de Roç y Yeza, mis pequeños reyes. —Y subió por el pasadizo oscilante hasta alcanzar la puerta. Alguien corrió el cerrojo y unas manos agarraron a William, arrastrándolo hacia el interior de la Rosa antes de que pudiera decir esta boca es mía.

El franciscano, sorprendido como puede estarlo un niño, se vio en el interior del caldero, con sus bóvedas^[534] y las escaleras curvadas que lo atravesaban de un lado a otro, las gruesas cuerdas que colgaban hacia abajo o se tendían de nervadura en nervadura y las cadenas que iban y venían con un graznido entre las celdillas pegadas a las paredes, y el varillaje que giraba en el centro. En lo más hondo vio fuegos encendidos y hacia arriba se le perdía la mirada en el conjunto de vigas atravesadas, guías deslizantes y nervaduras flotantes. Por todas partes veía moverse personas que parecían muy atareadas.

Así debe de ser el infierno, pensó William, o como mínimo el purgatorio. Incluso vio a un hombre con aspecto de demonio. Éste ordenó con voz cortante:

—¡Arrojadlo al calabozo y obligadlo a hablar!

Desde una galería que transcurría por encima de las puertas, Hasan añadió:

—O es un espía, pues de otro modo los mongoles no lo habrían dejado pasar, ¡o un loco estúpido!

En aquel mismo instante, William vio una cesta que descendía desde lo alto, y de ella salió Crean, que se apoyaba en una bella dama, como si los enviara el cielo. Al mismo tiempo llegaba también Khurshah, rodeado de su guardia personal. Crean indicó a los guardias que soltaran a William.

—William de Roebruk es un hombre de suerte —le explicó al emir—. ¡Por dondequiera que aparezca, podéis estar seguros de que todo saldrá mal!

Khurshah declaró:

—Quiero llevarme a este personaje, tan orondo y redondo como una preciosa *jamsa*, una «mano de Fátima»^[535].

Invitó a William a sentarse en su cesta, y poco después el sorprendido franciscano se vio transportado a las alturas.

—¡Mala suerte! —le espetó Crean al emir. Después se despidió de Pola y se encaminó arrastrando el paso, pero, por lo demás, sin verse molestado, hacia el reino subterráneo de Zev Ibrahim.

Xenia seguía acurrucada con la pequeña Amal, envuelta en paños, frente a la Rosa, exteriorizando así una protesta muda ante la fortaleza que extendía hacia ella sus espinas como si fuesen uñas enemigas.

De repente vio que entre las rocas, al pie de las montañas, surgían destellos de armas y que el valle se llenaba con miles y miles de soldados; éstos empezaron a llenar, como un puré espeso, el plato de la meseta: cuerpos de caballos, hombres rechonchos envueltos en hierro y cuero, lanzas y sables curvos, flechas y arcos. Fueron formando centuria tras centuria, y cada una pasó a ocupar un lugar asignado para dejar paso a las pesadas máquinas de asedio, las gigantescas catapultas que, a su vez, permitían adelantarse a los portadores de esbeltos arcos tensados con rueda y de trabuquetes^[536] más ligeros. Los ballesteros y lanzadores de piedras iniciaron de inmediato sus actividades, para provocar a la Rosa y hacerla disminuir sus reservas de munición.

Pero los mongoles no habían contado con la frialdad de la mente reservada de Hasan y el indomable talento inventivo de Zev Ibrahim. En la Rosa recogían los proyectiles enemigos con ayuda de redes y no desperdiciaban ni un disparo propio.

De ahí que el general renunciara muy pronto a esa táctica ideada por Dshuveni.

—No se puede irritar a un escorpión con picaduras de mosquito —le reprochó al ayudante delante del grupo de oficiales reunidos.

Ordenó que Dshuveni regresara a Iskander, donde el il-khan Hulagu, acompañado de su esposa, Dokuz-khatun, tenía instalado su campamento real.

—¡Será mejor que os ocupéis de vuestros propios asuntos! —riñó al ayudante al

despedirlo y mientras éste, ofendido, montaba en su caballo.

—Hasta ahora, los servicios secretos no me han traído a un solo «asesino» que pudiera revelarnos por dónde transcurren las minas subterráneas que suministran agua y permiten resistir a la Rosa.

Roç y Yeza se dirigieron al campo de batalla con la centuria que anteriormente había estado bajo el mando de Kito, y en la que también había servido Roç. Les quedaban pocas esperanzas de poder conseguir un trato respetuoso para la Rosa y benevolencia para sus defensores. En vista de la muerte cruel sufrida por Kito, no era de esperar que los mongoles, y mucho menos el general, pudiesen mostrarse compasivos, ni ellos se atrevían a pedirlo. De modo que Roç y Yeza se cuidaron de no levantar la voz y permanecieron sumidos en un terco silencio, junto a los jefes militares que únicamente esperaban que fracasara la misión de William.

El círculo en torno a la Rosa se cerró al haber transcurrido el plazo. Hasta donde alcanzaba la vista, se veían los cuerpos de ejército formados y densamente agrupados, esperando la señal de ataque.

Se presentó una escolta que, por orden del general, hizo regresar a Iskander a la pareja real. Junto a Roç y Yeza, que abandonaron el lugar presos de una muda desesperación, también devolvieron a las montañas a Xenia con la pequeña Amal, y al ayudante. Durante el recorrido, que los mongoles habían transformado mientras en una calzada transitada reforzada con piedras, Roç y Yeza se enteraron por boca de la mujer, que se mostraba inconsolable, que su querido William había conseguido entrar en la fortaleza, pero que no había vuelto a salir. A los dos infantes les habría gustado dar media vuelta allí mismo para encomendarle a Kitbogha que tuviese cuidado con su amigo, pero Dshuveni no estaba dispuesto a consentirlo de ninguna de las maneras.

Yeza mostró un interés maternal por la pequeña Amal. Xenia le contó que la criatura era hija de la desgraciada unión amorosa entre Omar y Orda. La noticia también emocionó a Roç, y se propusieron presentar a Amal, en cuanto llegaran de nuevo al pueblo, a su abuelo. Una vez allí, se encaminaron sin más a la casa del padre de Omar, que los reconoció enseguida y les ofreció amablemente miel y queso fresco. Tuvieron que hacer un esfuerzo para convencerlo de que no debía matar un cabrito en su honor.

—De modo que mi Omar no ha podido darme un nieto. Aunque quién sabe si no es mejor así, en estos tiempos en que los hombres mueren jóvenes, ¡sacrificados por la espada!

Levantó a la niña, la arrojó al aire con sus fuertes brazos y la volvió a recoger. La pequeña lanzó un grito jubiloso y el pastor exclamó, muy contento:

—¡Amal! ¡Mi esperanza de paz!

Después de acariciar una vez más con gestos emocionados a la niña, se la

devolvió a Xenia, que lo observaba temerosa. Dio las gracias a la pareja real con lágrimas en los ojos, insistió en que mientras durara su estancia en el pueblo consideraran su casa como propia y se alejó en dirección al pozo. «¡A ver cómo sigue el agua!», exclamó a modo de despedida.

Los mongoles habían establecido su cuartel general en Iskander. El ayudante tenía mal humor. Inmediatamente después de su regreso tan poco glorioso, el ayudante quiso hacer sentir su mal humor a los habitantes del pueblo. El primer habitante al que atrapó fue el padre de Omar, su viejo anfitrión. Dshuveni seguía recordando con agrado el queso fresco que había tomado en casa de aquél. Tuvo el impulso de preguntarle:

—¿Dónde escondes el *jibn tasa*? —pero en lugar de hacerlo insultó al pastor, para implorarlo después y asegurarle que cualquier información acerca del suministro de agua que recibía la Rosa le salvaría a él la vida—. Alguien tiene que haber vaciado ese paso a través de las rocas, y alguien sigue manteniendo abierta esa vía.

Pero el padre de Omar soltó una risa y se encogió de hombros, como para subrayar que no sabía nada o no quería saber nada. Dshuveni, furioso, ordenó que le cortaran al viejo la sonriente cabeza. Pero el pastor sacó de repente un puñal y aunque Dshuveni, pálido como la muerte, dio un salto atrás, no pudo evitar caerse y caer de rodillas, tras lo cual levantó las manos en señal de defensa. Antes de que sus esbirros pudiesen agarrar al padre de Omar, éste se había seccionado la garganta con gesto rápido. Su sangre salpicó al ayudante.

—La Rosa no sólo es invencible —le explicó el joven *imam* a William, que lo miraba incrédulo— ¡sino también inconquistable!

Al menos esto fue lo que el franciscano relató, una vez reunido en el sótano con su viejo amigo Crean y con Zev Ibrahim, acerca de la conversación que mantuvo en el palacio. Durante ese encuentro habían jugado una rápida partida de ajedrez, que Khurshah, para subrayar lo certero de su opinión, decidió rápidamente a su favor. William era un mal jugador de ajedrez.

—Su alteza Rukn ed-Din Khurshah desea que los mongoles reconozcan y acepten la superioridad triunfal de la Rosa. Sólo entonces el *imam* se prestará gustoso a negociar con los emisarios del gran khan.

William había quedado muy impresionado por la conversación y, en general, por todo lo que había visto en la Rosa. Le sorprendió, e incluso le disgustó un tanto que ni Crean ni Zev le hicieran mucho caso.

Mucho después de medianoche, Crean y el ingeniero, éste siempre en su silla de ruedas, descendieron hasta lo más profundo del vientre de la Rosa, allí donde el agua salía con una presión gigantesca de las esclusas regulables, haciendo girar las palas y,

por medio de los tornillos helicoidales, las enormes ruedas dentadas del varillaje. El agua entraba formando un chorro impresionante y ruidoso y levantando espuma en una piscina, donde se recogía antes de ser distribuida por diferentes canales.

—Los mongoles se están tomando tiempo. Espero el ataque general a primera hora de la mañana —murmuró Zev Ibrahim—. A esa hora los atacantes se encuentran descansados y frescos, en cambio los defensores suelen estar agotados a causa de la larga espera, de las noches que han pasado sin dormir...

—Lo importante es que Kasda haya parido a su hijo —lo interrumpió Crean—, y que, apenas se le haya cortado el cordón umbilical, el pequeño *imam* abandone este lugar...

—El maestro Herlin nos ha comunicado que la sacerdotisa sufre las primeras contracciones —intentó calmarlo Zev—. ¡Calculo que el primer grito del glorioso infante coincidirá con el primer proyectil enemigo que choque contra las defensas de la Rosa!

—¡Espero que ese primer grito no sea el último! —dijo William, haciendo gala de su acostumbrada frivolidad. Había seguido a los otros dos porque todo cuanto hasta el momento había podido ver y oír en Alamut despertaba su curiosidad, hasta el punto de olvidar el gran peligro que corría.

Zev arrojó una mirada de reproche sobre el franciscano charlatán.

—He preparado un vehículo que servirá para salvar al pequeño *imam*. —Y mostró con orgullo un pequeño tonel, apenas mayor que un pan grande, que podía abrirse y mostraba un interior dotado de un mullido acolchado.

—¿Acaso creéis que un niño de pecho, con la gran experiencia que posee, sabrá abrir el vehículo cuando llegue a su destino? —se mofó William, y Crean, por una vez, le dio la razón.

—No debemos confiar ciegamente en que alguna mujer de buen corazón saque el tonel del agua, como en su día hicieron las hijas del faraón con Moisés. —Y miró con aire interrogador los dos recipientes de mayor tamaño que una mano invisible sujetaba en medio de la corriente de agua.

—Yo acompañaré al niño —decidió—. Déjame que pruebe el vehículo, pues cuando llegue el momento, todo tendrá que ir muy deprisa.

Crean descendió, no sin tener que hacer un esfuerzo, hacia el vehículo, en el que apenas cabía un hombre. Se acostó, encogió el cuerpo y declaró que quedaba sitio para una criatura pequeña pegada a su pecho. Crean quiso saber exactamente dónde y cómo volvería a salir a la superficie de la tierra.

Zev se lo explicó con una sonrisa:

—Muy arriba, en lo más alto de las montañas, hay una caverna llena de agua purísima. Un canal abierto en la roca conduce, por debajo de la Rosa, hacia un lago artificial situado en la montaña. Si reducimos el nivel de agua, se produce en ese canal una fuerza de succión que aspirará el recipiente y lo trasladará de aquí hacia ese lago, situado más arriba.

Zev observó que William era el único que entendía su discurso, por lo que se dirigió al fraile, que hasta entonces había sido un desconocido para él, aunque Roç le había hablado mucho de su gran amigo William.

—Aquí abajo, en esta piscina, está la salida —y señaló con orgullo el gorgojeante remolino—, por lo que he aplicado una quilla reforzada a estas embarcaciones, fabricadas a partir de unos toneles, con el fin de que puedan deslizarse sin sufrir daños por ese desagüe y ser aspiradas por debajo del nivel de agua, entrando en el canal.

—¡Estupendo! —elogió William, y Crean exclamó desde su tonel:

—¿No podría William subirse a la otra embarcación, puesto que su compañía me será útil?

—¿Por qué no? —respondió el ingeniero—. La mantengo en reserva, aunque para mí no la necesito. Me quedaré en la Rosa hasta el... —se tragó el resto de la frase, porque se dio cuenta de que Crean ya había bajado la tapa del tonel y no podía oír la apreciación fatalista que él tenía del final que esperaba a la Rosa—. Lo único que debo hacer es sellar los dos vehículos —le explicó a William, y mostró un aire de satisfacción—. ¿Seríais capaz de ayudar a este pobre inválido? —Cogió una cuerda empapada de alquitrán negro, pidió a William que lo llevara en brazos a la oscilante embarcación y empezó a rodear el borde de la tapa con la pegajosa materia. William observaba a Zev con una sensación de inseguridad. Balanceándose sobre el borde de la piscina, observaba con desconfianza el curso que seguía la canaleta de madera que servía de desagüe cuando tropezó con una palanca casi invisible. En el mismo instante se produjo un fragor estruendoso dentro de la piscina. La barca de Crean se alejó, se hundió y desapareció en el fondo. Zev aún movía los brazos y gritaba:

—¡Por Dios, ¡el niño!, ¡el niño! —Y apenas le dio tiempo de tapar el tonel cuando el poderoso remolino ya se había apoderado del mismo y lo arrastró hacia el agujero negro, donde la corriente lo hizo desaparecer rápidamente.

William había intentado inútilmente anular las consecuencias de su descuido, pero la presión del agua le arrancó la palanca de las manos, que él sólo había tocado muy ligeramente. Por muchos esfuerzos que hizo, no pudo devolverla a su posición anterior. William buscó desesperado una posibilidad de frenar la succión del agua. Fue entonces cuando vio una rueda pesada, grande como la de un carro, pero provista de unos radios por los que se podía sujetar. O bien se inundaría la Rosa, con él dentro, o... no podía preguntar a nadie, puesto que al ingeniero se lo habían llevado las aguas. De modo que intentó girar la rueda, opuso todo el peso de su cuerpo al movimiento de los radios y observó que muy, muy lentamente la presión iba cediendo y el agua se tranquilizaba, a la vez que disminuía el nivel. Al final, el agua volvía a encontrarse en el mismo estado de espera excitada que había mostrado antes de que el desgraciado flamenco entrometiera sus torpes pies y manos en el mecanismo de la Rosa.

¡Ojalá ese mismo mecanismo le hubiera quebrado los huesos! Es lo que pensaba

Hasan, que lo había observado todo. El emir tuvo que asistir, rechinando los dientes, a la pérdida de su ingeniero, justo en la hora más crítica para la supervivencia de la fortaleza.

Pero ahora Hasan conocía el secreto que Zev Ibrahim jamás le había comunicado, y gracias a William sabía también cómo hacer funcionar el mecanismo. Por cierto, observó también la existencia de una tercera embarcación, pero que, a diferencia de las primeras, estaba suspendida de una cadena y tenía forma de bola. El emir descubrió enseguida que aquélla sería probablemente la última posibilidad que le quedaba para huir. Existía un detalle en el que estaba totalmente de acuerdo con el renegado Crean, a quien tanto odiaba: había que mantener la continuidad de la línea de los *imames*. En nombre de Shams, como regente y tutor de éste, podría gobernar durante muchos años a los ismaelitas, pues aunque cayera Alamut, estaba seguro de que la secta no sucumbiría. El emir abandonó su escondite. William oyó el ruido de un pasador de hierro. Cuando alcanzó la puerta que, al final de la escalera, daba paso al exterior, comprobó que estaba cerrada. Y muy pronto empezaron a apagarse, una después de otra, las humeantes antorchas sujetas con anillas a la pared. William se quedó a oscuras.

En una noche en que reinaba la más completa oscuridad (era luna nueva) y después de un viaje infernal que los trasladó a toda velocidad a través del interior de la tierra, Crean y Zev Ibrahim salieron como corchos a la plácida superficie de un lago de montaña. Estaban casi inconscientes. Sólo habían transcurrido unos pocos minutos, pero casi se les había acabado el aire para respirar. Descerrajaron desde el interior las tapas firmemente sujetas y sus pulmones aspiraron jadeantes el frío aire de montaña. Zev apareció medio acostado en el agua, porque había tenido que cerrar la parte superior del tonel con tanta rapidez que la junta se había desplazado.

Las dos embarcaciones, fabricadas con sendos toneles, flotaban una junto a la otra.

—¡Mi silla de ruedas! —se acordó el inválido—. ¿Cómo podré desplazarme ahora? —se lamentó—. Me gustaría asesinar o ahogar a ese fraile, ¡descuartizarlo y quemarlo! ¿Decíais que nos traería suerte? —Soltó una risa amarga—. ¿Qué hará la Rosa si yo no estoy allí?

—Más bien deberíais preguntaros —repuso Crean—, ¿quién salvará ahora al futuro *imam*?

—Maldigo a ese William de Roebruk, y que el Dios del Antiguo Testamento sea mi testigo. ¡Maldito sea hasta la tercera generación!

—William no tiene hijos, aunque podría tenerlos.

—¡Ojalá se le pudra el miembro apestoso!

Pudieron alcanzar la orilla empleando las manos y sacaron las embarcaciones del agua, dejándolas sobre las piedras.

—Cuando sea de día —dijo Crean—, os llevaré en brazos.

Los mongoles no esperaron a que llegara la madrugada, porque calculaban que el efecto terrorífico sería mayor. Encendieron en torno a la Rosa miles de pequeñas llamas, y después, al unísono, los mil ballesteros que Qubilay les había enviado dispararon sus flechas encendidas. Parecían bandadas de luciérnagas. Pero cuando esos proyectiles se clavaron con sus puntas pegajosas en las hojas de hierro de la Rosa, empezaron a arder abiertamente y sumieron a la fortaleza en una luz fantasmal, difundiendo una claridad espantosa. Centenares de trabuquetes dispararon sus piedras contra las placas de hierro, y una granizada de bolas grandes como puños con cantos metálicos cayeron detrás de las almenas, alcanzaron a los defensores y destrozaron los árboles del «paraíso». Las pesadas catapultas dispararon a su vez balas grandes como cabezas que golpearon los escudos protectores de los pétalos haciéndolos quebrar, aunque no acabaron de romperlos. La Rosa vibraba y retumbaba, pero resistió triunfalmente. Ni siquiera las antorchas incendiarias fueron capaces de dañar profundamente su piel y acabaron por apagarse.

Aquella fue la señal para la segunda oleada del ataque. De repente todo volvía a estar a oscuras, y antes de que los ojos de los defensores se hubiesen acostumbrado a la falta de luz, decenas de miles de soldados mongoles avanzaron, procedentes de todos los lados, hasta la fosa de agua. Traían consigo balsas cubiertas, escalas de hierro para el asalto, largas cadenas con ganchos aplicados a sus extremos, y se lanzaron al agua desafiando la muerte. Los defensores los miraban desde arriba, ocultándose detrás de las cañoneras y esperando a que el *damn al ard*^[537] se encendiera en llamas, pero no sucedió nada. Los mongoles consiguieron cruzar la fosa bajo una lluvia de flechas, proyectiles de hierro y aceite hirviendo, y empujaron las balsas hasta situarse bajo el vientre abovedado de la Rosa, desde donde empezaron a situar las escalas con el único objetivo de clavar los ganchos detrás de las hojas y arrancar desde una posición segura los escudos, empleando para este fin las cadenas de hierro. Los defensores observaban con terror esos esfuerzos y arrojaron sobre los mongoles ánforas llenas de fuego griego, pero cada balsa incendiada era retirada de inmediato y sustituida por una nueva.

¡Había que incendiar toda la fosa! Hasan envió al sótano a cada uno de los hombres que habían trabajado alguna vez con el ingeniero, para que buscaran el tubo con el cual Zev habría introducido en la fosa la sangre negra de la tierra, portadora del horror.

El viejo Herlin se acercó manchado de sangre y procedente del observatorio, y aún antes de que su cesta llegara hasta abajo, rompió a gritar:

—¡Ha nacido el *imam*!. ¡Ha nacido el *imam*!

Hasan se le acercó a toda prisa.

—¡Morirá con nosotros si no conseguimos que arda la fosa! ¡Y Zev ha huido!

—No sabemos cómo el *damn al ard*...

—Yo sí lo sé —dijo el anciano bibliotecario con orgullo, pero después enmudeció—. No sé si me acordaré...

El emir lo arrastró al sótano con sus propias manos y pronto encontraron la rueda que abría la esclusa. Hasan regresó a toda prisa a las almenas y ordenó que durante un instante dejaran de arrojar el fuego griego.

Los mongoles estallaron en júbilo, pero no veían que debajo de sus balsas se cubría el agua de la fosa con una piel negra. Después volvieron a caer las ánforas encendidas, que reventaron en cuanto chocaron con el agua, y en un abrir y cerrar de ojos la fosa quedó cubierta de llamas amarillentas, cuyas lenguas parecían salir del agua a la vez que generaban un denso humo negro. Todos los atacantes que se habían subido a las escalas y no pudieron retirarse a tiempo, murieron víctimas del fuego. Ese fuego desarrolló un calor tan intenso que las cadenas enganchadas a la Rosa empezaron a fundirse.

Kitbogha ordenó la retirada de los atacantes. Casi oculto por la humareda salió un sol sangriento.

Hasan esperó a que se quemara el petróleo que cubría el agua y volvió a cerrar la esclusa. El aire en la Rosa se había calentado mucho, pero Herlin encontró el remedio adecuado. Consiguió que el agua fría volviese a circular por las nervaduras huecas, hasta formar una lluvia fina que caía de las almenas, refrescaba el exterior de la Rosa y mojaba a los defensores ocultos en el caldero.

Durante su larga y penosa marcha a pie por la montaña, Crean intentaba imaginarse cómo tratarían los mongoles a Zev. Llevaba al ingeniero cargado a sus espaldas, una carga que normalmente no le habría pesado demasiado, pero aún se sentía debilitado por las heridas. El inválido le golpeaba la espalda, le molestaba clavándole las piernas en los riñones y le pesaba hasta el punto de que Crean tuvo que hacer un esfuerzo para no arrojarlo al suelo como un saco molesto.

—Zev —lo amonestó—, os presentaré a los mongoles como un pobre inválido inofensivo a quien he recogido en el camino... —Pero no consiguió seguir exponiendo su argumento.

—¿Inofensivo? ¡Yo, Zev Ibrahim, que soy un genio! —lo regañó el bulto que llevaba a sus espaldas y remaba, amenazador, con los brazos en el aire—. Yo, ¿un inválido? Tengo en la mente más poder que el que tienen cien mil mongoles en los calzones, incluyendo a sus sementales. ¡No se os ocurra, señor Crean! —Y sacudió el puño cerrado.

—Diré que he cargado con vos por pura lástima, porque tenéis parientes en Iskander que cuidarán de vos. Así ningún mongol podrá sospechar que procedéis de la Rosa...

—¿Que yo procedo de la Rosa? ¡Yo soy la Rosa! ¿Quién ha ideado esa

instalación técnica, quién ha dirigido las corrientes de fuerza, a quién debe la Rosa su capacidad de resistencia, única en el mundo?

—Está bien —dijo Crean—, todo eso se lo podéis explicar, si queréis, al primer mongol que nos encontremos. Con toda seguridad admirará entusiasmado vuestro cerebro extraordinario, después de haberos abierto el cráneo mientras aún estáis vivo.

Con gran disgusto, Crean reajustó el torso del inválido en una posición adecuada y sujetó a Zev con ambas manos, para que éste no le tirara de las orejas o del cabello. Así siguieron caminando.

Zev se apaciguó un poco, y la amenaza de que le abrieran el cráneo parecía haberlo impresionado.

—Mi creación posee una grandeza y una belleza que la hace ser única, y los mecanismos de defensa sólo son un aspecto secundario del opus magnum^[538], en cierto modo un producto colateral de la maravillosa maquinaria del planetario, el único en el mundo que imita con una exactitud inigualable el curso de los astros en torno al sol y la circunvalación de la Tierra por parte de la luna.

—¿Y qué es lo que mueve todo ese milagro, cómo habéis conseguido que la luna de plata gire y modifique su tamaño? —Crean siempre había deseado saberlo, pero nunca había conseguido descubrir el secreto del famoso símbolo de la Rosa de Alamut.

—Hay que sumergirse en el pozo de Iskandar, y desde allí se llega a una gruta de la que parten unas minas transitables que conducen hacia todos los canales de agua. El guardia de Iskander protege la entrada.

—¿Y si alguien lo tortura? —preguntó Crean.

—Aunque revelara lo que sabe, no es mucho. Cada túnel tiene otro guardián, y sólo yo los conozco a todos. Pero eso no afecta en nada a la luna de plata, y cuando todos hayamos muerto, ella seguirá girando con precisión, ¡minuto a minuto! ¡Seguirá haciéndolo dentro de mil años!

Éste era el mayor orgullo de Zev, un orgullo hecho a la medida del de su viejo amigo Herlin, quien había convertido la biblioteca de Alamut en la mayor colección de conocimientos ocultos. Esa biblioteca contenía obras apócrifas cuyo único ejemplar se hallaba en la torre, en la *magharat-al-ouahi*^[539], una construcción resistente al fuego. Y, sin embargo, en ese momento Zev habría deseado que su viejo amigo trasladara todos aquellos escritos al sótano. Se lo había recomendado muchas veces. Y como si el viejo guardián de la palabra escrita hubiese recibido el último aviso de su amigo, en aquel justo instante arrastraba hacia el sótano de la Rosa los tesoros más preciados, rollos amarillentos de papiros y gruesos tomos de pergaminos.

Hacia el mediodía, una patrulla de jinetes mongoles apresó a un hombre delgado que, a pesar de mostrar graves heridas apenas cicatrizadas, llevaba sobre los hombros a un inválido carente de pies. Los mongoles llevaron a ambos a Iskandar y los

presentaron a Dshuveni.

El ayudante había reiniciado el ta'adid ash-shab^[540] y lo hacía ejecutar con un odio enconado. Ya ni siquiera se tomaba la molestia de ocultar a las víctimas cuál era su destino, antes de asestarles el golpe mortal. Los prisioneros se arrodillaban formando largas filas y esperaban a que les dirigieran una única pregunta:

—¿Sabes por dónde fluye el canal subterráneo que alimenta a la Rosa?

Nadie conocía la respuesta, y todos lo pagaron con sus cabezas. Dshuveni reconoció de inmediato a Crean y se mofó:

—Os envié a buscar a la pareja real para que la sacarais de la Rosa, y regresáis con un soaluq mushawah^[541], ¡un pobre enano inválido! ¿Qué premio esperáis recibir a cambio?

En aquel instante Zev Ibrahim, a quien Crean acababa de dejar en el suelo, irguió su pequeño cuerpo tanto como le fue posible.

—Dios puede haberme negado vuestro apuesto cuerpo, buen hombre, pero me ha favorecido con otros dones. Yo soy Zev Ibrahim, el ingeniero supremo de la Rosa. Mi construcción genial hará que os estrelléis el cráneo y os queméis los dedos. ¡Jamás dominaréis el misterio de la Rosa, jamás comprenderéis los secretos que ocultan la sangre y el jugo de la tierra, cuya combinación otorga a la Rosa su fuerza ardiente!

El ayudante creía no haber oído bien. Desde que se había iniciado la campaña contra los «asesinos», había estado investigando con todos los medios que tenía a su disposición, con amenazas y promesas, con infamia y crueldad, sin obtener ni siquiera el más pequeño aviso, y ahora tenía a sus pies a un enano que reunía en su cabeza todos los conocimientos referidos a la *ars motionis*^[542] de la Rosa, ¡y que, encima, presumía de ello! Dshuveni apenas conseguía dominar su satisfacción.

—La pareja real os espera, querido Crean —dijo con entonación meliflua—, acudid a saludarla mientras tomo el té con nuestro sabio invitado.

Crean aceptó la propuesta.

A última hora de la tarde, los mongoles agolpados en el altiplano de Alamut estaban dispuestos a iniciar nuevamente el asalto de la fortaleza. El sol estaba ya próximo a su ocaso y las torres de asalto, las escalas de hierro, las catapultas y las balsas, ahora cubiertas de arena, arrojaban largas sombras.

Hasan ordenó que la fosa fuese inundada con una cantidad abundante de petróleo, y decidió esperar. Pero los mongoles se detuvieron a medio camino. Su catapulta más potente arrojó con buena puntería un bulto por encima de las almenas, que cayó con un ruido sordo en el «paraíso». Se oyeron los gritos horrorizados de las huríes y un hombre acudió a toda prisa a informar a Hasan que aquel bulto era el torso atado y horriblemente mutilado de Zev Ibrahim. Le habían puesto la cabeza en el vientre abierto y en su boca llevaba un mensaje para Khurshah, conminándolo a que se rindiera sin condiciones.

Poco después, Hasan vio cómo el *imam*, rodeado de su guardia personal, ordenaba que fuera abierto uno de los portones y cruzaba el estrecho pasadizo en dirección a los mongoles, haciendo ondear una bandera blanca. El emir ordenó que cerraran la puerta detrás del grupo y quedó a la espera. No le interesaba ver si Khurshah le hacía señales con la bandera blanca, ofreciéndole la libertad a cambio de la entrega de la fortaleza, sino que se quedó esperando a que los mongoles prosiguieran finalmente con el asalto.

Crean fue en busca de Roç y Yeza, que se habían instalado en la casa del padre de Omar. Los encontró deprimidos. El propietario de aquel caserón situado en la montaña, donde habían pasado tantas horas felices, el último guardián del pozo de Iskander, había sido hallado muerto, descabezado. Además habían oído decir que a su viejo amigo «Zev sobre ruedas» lo habían llevado al valle, empaquetado como una bola, probablemente muerto también, y que Dshuveni no tenía la más mínima intención de indultar a la Rosa.

Crean les dio una pequeña esperanza, insistiendo en que William tal vez pudiera salvarse siempre que su propia torpeza no se lo impidiera, y les habló del misterio del lago. Roç y Yeza lo conocían y se entusiasmaron enseguida. Hicieron saber a Dokuzkhatun, a la que habían nombrado responsable de la pareja real, que necesitaban realizar una excursión a las montañas para alegrar su ánimo deprimido.

La buena esposa del il-khan les recomendó que regresaran antes de caer la oscuridad, y estuvo de acuerdo con la propuesta de llevarse también a Xenia. Roç y Yeza partieron de inmediato.

El sol llegaba a su ocaso. Khurshah no había conseguido otra cosa del general Kitboga que la promesa de un buen trato para los defensores de la Rosa, siempre que se rindieran enseguida y sin más condiciones. El general aclaró que excluía de cualquier posible indulto al emir Hasan Mazandari, a quien hacía responsable del asesinato de su hijo.

El *imam* envió señales con la bandera blanca, pero en la Rosa no apareció ninguna reacción visible. Entonces el general dio órdenes de avanzar.

Hasan contemplaba, satisfecho y furioso a la vez, desde lo alto de las almenas la fosa llena de *damn al ard*. Los ballesteros y arqueros tenían las armas preparadas, y las catapultas y los trabuquetes emplazados en el jardín del «paraíso» y detrás de la corona dentada del capullo, estaban cargados. De repente el nivel de agua en la fosa empezó a descender y al mismo tiempo salía de alguna tubería incontrolada más petróleo del conveniente. Los arqueros de Cathai dispararon sus flechas encendidas

hacia el líquido negro y enseguida se encendió una pared de fuego que rodeó completamente a la Rosa.

Al principio, los defensores de la fortaleza no se sintieron abocados al pánico, pero poco después el calor espantoso generado por el incendio les empezó a dificultar la respiración. Las fuentes que se alimentaban a través de las nervaduras y solían rociar todas las paredes con su fresca humedad, empezaron a fallar. Los hombres se enfrentaban a vaharadas de vapor caliente y el humo tóxico empezaba a extenderse sin encontrar obstáculos, a la vez que las llamas candentes lanzaban un chisporroteo cada vez más potente. Finalmente el fuego penetró por las cañoneras, atacó a las catapultas y venció a sus ocupantes. Se rompieron los tendones de las ballestas, las primeras celdillas se desprendieron de la pared del caldero y cayeron hacia lo hondo, arrastrando consigo las ánforas de arcilla llenas de *nar yunani*^[543], el «fuego griego». Éste escapó de los recipientes reventados como escaparía un espíritu de la botella, de modo que las llamas empezaron a encenderse también en el interior de la fortaleza; la masa alquitranada goteaba sobre escaleras y pasadizos, avanzaba por encima de las balaustradas y descendía de escalón en escalón.

Las centurias mongolas se mantenían a prudente distancia de la poderosa columna de fuego que se elevaba hacia el cielo vespertino. La Rosa ardía como una bruja peligrosa en la hoguera. El humo, entreverado de chispas luminosas, ascendía a centenares de metros de altura, aunque de vez en cuando permitía tener una visión del cuerpo esbelto de la torre que sobresalía de aquel infierno llameante. Incluso la luna de plata seguía girando como si las leyes de la materia no pudiesen afectarla. No había sonado ni un disparo desde que la construcción mutilada del genial ingeniero había iniciado su proceso de autodestrucción. La Rosa se estaba cociendo en su propia salsa.

William, preso en las profundidades del sótano y rodeado de corrientes de agua fría, no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo por encima de su cabeza. Lo único que observó era que en algún momento, la bola que, sujeta de una cadena, colgaba por encima del agua, se había puesto en movimiento. Durante un tiempo estuvo pensando en la posibilidad de utilizarla como vehículo para su huida, pero de repente la vio desaparecer a través de un agujero que había en el techo de roca. Después regresó con gran estruendo metálico, y sintió el impulso de abrirla. La superficie exterior estaba tan caliente que se quemó los dedos, pero cuando abrió la tapa, vio dentro una criatura diminuta, que no había sufrido ningún daño. Debía de tratarse de Shams, el *imam* recién nacido. Era una criatura tan delicada que William se sintió conmovido, y se le ocurrió pensar que los cielos lo habrían destinado para salvar a los niños más importantes de la Tierra. De modo que trasladó al infante al

pequeño tonel que Zev había preparado, le dio un beso en la frente, cerró la tapa y se inclinó hacia la corriente espumosa de agua. Justo acababa de colocar el recipiente salvador sobre la guía de madera y darle un empujón para que se deslizara, cuando sintió en el trasero una patada que lo arrojó hacia abajo. Remó desesperado con los brazos, embargado por el miedo a ahogarse, cuando vio que Hasan tenía sujeta la bola y estaba a punto de introducirse en ella. Mientras, William había conseguido ponerse de pie y observó que la corriente de agua sólo le llegaba hasta los hombros. Esta certeza le dio el valor necesario para atacar al emir. Moviendo con más insistencia los brazos consiguió avanzar contra la corriente y tiró de la pierna de Hasan. El emir dio furiosas patadas a su atacante y le descargó un puñetazo en el rostro. William se enfureció al ver que se le escapaba la última posibilidad de huir. Rebasó por un lado al sorprendido Hasan, que ya había soltado la cadena, y se arrojó contra la humilde palanca que en cierta ocasión anterior le había servido para provocar la subida del nivel de agua. La piscina se llenó de un borboteo ensordecedor y William se agarró asustado de la palanca para que no se lo llevara la corriente. El agua arrastró el pequeño tonel en el que dormía Shams y se lo llevó hacia el fondo. Hasan se vio sorprendido por la repentina oleada, la mitad de la bola en que estaba sentado empezó a balancearse y cuando intentó cerrar la tapa, perdió el equilibrio y cayó al agua. En vano extendió el brazo para alcanzar a William, ya fuese para arrastrarlo consigo, ya para sujetarse a él. El oro que el emir llevaba encima lo arrastró hacia el fondo en dirección al desagüe. La fuerza de succión lo dominaba todo y se lo tragó con un sonido horrible.

William seguía agarrado a la palanca de madera, que no era mayor que el mango de un martillo, y le era fácil imaginar que el peso de su corpachón acabaría por vencer la fuerza de sus dedos tensos y los músculos de su brazo. Rezó para que no le sucediera lo mismo que al emir, aunque cabía la sospecha de que el orificio de salida, cuya sombra negra veía abrirse por debajo del agua, tendría la anchura suficiente para tragárselo. Por otra parte, también cabía pensar que su destino fuera quedarse allí atascado y ahogarse. De repente cesó el gorgojeo del agua que tenía debajo, como cesa la ebullición en una olla que se retira del fuego. El agua agitada se tranquilizó, el nivel descendió y la piscina empezó a vaciarse. William desprendió agradecido sus dedos ya casi inertes de la palanca. Sus pies volvieron a pisar terreno firme. O bien Dios se mostraba misericordioso porque se trataba de él, William de Roebruk, y había girado la gran rueda que gobernaba la compuerta, o se había agotado la reserva de agua. El franciscano intentó salir de la piscina, pero sus fuerzas ya no llegaban a tanto, porque el borde era demasiado alto. Tuvo que estornudar. Lo más probable era que cogiera un resfriado y éste acabara por llevarlo a la muerte.

En el interior del caldero de la Rosa, el incendio concluyó su labor. Todo lo que había estado pegado a la pared interior del capullo, el sinfín de detalles artísticos

como una delicada telaraña, el capullo denso del gusano de seda y las celdillas de las abejas, todo ardía; otras partes ya estaban carbonizadas o hechas una brasa. Como por milagro seguía suspendido el nido de avispas, el palacio de madera. Pero quedaban pocas personas que pudiesen preguntarse cómo era posible que se mantuviera allí. A la mayoría de los «asesinos» que habían ocupado las almenas o que habían servido las pesadas catapultas, el fuego les había robado la respiración y habían caído abajo, convertidos en antorchas humanas. Todo el que se refugió en el fondo murió bajo las ascuas y los escombros encendidos. Y todo el que había querido evitar ese destino lo había conseguido saltando al «paraíso», alejándose de este mundo terrenal ante los ojos de los conquistadores, que acechaban en el exterior.

Pola y sus muchachas habían estado vendando a los heridos y dando de beber a los sedientos, hasta quedar agotadas. Cuando se acabó el agua, comprendieron que era el final. Pola preparó una mezcla con el jugo de ciertos frutos exprimidos y ofreció un trago de la jarra a cada una de las huríes. El zumo tenía un sabor amargo, pero la muerte llegaba con rapidez. Las muchachas, sacudidas por los espasmos, cayeron a tierra en el jardín del «paraíso», un jardín cuyas flores se habían marchitado y cuyas ramas estaban carbonizadas. Los cuerpos de las mujeres se encogieron en un último temblor y después quedaron rígidos. Pola se bebió el poso de la mezcla venenosa, miró hacia arriba, hacia el observatorio, donde la figura de su hermana Kasda se destacaba a la luz oscilante de las llamas contra el cielo nocturno, velado por el humo. Intentó aún levantar la mano para saludarla, pero cayó a tierra, y murió junto a los cuerpos ya inertes de sus compañeras.

Los mongoles esperaron hasta primera hora de la mañana. Mientras, la Rosa seguía ardiendo hasta quedar en ascuas, como un horno. De vez en cuando se elevaba todavía alguna llama que arrojaba sombras y daba lugar a una columna de humo ascendente que ocultaba la torre.

Aún reinaba la oscuridad cuando Kitbogha, impaciente, envió a un grupo armado con ganchos y cadenas a que arrancara el escudo protector del puente levadizo detrás del cual se ocultaba la puerta principal. El foso aparecía inundado de maderos carbonizados, máquinas y escalas de asalto.

Los hombres pudieron lanzar los ganchos sin hallar resistencia alguna, y cuando doscientos mongoles empezaron a tirar de las cadenas, el gigantesco escudo se hundió, convertido en un montón de cenizas dentro de un marco quemado. El general pasó por encima de los escombros. Al primer golpe se abrió la puerta. Kitbogha emprendió la búsqueda de Hasan y bajó, espada en mano, hacia el sótano.

Dshuveni lo siguió, haciendo acopio de valor. No obstante, su objetivo era la biblioteca. Lo acompañaban varios mongoles, que llevaban consigo gran número de sacos. Pero se detuvo en lo que parecía una catedral quemada y no sabía cómo llegar hasta los tesoros que buscaba. Con voz estridente llamó a Crean de Bourivan.

Acompañados de Xenia, que los habría seguido sin quejarse a todas partes siempre que la dejaran llevarse a la pequeña Amal y le prometieran que recuperaría a su William, Roç y Yeza alcanzaron aquella misma tarde el lago de la montaña. Pero no cabía ni pensar que pudieran recorrer el camino de regreso durante la oscuridad de la noche. De modo que acamparon en la orilla del lago, entre las rocas, esforzándose por permanecer despiertos por si acaso se presentaba William, para ayudarle a salir del agua. Pero el cansancio los venció y se durmieron, pegados unos a otros. De madrugada los despertó un grito de Xenia.

—¡Hay un tonel flotando en el agua!

Era demasiado pequeño para contener a William, pero Roç saltó al agua fría y arrastró el recipiente a tierra. Lo abrieron y encontraron dentro a un niño dormido. El instinto maternal afloró en Xenia, tomó al niño, que había empezado a llorar, y lo acunó en su pecho. Estuvieron algún tiempo esperando, por si se presentaba William. Después Xenia comentó, con mucho acierto:

—Nos ha querido mandar el niño. —Y emprendieron desilusionados el camino de regreso.

Kitbogha había rescatado a William de Roebrok de su lamentable situación. Al franciscano le goteaba la nariz y estaba temblando de frío. William informó al general del fin merecido que había tenido Hasan, pero no dijo ni una palabra acerca del pequeño Shams y de la posibilidad de que se hubiera salvado. Kitbogha soltó una blasfemia muy poco cristiana y salieron del sótano. Entretanto, Crean había mostrado a Dshuveni el camino a la biblioteca, donde todavía ardían algunos rollos de papiros y tomos de pergamino. Encontraron al viejo Herlin saltando de uno a otro como un fuego fatuo, intentando apagar los rescoldos con un manojo de pergaminos en la mano. Los recién llegados no hicieron caso del anciano bibliotecario. Dshuveni se hizo atar, porque no confiaba en el suelo carbonizado, y empezó a revolver los escritos; todo lo que le pareció valioso y aceptable según sus creencias sunnitas fue a parar a los sacos, y todos los escritos que él consideraba herejes fueron a parar a un enorme montón. Perdonó a la *Crónica de Casiodoro*^[544], más antigua que el *Corán*, y a una primera versión del *Almagesto* de Tolomeo^[545], así como a las obras del historiador sirio Elias bar Shinaya^[546], del geógrafo Idrisi^[547] y del físico Albazen^[548]. En cambio entregó a las llamas a otras obras irre recuperables como la *Hamasa*^[549] de Abu Tammam^[550], el original del *Brahma Sidd-harta* del gran Brahmagupta^[551] o *El libro de los caminos* de ibn Chordadbeh^[552], un sencillo maestro de postas, autor de una obra que aquel inquisidor afanoso consideró simplemente esotérica, es decir hereje, dada la prisa que tenía.

Crean observaba ese quehacer y movía la cabeza. Después se apartó.

—¿Adónde vais? —preguntó el ayudante, desconfiado.

—¡A la luna! —respondió Crean con una sonrisa e inició el ascenso.

Desde que pertenecía a la Orden de los «asesinos», jamás había pisado la torre, pero encontró el recorrido a través de las escaleras ocultas con la seguridad de un sonámbulo. Pisó el *magharat-at-tanabuat al mashkuk biha*^[553] y vio que Herlin había salvado a tiempo los escritos secretos. Siguió ascendiendo por la escalera de caracol, cada vez más estrecha, hasta llegar al *magharat al ouahi al ajir*^[554]. Pero la «gruta de las últimas revelaciones» estaba vacía.

Inmediatamente después de dar a luz a su hijo, Kasda se había levantado del lecho, hizo subir la bola por última vez y le confió a Shams. Después corrió hacia sus instrumentos y rogó a las estrellas nocturnas que la ayudaran. Cuando vio ascender al brillante Fósforo^[555], supo que su hijo, el nuevo *imam*, se salvaría. Se acercó al borde de la plataforma y vio allá abajo, en el «paraíso», a su hermana, que le hacía señas. La sacerdotisa descendió como una pluma al encuentro con Pola. Nadie lo vio. Las hermanas quedaron unidas en la muerte.

Dshuveni sintió el golpe que dio el cuerpo al chocar contra el suelo y el temblor que atravesó la Rosa, pero no reparó en ello. Para mayor espanto del bibliotecario, el ayudante hizo encender en el centro de la bóveda un fuego al que iba arrojando con una risa sardónica todos los libros que no concordaban con la doctrina del Islam ortodoxo que él defendía. Así acabaron en la hoguera la totalidad de los conocimientos médicos de la época, el *Canon*, manuscrito de Avicena^[556], la *Crónica* de ibn Kifti^[557], el *Antidotarium* de Nicolas Prévost^[558] (un regalo del rey francés a los «asesinos» sirios), *El libro de los remedios sencillos* del sabio ibn al-Baitar^[559], la única traducción al árabe del *Galeno*, realizada por Honain ibn Iszak^[560], y el *Al-Havé* del hipócrata Rhases^[561]. El fuego se extendió y la valiosa biblioteca, reseca después del calor padecido, ardió como una antorcha.

En eso acudió Kitbogha, agarró a Dshuveni por la cuerda que lo tenía atado como se sujeta a un buey recuperado después de una escapada, y lo arrastró fuera de la Rosa. Los mongoles que habían ayudado a Dshuveni vieron con disgusto que el viejo bibliotecario intentaba salvar del fuego algunos tomos valiosos. «¡Que no se queme el *Dioscórides*^[562]!», gritó lleno de pavor y sacó de entre las llamas el escrito más antiguo que existe sobre las plantas medicinales.

—¡Criminales! ¡Estúpidos! ¿Qué sabéis de la *Divina praedictio*^[563]?

Al verlo, los mongoles dieron un empujón al anciano bibliotecario y éste cayó dentro de la hoguera.

Kitbogha ya estaba abajo, junto a una de las puertas abiertas, y miraba hacia el palacio del *imam*. Ante sus ojos se desplomó todo el inmenso edificio de madera, que había estado pegado al techo cual nido de avispas, y cayó casi sin hacer ruido. Al

chocar contra el suelo generó una corriente de aire tan fuerte que casi tumbó al general, oyó el estampido con que reventaban y se deshacían los maderos. Los restos volaron a su alrededor, antes de que una nube de polvo los envolviera casi por completo.

Después se abrió el suelo de la biblioteca como una gigantesca trampilla, arrastrando a todo y a todos los que quedaban todavía allí. La bóveda se hundió, y las nervaduras de soporte, despojadas de su contrapeso, ya no fueron capaces de aguantar el zócalo de la torre.

Crean había conseguido abrir la puerta que daba a la plataforma del observatorio. Por encima de su cabeza vio la luna de plata, cuyo espejo abovedado reflejaba la luz del primer rayo solar del nuevo día. El rayo tembló y Crean creyó que la Tierra se movía. Con la mirada puesta en lo que constituía el orgullo de la Rosa, sintió cómo la torre se dirigía, como si fuese una piedra o un meteorito que llega desde las estrellas, al encuentro con la tierra. La caída se inició suavemente, convirtiendo sus piernas en plomo, después aumentó la velocidad. A su alrededor crecieron las montañas. Su respiración se detuvo, vio cómo se abría la tierra, cómo el cono rocoso del Montségur se elevaba hacia las estrellas, cómo la cámara del tesoro de la fortaleza, donde se guardaba el Santo Grial, relucía como una corona; cómo unos bultos blancos se deslizaban mediante cuerdas hacia el fondo oscuro, que el agua de la garganta bajaba con un estruendo creciente. ¡Los infantes! Sus figuras adquirieron contorno en medio de la niebla que pesaba sobre la costa. Por la arena del desierto rodaban las bolas espinosas, tan ligeras que basta un ligero viento para arrastrarlas hacia una lejanía infinita. Crean cabalgó con Roç y Yeza a través de bosques oscuros, cruzó con ellos los mares tempestuosos, atravesó en su compañía grutas negras que se abrían luminosas ante la celeridad de su viaje rememorado hasta que llegaron a un lago subterráneo que contenía un agua de pureza indescriptible. ¡El «gran proyecto» carecía de sentido! Roç y Yeza deben liberarse de las ataduras de quienes pretenden imponerles un destino, liberarse de la cadena infinita compuesta de triunfos y persecuciones, pruebas y huidas. ¡La corona del mundo es una corona de espinas! El amor es la culminación que debe buscar la pareja real, y cuando lo encuentren, se habrán salvado. Había sido un mal guía para los infantes, y le habría gustado gritarles en aquel momento: ¡Saltad! ¡Atravesad el fuego purificador y destructor!

El espejo reventó, Roç y Yeza salieron despedidos hacia la luz. Crean levantó los brazos para abrazarlos. En aquel momento la torre chocó contra el suelo. El impacto hizo reventar la Rosa. Sus hojas se desprendieron y quebraron, no quedó más que polvo y ceniza.

El general, que seguía sujetando a Dshuveni por la cuerda, se refugió bajo un caballete de asalto adelantado. La torre se clavó como una cuña en el corazón de la Rosa y penetró hasta lo más profundo de su estructura. Surgió un surtidor gigantesco

de agua mezclada con la «sangre de la tierra», arrastrando todo lo que aún quedaba en pie. La Rosa se destruyó a sí misma hasta las raíces, y ya no quedó nada. Los conquistadores no tuvieron otra cosa que hacer más que echarse a temblar en vista de la furia destructora con que la Rosa quedó igualada a la tierra de la que había surgido.

Era un día triste. Las nubes grises colgaban bajas, como si el sol deseara ocultar su rostro. Il-khan Hulagu, su esposa la cristiana Dokuz-khatun y toda su corte, se encaminaron desde Iskander a Alamut, apenas el ayudante mandó aviso de que se estaba iniciando la agonía^[564] de la Rosa.

El *imam* exigió ser conducido ante el jefe de aquel ejército victorioso, pero Hulagu se negó a ese encuentro inútil.

—Habéis ocupado el trono sin dar muestras de sabiduría, y lo habéis abandonado sin remordimiento alguno —le hizo saber a Khurshah por mediación de Dshuveni—. Un soberano que no domina a sus súbditos carece de toda utilidad, al menos para nosotros, los mongoles. Pero no os libra de la responsabilidad por todo lo sucedido —añadió el ayudante con sorna.

Se oían los gritos de un grupo de mujeres que exteriorizaban sus deseos de venganza y sacudían sus puños.

—Son las nobles mujeres de la casa Yagatai, a quien vuestro padre hizo asesinar. Os esperan.

Justo cuando Roç y Yeza, seguidos de Xenia y de los dos niños pequeños, regresaban de su excursión a la montaña, los soldados arrastraban a Khurshah, atado con una cuerda, en dirección a las mujeres que emitían gritos y gestos tan salvajes que otros guardias las intentaban mantener a raya con ayuda de unos palos.

Yeza ordenó a los guardianes que se detuvieran y bajó del caballo.

—¡La pareja real desea despedirse del *imam*! —exclamó con voz audible y los hombres no se atrevieron a retenerla.

Se acercó a Khurshah, lo abrazó e intercambió algunos besos con él.

—¡Bésanos a todos! —le susurró, al ver que Dshuveni se acercaba con aire desconfiado. Roç permitió con mucha habilidad que se adelantara Xenia, que llevaba a la pequeña Amal atada a sus espaldas y a Shams pegado a su seno. Khurshah los besó y los acarició a todos. Durante mucho tiempo estuvo mirando al recién nacido, que abrió los párpados y lo miró con mucha seriedad. Después abrazó a Roç. El *imam* tenía los ojos bañados en lágrimas. Había comprendido que en la misma hora en que se enfrentaba a la muerte, había tenido el privilegio de poder acariciar a su hijo.

—¡Que seáis felices! —le gritó a Yeza cuando los guardianes lo alejaban de allí para entregarlo a su inevitable destino.

Roç y Yeza se apartaron. Dshuveni señaló a Xenia.

—¿Cómo es que, de repente, tiene dos niños? —preguntó.

—Siempre tuvo dos —le espetó Yeza—. ¡Sólo que habéis sido demasiado ciego para daros cuenta, señor ayudante! —Y para transformar su desconfianza en disgusto, añadió atrevida—: ¡O tal vez no sepáis contar hasta dos!

La risa bronca del general le demostró que había ganado. Junto con Kitbogha llegó William. El franciscano saludó a la mujer y a los dos niños, y el ayudante se quedó calculando, a la vez que rechinaba los dientes, cómo era posible que el fraile hubiese conseguido tener dos hijos en tan poco tiempo. Pero su atención fue desviada, primero por los gritos estridentes de satisfacción procedentes del grupo de mujeres, y después por las palabras que Roç dirigió al general:

—Podéis amenazarnos con descuartizar nuestros cuerpos o entregarlos a las llamas, pero la realidad es que, en su campaña contra Occidente, los mongoles tendrán que renunciar a la compañía de la pareja real. Después de todo lo sucedido y, sobre todo, después de cómo ha sucedido, aquí se separan nuestros caminos. Lo siento por vuestro hijo Kito, y lo siento por muchos otros, por demasiados.

Se inclinó ante el general, aunque Yeza dio un paso adelante, lo abrazó y lo besó, igual que había hecho con Khurshah.

—Mis saludos al il-khan y a Dokuz-khatun. Un soberano que no muestra compasión por sus enemigos, ni respeto ante los tesoros únicos de la sabiduría y la ciencia, un tesoro que sólo la Rosa había conseguido reunir hasta ahora, no podrá alcanzar jamás la corona del mundo. No tiene sentido que os sigamos.

Montó en su caballo.

—Vos, Kitbogha, siempre habéis demostrado ser un buen amigo nuestro —añadió después—, y como tal os guardará la pareja real en su recuerdo.

El viejo general se mostró profundamente afectado:

—¡No podéis dejarnos así, sin más! —exclamó, con la voz apagada.

—Podemos —respondió Roç y le miró fijamente a los ojos—, ¡y lo haremos!

Kitbogha inclinó la cabeza tristemente, advirtiendo a Dshuveni que se abstuviera de todo comentario.

—Procuraré —suspiró—, que nadie os retenga. ¡Pero debéis saber que vuestro recuerdo permanecerá en el corazón de todos los mongoles hasta que nos alcance la muerte!

Roger Trencavel du Haut-Séguir y su compañera, Yezabel Esclarmunda du Mont y Sion, no arrojaron ni una mirada más sobre aquel lugar de destrucción. Lo dejaron atrás, igual que había quedado atrás su juventud, igual que quedaban atrás los nombres de «Roç» y «Yeza». Ya no eran unas criaturas necesitadas de tutela, y nadie debía considerarlos en el futuro como tales. Iban al encuentro de un futuro incierto, pero sería su destino, su vida, que ya sólo dependería de ellos mismos y no de los proyectos de los demás. Se sonrieron uno al otro y se despidieron con un gesto de la mano de William y Xenia, de Amal y Shams. Estaban seguros de que algún día volverían a ver al gordo franciscano pelirrojo. Por lo demás, el pícaro flamenco no mostraba ninguna señal de tristeza, y se limitaba a sonreír, convertido en padre de dos hijos.

El ejército de los mongoles, una gigantesca alfombra de caballos, guerreros y armas que cubría el altiplano de Alamut, compuesta por más de cien formaciones de

mil guerreros, un ejército como no se había visto otro y que había salido para conquistar una corona, observó en silencio cómo los dos jóvenes se alejaban a caballo, con la cabeza alta, hasta que los engulló la cercana cordillera.

En ese momento el sol atravesó las nubes.

FINIS
Coronae Mundi

APÉNDICES

LA SITUACIÓN POLÍTICA DEL MUNDO A MEDIADOS DEL SIGLO XIII

EL OCCIDENTE CRISTIANO

Alemania

El Imperio Germánico (también llamado *Imperium Romanum* o Sacro Imperio Romano) abarca Alemania y los reinos de Arlés (Alta Borgoña), Bohemia, Polonia, Hungría e Italia, así como el reino de Sicilia, los países bálticos y Provenza.

El reino de Italia consta de las ciudades de la llanura del Po, directamente dependientes del Imperio y reunidas en su mayoría en la Liga Lombarda, las repúblicas marítimas de Venecia, Génova y Pisa y los ducados de Monferrato, Toscana y Spoleto; el reino de Sicilia consta de los ducados de Apulia (Foggia), Campania (Nápoles), Basilicata (Tarento), Calabria (Reggio) y Sicilia (Palermo).

Entre estas dos partes del Imperio Germánico en la Península de los Apeninos, se halla el *Patrimonium Petri*, el Estado Vaticano (Lacio y Las Marcas).

Inocencio IV ocupa la Santa Sede desde 1243 hasta 1254. Le sucede Alejandro IV, que continúa la política de rivalidad con los Hohenstaufen de su antecesor. Las discrepancias entre el Papa y el emperador alemán existen desde la Guerra de las Investiduras del siglo XI (Canossa). Sin embargo, se agudizan cuando Enrique VI de Hohenstaufen se casa con la última princesa normanda y unifica el reino de Sicilia (que los Papas consideran como un feudo que debe ser concedido por ellos) con el Imperio Germánico (*unio regis ad imperium*).

Desde la muerte de Federico II (1250), el Imperio Germánico se queda sin emperador. Aunque le sucede su hijo Conrado IV, éste se ve obligado a defenderse de varios antirreyes que se le enfrentan instigados por los Papas. No tendrá otra alternativa que ceder gran parte del sur a su hermano bastardo Manfredo (declarado legítimo por Federico en su lecho de muerte). Manfredo gobierna como vicario del Imperio, pero a su vez ha de enfrentarse a varios antirreyes a los que Roma vende la corona de Sicilia. Su principal rival, que más tarde obtendrá la victoria, es Carlos de Anjou, hermano menor del rey francés. Tras la muerte de Conrado IV (1254), Manfredo menosprecia los derechos de Conrado V (Conradino) y se corona a sí mismo rey de Sicilia. A partir de este momento hay en Alemania un interregno que se prolonga hasta la coronación de Rodolfo de Habsburgo.

Francia

Cuando es coronado el rey francés Luis IX, de la dinastía de los Capeto, se encuentra con unos dominios bastante modestos que, en lo esencial, constan de París con la Îlle de France, Flandes, Champagne y el ducado de la Baja Borgoña. Durante su reinado obtiene, mediante las conquistas en el sur (Occitania, Languedoc), la

guerra contra los ingleses que ocupan el oeste y la sumisión de los normandos del norte, aproximadamente todo el territorio que forma la Francia actual. El matrimonio de su hermano Alfonso de Poitiers con la heredera de Toulouse y de su otro hermano, Carlos de Anjou, con la heredera de Provenza, consolida esas posesiones.

Inglaterra

En Inglaterra reina Enrique III, de la dinastía Plantagenet. Intenta comprar Sicilia para su hijo menor, Edmundo, mientras su hermano Ricardo de Cornualles se erige en antirrey alemán (1256-1272).

España

La corona de Castilla la ostenta Alfonso X el Sabio, a quien además se le obliga, en 1257, a aceptar la corona real alemana. En Aragón reina Jaime I el Conquistador, a quien Francia ha arrebatado sus tierras de Carcasona, situadas al otro lado de los Pirineos. En Sicilia, sobre la que los aragoneses pueden hacer valer derechos hereditarios, Carlos de Anjou amenaza con adelantarse a ambos. Por otra parte, Alfonso y Jaime están ocupados en la consolidación de sus dominios en el sur de España, obtenidos en el transcurso de la Reconquista. Durante su reinado han ido recortando las posesiones del en otro tiempo poderoso califato de Córdoba, salvo el último enclave musulmán, el emirato de Granada.

Bizancio

El Imperio latino de Constantinopla, creado en 1204 por los cruzados que se desviaron de su camino, está agonizando; cuatro Estados sucesores lo acosan por todos lados: el imperio de Trebisonda (Vatatzes), el imperio de Nicea, el principado de Acaya y el despotado de Epiro (Miguel Paleólogo). Este último se impondrá con la reconquista de Constantinopla.

También pertenecen a Occidente: los principados rusos, el reino de Georgia, el imperio de los búlgaros y el reino de Armenia. En este último caso se trata de la Pequeña Armenia, situada en la costa sudoriental de Asia Menor, encajada entre el sultanato de Iconio, de los selyúcidas, y el sultanato de Damasco, que mantiene una frágil relación con el Estado más septentrional de los cruzados, el principado de Antioquía. El rey de Armenia es Hetum I.

Tierra Santa

La *Terra Sancta*, llamada por los franceses *Outremer*, o el «reino de Jerusalén», sólo consta esencialmente de las ciudades portuarias de Yafo, Tiro, Beirut y unas cuantas fortalezas de dos órdenes de caballería que sostienen luchas encarnizadas entre sí, los templarios y los sanjuanistas. Desde 1188, Jerusalén ya no pertenece a la Tierra Santa; desde entonces la capital es San Juan de Acre. La Orden Teutónica ha trasladado su actividad hacia Prusia y el Báltico una vez muerto el emperador

Federico II. El rey nominal de Jerusalén, tras la boda de Federico II con la heredera Yolanda de Brienne, es Conrado IV, que sin embargo no llega a ocupar el trono.

De hecho, y tolerado por los Hohenstaufen, quien gobierna en Tierra Santa hasta su partida en 1254, es el rey Luis de Francia, al que sucede Enrique II de Chipre.

En los Estados cruzados del norte, Antioquía y Trípoli, reina el príncipe Bohemundo VI. Entre Trípoli y Antioquía se extiende el dominio de los «asesinos» sirios de Masyaf.

La política de *Outremer* la determinan, sin embargo, además de las Órdenes de caballería, las repúblicas marítimas italianas, enemistadas entre ellas.

EL MUNDO DEL ISLAM

El califato de Bagdad

Es tácitamente consentido como la máxima autoridad espiritual, pero no ejerce un poder importante. El califa es al-Mustasim, de la dinastía de los abásidas, que gobiernan ininterrumpidamente desde hace 37 generaciones.

Egipto

Los oficiales de los mercenarios mamelucos se han hecho con el poder, han matado al último sultán de los ayubíes y han proclamado sultán de El Cairo a uno de sus generales, Aibek.

El Magreb

Al oeste, en el Magreb, se ha establecido, en Argelia y Túnez, la familia de los hafsíes; en Marruecos gobierna el sultanato marinida de Fez, al que pertenece también el emirato de Granada, en el sur de España.

Siria

Al este, en Siria, se han mantenido en el trono los ayubíes. El sultán de Damasco es An-Nasir.

Alamut

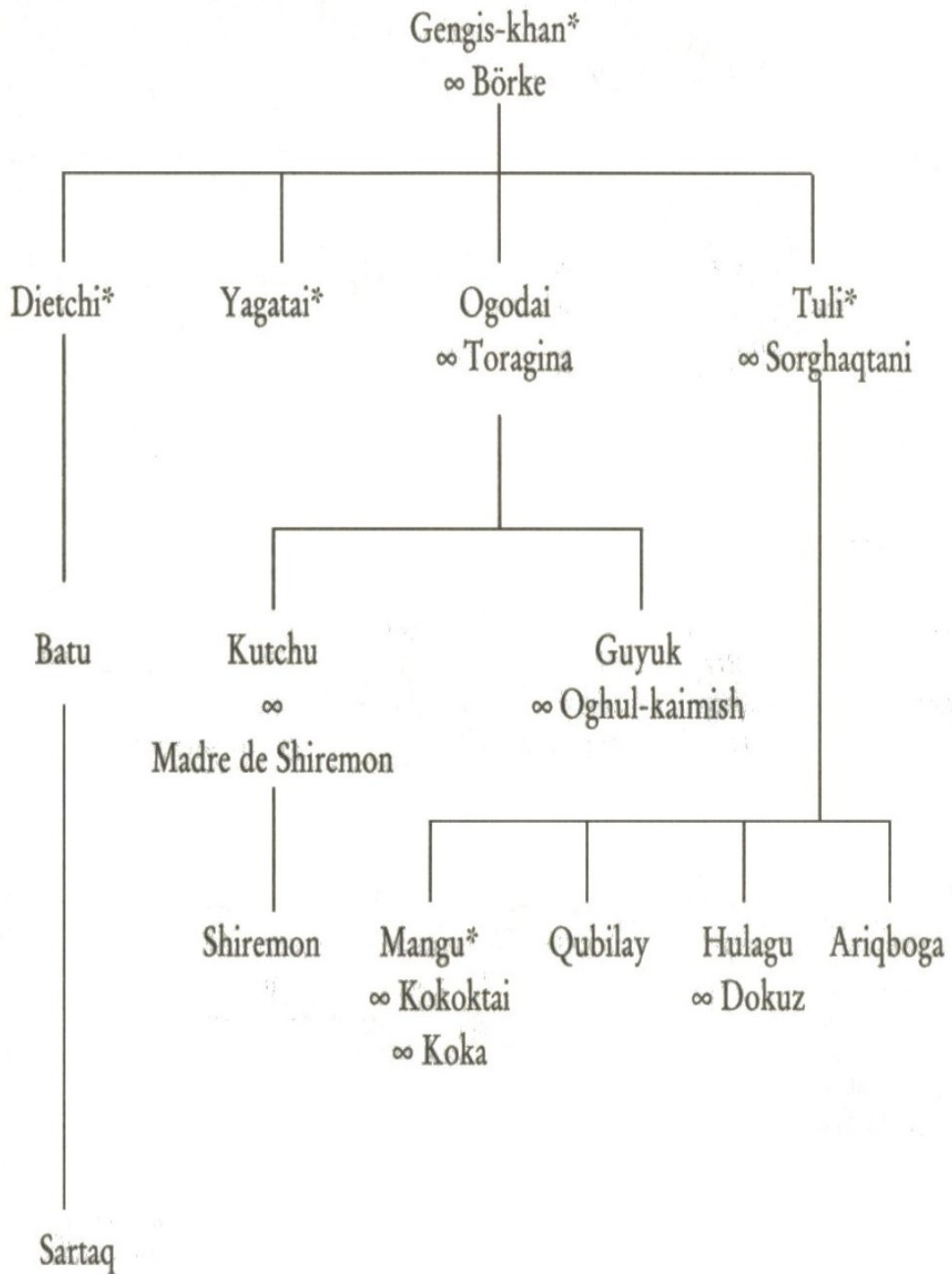
La principal zona de influencia de los «asesinos» ismaelitas se halla al sudoeste del mar Caspio. El actual *imam* y gran maestro es Muhammad III.

EL IMPERIO DE LOS MONGOLES

El núcleo principal es el khanato central, con la capital Karakorum. El imperio se extiende al norte hasta Siberia y al noroeste hasta más allá de los principados rusos. Al oeste, el khanato de Yagatai llega hasta el mar Caspio. El gran khan reina al

sudoeste sobre Persia, y al sur sobre la India, hasta el norte de China. El actual gran khan es Mangu, nieto de Gengis-khan (véase árbol genealógico en la página siguiente). Mangu cede gran parte del khanato nororiental de Qipchak, el imperio de la «Horda de Oro», a su primo Batu, y reparte las restantes zonas de influencia entre sus hermanos. Qubilay obtiene la actual China, donde más adelante será emperador. Hulagu obtiene Afganistán y Persia, creando así su propio il-khanato (sub-khanato). Su hermano menor, Ariqboga, designado sucesor suyo, permanece como gobernador en el khanato central.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LOS GENGISKHANIDAS



*Grandes khanes

+++

GLOSARIO

PRÓLOGO

- [1]*Iwan*: Cimborio con bóveda elipsoidal, común en Mesopotamia en la época de los sasánidas (siglo VI) el de Ctesifonte ha adquirido fama. <<
- [2]*Amir al-mumin* (árabe): Señor de todos los fieles. <<
- [3]*Califa el-Mustasim*: (al-Musta'sim), 1242-1258, último califa abásida (el XXXVII) de Bagdad. <<
- [4]*An-Nasir* (al-Malik an-Nasir II Salah-ad-Din): Ayubí; desde 1237 malik (rey) de Alepo; tras el asesinato del último sultán ayubí de El Cairo (1249) por los mamelucos en un ataque sorpresa, tomó Damasco y se proclamó sultán de Siria; reinó hasta la toma de la ciudad por los mongoles en 1260. <<
- [5]*Reloj*: Se ha demostrado que ya a principios del siglo XIII había en la mezquita de Damasco un reloj de agua con juego de campanillas. En 1227, Alfonso X encargó a unos maestros artesanos árabes un reloj de mercurio. Los relojes impulsados por pesas se usaban ya (según Albazen) desde finales del siglo I. <<
- [6]*Rey de los francos*: El rey Luis IX, llamado «el Santo» (1214-1270); fue rey de Francia desde 1226 hasta su muerte; casado con Margarita de Provenza; bajo este Capeto, Francia adquirió aproximadamente su territorio actual; en 1248 emprendió una gran cruzada contra Egipto (Damieta), sufrió una derrota aplastante y fue hecho prisionero; después residió en San Juan de Acre hasta 1254; murió en una segunda cruzada nada más llegar a Túnez. <<
- [7]*Bayadera*: Originariamente, bailarina hindú que danzaba en el templo; después, bailarina profesional y cantante. <<
- [8]*Clarion*: Condesa de Salento, nacida en 1226; hija ilegítima de Federico II Hohenstaufen, que en su noche de bodas (Bríndisi, 1225) dejó embarazada a la doncella de honor de su esposa Yolanda. <<
- [9]*Hurí* (árabe): Compañera de juegos. <<
- [10]*Los dos niños*: Roç, llamado en realidad Roger Ramón Bertrand, nacido hacia 1240-1241, de padres desconocidos; más tarde adoptó el apellido de «Trencavel du Haut-Ségur», que hace referencia a la extinguida línea de Parsifal. El hijo de Parsifal (vizconde de Carcasona), Roger Ramón III, murió en 1241 al intentar la reconquista de Carcasona. Yeza, Isabel Constance Ramona, nacida en torno a

1239-1240, de padres desconocidos, adoptó el nombre de «Yezabel Esclarmunde du Mont y Grial». Presumiblemente, su madre no fue la célebre Esclarmunde de la leyenda de Parsifal, sino su tocaya, la hija del alcalde de Montségur; posiblemente, su padre fue Enzio, hijo bastardo de Federico II, nacido en 1216, que murió el 1272 en la prisión de Boloña. Roç y Yeza llevan el sobrenombre de «los hijos del Grial». <<

[11] *Occitania*: El «país del oeste», o «país de Occidente», comarca situada en el sudoeste de la Francia actual que era independiente de Francia (condado de Tolosa); fundación goda. <<

[12] *Hafsíes*: Dinastía de monarcas de Túnez y Argelia oriental (1228-1574). <<

[13] *Cábala*: Ciencia mística judía, desarrollada entre los siglos IX y XIII (teoría de la migración de las almas). <<

[14] *Crean de Bourivan*: Nacido en 1201, hijo de John Turnbull, criado en el sur de Francia; tras la muerte de su esposa se convirtió al Islam y fue aceptado en la orden de los «asesinos». <<

[15] *Grial*: Gran secreto de la secta de los cátaros, sólo revelado a los iniciados; hasta la fecha sigue sin aclararse si se trata de un objeto (cáliz que recogió gotas de la sangre de Jesucristo), un tesoro o unos conocimientos ocultos (en torno a la línea dinástica de la casa real de David que, a través de Jesús de Nazaret, habría llegado al sur de Francia/Occitania). <<

[16] *La Prieuré*: Misteriosa sociedad secreta que supuestamente se había propuesto conservar la línea dinástica de la casa de David («Sangre de reyes») y que se manifestó por primera vez tras la conquista de Jerusalén en 1099; la Orden de los caballeros templarios sería su brazo secular; mantuvo un enfrentamiento enconado con el papado; en aquella época estaba dirigida por la gran maestre Marie de Saint-Clair, llamada «la *grande maîtresse*». <<

[17] *William de Roebрук* (1222-1293): Nació en el pueblo de Roebрук (también Rubruc o Roebroek), en Flandes, y fue bautizado con el nombre de Willem; estudió en París, siendo fraile franciscano, bajo el nombre de Guilelmus. Profesor de árabe del rey francés Luis IX, fue delegado por éste en 1243 para el asedio de Montségur; emprendió la acción de rescate de Iqs «hijos del Grial» y, desde entonces, acompaña al destino de ambos. En 1253, el rey lo nombra embajador y lo envía como misionero al gran khan de los mongoles, un viaje sobre el que escribirá una crónica oficial, el *Itinerarium*. <<

[18] *Hamo l'Estrange* (nacido en 1229): Hijo de la condesa de Otranto, Laurence de

Belgrave, llamada también «la abadesa». <<

[19] *Emir Baibar*: Az-Zahir Rukn ed-Din Baibar al-Bundukdari, llamado «el arquero», nació en 1211. El comandante de la guardia del palacio venció al rey Luis IX en al-Mansura, asesinó con sus propias manos al último sultán ayubí, Turan Sha, e hizo que proclamaran sultán al general de los mamelucos Izz ed-Din Aibek. Llegó a ser la eminencia gris del sultanato de El Cairo, hasta gobernar de 1260 a 1277, con el nombre de sultán Baibar I de Egipto. <<

[20] *Mamelucos*: Guardia personal de los sultanes de Egipto (esclavos turcos). <<

[21] *Ayubíes*: Dinastía fundada por el sultán Saladino (llamada así por su padre Aiyub); dominaron Siria (Damasco) y Egipto (El Cairo), de donde fueron relevados en 1249 por una revuelta palaciega de los mamelucos, mientras que la rama siria se independizó y permaneció en el trono hasta 1260. <<

[22] *Mullah supremo*: Clérigo musulmán. <<

[23] *Reyes de Jerusalén*: El reino de Jerusalén, resultado de la primera cruzada de 1099, comprendía una zona costera que llegaba hasta Gaza en el sur y Beirut en el norte, con la capital Jerusalén; estaban asociados el condado de Trípoli y el principado de Antioquía, que a su vez se extendía hasta la frontera del reino de la Pequeña Armenia, en el norte. En 1188 Saladino reconquistó Jerusalén, y San Juan de Acre se convirtió en la capital. En el siglo XIII, el reino de Jerusalén ya sólo consta de este puerto fortificado y del de Tiro. <<

[24] *Shirat Bundukdari*: Nació en 1231, hermana menor del emir Baibar; en 1248 fue a parar al harén de An-Nasir; liberada en 1250, se casó con Hamo l'Estrange, conde de Otranto. <<

[25] «*Asesinos*»: Secta secreta chiíto-ismaelita, con sede en Alamut (Persia), que en 1196 se asentó también en Siria; el nombre deriva quizá de la palabra hashashin, en alusión al consumo de drogas de sus miembros; otra teoría afirma que el nombre se deriva del antiguo sirio asai, que significa mediador, doctor, portador de conocimientos ocultos. <<

[26] *Ismaelitas*: Musulmanes extremistas, chiítas; a comienzos del Islam, tras la muerte del Profeta, hubo una escisión entre los adeptos de la chía (chiítas), que sólo querían nombrar sucesor a quien fuera pariente consanguíneo del Profeta, y los adeptos de la sunna (sunnitas), que propugnaban un califato electivo. Los abásidas que reinaban en Bagdad eran sunnitas y, por este motivo, eran considerados enemigos «a matar» por los «asesinos». <<

[27] *Templarios*: Orden de caballería reconocida desde 1120; el nombre deriva del

templo de Jerusalén, donde se establecieron algunos caballeros tras la primera cruzada (1096-1099) y la conquista de la ciudad. <<

[28]*El anciano de la montaña*: Sobrenombre del primer gran maestro de los «asesinos», el sheik Rashis ed-Din Sinan, que pasó después a los siguientes grandes maestros de la secta; convirtió la Orden secreta en una asociación de asesinos a sueldo. <<

[29]*El Gran Proyecto*: Probablemente, una idea de John Turnbull sobre el futuro de los niños Roç y Yeza, más tarde adoptada por la Prieuré. <<

LIBRO I, CAPÍTULO I EL CALIFA CANSADO

[30]*Bis'mil amir al-mumin* (árabe): «En nombre del Señor de todos los fieles.» <<

[31]*Maka al-Malawi*: Tesorero mayor de la corte del califa de Bagdad. <<

[32]*El-Din Tusi*: Nasir ed Din et-Tusi, (1201-1274), erudito árabe universal; vivió principalmente en Bagdad; indujo a Hulagu, il-khan mongol, a construir el observatorio astronómico de Megara; plasmó sus observaciones en tablas planetarias y en un catálogo de estrellas fijas. <<

[33]*Abásidas*: Dinastía de califas islámico-sunitas (749-1258); en el año 132 de la era musulmana sucedieron a los omeyas; fueron eliminados por los mongoles. <<

[34]*Amir al-mumin* (árabe): Señor de todos los fieles. <<

[35]*Imperio de los Jorezmos*: Chwarezm, Huwarizm, Hwarizm; imperio de nómadas, cuyo jefe ostentaba el título de sha. Asentado al sudeste del mar Caspio; se extendió temporalmente a toda Persia hasta adentrarse en la India; hubo cuatro dinastías de 990-1231; después, los jorezmos constituyen hordas incontroladas, a menudo también ejércitos de mercenarios, que avanzaron hasta Turquía y Egipto; célebres por la toma definitiva y la destrucción de Jerusalén en 1244. <<

[36]*Alá...* (árabe): ¡Alá los castigue! <<

[37]*Gran Da'i*: Máximo jefe de los ismaelitas; el título correspondía a un miembro de la orden de los «asesinos» e indicaba el grado máximo de su iniciación, mientras que el título de imam lo acreditaba como cabeza espiritual y como portador de la línea de sangre de los sucesores legítimos del profeta Mahoma (Alí). El imán Al'ad-Din Muhammad III reinó de 1222 a 1255 en Alamut (al sudoeste del mar Caspio). <<

- [38] *Alamut*: Emplazada en la cordillera de Jorasán, al sudoeste del mar Caspio; la más importante de las aproximadamente treinta fortalezas de los «asesinos»; cuartel general y sede del imam; controlaba la ruta de la seda, que pasaba por allí; hoy en día sólo existe como ruina de difícil acceso. <<
- [39] *Chía*: (Shia, Shi'at Ali) (árabe): «Partido»; sus adeptos, los chiítas, reconocen como imames o califas únicamente a los sucesores de Alí y de Fátima (hija del Profeta) y la tradición oral del Profeta transmitida por ellos. <<
- [40] *Alahu akbar!* (árabe): ¡Dios es grande! <<
- [41] *Madrasa*: Escuela coránica. <<
- [42] *Sunna* (árabe): Tradición, costumbre, mensaje. Transmisión de las máximas del Profeta, a las que se atienen los musulmanes sunnitas como pauta de conducta. En el siglo XIII el califato de Bagdad era sunnita. <<
- [43] *Shafi'i, hanafi, hanbalis, malakis*: Diferentes agrupaciones religiosas dentro de la sunna del Islam. <<
- [44] *Dawatdar Aibagh*: Secretario mayor de la corte del califa de Bagdad y canciller; su competencia era la política interior. <<
- [45] *Muecín*: El que desde la torre de la mezquita (minarete) convoca al pueblo para la oración. <<
- [46] *Emir Hasan Mazandari*: Gobernador de Alamut y favorito del imam reinante Muhammad III; se le considera asesino del imam. <<
- [47] *Rafiq* (árabe): Camarada. Miembro de la orden de los «asesinos» que, a diferencia del Da'i, de rango superior, sólo está parcialmente iniciado. <<
- [48] *Fida'i* (árabe): Voto, rango. Novicios de la orden de los «asesinos» que todavía no están iniciados, pero que han hecho votos. <<
- [49] *Tártaros*: Nombre de una tribu mongol (en el actual sur de Rusia); en Europa, al principio, eran designados así todos los mongoles. Tan sólo en torno a 1240-1241 fue introducido el nombre de «mongoles» por los misioneros franciscanos. <<
- [50] *La muchacha Tawaddud*: Personaje legendario de Las mil y una noches. <<
- [51] *Sheitan*: Satanás, demonio. <<
- [52] *Cimitarra*: Sable curvo árabe, con una hoja triangular que se ensancha hacia la punta. <<

- [53] *Bis'mil Alá!* (árabe): ¡En nombre de Alá! <<
- [54] *Jaiman*: Jefe de la delegación, confidente del oficial ayudante. <<
- [55] *Magreb*: De Magrab, en árabe: Occidente; designa el África septentrional islámica. <<
- [56] *Cathai*: Tribu del norte de China o sur de Mongolia, en la China actual. <<
- [57] *La cruz tolosana*: Blasón de Occitania. <<
- [58] *Soukh* (árabe): Bazar, mercado, zoco. <<
- [59] *Bil jat...* (árabe): «Entre el peligro y la necesidad extrema, el justo medio conduce a la muerte.» <<
- [60] *Alá yiyasi...* (árabe): «¡Alá castigue a los infieles!» <<
- [61] *Harun al-Rashid* (786-809): Quinto califa abásida, conocido por Las mil y una noches, amigo de Carlomagno. <<
- [62] *Muwayad ed-Din*: Gran visir (ministro de asuntos exteriores) del califa, chiíta. <<
- [63] *Hipódromo*: Pista de carreras de carros y caballos. <<
- [64] *Halca* (árabe): Círculo, anillo; en este caso, niños huérfanos de origen noble que eran educados para ingresar en la guardia personal. <<
- [65] *Kermanshah*: Ciudad del noreste de Bagdad, en el Irán actual. <<
- [66] *Damna* (occitano): Dama. <<

LIBRO I, CAPÍTULO II CUATRO PRÍNCIPES

- [67] *Altai*: Cordillera de Mongolia occidental. <<
- [68] *Gengiskhanida*: Sucesor (línea de sangre) de Gengis-khan. <<
- [69] *Tengri*: «Dios del firmamento universal y eternamente azul», divinidad suprema de los mongoles chamanistas. <<
- [70] *Arslan*: Chamán y ermitaño de los montes de Altai; era consultado por los gengiskhanidas reinantes incluso sobre cuestiones de gobierno. <<
- [71] *Mangu* (Monka, Mongke, 1208-1259): Nieto de Gengis-khan; en 1251 es elegido gran khan (*khagan*) por la asamblea mongol (*kuriltay*) como sucesor de su primo

Guyuk. <<

[72] *Ariqboga* (Arigh Bóke): Muerto en 1266, hermano menor de Mangu, quien le nombró gobernador del khanato central y lo designó sucesor suyo. <<

[73] *Qubilay* (1215-1294): Hermano de Mangu que le sigue en edad; fue enviado por éste a China; tras la muerte de Mangu, fue proclamado gran khan; emperador de China a partir de 1280. Bajo su mandato, el imperio universal mongol alcanzó su máxima expansión. <<

[74] *Hulagu* (Hülegu, 1218-1265): Enviado por Mangu a Persia; en 1260 adoptó el título de il-khan (sub-khan). <<

[75] *Sorghaqtani* (Sorkhokktani Beki): Viuda de Tuli, hijo de Gengis-khan; madre de Mangu, Qubilay, Hulagu y Ariqboga. <<

[76] *Tuli* (1190-1232): Hijo menor de Gengis-khan, regente entre 1227 y 1229. <<

[77] *Guyuk*: Nieto de Gengis-khan, hijo de Ogodai, gran khan de 1246 a 1248, casado con Ogul-kaimish. <<

[78] *Khan*: Soberano de un territorio del pueblo mongol (khanato). Su esposa lleva el título de khatun. <<

[79] *Chamán*: Sacerdote hechicero de los pueblos siberianos, que se comunica con los espíritus de la naturaleza, profetiza y sana. Las prácticas chamánicas se extienden desde Siberia por toda Eurasia hasta las tribus indias norteamericanas; en época de Gengis-khan eran profetas y magos muy estimados por los mongoles, que ponían a los hombres en comunicación con espíritus y dioses. <<

[80] *Kuriltay*: Asamblea mongol, reunión de todos los jefes de tribu (khanatos). <<

[81] *Karakorum* (Qara-Qorum): Ciudad proclamada (hacia 1220) por Gengis-khan centro del imperio mongol. <<

LIBRO I, CAPÍTULO III FRAGANCIA FLORAR Y HEDOR A PODREDUMBRE

[82] *Gran maestro*: Comandante superior de una orden militar; en Alemania se le llama «Hochmeister». <<

[83] *Alí*: Hijo de el-Din Tusi. <<

[84] *Zev Ibrahim*: Físico e ingeniero judío al servicio de los «asesinos» de Alamut. <<

- [85] *Pian del Carpine* (Giovanni dal Piano de Carpiniis, 1182-1252): Fraile franciscano, primer custodio de Sajorna, autor del *Liber Tartarorum* entre 1245 y 1247 viajó como embajador por encargo del Papa a la corte del gran khan de Mongolia; a su regreso escribió la *Ystoria Mongalorum* y fue nombrado arzobispo de Antivari. <<
- [86] *L.S.* (latín): *LOCHS sigilli*, lugar para el sello, equivale a nuestro actual «firmado». <<
- [87] *Elia de Cortona* (1185-1253): De la familia de los barones de Coppi, por lo que también era llamado *bombarone*; miembro de la Orden de los frailes mendicantes, también llamados minoritas, fundada por san Francisco de Asís; en 1223 fue ministro general de la Orden, en 1232 fue reelegido; después de su excomuni3n se retiró a Cortona; en 1242-1243 fue enviado a Constantinopla, como embajador del rey Federico; en 1244 regresó con la reliquia de la Santa Cruz. <<
- [88] *Conde Jean de Joinville* (1224/1225-1317/1319): Senescal de la Champagne desde 1244; estuvo ocasionalmente al servicio de Luis IX, a quien también acompañó en la cruzada a Egipto. <<
- [89] *Damn al ard* (árabe): La sangre de la tierra; se refiere al petróleo. <<
- [90] *El «paraíso»*: Nombre que se daba a los jardines del harén del gran maestre de los «asesinos». Según la leyenda, allí se les permitía a los novicios o también a los iniciados de la Orden, antes de emprender una acción peligrosa bajo los efectos del hachís, una mirada a las huríes o incluso una breve estancia con ellas, de tal modo que anhelaran el paraíso (la vida después de la muerte) y no temieran la muerte. <<
- [91] *Marahid* (árabe): Lugar secreto, aquí: excusado, retrete. <<
- [92] *Khurshah* (Rukn ed-Din Khwurshah, 1235-1256): Hijo de Muhammad III (1212-1255). Último imam de Alamut, 1255-1256. <<
- [93] *Trébuchet*: Catapulta clásica, con un brazo largo de lanzamiento sobre un armazón alto; trabuquete. <<
- [94] *Chorda laxans*: Cuerda elástica (presumiblemente gracias a la aplicaci3n de caucho y derivados del petróleo); representó una mejora considerable de la fuerza de lanzamiento de las máquinas de asedio. <<
- [95] *Herlin*: Sabio posiblemente de origen francés, maestro, bibliotecario, copista mayor de la corte del imam de Alamut. <<

- [96] *Apócrifo* (del latín y griego): Oculto. <<
- [97] *Blanchefort*: Nombre del feudo de Acaya que John Turnbull había dejado en herencia a su hijo Crean. <<
- [98] *Kasda*: Hija mayor de Crean, nacida en 1222. <<
- [99] *Pola*: Hija menor de Crean, nacida en Blanchefort, fruto del matrimonio de éste con Elena Champ-Litte d'Arcady; tras la muerte violenta de la madre y la persecución por la Inquisición, Crean llevó a sus dos hijas a Alamut, para ponerlas a salvo. <<
- [100] *Hijos del Grial*: En este sobrenombre de los infantes se expresa la suposición de que son portadores de la sangre real de la dinastía de David. <<
- [101] *Nom de guerre* (francés): Nombre de guerra, seudónimo, apodo. <<
- [102] *Ratio atque usus* (latín): Tanto por reflexión como por experiencia. <<
- [103] *Sufí* (árabe): Literalmente, el que lleva un vestido de lana; adepto al sufismo, doctrina islámica que eleva a la categoría de ciencia la profundización en lo espiritual (por ejemplo, mediante ascetismo o meditación). <<
- [104] *Falyusha...* (árabe): ¡Hágase la luz! <<
- [105] *Deus omnipotens* (latín): Dios todopoderoso. <<

LIBRO I, CAPÍTULO IV EL KURILTAY

- [106] *Kuriltay*: Asamblea mongol en la que se elige al nuevo gran khan. <<
- [107] *Gengis-khan* (Dshinggis-Qayan, 1167-1227): Soberano de alguno de los pueblos mongoles en torno a 1195; a partir de 1206, soberano absoluto. Casado con Bórke, que le fue arrebatada siendo ella adolescente. <<
- [108] *Yurta*: Tienda de campaña mongol que servía de vivienda y que era de tejido de mimbre revestido de fieltro; casi siempre se transportaba entera en enormes carros tirados por bueyes. <<
- [109] *Ley yasa*: Ley promulgada por Gengis-khan para los mongoles; garantizaba en todo el imperio la «pax mongolica». <<
- [110] *Andrés de Longjumeau*: Muerto en 1270, dominico, viajó a Mongolia como enviado del Papa. <<

- [111]*Nestoriano*: Discípulo del patriarca (muerto en el año 451) Néstor de Constantinopla, que en el 431 fue desterrado, por herejía, del Imperio Romano y fundó una Iglesia en Persia; doctrina dualista, rechazo del culto a María. Los nestorianos evangelizaron la India, China, África y también a los mongoles, sin reemplazar al chamanismo. <<
- [112]*A solis...* (latín): «Donde el sol inicia su recorrido hasta llegar a los límites de la tierra, alabemos, cristianos, al Príncipe nacido de la Virgen.» <<
- [113]*Shiremon*: Gengiskhanida, bisnieto de Gengis-khan; nieto del gran khan Ogodai, que le nombró sucesor, pese a que luego lo fuera Guyuk, hijo de su segundo matrimonio (con la regente Toragina-khatun). <<
- [114]*Famulis...* (latín): «Te rogamos, oh Señor, haz que tu misericordia celestial descienda sobre tus siervos.» Oración de la liturgia para celebrar la festividad de la Visitación de Nuestra Señora (2 de julio). <<
- [115]*General Kitbogha* (Kitbuqa): Jefe del ejército en tiempos de Hulagu; ejecutado en el 1260 por Baibar. <<
- [116]*Kito*: Hijo del general, fruto de su matrimonio con Irina-khatun. <<
- [117]*Dokuz-khatun* (muerta en 1265): Esposa del il-khan Hulagu, cristiana nestoriana. <<
- [118]*Benedicta et...* (latín): «Bendita y venerada seas, Virgen María. Conservando una inmaculada virginidad, te has convertido en madre del Salvador.» Gradual de la misa. <<
- [119]*Dominus...*: «El Señor esté con vosotros.» Liturgia de la santa Misa. <<
- [120]*Et cum...* (latín): «Y con tu espíritu.» <<
- [121]*Ite missa est* (latín): «Podéis ir en paz; la misa ha terminado.» Anuncio de despedida en la misa. <<
- [122]*Batu* (Batu-khan, nacido en 1207): Gengiskhanida, nieto de Gengis-khan, segundo hijo mayor de Doechi (Yuyi); soberano del khanato de Qipchak (1229-1255), y fundador del imperio independiente de la «Horda de Oro». <<
- [123]*Qipchak* (Qyptshaq): Khanato llamado en Occidente la «Horda de Oro», situado al norte del mar Caspio, entre el Danubio y el Volga. <<
- [124]*Ogul-kaimish* (Oghul Qaimach-Ghaimysh): Viuda de Guyuk; regente del imperio de 1248 a 1251. <<

- [125] *Doechi* (Dshotchi-Yuyi): Hijo mayor de Gengis-khan (1180-1227); presumiblemente, hijo bastardo de Bórke, esposa de Gengis-khan. <<
- [126] *Ogodai*: hijo tercero y sucesor de Gengis-khan (1186-1241); gran khan desde 1229. Su elección fue posible porque se dudaba de que el hijo mayor, Doechi, hubiera nacido dentro del matrimonio y porque el segundo hijo, Yagatai (Dshagadai), fue muerto por los «asesinos». <<
- [127] *Bulgai*: Su verdadero nombre era Shigi Khutukhu; juez supremo de la corte, jefe de los servicios secretos del gran khan. <<
- [128] *Timuyin* (Temudchin): El «forjador», sobrenombre de Gengis-khan. <<
- [129] *Kokoktai-khatun* (Kotoktai): Cristiana nestoriana, «primera esposa» de Mangu. <<
- [130] *Irina*: Cristiana nestoriana, esposa del general Kitbogha. <<
- [131] *Ecclesia catolica* (latín): La Iglesia universal. <<
- [132] *Ata el-Mulk Dshuveni*: Musulmán sunnita, tesorero mayor de la corte de Hulagu. <<
- [133] *Alleluia...* (latín): «Aleluya, María ha subido a los cielos: El coro de ángeles se alegra. ¡Aleluya!» <<
- [134] *Papa Inocencio IV*: Asume el poder desde el 24 de junio del 1243 hasta el 7 de diciembre del 1254; sucesor de Celestino IV, que en otoño de 1241 sólo gobernó 26 días antes de ser apartado de su cargo; combatió al emperador Federico II de Hohenstaufen y, tras la muerte de éste (1250), al hijo y sucesor Conrado IV y además, en el sur de Italia, al bastardo Manfredo. Se esforzó por encontrar para el reino de Sicilia, que él consideraba un feudo papal, unos soberanos que estuvieran dispuestos a expulsar de allí a los Hohenstaufen. A cambio de remuneración cedió los derechos alternativamente a la casa real inglesa y a Carlos de Anjou, hermano menor del rey francés Luis, quien más tarde, en el 1266, venció y mató a Manfredo en la batalla de Benevento y, en el 1268, mandó decapitar en Nápoles al hijo de Conrado, Conradino. <<
- [135] *Paladín*: Fiel compañero de armas. <<
- [136] *Omnipotens...* (latín): «Dios todopoderoso y eterno, que habitas en el corazón de la bienaventurada Virgen María.» <<
- [137] *Alleluia...*: «Aleluya, aleluya. Ave, María, madre de la esperanza y de la misericordia. Aleluya.» <<

[138] *Sartaq* (Sartaj): Hijo de Batu y sucesor (sólo por un año) de éste; 1256-1257: khan de la «Horda de Oro». <<

[139] *Alejandro Nevski* (Niewskii, Alexander Jaroslavich, 1220-1263): Gran Príncipe ruso de Novgorod y Kiev; se sometió a los mongoles, que en 1240 tomaron Kiev. En 1242 venció a la Orden Teutónica en la batalla de Peipus, impidiendo de este modo la propagación de la fe católica en Rusia. <<

[140] *Misere...* (latín): «Señor, apiádate de mí, que estoy asustado. El dolor humedece mis ojos, mi alma y mi cuerpo.» <<

[141] *Ave Maria...* (latín): «Ave, María, líbranos, bondadosa. Ave, oh vástago, expulsa la vanidad. Ave, oh Majestuosa, Rosa entre las espinas. Ave, égida de las Virtudes, Reina.» <<

LIBRO I, CAPÍTULO V MAPPA TERRAE MONGALORUM

[142] *Mappa...* (latín): Mapa del territorio de los mongoles. <<

[143] *Festividad de san Francisco de Asís*: 4 de octubre. <<

[144] *Soldados de la llave*: Pertenecientes al ejército papal; así llamados por el escudo de armas del Estado vaticano, que lleva unas llaves cruzadas. <<

[145] *Reinaldo di Jenna*: Arzobispo cardenal de Ostia, nieto de Gregorio IX, conde de Segni; el 27 de diciembre del 1254 fue elegido sucesor de Inocencio IV y adoptó el nombre de Alejandro IV; muerto el 25 de mayo del 1261. <<

[146] *Papabile* (italiano): Susceptible de ser elegido Papa. <<

[147] *Conti di Segni*: Familia noble de la zona del monte Albano, en Frascati, al sur de Roma. <<

[148] *Tomasso da Celano* (1190-1255): Minorita; Gregorio IX le encargó la redacción de una biografía oficial de san Francisco. <<

[149] *Gibelino*: Partidario de los Hohenstaufen. <<

[150] *Bombarone* (italiano): «El buen barón», sobrenombre de Elias de Cortona. <<

[151] *Regula* (latín): Regla. Aquí: regla de la Orden. <<

[152] *Ufficium...* (latín): Oficina para el estudio de los mongoles. <<

[153] *Bartolomeo de Cremona*: Trabajó para el servicio secreto de la curia;

acompañante oficial de William de Roebrok, de 1253 a 1255, en su misión ante el gran khan de los mongoles, aunque se supone que fue sustituido por su cofrade Lorenzo de Orta. <<

[154] *Ystoria Mongalorum*: Historia de los mongoles. <<

[155] *Lorenzo de Orta* (nacido en 1222): Franciscano; en 1245 fue enviado por el Papa a Antioquía para mediar en la controversia eclesiástica (greco-ortodoxa frente a romano-católica). <<

[156] *Urbs* (latín): Ciudad; aquí: Roma. <<

[157] *Cardenal gris*: Misteriosa función dentro de la curia en la Edad Media, inspector general de la Inquisición y jefe del servicio secreto con residencia en el castillo de Sant'Ángelo; cuando la curia era expulsada de Roma, residía en el Castel d'Ostia, en la desembocadura del Tíber, que le servía entonces de cuartel general. <<

[158] *Capoccio* (nacido en 1181): Rainiero de C., miembro de la orden cisterciense. <<

[159] *Praefectus...* (latín): Prefecto, jefe de negociado. <<

[160] *sine glossa* (latín): «Sin comentarios restrictivos»; designación del auténtico «Testamento» de san Francisco de Asís. <<

[161] *Brancaleone degli Andalo*: Gibelino, conde de Casalecchio, líder de un movimiento popular que expulsó de Roma al Papa y a la nobleza; senador, entre 1252 y 1258 instauró una República. <<

[162] *Cenni di Pepo*: Llamado Cimabue, nació en 1240, pintor florentino de estilo bizantino tardío; por recomendación de Tomasso da Celano, el Papa le encargó pintar los frescos de la iglesia de San Francisco de Asís (Virgen con san Francisco); se le considera el artista iniciador de la transición al Renacimiento. <<

[163] *In Festo Omnium Sanctorum*: En la festividad de Todos los Santos. <<

[164] *Mare Caspium* (latín): Mar Caspio. <<

[165] *Oliver de Termes* (nacido en 1198): Apoyó al último Trencavel antes de pasarse al bando de Francia. <<

[166] *Guillem de Gisors* (nacido en 1219): Caballero templario, sucesor de la gran maestre de la Prieuré en funciones. <<

[167] *Gavin Montbard de Béthune* (nacido en 1191): Cuando aún era un joven caballero, fue designado por los dirigentes de la cruzada contra el Grial, para que ofreciera escolta a Trencavel (Parsifal); la promesa fue rota. <<

- [168] *Grande maîtresse*: Marie de Saint-Clair, gran maestre de la Prieuré. <<
- [169] *Lo abs...* (italiano): «Le daré la absolución». <<
- [170] *Rey Conrado* (nacido el 25 de abril del 1228, muerto el 20 de mayo del 1254): Hijo y sucesor de Federico II; en 1246 se casó con Isabel de Baviera; del matrimonio nació Conrado V, llamado Conradino, el último de los Hohenstaufen. <<
- [171] *Rey Manfredo* (nacido en 1232): Hijo bastardo de Federico II; en 1250 fue nombrado gobernador de Sicilia por Conrado IV; a la muerte de éste se proclamó rey, sin tener en cuenta el orden de sucesión. <<
- [172] *Berthold von Hohenburg*: Senescal del sur de Italia bajo Conrado IV, comandante en jefe del ejército alemán enviado a Italia. <<
- [173] *Capeto*: Miembro de la casa real francesa, los Capetos. <<
- [174] *Ecclesia...* (latín): Iglesia universal. <<
- [175] *Ecclesia romana* (latín): Iglesia universal romana. <<
- [176] *Mare Nostrum* (latín): Nombre que recibe el Mediterráneo. <<
- [177] *Quod licet...* (latín): «Lo que a Júpiter le está permitido, de ningún modo le está permitido al buey.» <<
- [178] *Carlos de Anjou*: Hermano menor del rey francés Luis IX; desde 1246, conde de Anjou. <<
- [179] *De jure* (latín): Conforme a la ley. <<
- [180] *Advocatus diaboli* (latín): Abogado del diablo (en los procesos de canonización y los procedimientos de cismas eclesiásticos) papel del examinador crítico. <<
- [181] *Juan de Prócida* (nacido en 1210): Médico con cátedra en su ciudad natal, Salerno; en los últimos años de vida del emperador Federico fue su médico de cámara; permaneció al servicio de los Hohenstaufen; Manfredo lo nombró canciller imperial. <<
- [182] *Festividad de los Santos Inocentes*: 28 de diciembre. <<
- [183] *Imitator...* (latín): Imitador intelectual. <<
- [184] *Rinaldus...* (latín equivocado): «Reinaldo hizo el encargo a unos frailes económicamente necesitados; quien lo pintó fue Cimabue.» <<

[185] *Dictum* (latín): Sentencia. <<

LIBRO I, CAPÍTULO VI EL POZO DE ISKANDAR

[186] *Qubbat al musawa* (árabe): «Cúpula de la Compensación». <<

[187] *Stabilitas...* (latín): «La estabilidad y la flexibilidad mantienen a la Rosa en flor, le dan firmeza y la dejan respirar.» <<

[188] *O.F.M.*: Ordo Fratrum Minorum (latín), Orden de los frailes menores (franciscanos). <<

[189] *Magharat al ouahi* (árabe): «Gruta de las Revelaciones.» <<

[190] *Al-Kindi* (nacido en torno al 800): Uno de los padres de la astrología árabe. <<

[191] *Alcabitius*: Muerto en Zaragoza en el año 967; su libro más famoso es la Introducción al arte de la astrología. <<

[192] *Abu'l Wefa* (940-998): Matemático y astrónomo árabe del norte de Persia; en el 970 impartió clases en el observatorio astronómico de Bagdad; perfeccionó la trigonometría mediante la introducción del seno y de la tangente. <<

[193] *Alfard*: Estrella fija, muy luminosa, de Hydra en el signo de Leo, de la regencia de Saturno y Venus. <<

[194] *Bellatrix*: Estrella fija de Orión en el signo de Géminis, de la regencia de Marte y Mercurio. <<

[195] *Alnilam*: Estrella luminosa de Orión en el signo de Géminis, de la regencia de Júpiter y Saturno. <<

[196] *Alferat*: Estrella fija, muy luminosa, de Andrómeda en el signo de Aries, de la regencia de Júpiter y Venus. <<

[197] *Ternero*: Designación para Régulo, estrella fija muy luminosa en la representación y el signo de Leo, de la regencia de Júpiter y Venus. <<

[198] *Omar*: Fida'i «asesino» del pueblo de Iskander, en la montaña de Jorasán. <<

[199] *Tria...* (griego): Equivale al dicho: «se armó la de San Quintín.» <<

[200] *Yibn tasa* (árabe): Queso fresco de cabra. <<

[201] *Jubs* (árabe): Tortita de pan. <<

- [202] *Tin nashif* (árabe): Higos. <<
- [203] *Yibn mujammar* (árabe): Queso curado. <<
- [204] *Al yibn* (árabe): El queso. <<
- [205] *Habitat-al-oula-as-sabiqa* (árabe): La favorita de cierta edad. <<
- [206] *Al mujtara* (árabe): La que escoge. <<
- [207] *Chilaba* (árabe): Vestimenta del país. <<
- [208] *Heyab* (árabe): Velo de mujer. <<
- [209] *Mala femina* (italiano): Mala mujer. <<
- [210] *Alhamdulillah* (árabe): ¡Gracias a Alá! <<

LIBRO I, CAPÍTULO VII EL UMBRAL DE BULGAI

- [211] *Emir Belkasim Mazandari*: Primo de Hasan Mazandari. <<
- [212] *Sempad*: Hermano del rey Hetum I de la Pequeña Armenia; condestable del reino. <<

LIBRO I, CAPÍTULO VIII LA LUNA DE PLATA DE ALAMUT

- [213] *Miraculum mobilis* (latín): El milagro del movimiento. <<
- [214] *Ruota della fortuna* (italiano): La rueda de la fortuna. <<
- [215] *Sol* (latín): El sol. <<
- [216] *Hécate*: Nombre de la luna nueva; diosa oscura rodeada de sus canes. <<
- [217] *Lilith*: Luna invisible, cara de la luna invisible desde la Tierra. <<
- [218] *Sol invictus* (latín): El sol invencible, divinidad tardorromana. <<
- [219] *Istar*: Diosa babilónica, primitiva madre de Venus. <<
- [220] *Trismegisto* (del griego): «El tres veces mayor», sobrenombre de Hermes. <<
- [221] *Mujairra* (árabe): (la que es) Difícil de contentar. <<
- [222] *Mujtarrat* (árabe): (los) Elegidos. <<

LIBRO I, CAPÍTULO IX UN DIGNO MISIONERO

- [223] *Festividad de los santos Cleto y Marcelino*: 28 de abril: san Cleto fue sucesor de san Pedro del 76 al 89; san Marcelino fue Papa del 296 al 304, murió mártir, por decapitación. <<
- [224] *Vito di Viterbo*: Nacido en el 1208, hijo bastardo del cardenal gris Rainiero di Capoccio; estuvo al servicio de la curia como esbirro acosador de los «hijos del Grial» (Roç y Yeza); en el 1247 sobrevivió al atentado de los «asesinos» en Constantinopla, pero quedó paralítico; diácono general de los cistercienses; en el 1251 se suicidó en Masyaf, la fortaleza siria de los «asesinos». <<
- [225] *San Pedro*: Basílica de San Pedro en Roma. <<
- [226] *San Juan*: Basílica de Roma. <<
- [227] *Pax et bonum* (latín): «Paz y felicidad»; fórmula de cortesía de los franciscanos. <<
- [228] *Terra Sancta* (latín): Tierra Santa. <<
- [229] *Virga...* (latín): «La vara de Jesús es la Virgen, Madre de Dios; la flor es su hijo y su padre, ¡oh! A esta flor, engendrada de manera extraordinaria, le cantan los coros de los Santos en su debida forma: Loor, loor, loor y alabanza; que el Señor de los Cielos tenga eternamente fuerza y poder.» <<

LIBRO I, CAPÍTULO X EL TEMPORAL ARRECIA

- [230] *Âin al hasud* (árabe): Mal de ojo. <<
- [231] *Assalamu...* (árabe): «Te damos la bienvenida. Dios te proteja.» <<
- [232] *Inch'alá...* (árabe): «¡Quiéralo Dios!» Es una advertencia. <<
- [233] *Hadha...* (árabe): «Es una advertencia.» <<
- [234] *At-tarhib* (árabe): Bienvenida. <<
- [235] *Quaât al musawa* (árabe): «Bóveda de la compensación». <<
- [236] *Fatirit...* (árabe): Empanada de carne de caza. <<
- [237] *Thamar* (árabe): Fruta. <<

[238] *Rus binni* (árabe): Arroz integral. <<

[239] *Pax mongolica* (latín): Pacificación del imperio de los mongoles gracias a las leyes dictadas por Gengis khan. <<

LIBRO I, CAPÍTULO XI LA TORRE DE PRÓCIDA

[240] *Festividad de san Agustín*: 28 de mayo; san Agustín, abad de un monasterio benedictino, evangelizó a los anglosajones; murió en el 604. Gosset: Sacerdote enviado por el rey Luis que supuestamente acompañó a los minoritas William de Roebruk y Bartolomeo de Cremona en su visita al gran khan, pero que presumiblemente fue sustituido por Crean de Bourivan. <<

[241] *Nuestra Señora de Quéribus*: Nave consagrada a la Madre de Dios; Quéribus era la última fortaleza de los cátaros en el sudoeste de Francia, junto a Perpiñán; finalmente, en el 1255, debido a la traición de Oliver de Termes, la fortaleza cayó en manos de los franceses. En Quéribus tenía el poder Xacbert de Barberá, condestable al servicio del rey Jaime I de Aragón. <<

[242] *Xacbert de Barberá* (1185-1275): Emparentado con los Trencavel y con los condes de Foix; cátaro excomulgado por el Papa; tras una resistencia desesperada contra la ocupación de su patria por Francia, entró al servicio del rey Jaime I de Aragón como general del ejército y corsario. <<

[243] *Don Jaime*: Jaime I el Conquistador, rey de Aragón (1213-1276), nacido en el 1208; en la Reconquista (lucha de la población cristiana contra el poder árabe) conquistó las Baleares y los emiratos de Valencia y Murcia. <<

[244] *Unio...* (latín): Unificación del reino de Sicilia con el Imperio Germánico. <<

[245] *Donjon*: Torre principal de una fortaleza (normanda). <<

LIBRO II, CAPÍTULO I EL MERCADER DE SAMARCANDA

[246] *Samarcanda*: Una de las ciudades más antiguas del Asia central; aparece mencionada por vez primera en el año 329 a.C. <<

[247] *Bujara*: Capital histórica de Uzbekistán. <<

[248] *Jaiman*: Espía al servicio del *dawatdar* de Bagdad. <<

[249] *Maluf*: Rico mercader de Samarcanda. <<

- [250] *Amir* (árabe): Orden, mandato. <<
- [51] *Bagdad*: Capital del imperio abásida y sede del califato. 762-1258. <<
- [252] *Amin al jisana* (árabe): Título del tesorero. <<
- [253] *Hakim...* (árabe): Soberano del oeste. <<
- [254] *Marahid* (árabe): «Lugar secreto»; retrete. <<
- [255] *Al malik...* (árabe): La pareja real. <<
- [256] *Salat...* (árabe): Oración de mediodía. <<
- [257] *Acre*: En francés, Saint Jean d'Acre; San Juan de Acre. Ciudad portuaria del norte de Haifa; desde 1191, capital del reino de Jerusalén hasta su caída en 1291 como último baluarte cristiano. <<
- [258] *Âin al hasud* (árabe): Mal de ojo. <<
- [259] *Shiroval* (árabe): Pañuelos que se atan a la cintura. <<
- [260] *Alham...* (árabe): «¡Gracias a Alá!» <<
- [261] *Sadiq* (árabe): Amigo que es capaz de jugarse la vida por nosotros. <<
- [262] *Jamara* (árabe): Taberna. <<
- [263] *Âarai...* (árabe): Un cojo con mal de ojo. <<
- [264] *Masyaf*: Principal fortaleza de los «asesinos» sirios entre Trípoli y Antioquía, en la montaña de Noa-siri. <<
- [265] *Dhal âin...* (árabe): ¡Ése tiene mal de ojo! <<
- [266] *Principessa* (italiano): Princesa. <<
- [267] *Armenia*: La hoy ya inexistente Pequeña Armenia, con Sis como capital; estaba situada al sudeste de Turquía y limitaba con Siria y el principado de Antioquía. La Gran Armenia, cuyos restos aún siguen existiendo, estaba situada al sur del Cáucaso, entre Persia y Georgia, pero fue ocupada en el siglo XIII, primero por pueblos turcos, y luego por los mongoles. <<
- [268] *Kumis*: Bebida nacional mongola; leche de yegua fermentada; en el Próximo Oriente se prepara con leche de camella (qumys), a menudo mezclada con sangre; extremadamente nutritiva y embriagadora. <<
- [269] *Alá...* (árabe): «¡Que Alá se apiade de sus almas, sean buenas o malas!» <<

LIBRO II, CAPÍTULO II MENDIGOS EN PALACIO

- [270] *Festividad de san José*: 19 de marzo. <<
- [271] *Conrado V* (nacido en 1253): Hijo de Conrado IV e Isabel de Baviera; llamado Conradino, decapitado en Nápoles en el 1268. <<
- [272] *Nicola della Porta*: Nacido en el 1205 en Constantinopla, hijo de Guido II, obispo de Asís; tras la muerte de su padre fue nombrado obispo de Spoleto, y en el 1235 fue destinado al Imperio Latino. <<
- [273] *Respiciendum finem* (latín): Teniendo en cuenta el final. <<
- [274] *Benedicto de Polonia*: Fraile franciscano de Wroclaw; intérprete y acompañante de Pian del Carpine en su viaje al gran khan de los mongoles; a su regreso a Constantinopla fue «sustituido» por William de Roebuk y murió a manos de los «asesinos». <<
- [275] *Filipo*: Criado de Hamo de Otranto. <<
- [276] *Angeloi*: Familia imperial bizantina. <<
- [277] *Asseyez...* (francés): ¡Sentaos, hermanos míos! <<
- [278] *Taxiarcos* (del griego): Coronel; aquí aparece utilizado como nombre propio. <<
- [279] *Pez de huevo*: Tortilla. Se sirve doblada, con unas gotas de limón. <<
- [280] *Octopi*: Calamares. <<
- [281] *Centro del mundo*: Nombre del Salón de la Estrategia en el palacio, cuyo suelo representaba la región mediterránea. <<
- [282] *Lestai* (griego): Ladrones, salteadores. <<
- [283] *Basileus, basilea* (griego): Rey, reina. <<
- [284] *Mare Nostrum* (latín): Nombre que recibe el Mediterráneo. <<

LIBRO II, CAPÍTULO III LA CAPA DEL CHAMÁN

- [285] *Ongoods*: Espíritus bondadosos (ancestrales) de los mongoles. <<
- [286] *Ada*: Espíritus malvados de los mongoles. <<

[287] *Balaneion* (griego): Baños públicos, balneario. <<

[288] *Timuyin, Er-e boyda*: «Gran forjador, santo varonil y dominante», nombre dado a Gengis-khan. <<

[289] *Alá...* (árabe): «¡Alá nos asista!» <<

LIBRO II, CAPÍTULO IV LA CÁMARA DE TESOROS DEL OBISPO

[290] *Festividad de san Isidoro*: 4 de abril; doctor de la Iglesia, nacido en Cartagena en el 506. <<

[291] *Vedutas*: Frescos pintados con representaciones arquitectónicas y paisajísticas de efecto realista. <<

[292] *Trompe-l'oeil* (francés): Literalmente, engaño para los ojos; ilusión óptica, trampantojo; arquitectura simulada. <<

[293] *Nec spe nec metu* (latín): Sin esperanza ni miedo. <<

LIBRO II, CAPÍTULO V CUENTO PARA UN CAMPAMENTO DE VERANO

[294] *As-sinna* (árabe): Fornicar. <<

[295] *Alhamd...* (árabe): Gracias a Dios. <<

[296] *Orda*: Muchacha mongola. <<

[297] *Maestro Guillaume Buchier*: Platero y orfebre artístico de París. <<

[298] *Yves el Bretón*: Nacido en 1224, exsacerdote y matón al servicio del rey Luis. <<

[299] *Magnifique* (francés): Magnífico. <<

[300] *Prince...* (francés): Príncipe Rog, mi querido Trencavel. <<

[301] *Esprit...* (francés): Espíritu como el vuestro. <<

[302] *Mon prince...* (francés): Mi príncipe. <<

LIBRO II, CAPÍTULO VI TRAFICANTES DE ESCLAVOS Y PIRATAS

[303] *Mustafá ibn-Daumar*: Mercader de Beirut, nombre adoptado por Crean de

Bourivan para su misión diplomática como embajador de los «asesinos» en Occidente. <<

[304]*Villard de Honnecourt*: Arquitecto francés del siglo XIII, conocido por su libro sobre las asociaciones de canteros medievales (Carnet de Croquis), con referencias a la nueva técnica constructiva de las catedrales góticas; también se hizo célebre por sus aparatos e instalaciones técnicas (bocetos para un aserradero con rueda hidráulica, presumiblemente no construido, y para un aparato de movimiento perpetuo). Basada en sus proyectos se instaló la primera esclusa en un canal de Holanda. <<

[305]*Isabel de Hungría*: Hija del rey Andrés II de Hungría; esposa del margrave de Turingia, Luis IV. <<

[306]*Falerno*: Vino tinto de la Campania. <<

[307]*Assalam...* (árabe): Fórmula de saludo. <<

[308]*Ajedrez naval*: Procedente de China, en la Edad Media este juego no tenía los colores blanco y negro, sino rojo y verde. <<

[309]*Festividad de san León* : 11 de abril; fue Papa (nació en el año 400); salvó a Roma de las hordas de Atila (452) y de los vándalos (455). <<

[310]*Reinado de la paz*: A lo largo de la Edad Media, especialmente en tiempos de las cruzadas, surge el deseo vehemente de que en algún momento aparezca un príncipe de la paz; la mayor parte de las leyendas lo llaman «arcipreste Juan». Durante algún tiempo, se esperó que llegara de Abisinia; luego, por un breve espacio de tiempo, las esperanzas se orientaron hacia el nuevo emperador mongol Gengis-khan. También Federico II fue contemplado como príncipe de la paz. <<

[311]*Al-lâna* (árabe): Maldito. <<

[312]*Mon cher* (francés): Querido mío. <<

[313]*Festividad de san Juan*: 24 de junio. <<

[314]*Trebisonda*: Ciudad situada en la costa sur del mar Negro; actualmente: Trabzon, en Turquía. <<

[315]*Timdal*: Intérprete mongol, también llamado «homo Dei» por William de Roebruk. <<

LIBRO II, CAPÍTULO VII LA CITA

- [316] *Clámide*: Túnica blanca de los caballeros templarios, con el distintivo de una cruz roja, que cubría la armadura. <<
- [317] *Adieu...* (francés): Adiós, mi caballero de los buenos modales. <<
- [318] *Alfombra*: Ejecución de la pena de muerte para los miembros de la dinastía mongol. Como no podían ser tocados por la mano de un mortal, se extendía sobre ellos una alfombra y todo el ejército pasaba al galope por encima. <<
- [319] *Al uafa...* (árabe): Fidelidad hasta la muerte. <<

LIBRO II, CAPÍTULO VIII VIA TRIUMPHALIS

- [320] *Festividad de san Sixto*: 6 de agosto. <<
- [321] *Yam*: Aparte de los funcionarios de las respectivas sedes de los khanes, había repartidas por todo el imperio mongol estaciones a cuyo mando estaba el *yam*. Éstos eran responsables del perfecto funcionamiento del servicio de correos y de hacer llegar a su destino a los viajeros diplomáticos, es decir, una mezcla entre jefes de estación de correos y gobernadores provinciales. <<
- [322] *Veni...* (latín): Ven, espíritu creador; antiguo himno de los cruzados. <<
- [323] *Provincial*: El que está al mando de la provincia de una Orden. <<
- [324] *Alfiere*: Portaestandarte papal, título honorífico concedido a los nobles por sus servicios prestados a la Iglesia. <<
- [325] *Fiesta de las Cadenas de san Pedro*: Festividad eclesiástica, 1 de agosto. <<
- [326] *Asunción de la Virgen*: 15 de agosto. <<
- [327] *Salve Regina* (latín): «Salve, Reina de los cielos»; cántico de iglesia. <<
- [328] *Alma...* (latín): «Venerable madre del Redentor, a quien el Padre envió desde los cielos para la salvación de los pueblos.» <<
- [329] *Homo Dei*: Hombre de Dios; sobrenombre de Timdal. <<
- [330] *Hungría, Bulgaria*: Gran Hungría y Gran Bulgaria, cuyas tierras primitivas se hallaban mucho más al nordeste que los actuales territorios, concretamente junto al Volga. Existía un reino de Hungría que, siendo considerablemente más amplio que en la actualidad, se extendía por el sudoeste hasta la costa adriática croata, y por el norte hasta el reino de Polonia. El rey de Hungría era señor feudal del

emperador alemán. <<

[331]*Audi...* (latín): «Escúchanos, oh Madre bondadosa, a los que rogamos por nuestros pecados, y líbranos del mal.» <<

[332]*Puerta de Hierro*: Desfiladero legendario situado entre la cordillera del Cáucaso y la orilla occidental del mar Caspio, a la altura de la actual ciudad de Derbent; protegía a Persia y Bagdad de las incursiones de los pueblos nómadas procedentes del norte. <<

[333]*Festividad de la Exaltación de la Santa Cruz*: 15 de septiembre. <<

[334]*Canes Domini* (latín): Perros del Señor; apodo de los miembros de la orden de los dominicos, alusión a su actividad inquisitorial. <<

[335]*Kinchak*: Ciudad ya inexistente, situada al este del río Sir-Daria, en las cercanías de Frunze y al sur del lago Balyash. <<

[336]*Caialic* (Kailac): Situada en el país de órganum, al nordeste de la actual Alma-Ata, al sur del lago Balyash; actualmente no existe. <<

[337]*Om mani*: «Tú lo sabes.» Fórmula de rezo que todavía se usa hoy en el budismo. <<

[338]*Credo in unum Deum* (latín): «Creo en un solo Dios.» Profesión de fe. <<

[339]*In Circumásione Domini* (latín): En la festividad de la Circuncisión del Señor, 1 de enero. <<

[340]*En víspera de la Epifanía*: La víspera del día de Reyes, 5 de enero. <<

[341]*Ave Regina...* (latín): «Ave, Reina de los cielos»; cántico mariano. <<

[342]*Sergio*: Monje armenio que estaba evangelizando a los mongoles en la época del viaje de William de Roebruk. <<

LIBRO II, CAPÍTULO IX EL CUADERNO DE BITÁCORA DE TAXIARCOS

[343]*Contessa d'Otranto* (italiano): Condesa de Otranto; Hamo bautizó el buque almirante con el nombre de su madre, Laurence de Belgrave, condesa de Otranto. <<

[344]*Ayas*: Ciudad portuaria de la Pequeña Armenia situada en el golfo de Iskanderun, al sur de la antigua capital Sis, la actual Kozan; actualmente puerto petrolero. <<

- [345] *Abdal el hafsí*: Negrero del Magreb. <<
- [346] *Mahdia*: Antigua capital del emirato de Túnez, situada en la costa sur. <<
- [347] *Sículo*: Siciliano. <<
- [348] *Kairuán*: La gran mezquita de Kairuán era, hasta que fue secularizada por el poder colonial francés, un santuario del Islam magrebí, al que no tenían acceso los cristianos. Lugar en el que se conservan tres pelos de la barba del profeta Mahoma. <<
- [349] *Angevinos*: Al principio, partidarios de Carlos de Anjou; luego, miembros de la dinastía fundada por él. <<
- [350] *Tingis*: Ciudad de fundación goda situada enfrente de Gibraltar; la actual Tánger. <<
- [351] *Yabal Tarik* (árabe): Monte Tarik, Gibraltar <<
- [352] *Ceuta*: Ciudad portuaria y comercial española en el norte del actual Marruecos. <<
- [353] *Almorávides*: Súbditos del califato chiíta que a mediados del siglo XII gobernó en el Magreb occidental y en el sur de España hasta el 1250 aproximadamente; fueron relevados por los hafsíes. <<
- [354] *Océano del Atlas*: Así llamado por la montaña de Marruecos (Gran Atlas); de ahí derivó el nombre de Atlántico. <<
- [355] *Tremecén*: Ciudad y templo junto a la costa mauritana, en la frontera occidental de la actual Argelia. <<
- [356] *Daus*: Buques de vela egipcios con velas latinas fuertemente reforzadas. <<
- [357] *Orán*: Ciudad portuaria de Argelia. <<
- [358] *Fuego griego*: Mezcla inventada por Kallinikos de Bizancio que, envasada en tarros bien cerrados, era arrojada por medio de catapultas y ardía incluso en el agua; se compone de azufre, sal gema, resina, petróleo, asfalto y cal calcinada. En el 672 fue utilizada con éxito por los bizantinos para defender Constantinopla de los árabes. <<
- [359] *Aragón*: Reino del noreste de España; antigua capital: Jaca, en los Pirineos; luego, Zaragoza; en el siglo XII se le agrega el condado de Cataluña, con Barcelona. <<

- [360] *Ascalón*: La ciudad portuaria más meridional del reino cristiano de Jerusalén; cayó una y otra vez en manos de los egipcios. A mediados del siglo XIII se halla en poder de los mamelucos. <<
- [361] *Enrique de Malta*: Enrico Pescatore, almirante de Federico II; esposo de Laurence de Belgrave, que heredó de él el castillo y el título de Otranto. Se le consideraba el padre de Hamo l'Estrange; sin embargo, por una confesión que la condesa hizo a William de Roebuck, se sabe que ésta, poco antes de casarse, quedó embarazada en la prisión de Constantinopla de un joven príncipe mongol, antes de que éste fuera ejecutado por espía. <<
- [362] *Sirte*: Golfo de Libia. <<
- [363] *Aleandría*: Ciudad portuaria egipcia situada en el delta occidental del Nilo, fundada por Alejandro Magno en el 331 a.C.; estuvo en posesión de una de las siete maravillas del mundo: el faro de Alejandría, de 400 pies de altura. En época de Tolomeo, la ciudad era famosa por su biblioteca, centro artístico y científico del mundo. <<
- [364] *Tolomeo, Claudio*: Famoso astrónomo, matemático y geógrafo griego; nacido en el Alto Egipto; muerto en el 178. De él procede el primer mapamundi; está considerado como el fundador de la escuela geocéntrica por su obra *Gran sistema astronómico*, traducida al árabe como *Al-magesto*. <<
- [365] *Antorcha del mundo*: Hace referencia al emperador Federico, que tenía ese sobrenombre. <<
- [366] *Sis*: Capital del reino; el rey es Hetum I. <<
- [367] *Pacto de no agresión*: Concluido el 12-2-1254. <<
- [368] *Bohemundo VI*: Príncipe de Antioquía, nacido en 1237; con catorce años sucedió a su padre en el trono y se casó con Sibila de Armenia, hija de Hetum I. <<
- [369] *Xenia*: Mujer procedente de Ayas. <<
- [370] *Alena*: Hija de Hamo l'Estrange y Shirat Bundukdari. <<
- [371] *Elaia* (griego): Oliva; nombre de pila de Alena. <<
- [372] *Montjoie*: Nombre del buque almirante del rey de Francia, Luis IX. <<
- [373] *Margarita de Provenza*: Esposa del rey Luis IX de Francia. <<
- [374] *Abadesa*: Sobrenombre de la condesa de Otranto de la época en la que Laurence de Belgrave ponía en peligro el Mediterráneo oriental con sus actos de piratería.

<<

- [375] *Gilles Le Brun*: Condestable del rey de Francia en la época en la que Luis IX, tras haber estado en prisión, residía en San Juan de Acre. <<
- [376] *San Nicolás de Varangeville*: Venerado en el lugar de peregrinación Saint Nicolás de Varangeville, en la Champagne. <<
- [377] *Sibila*: Hija del rey Hetum de Armenia, casada con el príncipe Bohemundo VI de Antioquía. <<

LIBRO II, CAPÍTULO X EL PATRIARCA DE KARAKORUM

- [378] *William ante portas* (latín): William ante las puertas; exclamación jocosa de amenaza que se remonta a Aníbal. <<
- [379] *Jonás*: Archidiácono de los nestorianos en Karakorum. <<
- [380] *Salve Regina...* (latín): «Salve, reina y madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra, salve.» <<
- [381] *Eia ergo...* (latín): «¡Ea pues, intercesora nuestra, vuelve tus ojos misericordiosos hacia nosotros!» <<
- [382] *O clemens...* (latín): «¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!» <<
- [383] *Teódolo*: Secretario griego. <<
- [384] *Koka*: Segunda esposa del gran khan Mangu; de origen desconocido, idólatra. <<
- [385] *Om mani...*: «Tú lo sabes.» Fórmula de rezo que todavía hoy se utiliza en el budismo. <<
- [386] *Gloria...* (latín): «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.» <<
- [387] *Laudamus...* (latín): «Te alabamos, te ensalzamos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu gran magnificencia, Señor, rey de los cielos, Dios, Padre todopoderoso.» <<
- [388] *Alleluia...* (latín): «¡Aleluya, aleluya! Bienaventurado el hombre que me escucha y hace guardia todos los días ante mis puertas y espera impaciente junto a las jambas de mi portón. Aleluya.» <<
- [389] *Sexagésima*: Los domingos anteriores a la Pascua se cuentan a partir del noveno

(nonagésima) hasta la Pascua; 16 de febrero de 1254. <<

[390] *Quincuagésima*: 21 de febrero de 1254. <<

[391] *Sábado de Ramos*: 4 de abril de 1254. <<

[392] *Panem...* (latín): «El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.» <<

[393] *Segundo renglón*: «Recibo el pan e invoco el nombre de Dios.» <<

[394] *Ingolinda*: Antes, ramera de Metz; buena amiga de los viejos tiempos. <<

[395] *Episcopus* (griego, latín): Obispo. <<

[396] *Gemini* (latín): Los gemelos; Géminis; nombre de la constelación. <<

[397] *Domingo de Ramos*: 5 de abril de 1254. <<

[398] *Ultimae Cena*: Día del Sacramento de la Eucaristía, 9 de abril de 1254. <<

[399] *Nova...* (latín): Nueva Iglesia de los mongoles. <<

[400] *Ex novo* (latín): Empezado (completamente) de nuevo. <<

[401] *Secundum Memorandum* (latín): Segundo memorándum. <<

[402] *Obispo Guido*: G. della Porta (1176-1228), obispo de Asís. <<

[403] *Spiritus rector* (latín): Rector, promotor espiritual. <<

[404] *Pascua*: 12 de abril de 1254. <<

[405] *In pectore* (latín): En el ánimo, reservadamente; previsto y escogido, pero todavía no designado. <<

[406] *Est Deus...* (latín): «Dios es lo que tú eres: un hombre; pero un hombre nuevo, para que el hombre sea como es Dios, no como era antes.» <<

[407] *O pone...*: «¡Oh, deshazte del hombre antiguo, deshazte de él, y acoge al hombre nuevo!» <<

[408] *Laudate Dominum...* (latín): «Glorificad al Señor en su templo, glorificadle en su sólida fortaleza»; liturgia de la víspera de Pascua. <<

[409] *Laudate eum...* (latín): «Alabadle con timbales y danzas en corro, alabadle con el son del arpa y con flautas.» <<

[410] *Nova ecclesia...* (latín): Nueva Iglesia mongol de rito oriental. <<

[411] *Pentecostés*: 1 de junio de 1254. <<

[412]*Advenimiento al trono*: Tuvo lugar el 1 de julio de 1251. <<

[413]*San Gregorio*: 25 de mayo; Papa y confesor (1020-1085). <<

LIBRO III, CAPÍTULO I EL AMULETO

[414]*Agha*: Acompañante de Hamo. <<

[415]*Pax mongolica* (latín): Paz mongola. <<

[416]*León y Rubén*: Cazadores al servicio de Sempad, condestable de Armenia. <<

[417]*Aquis submersus* (latín): Ahogado. <<

[418]*Pequeños panecillos tostados*: Los «asesinos» solían anunciar un asesinato mediante un panecillo todavía caliente que hacían llegar a la víctima. <<

[419]*El amuleto*: El joven príncipe mongol que había dejado embarazada a la madre de Hamo, Laurence de Belgrave, se lo regaló a la condesa en 1228, antes de ser ejecutado; presumiblemente procedía de la casa de Yagatai, (segundo hijo de Gengis khan; asesinado en 1242 por los «asesinos»). <<

[420]*Kungdaichi*: Expresión mongol que designa a los miembros de la dinastía de los gengiskhanidas. <<

[421]*De la sangre del Gran Forjador*: Sucesor de Gengis-khan. <<

[422]*Er-e boyda* (mongol): El viril y magnífico; sobrenombre de Gengis-khan. <<

LIBRO III, CAPÍTULO II DEL ESPÍRITU SANTO Y OTROS ESPÍRITUS

[423]*Festividad de san Marcos*: 25 de abril de 1254. <<

[424]*Nova...*: Nueva Iglesia mongola. <<

[425]*Pax mongolica*: Paz de los mongoles. <<

[426]*Pax Christi*: Paz de Cristo. <<

[427]*Apage, Satanas!* (griego): ¡Apártate de nosotros, Satanás! <<

[428]*Maître* (francés): Maestro. <<

[429]*In pectore* (latín): En el ánimo; previsto. <<

[430] *Alahu akbar!* (árabe): «¡Dios es grande!» <<

[431] *Spiritus occidentis* (latín): Espíritu de occidente. <<

[432] *Lais d'amor*: Canciones de amor occitanas; género de la lírica trovadoresca en el que se reflejaban las leyes del amor cortésano (conducta del caballero con respecto a la dama y al esposo de ésta). <<

[433] *Festividad de san Venancio*: 18 de mayo; mártir muerto por decapitación en torno al 250. <<

[434] *Medicus* (latín): Médico. <<

[435] *In spe* (latín): El futuro (patriarca). <<

[436] *Unam sanctam!* (latín): ¡Una sagrada (Iglesia)! <<

[437] *Mater dolorosa* (latín): Madre dolorosa. <<

LIBRO III, CAPÍTULO III UN SOLO DIOS

[438] *Langue d'oc* (francés): Lengua que se habla en el sudoeste de Francia, en el Languedoc. <<

[439] *Mare Nostrum* (latín): Literalmente, nuestro mar; el Mediterráneo. <<

[440] *In personam* (latín): Personalmente. <<

[441] *Renegados* (del bajo latín): Los apóstatas de la fe. <<

[442] *Pax et bonum* (latín): Paz y felicidad, fórmula de cortesía de los franciscanos. <<

[443] *Derviche*: Miembro turco-persa de una orden religiosa islámica. <<

[444] *Credo in unum Deum* (latín): «Creo en un único Dios»; texto de la profesión de fe. <<

[445] *Herético* (griego, latín): Hereje. <<

[446] *El maulana*: El gran maestro. <<

[447] *El hombre de Dios*: Poema del famoso sufí Rumi; extraído de: Star, Shiva, A Garden Beyond Paradise, Bantam Books 1992; traducción del inglés de Peter Berling. <<

[448] *Su sabiduría...*: Continuación del poema de Rumi. <<

[449]*Monofisita*: Relativo a la doctrina del monofisismo, según la cual las dos naturalezas de Cristo se funden en una única naturaleza humano-divina. <<

[450]*Trinidad*: Padre, Hijo y Espíritu Santo. <<

[451]*Monoteístas*: comunidades religiosas que creen en un solo Dios (judíos, cristianos y musulmanes). <<

[452]*Spiritus rector* (latín): Rector, promotor espiritual. <<

LIBRO III, CAPÍTULO IV LA NOCHE DE LOS CONJURADOS

[453]*Lama* (tibetano): El superior; monje budista. <<

[454]*Tiple de un castrado*: Voz aguda de un eunuco. <<

[455]*Conmemoración de san Pío*: 11 de julio; Papa y mártir, muerto en Roma en el 155. <<

[456]*De iure canonica* (latín): Según el derecho canónico, equivalente al derecho eclesiástico de la Iglesia católica. <<

[457]*Fratre peccavi!* (latín): ¡Hermano, he pecado! <<

[458]*Balaneion* (griego): Balneario, casa de baños. <<

[459]*Tepidarium*: Sala del baño templado. <<

[460]*In flagranti* (latín): Literalmente, ardiente; en flagrante delito; in fraganti. <<

[461]*Festividad de san Alejo*: 17 de julio; muerto hacia el 417 en Roma. <<

[462]*Ada*: Los malos espíritus de los mongoles. <<

[463]*Vexilla...* (latín): «Los estandartes reales se lanzan al asalto»; antiguo himno de los cruzados. <<

LIBRO III, CAPÍTULO V HUIDAS

[464]*Supplice te...* (latín): «Humildemente te suplicamos, Dios todopoderoso: Haz que tu ángel sagrado eleve esta ofrenda a tu altar celestial, ante el semblante de tu divina majestad.» <<

[465]*Agnus Dei...* (latín): «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten

piEDAD de nosotros; Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz.» <<

[466] *Aniversario de santa Práxedas*: 22 de julio; muerta en Roma en el siglo II. <<

[467] *Gemini*: Constelación de Géminis. <<

[468] *Libra*: Constelación de Libra. <<

[469] *Aquarius*: Constelación de Acuario. <<

[470] *S. Petri ad Vincula*: Festividad de las Cadenas de san Pedro, 1 de agosto. <<

LIBRO III, CAPÍTULO VI PERSEGUIDORES Y PERSEGUIDOS

[471] *Septem...*: Festividad de los Siete Dolores de la Bienaventurada Virgen María, 15 de septiembre. <<

[472] *Festividad de san Lucas*: 18 de octubre. <<

[473] *Vexilla...* (latín): «Los estandartes reales se lanzan al asalto»; antiguo himno de los cruzados. <<

[474] *Ruh min al qanina* (árabe): El espíritu de la botella. <<

LIBRO III, CAPÍTULO VII CORRIENTES SALVAJES

[475] *Festividad de san Pedro Crisólogo*: 4 de diciembre; doctor de la Iglesia, muerto hacia el año 450 en Rávena. <<

[476] *En este mundo...*: Rumi, *A world inside this world*, véase más arriba; traducido por Peter Berling. <<

[477] *Detente...*: Poema de Rumi, véase más arriba. <<

[478] *Festividad de san Policarpo*: 26 de enero; discípulo del apóstol san Juan, murió mártir. <<

[479] *Alahu akbar!* (árabe): «¡Dios es grande!» <<

[480] *Festividad de san Efrén*: 18 de mayo; predicador y poeta (306-373). <<

[481] *Festividad de la Aparición del Arcángel san Miguel*: 8 de mayo. <<

[482] *Itinerarium* (latín): Itinerario, descripción de un viaje. Con este título fueron

transmitidas en realidad las crónicas. <<

[483] *Alejandro IV*: Papa de 1254 a 1261; se llamó a sí mismo Alejandro; su ideal era Alejandro Magno (356-323 a.C.), rey de Macedonia. <<

[484] *Inocencio IV*: Papa de 1243 a 1254. <<

[485] *Lucera*: Ciudad de Apulia cercana a la residencia imperial de Foggia; fundada por Federico II para los sarracenos rebeldes, a los que alejó de Sicilia; éstos se convirtieron en sus más fieles vasallos, hasta tal punto que en lo sucesivo los Hohenstaufen les confiaron el tesoro público. <<

[486] *El cónclave*: Reunión y sala donde se congregan los cardenales para la elección del Papa. <<

LIBRO III, CAPÍTULO VIII EL CAPULLO SE PUDRE

[487] *Balista*: Ballesta grande y portátil; arrojaba estacas afiladas con gran precisión de tiro; la cuerda del arco casi siempre se tensaba mediante una rueda. <<

[488] *Vis laxans* (latín): Literalmente, fuerza relajante; aquí equivale a elasticidad. <<

[489] *Damn al ard* (árabe): Sangre de la tierra; petróleo. Hefaiostos: Dios del fuego y de la forja en la mitología griega. Rafiq (árabe): Compañero; miembros de la Orden de los «asesinos» que, a diferencia de los *fida'i*, están ya más iniciados en los secretos de la Orden. <<

[490] *Metamorfosis*: Transformación. <<

[491] *'Ai jil* (árabe): El ternero. <<

[492] *Hashash* (árabe): Bajo los efectos del hachís. <<

[493] *Saut farras bahri* (árabe): Látigo de piel de hipopótamo. <<

[494] *Príapo*: Símbolo de la fertilidad, venerado en Asia Menor y Grecia; se representa siempre con un enorme falo erecto. <<

[495] *Venus*: Diosa romana del amor. <<

[496] *Baco*: Dios romano del vino. <<

[497] *Al mujara* (árabe): La que elige. <<

[498] *Qubbat al musawa* (árabe): La «bóveda de la compensación.» <<

- [499] *Hamalat at-tariba* (árabe): «Potro de castigo.» <<
- [500] *Balta ua chanjar* (árabe): Hacha-puñal. <<
- [501] *Tarabeza* (árabe): Mesa auxiliar. <<
- [502] *Hamala* (árabe): Potro. <<
- [503] *Maharid* (árabe): «Lugar secreto»; retrete, excusado. <<
- [504] *Perfectus* (español, latín): Cátaro perfecto, consumado. <<
- [505] *Maut oua...* (árabe): ¡Muerte y vida nueva! <<
- [506] *Alá oua'alam* (árabe): ¡Sabe Dios! <<
- [507] *Quimat at-tafkir* (árabe): «Trono de la conmemoración.» <<
- [508] *Bismi alá ar-rahman!* (árabe): ¡Misericordia en nombre de Alá! <<
- [509] *Hami al ouarda* (árabe): Defensor de la Rosa. <<

LIBRO III, CAPÍTULO IX UN SILENCIO QUE ANUNCIA TEMPESTAD

- [510] *Yibn tasa* (árabe): Queso fresco de cabra. <<
- [511] *Damn al ard* (árabe): Sangre de la tierra, petróleo. <<
- [512] *Maslaf*: Derivado árabe del opio. <<
- [513] *Festividad de san Cornelio*: 16 de septiembre. <<
- [514] *Ada*: Malos espíritus de los mongoles. <<
- [515] *Onggods*: Espíritus protectores de los mongoles. <<
- [516] *Pax mongolica* (latín): Paz mongola. <<
- [517] *Itinerarium* (latín): Diario de un viaje, descripción de un viaje. <<
- [518] *Scribens* (latín): Copista. <<
- [519] *Focio* (nacido en torno al 810): Teólogo; uno de los principales representantes del humanismo bizantino. <<
- [520] *Averroes* (1126-1198): Filósofo, teólogo, jurista y médico árabe; principal comentarista de las obras de Aristóteles en la Edad Media. <<

LIBRO III, CAPÍTULO X LA ROSA EN LLAMAS

- [521] *Qubbat-al-musawa* (árabe): «Bóveda de la compensación.» <<
- [522] *Omar Ibn al-Farid* (1181-1235): Poeta y místico árabe. <<
- [523] *Ferid ud-Din Attar* (1119-1229): Poeta y místico persa extremadamente longevo. <<
- [524] *Firdusi* (nacido en 1020): Escribió el Libro de los Reyes, el tratado más antiguo sobre el ajedrez. <<
- [525] *Gabir ibn Haiyan*: Se desconoce la fecha del nacimiento y de la muerte de este alquimista, que vivió en torno al 900. <<
- [526] *Chi K'ai* (531-597): Monje procedente del país de los Cathai. <<
- [527] *Unuk Elhaia*: Estrella fija muy luminosa de la constelación de la Serpiente, en el signo de Escorpión; anuncia accidentes y lesiones. <<
- [528] *Ras Alhaque*: Estrella fija muy luminosa de la constelación de la Serpiente, en el signo de Sagitario; indica tendencia a la perversión. <<
- [529] *Proción*: Estrella fija muy luminosa de la constelación de Can Menor, en el signo de Cáncer; indica violencia hasta extremos de brutalidad. <<
- [530] *Phoenon*: Nombre que recibe Saturno. <<
- [531] *Quincunce*: Aspecto astrológico; grado angular de 5/12; se considera extremadamente desfavorable. <<
- [532] *Hécate*: Luna nueva, de significado aciago, siniestra diosa rodeada de sus canes. <<
- [533] *Shams*: Hijo del imam Khurshah, nacido en 1256, poco antes de la caída de Alamut. <<
- [534] *Voûte* (francés): Bóveda. <<
- [535] *Mano de Fátima* (árabe: *jamsa*): Amuleto de la suerte en forma de mano que ahuyenta el mal. <<
- [536] *Trabuquete*: Catapulta clásica con brazo de lanzamiento largo sobre un armazón alto. <<
- [537] *Damn al ard* (árabe): La sangre de la tierra; el petróleo. <<

- [538] *Opus magnum* (latín): La gran obra. <<
- [539] *Magharat-al-ouahi* (árabe): «Gruta de las revelaciones.» <<
- [540] *Ta'adid ash-shab* (árabe): Censo de la población. <<
- [541] *Soaluq mushawah* (árabe): Enano deforme. <<
- [542] *Ars motionis* (latín): Literalmente, arte del movimiento; impulso. <<
- [543] *Nar junani* (árabe): «Fuego griego». <<
- [544] *Casiodoro* (nacido en torno al 490): Erudito romano. <<
- [545] *Tolomeo, Claudio* (nacido en torno al 90, muerto hacia el 160): Científico muy conocido en la universidad de Alejandría; astrónomo, astrólogo, matemático y geógrafo. Su principal obra, *Almagesto* y sirvió durante mucho tiempo como base de la astronomía y fundó el sistema geocéntrico-tolemaico del universo. <<
- [546] *Elias bar Shinaya* (muerto en torno a 1049): Historiador sirio. <<
- [547] *Idrisi* (nacido presumiblemente en 1100, muerto en 1166): Geógrafo árabe; llegó en sus viajes hasta Inglaterra; confeccionó para el rey Roger II de Sicilia un mappamundi basado en las opiniones, entonces vigentes, de Tolomeo. <<
- [548] *Albazen, Abu Ali Mohamed Ben el Hasan* (nacido en torno al 965, muerto en el 1038): Físico; investigó la refracción de la luz y la reflexión en diferentes espejos y refutó la teoría griega de que los rayos de luz parten del ojo y no del objeto. <<
- [549] *Hamasa*: Antología árabe de poemas épicos y versos difamatorios. <<
- [550] *Abu Tamman* (muerto en torno al 844): Escritor árabe. <<
- [551] *Brahmagupta* (nacido el 598): Astrónomo y matemático indio; en el 628 apareció su obra, que introdujo innovaciones importantes en la matemática (regla de tres, números primos y trigonometría). <<
- [552] *Ibn Chordadbeh* (820-912, aproximadamente): El Libro de los caminos es el primer mapa vial del Próximo Oriente. <<
- [553] *Magharat-at-tanabuat al mashkuk biha* (árabe): «Cueva de las profecías apócrifas.» <<
- [554] *Magharat al ouahi al achir* (árabe): La «gruta de las últimas revelaciones». <<
- [555] *Fósforo*: Nombre griego que recibe Venus como lucero del alba. <<
- [556] *Avicena* (980-1037): Médico y célebre aristotélico; escribió el *Canon medicinae*,

que en 1685 fue publicado en Europa en latín. <<

[557] *Ibn Al Kifti* (1172-1248): Erudito árabe; escribió la gran Crónica de los médicos (414 biografías de los científicos más importantes de la época). <<

[558] *Nicolas Prévost*: Se desconocen las fechas de su nacimiento y muerte; procedía de Tours; en el 1098, siendo profesor universitario en Salerno, escribió el *Antidotarium*, con 2.650 recetas médicas, que fue publicado en Europa en el 1549 y hoy se considera desaparecido. <<

[559] *Ibn al-Baitar* (1200-1248 aproximadamente): Erudito árabe; su libro *De los medicamentos sencillos* resume la farmacología árabe. <<

[560] *Honain ibn Iszak* (muerto en el 873): Médico árabe que tradujo al árabe las obras del médico romano Galeno. <<

[561] *Rhazés* (850-923 aproximadamente): Médico árabe de la escuela hipocrático-galenista. Su libro de medicina era la base del diagnóstico más conocida. <<

[562] *Dioscórides*: Hacia el 550 escribió un manuscrito de farmacología que se ha perdido y que estaba ilustrado con retratos de médicos famosos. <<

[563] *Divina praedictio* (latín): Predicción divina. <<

[564] *Agonía*: Último trance antes de morir. <<

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÈS, Philippe y DUBY, Georges, *Histoire de la vie privée*, Ed. du Seuil, 1985.
- BEZZOLA, Gian Andri, *Die Mongolen in abendlädischer Sicht*, Francke, 1974.
- BOSWORTH, C.E., *The islamic dynasties*, Edinburg Univ. Press, 1967.
- BRADBURY, Jim, *The Medieval siege*, The Boydell Press, 1992.
- BURMAN, Edward, *The Assasins*, Edward burman, 1987.
- FOREY, Alan, *The Military Orders*, MacMillan Education Ltd., 1992.
- GIL, Juan, *En demanda del Gran Khan*, Alianza Editorial, 1993.
- GIMPEL, Jean, *The Medieval Machine*, Victor Gollancz Ltd., 1976.
- HEISSIG, Walter y C. MÜLLER, Claudius (edit.); *Die Mongolen*, Pinguin, 1989.
- LEVY, Reuben, *A Baghdad Chronicle*, Cambridge Univ. Press, 1929.
- LEWIS, Bernard, *The Assassins*, Weidenfeld & Nicholson, 1967.
- MAALOUF, Amin, *Samarcande*, Ed. Jean-Claude Lattès, 1988.
- NAGEL, Tilmann, *Staat u. Glaubensgemeinschaft im Islam*, Artemis, 1981.
- REDON, SABBAN, SERVENTI, *La gastronomie au Moyen Agen*, ed. Stock, 1991.
- RUBRUC, Wilhelm von, *Reisen zum Großkhan der Mongolen*, Thienemann, 1984.
- RUMI, *A garden beyond Paradise*, Jonathan Star & Shahram Shiva, 1992.
- RUNCIMAN, Steven, *A History of the Crusades*, Cambridge Univ. Press, 1954.
- RUNCIMAN, Steven, *The Medieval Manichee*, Cambridge Univ. press, 1947.
- SANTAMAURA, *Il paradiso e gli assassini*, Casa Ed. Marietti, 1989.
- SECEN, Sagan, *Geschichte der Mongolen*, Manesse, 1829.
- SPULER, Bertold, *Geschichte der Mongolen*, Artemis, 1968.
- TANNAHILL, Reay, *Food in History*, Eyre Methuen Ltd., 1973.
- TAURE, Manfred (edit.), *Geschichte der Mongolen*, C.H. Beck, 1989.
- WEIERS, Michael (edit.), *Die Mongolem*, Wissenschaftl. Buchges., 1986.

Y mis propias obras:

Das Blut der Könige, Gustav Lübbe Verlag, 1993.

Die Kinder des Gral, Gustav Lübbe Verlag, 1991.

Franziskus oder das zweite Memorandum, Gustav Lübbe Verlag, 1989.

AGRADECIMIENTOS

A Michael Gordon, por asesorarme y por su interés en el argumento, al que ha contribuido de forma altruista con sus abundantes conocimientos sobre la vida y la cultura de los mongoles.

A Regina Maria Hartig, esmerada lectora, que me sometió a una severa disciplina sin privarme del placer de combinar la historia con la fábula.

A Achim Kiel, por complacer de manera genial mis peregrinos deseos en lo relativo a la portada y al diseño del libro, ayudando a crear un Arte Corporativo, en el mejor sentido de la palabra.

Al catedrático Dario della Porta, por su asesoramiento en materia de liturgia cristiana, y a Daniel Speck por su aportación en el terreno de la arabística.

A mis colaboradoras Sylvia Schnetzer y Anke Dowideit, por su afectuosa y sacrificada paciencia al haber pasado al ordenador todos mis manuscritos en cada una de las etapas de confección de este libro.

A mis editores, y a todos los colaboradores de la editorial Gustav Lübbe.

Tampoco quiero olvidar a Anke Lütkenhorst, así como a mis amigos españoles Nicole y Mario Muchnik.

Sé cuánto tengo que agradecer a todos ellos.

PETER BERLING

Roma, 20 de marzo de 1995



PETER BERLING (Nacido el 20 de marzo de 1934 en Meseritz-Obrawalde, antigua Prusia) es un escritor alemán conocido por ser el autor de la pentalogía Los Hijos del Grial. Ha sido también actor y productor de cine así como crítico culinario.

Novelas:

Los Hijos del Grial (pentalogía)

La Noche de Iesi

La Condesa Hereje

El Obispo y su Santo

La Cruzada de los Niños

A la sombra de las dagas, El Paraíso

Los caballeros del santo sepulcro

Los Hijos del Grial:

La pentalogía de Los Hijos del Grial es una epopeya enmarcada en la edad media del siglo XIII y trata de las aventuras de dos muchachos que por su ascendencia están destinados a reconciliar las grandes religiones y a convertirse en reyes de un mundo

de paz y armonía. Recrea de forma maravillosa todo el ambiente propio de esta apasionante época con todos sus ingredientes: tesoro guardado por los cátaros, Sacro imperio, la Iglesia, los caballeros templarios, hospitalarios y teutones, la secta de los asesinos, el priorato de Sion, los musulmanes, los mongoles, las cruzadas... Los títulos de las 5 novelas son:

Los Hijos del Grial

Sangre de Reyes

La Corona del Mundo

El Cáliz Negro

El Kilim de la Princesa